
SHADOWS
PATRI GARCÍA
BILOGÍA LEGADO OSCURO 2

SHADOWS

BILOGÍA LEGADO OSCURO 2

PATRI GARCÍA

A todos mis lectores, por estar siempre ahí, por seguirme y por continuar leyendo mis novelas allá a donde voy.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta obra contiene material que puede resultar perturbador o inapropiado para el lector. incluye:

– Escenas de violencia gráfica y asesinatos.

– Contenido sexual explícito.

– Referencia a actividades de la mafia.

– Lenguaje vulgar y ofensivo.

Esta novela está dirigida exclusivamente a un público adulto, es por todo ello que recomiendo discreción.

PRÓLOGO

«Cuanto menos supiera de mí, sería mucho mejor para ella. Estaría mucho más protegida. Pero sabía que algún día la encontrarían y, aunque no estuviese a su lado, la seguiría protegiendo» —Niels Dupont.

Ayllón, España. Hace 9 años.

La fresca brisa vespertina acariciaba los rostros sudorosos de Olivia y su instructor mientras practicaban intensos movimientos de *Muay Thai* en el patio trasero de la vieja casa española, en algún lugar recóndito de España. Aquel era el mejor refugio que el padre de Olivia había encontrado para protegerla.

—¡Vamos, Olivia! —gritó Niels Dupont, quien se enorgullecía de su hija al ver lo rápida y fuerte que era a su corta edad.

Con solo catorce años, la joven ya mostraba una asombrosa destreza en el antiguo arte marcial. Se la veía agotada tras un largo día de arduo entrenamiento, con su trenza bien hecha, ladeada hacia un lado de su cuerpo y con ropa cómoda para practicar aquel deporte. Sus piernas y brazos se movían con fuerza y velocidad, impactando en los almohadillados guantes de su oponente, un hombre de origen tailandés llamado Sunan Saelim, el cual tendría unos veintinueve años.

—Estás mejorando mucho tu fuerza, Lara —comentó Sunan, notando sus brazos ya doloridos debido a las fuertes patadas que daba la joven.

El hermoso lugar, tan lleno de naturaleza y situado en aquel pueblo tan bello de Segovia, hacía que entrenar cada mañana y cada tarde mereciera la pena con creces.

Apoyado en uno de los árboles que decoraban la antigua casa de aquella familia, Niels los observaba con una mezcla de orgullo y tristeza. Sabía que no le quedaba demasiado tiempo y quería asegurarse de que su pequeña Olivia pudiese defenderse para cuando él ya no estuviese a su lado.

Por eso le había ocultado la verdad sobre su pasado y su auténtico nombre, presentándose ante ella como Marcelo Berruti.

El único que sabía la verdad de todo, el motivo por el cual le ocultaba todo aquello a su hija, era Sunan; el único amigo que tenía en aquella vida y su mujer, aunque no estaba muy de acuerdo con que le ocultase todo su pasado a su única hija, que podría estar en peligro en un futuro.

Todo era por protegerla de los oscuros secretos que lo acechaban desde las sombras, esperando el momento para destruirlos. Pero Olivia permanecería ajena al tormentoso pasado de su padre.

—Estoy muy orgulloso de ti, cariño —murmuró este, acercándose a ambos con los brazos cruzados.

Olivia, cansada y empapada en sudor, miró a su padre y preguntó:

—¿Por qué soy la única de mi edad que entrena *Muay Thai*? No creo que me haga falta en un futuro, papá —inquirió, mientras que su padre sonreía, triste por saber que no podría estar mucho tiempo más al lado de su hija, apoyándola cuando más lo necesitase.

—Créeme que algún día lo necesitarás, pequeña —repuso, con el tono cargado de dolor. Miró unos segundos a Sunan, quien había vivido tantos años con aquella familia que sentía que Olivia era como una hermana para aquel joven tailandés.

Al margen de sus diferentes culturas, Sunan y Olivia se habían criado juntos durante muchos años y, aunque no fuesen hermanos de sangre, se notaba ese cariño familiar que se tenían.

Niels y Sunan compartieron una mirada cómplice, pues sus pensamientos estaban en sintonía y Sunan continuó, animando a Olivia a seguir con su entrenamiento.

Con agilidad felina, la joven esquivó una patada lateral de Sunan y contraatacó, propinándole un certero golpe a su oponente que lo hizo trastabillar. Niels asintió, complacido al darse cuenta de que ella dominaría por completo aquel arte si seguía por ese camino y podría defenderse sin problemas.

Lo necesitaría en el futuro que le esperaba; siempre huyendo, siempre ocultándose de aquel implacable enemigo invisible que le seguía los pasos. Precisamente por eso había llevado a Olivia a aquel remoto paraje de Ayllón, donde nadie podría encontrarlos.

Al menos, eso deseaba de todo corazón. Porque él no estaría a su lado para siempre y la pequeña a la que le había ocultado su verdadera identidad, algún día debería afrontar ese pasado en soledad. Pero Niels, allá donde estuviese, jamás la dejaría sufrir y la protegería a toda costa.

Ya se había encargado de eso muchos años atrás al trazar un plan con Sunan.

UNO |DESESPERACIÓN

«Tenía que encontrarla cuanto antes. Sabía bien cómo iba todo esto y es que, cuantos más días pasara desaparecida, menos posibilidades habría de encontrarla sana y salva» —Zev Grimaldi.

ZEV GRIMALDI

Me remangué las mangas de mi camisa azul manchada de sangre, mientras observaba los mejores vinos y cervezas que escondía en la bóveda de mi discoteca, un lugar cuya existencia solo conocíamos mis guardaespaldas y yo.

Solté un suspiro, al tiempo en que me limpiaba las manos de sangre con un pañuelo blanco y posé la vista en un vino que era de la misma marca que aquel que tomamos Olivia y yo en nuestra primera cita, donde el gilipollas de su ex apareció para tratar de aguarnos la fiesta. Un fuerte dolor en el pecho me hizo recordar que ella ya no estaba, que no sabía nada de su paradero, que me había comportado como un completo capullo con ella y que, para colmo, no tenía pistas de dónde mierda se encontraba Mattia. Porque tenía que ser él quien se la había llevado.

Enfadado con todo el mundo, me giré y caminé hacia el hombre que estaba sentado en la silla de las torturas, con la camiseta rota, lleno de sangre, golpes y cortes y, aun así, el muy cabrón era capaz de sonreír y burlarse de mí.

—Con lo buena que está su esposa, seguro que ya se estará follando a otro —espetó, petulante y me dirigí hacia él, propinándole un

gancho de derecha y haciendo que terminase por escupir más sangre.

Esperé a que me dijese algo, pero solo sonrió con algunos de sus dientes ya rotos y manchados de sangre, para luego jactarse:

—Quizás me la tire yo cuando salga de aquí.

Traté de controlarme y mantenerlo vivo durante las próximas dos horas, hasta que el muy estúpido pudiese contarme algo de utilidad sobre el paradero de mi esposa. De modo que, con mi mano izquierda, lo sujeté del mentón, clavándole las uñas con saña y siseé:

—¿Dónde está? Sé que el capullo de tu jefe la tiene secuestrada. Dime dónde y te dejaré ir.

Él se limitó a reírse y a negar con la cabeza.

—Si crees que me voy a tragar que me vas a dejar ir de rositas, estás muy equivocado.

Cabreado, miré a uno de mis guardaespaldas para hacerle una seña sobre lo que íbamos a hacerle a continuación a ese hombre y ambos se dirigieron a una de las esquinas para arrastrar una mesa algo pesada.

—¿Qué? ¿Vas a hacerme ahogo simulado? Estás pasado de moda, Grimaldi —murmuró el matón más importante que Mattia tenía y continuó—. Mattia follándose a tu esposa y tú aquí, perdiendo el tiempo conmigo.

Empezó a reírse de mí mientras yo me subía las mangas de mi camisa ya remangada, antes de ponerme unos gruesos guantes protectores. Cuando hube terminado, les hice una seña para que tumbasen en ella al cabrón frente a mí.

—Espero que no tengas problemas crónicos y aguantes un poco… A no ser que prefieras ahorrarte el tener que soportar esto y quieras decirme ahora dónde está—le advertí.

Y él, con la sonrisa ensangrentada, escupió:

—Tu querida Olivia puede chupármela entera.

Tomé ambos aparatos, encendiendo el generador a una potencia suficiente para que ese hombre pudiera aguantar hasta que yo quisiera. Acto seguido, hice que uno de mis guardaespaldas le pusiera una toalla mojada, pasé cada aparato por cada lado de su cabeza y dejé que la electricidad hiciera el resto; consiguiendo arrancarle un grito mientras su pecho se movía con fuerza y el humo empezaba a salir de cada aparato en su cabeza.

Me alejé, viendo cómo mi guardaespaldas retiraba la toalla y el hombre herido me miraba asustado, sin esperarse aquello.

—¿Ya has recuperado la memoria, capullo? —pregunté con asco, mientras el hombre apenas era capaz de hablar—. Tienes tres segundos para decirme dónde está Olivia.

Él trató de hablar, pero se le agotó el tiempo.

—Pónselo otra vez —ordené, ignorando la manera desesperaba en que gritaba y suplicaba que no lo hiciera.

Volví a colocar cada aparato en su cabeza, dándole fuertes descargas eléctricas que lo hicieron gritar de angustia mientras aguantaba más con ellas, provocando que el humo saliese con más fuerza.

Me alejé de nuevo y, con gesto indiferente, inquirí:

—¿Ahora?

El hombre carraspeó, angustiado, pero no dijo nada.

Me encogí de hombros, indolente.

—Otra vez.

—¡Espera! ¡Espera! —Gritó, desesperado, dejando por fin a un lado esas bromas estúpidas y provocaciones que me estaban haciendo perder los nervios. —Yo… No sé dónde está ella…

—Creo que necesitas más descargas para recordar.

Hice una seña, pero el hombre volvió a gritar.

—¡Es verdad! ¡No lo sé! Pero… Yo solo conducía el coche cuando la secuestraron. Había un hombre conmigo que me acompañó e hizo todo el trabajo sucio —me aseguró, preso del pánico.

Arrugando la frente, le animé a seguir.

—Continúa.

El hombre, con lágrimas en los ojos y sin saber qué más hacer, miró a ambos guardaespaldas y luego a mí. El ambiente oscuro con tan solo una luz amarilla sobre nosotros para ver bien a nuestro nuevo "amigo" era lo único que nos iluminaba.

La bóveda estaba llena de alcohol, pero aquí habíamos tenido muchas reuniones y hasta había una mesa para jugar al póker que hacía meses que no usaba. De hecho, no entraba a esta bóveda desde que había conocido a Olivia.

Suspiré, exasperado y él se apresuró a darme más información para salvar el pellejo.

—Yo solo lo llevé a la universidad, por órdenes de Mattia y él hizo el resto. Una vez dentro, ella estaba inconsciente, como si la hubiesen drogado con alguna mierda… Él me sacó un arma en mitad de la

nada y me obligó a bajar, después de eso solo recibí el dinero del encargo y no supe nada más —murmuró, tembloroso por las descargas.

Asentí y, por su mirada llena de terror, supe que me estaba diciendo la verdad.

—¿Quién era ese tío?

Él se quedó unos largos segundos callado y finalmente murmuró:

—No te gustará nada saberlo.

Me acerqué a él, quitándome uno de los guantes y clavando mis uñas nuevamente en su mentón.

—Dímelo —contesté, con una voz bruta y amenazante.

Y entonces, por fin, cedió.

—Tu asesor; Edward Taylor. Él fue quien se la entregó a Mattia Mancini —confesó.

Aquella revelación, si bien al principio me dejó asombrado, por alguna extraña razón no me sorprendía. Ahora entendía lo desesperado que estaba por que me casara con la única hija de Alonzo Rinaldi y lo mal que trataba a Olivia con el pretexto de que no era correcto que yo me casara con ella.

La rabia me invadió al no comprender por qué trabajaría con Mattia y me sentí un estúpido por no haberme dado cuenta antes de que él estaba implicado. Así que me alejé de ellos y saqué mi móvil.

—Señor, ¿qué hacemos con él?

Antes de abrir la puerta de la bóveda, me giré y miré a mis guardaespaldas.

—Acabad con su sufrimiento —sentencié.

Cuando abrí la puerta, un disparo con silenciador sonó muy suave y, satisfecho, me marché de allí dispuesto a seguir buscándola. Y si tenía que romper todas las reglas lo haría por encontrarla.

***

Llevaba seis días buscándola, tratando de encontrar a mi esposa, dejarla a salvo en un lugar seguro y asegurarme de que se encontraba bien. Pero no había nada, ninguna prueba, nada que indicara que seguía en este mundo. Era como si se la hubiese tragado la misma tierra; había desaparecido sin dejar rastro.

No podía creerme que esto estuviese pasando, aunque estaba preparado para lo peor.

Sabía que todos mis enemigos harían hasta lo imposible para vengarse por todas las cosas que les había hecho. Giulio no paraba de advertírmelo, que tuviese mucho cuidado y que posiblemente ocurriría algo así. Pero no le hice caso. Creí que Olivia estaría a salvo con los guardaespaldas, conmigo… con los Grimaldi. Pero en un despiste todo se fue a la mierda.

Y la culpa no la tenían ni Luna ni Benjamin, la culpa era mía por comportarme como un estúpido con ella y no haber velado más por su seguridad.

Llevaba días buscando a Hayley, quien no había dejado ni rastro después de la desaparición de mi mujer en la biblioteca de la universidad. Sabía muy bien que tenía algo que ver y eso era lo que me hacía devanarme los sesos para comprender por qué mierda le haría eso a su amiga Olivia. No me entraba en la cabeza y, por más que buscase explicación, por más que intentase encontrar un motivo aparente, lo único que conseguía era machacarme todavía más.

Una llamada entrante sonó en mi móvil y contesté enseguida.

—Grimaldi.

—Jefe, hemos ido a la empresa de su asesor y a su casa; están completamente vacías. Parece que se ha largado nada más concluir el trabajo —me informó uno de ellos.

Mis manos se apretaron en puños con demasiada fuerza y observé el anillo de boda que Olivia me había puesto aquel día; el día de nuestra boda y que no me había quitado para nada desde entonces.

Deseé encontrar yo mismo a Edward y matarlo lentamente, escuchar sus huesos romperse mientras yo disfrutaba viendo cómo sufría y se retorcía bajo mis manos. Pero debía mantenerme calmado por ahora, por ella.

—Hay que encontrarla, aunque tengamos que saltarnos todas las leyes. Y ese hombre no ha podido desaparecer sin más. Seguro que tiene que estar escondido en alguna parte —murmuré.

—Continuaremos buscando, jefe.

Colgué el teléfono mientras no paraba de deambular por el salón de la mansión de mi padre, sin poder dejar de darle vueltas a todo lo que estaba viviendo.

No podía creerme aún que ella no estuviera; que no podría escuchar sus bromas, sus enfados y no podría ver sus mejillas sonrojadas por enojarse conmigo al provocarla. Extrañaba su compañía, sus ojos… Todo de ella.

Necesitaba saber que había posibilidades. Un audio, una imagen, un vídeo que me dijese que todavía estaba viva, que lucharía pasara lo que pasara. Y haría pagar a todo aquel que hubiera tenido algo que ver. Enfadado, lancé mi móvil prehistórico contra la pared, pero como era tan duro no se rompió.

Yo solo quería saber algo de ella, joder… habían transcurrido seis malditos días sin noticias de su paradero, sin que nadie me diera una simple pista… Una…

—No te derrumbes, hijo. Estoy movilizando a todo el mundo para encontrarla. Hasta los policías que pago para que hagan la vista gorda están buscándola —murmuró Giulio, a mis espaldas.

Negué mientras me acercaba a la enorme chimenea que mi padre tenía en aquel salón y suspiré, apoyando un brazo en ella.

—Papá, sabes los peligros que podría correr Olivia si está en manos de Mattia… Y si ese inútil de Alonzo es quien la tiene sería mi peor pesadilla… No sé qué me aterra más —confesé, con ganas de ir derecho hacia donde se encontraba Alonzo y encararme con él.

Y, si hacía falta, volarle los sesos.

Giulio colocó una mano sobre mi hombro.

—Por mucho que te muevas ahora no conseguirás nada. Llevas noches saliendo en coche, buscándola por todos los rincones de Chicago. Alonzo no te abrirá la puerta de la mansión y menos después de lo que pasó cuando lo amenazaste la última vez.

—Pero sí tiene derecho a presentarse en mi boda y hacerle eso a Olivia, ¿verdad? —Escupí, con rabia.

Giulio negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Sabes cómo es este negocio y los peligros que hay… Mattia pagará por ello y si Alonzo también está metido en esto te prometo que sufrirá las consecuencias. —Giulio me apretó el hombro con delicadeza y luego empezó a girarse.

Me quedé solo, mirando la chimenea mientras mi padre caminaba por el salón hasta llegar a la puerta, donde estaba el vestíbulo

principal.

Lo que me preocupaba más era el bienestar de Olivia, quien podría estar pasando frío, hambre, podría estar sufriendo porque a saber qué cosas desagradables le estaría haciendo el cabrón que la había secuestrado…

Aquello me envenenaba cada vez más, lo que no ayudaba en absoluto a mitigar las ganas de hacerle una visita sorpresa a Alonzo Rinaldi.

—Zev, mañana será otro día. Trata de descansar y despiértate temprano. Estás hecho una mierda, se te nota en la cara que llevas días sin dormir—me recomendó. —Mañana hay mucho trabajo que hacer y tenemos que atender visitas.

—¿Qué tiene que ver esto con Olivia? No pienso estar atendiendo a nadie, a no ser que me dé pistas sobre mi esposa —respondí, borde.

Sin embargo, mi padre sonrió.

—No hagas esperar a las visitas.

Y se marchó a su despacho, donde empezaba a pensar que comía y dormía.

Observé durante unos segundos más las llamas de la chimenea, recogí el móvil irrompible y luego subí las escaleras con paso decaído, llegando a mi cuarto, pero sin poder evitar fijarme en el de Olivia, que estaba frente al mío. Quise entrar, pero sabía que me iba a doler mucho más si abría aquella puerta, la cual llevaba cerrada desde su desaparición.

Me quedé quieto y luego entré en mi cuarto, cerrando la puerta para empezar a quitarme la ropa, desnudarme al completo y meterme en la ducha, dejando que el agua fría resbalase por mi piel. Suspiré,

apoyando mi mano en la pared mientras el agua seguía cayendo por mi cuerpo.

Las dudas me invadieron, el temor de que a ella le ocurriese algo o, peor aún, que estuviese muerta no me dejaba dormir… Pero lo peor de todo era pensar en que la estarían torturando y no podía hacer nada para evitarlo, porque ni siquiera sabía dónde estaba.

Cerré los ojos con fuerza mientras apretaba las manos en puños y, sin poder aguantar ni un segundo más, empecé a golpear con fuerza la pared del baño. Una, dos, tres, cuatro… Perdí la cuenta en el quinto puñetazo, cuando ya apenas notaba los nudillos de mi mano derecha. Hasta que paré, tratando por todos los medios de reprimir mis sentimientos, pero no podía evitarlo…

No podía dejar de pensar y las lágrimas amenazaban con aflorar, fruto de la desesperación y la impotencia por no poder hacer nada. Pero llorar no me serviría, llorar no iba a salvarla a ella. Debía ser fuerte por los dos, sobre todo por ella.

Cuando abrí los ojos, vi que mi puño estaba lleno de sangre y la pared también. Me había hecho daño golpeándola, pero me daba igual. Olivia estaba sufriendo mucho más e iba a hacer lo que fuera necesario para salvarla.

Apagué el grifo y me sequé con una toalla, luego me curé como pude el puño, limpiando la sangre y colocándome una venda. Me acerqué al espejo, quitando con una mano la humedad y me miré.

Sí, Giulio tenía razón. Estaba hecho una maldita mierda, con ojeras, ojos decaídos y mi aspecto parecía el de una persona desesperada. Negué, prometiéndole a Olivia que la encontraría costase lo que costase.

Tras secarme y vestirme, salí del baño y me senté en la cama, observando el suelo mientras esperaba cualquier llamada que me hiciera salir corriendo de aquella maldita mansión que me recordaba

inevitablemente a ella. Debía salvarla e iba a hacer todo lo posible por ello, aunque me costase la vida.

—¿Cuándo volverá Oli? —cuestionó la vocecita de mi hermana pequeña, la cual había abierto la puerta sin que yo me diera cuenta.

Miré a Angela, que estaba en el umbral, abrazando a su peluche favorito y con semblante asustado.

Obviamente, no le habíamos dicho lo que le había pasado a Olivia realmente. No quería que sufriera como estábamos haciendo nosotros. Sin embargo, Angela no era tonta y nos escuchaba, me veía mal. Sabía que Olivia no estaba, pero yo solo podía decirle que se había tenido que ir unos días por temas de seguridad. Al menos, hasta que pudiese contarle poco a poco la verdad.

No obstante, a juzgar por la mirada que me estaba dando mi hermana, me hacía pensar que sabía algo más.

—No lo sé, princesa… pero volverá.

Angela se abrazó más fuerte al peluche y luego entró a mi cuarto, sentándose a mi lado. Sabía que tenía que tener el peor rostro del mundo y que Olivia no se había ido por cuenta propia… Angela era una Grimaldi y, pese a su corta edad, era muy espabilada.

—No me estás contando la verdad.

Su tono de enfado dejaba claro que estaba enojada conmigo.

—¿Por qué dices eso? —susurré, pero hablar de aquel tema me dolía mucho más de lo que parecía.

Angela siguió abrazando con más fuerza su peluche, como si buscase paz en él y seguía mirándome como si buscara respuestas en mis ojos.

—Porque Olivia me prometió que no se marcharía nunca —contestó, con seguridad.

¿Cómo podía abordar un tema tan doloroso como ese frente a una niña pequeña? Recordé cuando falleció mi perro por una enfermedad y me costó poder decirle la verdad a mi hermana, así como también la fatídica muerte de nuestra madre. Nunca le dije nada sobre cómo murió.

Es cierto que era muy pequeña y tenía dos años, por lo que no lo recordaba, pero con el paso de los años se lo fui diciendo, aunque nunca le confesé del todo lo que sucedió con nuestra madre. Ahora, sin embargo, todo resultaba mucho más difícil.

Traté de pensar en cómo decirle todo aquello, pero me costaba y no encontraba las palabras idóneas.

—Se la han llevado, ¿verdad? Los malos se la han llevado y no la puedes encontrar —contestó, ya con lágrimas en los ojos y aquello me hizo ver que ya lo sabía porque nos había escuchado.

Sin más, la abracé sin poder articular ni una sola palabra ante lo que me acababa de decir y Angela lloró en mi pecho mientras yo trataba de ser el fuerte en ese momento. Pero me resultó muy difícil y mi mente no paraba de pensar en Olivia.

—Te prometo que la encontraré, ¿vale? Olivia volverá a darte las buenas noches y seremos una familia.

—Tienes que prometerlo como ya sabes —murmuró, limpiándose las lágrimas con su peluche.

Estiré mi dedo meñique y ella el suyo. Juntamos nuestros dedos y lo juré:

—Te prometo que Olivia volverá con nosotros.

Angela volvió a abrazarme con cariño, aliviada, y tras un largo rato la llevé en brazos hacia su cama, ya que empezaba a quedarse dormida y era muy tarde para que ella estuviera despierta. La arropé y luego le di las buenas noches, no sin antes darle su peluche favorito y marcharme al pasillo tras asegurarme de que esta vez mi hermana se quedase dormida.

Empecé a caminar hacia el pasillo hasta que vi a Rocky sentado, mirando la puerta de Olivia con la cabeza gacha.

Suspiré, porque no quería entrar a ese cuarto, pero Rocky parecía que estaba deseando. Saqué la llave y le abrí la puerta. El perro entró corriendo como una exhalación hacia el cuarto de Olivia, el cual todavía tenía cuadros que aún no se había llevado a nuestro piso y, con las manos en los bolsillos, miré todo aquello.

Rocky subió a la cama y se acostó, con las orejas agachadas y un rostro de lo más afligido.

El olor de Olivia me inundó por completo las fosas nasales y en la pared vi pegado el dibujo que Angela le había hecho de los cuatro juntos en mi rancho. Sin poder marcharme de allí, cerré la puerta y caminé hacia la cama. Rocky estaba a los pies de la cama de esta y yo me acosté, colocando mi cabeza sobre las almohadas y tomé una. Su olor seguía ahí y ya me resultó imposible marcharme. —Lo sé, yo también la echo mucho de manos, Rocky —murmuré.

Rocky subió hasta donde yo me encontraba y colocó su cabeza sobre mi estómago mientras observaba un punto fijo, decaído. Empecé a acariciarlo con cariño.

—Te prometo que Olivia volverá a tu lado —le dije.

Rocky hizo un pequeño sonido, pero nada más. Nos quedamos allí no sé ni por cuánto tiempo, hasta que me quedé dormido muy avanzada la noche por el cansancio acumulado y no paré de tener pesadillas. En todas ellas Olivia salía dañada.

***

Desperté sobre una cama distinta a la mía, pero su olor fue lo que me hizo desear no levantarme de aquella cama y me sorprendí al ver que me había quedado dormido después de noches y noches en vela.

Rocky estaba arañando la puerta, deseando salir, mientras que yo todavía necesitaba entender dónde me encontraba. Y la habitación de Olivia me hizo caer nuevamente en la realidad en la que estábamos viviendo. Una en la que sabía que no podía perder más el tiempo.

Rocky me dedicó su increíble ladrido y me levanté. Le abrí la puerta y luego salió corriendo del cuarto, supuse que se iría hacia los jardines de la mansión. Fui a mi habitación para ponerme ropa cómoda tras lavarme el rostro y prepararme y bajé las escaleras, tomando las llaves de mi coche para disponerme a encarar al cabrón de Alonzo Rinaldi. Y sabía exactamente dónde se encontraba, en un mitin de partido donde, si hacía falta, le acabaría pegando un tiro para que aprendiese a no llevarse a las mujeres que no eran suyas y que confesara dónde se encontraba Olivia.

Sin embargo, cuando acabé de bajar las escaleras, vi a Lucas, el asesor de mi padre, quien se encontraba tan imperturbable como siempre, esperándome con la mirada seria. Aquel hombre siempre me había dado pena porque perdió de manera brutal a su esposa y su única hija, quedándose solo en este mundo.

De un día a otro aparecieron asesinadas y él nunca volvió a ser el mismo. Siempre intuí que él debía de sospechar quién había sido, pero nunca dijo nada. Como si realmente temiese a la persona que asesinó a su familia.

Una vez traté de hablar con él sobre el tema, pero Lucas lo esquivó, diciéndome que era mejor que no supiera quién había sido

realmente, porque odiaría mucho más a esa persona. Y la vida pondría en su sitio a cualquiera que hiciera cosas malas. «Las personas recogen lo que siembran, señor Grimaldi. Si has cosechado cosas buenas, recogerás cosas buenas, pero si es al contrario…».

Recordaba a la perfección sus palabras y sabía que —como era lógico— él debía de odiar y mucho al asesino de su familia, pero aun así no buscaba venganza; sino paz interior.

Al ver que me obstaculizaba el paso, puse mala cara.

—Tengo que ir a ver al señor Rinaldi, dile a Giulio que no me espere —le pedí.

—La visita le está esperando, señor —repuso.

—Mira, Lucas… No tengo tiempo para estar soportando las visitas. Debo encontrar ya a Olivia.

Lucas, sin inmutarse, continuó mirándome y respondió con tono suave.

—La mafia búlgara está esperándolo. No hace falta que toque a la puerta. —Y con eso, se encaminó hacia una de los miles de pasillos que había en aquella mansión y se perdió de vista.

Desvié la vista hacia el pasillo, donde se encontraba el despacho de mi padre.

Un pequeño ventanal decoraba el final del pasillo y un cuadro de lo más antiguo, de los que tanto le gustaban a mi padre, se encontraba colgado frente a la puerta. Giulio Grimaldi era un hombre tan misterioso que nunca supe nada de su pasado, como si lo omitiese. Antes de conocer a mi madre no supe cómo era, ni cómo trabajaba. Pero había odio en él desde ese entonces y eso hacía que me preguntara qué había sucedido en el pasado para que todo aquello ocurriese.

Decidí seguir el consejo de Lucas y abrí sin apenas molestarme en tocar. Intrigado por saber quiénes eran aquellos mafiosos búlgaros, entré. Pero lo que me encontré fue más que una sorpresa al ver que las familias Valkov y Marković, rivales desde hacía muchos años, se encontraban juntas, bajo el mismo techo, en esta misma mansión de una familia de otro país, esperando a que yo llegara.

Delia Marković, una de las principales líderes de aquella familia, iba tan elegante como siempre, con su cabello envuelto en una enorme trenza rubia, un vestido ceñido de color blanco y una mirada penetrante. Estaba sentada al lado del temible Nikola Valkov, su enemigo desde la infancia. Para nadie era un secreto que Delia y Nikola se han intentado matar constantemente y eran tan descarados que podría hasta atreverme a decir que había una tensión sexual muy intensa entre ellos dos.

Si es que no habían sucumbido a ella ya, claro. Pero ni yo hubiese aguantado tanto aquella tensión sexual con Olivia.

Al otro lado, se hallaba Stefan Valkov; el líder de la familia, quien con su bastón descansando en la silla, me observaba con cierta mirada de seriedad.

No obstante, quien no despegaba sus ojos de mí era mi padre. Cabía destacar que había una silla libre y esperaban realmente que yo me sentase, cuando ya había perdido horas en dormir para poder buscar a Olivia, después de días sin pisar la mansión para poder encontrarla.

No iba a perder más tiempo si podía encontrarla.

—¿Qué es esta mierda? —pregunté.

—Así no se trata a los invitados, hijo. Siéntate —me amonestó Giulio, con gesto severo e inflexible.

—Mi mujer está en peligro, secuestrada Dios sabe dónde y a saber qué cosas le estarán haciendo… Como podéis ver, no tengo tiempo para charlas y tés asquerosos —escupí, con enfado.

Fui a girarme, rozando el pomo de la puerta, cuando Stefan Valkov habló:

—Estamos todos aquí por el mismo motivo: Olivia Lara.

Me quedé completamente quieto, sin poder decir ni una sola palabra siquiera. Cuando conseguí moverme, me giré para encararlos y vi que todos ellos me contemplaban con seriedad, pero también con cierta pena por verme de aquella manera.

—Estás hecho una mierda, Grimaldi —soltó Delia, tan pragmática como siempre. —Las mujeres me han hablado maravillas de ti, pero jamás pensé encontrarte de esta manera —bromeó, observándome de arriba abajo.

Nikola, con su coleta perfectamente hecha, me miró esperando cualquier movimiento y, de brazos cruzados, me apresuré a indagar en lo que me interesaba.

—¿Qué sabéis?

Giulio hizo un gesto para que pudiesen hablar y Nikola fue el primero en hacerlo.

—Somos dos familias que se odian a muerte y aquí nos tienes… Estamos haciendo un gran esfuerzo al unirnos solamente para encontrar a Olivia y que todo vuelva a la normalidad.

—Es muy peligroso que Olivia no tenga familia y, que encima, esté a manos de alguien que no tenga ni una maldita idea de lo necesaria que es Olivia para la tranquilidad de las otras mafias —contestó Stefan.

Negué, sin comprender absolutamente nada y, cuando me fijé en Giulio, vi que este me observaba con semblante taciturno.

Solo quería encontrar a mi esposa sana y salva, llevarla a nuestro piso y cuidarla hasta que estuviese a salvo; unirnos, ser más que un equipo y trabajar juntos hasta encontrar la paz. Pero mientras siguiera sin saber siquiera dónde se hallaba, todo iba a ser mucho más complicado de lo que me imaginaba.

—Solo quiero encontrarla y derramar la sangre de todos aquellos que se hayan visto involucrados en su secuestro —espeté, rabioso, con los puños apretados.

—Lo comprendemos —aseguró Stefan—, pero esto no es solo por la familia Mancini o los Rinaldi… Alguna de las dos la tiene seguro, quizás ambas familias se hayan unido para ello… Pero esto no es solo por la ignorancia de ambas familias.

—¿De qué *fastidio* me hablas? —Intervine, sin entender absolutamente nada. Ya empezaban a salirme las palabras en italiano a causa del enfado y tan solo quería marcharme para poder encontrarla.

Fue Stefan quien intervino de nuevo.

—Hablamos de la familia más poderosa y sanguinaria de todas las mafias posibles en esta tierra, Grimaldi.

—Los Smirnov —concluyó Delia.

Y escuchar aquel apellido hizo que la sangre se me helara en las venas. Los Smirnov; la familia que más sangre ha derramado, la más dura, cruel y torturadora que ha existido jamás en esta vida. Las demás familias éramos ositos de peluche a su lado. ¿Pero qué tenían que ver ellos? Pertenecían a la *Bratva* siempre y cuando no nos metiéramos en su territorio, nada tendría que ocurrir.

No entendía por qué lo sacaban a colación.

—¿Tu padre no te lo ha dicho? —inquirió Stefan, chasqueando la lengua a modo de desaprobación.

Miré a mi padre unos largos segundos, antes de que Stefan se levantase y caminara por el despacho como si fuese suyo. El sonido del bastón chocando en el suelo retumbó en la sala y él se paró frente a la ventana antes de girarse para mirarnos.

—Si se enteran de la existencia de Olivia… Y lo sabrán ahora que es noticia que ha sido secuestrada por esos inútiles… Olvídate de las reglas entre familias… Ellos solo buscan venganza y su objetivo es Olivia Lara. Y si tienen que destruir a cualquier otra familia que la proteja, lo harán con tal de hacerla desaparecer antes de que ella tenga descendencia —murmuró el anciano, con voz temerosa.

Me quedé helado, en completo silencio mientras que los demás nos observaban a ambos alternativamente, como en un partido de tenis.

—Y sí, te ayudaremos a encontrarla porque nos interesa que ella siga viva por motivos personales —concluyó Stefan.

Y con todo aquello, me quedé en aquel despacho sin hacer ni una sola pregunta, tan solo escuchando el plan que esas familias tenían en mente mientras que yo parecía estar en un sitio distinto tras saber que la familia más sanguinaria quería destruir a la mujer a quien más amaba.

Y no lo permitiría.

DOS | CAUTIVA

«Deseé que mi vida jamás hubiese cambiado. No haber conocido a los Grimaldi para no estar aquí metida… Pero entonces no me habría enamorado y no habría encontrado una familia. Tampoco sabía si saldría de aquí y aquello me sumía en la oscuridad por completo» —Olivia Grimaldi.

OLIVIA GRIMALDI

El ambiente era pesado.

Apenas era capaz de levantarme, ni siquiera para ir hacia un simple cubo para hacer mis necesidades.

Llevaba días encerrada, pero apenas era capaz de distinguir el día de la noche en este pequeño sitio de menos de diez metros cuadrados. No había ventana, ni nada que me hiciera ver la luz natural del día. Solo una simple bombilla colgada de la pared y que estaba todo el tiempo parpadeando.

La cadena atada a mi pierna derecha me impedía dar más de cuatro pasos. Los dos primeros días me ponía nerviosa estar privada de movimientos, pero ahora no… Estaba agotada, muerta de hambre y con mucho, mucho frío. No paraba de temblar, quizás porque apenas podía comer algo, pero aquí dentro podría jurar que hacía menos de diez grados y solo tenía una chaqueta que tampoco me cubría del frío.

Mi cabeza dolía, después del último empujón que recibí por parte del hombre que me tenía aquí metida y ya empezaba a perder mi estabilidad emocional. Estaba perdida, sin saber exactamente qué hacer para salir de esta.

La gota que caía cerca de mi pierna atada era lo que más nerviosa me ponía.

Clan, clan, clan…

Cada tres segundos caía una gota y la cadena no era tan larga como para poder alejarme de ella.

Observé el trozo de platina que había envuelto junto con las otras cuatro y vi que ya no quedaba nada del simple bocadillo que me tiraba mi secuestrador. Al estar aquí, sin saber si era de día o de noche, no sabía si me daba un bocadillo al día o dos. Sin embargo, podría jurar que era solo uno, ya que mi estómago rugía demasiado.

Miré la puerta de color azul, que estaba bien cerrada. Al cerrarla por fuera, podía escuchar la llave y cuatro cerraduras más que parecían a prueba de expertos, pero aquello me apenaba más.

Me dolía mucho la cabeza, estaba débil por la falta de alimento y recibir un bocadillo al día y una minúscula botella de agua me obligaba a tener que racionar ambas cosas para el resto del día.

Tosí mientras seguía notando cómo mi estómago rugía cada vez más.

Saqué la horquilla del cabello que tenía escondida e hice todo lo posible por girar la cerradura de mi atadura en la pierna. Ya me dolía y podría apostar que me dejaría marca si lograba salir con vida de aquí. Cada vez que lo intentaba, me enfadaba al ver que no lo lograba y que lo que se veía en las películas solo sucedía ahí.

Al escuchar las cuatro cerraduras intentando abrirse, rápidamente guardé la horquilla y esperé. A los pocos segundos, la puerta se abrió y un hombre bien elegante entró. Me miró de arriba abajo con lascivia y luego me lanzó el bocadillo envuelto en platina y una botella de agua diminuta. Las tiró al suelo como si fuese una porquería y luego me sonrió.

Se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar por el diminuto lugar.

—Me vas a hacer ganar mucho dinero, señorita —comentó, al girarse para dedicarme una mirada repulsiva, ignorando deliberadamente que estaba casada. —Hay dos compradores para ti. Te dejaré elegir porque ambos me dejan el suficiente dinero como para ello, pero tendrás que escoger sí o sí a uno.

Sin decir nada, lo observé sentada en el suelo y él empezó a caminar hacia mí. Asqueándome al verlo tan cerca de mí, tomó mi rostro y me obligó a mirarlo a los ojos. Mareada por la falta de comida, empecé a notar que todo me daba vueltas.

Pero él continuó, implacable.

—Es una pena que no podamos estar juntos… Me hubiese gustado follarte todo lo que me diese la gana, que fueses mi esposa y luego encontrar la manera más placentera de arrebatarte la vida —susurró, con aquellos ojos azules que tan bien me engañaron al principio—, pero me sale más rentable venderte.

No le dije absolutamente nada.

Estaba débil y jugaba en desventaja. No podía usar mis dotes de defensa, ni mucho menos rebatirle nada. Estar sin comer apenas, casi deshidratada y encerrada en un sitio donde no sabía ni si era de día o de noche… Eran juegos mentales y ya me estaba volviendo loca de estar aquí encerrada.

Zev me vino a la mente y me pregunté si se habría dado cuenta de que no estaba… Si me estaría buscando después de lo que pasó entre nosotros. Quise pensar que sí, que estaría removiendo cielo y tierra para encontrarme… Pero a estas alturas, dadas las condiciones en las que me encontraba, apenas sabía lo que era cierto y lo que no.

—Si preguntas por Zev, él no te está buscando, guapa. Supongo que no le importas tanto como para eso —espetó y no quise creerle.

Pero estaba jugando perfectamente conmigo a un juego mental que no podía dominar, en el que estaba en clara desventaja.

Mi estómago seguía rugiendo, la cabeza me dolía horrores, la maldita luz parpadeando me volvía loca y el sonido de la gota cayendo a mi lado no me dejaba dormir.

Una lágrima se me escapó, entristeciéndome por ello y no quise creerle, pero sonó tan convincente que una parte de mí lo hizo; creía al hombre más rastrero y torturador que había visto en mi vida. Y él disfrutó con mi sufrimiento.

—Nadie te quiere, Olivia. Solo tu perro, pero también se olvidará de ti pronto —apostilló, con tono despectivo, empezando a apretar el mentón con tanta fuerza que consiguió hacerme daño y arrancarme un quejido. Pero a él le fascinaba escucharme.

Sus labios carnosos se acercaron a mí, era el mismo diablo en el cuerpo de un ángel y engañaba a la perfección desde el principio. Pero cuando sabías lo retorcido que era… ya era demasiado tarde.

—Eres tan perfecta, Olivia… —susurró, pegando sus labios a mi mejilla. Contuve la respiración, esperando que no llegase a más, pero no podía moverme. Él tenía más fuerza, más energía que yo. Apenas podía hacer un simple movimiento sin hacer el ridículo por lo desnutrida que me encontraba.

Entonces sentí sus labios posarse en mi mejilla y empezó a bajar hasta mi cuello, dejándome un fuerte chupetón que odié, para luego alejarse de mí.

—Pero me han ofrecido veinticinco de los grandes por ti, guapa —reveló—. Y yo ya estoy a punto de casarme con una persona.

Arrugué mi frente por ello.

¿Veinticinco? ¿Qué ser tan asqueroso ofrecía eso por una persona?

—Espero que vayas a mi boda.

—No pienso ir a la boda de nadie —espeté, enfadada.

—¿No? ¿Y te vas a perder la boda de tu ex amiga Hayley? —Ironizó, pero aquello me hizo alarmarme.

No dije nada, demasiado impactada por sus palabras, tan solo lo miré con un rostro repleto de desconcierto que le pareció de lo más gracioso.

Se alejó un poco para lanzar una gran carcajada que odié en lo más hondo de mi ser y logré imaginarme mil formas de hacer sufrir a Mattia Mancini por tenerme retenida y por estar a punto de venderme al mejor postor.

—Ella jamás se casaría contigo.

En respuesta, él negó con aquella sonrisa tan podrida que tenía.

Se levantó con sus manos en los bolsillos y empezó a caminar por el reducido espacio. De repente, se detuvo a dos metros de mí y me contempló con gesto triunfal.

—Siento decírtelo, pero Hayley fue la que me ayudó a secuestrarte… Quizás no erais tan amigas como creías.

No pude refutar nada, estaba demasiado sorprendida por lo que me había revelado. Mattia empezó a caminar por mi celda sin luz natural y se dirigió hacia la puerta. Al abrirla, me miró y me dio una advertencia:

—Pronto recibirás noticias sobre tus compradores. Y recuerda; o eliges a uno o lo haré yo por ti. Y no te gustará eso.

Cerró con fuerza la puerta y empezó a echar todos los candados. Yo me quedé sola nuevamente, en la oscuridad de aquel lugar; cautiva y sola… Completamente sola.

Mi cabeza empezó a pensar en la conversación que Mattia había mantenido conmigo y no sabía qué me dolía más; si la traición de Hayley o el saber que a Zev le importaba tan poco que no me estaría buscando.

Exploté, llorando desconsoladamente en aquel sitio, sin poder moverme, con un bocadillo que tenía que estirar durante el día y viendo cómo mi futuro se iba a la mierda por culpa de dos hombres desconocidos que querían comprarme.

Sabía que uno de ellos debía de ser Alonzo, pero ignoraba quién podría ser el otro… Me daba miedo de tan solo pensarlo, de imaginarme que terminaría siendo la esclava sexual de un hombre al que ni conocía. Yo solo quería volver con Angela, con Rocky y… con Zev.

Zev…

Ojalá Mattia solo estuviera jugando conmigo, ojalá él me estuviese buscando desesperadamente y me encontrase… Estaba débil y apenas podía pensar con claridad…

Ojalá…

***

ZEV GRIMALDI

Caminaba solo por un sitio extraño.

No sabía dónde me encontraba, pero había una simple luz sobre mí y lo demás estaba todo a oscuras. Solo sabía que estaba buscando a Olivia. Necesitaba encontrarla para que no le ocurriese nada, para que estuviese a salvo conmigo.

Di vueltas sobre mí mismo, hasta que empecé a escuchar gritos femeninos.

Esa voz… La reconocía a la perfección.

—¡Olivia!

De nuevo, aquella voz.

Caminé sin saber adónde me dirigía. No sabía qué mierda de sitio era ese, pero me adentraría hasta en el lugar más oscuro con tal de encontrarla. Para que volviese a mi lado, al lado de Angela y Rocky.

Respiré con dificultad mientras caminaba sin rumbo, gritando el nombre de mi esposa, tratando de encontrarla, de saber cómo se encontraba. Llevé mi mano a mi arma, pero no estaba. Aquello me alarmó y, cuando me giré, alguien sujetaba a Olivia, tapándole la boca mientras la apuntaba a la cabeza con mi propia pistola.

—Por favor… Te daré lo que quieras… Pero libérala —supliqué.

Al hombre no se le veía la cara, pero Olivia estaba sufriendo y mucho.

Recé a todo lo necesario para que la soltase, para que no apretase el maldito gatillo y me la devolviera. Pero no hizo ninguna de las dos cosas y se la llevó entre las sombras.

Grité y empecé a correr hacia ella, pero el pasillo se alargaba y se oscurecía más, provocando que le perdiera el rastro.

Me desperté agitado en mi propio coche, observando hacia todos lados para saber dónde demonios me encontraba.

Estaba frente al lugar indicado antes de hacer aquella parada tan necesaria hacia el mitin de partido del asqueroso de Alonzo Rinaldi.

Agitado por la pesadilla, observé hacia el lado del copiloto de mi Ferrari, ahora vacío, lo cual me entristeció porque no pude evitar recordar la primera vez que Olivia se subió en él y cómo disfruté de las vistas de su perfecto trasero redondo tratando de sentarse en ese asiento tan bajo. Recuerdos que ahora dolían al saber que ella estaría siendo torturada por Mattia o por Alonzo. Ni siquiera yo lo sabía con claridad.

Enfadado, bajé del Ferrari y empecé a caminar hacia la comisaría con paso decidido.

Al entrar, varios policías me observaron atónitos. Muchos estaban comprados por otras familias, pero yo no era bien recibido allí. Mi padre tenía comprada otra comisaría, pero eso no ayudaría a Olivia.

Solo había una persona en Chicago que lo lograría y estaba allí dentro. Sabía que nadie podía detenerme porque no había pruebas contra mí, pero la sorpresa y las miradas a mi paso fueron más que obvias.

Busqué a esa persona, mirando de un lado al otro, hasta verlo de pie frente a una pizarra con los brazos cruzados y de espaldas a mí. Su cabello era más corto que la última vez que lo vi y llevaba una camisa blanca remangada con la bandolera vacía donde guardaba el arma.

Su arma reposaba sobre la mesa que tenía al lado. Me acerqué a él y lo saludé.

—Ian.

Él se giró al escucharme y se sorprendió de verme.

Como si fuese un espíritu, el aludido miró hacia todos lados de la comisaría y se apresuró a empujarme hacia el interior de su despacho, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué diantres haces aquí? —Me espetó, con su acento puertorriqueño.

Empezó a cerrar las cortinas y dejar todo oscuro hasta que ya nada podía verse.

Una simple ventana que estaba detrás de la pizarra donde Ian estudiaba los casos de crímenes era lo único que iluminaba el despacho.

—¿Cuántas veces te he dicho que no hagas eso, hermano? Sabes que los Grimaldi no son bienvenidos aquí y como se piensen que te ayudo me van a echar del departamento —me reprendió, con los brazos en jarras.

Su tono de piel, un poco más oscuro que el mío, resaltaba tras su camisa y llevaba una barba de tres días. Hacía meses que no lo veía y eso que éramos amigos desde la infancia, él era el único niño que no me excluía por ser el hijo de Giulio Grimaldi.

Sin embargo, los años pasaron; él se hizo policía y yo el heredero de la mafia italiana. Era una relación de amistad condenada a romperse por quiénes éramos. Pero necesitaba su ayuda, necesitaba encontrar a la persona que amaba y el único que podía ayudarme era Ian Santos.

Olivia llevaba ya siete días desaparecida. Si había que saltarse las normas de las malditas familias, las rompería todas juntas.

—No estaría aquí si no fuese por un motivo de peso —contesté, brusco.

Ian negó mientras echaba un vistazo alrededor para asegurarse de que nadie en la comisaría estaba husmeando. Se avergonzaba de mí ahora y no podía culparlo. Éramos dos personas completamente distintas y con reputaciones dispares. Pero a diferencia de él, a mí me daba igual fastidiar la mía por salvarla.

Iba a sacarla de allí a toda costa.

—Este es territorio prohibido para ti y tu familia, Zev… No puedo protegerte solo.

—No quiero que me protejas a mí… —Me quedé en silencio unos segundos y murmuré—. Han secuestrado a mi esposa… Estoy realmente desesperado.

Ian enmudeció, arrugó su frente y se cruzó de brazos.

El lugar olía a cigarro. Ian fumaba bastante, pero en ese momento no lo estaba haciendo, aunque a juzgar por su expresión, parecía que necesitaba un cigarro.

—¿Por otras familias?

Asentí.

Deseé como nunca recibir su ayuda. Por ella; por mi esposa.

—Zev, yo soy detective de homicidios, no llevo casos de secuestros.

—Sé perfectamente eso… Pero llevaste aquel caso del adolescente que desapareció. ¿Lo recuerdas? Lo encontraste tú y te llevaste una medalla por ello —constaté.

Ian negó sin mucha convicción.

—Pero había un caso de asesinato. Fue distinto, Zev… Nunca me he involucrado con mafias.

—No te lo pediría si fuera algo que pusiera en peligro tu carrera, Ian… Te prometo que volverás a tu trabajo como siempre, pero necesito encontrarla. Antes de que sea demasiado tarde.

Ian, todavía sin estar convencido, negó mientras caminaba de un lado al otro, nervioso.

Los minutos pasaban y no había tiempo que perder. Necesitaba tener pistas, saber quién mierda se había llevado a la mujer que más me importaba. Pero si algo tenía claro era que quienquiera que fuese iba a pagarlo bien caro.

Y el precio por ello era su propia sangre.

—Será mejor que busques a otro, Zev.

Al escuchar aquello, supe que él no me iba a ayudar en lo absoluto a encontrarla. Había sido una maldita pérdida de tiempo venir a suplicarle ayuda.

Y sí, me enfadó, pero no tenía tiempo para discutir con él. Tenía a muchos buscando por el resto del país y yo debía continuar buscando por cada rincón de esta ciudad.

—Has sido el único amigo que he tenido en mi vida, para lo bueno y para lo malo… —empecé a decir, ante la mirada de Ian. —¿Te acuerdas de aquella vez que te pegaron una brutal paliza en el instituto? Recibí una fuerte paliza por salvarte… O la vez que la mafia de Miami secuestró a tu hermano… ¿Quién te ayudó? ¿La policía? —ironicé, ante la seriedad de su gesto. —Rompí las reglas entre familias para salvarlo y que estuviese a salvo contigo… Solo te pido que me ayudes como yo lo hice en su momento.

Cuando le solté todo aquello, todas las cosas que hice por él, Ian calló. No quiso decir nada, tan solo mirarme con seriedad, mientras

apretaba la mandíbula con nerviosismo. Sabía de lo que estaba hablando y que era totalmente cierto.

Siempre había estado a su lado, sobre todo para lo malo.

Solo le estaba pidiendo ayuda por una vez, pero él no podía dármela. Quise entenderlo en ese momento, porque no quería involucrarse en temas de mafias, pero estaba ciego respecto a Olivia. Necesitaba encontrarla y dejarla a salvo conmigo.

Y supe que había perdido diez minutos de mi vida al ir allí.

—Creo que ha sido una pérdida de tiempo —solté.

Pasé por su lado sin siquiera molestarme en mirarlo y, tras abrir la puerta, me marché ante la mirada entre curiosa y suspicaz de todos los policías. Estaba bastante enfadado y mis pasos resonaron con fuerza al caminar hacia la salida.

Una vez fuera, me subí al Ferrari y, arrancando hacia el mitin que tenía Alonzo Rinaldi con su partido, traté de no darle vueltas a la conversación con Ian Santos.

***

La lluvia había empezado a caer y el frío propio de la primera semana de diciembre era horrendo en pleno Chicago.

El mitin de Alonzo Rinaldi siempre se celebraba o bien en un elegante hotel o en un ático de un edificio lo suficientemente alto como para apreciar las vistas increíbles desde aquella altura. Ese día eligió lo último, a pesar de la lluvia, pero todos los presentes estaban resguardados bajo una carpa para evitar la lluvia. ¿Y yo? Simplemente escogí un rincón alejado de todos y donde Alonzo no pudiera verme.

No llevaba paraguas, sino que, por el contrario, dejaba que la lluvia me mojase completamente y mi rostro lleno de odio era más que notable a más de cinco kilómetros de distancia. Si pudiera ponerle las manos encima a Alonzo Rinaldi, lo haría sufrir. Primero empezaría torturándolo para escuchar las mierdas que tenía que decirme como líder político que era, luego empezaría a torturarlo psicológicamente y, por último, terminaría con lo que empecé la última vez.

Un hombre como él no merecía pisar ningún lugar de este mundo, así no podría hacer daño a personas inocentes.

—Vamos a hacer lo posible para que no vuelva a ocurrir nada de esto y que pague quien tenga que pagarlo —aseguró, ante el último escándalo de corrupción que había sacudido a su partido.

Y casi me burlo, ya que el más corrupto era el propio líder, hablándoles a los demás de moral.

Me cansé de estar de brazos cruzados y metí una mano dentro de mi chaqueta, preparándome para sacar mi arma y dispuesto a sacar a todas aquellas personas de allí. Luego me desharía de la seguridad de Alonzo Rinaldi y me llevaría a ese sucio asqueroso de allí para hacerlo hablar.

—En mi partido no habrá corrupción jamás. Y esas personas que estén robando, les prometo que pagarán cada centavo que deban —contestó con esa voz envolvente que incitaba a cualquiera a votarle.

Exceptuando a mí.

Preparé mi arma, solo para despistar, para dejar que todas aquellas personas inocentes salieran de allí, cuando alguien vino por detrás, impidiéndomelo. Al ver de quién se trataba, abrí los ojos como platos por la sorpresa.

—Creo que ya has bebido bastante, ¿no crees, Zev? —me espetó Ian, empezando a empujarme fuera del lugar hasta meterme en el

ascensor, para así fingir que estaba bebido frente a las demás personas y evitar así que hiciera alguna estupidez.

Una vez dentro del ascensor y viendo cómo Alonzo se alejaba de mi objetivo, miré enfadado a Ian cuando las puertas se cerraron.

—i¿Eres estúpido?! ¡Primero dices que no quieres ayudarme y ahora me fastidias el plan! ¡Estamos hablando de que ese repugnante tiene retenida a mi mujer! —escupí, lleno de rabia, mientras me acercaba a él.

Lo tomé del cuello de su camisa y lo estampé contra la pared plateada del ascensor mientras pensaba en qué lado le quedaría mejor el puñetazo que terminaría por estamparle.

—Antes no perdías los nervios con facilidad, Grimaldi. ¿Tengo que preocuparme?

Acerqué mi rostro al suyo y siseé.

—Estoy pensando en dónde meterte el tiro; si en tu gancho de derecha o la mano con la que fumas.

—Suéltame y hablamos —amenazó Ian, cabreado.

—¡No me digas lo que tengo que hacer, joder!

Solo estaba sintiéndome más destrozado por no saber qué cojones hacer para salvarla. Estaba en peligro y yo no tenía ni una mísera pista de dónde se encontraba el sabueso de mi antiguo asesor, al que deseaba torturar como nunca lo había hecho con nadie.

Sabía que estaba lleno de ira, Ian podía verlo en mi rostro y hasta podría pegarle si así lo deseaba. Pero sabía que esa no era la solución y me controlé.

Solo me haría perder más el valioso tiempo que tenía para poder encontrarla.

—Esta no es la solución, Zev… Bájame.

Tras unos segundos, mientras me sentía cada vez más y más perdido, lo bajé al suelo y luego me giré, caminando hacia la otra zona del ascensor mientras este bajaba. Le pegué un fuerte puñetazo a la pared y luego escondí mi rostro en esta mientras sentía el dolor recorriéndome el puño.

—La amas… Jamás creí que vería a Zev Grimaldi amando a alguien que no fuese de su familia —observó, asombrado.

Permanecí en silencio. Trataba de aguantar el dolor y la mejor manera de no derramar ni una puta lágrima era haciéndome daño a mí mismo. Necesitaba encontrarla ya, cuanto antes. Y cuantas más horas pasaba sin ella, sin saber nada, más me carcomía la desesperación.

—La solución no es entrarle de lleno al político más poderoso de esta ciudad, Zev.

—¡¿Y cuál es tu maldita solución?! —Me giré, caminando hacia él mientras no soportaba ni un segundo más sin saber qué hacer. —¡Te pedí ayuda hace una hora y me la negaste! ¡¿*Che cazzo ci fai qui*?!

—¿Qué carajo hago aquí? —Repitió. Miré a Ian mientras este arrugaba su frente y continuaba: —He venido porque tienes razón… Y porque sé lo que es perder a tu mujer y sé por la desesperación que estás pasando ahora. Pero deseo realmente que no tenga el mismo desenlace que, por desgracia, tuvo Leah —murmuró y entonces recordé que él había pasado por lo mismo que yo.

Suspiré, incapaz de soportar la idea de tener el mismo final con Olivia y sabiendo lo destrozado que terminaría si eso ocurriese.

A la mujer de Ian la secuestró un hombre, al principio nadie sabía quién era, pero estuvo tres días desaparecida. Cuando la encontraron, estaba muerta con signos de violencia y había sido un hombre que la llevaba acosando semanas y que iba a verla hasta en su trabajo.

Recordar aquello me revolvió el estómago mientras Ian me observaba con rostro serio y entonces vi en su dedo anular tanto su anillo de boda como el de su mujer, ambos unidos en el mismo dedo.

Empecé a sentirme mareado, no podía imaginarme esa mierda y él paró el ascensor mientras yo me resbalaba por la pared plateada hasta terminar sentado, mojado por la lluvia, en el frío suelo del ascensor.

Observé el anillo de boda que aún no me había quitado desde que Olivia me lo había puesto y empecé a girarlo sobre sí mismo. Ian se acercó a mí, dejándose caer a mi lado.

—Vamos a encontrarla, juntos —aseguró, pero no me convenció.

Solo me quedé en silencio mientras observaba el anillo y deseaba abrazarla, pedirle perdón por lo estúpido que había sido con ella aquella tarde en el rancho. No me la merecía.

—Pero tendremos que hacerlo fuera de comisaría, sin que ninguno de mis superiores lo sepa.

Asentí, mirándolo por unos segundos.

—Tengo mucho odio encima… Me han arrebatado lo más importante que tenía y no les va a salir gratis a ninguno de los culpables… Empezando por el traidor de mi asesor —recalqué, con furia.

—Tendrás que contarme cada detalle, los sospechosos y encontrar a gente cualificada para ello, pero que no esté metida en el mundo de

la policía… Personas en las que se pueda confiar —respondió.

Me contuve unos segundos, respirando con dificultad mientras no paraba de pensar en ella. Fue entonces cuando me vino una idea a la mente.

Miré a Ian, quien tenía la cabeza apoyada en la pared del ascensor.

—Conozco a las personas idóneas para ello —hablé, con la esperanza de encontrarla creciendo de nuevo en mi interior.

Y porque iba a vengarme de quienes me habían arrebatado a mi mujer.

TRES | ARRODILLADO

«Acabaría con cada persona implicada en ello y me daba igual dejar las pruebas delante de todos. Iban a pagar por arrebatarme lo que más amaba» —Zev Grimaldi.

ZEV GRIMALDI

Desde lo alto de mi despacho tenía una vista panorámica de toda la discoteca en aquella noche tan movida y llena de gente, como era habitual los fines de semana.

No pude evitar recordar el momento en el que traje a Olivia por primera vez aquí, el pasado octubre. Era increíble que hubieran transcurrido tres meses, si parecía que fue ayer cuando la conocí. En poco tiempo habían pasado miles de cosas, cada cual peor que la anterior. Sin embargo, no todo fue malo; pues también vivimos otros momentos intensos que sin duda merecieron la pena.

Siempre quise alejarla de mi estilo de vida, incluso cuando mi padre me dijo que me casaría con ella, no me hizo gracia tener que proteger a alguien que no sabía manejarse en este mundo… Nuevamente, Olivia me demostró que no era un don nadie y que sabía defenderse, incluso mejor que yo.

Aún recuerdo cuando vi por primera vez su fotografía en la carpeta clasificada que tenía mi padre, quien la había investigado durante meses. Aquellos ojos verdes me llamaron la atención desde el primer momento.

Carraspeé al ver cómo la gente bailaba, como si no tuviesen problemas, como si la vida se fuera en un segundo y recordé aquella noche en la que Olivia empezó a bailar sola en medio de la pista. La

manera en que deseé bajar, tocarla y bailar a su lado fue mucho más fuerte de lo que me imaginaba.

El sonido de un silbido me hizo dejar de pensar en aquel momento.

—¿Aquí trabajas? Tiene que estar bien conocer a una mujer guapa cada noche —comentó Ian, paseándose por mi despacho y curioseando todo.

Ni me giré, tan solo observé el lugar. No podía dejar de pensar en ella.

—Está bien durante un tiempo… Pero luego te aburres de hacer las mismas estupideces siempre… Y el sexo vacío te termina cansando —contesté, apretando la mandíbula y cavilando acerca de dónde podría encontrarla.

Tenía varios sospechosos, sobre todo Mattia y Alonzo. Ambos me parecían tan culpables que era incapaz de pensar en otra cosa. También la mujer de Alonzo y aquel negocio tan asqueroso y horrible que tenía contra las mujeres.

No… Traté de desechar todos esos pensamientos de que Olivia ya estuviese en alguna red de trata de blancas y sacudí la cabeza, tratando de pensar en otra cosa; en poder encontrarla, en confiar en los medios que tenía para conseguir sacarla de dondequiera que estuviese.

La puerta sonó y al girarme, vi a uno de mis guardaespaldas.

—Ya están aquí —anunció.

—Hazlos pasar —respondí, cortante.

Con las manos en los bolsillos, caminé hacia mi mesa y me quedé de pie, mirando a las personas que acababan de entrar, los cuales me observaron primero a mí y luego a Ian.

Luna y Benjamin se quedaron de pie, con ese porte de guardaespaldas que tenían y me reencontré por primera vez con Luna después de la bronca que tuve con ella la tarde en que desapareció Olivia.

Ese día estaba enfadado, la habían secuestrado y no habíamos conseguido hacer nada para evitarlo. Había pagado con Luna lo que ocurrió, pero tras hablar con ella entendí que no tenía la culpa. Podía verlo en su rostro, que aún seguía magullado por el golpe que le habían dado para dejarla K.O.

—Ian Santos, ellos son Luna Davis y Benjamin Miller… Los guardaespaldas de Olivia —los presenté, con las manos en los bolsillos.

Ian, con sus manos cruzadas, observó a ambos protectores y luego empezó a caminar de un lado a otro, sin dejar de mirarlos, especialmente a Luna, lo que me hizo pensar que le llamaba la atención aquella joven de cabello pelirrojo.

—¿Estás seguro de que puedo confiar en ellos?

Sin dejar de mirar a mi amigo, asentí.

—Son de confianza y grandes investigadores también —respondí, con sinceridad.

Ian volvió a mirar a Luna y sabía qué era lo que iba a decirle.

Conocía muy bien a Ian y quería solo a profesionales a su lado, personas que pasaran de los treinta y que tuviesen años de experiencia. A pesar de que Luna era mucho más joven, era una gran trabajadora en el campo de la protección e investigación.

Tan solo los observé mientras esperaba una respuesta por parte de ambos.

—No pienso trabajar con una cría —escupió Ian, con sus manos cruzadas.

—Que no sepa trabajar con mujeres es su problema, señor Santos, no el mío —le soltó Luna, sin levantar la voz y con semblante imperturbable. Me quedé serio, percatándome de la enemistad que parecían tener a primera vista, mientras Ian la miraba con los ojos demasiado expresivos.

Parecía que los dos no iban a congeniar bien, pero eso me daba igual. Yo quería que ellos hicieran el trabajo sucio, el más complicado y recabar todo tipo de información, cualquier hilo para encontrarla. Cómo fuese su método me importaba un bledo. Necesitaba gente de confianza y ellos eran las personas idóneas.

Ian empezó a caminar hacia ella.

—Trabajo con mujeres todos los días de mi vida, Luna. Lo que no quiero es trabajar con una jovencita de veinte años —replicó.

—Señorita Davis —corrigió ella, nuevamente, con aquella pasividad tan suya. —Que tenga veinticuatro años no implica que tenga que faltarme al respeto dentro del trabajo y ambos no somos ni seremos amigos —concluyó, haciendo enfadar a mi amigo, quien recurrió a mí en busca de apoyo.

—Zev.

—Trabajarás con ellos y punto —resolví, contundente, girándome e ignorando la pelea de críos.

Empecé a caminar por mi despacho y saqué una pizarra blanca, la cual contenía información de posibles sospechosos. A eso le añadí carpetas llenas de información y las dejé sobre mi escritorio.

—Trabajaréis aquí, las horas que hagan falta. Nadie sabrá nada de esto y para cualquier cosa, si hace falta saltarse la ley, tenéis mi permiso —dejé claro, apoyando mis manos sobre la mesa de roble. —De lo demás me encargaré yo.

—¿Necesita algo en particular para la investigación, señor Grimaldi? —preguntó Luna, eficiente.

Caminé hacia la puerta y, al girarme, contesté:

—Sí. —Todos me miraron atentos, esperando a que continuara: —Encontrad a la sucia rata de Edward Taylor. Él fue quien la secuestró. Apenas averigüéis en qué alcantarilla se ha escondido, llamadme para hablar con él de… manera amigable —concluí, con una voz que hizo que todos los presentes me observasen con respeto.

Sin decir nada más, bajé las escaleras con rapidez para marcharme de aquel lugar y continuar recabando más pruebas para poder encontrarla.

Haría todo lo que fuera necesario para que Olivia volviese a nuestra vida.

***

OLIVIA GRIMALDI

El sonido de las gotas cayendo tan cerca de mí me hacía imposible dormir, junto con el frío que hacía en aquel lugar.

Cada vez olía peor, pero mi olfato parecía empezar a acostumbrarse al mal olor que emanaba de un desagüe en mal estado que había en una esquina.

El dolor de cabeza seguía ahí por la falta de comida. Al último bocadillo que me había dado Mattia, o más bien tirado al suelo, ya

solo le quedaban menos de dos dedos para acabarlo y no sabía cuándo volvería a darme otro.

Con la boca seca, observé aquellas gotas que caían y quise pensar que sería agua potable. Apenas me quedaba agua de la que me había dado y esperaba que aquellas gotas pudieran refrescarme, pero cuando fui a moverme mi brazo falló por la poca fuerza que tenía y caí al suelo, dándome un golpe en la cabeza que me hizo taparme rápidamente, asustada por que me hubiese empezado a salir sangre, sabiendo de la hemofilia que padecía.

Al comprobar que todo estaba en orden y solo tenía un fuerte golpe que resonaba hasta en mi oído, me relajé apenas un poco.

Las cerraduras volvieron a sonar y dirigí la vista hacia la puerta, con el corazón en un puño y deseando que el que entrase fuese Zev, que de algún modo me hubiera encontrado y pudiera sacarme de allí. Sin embargo, por desgracia, no era él.

Mattia entró sin un bocadillo nuevo, ni mucho menos agua. Por lo visto, el maldito pensaba dejarme morir de sed lentamente. Pero llevaba una carpeta en la mano que me llamó la atención y la escruté, arrugando mi frente mientras me costaba respirar por la falta de fuerzas.

—Buenos días, preciosa —exclamó, con tono de burla—. Espero que hayas pasado una buena noche —se mofó, acercándose a mí lentamente.

Ni le respondí.

Necesitaba comer y, desgraciadamente, dependía de él para ello.

La cadena que tenía amarrada en mi tobillo y mi debilidad eran la muestra definitiva de la gran desventaja en la que me encontraba, eso sin contar con que en los primeros días de cautiverio me mantuvo drogada para evitar que pudiera intentar liberarme.

Cansada, era incapaz de demostrarle lo enfadada que estaba mientras que él parecía dormir divinamente, con una cama súper cómoda y calentito con su cara almohada. Y aun así me hacía pasar por todo aquello porque sencillamente lo disfrutaba.

Traté de no hablar para no ponerme a llorar de la impotencia por llevar días encerrada allí, sin comer como era debido, sin poder moverme… Nada. Absolutamente nada.

—Traigo buenas noticias. Pronto podrás salir de aquí de la mano de uno de los compradores —anunció, con una sonrisa asquerosa—, pero para ello tendrás que decidirte.

Se puso en cuclillas y abrió la carpeta, dejando dos fotos frente a mí.

Ahí fue cuando vi por fin el rostro de aquellos dos compradores que me hicieron enfurecer, pues no sabía cuál era peor. Casi vomito sobre las fotos, pero la falta de alimento me hacía no tener nada que expulsar.

—Sí, cada cual es más adinerado que el otro… Si fuera tú, tendría mi respuesta ya lista —contestó con aquel tono repulsivo que lo caracterizaba.

—Pues cásate tú con uno de ellos —escupí, dedicándole una mirada cargada de desprecio.

Mattia empezó a reírse y negó con la cabeza, levantándose del suelo para caminar por el cuarto. Al girarse, sus ojos azules parecían mucho más vivos que otras veces, como si le fascinase hacerme sufrir de aquella manera.

—Elige a uno de ellos, Lara. O sufrirás las consecuencias y no tengo problema en jugar contigo —me advirtió, con una sonrisa.

—Grimaldi —corregí, de forma instintiva.

Y entonces me di cuenta de que, por primera vez en mi vida, fui yo la que corregí mi apellido por el de Zev. Huelga decir que no era partidaria de tener el apellido de mi marido, pero en ese caso quería que quedase claro con quién estaba casada.

Zev…

Cuánto lo echaba de menos; deseaba abrazarlo y llorar en su hombro.

Pero a Mattia le importó un bledo.

Caminó hacia mí con sus caros zapatos y se colocó nuevamente en cuclillas. Me tomó del mentón, obligándome a mirarlo y ahí empezó a pasar su pulgar sobre mi labio inferior. Intenté apartar la cara, pero él no me dejaba. Tenía mucha más fuerza que yo.

—Dejaste de ser una Grimaldi desde que pisaste terreno Mancini, querida… Y no solo eso; ahora me perteneces hasta que te venda como un *juguetito*, ¿está claro? —espetó y no pude soportarlo más.

Le escupí en todo el ojo, haciendo que él cerrase ambos y empezara blasfemar en voz alta, alejándose de mí mientras se limpiaba el escupitajo que le había dejado en su maldito rostro de psicópata.

—¡Puta! ¡¿Esto es lo que quieres?! —Terminó de limpiarse y me señaló con el dedo, en ademán amenazante. —Conseguiré domarte, aunque tenga que sacrificar veinticinco de los grandes para que sepas quién soy yo.

Empezó a caminar hacia la puerta, pero de repente se detuvo, mirándome con aversión.

—Tienes veinticuatro horas para elegir a cualquiera de ambos. De lo contrario, saldrás de este cuarto, pero desearás volver a entrar —siseó, a modo de advertencia. —Y olvídate de comer hoy, para que aprendas a no escupirle en la cara a ningún hombre.

Cerró la puerta de color azul con fuerza, haciendo temblar las paredes y no tardé en oír las cerraduras, hasta que me dejó nuevamente sola, con aquella luz parpadeando, las gotas haciendo ruido y las fotos de ambos compradores entre los que tenía que escoger, como si fuese un objeto.

Quise llorar y no sabía por qué; si por todo lo malo que me pasaría o por cómo acabaría.

Lloré al mirar las fotos y al saber que pasaría mucha más hambre de lo que me imaginaba. Lloré porque no sabía dónde me encontraba, si Zev estaría buscándome o qué pasaría de ahora en adelante… Lloré por miedo a no encontrar la libertad, a no volver a verlos a ellos…

Y al fijarme de nuevo en las imágenes, observé a Alonzo Rinaldi mirándome desde aquella foto famosa que colocaba en todas las esquinas de Chicago, pero al girar mi cabeza, me topé con la fotografía de Josh Akkerman, aquel hombre de negocios al que me encontré en una de las galas y que me dijo que estaba buscando una nueva esposa.

Mis lágrimas no dejaron de caer mientras miraba todo aquello y recé por conseguir salir de aquel lío en que me habían metido sin que yo les hiciera absolutamente nada.

Pero empezaba a perder las esperanzas y ya no sabía cómo sobrevivir a aquello.

***

ZEV GRIMALDI

Las puertas del ascensor se abrieron y me topé con un grupo de mujeres y hombres bien trajeados, trabajando juntos; entre gritos, carreras y caos. Estábamos en año de elecciones y no me cabía

duda de que el equipo político de Alonzo Rinaldi estaba buscando nuevos votantes para ganar aquel año.

La tarde estaba avanzando y me abrí paso en medio de todo aquel caos hacia mi objetivo, que era el despacho que había a veinte metros.

Un hombre chocó conmigo y me pidió perdón, pero ni me molesté en mirarlo. Tenía cosas más importantes que hacer que perder mi tiempo con un idiota que trabajaba bajo las órdenes de un ser como Alonzo Rinaldi.

Al llegar a la puerta, vi que no había guardaespaldas, sino que uno de ellos estaba hablando animadamente con una mujer joven que parecía ligar con él, mientras que el otro se tomaba un café, olvidándose de dónde se encontraba.

Con la puerta libre, la abrí por completo, encontrándome a Alonzo Rinaldi follándose a una mujer de unos treinta años por detrás, frente a su mesa. La mujer parecía estar disfrutando y pidiéndole más, pero al cerrar la puerta con fuerza, ella se sobresaltó y Alonzo me observó, con ojos atemorizados al verme.

Tan rápido como lo miré, Alonzo se alejó de la mujer, subiendo su cremallera, mientras la joven se colocaba la falda y me miraba con las mejillas sonrojadas.

—¿Podrías dejarnos? Alonzo y yo tenemos una reunión de última hora —murmuré, con voz llena de tranquilidad, pero había un peligroso tono subyacente en ella que al Rinaldi no se le escapó para nada.

—Sí, claro —susurró ella, con apenas un hilo de voz y luego se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

Metiendo mis manos en los bolsillos, me giré y caminé hacia la puerta, poniendo el pestillo para tener más intimidad. No quería más

interrupciones.

—¿Qué mierda quieres?

Examiné su despacho lleno de diplomas falsos, fotografías de su familia, de gente famosa y empresarios de renombre y tomé una de aquellas fotografías donde su hija Vittoria aparecía mirando a cámara con el rostro serio, sin ser capaz de mostrar una sonrisa, mientras que Alonzo besaba a su mujer, Martina Ferrari, en lo que parecía un elegante restaurante. Al fondo aparecía un hombre bien trajeado, con el cabello demasiado corto y lleno de tatuajes por todo su cuello. Parecía ser el guardaespaldas de Vittoria, pero ahora no recordaba su nombre. Sin embargo, desde la alianza entre los Grimaldi y los Rinaldi, recordaba que ese hombre lleno de tatuajes era el que protegía a Vittoria.

Lentamente, dejé la fotografía en su sitio.

—Es muy tópico ponerle los cuernos a tu mujer con tu secretaria… —murmuré, negando con la cabeza—. Pero claro, Alonzo y su esposa tienen una relación extraña, ¿no es así? —Empecé a caminar por su despacho como si fuese el mío propio, con las manos en los bolsillos mientras que Alonzo no dejaba de mirarme, temeroso de lo que pudiese hacer—. Martina es la jefa de una trata de personas, mientras que su marido es el cliente número uno… Espero que Vittoria algún día se aleje de vosotros y viva la vida que ella quiera, no bajo el techo de unas personas que solo quieren hacerle el mal a otras mujeres —escupí, con odio.

—Lárgate antes de que llame a seguridad.

Reí y, por toda respuesta, me aproximé más a él.

Se escuchaba mucho ruido fuera por el bullicio de sus propios trabajadores. A nuestra espalda había un enorme ventanal con vistas al parque que había bajo el edificio. El sol entraba de lleno,

iluminando los papeles desordenados tras la follada que habían mantenido él y su secretaria.

—Solo vengo a hablar, Rinaldi… Y sé que estás al tanto de muchas cosas —murmuré, con una pequeña sonrisa falsa.

Él me miró. No sabía qué camino iba a tomar y, como me estaba viendo con un humor más negro que nunca, parecía darle algo más de miedo. Pero solo estaba siendo el mismo Zev Grimaldi de siempre. Con la diferencia de que ahora tenía más sed de venganza, más odio e ira. Habían secuestrado a mi mujer y todos ellos iban a pagar por el daño que le estaban haciendo.

Todos y cada uno.

—No sé nada del paradero de tu mujer.

Elevé la ceja mientras retiraba el móvil de su alcance al ver que pretendía tomarlo disimuladamente para pedir ayuda y lo tiré sobre el sofá situado en el otro extremo de su despacho.

—¿Cómo sabes que hablaba de ella?

Alonzo, completamente nervioso, se quedó callado mientras que yo me apoyaba en su escritorio, justo a su lado, a la vez que él parecía impotente, sin saber qué hacer ni cómo alejarse de mí. Pero parecía que no me conocía del todo y ahora iba a ver al verdadero Zev Grimaldi en acción. Y no como el día en el que él empezó a hablarme sobre lo que quería de Olivia.

Aquello me hizo apretar los puños con fuerza, pese a que trataba de mantenerme calmado.

Le sonreí, a sabiendas de que lo tenía en mis manos.

—Yo… Es normal… Todas las familias saben que estás desesperado por encontrarla. Lo entiendo —murmuró con nerviosismo, le costaba

articular las palabras.

—¿Sí? —Insinué, elevando la ceja y poniendo un tono suave que parecía aterrarle todavía más —. Y dime, ¿sabes dónde está?

Alonzo carraspeó, empezando a desatarse el nudo de la corbata roja que llevaba puesta y buscó la salida, pero estaba atrapado. Para poder salir, tendría que rodear el escritorio pasando frente a mí y yo no iba a permitírselo.

Antes íbamos a hablar tranquilamente, luego si veía que no me decía nada, las cosas cambiarían. Pero aquí iba a dejar las cosas bien claras, le gustase a él o no.

—Zev, por favor… Lo de la otra vez fueron negocios. Me dijiste que no y ya. Yo no sé dónde está tu mujer.

Negué, para nada convencido.

Las agujas del reloj corrían y el tiempo se me iba agotando, al igual que mi autocontrol. Lo que significaba que Alonzo Rinaldi iba acabar muy mal como siguiese mintiéndome en la cara.

—Esa no es la respuesta que busco.

—Es la verdad —contestó.

Me levanté del escritorio y di media vuelta, caminando frente a la ventana para observar las vistas. Dejé que tan solo unos segundos pasaran, antes de continuar:

—Te lo diré una vez más, Rinaldi… ¿Dónde… está… mi… esposa? — Le pregunté paso a paso, haciendo énfasis en cada palabra.

Permaneció en silencio, pero no pensaba rendirme y mucho menos marcharme con las manos vacías.

—No lo sé, Zev —concluyó, haciéndome perder el poco autocontrol que tenía.

Me giré con rapidez, tomando la cabeza de Alonzo Rinaldi y estampándola sobre su duro escritorio de madera. El sonido de su cráneo impactando contra este fue como música para mis oídos. Soltó un grito ahogado y lo tomé de la corbata, empezando a apretársela, hasta casi ahogarlo.

—¿Te he refrescado la memoria? —siseé, a un palmo de su cara.

La sangre empezaba a salir con violencia de su cabeza, pero sabía bien que hierba mala nunca muere. Y para matar a Alonzo Rinaldi hacía falta algo más que un simple golpe en la cabeza.

Apreté más la corbata roja que llevaba puesta, consiguiendo que él empezara a ponerse del mismo color.

—Yo… Te juro que no sé dónde está…

—Pero… —lo incité a continuar. —Yo no la secuestré, fue Mattia… Él… Él me llamó el sábado por la noche diciéndome que la tenía, que había conseguido burlar a la seguridad —confesó, con la voz temblorosa. —No sé dónde demonios está, solo me ofreció vendérmela por una cantidad.

Aquello último me envenenó y apreté aún más su corbata mientras escuchaba toda la mierda que me estaba contando.

—Y como la mierda que eres lo aceptaste —solté, con rabia.

—Sí… Era la oportunidad perfecta… Pero no soy su único comprador.

Cada vez la historia iba tomando un tono más oscuro que odiaba y de tan solo pensarlo me entraban ganas de sacar mi arma y pegarle varios tiros a Alonzo Rinaldi.

Quise vomitar de tan solo pensar que Olivia estaba cautiva con un hombre como Mattia. Solo esperaba poder encontrarla antes de que todo esto se pusiera peor.

—Continúa.

Carraspeó y decidí aflojar un poco mi agarre, para que pudiese hablar, pero no demasiado.

La sangre seguía saliendo de su cabeza, manchando parte de mi traje.

—Le ofrecí veinticinco de los grandes por ella, pero había otro comprador que también ofreció lo mismo. Ahora… Ahora solo estamos esperando la respuesta de Mattia para saber quién de los dos…

Al ver que se interrumpía, vacilante, me acerqué a su rostro y susurré con una calma letal:

—Acaba la frase. No te cortes ahora.

Volvió a carraspear, completamente nervioso y vi cómo empezaban a caer gotas de sudor por su frente.

—Para saber quién de los dos consigue comprarla.

Puse a Alonzo de pie y lo empujé frente a la ventana, apuesto a que agradeció que esta estuviese cerrada, ya que el cristal amortiguó su caída. Una vez sentado en el suelo, tapándose la herida y tratando de quitarse la corbata con una mano, me acerqué a él, de pie y lo contemplé desde mi posición.

Rinaldi tragó costosamente mientras me miraba con miedo.

—Si aprecias tu vida, dime quién es el otro comprador.

—No… No puedo decir…

Me agaché, sacando mi arma mientras ponía el gatillo sobre su polla. Cargué el arma, estaba a escasos segundos de dispararle allí mismo si no hablaba.

—¿Qué no puedes decir?

Sin esperar ni un segundo más, se vino abajo y lo confesó todo.

—¡Josh Akkerman! No dispares por favor, te lo suplico —me rogó, empezando a llorar mientras que yo me hundía cada vez más en el pozo.

Deseé buscar a ese hombre y hacer lo posible para demostrarle que así no eran las cosas. Que a Olivia jamás podría comprarla como si fuese un maldito objeto.

Cabreado, me levanté, guardé mi arma y le di un ultimátum.

—Retira la puta oferta. Porque como me entere de que te gastas el maldito dinero en mi esposa, te prometo que vivirás, sí… pero no sabrás lo que es volver a meterla, Rinaldi —le advertí, haciendo referencia a su miembro.

Caminé rápidamente, abriendo la puerta y volviendo a cerrarla mientras me volvía a meter en medio de aquel bullicio lleno de trabajadores. Muchos pasaban a mi lado, incluso hasta alguno se chocó nuevamente conmigo por todo el trabajo de la campaña, pero me daba igual. Era como si estuviese en otro mundo después de descubrir la realidad en la que estaba Olivia y todo lo que estaba sufriendo.

La habían secuestrado y estaba seguro de que estaría encerrada en un cuarto, a saber si estaba siendo torturada o algo mucho peor. Ni siquiera sabía si estaba fuera de la ciudad o cerca de mí. Y encima el muy psicópata de Mattia iba a venderla al mejor postor. Empecé a

morderme el labio con fuerza para no pegarle a la primera pared que encontrase.

Necesitaba aire, salir de allí y seguir buscándola. Si conseguía encontrar al maldito traidor de Edward Taylor podría encontrar a Mattia o, al menos, averiguar dónde la había llevado en cuanto la secuestró.

Esto no iba a quedar así; prometí que la mantendría a salvo y lo haría, que la llevaría a salvo a nuestro piso, junto con Angela y Rocky.

Entré al ascensor, pulsando la tecla de la primera planta y seguí observando aquel caos sumido en una oficina llena de papeles electorales y propaganda de mierda, cuando los peores eran los mismos políticos.

Cuando las puertas se cerraron, mi teléfono sonó y contesté de malas formas.

—¿Qué?

Soné mucho más brusco que de costumbre.

No obstante, la voz de Ian me hizo ver algo de luz en ese maldito túnel.

—Lo hemos encontrado.

***

Salí enfadado del coche, en dirección a la puerta de aquel enorme edificio situado a las afueras de Chicago.

Frente a mí se encontraban Luna, apoyada en la pared, Benjamin; de brazos cruzados e Ian; rascándose la barba. En cuanto este

último vio lo enojado que estaba, empezó a caminar hacia mí, colocando con brusquedad sus manos en mi pecho para frenarme.

—Ni se te ocurra subir así.

—Tú no me vas a decir cómo tengo o no que subir —contesté, tratando de quitármelo de encima.

Yo tenía mucha más fuerza que él en ese momento, por lo que no me costó en lo absoluto hacerme camino hacia la puerta. Al entrar, un recepcionista nos recibió con cara de buenos amigos. Pero por la mirada que le dediqué se quedó completamente serio, mientras los dos guardaespaldas de Olivia me seguían e Ian intentaba hacerme entrar en razón.

Pero ni siquiera lo escuché.

—¡Zev, no seas capullo! ¡Vas a estropear el plan!

—El plan es agarrarlo por los huevos y si no canta tirarlo por la primera ventana que encuentre —escupí, entrando en el ascensor.

Ni Luna ni Benjamin dijeron nada, pues conocían cómo trabajaba, por lo que entraron en el ascensor. Ian, en cambio, no estaba acostumbrado a mis métodos.

—No puedes matarlo, Zev.

Luna carraspeó y el policía la miró con cara de pocos amigos.

—Tú vas a favor de las leyes, pero yo no. Yo cruzo las líneas rojas y las sobrepaso… —murmuré—. Has hecho un gran trabajo encontrándolo, pero yo me encargo del trabajo sucio.

—¿Y vosotros no decís nada? —inquirió, dirigiéndose a los guardaespaldas.

Luna se apoyó en la pared del ascensor y habló con tranquilidad:

—Acatamos órdenes. El jefe sabe lo que tiene que hacer.

Ian negó mientras se cruzaba de brazos para expresar su desacuerdo y, en lo que el ascensor seguía subiendo, él trataba de calmarme. Pero no iba a lograrlo, por mucho que lo intentara.

—Zev, es un sospechoso. Vamos a hablar con él, a interrogarlo en tu despacho y trataremos de encontrarla, ¿vale?

Lo miré unos segundos y, viendo el gran esfuerzo que estaba haciendo para ayudarme, decidí asentir. Aunque lo hice más que nada para que no tratara de pararme, aunque también sabía que tenía parte de razón.

—No te prometo ser delicado con él —le dejé claro.

A Ian le costó procesar la información y luego asintió, apoyándose en la pared hasta que el ascensor paró.

Los cuatro salimos y buscamos el piso de Edward Taylor, quien lo había comprado esa misma semana. Se trataba de un piso bastante lujoso y muy, muy caro. Era un asesor que cobraba bien, pero esa cantidad era muy sospechosa. Estaba claro que Mattia le había pagado por cumplir su trabajo de secuestrar a mi mujer.

Benjamin se acercó a la puerta, se arrodilló y empezó a forzar la cerradura, ya que era especialista en ello. Cuando lo consiguió, el primero en entrar fui yo. Observé un piso de lo más enorme, de colores blancos, grises y negros. No me cabía duda de que le habría costado una millonada y más con esas vistas.

El salón era inmenso, con unas vistas de la ciudad de fondo, mientras que el sol ya empezaba a desaparecer para ser sustituido por las nubes negras que empezaban a aparecer. Al entrar, escuché unos gemidos provenientes del salón y, al llegar, lo primero que me encontré fue a mi ex asesor de pie, con ropa elegante, mientras que

una mujer estaba arrodillada frente a él haciéndole una mamada. La mujer parecía una de las mujeres que venían a mi discoteca, pero jamás había hablado con ella.

—*Stupido, faresti meglio a divertirti, perché non ne uscirai* —solté, irrumpiendo en la estancia.

La mujer se levantó rápidamente, limpiándose la boca mientras que Edward se subía los pantalones, asustado, como si acabara de ver al mismo diablo frente a él.

Al verlo, la ira se apoderó de mí y la venganza que necesitaba cobrarme resurgió en mi interior. No miré a nadie más, solo supe que Ian, a mi lado, intentó calmarme.

—Tranquilízate, ¿vale?

—Sí, estoy tranquilo —contesté, con suavidad, sin siquiera mirarlo.

Caminé, observando cómo la mujer se marchaba de allí corriendo, tras tomar un sobre lleno de dinero.

Edward empezó a mover las manos, suplicándome que parase, pero no lo iba a hacer. Estaba lleno de ira y tenía sed de venganza. Entonces él empezó a retroceder hacia el enorme balcón elegante y el viento le despeinó esa coleta tan alta que siempre tenía.

—Por favor, Zev… No tengo nada que ver.

Mis puños se apretaron y sentí dolor por cómo mis uñas se clavaban en mi piel, pero el dolor aliviaba mi desesperación por saber dónde se encontraba Olivia. Aunque no me ayudaba del todo. Necesitaba encontrarla, necesitaba toda la ayuda posible, aunque tuviese que arrodillarme delante de mis enemigos para ello.

—Tu manera de hablar y de reaccionar me dicen lo contrario.

Edward miró al detective que tenía a mi lado y suplicó:

—Te lo juro por mi madre.

—No metas a tu madre en esto. Si estuviese viva no te perdonaría por haberle robado la libertad a una mujer —escupí, cabreado.

Apreté más mis puños mientras seguía avanzando hacia él, a la vez que él seguía retrocediendo, hasta que su espalda tocó los cristales de protección para no precipitarse desde ahí.

—Zev, por favor… Esa chica solo iba a darte problemas y muchos — se justificó, tragando saliva.

Aquello me enojó mucho más.

—¿Por eso compraste este pedazo de piso? Mattia te dio una suma considerable de dinero por traicionarme, por secuestrarla y robarle su libertad —espeté, a punto de estallar.

Lo tomé de la camisa y lo levanté del suelo hasta colocarlo sobre la barandilla y lo expuse hacia lo alto del edificio. Media espalda de Edward sobresalía y, por su rostro, estaba más que asustado por ver lo que iba a suceder. Sabía que sería capaz de lanzarlo al vacío.

—Habla.

—¡Zev! —gritó Ian, a mis espaldas.

Pero los guardaespaldas permanecieron impasibles. Sabían que en ese momento era mejor no intervenir porque estaba lleno de ira y esta era la mejor manera de que ellos aprendiesen la lección. Aprenderían a no arrebatarme lo que amaba.

Porque habría muchas, demasiadas consecuencias.

Él no hablaba, pero al mirarme comprendió que no iba a cambiar nada mi opinión al respecto y era mucho mejor empezar a cantar

todo lo que estaba escondiendo.

Edward tragó saliva con dificultad ante la amenazadora posición en que lo tenía. Sus ojos reflejaban un genuino terror al ver el vacío debajo de él. Sus manos se clavaron en mi brazo, que sujetaba su ropa y no se movieron de allí.

Apreté mi mandíbula, mientras que Edward me suplicaba.

—¡Zev, detente! ¡Matarme no te devolverá a Olivia! —exclamó, con voz temblorosa.

Apreté la mandíbula hasta hacer rechinar mis dientes. Sabía que tenía razón, pero la rabia nublaba mi juicio. Quería hacerle pagar por su traición y darles un aviso al resto de cabrones que habían participado en ese acto tan asqueroso.

—Dime dónde la tienen o te juro que te soltaré aquí mismo —gruñí, empujándolo un poco más hacia el borde.

Edward se aferró con uñas y dientes al barandal, chillando de pánico. Por un momento pensé que terminaría orinándose en los pantalones por el miedo.

Pero en vez de hablar, tan solo me rogaba, muerto de pánico.

—¡Zev, por favor!

—Esa no es la respuesta, Edward —chasqueé la lengua, viendo de soslayo cómo Ian se acercaba a mí para intentar disuadirme.

—Zev…

—Aléjate Ian, o el siguiente serás tú —le advertí, enojado.

Volví a mirar a Edward, que parecía no pestañear ni un solo momento mientras que el viento no ayudaba a su favor, dando la sensación de que acabaría cayendo.

Entonces se rompió.

—Mattia… Mattia me ofreció cinco de los grandes por secuestrarla… El plan era ir a la universidad, quitarnos de encima a la seguridad y dormir a Olivia —habló en un tono rápido para evitar que lo tirara desde lo más alto. —Me la llevé al piso de Mattia, demasiado drogada para recordar nada. Pero luego Mattia se la quedó, me entregó el dinero y no me dijo adónde se la llevaría. Solo sé que la iba a vender al mejor postor —me contó, tragando saliva.

Me enfadó mucho más ver que no estaba consiguiendo ni una maldita pista de su paradero y que este ser tan repugnante le hubiera robado la libertad a una joven solo por el cochino dinero.

—¿Así me pagas todos estos años, estúpido?

Edward ya no sabía qué más decir, pero de pronto pareció recordar algo.

—La venta se hará el lunes y el que la compre irá a buscarla. Eso es lo único que sé, Zev. Te lo juro —murmuró casi llorando, bajando la voz a medida que iba hablando.

—¿Comprarla? —preguntó Ian.

Me quedé mirándolo durante unos segundos y luego bajé a Edward, soltándolo para que cayese al suelo de su ático y este acabó meándose encima, haciéndose un ovillo. Ian fue a ayudarlo a levantarse, pero lo aparté de un empujón.

—Ni se te ocurra tocarle después de todo el sufrimiento que ha causado.

—¿Mattia la va a vender? —cuestionó Luna, asustada. —Deberíamos encontrar a Hayley e interrogarla —sugirió.

Negué mientras observaba a Edward, quien me contemplaba con una mirada algo oscura.

—Visité a Alonzo Rinaldi hace una hora. Me contó lo mismo que este maldito… Hay dos compradores —susurré, incapaz de soportar el hecho de que solo me quedaran tres días para encontrarla. De lo contrario, le perdería el rastro en cuanto Mattia la vendiese como si fuese un puto objeto. —Alonzo y Josh Akkerman… Uno de los dos está a punto de comprarla. Hay que encontrarla antes de que se celebre la subasta —murmuré, con apenas un hilo de voz.

—Vamos, Luna, trata de encontrar a Hayley y hacerla hablar. Yo buscaré a Josh Akkerman y miraré las reuniones que tiene para hablar con él —intervino Ian.

—Así no lo conseguirás. Josh Akkerman no habla con cualquiera… —murmuré.

Josh Akkerman solo hablaba con aliados o con empresarios que tuviesen buenos negocios para poder hacer tratos con ellos. Y los Grimaldi no estábamos entre ellos. Yo tenía una discoteca, mientras que mi padre estaba a punto de arruinarse económicamente por culpa de su empresa.

Aquello no me ayudaba y solo había una persona que podía hacerlo. Jamás creí que tuviese que plantearme aquello, pero no me quedaba de otra.

—Buscad los tres a Hayley y traédmela. Yo buscaré a una persona que puede tratar con Akkerman —contesté, ante la atenta mirada de todos los presentes.

Cuando los cuatro nos giramos para marcharnos, la voz de Edward nos detuvo.

—Te deseo suerte para encontrarla sana y salva, Grimaldi… Tendrías que haberme hecho caso y casarte con Vittoria Rinaldi —dijo, con un

tono de voz que conocía muy bien.

Y cuando me giré vi en sus ojos la sed de venganza.

Lo conocía muy bien y sabía que lo que iba a hacer ahora, en cuanto nos marchásemos; sería avisar a Mattia sobre nuestro plan y todo se iría a la mierda. Por eso, cuando él sonrió de la misma manera tan podrida en la que lo hacía cuando hablaba tan mal de mi esposa, tomé mi decisión.

Saqué el arma y le disparé tres veces al cristal donde él estaba apoyado, provocando que este se rompiera en mil pedazos y Edward cayera al vacío.

Ante el silencio inmenso que se formó en ese instante, me marché de allí.

—No os preocupéis, llamaré a varios hombres para que vengan a limpiar la basura.

Apretando la mandíbula, salí de allí, dispuesto a olvidarme de todo lo demás y a tragarme mi orgullo por encontrarla.

***

Caminé recto por aquellas oficinas ante la mirada de los estupefactos empleados, mientras que yo solo tenía un objetivo.

Estaba empezando a notar que las paredes estaban a punto de caerse sobre mí, de derrumbarme por no conseguir pistas fiables, por no tener una línea que seguir para poder encontrarla. Y aquello era lo que más me aterraba.

Tan solo deseaba poder encontrarla, llevarla a algún lugar y pedirle perdón por lo que había hecho. Decirle que a partir de ese momento seríamos un equipo indestructible y que jamás volvería a separarme

de ella. Que no volvería a ser el Zev que le daba miedo después de dar un gran paso en nuestra relación.

E iba a quitar de mi vocabulario la palabra "falso", porque nuestro matrimonio era mucho más real que muchos otros. Más real que la vida misma y desde el momento en el que le di el «Sí quiero» supe que ya toda esa mierda de relación falsa se había acabado.

Caminé hacia la puerta cerrada, cuando la secretaria que había al lado trató de detenerme, en vano.

—¡Señor Grimaldi, no puede entrar!

La ignoré, abriendo la puerta de par en par y viendo a Ginevra Mancini sujetando unos papeles mientras hablaba con una de sus trabajadoras, explicándole algo. Ambas mujeres me miraron, quedando más sorprendida una de ellas, que me observó con sus ojos azules, sin esperarse encontrarme allí.

Me metí la mano en mi chaqueta, sacando el arma mientras que Ginevra abría sus ojos por completo, asustada. Pero en ese momento quité la recarga, tirándola al suelo y luego el arma, colocándola en otro sitio distinto y empujándolo para que cayese bajo sus pies.

Y entonces me arrodillé frente a ella, consiguiendo que Ginevra me observase atónita, sin entender lo que estaba pasando. Fue ahí cuando sus ojos se desviaron hacia algunas personas tras de mí y extendió la mano para evitar que hicieran nada. Supuse que serían los de seguridad y nadie me tocó. De rodillas en el suelo, me tragué el orgullo y supliqué.

—Mancini, estoy aquí de rodillas frente a ti para pedirte que me ayudes a encontrar a mi esposa… Te suplico que me ayudes… Y si hace falta besar el suelo por el que pisas, lo haré con tal de encontrarla sana y salva —murmuré, ante la extrañeza de Ginevra.

No dijo nada, estaba observándome como asimilando que todo aquello estaba pasando de verdad. Yo continué, con un hilo de voz, empezando a notar las lágrimas cayendo por primera vez de mis ojos.

—Por favor… Ayúdame a encontrar a mi esposa, Ginevra.

CUATRO | AKKERMAN

«Necesitaba escapar, pero no sabía cómo. No tenía fuerzas, nada de energías y no sabía ni dónde me encontraba ni qué había fuera de aquella puerta azul… Todo estaba en mi contra» —Olivia Grimaldi.

ZEV GRIMALDI

Con la cabeza gacha, miré el suelo blanco que decoraba el despacho de la persona a la que había considerado mi enemiga por muchos, muchos años. Y ahora me encontraba aquí, frente a ella, arrodillado y desesperado por su ayuda.

Mis lágrimas empezaron a resbalar hacia el suelo en caída libre y ya era incapaz de pararlas. Apenas podía ver, pero distinguí cómo el suelo inmaculado del despacho de Ginevra empezaba a mojarse por mi llanto imposible de controlar, tras tanto aguantarlo durante días. La falta de sueño tampoco ayudaba y el miedo y la incertidumbre de no saber dónde se encontraba mi esposa eran lo que peor me tenía.

—Marchaos, todos —ordenó Ginevra, mientras que yo era incapaz de mirarla.

—Señora Mancini, es peligroso que en ese estado…

—He dicho que os marchéis —concluyó, con una voz mucho más fuerte que antes.

Escuché unos pasos dirigirse hacia la salida y luego la puerta cerrándose. Ni siquiera entonces fui capaz de mirarla debido a mi trance.

El sonido de una silla arrastrándose empezó a chirriar por el lugar, hasta que noté que estaba a escasos centímetros de mí. Una mano

pequeña se colocó sobre mi hombro con delicadeza, recordándome a la manera en que lo hacía mi madre y, extrañamente, sentí calidez por la enemiga de mi familia.

—Mírame, Zev.

Al hacerlo, me percaté de que Ginevra me observaba con cariño y pena a la vez. Se la veía extrañamente preocupada y cuando fue capaz de decirme algo, yo seguía sin poder dejar de llorar. Cosa que odiaba y más hacerlo delante de ella.

—Levántate del suelo y siéntate en la silla. No pienso tener esta conversación de esta manera y más después de haberle prometido a tu madre que cuidaría de ti y de tu hermana… A pesar de que no me hayáis dejado.

Fruncí el ceño ante aquellas palabras de Ginevra y, sin ganas de discutir, decidí obedecerla por una vez y tomé asiento. Reparé, por las vistas de ese despacho, que la noche ya empezaba a caer y tras las atrocidades que acababa de cometer, me sentía cada vez más intranquilo porque iba a contrarreloj y necesitaba encontrarla. Las familias líderes de la mafia búlgara me prometieron que me ayudarían a buscarla. Y así era. Lo estaban haciendo, junto con los policías que estaban a favor de Giulio. Pero no era suficiente. No viniendo de alguien como Mattia; un ser desagradable y psicópata capaz de hacerle el mayor daño posible con tal de disfrutarlo.

—Olivia… Lo supe hace unos días, cuando mi asesora y mis guardaespaldas me dieron un chivatazo… —susurró y su mirada parecía decaída—. Fue Mattia, ¿verdad? Él se la llevó.

Asentí, con la información que había recabado durante aquel día tan largo fresca en la memoria.

—Sí.

Su rostro reflejó un caleidoscopio de emociones; por un lado, parecía que no le había sorprendido en lo absoluto, pero a la vez también estaba conmocionada y era lógico. Aunque yo lo odiase, al fin y al cabo era su hijo. Y era cierto que ella siempre había intentado detenerlo, pero ahora era prácticamente imposible hacerlo.

Sí, la culpaba por no haber hecho más para ponerlo en cintura, pero tampoco era su culpa que Mattia fuese un ser tan repugnante y mezquino.

Necesitábamos dejar nuestras diferencias de lado y conseguir unirnos para encontrar a Olivia de una vez.

—¿Tienes alguna pista? —preguntó, rápidamente.

—Hoy visité a Alonzo Rinaldi.

—Tú solo, ¿verdad? —Ginevra me miró y parecía algo enfadada, tanto así que por un momento fue como si estuviese viendo a mi propia madre enfadándose conmigo por haber hecho algo malo.

Sabía que verme a solas con Alonzo iba contra las reglas. Pero ahora no había reglas. Ellos las habían roto mucho antes llevándose a Olivia y yo no tenía por qué respetarlas, mucho menos por esa escoria.

—Tan solo lo amenacé un poco —contesté, limpiándome las lágrimas con enfado—. Y lo que descubrí me horrorizó mucho más…

—¿Qué te dijo?

Recordé y memoricé nuevamente la conversación con el estúpido de Alonzo en mi mente, sin ser capaz de pensar en otra cosa, en las palabras que utilizó y en cómo iban a traficar con un ser humano porque les daba la maldita gana.

Las ganas de estampar mi puño contra la primera pared que encontrara seguían ahí. Pero de nada me servía sacar mi furia. Eso no me ayudaría a encontrar a Olivia.

—Mattia la secuestró, con ayuda del traidor de mi asesor… Y ahora la va a vender como si fuese mercancía por una enorme cantidad de dinero —le conté, asqueado—. Y hay dos compradores. Alonzo y Akkerman.

—¿Akkerman? —Agrandó sus ojos, asombrada por lo que acababa de decirle.

—Sí… De ahí a que esté aquí —repuse. —Dejaré de lado nuestras diferencias, te deberé una enorme si me ayudas… Pero sé que tienes muchos negocios con Josh Akkerman. Tan solo necesito que me ayudes, que encuentres información y pongas algún micro en su despacho por si Mattia se delata a sí mismo y revela dónde tiene a mi esposa… Ginevra, por favor —supliqué, rezando para que aceptara.

Ginevra se quedó callada durante unos segundos y al final asintió.

Ese gesto fue lo que me hizo suspirar de alivio y empecé a notar el aire entrando más cómodamente en mis pulmones. Fue como ver un rayo de luz en la inmensa oscuridad que llevaba persiguiéndome durante días. No obstante, sabía que tendría que pagar un precio, quizá muy alto, por la ayuda de una familia enemiga. No sabía si por ella, o por mi propio padre, a quien no le haría gracia que me aliara con Mancini… Pero me daba igual. Pagaría lo que hiciera falta con tal de ayudar a mi esposa a salir de esta.

—Por favor, Ginevra.

—Zev, solo te pido una cosa. Una nada más —aventuró, sin dejar de mirarme a los ojos.

Y tan rápido como lo dijo, asentí.

—Lo que sea.

Ella se acercó un poco más y tomó aire, como si abordar el tema le resultara doloroso.

—Sé que te costará creerme y más después de todos estos años, pero yo no fui quien mató a Sally… —susurró y yo asentí.

—Sé lo de tu aventura con mi madre. —Ante mi respuesta, ella se quedó sorprendida. —Olivia me lo dijo en nuestra luna de miel.

Ginevra suspiró, echándose hacia atrás y murmurando:

—Tu madre no tiene la culpa de nada. Nos enamoramos siendo mujeres de hombres de la mafia y, encima, no fue fácil llevarlo en secreto.

—Ginevra, eso no me importa. Sé muy bien que Giulio y mi madre tenían un matrimonio concertado.

Ella sonrió ante lo que acababa de decirle.

La noche empezaba a caer y parecía que era una noche más, fría y distante, en la que no podría ver a Olivia sana y salva. Y sabía muy bien que iba a ser muy difícil encontrarla. Solo deseaba que estuviese en Chicago o a las afueras. Porque como descubriese que estaba fuera, en un país distinto, en un continente muy diferente… Todas las esperanzas de encontrarla iban a alejarse lo máximo posible.

Y jamás volvería a saber de ella. Fuera quien fuese quien la comprase, porque los motivos no los sabía, quizás terminarían vendiéndola a algún país delictivo.

Casi temblé de pensarlo.

—A veces los matrimonios por conveniencia encuentran el amor verdadero. No fue el caso de Giulio y Sally… —Expresó con naturalidad, pero sacudió la cabeza para luego mirarme y cambiar de tema. Quizá le resultaba demasiado duro. —Se ve que estás totalmente enamorado de Olivia. Lo supe en cuanto los vi aquí y ella te tranquilizó… Desde ese entonces se veía lo enamorada que ella estaba de ti y cómo tú te tranquilizaste por ella, cosa que nadie consigue. Me recuerda a lo que tuve con tu madre… Eso es amor, Zev. Y no debes perderlo.

No dije nada. No era capaz y tan solo asentí, nuevamente.

—Solo te pido que te unas a mí y consigamos encontrar al asesino a Sally. Porque su muerte no es un simple arranque de infidelidad… Estoy muy segura que hay algo más, sobre todo por lo que me ocultaba en los últimos meses —susurró, empezando a entristecerse.

Traté de entender sus palabras y adónde quería ir a parar y, sin pensármelo dos veces, asentí. Lo hice a sabiendas de que Giulio no quería que tuviese ningún tipo de relación con Ginevra Mancini. Pero eso me daba igual. Lo haría por Olivia y también por averiguar la verdad sobre mi madre.

—Vale.

***

—Deberíamos hablar con tu ex asesor y entender más los motivos detrás de sus actos.

Habían pasado unas horas desde que caí de rodillas en el despacho de Ginevra, suplicando por su ayuda. Ahora, al día siguiente y sin apenas poder pegar ojo nuevamente, ambos nos encontrábamos bajando de su todoterreno rojo tras un largo trayecto por la ciudad de Chicago.

Una de las zonas más adineradas, donde el poderoso y magnate Josh Akkerman tenía un edificio de un color dorado, enorme y lleno de plantas con cristales impecables. Desde ahí podían verse las mejores vistas de Chicago, incluso una panorámica mucho más alta de la ciudad que tan solo unos pocos afortunados podían contemplar. Al bajarme del todoterreno conducido por Ginevra, la miré mientras me colocaba el abrigo negro por el frío glacial del invierno de Chicago. Aún no había nevado, pero estaba a punto. Y, la verdad, esperaba que no nevase aún por el miedo de que, allá donde estuviese Olivia, estuviese sufriendo el frío del lugar.

Sin mirar a Ginevra, cuyos enormes tacones negros con aquel traje de ejecutiva repiquetaban a cada paso que daba, me encogí de hombros porque no iba a poder ser.

—Demasiado tarde —contesté, mirando al edificio y recordando lo ocurrido ayer, el día tan largo y agotador que tuve. Suspiré—. Lo tiré desde lo alto de un edificio ayer.

Pude ver por el rabillo del ojo cómo Ginevra, ya a mi lado, negaba repetidas veces, recordándome nuevamente lo que hubiese hecho mi madre.

—Así no harás buenos negocios, Zev —replicó, mientras ambos caminábamos hacia el edificio de Akkerman—. Debes mantener la calma incluso en los momentos más difíciles.

Metiéndome las manos en los bolsillos de mis pantalones, observé el logotipo de la empresa, que consistía en un árbol de color negro seguido del apellido Akkerman. Reí por lo bajo al ver que se dedicaba a temas ecológicos de la manera más repugnante que había, ya que Akkerman no estaba para nada a favor de la ecología y el futuro del planeta. Otro mafioso más en una ciudad repleta de ellos.

—Cuando el amor de tu vida está en peligro, eres capaz de cualquier cosa, Mancini.

Entremos al edificio, pero escuché su respuesta alta y clara.

—Tienes razón, Zev.

Antes de llegar a la recepción, mi móvil sonó y lo saqué del bolsillo del abrigo para contestar. Al mirar al número, mi corazón dio un vuelco al pensar que podrían ser noticias de Olivia. Deseé que fuesen buenas.

Ginevra ni se movió, tan solo me observó al ver mi expresión y tomé la llamada.

—Marković, ¿tienes novedades?

Delia estaba al otro lado del teléfono y me pareció escuchar algo de ruido de fondo. Más precisamente a Nikola diciéndole algo como: «No me gusta para nada este plan», pero no sabía a qué mierdas se estaba refiriendo.

Yo tan solo deseaba encontrarla antes de que las cosas empeorasen.

—Grimaldi, llamo para decirte que voy a charlar con Alonzo Rinaldi. Me he enterado de que ayer le diste una buena paliza —comentó, con tono humorístico.

Mientras, Nikola seguía murmurando y parecía que estaba en desacuerdo.

—De nada te servirá. Ayer apenas conseguí sacarle algo de utilidad —murmuré.

—Pero eres un hombre. A Alonzo hay que hablarle de cierta forma y con falda —soltó, como si nada.

Arrugué mi frente y negué con la cabeza.

—No deberías ir sola, si es lo que estás pensando.

—Otro igual. Estás como el idiota de Valkov —espetó ella.

Conocía muy bien las formas de Delia. Era una mujer de armas tomar y, por mucho que le dijese que era peligroso, todos sabíamos que ella tenía mucha más fuerza y poder que ningún otro hombre. Quizás porque estaba acostumbrada a vivir en ese ambiente desde niña.

Tampoco me importaba demasiado, pero al hombre que tenía a su lado parecía que sí.

Ginevra se cruzó de brazos mientras esperaba y le dije con señas que fuese hablando con el recepcionista que había allí esperando.

—Lo que sé es que Mattia la tiene retenida y que tanto Alonzo como Akkerman quieren comprarla. Uno de los dos va a llevársela y hay que tratar de encontrarla antes de que suceda esa desgracia —le resumí a Delia mientras esta le murmuraba algo a Nikola. —Perfecto, Grimaldi. Te llamo en cuanto acabe la reunión —aseguró Delia y, antes de colgar, escuché—: ¿Por qué no te vas a tomar por culo? Tú no eres…

Y colgó la llamada.

Negué al saber que esos dos tenían algo más que una enemistad.

Caminé hacia Ginevra, quien estaba terminando de hablar con el joven de la recepción.

—Vámonos —me instó y la seguí.

Permaneció callada de camino al ascensor mientras algún trabajador se quedaba observándonos y luego continuaba su camino como si nada.

Entretanto, me metí las manos en los bolsillos, tratando de calmar mi ansiedad y las ganas que tenía de hacerle lo mismo a Akkerman que a Alonzo. Pero sabía que Ginevra no me dejaría, además tampoco era la mejor opción. Debía sacar de allí a Olivia.

Pegarme con todos no era la solución, aunque ganas no me faltaban.

Cuando Ginevra apretó el botón del número del despacho de Akkerman y las puertas del ascensor se cerraron, ella me observó y, con tranquilidad, dejó claros algunos puntos.

—Dos cosas; déjame hablar a mí en todo momento. Y si él te pregunta qué haces aquí, dile que es por negocios de la nueva fábrica de cremas que voy a hacer y quieres invertir en ella.

—No tengo ni maldita idea de cremas, Ginevra —respondí, tratando de aguantar las ganas de blasfemar en italiano.

—Solo vas a invertir, no a sacarte un maldito cursillo para entenderlo —repuso. —Akkerman quiere hacer lo mismo. Será una buena estrategia para saber de qué va todo esto y así, de paso, ver si encuentro algo en sus gestos que lo delate si te ve, sabiendo que quiere traficar con tu esposa.

Aquello me hizo apretar con fuerza los puños dentro de mis bolsillos.

Traté de pensar en cualquier cosa menos en cómo le rompería la mandíbula a Josh Akkerman, el inversionista más poderoso del momento. Pero traté de aguantar lo máximo que pude mientras escuchaba las puertas del ascensor abriéndose.

El ambiente empezó a espesarse, quizás porque sabía que Akkerman estaba allí, quizás por la carga de todas las personas que estaban trabajando. O quizás eran ideas mías, estúpidas ideas mías mientras Olivia seguía desaparecida.

Necesitaba encontrar al cabrón de Mattia, atarlo y dejarlo encerrado durante semanas en algún lugar, muerto de frío hasta que me suplicase que lo dejase ir. Pero tampoco era la solución.

En cuanto pudiese encontrar a Olivia, en cuanto supiera todo, me encargaría de Mattia como era debido. Lo único que importaba en ese momento era Olivia y nadie más. Lo demás era secundario.

—Recuerda, Zev; no hables y si te pregunta, quieres invertir en mi futura fábrica.

Asentí, colocándome mi abrigo negro mientras caminábamos hacia el pasillo largo y lleno de oficinas que había en ese enorme edificio.

Todo estaba lleno de ventanas; no había ni un solo rincón que no las tuviese y podía ver el derroche de dinero que hacía Akkerman para demostrar que tenía mucho más poder que nadie. Hasta su apellido aparecía por todos lados en letras grandes.

Que si Akkerman esto…

Que si Akkerman lo otro…

Traté de aguantar todo lo posible por no mearme en una de esas iniciales por respeto a los trabajadores.

—Ya me puedo imaginar lo que estás pensando —comentó Ginevra, haciéndome recordar a Olivia y la eché de menos más que nunca.

—Imaginas bien.

Ambos nos paramos y una mujer nos atendió, entró unos segundos al despacho y luego salió, dejando la puerta abierta para que pudiésemos pasar. De pie, de espaldas a nosotros frente a la ventana con sus manos en los bolsillos, se encontraba el vejestorio de Josh Akkerman, contemplando las vistas desde lo alto de su torre de marfil. Posiblemente, admirando lo diminutas que eran las

personas que paseaban a sus pies, ajenas a la perversidad de ese hombre. Y es que lo conocía bien, al menos, lo que demostraba. Le gustaba el poder y cuanto más tuviese, mejor.

Quizás su manera de ser, tan egocéntrico y ambicioso, era lo que atraía a otros empresarios a invertir en sus turbios negocios, sin ser conscientes de lo que realmente les hacía a las personas con menos recursos.

Sí, sin duda me mearía en uno de los muchos letreros con su apellido. Pero no cualquier meada, sino la primera de la mañana; que estaba más cargada.

—Señora Mancini, no esperaba verla hoy. —Akkerman, todavía sin girarse y tras ser avisado por su trabajadora, parecía estar muy tranquilo.

Ginevra habló, imperturbable.

—He querido zanjar de una vez el negocio de las cremas. Necesito saber si usted va a invertir en él o no.

Emitió una pequeña risa y se giró lentamente.

—¿Por qué tanta… prisa? —Cuando miró a Ginevra con una sonrisa, mostrando las arrugas de su rostro, juré que sus ojos se clavaron en los míos, sorprendido de verme. Y no era para menos. —Zev Grimaldi, ¿cómo es que tengo el honor de verlo por aquí?

No aparté la mirada en ningún momento, ni siquiera pestañeé. Tan solo miré a mi presa, deseoso de llevarme el premio. Supervivencia le llamaban, pero yo estaba sediento de venganza y lucharía por demostrarlo.

Ginevra me dio un fuerte codazo en el estómago, esperando a que le respondiera a Josh. Y aquello fue un toque de atención. Pero en esa

mirada vi que, a diferencia de Alonzo, él no parecía temerme. Akkerman tan solo esperó pacientemente a que yo respondiera.

—También voy a invertir en la empresa de la señora Mancini, Akkerman. Me pidió personalmente que la acompañase —simplifiqué.

Con una de sus manos en el puro que se estaba fumando, echó una fuerte calada para luego expulsar el inmenso humo, haciendo que Ginevra tosiera un poco.

—Pensé que los Grimaldi y los Mancini no se llevaban bien —dijo, señalándonos a ambos.

Quise hablar, pero Ginevra se me adelantó. Y sabía que era mejor que ella llevara la voz cantante.

—Las alianzas cambian, Akkerman —replicó la pelirroja—. ¿Empezamos? Tengo mucho trabajo hoy y Zev tiene un horario muy estricto.

Enarqué una ceja, sabiendo a lo que se refería Ginevra. Me fijé nuevamente en las letras de Akkerman, deseoso de orinarme encima.

—Por supuesto, siéntense —ofreció, apagando el puro y dejándose caer en una elegante silla.

Se notaba a la legua que era un hombre muy poderoso. La manera de mirar, de gesticular y de comportarse frente a nosotros lo dejaba claro. No mostraba nada de lo que deseaba saber, sobre Olivia y sobre el negocio que él quería hacer con ella. Era un lienzo en blanco e iba a ser una presa difícil, no como Alonzo Rinaldi.

Supe en ese momento que Josh Akkerman era un hueso duro de roer.

Apreté mi mandíbula mientras me sentaba en una silla distinta a la que estaba sentado Akkerman, pero cómoda de todas maneras. Observé a Ginevra, que en ningún momento me miró, pendiente de su próximo negocio; que era Akkerman.

Sabía que ese hombre era todo lo contrario a Alonzo e iba a ser más difícil poder tomarlo por sorpresa.

—¿Ha leído el contrato que le envié? —inquirió Ginevra.

Akkerman sonrió de aquella manera tan burlesca.

—No me ha dado tiempo.

Ginevra actuó con gran rapidez de reflejos.

—¿Ocupado, Akkerman? Quizás tienes otros negocios y te estamos interrumpiendo. —Ella cambió drásticamente de tema y supo dónde meter el dedo en la llaga.

Lo conocía mucho mejor que yo y sabía cómo tratarlo.

Me quedé pacientemente en silencio, escuchando la conversación mientras de vez en cuando miraba el despacho de ese hombre, tratando de encontrar alguna pista, alguna imagen que lo delatase. Pero era tan frío que solo tenía una fotografía y era con su hijo, en una de sus elegantes galas. No había nada más.

Fruncí el ceño al ver que no iba a ser fácil.

—Estoy concluyendo uno ahora mismo, señora Mancini. Uno que espero que me dure muchos años y estoy seguro de que será una muy buena inversión —contestó sin titubear y aquello me llamó mucho la atención.

No me gustó para nada lo que dijo y el tono que empleó. Ambos sabíamos a qué se refería. Y por la mirada que Akkerman me dirigió,

sabía que yo estaba buscando desesperadamente a Olivia. Pero no se delataba, como hizo el otro idiota de Rinaldi.

Apreté mis puños bajo la mesa, pero mantuve un semblante inexpresivo. Daba la sensación de estar totalmente tranquilo, aunque por dentro era todo lo contrario. Sabía manejar un buen papel cuando era necesario. Y por Olivia haría cualquier cosa.

—Parece una idea atractiva. ¿Es otra nueva empresa? —Ginevra parecía intrigada, entrando en el juego de Akkerman, quien no dejaba de mirarme de vez en cuando.

—Mejor que eso. Pensaba pagar al principio unos veinticinco millones, pero en vista de que otro se me adelantó, lo he subido a cien de los grandes —respondió como si nada, como si esto fuese la compra de una mansión. Traté de reprimir cualquier gesto de enfado que pudiera dejar traslucir y lo conseguí. Pero las ganas de romperle uno de sus dedos me parecía cada vez más atractiva—. Aunque creo que ese otro se bajó del barco por motivos extraños. Me da igual. Pagaré lo que haga falta por conseguir lo que quiero.

Ginevra, a mi lado, empezó a sentir. Parecía estar muy tranquila y vislumbré de soslayo cómo colocaba delicadamente algo debajo de la mesa de ese hombre, algo muy diminuto, apenas visible, que imaginé que sería un micro.

—Vaya, eso es demasiado por un negocio —murmuró ella, elevando la ceja.

De pronto, sus ojos se desviaron hacia el móvil que tenía a su lado, ya que este se encendió y apareció un mensaje. Pero desde mi posición era difícil verlo y tuve que echar mano de todo mi autocontrol para evitar delatarme frente a ese hombre.

Ginevra también me hizo un gesto apenas perceptible para que me controlara.

—Mancini, no es un buen momento ahora para continuar con su negocio de las cremas. —Cuando volvió a posar la vista en ella, preguntó: —¿Puede venir la semana que viene? Este negocio me urge.

Entonces, en ese momento su móvil sonó y se disculpó, alejándose hacia la ventana para contestar. Sabía exactamente que quien le estaba llamando era el asqueroso de Mattia. Y deseé levantarme, arrebatarle el móvil y gritarle, esperando una explicación. Pero sabía que no conseguiría nada así, que lo único que lograría sería poner en riesgo la operación de su encuentro y eso lo echaría todo a perder. Lo más probable era que colgase y no volviese a llamar a Akkerman por ese número, lo que complicaría más las cosas. Así que me quedé quieto, mientras Ginevra, aprovechando que nadie la veía excepto yo, colocaba otro micro debajo de la lámpara que Akkerman tenía en su escritorio, de manera que no resultaba para nada visible.

En ese instante, él empezó a hablar en voz baja y ambos pudimos escuchar parte de la conversación.

—¿Sí? ¿Ha aceptado? —cuestionó Akkerman—. Perfecto. Envíame la dirección mañana. Iré a recoger el encargo.

Sabía muy bien que se trataba de Olivia y ahora estábamos seguros de quién la había comprado. Akkerman acababa de cerrar el negocio frente a nosotros de una forma sutil, tratando de ser discreto y apreté los puños mientras veía cómo él guardaba su móvil y empezaba a caminar con gesto triunfal, como si estuviese feliz por ello.

Y ya no pude callarme más.

—¿Ya ha cerrado ese negocio?

Akkerman se sentó y no dejó de mirarme con aquellos ojos burlescos en ningún momento.

—Acabo de cerrarlo. —Sabía muy bien que lo estaba haciendo por fastidiarme, pero traté de mantener la calma. Algún día me encargaría de ese gilipollas—. Por favor, discúlpenme. Nos vemos el lunes próximo, ¿le viene bien?

Ginevra asintió.

—Claro que sí. Espero que pueda celebrar su nuevo triunfo en mi casino, Akkerman. Hace tiempo que no le vemos por allí.

Fue ahí cuando la miré y algo me vino a la mente. Empecé a recordar cosas del pasado y sabía que Mattia trabajaba allí, a diferencia de Ginevra, quien lo dejó hace años.

Asintió, mirando hacia otro lado.

—Seguramente, señora Mancini.

Ambos nos levantamos y no volví a mirar a Akkerman en ningún momento mientras Ginevra y yo nos dirigíamos hacia el ascensor. Una vez que las puertas se cerraron y el silencio se hizo patente, recibí una llamada.

Era de Delia.

—Grimaldi, malas noticias.

—Olivia se va a ir con Akkerman, ¿no? —Mi voz sonaba algo crispada después de todos los nervios que tuve que aguantar en el despacho de ese magnate.

Ginevra me observó con gesto circunspecto, pero con la diferencia de que supo mantener la postura allí dentro. No como yo, que deseaba saltar encima de Akkerman, al igual que hice con Alonzo el día anterior. Y quizás eso alertó a Mattia de que la estaba buscando a toda costa.

Quizás hasta Akkerman sabía que lo había visitado por algo y me estaba jugando una mala pasada. Pero lucharía por ella. Y debía encontrarla antes de que Akkerman fuese al día siguiente a buscarla.

—Sí, la ha comprado por cien millones. Llamaron a Alonzo mientras estábamos reunidos y escuché la conversación. —Miré a Ginevra, que tenía la misma expresión que yo—. Ese bastardo no sabe lo que es la humanidad.

—La encontraremos, Grimaldi —sentenció Delia, colgando la llamada y yo traté de calmarme en aquel diminuto ascensor.

Solo deseaba ir a por ella, abrazarla y prometerle que no volvería a alejarme de ella. Que no volvería a ser el mismo estúpido de antes.

—Hay que encontrarla antes de que Akkerman vaya a por ella —le dije a Ginevra.

Ella se apresuró a negar con la cabeza.

—No te preocupes. No solo he puesto micros en su despacho, también he conseguido que uno de mis trabajadores pinche el móvil de ese idiota.

Aquello sí que no me lo esperaba.

—¿Cómo…?

—Mejor no preguntes, Zev. Ahora, vamos a encontrar a Olivia —declaró una sonriente Ginevra.

Y por primera vez después de una semana agónica, supe que estábamos mucho más cerca de Olivia de lo que ellos creían.

CINCO | PUERTA AZUL

«Cualquier pista, por mínima que fuera, era importante para conocer el paradero de mi esposa. Y llegaría hasta el final de todo» —Zev Grimaldi.

OLIVIA GRIMALDI

Había conseguido dormir apenas tres horas después de varios días sin poder pegar ojo.

Mi vista estaba cansada, al igual que mi cabeza. Era una sensación extraña sentir los párpados muy, muy cansados, pero al mismo tiempo ser incapaz de dormir. Tanto así que juraría que había envejecido unos años en apenas días por la falta de comida, la sed y el sueño que tenía.

Volví a intentar sacar mi horquilla, ya gastada de aquella pintura negra por lo mucho que la usaba para intentar abrir aquella maldita cerradura y librarme de la cadena en mi pierna. Era imposible abrirla y no sabía ni cómo conseguirlo. Tampoco sabía si lo lograría o qué ocurriría.

El miedo se apoderaba de mí. Cuando creía que tenía que elegir entre lo peor y la pesadilla, venía el demonio en persona a decirme que había cambiado de planes porque el comprador al que menos conocía había ofrecido la asquerosa cantidad de cien millones de dólares por mí.

Por mí…

Empecé a temblar y no sabía si era por el frío, por la falta de energía, el hambre o la sed… No lo sabía. Ya estaba hundida y había perdido las esperanzas de que Zev consiguiera encontrarme.

—Vamos, joder… —susurré, al saber qué sería de mi futuro aquel maldito sábado.

Hacía un rato que Mattia había entrado, nuevamente con aquella chulería, para avisarme de que en las próximas cinco horas, Josh Akkerman se acercaría a recogerme, pero no lo había procesado. Mattia me había tratado como a un maldito objeto, de usar y tirar. Y no sabía quién era peor, si Alonzo o Akkerman.

Temblé al pensar en que aquella noche terminaría bajo los brazos de un señor de unos sesenta años y del que no sabía qué podría ser capaz de llegar a hacerme.

—Joder… Por favor… Mamá, papá… Ayudadme —supliqué, desesperada, aun a sabiendas de que no podían escucharme. Mis lágrimas empezaron a empañar mis ojos, dificultándome la visión mientras que con la horquilla, aquella horquilla que era lo único que guardaba mis esperanzas, trataba de abrir la primera cadena para mi libertad. Una libertad que jamás había apreciado lo suficiente porque no pensaba en todo aquello, y ahora, en cambio, echaba de menos hasta pagar las malditas facturas.

El sonido de aquellas gotas todavía seguía ahí y estaba formando un charco enorme en el suelo de tantas veces que caía. Apreté la mandíbula mientras trataba de buscar un hueco en aquella cerradura, pues mi tobillo ya estaba dañado de lo apretado que estaba.

—Por favor… —susurré, notando cómo mi horquilla se dañaba más y solo esperaba que aguantase un poco más antes de romperse.

Contuve el aliento, temiendo que se doblara por todo el uso que le estaba dando, cuando escuché un maravilloso sonido que me devolvió el alma al cuerpo e hizo que mi llanto cesara tan solo por unos segundos.

Había conseguido abrir la cerradura que me impedía moverme.

***

ZEV GRIMALDI

Llamé rápidamente a Ian en cuanto pasaron unas horas, desesperado por alguna explicación mientras salía del piso de Ginevra tras pasar toda la noche en vela, haciendo llamadas y escuchando los micros que Mancini había dejado en el móvil y el despacho de Akkerman. Estaba desesperado y había sobrevivido a base de puro café toda la noche. Aunque Ginevra estuviese preocupada por mí y me ofreciera dormir un rato en el sofá, no había querido.

Por lo que tenía entendido, Ginevra había dejado atrás su casa en la mansión Mancini hacía meses para irse a vivir sola, ya que quería alejarse de su hijo. No me decía nada, pero podía ver lo culpable que se sentía de que su hijo fuese de aquella manera y por no haber conseguido criarlo mejor.

Quizás siempre fue así, quizás esa vida lo hizo más cruel… Quizás el padre de Mattia lo había convertido en el psicópata que todos conocíamos a día de hoy. Pero Ginevra no podía culparse por ello, porque no era realmente su responsabilidad tener un hijo así. Mientras tanto, yo no paraba de darle vueltas al anillo de boda que Olivia me había puesto en el dedo a finales de noviembre, hacía ya casi un mes de nuestro primer mes de bodas. Y no estaba a mi lado…

En cuanto Ian me contestó, me apresuré a interrogarlo.

—¿Has visto algún movimiento, Ian?

Se podía escuchar el sonido de los coches pasar a su lado y era porque estaba haciendo vigilancia desde el interior del coche con Luna, a quien estaba escuchando comer lo que parecía un paquete de patatas fritas.

Ya me estaba imaginando a mi amigo Ian subiéndose por las paredes por tener a Luna acompañándolo.

—No, Zev, todavía no he visto absolutamente nada. Entra y sale gente todo el rato y Benjamin está en el edificio de enfrente, uno abandonado, para ver desde ahí la puerta trasera del casino —contestó, mientras se seguía escuchando el sonido de Luna al masticar—. ¿No te has saciado ya? Llevas tres horas así.

Sabía que se refería a Luna, pero no escuché ninguna respuesta por su parte, solo que empezó a masticar más ruidosamente.

—Ian, por favor. En cuanto sepas algo, me llamas enseguida —le pedí, desesperado.

Colgué y empecé a caminar por todos lados, frenético.

Eran las tres de la tarde de un sábado y solo esperaba que Olivia estuviese en aquel casino para poder recuperarla por fin.

—¿Estás seguro de que está ahí? —preguntó Ginevra, dándome otra taza de café.

—Seguro que sí. Tu marido me encerró en un cuarto asqueroso con una puerta roja allí mismo, en el sótano del casino… —murmuré, mientras Ginevra me observaba escandalizada. Supuse que no lo sabía—. Un sitio repugnante donde no sabes si es de día o de noche, cuántas horas llevas allí… Y la de torturas que me hizo ese hombre… Solo espero y deseo que Olivia esté bien, que no la estén torturando… Pero conociendo a Mattia…

Me derrumbé nuevamente, cubriéndome el rostro con las manos y rezando por no volver a llorar delante de ella mientras que, a la vez, estaba al borde del colapso y no pensaba con claridad.

¿Y si no llegaba a tiempo? ¿Y si ya se la habían llevado?

Giulio me había llamado y me había dicho que Mattia estaba en la mansión, tenían a más personas vigilándolo desde fuera por si aparecía Akkerman. Tomaría el primer coche que viese y correría hasta allí si así fuera, pero mi instinto me decía que estaba encerrada en aquel cuarto de ese casino… Estaba cien por cien seguro.

—Zev, no sabía eso…

Cuando miré a los ojos a Ginevra vi realmente que estaba desubicada, que no sabía nada de lo que le había contado.

—Hace años… cuando busqué venganza por mi madre, me retuvo allí, recuerdo que había una puerta roja algo oxidada…

Entonces se quedó callada, pensativa, y a los pocos minutos sus ojos se iluminaron con reconocimiento.

—Sé cuál es esa puerta, pero ya no es roja —contestó ella. —Hice una remodelación hace tres años de la parte de abajo, porque justo arriba están los baños de los empleados y había una fuerte gotera en ese cuarto. Creo recordar que se pintó de azul… —añadió, pensativa.

Negué mientras solo esperaba una llamada. Por mucho que fuese allí, no me servía de nada. Podían verme, podían conseguir echarme, pero encontraría la forma.

Solo esperaba que ella estuviera bien.

De pronto, sonó mi móvil prehistórico, así como lo llamaba Olivia, y contesté con premura.

—¿Giulio? ¿Sabes algo?

—Acaba de salir Mattia con un Lexus. Lo están siguiendo.

Miré a Ginevra, que no sabía lo que estaba pasando y me levanté enseguida del sofá.

—Gracias.

Colgué, tomé mi chaqueta y empecé a salir de su piso mientras la ponía al tanto.

—Mattia acaba de salir de la mansión Mancini.

Ginevra, sin responderme nada, tomó su chaqueta y salió de allí conmigo, bajando a la calle para subirnos al Ferrari. Arranqué lo más rápido que pude y hundí el pie en el acelerador mientras le daba mi móvil a Ginevra, por si recibía una llamada de Ian o de Giulio, en caso de que Mattia cambiara de dirección.

—Vamos a encontrarla, Zev. Esta noche estará a tu lado, ya verás. —Trató de calmarme Ginevra, pero hasta que Olivia no estuviese a mi lado no estaría totalmente tranquilo.

No había nada que saciara mi sed de venganza y estaba deseoso de que todo esto acabase y de que todos pagasen por ello. Y cuando decía todos, era absolutamente todos.

Pero ahora mi prioridad era encontrar a Olivia sana y salva y protegerla con mi vida a partir de ahora. Al igual que ella había hecho conmigo la noche en la que casi me matan y me salvó gracias a su experiencia en defensa.

Apreté tanto el volante que ya no sentía los dedos y me vi obligado a parar en un semáforo debido al maldito tráfico que había en ese momento. Empecé a tocar el claxon como si me fuese la vida en ello y busqué salidas, pero no podía creerme la mala suerte que estábamos teniendo en ese jodido momento.

Otra llamada entrante sonó y tomé el teléfono enseguida.

—¿Diga?

La voz de Ian no se hizo esperar.

—Acaba de llegar Mattia. Según Benjamin, aparcó en la zona trasera y entró por las puertas de atrás.

Sin pensármelo dos veces, le di el móvil a Ginevra e hice una maniobra, subiéndome por la acera, donde nadie paseaba en ese momento, mientras algunos coches empezaban a insultarme, tocándome el claxon o llamándome estúpido.

Me podían limpiar el culo todos ellos, porque en ese momento nada me importaba una mierda excepto Olivia.

Volví a la carretera y apreté el acelerador lo máximo que me dejaba aquel Ferrari. No me hizo falta mirar a Ginevra para saber que se estaba agarrando al asiento de Olivia con uñas y dientes, asustada por la velocidad suicida a la que íbamos.

Tras varias curvas, logramos llegar al casino de Ginevra, con las letras enormes refulgiendo por toda la entrada. Aparqué delante de Ian, que me observó haciéndome señas para que me diera prisa en bajar del coche. Si estaba así era porque él también se olía que Olivia debía de estar ahí dentro.

Me di cuenta de que había una ambulancia aparcada allí, descansando y esperando su siguiente aviso. Sus ocupantes nos miraron unos segundos, extrañados por la prisa que llevábamos.

Cuando cruzamos la carretera, mi corazón empezó a latir a toda potencia porque sabía que estaba ahí, tan cerca, pero tan lejos al mismo tiempo… Tenía que estar ahí y yo solo quería abrazarla después de tantos días.

—Zev, no te van a dejar entrar así —observó Ginevra, frenando en seco mientras Ian se acercaba a nosotros y Luna se quedaba en la

parte de fuera, vigilando por si venía Akkerman y a Benjamin no lo vi, pero me imaginé que estaría en la parte trasera del casino por si salía Mattia.

—¿Y cómo cojones voy a entrar?

Me dio unas gafas de vista que me hicieron marearme y luego me indicó:

—No te separes de mí, ¿entendido?

Asentí viéndola borrosa y entramos al lugar.

Varios guardaespaldas me miraron, pero al ver que las gafas tenían algo de color, como si fuesen algo amarillas, no vieron mi cicatriz. Tampoco es que ellos me conocieran, pero lo cierto es que mi cicatriz era algo bastante llamativo y Ginevra era la antigua jefa de aquel casino, por lo que todos la saludaron con cortesía.

Una vez dentro, quise quitarme las gafas, pero ella no me dejó, no hasta que llegásemos a un sitio seguro sin cámaras, cosa difícil en mitad de un casino lleno de máquinas y personas deseosas de gastar sus ahorros y arruinarse.

—Sígueme para ir a ese cuarto en el sótano —contestó Ginevra.

Ian nos siguió a una distancia prudente mientras podía sentir que el corazón me latía con violencia en el pecho, porque presentía que estaba a punto de encontrarla.

***

OLIVIA GRIMALDI

Masajeé mi tobillo el suficiente tiempo como para poder sentirme un poco aliviada después de tener un fuerte dolor y marcas tras estar días encadenada. Observé la cadena suelta y tiré la horquilla ya rota

que no me servía de nada, junto con los restos de platina de los bocadillos que me había tirado Mattia. Miré la cadena, no tan larga, pero lo suficiente como para hacerme pensar bastante en mi siguiente movimiento.

Fue ahí cuando el sonido de las cerraduras quitándose hicieron que me alarmara, creyendo que ya sería la hora y me asusté, pensando que al otro lado encontraría al que me había comprado. Al ser más repugnante y asqueroso que existía. Me quedé quieta, escondiendo mi tobillo ya libre, junto con la cadena a mis espaldas para evitar que me hicieran daño físicamente al saber que me había liberado.

Pero cuando la puerta azul se abrió, Mattia apareció solo, cerrando la puerta tras de sí.

Tenía las manos metidas en los bolsillos como si nada fuese con él y deseé volver a escupirle en la cara como la última vez, aunque luego me ganara otro castigo. Suspiré mientras podía sentir que mi cuerpo pesaba menos, me imaginé que habría bajado peso en una semana de lo desnutrida que me encontraba, pero esta era mi oportunidad. Tenía que serlo. Debía sacar todas las fuerzas que me quedasen y no iba a vivir de rodillas para nadie. Moriría luchando, como me había enseñado mi padre hacía muchos años.

—Bueno, en dos horas vendrá Akkerman, así que no quiero que te vea sucia, con esa ropa podrida y oliendo mal —contestó el muy cabrón, mientras se agachaba para mirarme cara a cara y su sonrisa se ensanchaba, burlándose de mí—. Te dejaré que uses un baño privado. Te ducharás, te peinarás y maquillarás. También te pondrás el vestido y los tacones que te compré, para que te veas guapa para tu nuevo marido —añadió, provocándome un escalofrío.

Aquello no iba a pasar. No iba a dejarme pisotear, a pesar de que estaba sin fuerzas, apenas podía mantenerme en pie y mis piernas estaban muy débiles. No sabía cómo, pero lograría escapar de allí costara lo que costase.

—¿Tienes algo que decir?

Me acerqué a Mattia muy despacio.

Podía sentir mis labios secos de la poca agua que había bebido, sedienta y deseosa de poder probar un vaso de agua. Pero a pesar de todo ello, no me arredré.

—Sí… Puedes besarme el culo, tú y tu muñeca Akkerman —solté, a sabiendas de lo que me esperaba.

¡Zas!

El bofetón que me dio Mattia me hizo temblar toda la cabeza y sentí que mi mejilla ardía, pero a pesar de ello, a pesar del fuerte dolor, una risa amarga empezó a salir de mi garganta mientras que él me insultaba como un poseso y se levantó, dándome la espalda.

—Puta zorra de mierda… Las mujeres solo servís para follar y ser sumisas, no para…

Me levanté, colocándole la cadena en su garganta y empecé a apretar desde atrás, con todas las fuerzas que me quedaban, mientras que Mattia trataba desesperadamente de soltarse moviendo los brazos, pero al ser tan ancho de hombros, apenas podía llegar hasta mí.

No le dije nada, pero al ver el arma que tenía en la parte trasera de su pantalón, la tomé sin pensar, a sabiendas de que era mi vida o la suya. Elegí la primera.

Coloqué el arma en su espalda antes de que él me empujase y me hiciera algo horrible y disparé sin pensarlo.

Él se quedó quieto, cayendo al suelo en cámara lenta, al tiempo en que la sangre empezaba a brotar de la zona herida, pero yo solo

tenía ojos para la puerta azul, que estaba cerrada, pero sin ninguna llave puesta.

Juro que vi el cielo abrirse.

El arma se me resbaló de las manos, pero no me daba tiempo a recogerla, no tenía fuerzas y sabía que terminaría derrumbándome más temprano que tarde. Sin embargo, no iba a ser en ese momento. Tenía que salir, buscar aire y encontrar la libertad antes de que aquellas dos horas se cumpliesen y Akkerman viniera a por mí.

Empecé a correr lo más deprisa que pude, que eran pasos más rápidos de lo que mi cuerpo y la falta de comida me dejaban, hasta que llegué a la puerta. Al abrirla, mi corazón dio un vuelco y sentí que era la mujer más feliz del mundo. Pero al girarme, vi que Mattia se estaba moviendo desde el suelo.

No tenía tiempo.

Cerré la puerta una vez fuera del pasillo y muchas luces blancas me cegaron la vista. Parecía que llevaba un año sin ver la maldita luz y la cabeza me empezó a doler más, tanto que apenas podía mantener los ojos abiertos, pero debía seguir mi camino.

Arrastrándome, pegándome a la pared sin poder dar un paso correcto, seguí caminando y frente a mí, como a unos veinte metros, divisé una puerta gris, donde ponía "dirección casino". Tenía que ser la salida de mi prisión. Continué con mi camino cuando escuché la maldita puerta abriéndose a mis espaldas y el rugido furioso de Mattia tras mi espalda, arrastrándose por el suelo y gritando.

—¡Zorra! De aquí no te vas sin mi permiso.

El sonido de un disparo resonó por todo el pasillo blanco, impactando fuertemente en mi pierna izquierda, justo en la parte superior de mi muslo y haciéndome caer al suelo. Enseguida la

sangre empezó a salir rápidamente, como un río escarlata debido a mi hemofilia y supe que ese sería mi fin. Que ya no volvería a ver a Zev, a Angela… A mi querido Rocky.

No los volvería a ver y solo escuchaba que Mattia decía cosas, pero era incapaz de poder moverse del suelo.

Resbalé por completo en el suelo, apoyando mi espalda en la pared mientras trataba de parar la hemorragia como podía con mis pequeñas manos, pero no servía de nada. Solo era cuestión de minutos antes de que todo acabase y mis lágrimas empezaron a brotar de pánico e impotencia.

Miré la puerta desde el suelo, aquella puerta que sería mi libertad… Mi salvación.

Tan cerca, pero tan, tan lejos…

Quería volver a salir, saber lo que era la libertad, vivirla al máximo para siempre, pero aquello no iba a poder ser… Lo intenté, pero al menos no viviría de rodillas para un vejestorio como Akkerman.

Empecé a verlo todo borroso, las luces se visualizaban mucho más que antes, hasta que la puerta de la libertad se abrió, permitiéndome escuchar todo el barullo de fuera hacia el pasillo y tres personas aparecieron en mi campo de visión.

No logré saber quiénes eran, solo que uno de ellos gritó mi nombre con desesperación.

—¡OLIVIA!

Oí unos pasos corriendo hacia mí a toda máquina. Cuando quise verlo, me pareció que Zev estaba aquí y estaba más guapo que nunca, aunque más flaco, más triste… No había rastro de su sonrisa ni de su chulería.

Quise creer que era él de verdad, que no era un delirio y que me estaba tocando el rostro, que me susurraba cosas que jamás creí que él me diría.

—Liv, por favor… Sigue conmigo, mi vida… Te amo. No puedes hacerme esto ahora —suplicó, con lágrimas en los ojos, una de las cuales cayó sobre mi mejilla.

Empecé a resbalarme de la pared, pero Zev me detuvo.

Tenía que ser producto de mi imaginación… Pero parecía tan real… Olía a él; era su toque, la manera de hablarme, su voz… Moriría tranquila al saber que al menos mi imaginación me había hecho el regalo de verlo, después de días sin saber nada de él.

Quise levantar mi mano, pero estaba muy débil y Zev empezó a quitarse la chaqueta mientras que un hombre empezó a correr hacia Mattia, pero no supe qué ocurrió. Juraría que también estaba Ginevra por su melena pelirroja, pero mi vista solo estaba puesta en Zev y quise grabarla en mi memoria hasta lo que me quedase de vida.

Él rompió su chaqueta por la manga y luego me hizo un torniquete en el muslo, pero no sentí dolor. No sabía por qué no sentí dolor… Quizás ya estaba muerta y todo esto era fruto de mi imaginación. Pero los fuertes brazos de Zev se colocaron sobre mi cuerpo, levantándome del suelo y empezando a caminar para dejar atrás aquel pasillo tan lleno de luz blanca cegadora.

Salimos por aquella puerta y subimos unas escaleras, hasta que al poco llegamos a lo que parecía un casino.

Me dio igual. Yo solo supe que estaba cómoda en el hombro de Zev, aunque fuese todo falso, aunque sabía que Zev no me amaba, pero que en mi imaginación él me lo dijera… Sí, podía irme en paz.

—No me dejes, *ricitos*. Tienes mucho por delante —susurraba el Zev de mi imaginación mientras me llevaba a lo que creía que era la calle.

Y ahí… Oh, sí... Ahí volví a sentir el dulce aroma de la libertad.

Y mi visión se detuvo, cerrando mis ojos por completo con una sonrisa por pensar en Zev y sentir esa libertad en mi mente, antes de que todo se volviera negro.

SEIS | NO ME DEJES

«Era todo real… No había sido parte de mi imaginación… Era él realmente» —Olivia Grimaldi.

ZEV GRIMALDI

—Por aquí —dijo Ginevra, mientras uno de sus empleados le abría la puerta que nos adentraba a unas escaleras del casino.

Cansado ya de las gafas, me las quité y se las entregué a Ginevra mientras bajábamos las escaleras e Ian se preparaba por si había que sacar el arma.

—¿Estará por aquí? —preguntó mi amigo.

Con el estómago revuelto, nervioso por si todo fuese una trampa, por si Olivia no se encontraba allí y Akkerman ya se la hubiese llevado, me costó trabajo responder.

—Espero que sí —musité, deseando realmente estar a escasos metros de ella y poder llevármela lejos de allí, a salvo.

Faltaban varios escalones para bajar, cuando escuchamos el sonido de un disparo que me heló la sangre.

Fue tal que nos quedamos todos petrificados unos instantes. Yo fui el primero en reaccionar.

—Olivia… —murmuré y bajé el resto de los escalones corriendo.

Abrí la maldita puerta gris para toparme con mi peor pesadilla a mitad del pasillo; Olivia estaba desangrándose, tirada en el suelo y con un rostro muy pálido.

Se había apoyado en la pared, tratando de taparse la herida de bala que tenía en la pierna, pero su hemofilia hacía que la sangre fluyese mucho más rápido de lo normal. Y no esperé ni un maldito segundo más.

—¡OLIVIA! —grité como si me fuese la vida en ello.

Ni lo dudé.

Empecé a correr hacia ella, pero parecía que el pasillo se hacía cada vez más largo y sentía que mi querida Olivia se me iba de las manos. No quería; necesitaba tenerla, tener una nueva oportunidad para compensar lo mal que lo hice la semana pasada con ella… lo mal que lo hice todos estos meses atrás.

Me arrepentí de cada cosa mala que le hice a mi esposa y cuando por fin llegué a su lado, lo que vi me horrorizó.

Estaba totalmente flaca, mucho más que antes. Su rostro estaba pálido y no sabía si era a causa del disparo y la pérdida de sangre o ya se encontraba en ese estado antes. Empecé a temblar cuando toqué su rostro y comprobé que estaba helada. No pude evitarlo y las lágrimas empezaron a caer mientras ella me observaba, como si no pudiera creer que estuviese a su lado.

Sus ojos empezaron a brillar y me dio la sensación de que ella ya estaba en otro mundo. Toqué sus mejillas con dulzura.

—Liv, por favor… Sigue conmigo, mi vida… —Le supliqué, sin aguantarlo ni un segundo más—. Te amo. No puedes hacerme esto ahora —susurré, con las lágrimas cayendo por mis mejillas y una de ellas aterrizó sobre la suya, provocando que me mirara una última vez antes de cerrar los ojos. De lejos observé al sinvergüenza de Mattia, tirado en el suelo, tratando de volver a tomar su arma, y le grité a Ian:

—¡Que no se te escape!

Volví a dirigir toda mi atención hacia mi querida Olivia, pero ella empezó a resbalarse, alejándose de mis brazos y estaba muy débil. Rápidamente la tomé, tratando de que no se hiciera daño en el suelo y luego observé la herida, recordando su hemofilia.

Noté que Ginevra se ponía a mi lado y empezaba a decirme que había que parar la hemorragia. Me quité la maldita chaqueta con las manos temblorosas, rompí la manga y luego le hice un torniquete en el muslo, tratando de evitar que se desangrara. Y me prometí que si ella salía de esta iba a tomar medicamentos para su hemofilia sí o sí. Y me daba exactamente igual lo que ella me dijese al respecto.

—Vamos a llevarte al hospital, mi vida… —le susurré a Olivia, que me miraba tratando de tocarme, pero su brazo no tenía fuerza y no llegaba a mi mejilla.

La tomé en brazos con cuidado y al levantarla, me di cuenta que efectivamente había perdido mucho peso. Una sensación de horror me invadió el cuerpo. ¿Qué mierda le había hecho ese hombre a Olivia? La había tenido sin comer muchos días y sus labios estaban resecos, señal de que apenas había bebido agua.

Las lágrimas empezaron a empañarme la vista y tenía que llevarla ya para que la curasen, por muchas ganas que tuviera de matar a Mattia con mis propias manos ahora que estaba débil, ella me necesitaba y no había tiempo que perder.

Subimos las escaleras mientras que notaba cómo ella se acomodaba en mi hombro y susurraba cosas incoherentes que no entendía, pero estaba a mi lado y la angustia porque se me volviese a escapar de las manos por culpa de esa maldita herida de bala era la que me tenía pendiendo de un hilo.

Llegamos al casino, donde varias personas nos miraron extrañadas por la situación; ella estaba llena de sangre, sucia, muerta de frío y

pálida, mientras que mis manos estaban cubiertas de sangre, al igual que mi camisa y me daba igual. Lo primero era Olivia.

—No me dejes, *ricitos*… Tienes toda la vida por delante —supliqué, mientras la conducía al exterior, tratando de ir lo más rápido que podía. Ginevra nos seguía.

La ambulancia seguía aparcada en la calle y cuando vi a Benjamin y Luna, que observaron a Olivia, temerosos, les hice una seña para que entrasen a buscar al cabrón de Mattia.

Llegamos a la ambulancia y por suerte los trabajadores actuaron rápidamente en cuanto les expliqué la situación.

—Por favor, ayúdenla… Lleva una puta semana secuestrada ahí dentro, seguramente no ha comido casi nada, ni bebido agua y le han disparado en la pierna… —les rogué, mientras me atendía un hombre.

Una mujer sacó una camilla y la coloqué sobre ella. Al ver que había cerrado los ojos, entré en pánico.

—Sufre de hemofilia… No…

Ni siquiera fui capaz de terminar la frase.

—Está en buenas manos, joven —me tranquilizó el hombre, al tiempo en que metía la camilla con Olivia dentro de la ambulancia.

Ginevra se acercó a mí.

—Déjame las llaves de tu coche. Vete tú con ella al hospital, yo os seguiré desde el Ferrari y llamaré a todos para que sepan que ya la hemos encontrado —repuso, afectada al ver que su propio hijo había hecho aquello.

Asentí, dejándole las llaves del maldito Ferrari y me metí dentro de la ambulancia, tomando la pequeña mano de Olivia entre las mías.

Mientras la ambulancia ponía las sirenas, la tarde empezaba a caer y el cielo se llenó de nubes. Observé a Olivia, consternado. Estaba visiblemente débil, cansada, llena de moretones en su cuerpo y tenía la marca de un bofetón en su mejilla. Aquello hizo que me hirviera la sangre al saber que había sido obra de Mattia.

—Ya estás a salvo… Estás conmigo —murmuré y después deposité un dulce beso en su frente. No supe cuánto tiempo estuve dándole ese beso, pero me costó horrores separarme de ella. Cuando la volví a mirar, acaricié su cabello rizado totalmente despeinado y le volví a susurrar:

—Lo siento tanto…

Cerré los ojos en cuanto dejé que mi frente se posara sobre la suya mientras la ambulancia iba a toda pastilla hacia el hospital más cercano de la ciudad. Ahí fue cuando noté la mano del paramédico sobre mi hombro y cuando levanté la cabeza, me entregó dos anillos.

Eran los anillos de prometida y casada de Olivia, los cuales no me había fijado que seguían en su dedo después de una semana y me los entregó. Los guardé en mi bolsillo como mi bien más preciado y volví a acercarme a mi dulce Olivia mientras llegábamos al hospital.

La ambulancia frenó y los trabajadores empezaron a bajar la camilla. Guiando la camilla y ayudándolos, no me separé ni un segundo de Olivia mientras nos dirigíamos al interior del hospital.

Ahí apareció el médico, ya vestido para una operación con dos enfermeros. Traté de seguirlos, pero una de las enfermeras me frenó, al tiempo en que la camilla se alejaba.

—Debe quedarse en la sala de espera, señor —me indicó.

—Es mi esposa…

—Ahora déjenos hacer el trabajo —contestó, guiándome a la sala y dejándome solo para irse corriendo hacia el quirófano.

Enfadado con todo, caminé desesperado por todo el lugar, muerto de miedo porque Olivia no reaccionara y se quedase allí. Que le ocurriese algo y todo fuese mi culpa. Me senté en una de las sillas, tapando mi rostro y empezando a derrumbarme nuevamente mientras mi esposa se debatía entre la vida y la muerte.

***

—Mattia logró escapar, Zev —me informó Ian, quien tenía varios golpes en el rostro.

Luna y Benjamin estaban igual que él, con la diferencia de que Luna parecía hecho polvo por lo que le había ocurrido a Olivia.

Enfadado y viendo cómo Ginevra trataba de calmarme, me levanté y lo tomé del cuello de su camiseta tan hortera y espeté, a un palmo de su cara:

—¿Me estás diciendo que el psicópata de Mattia logró escapar estando herido de bala?

Estaba cegado. Llevábamos más de dos horas eternas esperando una respuesta de los médicos, deseando saber el estado de salud de mi querida Olivia y anhelando volver a verla, besarla, tocarla, abrazarla… Llevaba una jodida semana sin saber de ella y ahora que la había encontrado…

No, no podía pensar en lo malo. La había encontrado, estaba a salvo de esos cabrones… Daría mi vida por ella si hiciera falta.

—Señor, Grimaldi… Vinieron seis de sus guardaespaldas. Como comprenderá, fue difícil mientras nos defendíamos y al final dos de sus hombres consiguieron llevárselo —respondió Benjamin.

Giulio caminó hacia mí y me tomó de las mejillas para intentar aplacarme.

—Ahora mismo Mattia es lo de menos. Es el objetivo número uno en Chicago gracias a la mafia búlgara, así que Olivia estará a salvo —aseguró y sabía que tenía razón, pero las inmensas ganas de poder torturar a mi gusto a ese desgraciado no se fueron—. Lo que importa ahora es que ella se recupere y esté con todos nosotros.

Asentí, pero no del todo contento sabiendo que Mattia seguía por ahí. Aunque tenía razón, ya que ahora sería mi objetivo número uno y no podría vivir en Chicago si quería conservar su patética vida. Pero allá donde fuera, lo encontraría. Me costara lo que me costase.

Lo que le había hecho a Olivia iba a pagarlo con hasta la última gota de su sangre.

Reparé en las tres personas que estuvieron a mi lado, al pie del cañón, para ayudarme a encontrar a Olivia, arriesgando incluso su vida.

—Gracias… Benjamin, Luna… Id a casa a descansar, os lo merecéis después de todo. Siento si he sido un idiota todo este tiempo con vosotros —me disculpé, pero ninguno de los dos quería marcharse sin saber el estado de Olivia.

—No nos iremos sin saber cómo está Olivia —repuso Luna, decidida.

No quise decirles nada, tan solo asentí mientras observaba a Ian, quien parecía estar acostumbrado a mi personalidad y sabía manejarme bien. Aunque Olivia me manejaba mucho mejor que ninguno de los presentes. Y joder… cuánto la echaba de menos.

Ian vino a abrazarme y, aunque no le devolví el abrazo porque no tenía ni fuerzas para mantenerme en pie, él continuó, dándome algunas palmadas en la espalda para reconfortarme.

—Saldrá de esta, amigo —aseguró, antes de alejarse para hablar con los dos guardaespaldas de Olivia.

Suspirando, noté que Giulio no quería acercarse a Ginevra, pese a que le había contado sobre mi unión con ella para poder encontrar a Olivia. Por sus pocas palabras hacia ella, sabía que no quería que estuviera allí. Pero ella había sido mi mayor apoyo en todos aquellos días. La única que logró conseguir más información que nadie gracias a su alianza con Josh Akkerman.

Al menos no dieron ningún espectáculo en la sala de espera del hospital. Pero por falta de ganas no fueron. Sin embargo, afortunadamente, Giulio prefirió optar por el silencio.

Fue en ese momento cuando el doctor salió del quirófano, quitándose la redecilla que llevaba puesta y todos nos levantamos. Por el rostro que tenía, todos mis temores se hicieron realidad y recé para que la última vez que ella me mirase no fuese en el pasillo de aquel asqueroso casino, herida y casi inconsciente.

Por favor, por favor, por favor…

—Buenas tardes —empezó a hablar y yo aguanté la respiración hasta que se puso frente a nosotros—, hemos extraído la bala perfectamente y llegaron a tiempo, aunque su hemofilia hiciera que el proceso fuese mucho más rápido. Dentro de lo malo, tuvo suerte de que la bala no rozara la vena femoral, pero necesitará reposo —aclaró, consiguiendo traerme de vuelta a la realidad y que respirase con tranquilidad al saber que lograría ponerse bien—. También le hemos puesto un suero y hemos visto que está desnutrida. Cuando despierte, deberá comer despacio, ¿de acuerdo?

Asentí rápidamente y, con el corazón en un puño, respondí.

—Gracias doctor…. ¿Puedo ir a verla?

El hombre asintió, pero no sin antes darme algunas indicaciones.

—Deje que las enfermeras la preparen en la habitación y podrá quedarse allí. —Ahí vi que el doctor me miraba de arriba abajo y me contestó. —Pero debería cambiarse de camisa, joven. Está asustando a los pacientes con la sangre y no quiero que entre a ver a la paciente de esa manera.

Fruncí el ceño, ido todavía por todas las emociones vividas y entonces bajé mi mirada hacia la camisa y efectivamente, comprobé que estaba llena de sangre. Era sangre de Olivia y negué con la cabeza.

—No es mía…

No sabía qué más decir, así que Ian me echó un cable.

—Creo que tengo una camisa extra en mi coche. Ya vengo —intervino, marchándose rápidamente de la sala de espera.

El doctor asintió y luego se dirigió a todos los que estábamos ahí por Olivia.

—Los demás deberán irse a casa. Solo una persona podrá quedarse aquí con la paciente todo el día, ¿de acuerdo? —Todos asintieron, conformes, y continuó: —Mañana el horario de visitas será a las once, podréis venir.

Fue ahí cuando Giulio se acercó al doctor y le preguntó:

—¿Podemos hablar?

Sabía muy bien qué era lo que le iba a decir.

Se aseguraría de camuflar todo lo de las bandas familiares, la mafia y lo que había ocurrido para evitar que otros policías que no estuviesen comprados por Giulio u otras familias empezaran a investigar. A mí en ese instante me daba exactamente igual entrar en la cárcel… Solo quería que Olivia estuviese a salvo, se recuperase y estuviese protegida y feliz.

—Claro —contestó el médico.

Nervioso y deseoso de volver a verla, de estar a su lado y cuidarla, me quedé de pie esperando a que me avisaran para poder entrar a la habitación donde estaría Olivia.

—Deberías pedirle perdón y demostrárselo.

Las palabras de Ginevra me hicieron fruncir el ceño con confusión, ya que no le había contado nada de lo que nos había ocurrido a Olivia y a mí.

—¿Cómo…?

—Lo llevas escrito en la cara. Y, conociéndote, estoy seguro de que más de una vez la has hecho llorar —murmuró Ginevra, negando—. Si la quieres, no la hagas derramar ni una lágrima, Zev. Sácala de quicio o róbale sonrisas, pero las lágrimas una vez caen no se vuelven a recuperar y son cicatrices que quedan dentro de uno —concluyó, dejándome pensativo.

Solo me quedaba esperar y aferrarme a la idea de que Olivia se despertaría y volveríamos a hablar.

***

La enfermera me guió hacia la habitación en la que se encontraba Olivia.

Tras cambiarme la camisa por una azul demasiado calurosa que me había dejado Ian, de esas que parecían más un abrigo y no era para nada mi estilo, se lo agradecí.

Nervioso, entré, cerrando la puerta de la habitación tras mi espalda y atravesando un diminuto pasillo donde se encontraba el baño. La noche ya había caído y una tenue luz blanca alumbraba por encima de la cama donde se encontraba Olivia.

Y entonces la vi…

Verla tan vulnerable, sin moverse, totalmente quieta y dañada, me hizo plantearme mil cosas que hice mal y quise arreglar para siempre.

Una ventana desde la que se veía la ciudad de Chicago en la noche estaba a escasos metros de Olivia, junto a un pequeño sillón. Sin embargo, mis ojos volvieron a dirigirse hacia Olivia, acostada con aquella bata de hospital y una vía puesta. Tenía puesta una cánula nasal y parecía estar descansando por fin después de tantos días en los que me imaginaba que ni siquiera habría podido dormir.

Cuando me senté en la diminuta silla que había junto a la cama de Olivia, observé más detenidamente, sin ese miedo de antes, su pálido rostro. Negué mientras veía cómo su pecho subía y bajaba plácidamente. Suspiré aliviado, pero sin poder estar tranquilo del todo. Sus ojos parecían estar algo oscuros, estaba seguro de que apenas había dormido y de ahí esas ojeras que antes no tenía, pero con reposo y descanso volvería a ser la Olivia alegre y divertida de siempre. Eso sí, iba a necesitar mucho apoyo y mucha ayuda. Y yo estaría ahí para ella.

Sin pensarlo ni un segundo más, tomé su mano con cariño y la acaricié, me acerqué para dejarle un delicado beso y luego volví a mirarla, sin soltarle la mano.

—Estoy contando los segundos para volver a ver esos ojos verdes… —murmuré, como si ella pudiese escucharme, aunque no fuese así —. Han sido tan duros estos días y no me quiero ni imaginar la de torturas que habrás vivido con ese desgraciado… Pero estás aquí, conmigo… Volverás a casa pronto. A nuestra casa —susurré, refiriéndome a nuestro apartamento en el centro de Chicago.

Porque, aunque llevásemos poco tiempo casados y poco tiempo viviendo juntos, era tan mío como suyo. Olivia seguía sin despertar, permanecía inmóvil y tan solo se centraba en respirar mientras su cabello rizado estaba despeinado. Necesitaba escucharla hablar, que me insultase, que me dijese algo… Lo que fuera. Me merecía todo lo que ella tuviera que decirme.

—No soy bueno hablando de mis sentimientos… Nunca lo he hecho. —Negué, sin dejar de darle vueltas y vueltas a lo que ocurrió en nuestra luna de miel—. Ojalá pudiésemos volver atrás; esto no hubiese pasado y aquella tarde, mientras tú estabas sobre mí, te habría dicho que has sido lo mejor que me ha pasado y no aquellas idioteces que te dije… Nuevamente, mi miedo a sentir lo que siento por ti me hizo decirte eso y no es justificable.

Ella seguía sin despertar.

Suspiré, acercando mi rostro al suyo para depositar un delicado beso en su mejilla. Puse mi mano sobre su otra mejilla y la acaricié con amor mientras esperaba alguna respuesta por su parte. Sin embargo, no hubo ninguna. Necesitaba más tiempo. Necesitaba recuperarse y le daría todo el tiempo que le hiciera falta.

—Te amo, Olivia.

Carraspeé, esperando a ver cómo despertaba, sin pestañear para no pasar por alto ninguna posible reacción. Pero tardaría más. Volví a acercarme para volver a dejar un delicado beso eterno en su mejilla y luego solté su mano, levantándome de aquella silla para acercarme a la ventana al ver algo que no esperaba.

El tiempo allí, esperando en aquel cuarto, pasó bastante lento. Iba y venía, volvía a sentarme y volvía a hablar con mi esposa. Trataba de decirle que Angela la echaba mucho de menos y Rocky no se bajaba de su cama, esperando que volviese.

Y volvía a decirle que la amaba.

Las horas fueron pasando hasta que el reloj marcó la una de la madrugada. La nieve empezaba a caer y cuando me acerqué a la ventana, vi el reflejo de mi rostro tras ella.

Mi cabello estaba mucho más rizado, a consecuencia de haber tenido días duros, mis ojeras estaban violáceas por la falta de sueño, como las de Olivia y ahí vi el reflejo de mi esposa. Cuando me giré, aunque me dolía verla de esa manera, me sentí tranquilo al saber que estaba a salvo y ya no estaba sufriendo en aquel mugriento lugar.

¿Por qué no me di cuenta antes? ¿Por qué no pensé antes que Mattia la había llevado a ese dichoso casino donde me torturaron a mí?

Suspiré mientras las luces de los edificios de Chicago iluminaban el lugar y la nieve seguía cayendo fuera, decorando toda la ciudad de blanco.

Aquella noche no iba a dormir. No lo haría, pues tenía que estar pendiente de si Olivia estaba bien o necesitaba algo. Ella necesitaba descansar, yo podría hacerlo más adelante. Me daba igual lo demás, solo me importaba la persona que estaba a escasos metros de mí.

Fue entonces cuando escuché una dulce y bajita voz que conocía a la perfección y que me tomó completamente por sorpresa.

—Zev…

SIETE | FORTALECIENDO EL MATRIMONIO

«Solo me iba a centrar en mi esposa y en arreglar todo lo que había hecho mal. Pero aquel suceso con Mattia no iba a quedar impune» —Zev Grimaldi.

OLIVIA GRIMALDI

Un fuerte olor a productos de limpieza me hizo despertar.

Odiaba ese olor porque me recordaba a cuando mi madre tenía que llevarme al médico cuando estaba mala de la gripe o del estómago. Y, a pesar de los años, seguía odiando aquel olor tan intenso.

Cuando mis ojos empezaron a abrirse, noté algo extraño y no entendí qué era. Y al ir abriendo los ojos, me costó ver con claridad el lugar en el que me encontraba. ¿Estaba en un cuarto?

Traté de recordar lo ocurrido momentos antes de despertar en ese sitio, cuando las imágenes vinieron a mi mente con claridad y… no… mi pierna. Traté de moverme, pero me costó bastante, ya que me sentía muy débil, así que apenas hice un solo movimiento cuando giré mi cabeza para inspeccionar el lugar donde me encontraba, empezando a pensar que estaba en una habitación de hospital. Hasta que vi a Zev, de espaldas, mirando por la ventana.

Mis ojos se posaron en ese hombre tan corpulento que tenía a escasos metros de mí, contemplando las vistas de Chicago. No me fijé en nada más, solo en Zev Grimaldi.

Se me iluminó la mirada de tan solo verlo. Y quise decir algo, pero sentía que no tenía ni fuerzas para hablar.

¿Era esto acaso un juego de mi mente?

¿Acaso mi imaginación me estaba torturando?

Solo esperaba que esto fuese real, que no estuviese soñando, que no estuviese ya muerta después de lo mucho que intenté luchar para sobrevivir en aquel lugar… Deseé volver a ver a Angela, a Rocky y… a Zev.

—Zev…

Tan rápido como susurré su nombre, él se giró para mirarme y sus ojos pasaron de estar totalmente apagados y sin ningún tipo de brillo, a agrandarse y adquirir un brillo especial, antes de que echara a correr hacia mí.

Se sentó a mi derecha, tomando mi mano con sumo cuidado y me dijo:

—Liv… ¿Cómo te encuentras? —La voz le salió temblorosa, como si temiera mi respuesta. Y ahí vi lo distinto que estaba de cuando lo vi por última vez, hacía más de una semana. Su barba de varios días estaba ahí, su cabello mucho más desordenado y ojeras que no creí que le vería nunca. Sentí que le faltaba energía y hasta podría atreverme a decir que estaba un poco más flaco, apenas un poco.

Parecía que quería decirme mil cosas, pero no sabía ni por dónde empezar.

Yo, en cambio, estaba tan agotada que no me salían las palabras.

—Débil, muy débil… —susurré, arrastrando las palabras y le pregunté. —Esto… ¿Esto es real o sigue siendo parte de mi imaginación?

La arruga que se le formó en la frente se hizo evidente en cuanto le pregunté y negó rápidamente, sin soltarme la mano.

Su calidez era lo único que me hacía pensar que esto era más real que nunca, que no estaba imaginándome nada. Y deseé que él jamás me soltase la mano.

—Olivia, esto es real —contestó con la voz algo baja y traté de acostumbrarme a ese olor tan fuerte a productos de limpieza—. Te encontramos en el pasillo de aquel casino, tirada en el suelo con un disparo en la pierna… Te llevé en mis brazos a la ambulancia y tuvieron que extraerte la bala. Y ahora estás en el hospital —relató, sin dejar de mirarme en ningún momento.

La arruga de su frente se hacía cada vez más pronunciada y se le notaba muy preocupado, incluso sus ojos estaban algo rojos, quizás de no dormir. Y no quería verlo así; quería verlo sonreír de aquella manera tan chulesca que me ponía de los nervios, junto con esa mirada tan intensa que lo acompañaba.

Ahora fue mi turno de fruncir el ceño.

—Entonces… ¿no era mi imaginación? Lo que ocurrió en ese lugar… ¿Estabas a mi lado realmente? —pregunté, con cierta ilusión por lo que recordaba que me había dicho.

Y Zev asintió, sin vacilar. La preocupación era más que notable en su rostro.

—Por desgracia sí… Ojalá no hubieses vivido toda esta *merda* con Mattia —contestó sacando su italiano cuando decía alguna palabrota.

Y entonces vi en sus ojos la pesadilla que tuvo que haber pasado hasta lograr encontrarme. Y supe que Mattia me había mentido, que Zev estuvo buscándome todo aquel tiempo. Traté de levantar mi mano derecha para poder acariciar su mejilla, pero esta se me resbaló nuevamente hasta la cama. No era capaz de moverla por la falta de energía. Sin embargo, al percatarse, Zev levantó mi mano y

la colocó sobre su mejilla, sujetándola entre las suyas. Sus ojos se cerraron, parecía disfrutar de aquella sensación y soltó un largo suspiro que le hizo temblar la voz. Se notaba que estaba tratando de aguantar las lágrimas y caí en la cuenta de que jamás lo había visto llorar. No quería verlo de aquella manera, lejos de cómo acabaron las cosas entre los dos la última vez que lo vi, después de vivir aquel momento tan horrendo con Mattia, lo último que quería era distanciarme de Zev, ni mucho menos enfadarme, aunque teníamos pendiente una conversación bastante larga. Ahora tan solo quería tenerlo a mi lado.

—Mattia… Me hizo creer que no estabas buscándome, que nadie me estaba buscando… —susurré en un hilo de voz, a punto de romperme.

Y cuando lo miré a los ojos, el temor que sentía por verme así fue lo que me hizo romperme por completo y estallar en lágrimas. Un cúmulo de emociones se mezcló en mi interior a causa del miedo de no volver a verlo que había sentido, no podía creerme del todo que él estuviera junto a mí en ese momento.

Zev se acercó más a mí al ver que empezaba a llorar y posó sus manos cálidas sobre mis mejillas. Sus labios empezaron a besar cada lágrima que salía de mis ojos y caía sobre mis mejillas y luego me abrazó, aguantándose las ganas de abrazarme fuerte para no hacerme daño.

—Liv… ¡Joder! No he parado de buscarte desde el minuto uno. No dejé de buscar en cada rincón de Chicago —contestó con una voz rota, apoyando su cabeza en el hueco de mi cuello y ocultando su rostro en mi piel delicada—. No paré de pensar en las idioteces que te dije aquella tarde en el rancho… En el daño que te hice… Me estaba matando pensar en lo mal que lo estarías pasando…

Olió fuertemente mi piel y luego depositó un largo beso en la zona más sensible de mi cuello que me dejó temblando como solo él

podía hacerlo. Pero no se separó de mí ni un solo segundo. No sé cuánto tiempo estuvimos así, hasta que empecé a notar que algunas gotas caían sobre mi espalda sin entender qué era.

Hasta que noté que Zev estaba temblando y parecía estar sollozando en voz baja.

—Zev…

No tenía fuerzas para separarme de él y mirarlo a los ojos.

—Zev… —Volví a llamarlo, pero él seguía llorando contra mi cuello y no quería que lo viera así.

Lo acaricié como pude, con las fuerzas que me quedaban y lo que me permitieron todos los cables que tenía conectados. Me enterneció ver a un hombre tan robusto, alto, duro como Zev, un mafioso lleno de ira y sed de venganza y al que nada ni nadie parecía ser capaz de dañar, estaba sobre mí, abrazándome mientras lloraba sobre mi hombro.

—Mírame, por favor… No tengo fuerzas para poder hacer que me mires —le pedí, con lágrimas en los ojos.

Tuvieron que transcurrir largos minutos para que él me hiciera caso, agachando la cabeza sin ser capaz de mirarme y bajó su rostro hasta mis pechos, colocándolo entre ellos y se quedó ahí un buen rato, sin ser capaz de alejarse de mí.

—*Pensavo di averti perso…* —habló con una voz que jamás creí que le escucharía, con su acento italiano más notable que nunca—. Pensé que no volvería a verte… Y no paraba de pensar en lo mal que hice las cosas contigo…

Me abrazó mientras su rostro seguía oculto entre mis pechos y mi bata empezaba a moverse. Sobre aquella prenda, él empezó a dejar

besos, mientras que yo lo abrazaba como podía y pasaba las manos por su ancha espalda.

Cuando consiguió liberar a medias uno de mis pechos lo besó, lamiendo una parte de mi piel muy delicada, dejando incluso un largo chupetón, hasta que volvió a colocarme la bata y ahí, por fin, levantó su rostro para encararme.

Y sus ojos, totalmente rojos y llenos de lágrimas me observaron, mostrándome lo avergonzado que estaba por llorar delante de mí.

—Oh, Zev…

Con mis manos temblorosas por la debilidad, acaricié su cabello desordenado, bajando por sus mejillas. Él cerró los ojos, disfrutando de la sensación de estar a mi lado, de dejar que lo acariciase, de volver a sentirme después de todo lo que habíamos vivido. Y le limpié las lágrimas con ternura. Cuando nos miramos, supimos que teníamos muchas cosas que hablar, pero no era el momento ni el lugar. Y él lo entendió. No quiso abrir aquella caja de Pandora.

Pero sí me preguntó, en un hilo de voz:

—¿Tenemos tiempo de solucionar nuestros problemas matrimoniales por mi culpa?

Parecía que, ahora que había empezado, Zev no podía parar de llorar y la verdad es que quería tener aquella conversación con él.

Me había destrozado aquella tarde, pero después de todo lo que había vivido y las secuelas que me iban a quedar de por vida, lo último que quería era separarme de Zev. Tan solo quería estar a su lado y que el tiempo dijese todo lo demás.

Zev aguantó la respiración, esperando impaciente mi respuesta.

—Tengo todo el tiempo del mundo, ¿y tú?

Como respuesta, me dedicó la sonrisa más bonita y amplia que le había visto nunca.

—*Ti amo, ricciolino.*

Impactada, no respondí. No esperaba que me soltase aquellas palabras con tanto significado. No hacía falta saber italiano para entender lo que me estaba diciendo. Aquello era mejor de lo que me habría atrevido a soñar jamás.

—No digas nada, ricitos… Solo déjame ser feliz declarándote lo que siento.

Su frente se posó sobre la mía, respirando fuertemente por todo lo que estábamos viviendo en aquella habitación de hospital. Ni siquiera sabía qué hora era, ni en qué día estábamos. Tan solo quería disfrutar de estar junto a Zev después de los días que habíamos pasado separados y que me parecieron eternos. Y luego miré por la ventana, sorprendiéndome al ver cómo caía la nieve.

Mientras Zev no se separaba de mí, yo había girado mi cabeza para admirar aquellas vistas. Y jamás creí que sería tan feliz de ver algo tan simple como una ventana después de estar días mirando cuatro paredes oscuras y podridas.

Disfruté como una cría de ese momento.

—Está nevando —susurré.

Noté cómo Zev sonreía y asintió.

—Hace poco que comenzó a nevar… —Dejó escapar un fuerte suspiro, alejándose un poco de mí, pero no demasiado—. Voy a llamar al médico. Vuelvo enseguida, ¿vale?

Asentí, aunque no quería quedarme sola nuevamente en una habitación. No era lo mismo, estaba en un lugar seguro, pero en mi interior sabía que iba a costarme mucho tiempo recuperarme del trauma que había sufrido. Parecía que Zev tampoco quería alejarse de mí, porque tardó como diez minutos más en marcharse. Traté de no pensar, pero sabía que, aunque la peor parte ya había pasado, ahora quedarían las secuelas, la recuperación, el miedo… Iba a ser un camino largo, pero saldría adelante. Al ver la habitación con aquella ventana pude respirar… No era para nada igual que el nauseabundo cuartucho en que me tenía encerrada Mattia, pero de igual manera estaba inquieta y deseando que Zev entrase nuevamente por aquella puerta.

Carraspeando y tratando de no dejar que mi mente jugase conmigo, cerré los ojos y pensé en un lugar distinto, alejado de toda civilización, de coches, de contaminación… Y me vino a la mente el rancho. Al margen de lo que vivimos los dos últimos días, pasé grandes momentos allí con Zev y realmente deseé volver a vivirlos. Traté de sacarlo de la cabeza porque las cosas no funcionaban así. La vida no era un cuento de hadas y lo había descubierto sobre todo aquellos últimos días… Aunque en el fondo siempre lo supe. Al poco, la puerta se abrió y entró un hombre alto con una bata blanca, que me saludó desde la puerta.

Zev lo siguió y se quedó a pocos metros, pero observando desde ahí, con aquel rostro de preocupación.

—Olivia, ¿cómo se encuentra? ¿Se siente mal? ¿Le duele algo?

Se acercó a mí y me enfocó los ojos con una pequeña linterna.

Negué en cuanto acabó.

—Solo me siento débil y estoy algo desorientada.

—Ha perdido sangre por la bala y su hemofilia nos hizo darnos mucha más prisa. Deberá estar aquí varios días para recuperarse,

pero debería tomar tratamiento para su hemofilia, joven —me indicó, algo serio y yo asentí.

Zev estaba callado y su semblante era triste y taciturno, coincidiendo con mi propio estado de ánimo.

—¿Puede comer ya, doctor? —preguntó Zev, cruzándose de brazos.

—Claro, la enfermera le traerá una bandeja de comida. Pero deberás comer poco a poco, no vayas deprisa —habló con contundencia y miró a mi marido—. Que coma entre cinco o seis veces al día con menos cantidad para que todo vuelva a la normalidad poco a poco, ¿vale?

Zev asintió, escuchando con atención al doctor y luego este se despidió de mí con una sonrisa antes de marcharse.

—Muchas gracias, doctor —dijo Zev, antes de acudir junto a mí.

Recosté la cabeza nuevamente en la almohada y suspiré con cansancio al reparar en mi pierna, cubierta con un vendaje que cubría parte de mi muslo. Empezaba a tener algo de frío, ya que la sábana con la que estaba tapada se me había resbalado un poco y Zev lo notó, porque se acercó y me cubrió de nuevo.

—Gracias… —susurré.

Zev tomó asiento en la silla que había junto a la cama.

—Has bajado como tres kilos en pocos días… —Su tono era de preocupación y, sin mirarme en un espejo, podía imaginarme lo mal que debía de verme.

Esperaba no tener que mirarme al espejo, porque estaba segura de que me veía mucho más flaca que nunca y no quería verme así.

—Solo me daba un bocadillo diario, con el que me tenía que apañar para el resto del día… Agua me daba mucha menos, una cantidad inferior a una pequeña botella… Y un día la escupí, cabreada al saber que pretendía hacerme elegir entre dos personas. Así que ese día me castigó sin comer —confesé, evitando mirar a Zev, ya que no le había contado nada de lo que viví y sobre todo lo referente a aquellos dos compradores.

Pero al ver que él no me preguntó, sospeché que podía estar al tanto o quizá había investigado al tratar de encontrarme. Tendríamos tiempo de hablar de todo eso. Ahora solo quería estar a su lado.

Empecé a jugar con mis uñas, tratando de no mirar a los ojos a mi marido, pero este se acercó, posando sus grandes manos sobre las mías. Su toque era lo único que conseguía relajarme y no quise que se alejara de mí en ningún momento.

—Ya estás a salvo… Conmigo, como un equipo —contestó, haciendo que lo mirase—. Voy a cuidarte ahora para que te recuperes y siempre.

Siempre. Aquella palabra me hizo ilusión, aunque me daba miedo porque no podía olvidar que teníamos un contrato de matrimonio por conveniencia. Todavía estaba todo muy reciente y no sabía qué sería de nuestra relación después de todo. Tampoco quería pensar en eso, pero aquel siempre me dio tantas esperanzas que no quería verme pisoteada más tarde.

No obstante, la mirada de Zev me dio a entender que las cosas iban a ser distintas a partir de ese momento.

—¿Dónde está Mattia? ¿Lo…? —No quise ni decir la palabra en alto.

Aunque era para protegerme, la sola idea de pensar que Zev había matado a otra persona, al igual que tuve que hacer yo en el pasado para defenderme, me daba más ansiedad.

El rostro de Zev se ensombreció y pude ver el odio en su mirada.

—Nuestro equipo trató de detenerlo, para poder torturarlo más tarde… Pero vinieron sus guardaespaldas y como nos superaban en número lo ayudaron a escapar —se lamentó, provocando que el miedo empezara a invadirme de tan solo imaginarme que ese psicópata estaba suelto—. Pero ya no irá más a por ti. No puede pisar Chicago sin ser detectado por la mafia búlgara. Ahora se ha convertido en el objetivo número uno. Lo más probable es que se vaya a Miami o Los Ángeles para empezar de cero… Pero te prometo que esto no va a quedar así.

—No quiero que te hagan daño —repuse, enfadada.

Él sonrio, feliz.

—No me lo harán.

Sin estar convencida, proseguí:

—Y no vas a ir solo. Te acompañaré para que no hagas más estupideces.

Zev enarcó las cejas, pero no perdió la sonrisa.

—Tratándose de Mattia no vas a venir conmigo.

—No hay discusión, *scarafaggio.*

A él pareció divertirle tanto que le dijese cucaracha en su idioma, que empezó a reír en voz alta durante un largo rato.

Quise reír con él, pero estaba tan débil que apenas logré esbozar una sonrisa pequeña. Mi cuerpo pedía algo más de descanso y comida.

—*Non sai quanto mi è mancato tutto questo...*

—Agradecería si me tradujeras algún día algo de lo que me dices —bromeé mirándolo a los ojos.

Zev se acercó, me colocó un mechón tras la oreja y puso aquella mirada que tanto deseaba volver a ver.

—He dicho: no sabes cuánto he echado de menos esto.

Sin apenas levantar la cabeza, sonreí mientras lo miraba y disfrutaba de las vistas, hasta que la puerta se abrió y nunca pensé que podría estar tan feliz de ver un plato de comida de la mano de aquella enfermera. Nos saludó y colocó la bandeja sobre una mesa pequeña con ruedas frente a mí. Movió con un botón la camilla para que pudiera erguirme un poco y, tras ayudarme a acomodar mi almohada, se despidió. Quizás fuera porque había estado una semana comiendo bocadillos y muerta de hambre, pero me pareció el plato más delicioso que había visto en mi vida. En cambio, por la mirada que le estaba echando Zev a la bandeja, pude ver que no era de su gusto. A mí me dio igual.

Traté de levantar el brazo para poder agarrar la cuchara y empezar por la sopa, pero al tomarla entre mis dedos la cuchara se resbaló. Aquello me enfadó, pero Zev la tomó entre sus dedos con facilidad.

—Déjate ayudar, Olivia —me instó.

—No quiero que me des de comer como si estuviese enferma, Zev —protesté.

Pero él no me hizo caso.

—Cuando te tomes este plato, en las próximas horas tendrás algo más de fuerza. Pero ahora déjame ayudarte.

Tomando una cucharada de sopa, esperó a que abriese la boca y yo lo miré con cara de pocos amigos. De mala gana, tuve que aceptarlo

por las ganas de comer que tenía y dejé que él me ayudase. Pero solo en ese momento. Aunque se lo agradecí durante la comida.

Comí lentamente y pude acabarme el plato, luego Zev me abrió la botella de agua para que bebiera y juro que me supo a gloria. Y, aunque aún me encontraba débil y hambrienta, me sentí llena después de tantos días.

—¿Qué hora es?

Zev miró su reloj.

—Son las tres de la madrugada.

Agrandé los ojos, sorprendida.

—Deberías irte a dormir. Se te ve muy cansado.

Él negó y apoyó su cabeza sobre la cama, cerca de mi mano.

—Después de una maldita semana sin saber de ti, el descanso puede esperar, *ricitos*.

Con la nieve cayendo de fondo en Chicago, mi marido hablándome de temas interesantes y dejando de lado por el momento todo lo que pasó, lo cual agradecí, se nos fue el tiempo. No quería seguir hablando de aquello, quizás más adelante, pero ahora quería descansar y pensar en otras cosas que me alegraran y tener a Zev cerca me hizo muy feliz.

Mucho más de lo que creía.

***

Desperté bastante desorientada, con el ruido de algún que otro murmullo en la habitación.

Noté una pesadez enorme en mi cuerpo y mis párpados parecían pesar mucho más que nunca al tratar de abrirlos. No recordaba haberme sentido tan cansada como aquella mañana en toda mi vida. Cuando logré abrir mis ojos, lo primero que vi fue a mi marido hablando seriamente con alguien. No logré visualizar de quién se trataba, hasta que conseguí mover mi cabeza y observar mejor con quién estaba hablando Zev.

Giulio parecía estar bastante fresco, elegante como siempre y descansado, tan solo observando a Zev mientras que este parecía su antítesis; con su camisa arrugada, la barba de varios días que llevaba y las ojeras que le había visto anoche, sin duda Zev necesitaba descansar.

Hice un movimiento y el dolor de la herida en mi pierna me hizo quejarme, provocando que ambos hombres me mirasen. Sobre todo uno, totalmente preocupado, que se acercó a mi cama para ayudarme a colocarme.

—Deberías estarte quieta, *ricitos* —me reprendió Zev, con tono bromista.

Sin duda estaba de buen humor.

No sabía el aspecto que tendría, pero me dio exactamente igual, ya que solo pensaba en comer más y más. Cuando miré a Giulio, que se acercó tan tranquilo con una pequeña sonrisa de las suyas, siniestras como de costumbre, colocó sus manos sobre la barra de la cama y me habló:

—¿Cómo te encuentras hoy, Olivia?

Arrugué un lateral de mi boca y respondí.

—Con ganas de volver a casa.

No miré a Zev, pero podía jurar que sonreía al escucharme.

Giulio sonrió y luego se colocó la corbata, ya que según él parecía tenerla algo torcida. Lo cierto es que era bastante perfeccionista.

—Te echábamos de menos —aseguró el padre de Zev.

Y entonces, sin poder dejar de pensarlo, decidí preguntar:

—¿Cómo está Angela?

Zev acarició mi cabello, ya que parecía que se había puesto frente a mis ojos y él decidió tomar el poder para poder retirarlo y acariciar mis rizos como nunca antes lo había hecho. En cambio, no dejé de mirar a Giulio, preocupada por su hija.

—Está feliz de que estés aquí y bien. Pero se encuentra en clases ahora —respondió, antes de que su móvil empezara a sonar y Zev le dedicase una mirada desafiante.

—Ahora no, Giulio —espetó Zev enfadado.

Giulio apagó su móvil y volvió a guardárselo en su bolsillo, mirándome nuevamente.

—Te prometo que todo saldrá bien, Olivia.

No dijo nada más. Pero Giulio parecía estar distraído, con ganas de marcharse para hacer varias llamadas. Sin embargo, Zev no quería que lo hiciera. Eran como el agua y el aceite y se notaba que Zev no tenía precisamente en un pedestal a su padre por motivos que desconocía. Quizás por su trabajo, por el pasado, o por lo que fuera…

Había muchos misterios en esa familia. Demasiados.

—Giulio, quería hablar sobre Angela —susurré con un hilo de voz, mientras que Zev seguía acariciándome el cabello.

Giulio, sin esperar mi respuesta, esperó a que continuara.

—Zev y yo pensábamos que sería buena idea que se quedase con nosotros.

Giulio nos miró alternativamente a ambos y a juzgar por su mirada, supuse que no le parecía una gran idea todo aquello, ya que se negó rápidamente.

—Mi hija se quedará en la mansión. Es el único lugar donde estará a salvo.

—Pero…

—Podéis visitarla todas las veces que queráis, pero Angela no se va a marchar a otro sitio —concluyó.

Y, sin decirnos ni una palabra más, se marchó de una forma bastante distante, casi parecía enfadado y luego cerró la puerta, no sin antes decirme que estaba feliz de volver a verme. Pero después de aquello, no lo volvimos a ver durante el resto del día, mientras que Zev fue incapaz de alejarse de mí.

OCHO | EN CASA

«Mi miedo no era recordar lo que me había sucedido, sino que me volviese a ocurrir» —Olivia Grimaldi.

OLIVIA GRIMALDI

Caminé fuera del hospital con la ayuda de mi marido, quien no había parado de insistir para que llegase al todoterreno en la silla de ruedas. Pero me negué rotundamente.

Ya me encontraba mejor después de estar casi cinco días ingresada, recuperándome de las heridas y de estar tantos días sin comer como era debido. Si bien todavía no había recuperado los kilos que perdí, ya me sentía con más fuerza. Poco a poco iría volviendo a la normalidad.

Sin embargo, a lo que no dejaba de darle vueltas era a la conversación que había tenido días atrás con Giulio Grimaldi.

Por mucho que había insistido, él seguía en sus trece diciendo que estaría mucho más segura que con nosotros. Pero lo cierto era que creía que estaba equivocado y en un futuro lo volvería a intentar. Pero no dejaría sola a Angela.

—Paciencia, ricitos —me pidió Zev, con su mano en mi espalda baja y ayudándome a dar pasos por la calle hasta el todoterreno.

Fuera me esperaban Luna y Benjamin.

Y Luna parecía algo afectada de verme.

Incluso me percaté de que me suplicaba con la mirada un corto abrazo, cosa que me impactó porque siempre había sido algo fría.

Por eso me acerqué para abrazarla y ella aceptó sin dudarlo, teniendo sumo cuidado de no hacerme daño.

—Lo siento, lo siento mucho, Olivia… —susurraba una y otra vez, con una voz bastante baja mientras que yo tan solo la abrazaba.

Zev me había hablado mucho estos días de lo que Luna había sufrido y de lo culpable que se sentía por no haber estado más atenta. Ya sabía que la iba a encontrar de aquella manera, pero no creí que tanto. Y no quería que se torturara.

—Luna, tú no tienes la culpa de nada —le aseguré, mientras que ella seguía sin separarse de mí, bastante afectada.

Negué y decidí permanecer en silencio para dejar que ella se desahogara como tanto lo necesitaba. Hasta que, en un momento dado, Luna se separó y bajó su mirada para no clavarla sobre la mía, recordándome a Zev cuando lloró frente a mí el día que desperté en el hospital.

—Te prometo que no volverá a ocurrir.

Sacudí mi cabeza, restándole importancia.

—Estoy aquí. Tú no tienes la culpa de nada. Hiciste lo que pudiste, Luna.

Juraría que la vi sonreír unos segundos para luego ver cómo Zev me abría la puerta trasera del coche y me ayudaba a subir en aquel todoterreno. Al ver que reinaba un silencio incómodo mientras mis guardaespaldas subían al coche, decidí expresar una simple idea.

—Menos mal que no me trajiste el Ferrari, Grimaldi.

Él rio ante mi broma y, cuando me quitó la muleta para poder subirme, me siguió el juego:

—En otro momento, nena.

Durante el largo trayecto desde el hospital hasta el piso de Zev, fueron como unos veinte minutos en coche, yo no dejé de observar las vistas a través de la ventanilla, alegre de poder disfrutar la libertad que volvía a poseer. En ese momento, sentí la mano de Zev sobre la mía mientras Benjamin manejaba el auto.

Al girarme, vi que sus ojos oscuros estaban fijos en mí y que me estaba dedicando una sonrisa que no solía ver a menudo.

—¿Estás muy cansada?

Negué, pues me sentía con más energías que en los días anteriores.

—Bien, porque te espera una sorpresa en mi piso, he intentado posponerlo pero me han ignorado por completo—respondió, sin soltarme la mano.

Vi cómo se le formaba una arruga en su entrecejo, como si estuviese viendo algo que no cuadraba entre nuestras manos entrelazadas. Sin entenderlo, pregunté:

—¿Qué ocurre?

Él, sin decirme nada, levantó mi mano y empezó a tocar delicadamente mi dedo anular, que estaba desnudo, dado que no se me permitía llevar nada de joyas en el hospital. De pronto, sacó dos anillos de su bolsillo y me colocó ambos en su lugar con sumo cuidado.

—Ahora sí estás lista.

Dejó mi mano con delicadeza sobre mi rodilla y luego me soltó, mirándome de aquella manera tan chulesca que tanto echaba de menos. Poco a poco volvía a ser el hombre que había conocido y eso me encantaba. Así era como me gustaba verlo. Levanté mi mano,

observando ambos anillos y una sensación cálida se posó en mi pecho, a pesar del frío que hacía. Toqué los anillos, feliz de volver a tenerlos conmigo y de saber que esa era la vida que yo misma había elegido, aunque al principio fuese por interés.

Dudosa acerca de la sorpresa me esperaba, solo esperaba volver a ver a Angela después de tantas semanas. La echaba de menos. Giulio ni siquiera la había dejado visitarme en el hospital y quise entenderlo, porque tampoco es que quisiera que ella me viese de esa manera. Pero de igual forma, me extrañaba el comportamiento que había mostrado Giulio desde que había vuelto.

Arrugando mi frente, volví a fijar la vista en las calles de Chicago, con el corazón latiéndome mucho más fuerte que nunca.

***

Entré al piso con la ayuda de Zev, ambos acompañados por nuestros guardaespaldas. Extrañada, miré a Zev, quien estaba abriendo la puerta del apartamento.

—¿Estás seguro de que…?

Mi frase fue apagándose en cuanto mi marido abrió la puerta y una Angela deseosa de volver a verme corrió en mi dirección.

El fuerte abrazo que me dio, mezclado con todas las emociones que sentía y lo mucho que la había echado de menos, me hizo sonreír como no lo había hecho en dos semanas, pese al dolor punzante que ascendió por mi pierna izquierda al hacer un movimiento brusco para que no me empujase al suelo. Zev se percató de ello y la regañó.

—¡Angela! Ten más cuidado. Olivia necesita recuperarse.

Pero su hermana lo ignoró olímpicamente mientras que yo le devolvía el abrazo, feliz de que volviéramos a estar todos juntos

como una familia.

—Estoy bien, Zev. —Le aseguré y de pronto vi cómo Rocky venía corriendo como un loco hacia mí, con la lengua fuera.

Angela se separó para dejarle espacio a Rocky quien, literalmente, se tiró sobre mí y ahí sí tuve que pedirle ayuda a Zev. Rocky, que era más fuerte que Zev, no se separaba de mí, lamiéndome el rostro y moviendo sus orejas con felicidad mientras volvía a tenerme frente a él. Y quizás debido a una mezcla de todas esas emociones, mis lágrimas salieron sin previo aviso y sin que yo pudiera controlarlas. En cuanto pudo, Zev separó a mi perro de mí para que no me hiciera daño, pero teniéndolo cerca mientras lo acariciaba y Angela permaneció con una sonrisa de oreja a oreja. Fue entonces cuando reparé en todas las personas que había en ese lugar, la mayoría desconocidos. Salvo por Giulio y su asesor Lucas, quien siempre estuvo ahí para avisarme de alguna reunión con el jefe de los Grimaldi.

Junto a ellos había un hombre atractivo de una edad similar a la de Zev, una mujer rubia, un hombre de cabello dorado y recogido en un moño y otro hombre mayor que caminaba en un bastón.

Arrugando mi frente, observé a Zev, quien me tranquilizaba con la mirada. Sin embargo, otra persona a la que conocía, salió de la cocina con un vaso de agua, con su cabello pelirrojo envuelto en un elegante moño y, con sus brazos abiertos, me dio la bienvenida nuevamente.

—Olivia —exclamó Ginevra, estrechándome contra sí con calidez. Recordé que ella también estuvo en el casino durante mi rescate. El abrazo maternal que me dio, junto con ese perfume tan femenino que ya conocía, hizo que me sintiera nuevamente como en casa. No obstante, me quedé muy sorprendida al ver que Mancini y Grimaldi estaban bajo el mismo techo sin iniciar una guerra entre ellos.

Tampoco quise indagar al respecto, sus motivos tendrían para haber aceptado a Ginevra, cuya sonrisa cálida me hizo tranquilizarme después de tanto tiempo. Cuando se separó un poco de mí para mirarme y entregarme un vaso de agua, el cual acepté con gusto, me sonrió.

—Ahora necesitas descansar, dejar que las heridas cicatricen y, si necesitas mi ayuda, llámame y vendré lo antes posible —susurró ella y yo asentí. Las manos de Ginevra se posaron sobre mis mejillas rojas por el frío, dándome algo de calor, cuando su rostro se arrugó un poco a causa de la angustia y añadió: —Siento mucho todo lo que has vivido estos días… Mattia no deja de ser mi hijo y ojalá pudiera pararlo para que no volviese a hacer nada de esto. Pero te prometo que no volverá a acercarse a ti, cueste lo que me cueste —concluyó.

La mirada tan maternal, tan dulce pero llena de angustia que me estaba dedicando Ginevra, removió muchos sentimientos dentro de mí. Sentimientos que había estado absorbiendo durante aquella semana que estuve encerrada en aquel maldito sitio, el cual no quería volver a ver en mi vida.

Quizás fue por todo lo que viví, lo que creí que no volvería a ver, creyendo que no era importante para nadie… Quizás fue una mezcla de todo, el caso es que volví a abrazar a Ginevra y hundí mi rostro en su cuello, acabando por dejar salir las lágrimas que había aguantado durante días. Aunque Zev había soportado mis llantos todos los días que estuve en el hospital, no sabía que el abrazo de Ginevra era lo que más necesitaba en ese momento.

Me recordaba a los abrazos de mi madre, aunque sabía que nunca nadie podría igualarlos. Pero Ginevra me teletransportó a esa época de mi vida.

—Lo siento… —contestó con un hilo de voz la mujer que me abrazaba y yo fui incapaz de hablar.

No quería que nadie me viese así. Odiaba llorar y más delante de la gente.

Zev se dio cuenta, porque se acercó a los demás y dijo:

—Vayamos a la cocina a ver qué hay de comer.

Cuando levanté un poco la mirada y vi que ya no había nadie, respiré aliviada de que solo Ginevra fuese consciente de mis lágrimas. Ella empezó a acariciarme el cabello, algo desordenado y luego, sin alejarse mucho de mí, murmuró:

—Podemos irnos si es lo que más prefieres para tu recuperación.

Me apresuré a negar con la cabeza.

—No quiero estar sola.

Tan rápido como expresé mi temor en voz alta, ella negó.

—Nunca volverás a estar sola, Olivia. Primero tienes a Zev, luego a tu increíble perro Rocky, a Angela… Y aunque seamos familias rivales, a mí. —Su voz era hipnótica y daban ganas de escuchar cualquier cosa que dijera. —Espero que Zev se haya portado como un buen marido estos días.

Sonreí mientras me limpiaba las lágrimas con un pañuelo que Ginevra me había entregado. Vi de soslayo a Zev riendo con su hermana mientras los demás estaban hablando entre ellos. Y, en un momento dado, los ojos de Zev se posaron sobre los míos, sonriéndome de una forma dulce. Hasta que su hermana le pegó un puñetazo en el estómago y casi terminó cayendo al suelo por la fuerza con que lo había golpeado.

Reí por ello.

—Se ha portado muy bien —admití, con sinceridad. Ella asintió con una pequeña sonrisa.

—Él estuvo muy desesperado cuando te secuestraron, Olivia. Hizo muchas cosas, dudosas, pero las hizo para encontrarte… Y por último vino a mí, ¿y sabes qué hizo?

Fruncí el ceño, porque no tenía ni idea.

—Se arrodilló ante mí y me suplicó que le ayudase a encontrarte —respondió, dejándome asombrada por lo que acababa de escuchar —. Nadie de este mundo haría tal cosa con una familia rival y menos con alguien que encima crees que ha asesinado a tu madre… Zev se tragó su orgullo para encontrarte.

Debido a la sorpresa, casi se me cae el vaso de agua por no estar al cien por cien todavía, pero gracias a Ginevra, no acabó hecho añicos en el suelo y entonces volví a fijar la vista en Zev, quien tenía una sonrisa en su rostro y parecía más descansado que el primer día que lo vi en el hospital… Sí, me costó creerme que Zev fuese de los que se arrodillasen ante el enemigo.

—Créeme que cuando uno está desesperado, te arrodillas ante el mismo diablo para que te ayude. Y Zev te ama con todo su ser, Olivia —aseguró Ginevra, como si me hubiera leído la mente. — Ahora vamos, te vendrá bien hablar con la gente y disfrutar el momento.

—Gracias, Ginevra.

Ella le restó importancia con un gesto mientras íbamos juntas a la cocina para reunirnos con los demás.

—Olivia, déjame presentarte a Delia Marković y a los Valkov; Stefan y Nikola. Vienen desde Bulgaria y ellos nos ayudaron a encontrarte —anunció Giulio al acercarme.

El hombre mayor del bastón se acercó a mí y juraría que sus ojos brillaron al tenerme cerca. Me desconcertó su reacción y vi por el rabillo del ojo cómo Zev ponía un rostro de enfado.

El hombre llamado Stefan me tomó la mano y luego me dejó un delicado beso en el dorso de esta. Me hizo sentir como si fuese alguien importante y no entendí el motivo, pero cuando vi que Nikola y Delia se acercaron mirándome de la misma forma, pero sin tocarme, arrugué mi frente sin entender nada.

—Encantado de conocerla, señorita Lara —murmuró Stefan.

Alguien carraspeó y lo corrigió de inmediato.

—Señora Grimaldi.

Zev apareció, poniéndose a mi lado mientras observaba a Stefan con una mirada reprobatoria que al hombre le importó un bledo.

—Fue un placer ayudarles a encontrarte —continuó Stefan, ignorando a mi marido—. Siempre que necesite algo, aquí estaremos.

La mujer rubia se acercó a mí para presentarse.

—Soy Delia, matriarca de la familia Marković en Bulgaria. Hemos decidido pasar un tiempo por Chicago, así que espero que nos veamos más a menudo y tener alguna que otra reunión. Sobre todo, si quiere aclarar ciertas lagunas que tiene sobre su padre.

Fruncí el ceño ante sus palabras y juré que Zev se tensó al escuchar aquello.

—¿Disculpe? ¿Qué sabe de mi padre?

Nikola no dijo nada, pero Stefan apartó a la mujer con delicadeza e intervino.

—Tiempo al tiempo, señorita Lara.

—Grimaldi —volvió a recalcar un enojado Zev.

Stefan metió una mano en su bolsillo y continuó, imperturbable.

—Nosotros conocimos muy bien a su padre, pero su deseo era que usted supiera quién es cuando sea el momento —concluyó para luego marcharse tras volver a tomarme de la mano y dejar otro beso en esta, acercándose hacia un plato de comida.

Con miles de dudas, dejándome incluso hasta preocupada, Zev tan solo me tomó de la espalda baja y me dijo que comiese algo para recuperarme mejor. Sin embargo, el rostro de mi padre no se me iba de la cabeza y no pude evitar preguntarme qué era lo que había ocurrido y lo que pasaría a continuación. Fue ahí cuando me acerqué a Giulio, viendo la oportunidad perfecta para volver a repetir aquella conversación que tuvimos en el hospital, esperando poder convencerlo esta vez.

—Giulio.

El señor Grimaldi se giró para mirarme y me sonrió de esa manera que siempre me daba escalofríos, pero ya parecía que me iba acostumbrando a ello y hasta juraría que lo había echado de menos.

—Me alegro mucho de que ya estés mejor, Olivia. Pero necesitas recuperarte —contestó. —Cuando lo hagas, podremos empezar ya con las reuniones, donde lo dejamos la última vez.

Sin entender nada, tan solo asentí y me aclaré la garganta.

—Quería hablar sobre Angela.

Giulio arrugó su frente y me observó con cara de pocos amigos. Parecía incluso enfadado y me imaginaba que ese hombre, aunque siempre mostrase sonrisas, enfadado debía de ser una persona

totalmente difícil de llevar. Al cual muchos temerían de tan solo verlo.

Y lo cierto es que me estaba dando esa sensación en ese momento. Pero me dio igual, porque Angela me importaba mucho y por eso insistí.

—¿Otra vez? Ya te he dicho que no hay nada de qué hablar.

—Angela necesita compañía y pasar unos días con nosotros la haría muy feliz.

Él negó y levantó su mano, para acallarme. Se tomó unos largos segundos en responder, tanto así que hasta pude escuchar el sonido de las agujas del reloj. Tan solo quería lo mejor para ella, pero Giulio era su padre y era quien decidía. Aunque no siempre era así y él debía entenderlo.

—Que estés casada con mi hijo no te hace ser totalmente de la familia, Olivia. —Miró hacia todos lados, bajando la voz, mientras a mí esas palabras me sentaban como una patada y continuó: —Lo que tenéis mi hijo Zev y tú es una relación falsa y antes de que llegue mayo ya habréis firmado el divorcio, como que me llamo Giulio Grimaldi —espetó y me puse seria al escuchar aquello.

Fui incapaz de decir algo más al ver la realidad estampándose en mi rostro. No porque Zev y yo tuviésemos una relación falsa que se había vuelto real con el paso del tiempo, sino al ver que Giulio, de ser un hombre siniestro y extraño pero simpático, se había convertido en alguien totalmente ajeno a lo que creía.

Sin embargo, en el fondo, sabía que Giulio Grimaldi era así. Aunque siempre tuve la sensación de que él quería que Zev y yo tuviésemos una verdadera relación. Quizás solo era una pose y solo quería que fuera algo pasajero, hasta que él decidiera que la relación ya no era necesaria.

Pero entonces, ¿qué era lo que quería de esta relación? ¿Negocios? Porque ahora era cuando me empezaban a surgir todas las dudas sobre esa relación falsa y la insistencia de Giulio en que su hijo se casara precisamente conmigo.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Zev, acercándose a mis espaldas y mirando a su padre con rostro desafiante.

Podría jurar que mi marido había escuchado parte de la conversación, pero Giulio sabía poner cara de póquer, lo que a mí me costaba horrores.

—Hablábamos de negocios, hijo. Y de que los negocios tenían una fecha de caducidad.

Zev trató de decir algo, visiblemente enfadado, pero Giulio lo ignoró.

—No vuelvas a sacar ese tema, Olivia. No querrás romper el contrato antes de tiempo o que tu pasado salga a la luz —amenazó para luego marcharse y dejarme peor de lo que habíamos empezado.

—¿A qué ha venido eso? —inquirió Zev, frente a mí.

Negué y preferí no decirle mucho.

—Sobre Angela…

Zev no me dijo nada, pero la mirada que le dedicó a su padre después fue para enmarcar.

Pero cuando fui a girarme, él me tomó de la mano y se acercó a mí oído para susurrarme:

—Hace tiempo que tú y yo dejamos de tener una relación falsa, Liv.

Luego me guio hacia un hombre al que no conocía y cuando me miró, este parecía estar bebiendo algo de alcohol, pero lo soltó

rápidamente, secándose la boca para levantarse y alzar su mano para saludarme. Era guapo, pero no tanto como Zev.

—Él es Ian Santos, mi amigo. Estuvimos en la misma clase hace años y ahora es detective de homicidios. Luna y Benjamin y él me ayudaron a encontrarte —me informó Zev.

Sonreí al escuchar eso último.

—Me alegro mucho de verte y conocerte por fin, Olivia —contestó él, estrechándome la mano con gesto sonriente—. No sabes la cantidad de veces que ha llorado este hombre al no encontrarte.

Zev carraspeó y le dedicó una mirada de pocos amigos a Ian, quien me guiñó un ojo y volvió a sentarse para seguir tomando su bebida mientras que empezamos una conversación en aquella tarde de viernes, finalizando aquel mes de diciembre mientras que yo disfrutaba de estar rodeada de gente, después de estar tanto tiempo sola en un cuarto diminuto y sin saber siquiera qué hora era.

Y en ningún momento me sentí sola, al contrario; tuve la sensación de estar rodeada de una familia, no como Giulio me había dicho anteriormente. Sabía cuándo era querida y esa tarde me sentí así.

***

Cuando todos los invitados se marcharon, nos quedamos solos Zev y yo en aquel apartamento donde todavía no habíamos vivido juntos, como sí lo habíamos hecho en la mansión Grimaldi.

Caminé por el salón sin muletas, tan solo teniendo cuidado de que la herida no se me abriese mientras caminaba.

—Eres peor paciente que yo, nena —comentó Zev, quien me observaba de pie y con los brazos cruzados.

Al girarme para mirarlo a los ojos, pude notar cierta sonrisa irónica y chulesca en sus labios, junto con un brillo increíble en su mirada. Se notaba que quería verme allí y hasta le parecía divertido lo que estaba haciendo, aunque en el fondo no le gustase que hiciera muchos esfuerzos después de haber estado una semana encerrada y luego otra semana en el hospital.

Después de tantos días, necesitaba moverme de un lado al otro, disfrutar del momento aunque tan solo fuese para acercarme a la ventana y ver cómo toda la ciudad se teñía de un hermoso blanco.

—No sé cómo serás de paciente, pero dudo que sea peor que tú.

Zev me mostró todos sus dientes con su chulería habitual.

—Yo me dejaría hacer todos los mimos que tú quisieras darme. —Me guiñó un ojo, haciéndome negar por lo que acababa de decir.

Y vaya… Cuánto echaba de menos todo eso de él, aunque la gran mayoría de las veces desearía arrancarle los pelos de uno en uno. Pero era mi estúpido y no lo cambiaría por nada en el mundo.

Sabía que me iba a costar salir adelante después de todo lo que viví. Que seguramente tendría miedo a salir sola a la calle o de volver a ver a Mattia… Aunque las ganas que le tenía a ese hombre eran mucho mayores de lo que nadie se imaginaba y tampoco sabía cómo reaccionaría si lo viese.

No quería pensar en ello, pero era inevitable que me sintiera así; ni siquiera quería estar sola en un cuarto y eso Zev lo sabía. Se lo había expresado en el hospital y la angustia que sentía cuando me quedaba sola en un cuarto pequeño era demasiada. Pero con el tiempo y con ayuda, lo lograría… No sabía cuánto me llevaría, pero lo conseguiría.

—Quiero darme un baño después de todo. Siento que, aunque me limpiasen en el hospital, sigo estando igual de sucia…

Zev se acercó a mí, echando un mechón de mi cabello rizado tras mi oreja y asintió.

—Vamos.

Tomándome de la mano, me guio hacia el baño. Había un plato de ducha y una bañera. Sabía que una buena opción sería la bañera, pero cuando entré con el objetivo de quitarme la ropa, Zev cerró la puerta a sus espaldas, quedándose de pie.

Al girarme para encararlo, elevé la ceja para decirle:

—No me dirás que te quieres apuntar.

Él sonrió ante mi ironía y negó.

—Aunque esté deseoso de quitarte la ropa y enterrarme en ti, necesitas descansar. Pero no vas a meterte sola en esa bañera después de todo lo que has pasado. Voy a bañarte yo.

Oh no, eso sí que no.

—Zev…

—¿Ves? Eres peor paciente que yo, ricitos.

—No quiero que me estés bañando.

—Olivia, ya te he visto hasta el carnet de identidad. Te puedes caer y hacerte más daño. Todavía no estás fuerte y tus piernas tiemblan cuando estás de pie, ¿lo ves?

—Pero esto no es sexo. Esto es algo íntimo.

—Sé a lo que te refieres, pero confía en mí. Déjame hacértelo todo.

Tras un largo rato, asentí y él empezó a llenar la bañera y a quitarme la ropa. Comenzó por el jersey que llevaba puesto, luego por el sujetador, y todo eso sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento. Luego se arrodilló ante mí, desabrochándome los pantalones antes de seguir con mis bragas. Me quitó con delicadeza los zapatos y cuando volvió a subir, besó el muslo donde tenía la herida de bala.

Una vez llena, él me guio hacia la bañera y me ayudó a acostarme. Luego él se puso a mis espaldas, sentado en una diminuta silla para empezar a ducharme.

Experimenté miles de emociones mientras él lo hacía y me sentí querida, muy querida. Sin duda tenía razón y mis piernas apenas reaccionaban cuando se acomodaron en la bañera mientras que él pasaba el jabón por cada poro de mi piel.

Quién viera al heredo de la familia Grimaldi cuidándome como lo estaba haciendo… Un hombre grande, fuerte y lleno de tatuajes y cicatrices, ayudándome a limpiarme.

—*Non c'è donna più bella di te, Olivia.*

Juraría que me acababa de llamar bella, pero estaba tan relajada con sus manos pasando por mi cuerpo, que no lo escuché bien.

Cuando acabó, me ayudó a secarme y me puse un diminuto pijama que él había decidido tomar, con el que se me veía parte de mi vientre y unos pantalones diminutos de pijama, que me hizo preguntarme si es que quería disfrutar de las vistas a pesar del frío que hacía. Aunque en su piso se estaba bastante calentito. Me colocó una bata de seda verde, como el color de mis ojos y luego me cambió con cuidado la venda de la pierna, donde estaba la herida.

Fuimos de la mano hacia su dormitorio tras secarme el cabello… Bueno, nuestro dormitorio. Y ahí me quedé de pie, observando cómo

se quitaba la ropa para colocarse su pantalón de pijama, con las vistas de la ventana y las luces de la ciudad de fondo. Sonreí, detallando cómo empezaba a quitarse su camiseta de invierno, luego sus pantalones y hasta sus calzoncillos, disfrutando y mucho de lo que estaba viendo. Él parecía no avergonzarse para nada de su desnudez y hasta me hizo pensar que lo había hecho para igualar el marcador tras haberme quitado él la ropa en el baño.

Y sí, disfruté de las vistas mejor que nunca.

Luego se colocó un pantalón de pijama largo y me observó cara a cara.

—*Tu es parfait, cafard.*

Él sonrió por ello.

—No sé qué me has dicho, pero me ha gustado cómo suena en tu boca.

—He dicho que eres perfecto, cucaracha.

Él sonrió y negó con la cabeza, divertido.

—Estás muy equivocada. Esto es solo la portada de un libro mal escrito, lleno de errores y cosas turbias. —Su voz y su rostro, totalmente triste, me hicieron ver los sentimientos que empezaban a surgir en él y que había escondido por meses, incluso por años.

Y ahora me estaba demostrando a mí sus inseguridades, por lo que quise abrazarlo para no soltarlo nunca.

Sin moverme debido a la herida, lo tomé de la mano y lo acaricié con amor.

—El que está equivocado aquí eres tú.

Pero Zev negó.

—Olivia… Hice cosas horrendas cuando desapareciste… —murmuró con una voz pastosa. Podía ver el miedo en su mirada y entendía a qué se refería—. Cosas que si te las dijera, no me mirarías a la cara.

Ver su rostro alicaído me hizo entenderlo mucho más. Odiaba verlo tan vulnerable y jamás creí que me mostraría esa faceta suya, pero desde que me encontró allí, tirada en aquel pasillo del casino, estaba viendo a un Zev más vulnerable, más humano… Más real.

Este era el Zev al que quería conocer. El verdadero Zev.

Y ahí fue cuando entendí lo que ocurrió aquella tarde en el rancho. La mirada de Zev, lo que creí que era real, lo camuflaba totalmente. Pero ahora que lo recordaba, podía ver en sus ojos ese miedo que tuvo aquella tarde, el miedo a que yo saliera con un hombre que cometía delitos, irregularidades… Cosas difíciles.

—¿Por eso me dijiste que solo me querías para pasar el rato aquella tarde en el rancho? ¿Porque te consideras un monstruo que no merece estar conmigo?

Zev no me contestó en ese momento.

Tan solo se acercó a mí, con una mirada llena de dolor y pude ver detrás de esa coraza al pequeño Zev triste que se escondía en su interior. Tan solo me miraba sin saber qué decir, como si hubiese descubierto su secreto, ese secreto que había estado escondiendo desde hacía mucho.

Colocando mis manos sobre sus mejillas, lo acaricié con dulzura mientras que él tan solo me miraba como si un día fuese a abandonarlo por lo que era. Lo que no sabía era que sabía perfectamente quién era, con sus defectos y virtudes y que no me asustaba en absoluto.

—Es que es cierto… Soy un maldito monstruo y tú jodido un ángel —respondió, con la voz temblorosa.

Casi me reí por ello.

—No soy un ángel, Zev.

—Lo eres ante mis ojos —rebatió, con firmeza.

Negué y me acerqué a él, resuelta.

—Dime todo lo que ocurrió y déjame a mí tomar una decisión. Tú la llevas tomando por mí todos estos meses, dejándome de lado cada vez que íbamos a más en nuestra relación falsa y mira cómo acabamos —recalqué, tomando su mano entre las mías.

—De falsa ya no tiene ni la palabra, Olivia. Esta relación se convirtió en real hace tiempo —soltó, con las manos sobre mis caderas y muy molesto por las palabras que había empleado.

Sonreí por ello mientras que nuestros anillos de boda brillaban en la oscuridad.

—Tienes razón. —Al mirarlo, tan solo quería saber qué era lo que le ocurría—. Habla conmigo… Odio verte atormentado.

Pero él negó rápidamente.

—No quiero que tu opinión sobre mí cambie. —Levantó su mano para posarla sobre mi mejilla y sus dedos me hicieron cosquillas que adoré—. Tan solo quiero disfrutar de que hayas vuelto.

—Tengamos esta conversación, Zev —supliqué.

Respiró con fuerza y sacó todo el aire de sus pulmones, temblando con miedo de cómo reaccionaría.

Tan solo quería estar a mi lado, disfrutar de ese momento conmigo.

Pero debíamos tener esta conversación. No soportaba que hubiera más secretos entre nosotros.

—Cuando descubrí quién te llevó aquel día en la universidad y descubrí su paradero, fui a buscarlo… Era mi propio asesor. —Me quedé de piedra al escucharlo—. No me contó apenas nada que pudiera serme útil y para colmo se burló de lo que te había pasado, así que tomé una decisión que lo hizo desaparecer…

Sabía a qué se refería, pero tan solo lo dejé hablar, dándole el tiempo que necesitase.

—Fui a buscar a Alonzo y estoy seguro de que he destrozado mucho más la asquerosa alianza… Estaba tan desesperado que hubiese hecho cualquier cosa por ti para encontrarte y no me arrepentiría. Pero no soy digno de ti, Olivia… Quiero serlo, pero ahora mismo… —Volvió a romperse, manteniendo los ojos cerrados para concluir. —Estoy roto, tengo las manos manchadas de sangre y soy cruel.

Negué rápidamente mientras que él parecía aferrarse a mí.

Lo tomé desprevenido, a un asustadizo Zev.

—Tu padre te metió en esta vida sin tú quererlo —susurré con contundencia mientras que él abría nuevamente los ojos—. Pero puedes salir de ella, si te arrepientes de verdad puedes cambiar de vida.

—No quiero esta vida… Quiero una vida en la que ambos estemos en ese rancho y nos olvidemos del resto de la civilización —murmuró, sacando al Zev que se escondía tras toda esa armadura.

Lo acaricié y le susurré:

—Te amo.

Aquello le impactó, pues era evidente que no se esperaba que le dijese esas palabras y el resto fue historia.

Me besó con desesperación, como si escuchar aquello hubiese marcado un antes y un después en él, estampó sus labios sobre los míos, buscando mi lengua y me dejó totalmente seca y llena de necesidad. Pero no era desespero por llegar a la cama y hacer cosas inapropiadas, sino más bien anhelo después de haber estado tanto tiempo sin vernos, del miedo que pasamos, del miedo de creer que no nos volveríamos a ver.

Él me abrió la bata, dejando al descubierto mi diminuto pijama y empezó a dejar besos sobre mi piel, bajando un poco la pequeña camiseta blanca hasta que mi un pezón sobresalió y empezó a besarlo con vehemencia. Siguió bajando, llegando a mi estómago, dejando delicados besos, succionando; tomándose su tiempo y pude notar su desesperación por demostrarme lo que sentía por mí. Al llegar a la cicatriz que tenía de Portugal, se tomó su tiempo mientras me hacía gemir por sus lametazos. Sentí cómo sus manos recorrían mi cuerpo, cómo se apretaban a mí y me hacía acercarme más a él.

Bajó un poco mis pantalones de pijama, dejando al descubierto un poco mi sexo, donde Zev dejó un gran beso en el centro, cerca de mi desnudez, succionando y haciéndome gemir por ello. Lo volvió a colocar y empezó a bajar, arrodillado ante mí como si fuese su reina. Subió mis pantalones, para dejar más carne para besar, hasta que llegó a la herida de bala, cubierta por una venda.

La besó por encima, con dulzura y luego escondió su cabeza en mi vientre, sin alejarse de mí en ningún momento. Lo abracé mientras él estaba así y luego lo ayudé a levantarse.

—Creo que va siendo hora de dormir, Zev.

Mirándome desde abajo, se volvió a levantar y tomó mi rostro entre sus manos.

—A pesar de todo lo que he hecho… ¿Sigues queriendo una relación real?

Con mi propia nariz, acaricié la suya para murmurar la respuesta, que estaba más que clara.

—Sí.

Él sonrió, a pesar de que estaba totalmente angustiado. Me tomó entre sus brazos y me llevó a la cama. Me acostó, colocándome la manta y luego se abrazó a mi cuerpo, colocando su cabeza sobre mi cuello, con cuidado de no hacerme daño y colocando mi pierna para que estuviese más cómoda.

Sonreí al sentirlo así de cerca y lo acaricié mientras que él parecía disfrutar de mis mimos.

Y sin decirnos nada, nos quedamos ahí despiertos durante una hora, disfrutando de ese momento juntos.

—No eres un monstruo, Zev —dije un rato después, demostrándole que lo quería y que no me importaba lo demás; solo él.

Por toda respuesta, él sonrió, feliz como un niño en una mañana de Navidad.

—Si me das tiempo, te prometo que conocerás al verdadero Zev. Al Zev que te mereces —me prometió y yo lo creí.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

Y él se abrazó más fuerte a mí, como si no quisiera dejarme ir jamás.

NUEVE | QUEMANDO EL PASADO

«Iba a protegerla, fuera como fuese. Y si con ello tenía que romper alianzas, lo haría con gusto» —Zev Grimaldi.

ZEV GRIMALDI

Había pasado un mes desde que salimos de aquel hospital para poder cuidar a mi mujer en nuestro apartamento.

Un maldito mes viendo las secuelas que le habían quedado a mi esposa por culpa de aquel psicópata. Pero lucharía porque volviese a ser la misma Olivia que era cuando me conoció. Si bien ya estaba mejor, incluso había empezado a ir a la universidad desde hacía poco, no paraba de mirar hacia atrás, estaba alerta todo el día y era incapaz de salir a otro lado que no fuese nuestro hogar o la universidad.

Ahora me encontraba en la mansión Grimaldi. Había estado revolviendo en el cajón que Giulio guardaba bajo llave. Lo que no sabía es que había hecho una copia cuando él apenas era consciente.

Estaba enfadado con él.

Como siempre decía, Giulio no podía defraudarme más, porque ya lo había conseguido todo desde hacía años. Pero ahora era mucho peor, porque pese a que sabía que Angela estaría protegida, a salvo y mucho mejor acompañada en el apartamento de Chicago junto con Olivia y conmigo, él se empeñaba en decir que estaba mejor en esa maldita mansión.

Menos mal que Olivia quería que Rocky pasara más tiempo en la mansión con Angela para evitar que se sintiese sola, para que así

estuviese acompañada gracias a su perro. Pero, aun así, no era lo mismo. No obstante, ese no era el único motivo de mi enfado, sino la hipocresía de Giulio, quien hacía poco decía que debíamos actuar como un matrimonio real, que quería que tuviésemos más cercanía y ahora, en cambio, se empeñaba en decir que nuestra relación acabaría en mayo, porque él lo decía. Que ni siquiera Olivia era de la familia, cuando más de la familia ya no podía ser.

Había algo que no me encajaba y conocía a Giulio. Era un gran actor disfrazado con su impecable sonrisa y sabía, ahora viendo el cambio de rumbo de todo, que su objetivo era que nos juntásemos para luego separarnos. ¿Con qué objetivo? No lo sabía, pero iba a proteger a mi esposa a toda costa. Estaba apoyado frente a la chimenea del enorme salón de la mansión, en uno de los innumerables cuartos que había en ese lugar, mientras observaba el informe tan repugnante que el detective privado de Giulio había hecho de mi esposa. La mañana estaba bastante avanzada y en la mansión solo nos encontrábamos yo, Giulio, que andaba por algún lugar y sus guardaespaldas.

Fue entonces cuando escuché sus pasos caminando hacia mí.

—¿No tienes una esposa a la que proteger? —espetó, con brusquedad. Ni siquiera lo miré, pero por el rabillo del ojo vi cómo se colocaba frente a la ventana con sus manos tras la espalda, observándome.

Sin dejar de mirar el informe de mi esposa, sentí el calor de la chimenea mientras que Giulio no dejaba de taladrarme con la mirada.

—¿Esta es la única copia que tienes del informe de Olivia? —cuestioné.

Aunque sabía la respuesta, quería analizar el tono de voz que ponía mi padre.

Si bien Giulio era un hombre con muchas caras, uno de sus mayores errores era no hacer copias de cosas importantes, como los informes de otras personas para saber a qué se atenía a la hora de chantajearlas. Observando cada asqueroso folio, cada fotografía sacada sin que mi esposa lo advirtiera, miré a mi padre con la ceja elevada.

—¿Por qué? —preguntó muy lentamente, como si no le gustase por dónde iba.

Sonreí chulescamente a la vez que contemplaba cómo las llamas de la chimenea seguían moviéndose tranquilamente.

—No sé por qué te empeñas en hacer solo una copia… Es el fallo más grande que tienes —respondí, clavando mis ojos sobre los suyos. —Ese detective que conseguiste, ¿dónde está?

También sabía la respuesta, pero quería saber según su expresión si sabía de qué iba todo. Si estaba al tanto de todo lo que yo ya sabía.

—No lo sé, hace meses que no hablo con él.

Y me lo creí. Cuando me mentía solía mostrar cierta sonrisa falsa que no me gustaba en lo absoluto.

Yo, en cambio, sabía dónde estaba; descansando en una lápida después de tener un accidente de tráfico por ir tras una prueba. De eso hacía ya dos meses.

Agitando el informe tan asqueroso sobre mi esposa, comenté:

—Odio estos informes. Conocer el pasado de una persona, cuando es algo privado.

—¿Estás así porque le dije a Olivia que acabaría vuestra relación en mayo?

Mi sonrisa se hizo más pronunciada.

Lo único que estaba consiguiendo mi padre era echarle más leña al fuego que crecía en mí interior. Y lo último que quería era que le hiciera daño a Olivia.

Hace unos meses podría jurar que las únicas personas que me importaban eran dos; mi hermana y mi madre, aunque esta última ya no estuviese con nosotros. Pero desde ese entonces, Olivia se coló en mi vida y sabía que no volvería a salir nunca. Se había convertido en la tercera persona más importante en mi vida. Y todo lo malo que le ocurriese a ella, me lo harían a mí.

Por eso fui tajante.

—Nuestra relación no se va a acabar.

Escuché una risa amarga de Giulio Grimaldi mientras caminaba tranquilamente por el salón tan asquerosamente vistoso que tenía. Le encantaba derrochar su dinero en cosas materiales, como me había acostumbrado a hacer yo.

—Vaya… ¿Ahora es real? —ironizó.

—Sí, aunque te fastidie. Olivia y yo no nos vamos a divorciar porque tú lo digas —concluí.

Me quedé callado unos largos, muy largos segundos con el informe en la mano mientras no paraba de pensar en el día en que él me enseñó aquel nefasto informe que serviría de amenaza en caso de que Olivia no cooperara; que decidiera irse a la policía o negarse a aceptar aquel "trabajo".

Yo me había opuesto, sabiendo todo aquello. Pero Giulio quiso disfrazarlo y aprovechó que ella estaba pasando un mal momento con su casero para poder jugar con ella. Se aprovechó de una mujer

de veintitrés años simplemente para hacer sus negocios, de ahí que Giulio y yo no tuviésemos nunca una buena relación.

Odié todo lo que leí ahí y no quería que nadie supiera lo que ocurrió aquella noche en Portugal. En las manos de Giulio esa información acerca de su pasado no iba a estar a salvo.

—¿Sigues teniendo negocios con la asesina de Ginevra? —inquirió con desprecio Giulio.

No vacilé en contestar.

—Sí.

Y era cierto.

Si bien aún las cosas estaban tensas, le debía una muy grande a Ginevra y cada día que trabajaba con ella tenía más claro que no había sido capaz de hacerle aquello a mi madre.

—¿Eres idiota? Primero, es la causante de la muerte de Sally y luego su hijo secuestra a Olivia… ¿Qué cojones te pasa?

—Ella no fue la causante de la muerte de Sally —rebatí al instante.

—¿Y tú qué sabes?

Apoyado en la chimenea, informe en mano, contesté:

—Porque cada día pienso que fue otra persona cercana a mi madre y estoy muy seguro de que Ginevra no fue. Y en cuanto a Mattia… —Me quedé en silencio durante unos segundos para concluir: — Todos tenemos una oveja negra en la familia. No por ello te hace ser mala persona tener un hijo que es un psicópata.

Observé a Giulio con desafío y tiré el informe a la chimenea, haciendo que se quemase con rapidez mientras este gritaba.

—¡¿Estás loco?! ¡Es una maldita prueba en caso de que esa mujer nos delate!

Negué tranquilamente mientras las hojas de aquel informe se quemaban, haciendo desaparecer así cualquier prueba en contra de mi esposa.

—No lo hará.

Caminé con las manos en los bolsillos por el salón mientras Giulio trataba de recuperarlo, pero no lo consiguió.

—Olivia y yo somos un equipo. Y cuando ella se recupere, vamos a ser mucho más fuertes juntos que separados. —Él me observó visiblemente furioso y luego di el golpe de gracia. —Y lograremos encontrar al asesino de mi madre. Con Olivia sé que lo conseguiré.

Me marché, subiéndome al Ferrari mientras me alejaba de aquella asquerosa mansión, donde lo único que me quedaba era Angela, a quien deseaba llevarme de allí para que pudiese ser feliz con Olivia y conmigo.

***

OLIVIA GRIMALDI

Estaba en clase de dibujo, pintando al modelo que había frente a mí. Trazaba las líneas mientras que notaba la mirada de Luna fija en mí, con evidente preocupación. Me sentía en alerta todo el maldito día, pero al menos el dibujo me ayudaba y mucho a centrarme en lo que debía hacer.

No paraba de pensar en dónde podría estar la traidora de Hayley, pues me dolió que ella me hiciera aquello, después de haber tenido una amistad por años. Ahora se iba a casar con el psicópata de Mattia. No entendía por qué me había hecho aquello.

¿Por dinero? ¿Porque quería a Mattia? ¿Porque le estorbaba? ¿O había algo más?

Solo supe que no la había vuelto a ver. Escuché por los pasillos de la universidad que había dejado los estudios y había desaparecido a otra ciudad. Creí escuchar que a Los Ángeles, pero no estaba segura de los chismes universitarios de pasillo. Tampoco podía fiarme de cualquier cosa que escuchaba porque había muchas teorías y a cada cual más disparatada que la anterior. Estaba enfadada con ella por lo que me había hecho y quería entender si había habido algún tipo de amenaza… Pero de igual manera seguía siendo una traición.

—¿Estás bien? —La profesora me preguntó, al percatarse de lo abstraída que estaba.

Ella era de las pocas que sabía lo que me había ocurrido y asentí, agradecida por su comprensión. Pero estaba en plena alerta siempre. Lo sentía normal, pero había pasado un maldito mes y seguía exactamente igual que al principio.

Quería volver a salir como antes, ir con Zev a cualquier lugar y sentirme más libre. Pero era muy pronto todavía.

Cuando la clase acabó, Luna se acercó a mí.

—¿Quieres ir a casa?

Negué rápidamente ante su pregunta, notando que se preocupaba y estaba más pendiente de mí que nunca, después de lo sucedido.

Nuestra relación seguía siendo la de clienta y guardaespaldas, pero sentía que había un poco más de cercanía y que Luna no era tan fría conmigo como anteriormente. Era algo que se agradecía, al fin y al cabo.

—No, quiero acabar el día y adaptarme nuevamente a mi vida… No pienso dejar que mi mente me consuma, no soportaría estar

encerrada nuevamente en un sitio.

Luna asintió, comprensiva.

—Poco a poco, Olivia. Tienes que aprender a caminar antes de correr.

Sonreí, pese a no estar muy contenta conmigo misma.

Quería volver a ser la de antes, cuanto antes. Pero era cierto que no podía adaptarme a todo tan rápido. Sabía que volvería a ser la de antes, pero todo a su tiempo. Al menos ya volvía a salir de casa, aunque solo fuese para ir a la universidad y acabar mis estudios de último año.

Se me hacían raros todos los cambios, incluyendo el hecho de estar sin Hayley en el campus. Y, aunque la muy estúpida me había traicionado, echaba de menos nuestra amistad. Negué, tratando de quitarme aquella idea de la cabeza mientras Luna seguía mirándome.

—¿Sabéis algo de Hayley?

Ella negó.

—Negativo. Ian nos está ayudando a buscarla con sus métodos policiales, pero es difícil si está lejos de Chicago.

No hice ningún gesto, tan solo miraba a mi guardaespaldas mientras sujetaba mi carpeta.

—Era mi única amiga, Luna… Y que fuera precisamente ella quien me traicionara me ha dolido mucho más que estar encerrada en un maldito agujero por una semana entera.

—Esa no era una amiga —soltó Luna, con tono contundente.

Empezamos a caminar por el campus hacia mi siguiente clase, cuando noté una presencia que me observaba. Al girarme, un hombre empezó a caminar de espaldas hacia otro sitio, pero juraría que me sonaba de algo.

Tenía una altura parecida a la mía y llevaba una capucha puesta, así que no podía averiguar si se trataba de alguien a quien conocía, pero por la forma de caminar era indudablemente un hombre.

Observé cada uno de sus movimientos con el ceño fruncido, hasta que se giró y lo perdí de vista. Me quedé un largo rato mirando, hasta que la voz de Luna me trajo de vuelta a la realidad.

—¿Olivia?

—Sí… Vamos a la siguiente clase.

***

Sentada frente a mi caballete, el cual Zev se empeñó en poner frente a una de las ventanas cerca de su escritorio para disfrutar de las vistas mientras pintaba, no paraba de pensar en Angela y en que Rocky, a mi lado aquella noche, también la echaba de menos.

La extrañaba mucho y quería que todo volviese a ser como antes. Pero Zev me dijo que no me preocupase, que un día viviríamos los cuatro juntos como una familia.

Por eso, siempre Rocky se quedaba con Angela y había noches en que dejaba que se quedase con ella, para que no se sintiese tan sola. No obstante, tampoco quería esto para ninguno de ellos. Ojalá pudiese quedarse con nosotros aunque fuera los fines de semana. Pero Giulio no quería y no entendía los motivos.

—¿Crees que volveré a ser la Olivia de antes? —le pregunté a Zev, que estaba en su escritorio.

Soné más preocupada de lo que quería.

Zev apareció a mis espaldas y me abrazó mientras se fijaba en el cuadro que estaba pintando; un perro de la misma raza que él me había descrito y que se le había muerto hacía un tiempo.

—Volverás a ser la de antes e incluso mucho más dura y enérgica que nunca.

Sonreí por ello, mientras notaba cómo Zev seguía tocándome de aquella manera y deseaba ir a más, ya que había estado más de un maldito mes sin hacerlo con él. Y es que Zev quería ser cuidadoso conmigo desde que volví y ni un maldito orgasmo me había dado.

El timbre sonó, lo cual me pareció extraño a aquella hora de la noche, ya que no esperábamos a nadie. Al mirar a Zev, este tomó su arma y me hizo una seña para que me escondiese en el cuarto, pero me negué y no hice ningún movimiento, aunque en el fondo estaba aterrada.

Zev, bastante enfadado, negó mientras se dirigía hacia la puerta y, cuando la abrió, no escuché a nadie. No veía nada desde donde estaba y no me quedó más remedio que esperar.

Al poco él entró, cerrando la puerta y con una caja algo pesada en su mano.

—¿Quién era? —Me apresuré a preguntar.

—No había nadie en la puerta. Solo esta caja. Pone… Olivia… —Me observó con extrañeza—. ¿Esperabas algo?

Negué rápidamente mientras miraba la caja de color negro.

—No. Además, no creo que el cartero llegue a esta hora de la noche.

Zev arrugaba su frente sin dejarme la caja y me levanté, para dejar el pincel en el vaso de agua y acercarme a él.

—Puede ser algo peligroso, Olivia. No lo abras.

Fruncí el ceño y cuando vi la letra de aquella caja que ponía: «Para mi querida Olivia» supe que no era nada peligroso.

Se lo quité de las manos y caminé hacia el sofá, ante las quejas de mi marido, que no paraba de advertirme que podía ser peligroso. Pero no le dije absolutamente nada. Tan solo abrí la caja y lo que vi allí dentro me dejó completamente en shock en cuanto vi de quién se trataba. No sabía cómo era posible, teniendo en cuenta que había fallecido hacía muchos años. Me tapé la boca al mirarlo, al ver el trébol de tres hojas algo viejo, pero bien conservado en un plástico y supe perfectamente su significado. Quise llorar, estaba sensible, pero si lloraba no podría ver bien lo que había en el interior de aquella caja.

—¿Seguro que no has visto quién fue? —pregunté, con las manos temblorosas.

Debía de ser suyo pero, ¿quién lo había dejado fuera de la puerta? ¿Quién sabía que estaba con Zev en ese edificio de Chicago?

—Seguro… ¿De quién es, Olivia? —inquirió, preocupado.

No le respondí en ese momento. Estaba tan sorprendida tras haber visto de quién se trataba que apenas era capaz de pronunciar palabra alguna. Tomé la carta doblada y la abrí. Se notaba que estaba un poco vieja y al leer lo que ponía, casi pude escuchar su voz.

Mi querida y hermosa Olivia:

Si estás leyendo esto es porque estás pasando una muy mala época. Porque estás en un punto en que no sabes quién eres, donde todos

quieren hacerte daño y no sabes si volverás a ser la misma Olivia de antes.

Soy consciente de que hice que tuvieses un gran entrenamiento, que no pude ser ese padre que ojalá hubieses tenido y que no fui totalmente sincero contigo, a pesar de que tu madre me decía que debía serlo debido a los peligros que acechaban.

Ahora no lo comprenderás, pero pronto, un día, entenderás todo lo que hice. Que lo hice por tu bien y que todo esto es tan solo el inicio de todo. Te oculté cosas muy importantes de mi vida, de mi pasado, el motivo por el cual entrenabas. Pero no estás ni estarás sola nunca.

No puedo contártelo todo en una carta. Es peligroso hasta para las personas que te acompañarán en este camino. Y tú te preguntarás: ¿cómo sabes eso? Lo tuve todo planeado, sabía que serías una mujer hermosa, llena de vida y que todos se fijarían en ti. Hasta familias peligrosas. Tan solo mantuve conversaciones con una sola familia para que te mantuviese a salvo de ser necesario. Y así ocurrió si estás leyendo esto. No puedo dar nombres, pero lo sabrás cuando llegue el momento.

Porque a dicha familia le dije que, si necesitaban salvarte, esta caja llegaría a tus manos. Y ahora, cariño, ahora es el momento de empezar este camino de la verdad.

No eres quien crees que has sido. Pero en esta carta decirlo todo es peligroso.

Tan solo te puedo dar pistas hasta que consigas juntar todas las piezas del puzzle. De ahí que tengas esta tarjeta que viene en el fondo de la caja, donde está la dirección de un sitio al que tienes que ir.

Tan solo busca el rojo y hallarás la respuesta a la siguiente pista.

Omnia vincit amor.

Te quiere,

Marcelo Berruti (ND).

«El amor todo lo puede», la frase que siempre decía en latín y que era nuestra. ¿ND?

¿Qué significaba eso? ¿Era algo como una contraseña? Con miles de preguntas y sosteniendo la carta del puño y letra de mi padre miré a Zev, este seguía dudoso sin saber de qué se trataba y cuando tomé la tarjeta, vi el nombre de lo que parecía una discoteca de Miami y no paré de pensar que tenía que buscar el rojo…

¿El rojo?

Miré la tarjeta con detenimiento y leí lo que ponía.

¿Miami? ¿La pista para saber quién era yo estaba en Miami?

Negué al mirar a Zev, que estaba tan desconcertado como yo y le respondí, con apenas un hilo de voz:

—Esta caja me la envía mi padre.

DIEZ | RITMO

«Iba a hacer lo imposible para descubrir quién era realmente. Todos me ocultaban algo, pero todos parecían saber quién era… Y no sabía si me gustaría descubrirlo» —Olivia Grimaldi.

OLIVIA GRIMALDI

Sola en la ducha, dejé que el agua me atravesara por todos lados, sin poder dejar de pensar en la carta de mi padre, en las discusiones que tuve con Zev para poder ir a Miami y en las pesadillas que había tenido cuando estaba encerrada en aquel maldito lugar.

Sabía que lo mejor para mí, para poder pasar página y continuar con mi vida, era ir a Miami, hacer equipo con Zev y así saber qué secretos tenía mi padre… ¿Por qué se había tomado tantas molestias en hacer lo imposible para que no supiera quién era yo? ¿Por qué siempre prefería mantenerme oculta? ¿Por qué me había llegado ahora esa caja y no antes, o después?

¿Por qué ahora?

Pensativa, cerré los ojos mientras el sonido del agua me relajaba bastante. Pasé mis manos por mi cuerpo desnudo, terminando de quitarme el jabón que todavía se esmeraba por quedarse en mi piel.

Hasta que sentí unas manos grandes sobre mi vientre, estremeciéndome mientras el agua seguía cayendo.

Cuando intenté girarme, él no me dejó. Pero, por la forma de tocarme y los músculos de su torso desnudo pegados a mi espalda… Supe quién era perfectamente.

Sonreí cuando sus labios se pegaron sobre mi oído.

—No sabes la de tiempo que llevo deseando follarte, Olivia… —murmuró él.

Mientras, una de sus manos ascendió hasta mi pecho izquierdo, acariciándolo al tiempo en que su boca bajaba hasta mi cuello, succionándolo a la vez que me hacía gemir. Pero, no contento con ello, mientras el agua nos mojaba por completo, bajó su mano libre hasta mi intimidad, luego con la ayuda de sus piernas me separó las mías y, teniendo más accesibilidad, colocó sus dos dedos en mi sexo, empezando a dar pequeños círculos mientras que a mí ya me perdía.

Grité al notar que llegaba justo a ese lugar tan delicado para luego seguir torturándome de aquella manera.

—Me has dejado casi dos malditos meses sin sexo, ¿y ahora me torturas de esta manera, Grimaldi? —cuestioné, cada vez más excitada por cómo me hacía sentir aquel idiota.

—En el amor todo vale.

Lo observé como pude, ya que él me tenía bien sujeta y respondí:

—Pues fóllame ya, Grimaldi.

Él pegó mi cuerpo frente a la mampara, que empezaba a empañarse por el agua y noté cómo mis pechos se pegaban en ese sitio mientras que las manos de Zev se posaban sobre mis caderas, echando hacia atrás mis caderas para notar su dureza pegada a mi piel.

Suspiré, hasta que de una él entró, embistiéndome. Gemí al notarlo dentro de mí, hasta que Zev empezó a dar grandes embestidas dentro y fuera, haciendo que la mampara empezara a moverse por la rapidez con que se introducía en mí. Su mano se colocó sobre mi cabello mojado, enredándolo para luego echarme hacia atrás la cabeza y empezar a moverse con más maestría.

—Zev…

—Shh… Hoy no quiero que hables. Quiero escuchar cómo chocan nuestros cuerpos —respondió Zev con un tono distinto, más vulnerable, mientras continuaba con su labor, moviendo sus caderas y embistiéndome a una velocidad de vértigo.

Estas eran las ganas que nos teníamos desde hacía tiempo. Más de las que me imaginaba y quise más, mucho más de ese estúpido que era mi marido.

Y era cierto. El sonido de nuestros cuerpos chocándose era increíble, mezclado con el agua de la ducha que resonaba mucho más en el eco del interior de aquella maravillosa mampara. Mientras mis pechos estaban aplastados, lo cual proporcionaría unas vistas maravillosas si alguien estuviese fuera, Zev continuó mientras que yo ya estaba más que perdida en el limbo del placer.

Apenas estaba aguantando más que otras veces. Quizás por todo ese tiempo que había pasado sin sexo, por las ganas que nos teníamos, por el tiempo que habíamos estado separados… en tres embestidas más, llegué al clímax, gritando como nunca en aquel cuarto de baño, mi voz salió amortiguada por aquella maravillosa mampara mientras que Zev necesitó más tiempo hasta que acabó por completo.

Sin apenas poder moverme, escuché el agua de la ducha apagarse y la mampara abriéndose. Zev me tomó el cuerpo, levantándome completamente desnuda mientras salíamos de allí.

Me acurruqué en el cuello de mi impecable marido, el cual se notaba que estaba recién follado y se secó los pies con la alfombra. Pero nuestros cuerpos seguían empapados y, sin entender el motivo, él nos llevó fuera de su baño, cruzando el pasillo de su apartamento, para luego llegar al cuarto que compartíamos.

Acostándome con delicadeza en la cama y cerrando luego la puerta, encendió una pequeña lámpara que compartíamos para luego colocarse sobre mí. Admiré su perfecto cuerpo lleno de tatuajes. Apoyado en sus codos, empezamos a empapar la cama de agua mientras que las gotas sueltas del cabello de Zev me mojaban el rostro.

—¿Ya estás cansado, Zev? —Lo provoqué, con cierta sonrisa irónica.

—Cariño, estás muy equivocada si piensas que he acabado contigo —contestó sarcástico, posando sus labios sobre los míos y dejándome completamente seca por el maldito beso que este hombre me estaba dando.

Empezó a succionar mis pezones hasta que llegó a mi ombligo, lamiéndolo con su lengua y disfrutando de ese tour que solo él sabía darme. Me estaba torturando nuevamente, aunque no me quejaba en lo absoluto. En aquel cuarto, sobre aquella cama en la noche de Chicago, ambos volvíamos a hacerlo después de tanto tiempo sin llegar a más.

Entonces, desesperada por otro momento con Zev, lo empujé sobre la cama, me senté sobre él y, haciéndole lo mismo que él me estaba haciendo en el cuarto de baño, me apoderé de su miembro para empezar a frotarlo con mi mano ante la atenta mirada de mi marido, quien empezó a perder el control, volviéndose sumiso en ese momento frente a mí.

Hasta que me suplicó.

—Por favor…

Elevando la ceja, le pregunté dulcemente:

—Por favor, ¿qué?

Zev posó sus manos sobre mis caderas y suplicó:

—No me hagas agonizar más.

Sonriendo por mi triunfo, coloqué su intimidad frente a mi entrada y empecé a bajar, sintiéndome llena por ese hombre que gimió ante mi descaro. Mientras colocaba mis manos sobre el cabecero de la cama, Zev, acostado en la cama y dominado por mí, observó cada movimiento que hacía, mientras que él tan solo me miraba con los ojos bien expresivos, sus labios entreabiertos y sus dedos clavándose en mi piel.

Y, maldita sea, cómo lo disfruté. En aquella cama, haciendo todo el ruido que fuese necesario en la intimidad y solos en nuestro apartamento, nuestros gemidos fueron amortiguados en aquel cuarto mientras el frío invierno de Chicago calaba fuera de esas paredes. Cosa que dentro no ocurría, pues ambos estábamos empapados en sudor debido a la intensa actividad física. Cuando llegamos al final, me desplomé sobre él, empapada del agua de la ducha y de sudor, para apoyar mi cabeza sobre su duro pecho. Las manos de Zev se colocaron en mi espalda, acariciándome con dulzura, hasta que le escuché decir:

—Feliz cumpleaños, ricitos.

Arrugando la frente sin saber qué hora era, levanté mi cabeza hacia el reloj.

—Todavía quedan tres minutos para la medianoche —contesté. Él me tomó del rostro para asegurarse de que lo miraba y lo escuchaba, y me recalcó:

—Feliz cumpleaños, Liv… Quiero ser el primero en felicitarte este año y todos los que vengan.

Sus ojos oscuros mostraban cierto interés en mí, acariciándome el cabello con cariño mientras que yo tan solo lo miraba con felicidad.

Posando mis dedos sobre su cicatriz, lo que hizo que Zev cerrase los ojos, disfrutando de mi toque, me relamí los labios antes de hablar.

—No quiero que me regales nada. Sobre todo, nada de cosas que valgan muy caras… No me gusta lo caro… —le advertí, porque lo conocía.

—Vas a recibir un regalo por tus veinticuatro años, Liv —me indicó, haciendo caso omiso de lo que le había dicho.

—Zev…

Él rio ante mi tono.

—Créeme, para ti ese regalo tiene un valor incalculable —aclaró.

En medio de aquella conversación, el reloj marcó las doce, siendo oficialmente dos de febrero; el día en que cumplía años.

Hacía mucho tiempo que no lo celebraba. Y aunque estaba segura de que Zev iba a celebrarlo, yo no sabía si estaba preparada para ello. Tras la muerte de mis padres, todo cambió en mi vida y ya ni recordaba la última vez que había celebrado un cumpleaños.

—Solo te pido que no me hagas fiestas… Ya ni recuerdo la última vez que celebré este día —confesé, haciendo que Zev me observase, intrigado.

Sus manos no dejaban de acariciarme mientras que me observaba de aquella manera, sin ocultar lo que sentía por mí.

—No debería decírtelo, pero Angela ha preparado una fiesta con la ayuda de Ginevra. Lo hemos preparado en casa de Luna y sabes que a Angela no se le puede decir que no —contestó Zev.

Lo observé en silencio, sin decir nada.

Pensé en ello, en que no era un día muy feliz para mí después de estar tanto tiempo sola, sin la compañía de mi familia. Así que esto me resultaba doloroso, pero la sonrisa de Zev, unida a la manera en que hablaba de Angela y lo que me habían preparado, me hizo sonreír ligeramente. Necesitaba descubrir lo que mi padre me había escrito, lo que quizás era para mí algo importante y me ayudaría a averiguar quién era realmente y los misterios de la carta de mi padre.

Las manos de mi marido se posaron sobre mi rostro, acariciándome mientras no dejaba de admirarme desde su posición.

—Si quieres irte luego de la fiesta, lo entenderemos. Pero al menos intenta ir —sugirió.

Y, tras meditarlo un rato, asentí.

***

Al día siguiente, me encontraba frente al espejo del cuarto que compartíamos Zev y yo.

Extrañamente, estaba de buen humor. Quizás por las sesiones de sexo de anoche con Zev, quizás porque ya empezaba a tomar algo de confianza al salir o también porque empezaba a pensar que aquella fiesta de cumpleaños no iba a ser mala idea después de todo.

Fuese lo que fuera, estaba de buen humor.

Me había puesto algo bastante simple para una fiesta de cumpleaños, que era una falda con medias, un jersey y el cabello recogido. En ese momento, me estaba maquillando frente al espejo, tratando de no salirme mientras me pintaba los labios. Hasta que noté cierto movimiento a mi derecha.

Cuando giré la cabeza para mirarlo, me encontré con un Zev algo juguetón, apoyado en la pared con sus manos en los bolsillos y con aquella ropa tan irresistible que el muy idiota solía ponerse. Me observaba como si fuese lo único interesante que hubiese en su campo de visión aquella tarde.

Enarcando la ceja en silencio, volví a mirarme al espejo para acabar de pintarme los labios.

—Me encanta cuando tus labios se entreabren al maquillarte —susurró Zev, algo embobado al mirarme.

Traté de no sonreír para no salirme, pero era complicado cuando el heredero de una de las familias más temidas de Chicago te decía tal cosa.

Cuando acabé, guardé mi maquillaje y me giré, apoyando mi cadera sobre la mesa que había bajo el espejo y me encaré con él.

—¿Tengo que ensayar mi cara de sorpresa? No soy muy buena actriz que digamos —contesté, divertida.

Zev se apartó de la pared y, sin sacar las manos de sus bolsillos, empezó a caminar hacia mí. Sus manos salieron de su escondite y se posaron sobre mis caderas, haciéndome girar hacia ese hombre que tenía frente a mí, para mí sola. Su rostro estaba demasiado cerca del mío y todavía no lograba hacerme a la idea de todo lo que habíamos vivido desde el día en que nos conocimos en el despacho de su padre.

Grimaldi elevó mis caderas, pegándolas sobre su pelvis y haciéndome sentir ardiente en cuanto sentí cierta zona de su cuerpo con la que me gustaba jugar y mucho. Me mordí el labio delicadamente al bajar la mirada hacia sus labios y creo que a Zev no le gustaba que lo hiciera, porque colocó su mano bajo mi labio inferior y me los retiró de mis dientes.

—Si te muerdes el labio solo conseguirás que acabemos encerrados en este cuarto durante los próximos cuatro días.

Sonriente, lo provoqué.

—No me parece tan mala idea, cucaracha.

Feliz de escucharme llamarlo como lo hacía en la privacidad, acercó su rostro al mío para besarme, pero lo detuve.

Coloqué mis manos sobre su duro torso y le contesté:

—Si me besas de esa manera tan tuya, terminarás con los labios llenos de carmín y yo tendré que volver a maquillarme. Y no queremos eso, Grimaldi.

Divertido y chulesco, bajó su mano por mi falda hasta colarla dentro y subir levemente hasta llegar a mi ropa interior, pero sus juguetones dedos se colaron por esa zona íntima y empezó a hacer círculos mientras que yo trataba de no hacer ni un solo movimiento para que no viese que me excitaba por cualquier cosa.

—Pues este será mi beso, señora Grimaldi —decidió, mostrando aquella sonrisa juguetona. —Y no acabaré hasta no escucharte gemir.

No ayudó en lo absoluto que supiese mover sus dedos con maestría y que, encima, acabase tocándome esa zona tan sensible, lo cual me hizo soltar un leve gemido. Pero el muy idiota terminó y se separó bruscamente de mí.

Lo miré con cara de enfado.

—Vámonos o llegaremos tarde.

Cuando se giró, podía notar la diversión en su rostro y empezó a marcharse de nuestro cuarto mientras que yo lo miraba enfadada.

—Gilipollas.

Negando con la cabeza con cierta sonrisa, tomé mi bolso y caminamos juntos fuera del apartamento, bajando por el ascensor y llegando a la calle, donde nos esperaba el Ferrari, que estaba ya listo y aparcado frente al edificio.

Llevaba más de dos meses sin subir a ese estúpido coche incómodo, más porque Zev quería verme cómoda hasta que me recuperase del todo de las heridas que Mattia me había hecho, sobre todo de la herida de bala y ahora veía aquel coche rojo de nuevo. Tal vez le tuviera manía pero, en el fondo, hasta había echado de menos subirme en él y enfadarme con Zev por cualquier cosa que hiciera.

Zev me abrió la puerta del copiloto, se retiró para ayudarme a subir y juré que podía notar cierta sonrisa de chulería en su rostro.

—¿De nuevo con el diminuto coche, Grimaldi?

—*Ci sono usanze che non cambiano mai, riccioli.*

Elevé la ceja ante su respuesta y negué, pues ya empezaba a entender algo de italiano y sabía que me estaba diciendo que había costumbres que nunca cambiaban.

Me gustaba y mucho cuando me hablaba en su idioma, con ese acento tan marcado.

Cuando subí con la ayuda de Zev, supe que no había echado nada de menos subirme en esta porquería de coche, tan bajo que me tuve que sujetar la falda para que nadie viese lo que llevaba debajo. Aunque sabía que Zev tenía unas vistas espléndidas de mi trasero.

Emprendimos el camino y llegamos a uno de los distritos de Chicago algo más humildes, aunque mucho mejor cuidado que la zona donde yo había vivido durante años y nos bajamos, viendo que era el edificio donde vivía mi guardaespaldas, Luna.

Cuando subimos, Zev me estuvo advirtiendo de que no le dijera nada a Angela de que sabía lo de la fiesta y se lo prometí. Pero en cuanto me abrieron la puerta y salieron varias personas a las que conocía bien, realmente no tuve que fingir, porque todo me había dejado sorprendida. Tal vez se debiera a que llevaba años sin celebrar mi cumpleaños, tal vez porque ahora empezaba a ver que había gente que me importaba y que yo les importaba a ellos. Quizás era una mezcla de lo sensible que me encontraba todavía después de lo que me había pasado, pero ahí estaba yo, con una sonrisa, mientras Angela corría hacia mí.

—¡Felicidades, Oli! ¿Te gusta? —preguntó Angela, visiblemente emocionada, mientras que yo observaba el lugar con una enorme sonrisa por la fiesta que habían preparado.

—Me… Me encanta, Angela —aseguré, abrazándola con cariño.

Todos vinieron a abrazarme, hasta Ginevra, que se encontraba allí, pero el único al que no veía era a Giulio y hasta agradecí que no estuviese porque siempre había algo en él que no me gustaba y después de lo que sucedió tras mi regreso, mucho menos.

Estuvimos un buen rato allí, disfrutando de todo, tomando tarta y charlando. Hasta me lo pasé realmente genial, aunque en el fondo echaba y mucho de menos a mis padres. Aquel dos de febrero disfruté de mi cumpleaños como hacía tantos años que no lo celebraba con una familia que había elegido. Y ahora podía sentir que al fin tenía una, aunque no sabía lo que me depararía el futuro cuando llegase mayo, fecha en la que Giulio había prometido que firmaríamos el divorcio. No sabía si significaba que si me negaba me iba a chantajear para hacerlo, para alejarme o qué pretendía. Temía realmente lo que podría ser capaz de hacer, pero faltaban cuatro meses para ello y no quería pensar en eso en lo absoluto. No ahora.

—¿Quieres tomar aire? —me preguntó Zev, posando su mano sobre mi espalda y asentí.

Ambos subimos a la azotea, desde donde se veía una parte de la ciudad de Chicago, muy a lo lejos se distinguían los edificios enormes, uno de ellos era el de Zev. Estábamos en un distrito más alejado de la ciudad en sí, donde los edificios eran más bajos y había casas y algo más de tranquilidad.

Apoyada en ese lugar, en aquel frío de Chicago, Zev se colocó a mi lado y me preguntó:

—¿Pasa algo?

Negué de inmediato pero supe que no lo había convencido. Me conocía bien.

—Sé cuándo me mientes.

Lo observé durante unos segundos y luego murmuré:

—¿Qué pasará en mayo?

—¿A qué te refieres?

Suspiré nuevamente.

—Cuando acabe el contrato de nuestro falso matrimonio.

—Olivia… Ya hemos hablado de esto. Nuestro matrimonio no es falso.

—Cuando nos casamos sí lo era —respondí. —Aunque ya no lo sintiéramos, era falso… Y Giulio está muy extraño últimamente y no sé si cuando llegue mayo me chantajeará, hará algo para que firmemos el divorcio o qué…

Él negó rápidamente y pude percibir su enfado.

Me obligó a mirarlo a los ojos cuando sus dedos se posaron bajo mi barbilla.

—Por eso no te preocupes, lo tengo todo controlado —replicó.

Quise creerlo, realmente quise hacerlo porque conocía a mi marido. Y sabía que era capaz de todo para que estuviésemos a salvo. Lo sabía. Pero Giulio era un hombre extraño, muy misterioso, lleno de sombras y que se camuflaba bajo un antifaz de hombre simpático y lleno de falso cariño ante su familia.

Entonces, él metió su mano bajo su chaqueta y me entregó una cajita azul, que depositó entre mis manos.

—Por tu cumpleaños… Esto te pertenece.

—Te dije que no quería regalos… —empecé a decir, pero Zev enarcó las cejas y me interrumpió.

—No considero un regalo algo que ya te pertenecía, Liv.

Cuando abrí la caja, lo que descubrí dentro me dejó completamente patidifusa.

En su interior había un colgante que conocía a la perfección, bien colocado para poder tomarlo.

Consistía en una estrella de luna, con una piedra brillante en esta, que brillaba bajo la luz de la luna. Todo el collar era de color cobre y lo conocía muy bien porque era un collar muy parecido al que mi madre tenía siempre. Pero un día, años después de su muerte, cuando me lo quedé, lo perdí y nunca supe de él.

Lo miré, incrédula y apenas me salieron las palabras.

—¿Cómo…? ¿Cómo sabías que mi madre tenía uno igual a este?

Él negó.

—Ese colgante era el de tu madre, Liv… —puntualizó dejándome totalmente patidifusa—. El idiota del que fue tu casero te lo robó y yo… Bueno, digamos que lo recuperé educadamente.

Me tapé la boca con la mano y me giré, dándole la espalda para que él no me viese tan vulnerable.

Tener semejante collar tan significativo para mí, el colgante que mi padre le regaló a mi madre y que ella había llevado toda mi vida hasta que me lo entregó días antes de morir… Las lágrimas no tardaron mucho en salir y cuando giré aquel colgante para saber si era ese realmente, comprobé que estaban las iniciales de los tres. Era el verdadero colgante, mi colgante, el que tanto sentí haber perdido y que el idiota de aquel hombre me había robado sin yo saberlo.

Zev se puso frente a mí, limpiándome las lágrimas para hacerme mirarlo a los ojos.

—Este colgante siempre te pertenecerá, Liv.

Me besó la frente antes de ayudarme a colocarlo en mi cuello, el cual había estado desnudo durante mucho tiempo.

***

—Pasaremos un momento por la discoteca. Tengo que recoger unos documentos antes de volver al apartamento —me indicó Zev, aparcando el coche frente a la abarrotada discoteca que poseía.

Él me ayudó a bajar y entramos juntos, ambos cogidos de la mano para que no me separase demasiado de él.

La discoteca estaba abarrotada de personas que bailaban animadamente aquel viernes. Las luces de neón rojas y azules le daban un toque camaleónico al lugar y estaba sonando una canción

bastante animada que hacía que me entraran ganas de imitarlos a todos.

Zev se abrió paso entre el gentío y, cuando creí que subiríamos a su despacho, me guio por otro lugar más desconocido, donde las personas no pasaban, ya que había guardaespaldas para evitar que nadie interrumpiese el paso si estaba borracho o para hacer cosas privadas. Extrañada por el cambio de rumbo y sujetando el collar de mi madre, lo seguí hasta que entramos en lo que parecía un sótano lleno de bebidas alcohólicas, cajas y hasta una silla en mitad del lugar, algo solitario.

Extrañada, lo miré mientras que él se separaba de mí para tomar aquellos documentos.

—¿Se puede saber por qué estamos aquí? Parece un lugar donde haces cosas… No muy legales.

Zev me echó una ojeada de soslayo.

—Mejor que nunca preguntes qué se ha hecho aquí, Olivia. —Se dirigió hacia una caja para luego mirar unos documentos—. Quiero investigar dónde se ha podido meter el psicópata de Mattia y hubo una época en que investigaba posibles casas que se había comprado. Así que voy a tomar esos documentos.

Asentí, comprendiendo, mientras se escuchaba muy de fondo, en la parte de arriba, el sonido de la música de discoteca.

—Quiero ir a Miami —solté de golpe.

Zev dejó de hacer lo que estaba haciendo para mirarme.

—No vas a hacer eso, Olivia. Esa carta puede ser falsa.

—Conozco a la perfección la letra de mi padre y el trébol, que era su símbolo, aparte de la frase en latín que solo nosotros sabíamos,

nadie más… Te digo que ha tenido que ser él. Estoy muy segura.

Zev no me contestó, se limitó a negar con la cabeza.

—Voy a ir, contigo o sin ti. Así que no me toques las narices, cucaracha.

—Olivia, acabas de salir de un suceso horrendo. No pienso dejar que te embarques en algo tan peligroso como irte a Miami, en una discoteca donde se encuentra la familia Reyes —contestó.

Negué.

—No vamos a discutir esto, Zev. Voy a ir y punto.

Él soltó un áspero gruñido de frustración y luego me ignoró, dirigiéndose de nuevo hacia la caja llena de papeles.

Caminé hacia una caja que me llamó la atención entre muchas otras. Ahí ponía «cosas de Sally» e, intrigada, lo acaricié mirando que parecía no haberse abierto nunca.

—¿Esta caja era de tu madre?

Zev levantó la cabeza, aún con rostro cargado de enfado y asintió.

—Sí, quería que le guardase esa caja cuando empecé en este negocio.

—¿Y nunca la has abierto?

Él negó.

—Mi madre dijo que en mi vida abriese esa caja. No tengo ni idea de lo que hay dentro, pero era algo privado de ella y siempre lo respeté.

—¿Y si hay cosas que pueden clarificar su caso? —pregunté.

—Dudo que haya documentos que expliquen eso ahí.

Me quedé unos segundos en silencio y luego cuestioné:

—¿Puedo abrirla?

Zev, quien me miró unos largos minutos, valorando si estaba bien o mal, al rato cedió.

—Sí, ábrela. Pero si ves cosas no aptas no me digas nada, por favor.

Sonreí por ello y abrí la caja con ayuda de unas tijeras que había cerca. Cuando lo abrí, estaba todo lleno de documentos extraños, fotografías y pruebas que harían temblar a cualquiera. Pero, sobre todo, de una persona a la que empezábamos a conocer algo mejor y al cual yo casi tuve que conocer a la fuerza.

Me quedé totalmente asombrada por lo que estaba viendo, por las pruebas que había allí que pondrían en un grave aprieto a uno de los empresarios más importantes del país.

—¿Qué pasa? ¿Has encontrado cosas que no puedes decirme? —inquirió Zev.

Pero entonces, cuando me giré y puse la caja frente a él, Zev lo observó todo y se quedó igual de callado que yo. Dejando sus documentos de lado, tomó las fotografías y se quedó totalmente asombrado por lo que vio.

—Zev… Creo que este fue el principal motivo de lo que le ocurrió a tu madre.

ONCE | LOS SMIRNOV

«Mi mayor temor era que le ocurriese algo a mi esposa y esta vez no llegar a tiempo» —Zev Grimaldi.

OLIVIA GRIMALDI

Miré anonadada todo lo que había escrito en aquellos documentos, sobre todo en aquellas fotografías tan desagradables que nunca, ni en mis peores pesadillas, creí que vería.

La gran mayoría de fotos eran de pueblos masacrados, envueltos en llamas mientras que las familias se marchaban huyendo con lo puesto. Muchas de esas fotos estaban sacadas desde un sitio alejado o incluso desde un helicóptero. Pero lo peor vino cuando en los documentos, escritos por la propia Sally, leímos que hablaba sobre quién era el responsable de tales desgracias para quedarse con el terreno y crear negocios sobre aquellos pueblos ya destrozados.

Me tapé la boca al ver el nombre de aquella persona que estaba detrás de algo tan atroz y no me sorprendió. Ahí fue cuando empecé a entender muchas cosas, cosas de las que ya me había hablado mi marido incluso antes de casarnos.

Zev, tan asombrado como yo, estudió cada imagen, cada documento, sin apenas pestañear.

—Esto lleva muchos años aquí… ¿Cómo he sido tan idiota de no abrirlo?

Cuando levanté la mirada para fijarla en mi esposo, este seguía revisando cada palabra de aquellos documentos, los cuales nos hicieron ver que la muerte de Sally se debió a algo más que una infidelidad. Quién fue el responsable de su muerte seguía siendo una

incógnita, pero quizás aquellos documentos fueran los necesarios para saber quién lo hizo. Fue en ese momento cuando en uno de los documentos vi una carta escrita a mano, supuse que por la propia Sally.

Espero que nadie abra nunca esta caja, por el bien de esa persona. Pero, si aun así estás leyendo esto, significa que yo ya estoy muerta.

Todo lo que verás a continuación son pruebas, testigos, todo documentado, acerca de los negocios horrendos de Josh Akkerman y por los que podría acabar en la cárcel de salir a la luz.

Si esto no ha salido a la luz, es por el simple motivo de que antes tengo que asegurarme de que Akkerman nunca sepa que he sido yo la que ha estado detrás de esta investigación y poder enviarlo a un medio de comunicación con el cual tengo muchos contactos.

Si en los próximos tres meses esto no sale a la luz, significa que yo ya no estoy aquí. Pero dejaré pruebas a un contacto de ese medio de comunicación. Y si aun así sigue sin destaparse, les dejo por aquí varios contactos que espero que sigan en el mundo del periodismo.

Ten cuidado con todo lo que verás aquí. Esto es algo muy peligroso, sobre todo por quiénes están detrás, por todas las cosas que pueden pasar… Y si sigues adelante, ten cuidado por dónde pisas. Porque lo que has abierto es la caja de Pandora.

Sally Hepburn.

—Zev… Esto es muy peligroso. No puede verlo cualquiera y hay que ir con pies de plomo —murmuré.

El aludido lo colocó todo nuevamente dentro de la caja y me miró.

—Ahora esto es muy fácil colocarlo en la red. Podría contratar a un *hacker*, que haga el trabajo sucio y hablar con medios de comunicación… Si el cabrón de Akkerman asesinó a mi madre,

créeme que disfrutaré viéndolo pudrirse entre rejas —respondió, volviendo a guardar la caja en su sitio.

Pero, asombrada por lo que estaba escuchando, me acerqué a él, muy preocupada por lo que pretendía hacer.

—¿No pretenderás meterte tú solo en esto? Zev, es muy peligroso.

—No lo entiendes, Olivia. Mi madre era la mujer de un mafioso… Pero yo soy el mafioso —contestó él, como si nada.

Negando, coloqué mi mano bajo su barbilla e hice que me mirase a los ojos. El sonido de la música de la discoteca continuaba sonando, retumbando en las paredes de aquel lugar tan recóndito en el que Sally tenía escondidas las mayores pruebas contra una de las familias más poderosas que había. Y pruebas que implicaban delitos.

—Esto es algo mucho más grande que una infidelidad… Tu madre estaba investigando a escondidas lo que Akkerman hacía. —No podía dejar de pensar en lo que acababa de leer y fue ahí cuando me vino a la mente Ginevra—. Mancini… Ella debía de saber en qué estaba metida Sally.

Los ojos de Zev se iluminaron y juraría que por fin, después de tanto tiempo, había conseguido dar con la forma de dar con los culpables del caso de Sally.

Tomé la caja nuevamente, a pesar de que Zev me estaba diciendo que no y la volví a colocar sobre la mesa, donde estaba antes. Cuando me giré miré a mi marido, que me observaba un tanto mosqueado.

—Esto no puede saberlo cualquiera. Si esto sale a la luz muy pronto, acabaremos como ella —contesté.

—Por encima de mi cadáver. Te aseguro que tú vas a vivir una vida bien larga con muchos hijos… Aunque sea sin mí —murmuró Zev.

Su mirada parecía mucho más oscura que nunca. Sus tatuajes brillaban sobre las luces tenues del lugar y la intimidad del momento era única. Sin embargo, lo que me estaba diciendo no me gustaba absolutamente nada. Porque ambos nos habíamos demostrado que nunca nos dejaríamos solos. Que estaríamos para lo bueno y para lo malo, aunque casi siempre terminásemos discutiendo.

—¿Qué? Zev, no digas eso ni en broma.

El Grimaldi dio varios pasos hacia mí.

—Olivia, te demostré que haría cualquier cosa por encontrarte… y seguiré demostrándote que sería capaz de todo por tenerte a salvo —argumentó, con una voz bastante grave—. Pero de esa caja vas a estar bien alejada, porque no pienso dejar que te ocurra absolutamente nada.

—No puedes mantenerme en una maldita bola de cristal —espeté, cabreada.

Pero él negó, en sus trece.

—No pretendo eso, ricitos… Pero si juegas con fuego, te acabarás quemando.

Entonces, fui yo quien dio dos pasos, hasta que estuve pegada a su duro torso.

—Pues lo haremos ambos, como un equipo.

Zev, para nada conforme, se quedó callado mirándome mientras que yo me cruzaba de brazos, lo que no ayudó precisamente porque no pudo evitar fijarse en cierta parte de mi anatomía a medida que los minutos pasaban. Colocando dos dedos sobre su pectoral, empecé a darle toquecitos molestos sobre este hasta que logré sacarlo de quicio.

—Vas a llamar a Ian, van a venir Luna y Benjamin y vamos a hablar de esa maldita caja y de lo de Miami.

—Lo de Miami está zanjado —soltó, llevándome la contraria.

Empecé a chasquear la lengua ante su respuesta.

—No, cariño —rebatí, con una voz delicada, a lo que él me miró sin parpadear —. Yo no he dicho que se haya acabado lo de Miami.

Él no comentó nada más al respecto, pero sí se quedó mirándome con ese rostro serio que solía poner cuando no estaba de acuerdo conmigo. No obstante, yo tenía mucha paciencia y tranquilidad, por lo que podíamos estar así toda la maldita noche. Era igual de terca que mi propio marido, incluso mucho más que él.

Mientras los minutos pasaban, podía notar el malestar de Zev porque en ese momento era yo quien llevaba los pantalones en la relación. Y lo que ocurriese fuera de ahí era insignificante. Íbamos a ser un equipo ambos, pasara lo que pasara.

—Tenemos toda la noche, cucaracha.

Sin poder aguantar ni un minuto más, se dio la vuelta y llamó a Ian con un tono de voz bastante elevado, dejando traslucir su enfado. Sonreí delicadamente mientras que Zev colgaba el teléfono prehistórico y se volvía hacia mí.

—Esta conversación no se ha acabado —recalcó.

Pero, ignorándolo, empecé a caminar hacia la puerta de salida para subir hacia la discoteca y le dije en voz alta:

—Súbete la caja, cariño.

Mientras salía, pude escuchar su resoplido de fastidio, lo cual me divirtió bastante.

***

—Pero… ¿Esto es en serio? ¿Tan repugnante es ese hombre?

Ian tenía varias fotos en las manos mientras que su rostro dejaba patente lo sorprendido que se encontraba, tal y como estábamos nosotros al encontrar aquella caja que llevaba años allí abajo, cayéndole polvo durante mucho tiempo.

La música enérgica de la discoteca se podía escuchar desde aquel despacho en el que nos encontrábamos todos.

Desde hacía media hora, tanto Ian como Luna y Benjamin, se encontraban ahí, frente a nosotros, revisando cada documento que había en esa caja que habíamos subestimado demasiado. Mientras, también le había hablado sobre la carta de mi padre, y aunque Zev y Benjamin estaban de acuerdo en que no era buena idea, y más ahora que seguía reciente lo de Mattia, Luna e Ian estaban de acuerdo conmigo.

Realmente necesitaba ir a Miami, encontrar aquellas pistas que me había dejado mi padre y entender qué demonios estaba pasando. Qué era realmente lo que se me estaba escapando y por qué la mafia búlgara parecía estar tan interesada en mí. Quería salir de dudas, comprender más a mi padre y saber por qué mierda me había ocultado tantas cosas. Por mucho que me dijese que era por mi seguridad, quería saber el trasfondo de todo aquello.

—Espera, espera… —Empezó Luna, hablando mientras dejaba aquellos documentos para centrarse en mí —. Ahora hablamos de la caja… Señora Grimaldi, ¿su padre pertenecía a alguna familia o algo? ¿Y si esa caja la ha recibido ahora por lo que le ocurrió con Mattia?

Su pregunta me llevó a imaginarme que quizás mi padre era un hombre adinerado de alguna familia italiana… O que quizás iba más allá, como si él fuese el jefe de una mafia. Tenía mil dudas, quería

entenderlo y me frustraba no poder hacerlo. ¿Por qué ahora? Después de más de diez años…

—No lo sé… Pero pienso averiguarlo —contesté, apoyada en la pared, mientras que Zev ya tenía tan solo puesta su camisa remangada y sin varios botones abrochados.

Sus pantalones, tan perfectos en sus caderas, le daban aquel toque sensual del que siempre presumía.

Tan rápido como me escuchó, se levantó de su asiento y empezó a caminar hacia mí.

—Ni lo pienses.

—Voy a ir a Miami contigo o sin ti —susurré, reparando en que los otros tres nos observaban sin perder detalle.

—He dicho que no vas a ir y punto —replicó Zev, con las manos en sus caderas.

Ambos nos miramos y se podía notar que las chispas saltaban por todos lados.

A pesar de que ese hombre era mi marido, de que me sacaba de mis casillas y de que a veces deseaba ponerle la mano de collar, me hacía sentir excitada en cualquier momento. Y no era el momento delante de todos, no ahora.

Pero, pese a ello, la cercanía, las miradas y la química que ambos poseíamos cuando estábamos juntos era abrumadora. Y de haber podido, en ese momento, le hubiese quitado la ropa y le hubiese demostrado quién era su dueña. Sin importarme nada más.

Y supe que él también estaba sintiendo lo mismo que yo en ese preciso momento.

Pero alguien nos hizo despertarnos de la realidad.

—Tortolitos… —La voz de Ian nos hizo mirarlo con cara de pocos amigos.

—Vuelve a abrir esa bocaza y romper esa ventana contigo va a ser un auténtico lujo —respondió Zev con aquel tono que siempre ponía.

Ian levantó las manos inocentemente, pero más riéndose de él que otra cosa.

—Señor, con mi debido respeto… pero creo que si Olivia no investiga esto, puede que sea mucho peor.

—Ni se te ocurra seguir por esa línea, Luna.

—Solo digo…

—No —la cortó mi marido, quien empezó a caminar por el despacho con un enfado descomunal.

Negué con la cabeza mientras empezaba a tratar de descifrar cada cosa que mi padre había escrito en aquella carta.

En ese momento se hizo el silencio. Tan solo las luces de neón azules y rojas iluminaban aquel despacho mientras que yo me devanaba los sesos en busca de respuestas.

—¿Y si hay alguien más detrás de ti? ¿Y si ahora, después del secuestro, todas las familias tienen puesta la vista en ti? —Inició Luna, sorprendiéndome con sus palabras. —Quiero decir… Has estado en las sombras toda tu vida, pero si esa carta te llegó ahora, es porque es la hora de que sepas quién eres realmente, Olivia. —Me tuteó Luna—. Quizás tu padre lo preparó todo por si un día te ocurría esto, para protegerte…

Entonces caí en la cuenta.

Quizás los métodos de mi padre no eran los más efectivos. Era mil veces mejor que me lo hubiese dicho antes, pero sus motivos tendría. Tal vez fuera mucho peso para llevarlo yo sola o cualquier otra cosa… No lo sabía, pero necesitaba descubrirlo.

Y Miami era mi ticket de entrada para conocer ese mundo oscuro que rodeaba a mi padre.

—Las familias… ¿Los Rinaldi y los Mancini saben quién soy yo? ¿O se lo esperan? —Miré a Zev, quien me observaba a escasos metros de distancia.

Empecé a notar que me miraba de una forma distinta; más distante, precavido. Sentía que él sabía algo más que se me escapaba de entre los dedos. Y necesitaba saberlo absolutamente todo. Solo esperaba que él fuese sincero conmigo, como lo habíamos prometido hacía unos meses, antes de casarnos. Cuando él se había enfadado conmigo por no contarle ciertas cosas que me ponían en peligro.

Y podía notar la preocupación en su mirada.

—Creo que sí. Al menos, hará como uno o dos meses que sospechan que eres la llave al poder.

¿Poder?

La respuesta de mi marido me dejó mucho más patidifusa de lo que ya estaba.

¿Acaso era la hija de un mafioso? No… Mi padre nunca había mostrado esa personalidad como lo estaba conociendo últimamente. Mi padre no sería capaz de hacer las barbaridades que esta gente era capaz de hacer.

No… Me negaba a pensar que eso fuese cierto.

—Pero… ¿Quién mierda soy para que estén tan interesados en mí?

Entonces tuve el presentimiento de que había algo que Zev no me estaba contando. Lo podía ver en su mirada.

Sin dudarlo, empecé a caminar hacia él, dudosa, queriendo que fuese cien por cien sincero conmigo. Sobre todo si ambos estábamos en peligro.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —cuestioné muy lentamente, a medida que me alejaba de la pared para acercarme a él—. ¿Qué sabes, Zev?

Su expresión se suavizó un poco, me observó directamente a los ojos y, cruzándose de brazos, bajó los hombros, como si hubiese estado en tensión. Sus cejas simétricas empezaron a bajar y podía ver aquella angustia que tenía. La misma angustia que sentía yo de que a él le ocurriese algo.

Con su cabello corto algo despeinado y con aquellos tatuajes que mostraba por todo lo alto, contestó con una voz algo más baja de lo normal en él.

—No quería decírtelo.

Mi rostro empezó a cambiar y le advertí:

—Zev…

Su mandíbula se apretó y tras dedicarme una larga pero indescifrable mirada negó rápidamente.

Entretanto, Luna, Benjamin e Ian miraban la escena como si fuese una serie. Sin embargo, ambos los ignorábamos olímpicamente. Necesitaba tener esta conversación con él, ahora mismo.

Entonces me percaté de que, a juzgar por su mirada, parecía estar recordando algo del pasado que le dolía y demasiado. No sabía qué estaría pensando, pero se podía notar lo duro que le parecía. Y me recordó al día que se derrumbó frente a mí cuando desperté del hospital tras el disparo, después de haber estado desaparecida tanto tiempo.

—Cuando estabas desaparecida, la mafia búlgara vino para protegerte. Según ellos, saben quién eres, pero como le deben una bien grande a tu padre, su deber es protegerte sin que sepas nada —murmuró, sin apenas pestañear.

Sabía que estaban ahí para ayudar a los Grimaldi a encontrarme pero… ¿Cómo que ellos sabían quién era mi padre? Si ellos lo sabían, es que había muchas más cosas que Zev no me había contado.

—¿Y no me lo habías contado?

—Pensé que era mejor, eso es lo único que sé.

Negué, incrédula. Me giré, dándole la espalda mientras caminaba por el largo despacho, a la vez que la música retumbaba por todo el lugar y las luces empezaban a cambiar de otros colores, iluminándonos.

La voz de Zev sonó por encima de la música.

—Lo peor es que, por lo que tengo entendido, tu padre tenía muy mala fama. —Me giré en cuanto escuché aquello y sentí que lo que me iba a decir en ese momento me iba a destruir más—. Ahora estás en el punto de mira de una familia muy sanguinaria, los peores, los que menos te esperas… Son lo peor en este mundo y son capaces de hacer sufrir a quien sea por la más mínima cosa.

Sin apenas poder pestañear, tan solo pregunté con un hilo de voz, muerta de miedo:

—¿Quiénes?

Y no dudó ni un segundo en contestar, pero su mirada demostraba el mismo terror que sentía yo.

—Los Smirnov.

—Oh, joder… —susurró Ian, a quien casi se le cayeron los papeles de las manos.

—¿Van… van a por mí? No les he hecho nada —farfullé, en un hilo de voz, sin poder despegar la vista de mi marido.

Zev negó, bajando sus hombros de la tensión y quedó más patente que nunca que era una ignorante en ese mundo tan oscuro, lleno de sombras.

—Pero la familia de tu padre sí. Y quieren destruir cualquier descendencia de ellos…

Me olvidé de dónde nos encontrábamos, que estábamos rodeados de tres personas más, que estábamos discutiendo sobre si ir o no a Miami. Pero no me esperaba encontrarme con este tema, que Zev me hubiese ocultado información cuando tan solo quería que fuese sincero conmigo, como habíamos prometido aquella noche, hacía meses.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Noté lo atormentado que se le veía y su mirada trasmitía algo más. Parecía pedirme perdón con tan solo mirarme, pero eso no me servía.

—Porque creí que cuanto menos supieras era mejor para ti.

Negué enseguida en cuanto lo escuché.

—Eres como mi padre. Ocultándome cosas solo harás que camine a ciegas ante un camino de cristales rotos y termine desangrándome —le recriminé, bastante enfadada, mientras que Zev ni siquiera era capaz de pestañear ante lo que le decía. —¿Me ocultas algo más? ¿Sabes algo de mí que yo no sepa?

Él negó y pude ver en su mirada que se había dado cuenta de que yo tenía razón y que no conseguiría protegerme si me mantenía en la ignorancia.

—No. Lo siento… No sé nada más y ojalá lo supiera, joder… —contestó con rabia—. Ojalá supiera quién mierda eres realmente y quién fue tu padre. Porque de ser así, podría protegerte mucho mejor.

Negué varias veces sin poder creérmelo.

Mientras, todos los demás en ese despacho seguían mirando la escena, sin decir absolutamente nada.

—Lo siento… —murmuró Zev.

De pronto, uno de los guardaespaldas de Zev entró sin avisar al despacho, lo cual hizo enfadar a Zev, quien parecía mucho más molesto que de costumbre, aunque ya ellos acostumbraban a hacer esa entrada. Quizás porque estábamos en medio de una conversación importante, pero el rostro de Zev se mostraba totalmente lleno de rabia.

—¿Señor?

—¡¿Qué?! —le gritó Zev a su guardaespaldas.

Pero este ni se inmutó.

—Hay un hombre que necesita ver urgentemente a Olivia.

Me giré para mirar al guardaespaldas y me asusté de tan solo escuchar aquello.

—¿Quién? —inquirió Zev, tenso.

—Un tal Sunam Saelim.

El mundo cayó conmigo debajo y juré que sentí un sendero de espinas clavándose en mi espalda.

Escuchar aquel nombre fue como recordar buenos momentos del pasado, pero también los malos. Y tan solo deseaba saber por qué se había esfumado cuando más lo necesitaba, cuando más falta me hacía. Quizás fue uno de los motivos por los que me sentí tan sola durante mucho tiempo.

Me quedé en blanco, sin saber qué decir, pero podía sentir la mirada de mi marido sobre mí y le preguntó a su guardaespaldas:

—¿Quién?

—Sunam…—murmuré.

Un hombre de unos casi diez años más que yo entró, algo más cambiado, más adulto, con su cabello mucho más largo que la última vez que lo vi.

Y sentí que la calidez volvía a mi corazón nada más verlo. Por eso, pese al vacío que sentí en mi pecho hacía mucho tiempo, al verlo sonreí. Pero Sunam tampoco se quedó atrás.

—¿Quién eres? Olivia, ¿lo conoces? —quiso saber Zev, acercándose un poco a mí.

—Sí —susurré, dando un paso hacia él—. La mano derecha de mi padre… Mi entrenador personal… —Y lo último lo dije sintiéndolo de verdad— un hermano para mí.

Corrí hacia él y nos abrazamos con fuerza. Me derrumbé sobre su hombro, sin importarme que todos me mirasen en esa escena. Que me reencontrase con alguien diez años después de verlo por última vez, justo el día de mi cumpleaños, era mucho pedir y juré que la felicidad me empezaba a inundar el pecho.

Sunam siguió abrazándome con ese cariño que siempre me había tenido un rato más hasta que nos separamos. Tenía miles de dudas, pero ahora eso pasaba a un segundo plano.

—Fuiste tú, ¿verdad? Tú me enviaste la carta —afirmé más que pregunté, al tiempo en que él me bajaba al suelo y asentía.

Pero podía notar que su rostro trasmitía algo que me desconcertaba, como si hubiese preocupación en él.

—Sí… Tuve que estar todo este tiempo oculto, por el plan de tu padre.

—¿Quién dice que debo fiarme de ti? —intervino Zev, enfadado.

Sus pasos resonaron con fuerza y no supe si era tan solo preocupación, enfado o eran celos.

Él no tenía que ponerse así, porque lo consideraba un hermano a pesar de que no pertenecíamos a la misma familia.

—El que lo sabe todo sobre Olivia —respondió Sunam, contundente.

Todos se quedaron callados ante aquello, pero la única que habló fue Luna.

—Pues ahórranos meses de investigación y dilo; ¿quién es Olivia? —espetó Luna, de brazos cruzados.

Al mirarlo, supe que él no iba a decirme nada de mi pasado, de quién era mi padre, ni de a qué familia pertenecía. Si es que él

estuvo en negocios turbios, claro. Quería saberlo todo, pero Sunam no iba a soltar prenda.

—Si pudiera, lo haría. Pero no puedo, debe ser ella quien lo descubra.

—¿Qué? Sunam, qué mierda de juego es este —espeté, alejándome de él debido a la rabia—. ¿Por qué no puedes decirme nada?

—Porque si te lo digo ahora, sería como ponerte una diana en la cabeza.

Negué rápidamente mientras lo observaba.

—Ya la tengo.

Sunam parecía agotado y negó en repetidas ocasiones, lo que me indicó que iba a decirme cosas que no me iban a gustar. Lo conocía a la perfección.

—Tu padre así lo quiso. No es solo el apellido que hay detrás, Olivia, sino que lo que eres te puede caer de lleno en la cara y, créeme, cuando lo descubras no volverás a ser la misma de antes —murmuró. —Mejor que lo vayas sabiendo poco a poco. Ni siquiera yo lo sé todo, solo tu padre. Y él lo dejó todo preparado para que lo descubrieses.

No fui capaz de decir nada. Era toda una sorpresa que ese hombre reapareciera tras despedirse de mí aquel día en el puerto, dejándome sola con mi madre, antes de que ella falleciera meses después a causa de un cáncer.

Pero entonces Luna volvió a hablar con su voz tan dura.

—Hay que ir a Miami.

—Digo lo mismo —la secundó Ian, con los brazos cruzados.

Benjamin también se unió, pese a haber sido el único a favor junto a Zev de no ir a Miami porque podría ser demasiado peligroso para mí. Pero el único que estaba en contra fue mi marido, que observaba la escena no muy contento.

—No. Acaba de salir de un suceso traumático, no dejaré que nada le ocurra —sentenció Zev, caminando hacia Sunam.

—Grimaldi, si no se va a Miami, los Smirnov la encontrarán rápidamente —respondió el que fue mi entrenador personal de defensa—. Chicago no es un lugar seguro ahora para ella y lo sabes bien.

Zev negó rápidamente.

—No si puedo protegerla. Mattia anda por ahí, el único sitio al que no puede ir es a Chicago.

—Olvídate de Mattia… Es solo un azucarillo que si lo mojas desaparece —repuso Sunam, demostrando que conocía bien a todas las familias—. No funciona así con los Smirnov. Su padre hizo esto porque, si se marcha, su rastro será difícil de detectar y a ellas les costará encontrarla.

Aquello me dejó totalmente patidifusa.

—¿Ellas? —pregunté, sin entender nada.

Sunam se calló, sin decirme nada, pero fue Zev quien se acercó a mí con aquellos ojos tan negros y brillantes que tenía. Su cicatriz apenas era perceptible por todas las luces de la discoteca, pero fue el único que contestó a mi pregunta.

—La familia Smirnov está compuesta solo por mujeres, Olivia.

IRINA SMIRNOVA

Observé mi té ya frío, sin estar a la temperatura perfecta que me gustaba y lo dejé a un lado, enfadada por el mal servicio que estaba teniendo últimamente. Sin poder evitarlo, me levanté caminando hacia la ventana, papel en mano, mientras veía la nieve caer en la ciudad.

Sin tocar nada más, volví a bajar mi mirada hacia los documentos que pedí sobre aquella joven a la que tan solo necesitaba encontrar para vengarme.

Sin duda, era hija de aquel estúpido de Niels Dupont, de la familia Dupont… Y cuánto los odiaba. A todos ellos, empezando por el cabeza de familia, que ahora descansaba en una urna en algún lugar recóndito del mundo.

Mi rostro se reflejaba en la ventana que tenía frente a mí, mostrándome lo enfadada que estaba. Cuando volví a mirar hacia la foto de esa mujer, pude ver lo hermosa que era. Digna de alguien como ella. Solo le faltaba estar vestida para la ocasión.

Si el mundo supiera, si tan solo su pueblo supiera que vivía, que todavía quedaba descendencia, serían capaces de hacer todo lo posible para que volviese, para que siguiera con el trabajo de Dupont.

Pero nunca lo sabrían. No si yo estaba ahí para impedirlo. La puerta se abrió, lo que me molestó porque odiaba que no llamaran y, cuando me giré, vi que mi hija mayor me observaba. Se notaba todo el ejercicio que hacía, la mujer fatal que era gracias al entrenamiento exhaustivo que les hacía tener a todas mis hijas. Sin embargo, no iba a pasar por alto su descortesía.

—¿Qué mierda haces que no llamas? ¿Cuántas veces te he dicho a tus treinta y dos años que llames?

—¿Tienes que decir siempre en voz alta mi edad?

Enarqué las cejas.

—Quitarte cinco años no hará que tu piel rejuvenezca

Sin moverme de mi sitio, le ordené:

—Sal, cierra la puerta y vuelve a tocar.

—Pero… ¿en serio?

—El respeto es lo último que se pierde, Anastasia.

Su impecable cabello dorado se movió al girarse y pude escuchar una palabrota en voz baja.

Con la puerta cerrada, tocó y dije:

—¿Quién es?

—¿En serio? —espetó —. Tu hija mayor.

—Pasa.

Volvió a entrar, cerrando la puerta y se cruzó de brazos con una pose que dejaba traslucir el entrenamiento militar que tenía gracias a mí.

—¿Qué culpa tiene ella? —inquirió, fijándose en la fotografía de esa mujer.

—Si te metes con las Smirnova, tu familia paga los platos rotos. Así es este negocio —repliqué, observando aquel rostro hasta que se me quedó grabado en la mente.

—¿Sabes dónde está?

—Prepara las maletas, Anastasia. Llama a tus hermanas y que hagan lo mismo —repuse, sonriente. —Nos vamos a Chicago. Y ya sabes qué es lo que tienes que llevar.

Anastasia esbozó una sonrisa y asintió, dejándome sola nuevamente mientras cerraba la puerta.

Me acerqué a la chimenea y tiré dicha fotografía al fuego, deseosa de seguir el plan.

No sabía nada de esa tal Olivia, solo que pertenecía a los Dupont. Pero pronto me conocería a mí y las cosas no se iban a quedar así.

En lo absoluto.

DOCE | DURAS DECLARACIONES

«Tenían que ceñirse al plan, ser personas con cabeza, no terminar perdiéndola por enamorarse de la otra persona» — Giulio Grimaldi.

OLIVIA GRIMALDI

—Zev…

Mi marido me ignoró y siguió caminando hacia el armario donde ambos teníamos nuestra ropa.

Empezó a quitársela y su enfado era más que evidente. Ni siquiera me había dirigido la palabra desde que habíamos salido de su despacho en aquella discoteca y aun así era capaz de sentirme de esa manera con él. Sabía que se preocupaba mucho por mí, comprendía su desesperación al tratar de encontrarme cuando estuve desaparecida. Pero tampoco podía pretender mantenerme "protegida" sin salir a ningún lado.

Su camisa acabó en la cesta de la ropa que había al lado y desde mi posición podía ver su perfecta espalda musculada, con algún que otro tatuaje decorando aquella columna. Pero sus brazos fuertes eran lo que más me llamaba la atención, junto con las cicatrices que tenía en la espalda y no quería ni imaginarme la de cosas que tuvo que haber sufrido para obtenerlas.

—¿Vas a ignorarme toda la noche?

Zev continuó en sus trece.

Suspirando, me quedé quieta en nuestro cuarto, mirando cómo empezaba a quitarse los pantalones para luego colocarlos sobre la

cesta de la ropa y empezar a hurgar en el armario, buscando un pantalón de pijama.

—Sé que no quieres que corra ningún peligro, que Miami puede ser peligroso… Pero ya oíste a Sunam.

En ese momento se giró y me miró con su rostro lleno de enojo.

—¿Y ahora porque un hombre al que llevas sin ver diez años te diga eso, quieres irte? Sabes que Mattia sigue por ahí y no dudará en hacer lo posible por vengarse —contestó, caminando hacia la cama para tirar el pantalón de pijama negro y largo que iba a ponerse.

Sus manos se posaron en sus calzoncillos y supe lo que iba a hacer a continuación. Sin dudarlo, se los bajó, sin tener ni un solo pudor en quitarse la ropa delante de mí. No pude evitar recordar que la primera vez que lo conocí hizo lo mismo, así que podía disfrutar de todas las noches de ese maravilloso espectáculo que era Zev Grimaldi.

Sin embargo, esa noche no lo disfruté. No me gustaba estar así con él, discutiendo de esa manera.

—Ese hombre me entrenó para que supiera defenderme —justifiqué.

—Me da igual, Olivia. Irte a Miami significa correr peligros —contestó, todo eso con el pantalón del pijama en su mano derecha.

Suspiré mientras seguía mirándolo a los ojos.

—No voy a ir sola. Voy a ir contigo, con el trío discusiones y Sunam también se apunta —alegué, esperando que con eso bastara para hacerlo entrar en razón.

—No lo entiendes, Olivia…

—Zev, ¿cómo te sentirías si tuvieras una vida normal y un día descubrieras que tu padre te ocultó cosas muy fuertes? ¿Cosas que nunca te imaginarías? ¿Que todos quieren algo tuyo? ¿Que puede que esté en peligro toda mi vida? Chicago ya no es un lugar seguro para mí y lo sabes a la perfección.

Zev volvió a ignorarme, colocándose aquellos pantalones de pijama bastante holgados y empezó a caminar hacia nuestra cama. Abriendo el edredón, se metió dentro y se tapó hasta la cintura, dándome una vista perfecta de sus abdominales. Acostado boca arriba, no cerró los ojos, pero tampoco me miró.

—Tan solo quiero saber quién soy… Así que o vienes conmigo o me marcho sola…

Tampoco respondió.

Suspirando, me giré para colocar las manos a mi espalda, tratando de llegar a la maldita cremallera de mi vestido, pero por desgracia no llegaba en lo absoluto. Resoplé y traté de hacer todo mi esfuerzo en alcanzarlo pero solo logré rozar la cremallera con la yema de mis dedos.

De pronto, una mano enorme se colocó sobre mi hombro izquierdo y con la otra, bajó la cremallera suavemente hasta llegar a la parte baja de mi espalda. Tras acariciarme con los dedos desde el principio de mi espalda hasta el final, se volvió a marchar y, desde el espejo, lo vi acostándose nuevamente en la cama.

—Gracias.

No le dije nada más.

Sabía que estaba enfadado, que la vena Grimaldi estaba en su organismo y lo conocía lo suficiente como para saber que era mejor dejar ese tema hasta el día siguiente, cuando pensara con más frialdad las cosas y quizás su opinión fuese distinta.

Empecé a desnudarme hasta quedarme en ropa interior, sin ningún pudor a que mi marido me mirase. Coloqué mi ropa en aquella cesta y luego empecé a hurgar en el armario, buscando un pijama que ponerme, cuando lo logré, me quité el sujetador, guardándolo en un sitio para colocarme mi pijama diminuto.

Al girarme, Zev me estaba mirando de esa manera tan suya en nuestra cama, acostado con las manos detrás de su nuca.

Sin dirigirle la palabra, me acosté a su lado, dejando una buena distancia en el centro de aquella cama. Tanto que habría cabido otra persona más.

Me tapé con el edredón hasta mis pechos y luego le di la espalda, quedándome de lado.

De pronto, la cama empezó a hundirse a medida que se acercaba más a mí y mi marido ya estaba pegado a mi espalda, con su mano sobre mi brazo, acariciándome con dulzura.

—Todavía hay noches que tengo pesadillas en las que te marchas y no vuelves… —murmuró. —Parecen tan reales que, al despertar y no verte, pienso que se ha hecho realidad. Hasta que vuelves a entrar en la cama porque te levantaste a beber agua.

Me giré lentamente para mirarlo y cuando tuve sus ojos negros sobre mí, pude ver la angustia que se reflejaba en su mirada.

—¿Por qué no me dijiste que sigues teniendo pesadillas?

Negó rápidamente.

—Porque no quiero preocuparte.

Mis manos se posaron sobre sus mejillas y empecé a acariciarlo.

—Zev, estamos casados… Sabes que puedes confiar en mí siempre. Pero ambos sabemos que estaría mucho más segura en Miami que aquí… Ya no solo es por mi bien, sino por el de tu hermana… No quiero que esa familia le haga daño, ni siquiera a ti… —susurré, confesándole mi temor.

Zev respiró profundamente para luego soltar el aire poco a poco.

Sin decirme nada más, me abrazó por detrás e inhaló el olor de mi cabello para pegarse mucho más a mi espalda. Sentí que estaba en casa, en mi propio hogar en los brazos de aquel hombre, y no quise que esto se acabase nunca.

—Tú no te preocupes por mí.

—Pero me preocupo, Zev —respondí enfadada—. Me preocupo mucho por ti.

El rostro de Zev se escondió en el hueco de mi cuello y me dejó un largo beso, tardó un largo rato en alejarse para volver a pegar su cabeza en mi cabello.

Cuando lo hizo, respondió:

—No vas a ir sola a Miami.

—Pero Zev… No quiero seguir discuti…

—Porque vamos a ir juntos como un equipo —acabó por decir, abrazándome mucho más fuerte y ya no supe qué parte era mía y cuál era suya. —Y Angela está bien protegida.

Y tras decirme aquello, quise agradecérselo, pero él me calló con un beso para luego murmurarme que durmiese, que mañana sería un día largo.

Y sí que lo sería, pero al menos, ambos habíamos ido a la cama dejando de lado aquel tema, solucionando aquel enfado y durmiendo abrazados como llevábamos haciendo semanas desde mi vuelta.

***

—¿Crees que decírselo a Ginevra es buena idea? La carta de tu madre decía que era abrir la caja de Pandora —inquirí, dudosa.

—Si alguien debe saberlo, esa es Ginevra, Liv… Ella es la única que tiene más poder y más contactos para poder investigar todo lo que descubrimos en la caja —aseguró, tranquilizándome. Estábamos tomados de la mano mientras subíamos juntos por el ascensor.

Lo cierto era que estaba nerviosa. No quería arrastrar a nadie a mis problemas y sabía que si seguía más tiempo en Chicago, todas las personas a las que quería acabarían mal por esa familia. No sabía si era buena idea que Zev me acompañase, lo último que quería era que le ocurriese algo por mi culpa. Ni siquiera sería capaz de perdonármelo.

—¿En qué está pensado esa cabecita tuya? —preguntó Zev mirándome.

Al levantar la mirada para observarlo, sonreí delicadamente y se lo confesé:

—En que te estoy arrastrando a mis problemas y no quiero que te ocurra nada por mi culpa…

Tomando parte de mi vestido, me hizo girar hasta quedarme pegada a su pecho. Colocó su mano izquierda sobre mi cuello a modo de collar y me quedé sin habla mientras que él me hacía levantar la cabeza para mirarlo.

—No hay nadie que sea capaz de aplastar a una cucaracha como yo, señora Grimaldi… Solo tú eres capaz de destruirme, nadie más —murmuró con aquella voz que me hacía mojarme.

Las puertas del ascensor se abrieron y, volviendo a tomarme de la mano, salimos de allí, dejándome nuevamente sin aire por lo que acababa de hacer el muy idiota por dejarme a medias y excitada en un maldito ascensor. Iba a pagarlo muy pronto como siguiera haciendo tales cosas.

Ginevra estaba hablando con su secretaria y, al vernos, se alejó de la mujer para atendernos.

—Los Grimaldi, ¿qué tal están?

—Necesitamos hablar contigo. A solas.

Ante la mirada de Zev, Ginevra asintió, arrugando su entrecejo y abrió su despacho para que la precediéramos. Ella entró la última, cerrando la puerta tras de sí. Nos quedamos los tres solos en aquel lugar.

Con los tacones de la matriarca Mancini resonando por todo el despacho, la mujer pelirroja se puso tras su mesa de escritorio y, sentándose en su silla, inició la conversación.

—Vosotros diréis. ¿Ha ocurrido algo?

Miré a Zev. No iba a ser yo quien diese esa noticia. Él se había empeñado en que Ginevra debía saberlo y no sabía si era tan buena idea, pero tenía razón. Ginevra debía saber algo escandaloso respecto a la madre de mi marido, Sally, quien fue su amante por años en secreto, antes de que se la arrebatasen.

—Hemos descubierto algo de Sally —soltó Zev, sin rodeos, caminando hacia ella.

Con tan solo escuchar ese nombre, a Ginevra se la veía más que afectada. Colocándose en su silla, se inclinó hacia adelante y preguntó, en un hilo de voz:

—¿Sabéis algo?

Zev volvió a mirarme y parecía que me estaba pidiendo ayuda. Así que decidí hablar.

—Hace años que Sally guardó una caja en la bóveda de Zev. Le había dicho que por nada del mundo la abriese… —susurré, ante la atenta mirada de aquella mujer enamorada de otra mujer—. Pero yo la abrí hace unas noches y lo que vimos fue impactante… Nos atreveríamos a decir que sería el principal motivo de lo que le sucedió…

Miré nuevamente a Zev, mientras que Ginevra parecía impactada, observándonos, pidiendo más información, angustiada y deseosa de saber qué fue lo que ocurrió para conseguir encerrar a los culpables. Pero no iba a ser fácil.

Zev sacó un *pendrive* de su bolsillo y lo puso sobre la mesa.

Ian y Luna habían guardado dicha información en un pendrive, de manera segura, encriptada para que fuese imposible de *hackear*. Pero tenía razón Zev. Ginevra era la única que podría adentrarse en todo aquello, ya que ella tenía más "amistad" en los negocios con Josh Akkerman.

—Lo que hay ahí… Mi madre escribió una carta. Léela —la instó, mientras que yo dejaba dicha carta entre sus manos.

Al ver la letra de la que fuese su amante, tuvo que taparse la boca con la mano mientras la leía. Dándonos la espalda, empezó a leerla y supe que era para que no la viésemos llorar. Conociéndome, si fuese ella no me gustaría que nadie me viese de aquella manera. Pero tampoco podía soportar verla así, una mujer tan fuerte como

Ginevra, quien había ayudado a Zev a encontrarme a pesar de que eso implicaba ir en contra de su hijo. A pesar de los sacrificios que había tenido que vivir.

Rodeé la mesa y me acerqué a Ginevra, quien estaba aguantando bastante bien las lágrimas, pero algunas cayeron. Me agaché un poco y coloqué mi mano sobre su mejilla, mientras que ella levantaba sus ojos de la carta para mirarme.

—Estáis a un paso de descubrir quien fue…

Ginevra, asintiendo, se giró para poner el pendrive en su ordenador con las manos temblorosas y le pidió la contraseña a Zev para poder acceder. Todos los documentos, las fotografías y la información que Ian y Luna habían guardado en el *pendrive*, empezaron a salir como *flashes* y Ginevra se había quedado casi tan asombrada como nosotros.

—No me lo puedo creer… Sally, ¿por qué lo seguiste investigando?

—¿Qué? —preguntó Zev—. ¿Lo sabías?

Ella asintió.

—Me lo dijo una noche… Quería arrebatarle el poder a Akkerman, por todo el daño que estaba haciendo. Pero le dije que era peligroso, que era un poder superior… Me prometió que no seguiría investigando porque sabía que iba a acabar mal —susurró, ya sin poder aguantar las lágrimas—. Ese maldito de Akkerman… Siempre estuvo detrás de ella. Siempre…

Tanto Zev como yo nos quedamos callados, asombrados por lo que estábamos escuchando. Hasta que Zev dijo:

—Vamos a ayudarte, pero tú eres la única que tiene acceso a ese idiota.

—Nosotros vamos a tener que irnos durante unos meses fuera de Chicago.

—¿Las Smirnova? —aventuró Ginevra.

—¿Lo sabes?

—¿Y quién no? Lo raro es que sigas aquí, Olivia… Zev, a cada minuto que pase aquí, ellas la conseguirán rastrear —le advirtió.

Zev se quedó impactado y supe que no se esperaba aquella advertencia. Ya era la segunda que recibía. Pero juraría que no se esperaba que fuese tan dura, que quizás en Chicago estuviese más protegida que en Miami o cualquier sitio al que mi padre quisiera que fuese. Pero lo vi en su mirada como si le hubiese dado un golpe de realidad.

—No me digas que no lo sabías.

—Su padre quiere que vaya a Miami y Mattia…

—Olvídate de Mattia —desestimó Ginevra—. Si ella no cumple la última voluntad de su padre, ellas vendrán y no tendrán ningún tipo de piedad, Zev. ¿Eso es lo que quieres?

—Nunca. Antes prefiero ser yo —contestó, con una mirada dura.

—Os ayudaré a escapar. Recoged todas las cosas que os hagan falta. Pero nada de electrónica y solo relojes antiguos. Nada de subirse a un avión… El móvil, ni se os ocurra… Tratad de no dejar ni un atisbo de rastro, Zev sabes muy bien cómo hacer eso… Olivia, tendrás que posponer tus últimos meses de clases y lo sabes —repuso, volviéndose hacia mí y yo asentí—. Los estudios pueden esperar hasta que consigas ponerte a salvo y la única manera es marchándote de Chicago.

Todos en cada familia parecían saber algo que se me escapaba. Sabía que Ginevra no sabía casi nada de mí, pero la información que parecía haber volado en mi ausencia, como me contó Zev que había sucedido, era algo que todos tenían en mente.

Tenía razón. Debía marcharme durante un tiempo.

Y cuando Ginevra se levantó, lo último que pensé fue que me abrazaría. Sin embargo, lo hizo. Fue un hermoso abrazo maternal donde ambas nos quedamos un largo rato así, oliendo su perfume hasta que me susurró:

—Cuídate mucho, Olivia… Esto es solo un bache, pero lo conseguirás.

Luego se dirigió a Zev y también lo abrazó, no sin antes pedirle permiso tras lo mal que se llevaban antes de todo aquello.

—Cuídala con tu vida, Zev… Cuidaos mutuamente… No os separéis por nada.

Y con eso, ambos nos marchamos hacia la mansión Grimaldi.

***

Tener que dejar algo por lo que estuve luchando durante años era complicado. Dejar de lado a mis amigos, la universidad, mi carrera de Arte… Sí, iba a ser mucho más duro de lo que me imaginaba. Pero lo que decía Ginevra era totalmente cierto.

Podía acabar mi carrera más adelante, pero esto tenía que hacerlo ya. Estaban siguiéndome, mi padre me había estado preparando durante años y ahora estaba protegiéndome allá donde estuviese. No sabía cómo sabía todo esto, pero quería descubrirlo, ante todo.

Íbamos en el Ferrari de Zev, rumbo a la mansión Grimaldi con Rocky en los asientos traseros y solo deseaba que este plan, el plan de mi

padre, resultase positivo, que nadie saliese herido y que todo acabase cuanto antes.

En cuanto Zev aparcó, observé la mansión en la que pasé meses viviendo y me bajé del coche con cierta dificultad mientras Rocky parecía saltar de alegría. No quería dejarlo solo, pero si se iba conmigo también correría peligro y eso era lo último que quería. Iba a proteger a Rocky y sabía, aunque se enfadaría conmigo, que durante el tiempo que estuviera fuera investigando lo de mi padre, estando alejada de las Smirnova, estaría mucho más a salvo en esa mansión que en cualquier otro lugar. Junto con Angela…

Angela…

Lo último que quería era dejarla sola, pero tampoco me quedaba más remedio. Cuanto más alejada estuviese yo de ellos, más protegidos estarían.

Suspiré costosamente mientras Rocky parecía echarse encima del mayordomo que estaba allí abriendo la puerta, deseoso de entrar para ver a Angela.

—Estarán protegidos aquí —me aseguró Zev, para tranquilizarme.

—Lo sé… Pero alejarme de ellos va a ser difícil, al igual que lo será para ti alejarte de tu hermana.

—También me dolerá mucho alejarme de Rocky. Le he tomado mucho cariño en pocos meses —susurró mi marido.

Cuando entramos, la primera que estaba recibiendo a Rocky era Angela, la cual, al poco de verme, vino corriendo a abrazarme y eso me hizo sonreír.

—Te he echado mucho de menos —murmuré y me di cuenta de que Angela parecía mucho más feliz de verme.

—Y yo.

Zev me miró unos segundos y, con su mirada, me hizo una señal de que se iría a ver a su padre. Yo asentí mientras que Lucas, el asesor de Giulio, tan serio como siempre, se acercaba a mi marido para guiarlo hacia el despacho.

—Ven —me indicó ella, arrastrándome hacia la parte de arriba de la mansión, guiándome por su cuarto.

Rocky nos seguía con la lengua fuera, feliz.

—Angela… Zev y yo vamos a estar unas semanas fuera de Chicago —saqué el tema mientras ella me hacía sentarme para enseñarme sus nuevos dibujos.

—Lo sé. Me lo dijo por teléfono —contestó sin mirarme, pero cuando lo hizo pude ver algo de tristeza en sus ojos, aunque sabía que era lo mejor para ella—. Pero volverás… ¿verdad?

Sonreí delicadamente mientras peinaba su cabello con mis dedos.

—Por supuesto. Una promesa es una promesa… Además, quiero que te quedes con Rocky en mi ausencia. Pero volveremos pronto.

Angela sonrió, pero sabía que no estaba muy contenta. Era normal, yo también me sentía de esa manera. Pero era marcharme y evitar que las Smirnova me encontrasen, o quedarme y hacer que ellos pagasen las consecuencias. Iba a proteger a Angela todo cuanto estuviera en mi mano, aunque fuese lo más difícil. Pero era lo mejor.

—Escuché a papá discutiendo con Zev… Vosotros queréis que me vaya a vuestro departamento para vivir unos días a la semana como una familia, con Rocky… Yo también quiero, pero papá no me deja —me contó, apenada.

Suspiré, tratando de evitar que las lágrimas por verla así salieran de mis ojos. Negué rápidamente e hice que me mirase.

—Viviremos como una familia algún día.

Sus ojos se abrieron por completo con un nuevo brillo nada más escucharme.

—¿Me lo prometes? —preguntó, esperanzada.

Y asentí, porque estaba segura de que algún día seríamos una familia.

—Te lo prometo.

***

ZEV GRIMALDI

—¿Miami? —Giulio se recostó en su asiento rojo, tan elegante como antiguo.

Sin sentarme, con las manos en los bolsillos, deseoso de poder proteger a Olivia y a mi hermana, asentí.

—Es lo mejor para ella. Las Smirnova van a venir a buscarla por su pasado y no quiero que le ocurra nada —murmuré angustiado.

Giulio seguía sin pestañear, pero sabía lo enfadado que estaba todavía porque le tirase los documentos que poseía de mi esposa al fuego, quemándolos para que nadie descubriese su pasado en Portugal.

No iba a dejar que nada le ocurriese y confiaba ciegamente en ella.

Sin embargo, Giulio nunca lo comprendería.

—Ya era hora de que lo pensaras, hijo. Tu mujer se puso en el ojo del huracán el día que desapareció… Y esas sanguinarias Smirnova llevan rastreándola tiempo y vigilándola —respondió, con cierta mirada falsa.

Esa mirada que conocía bien.

—¿Qué…? ¿Me estás diciendo que ya lo sabías y no me habías dicho nada?

No me lo podía creer, aunque viniendo de mi padre ya nada me sorprendía. Era capaz de fingir ser buena persona, para engatusarte y hacer que cayeses en la trampa, para luego quitarte de en medio muy lentamente. Así era Giulio Grimaldi y aunque Olivia lo estaba conociendo ahora, yo lo sabía de sobra.

Negué cabreado, mientras que Giulio seguía observándome.

—Por eso no iba a dejar que Angela se fuera a vivir con vosotros.

—Serás cabrón…

Quise acercarme a él para tomarlo de la corbata, pero él hizo un gesto rápido que me obligó a frenar.

—Quieto. Soy el jefe de esta familia y no pienso permitir tales groserías de tu parte ante mi persona.

Me contuve, sobre todo por Angela porque no quería que ella tuviese que escucharme. Porque quería protegerla y quería que viviese su vida lo más alejada posible de todo esto.

—Lo sabías y no me habías dicho nada… ¿También sabes del pasado de Olivia? ¿Lo que esas Smirnova quieren de ella?

Giulio no respondió, pero sabía que conocía muy bien la respuesta.

—Por eso quisiste que fuese mi esposa…

—Simplemente se llama mover perfectamente las fichas en el tablero —contestó, divertido—. Y yo supe moverlas… En cambio tú, enamorándote de esa mujer lo único que has conseguido es dejar al rey del ajedrez desprotegido.

No le dije nada. Necesitaba calmarme, pero tampoco debía perder los nervios y menos estando Angela por la mansión. No quería que me viese de esa manera.

—Debéis iros a Miami cuanto antes. Angela estará protegida aquí y Rocky le hará compañía… Pero en cuanto volváis de ese largo viaje, firmaréis los papeles del divorcio. No merece la pena que sigáis casados en cuanto la verdad sobre Olivia salga a la luz.

Negué rotundamente.

—No voy a firmar nada.

Giulio sonrió e hizo un gesto para que me largase.

Preferí no volver al mismo tema, porque necesitábamos salir cuanto antes de aquella mansión, poner a salvo a mi hermana y a mi esposa y tratar de poner mis ideas en orden. Necesitaba tenerlo todo controlado antes de la llegada de aquellas mujeres.

—Ah, hijo… —Cuando me giré con la puerta abierta para mirarlo, su sonrisa se hizo más amplia—. Dile a Olivia que la próxima vez la invito a un café. El té no le gusta mucho.

Sabía lo que eso significaba. Lo sabía muy bien.

Aquello solo hizo que me pusiera más en contra de mi padre, porque sabía que estaba amenazando de forma implícita a mi esposa. Y no iba a dejar que aquello ocurriese.

Y sabía que en cuanto volviese, Angela iba a vivir lejos, muy lejos de aquella vida, de aquella mansión. Iba a tenerla protegida como le prometí a mi madre en su día. Lo haría por ella, por las personas que me importaban.

Y sin pronunciar palabra salí de allí, cerrando de un portazo.

Cuando caminé hacia la entrada con el rostro serio, aparecieron en mi vista Angela y Olivia bajando juntas la escalera y, nada más verme, mi hermana caminó corriendo hacia mí para abrazarme. Feliz de verla, la levanté y la abracé con cariño, esperando algún día poder darle esa vida que le prometí.

—Volveremos más pronto de lo que piensas… Y te prometo que serás muy feliz, Angela.

—Te tomo la palabra —contestó ella.

Miré a Olivia, que tenía el mismo rostro que el mío y le hice un gesto para marcharnos.

Tras pasar un largo rato despidiéndonos de Angela y Rocky, ambos nos subimos al Ferrari, echándole un último vistazo a la mansión Grimaldi antes de salir para descubrir el pasado de Olivia.

Y, tras un largo rato en silencio, Olivia fue capaz de hablarme:

—Si no nos podemos subir a un avión para viajar a Miami… ¿Cómo iremos? En coche tardaríamos mucho.

Ya había pensado en ello. La miré unos segundos antes de arrancar el coche.

TRECE | EN LA INTIMIDAD

«Tenía que hacer esto. Sabía que era necesario y era el camino correcto, aunque estuviese lleno de curvas cerradas» —Olivia Grimaldi.

OLIVIA GRIMALDI

De todos los lugares, de todos los medios de transporte que existen, lo único que no me esperaba era un barco. Y no un barco cualquiera, no… uno de pesca.

Sin duda, a Ginevra le debían muchos favores, entre ellos, el dueño de este barco que, si bien no era demasiado grande, era lo suficiente como para que el trío discusiones, mi marido y yo, pudiésemos quedarnos hasta poder llegar al puerto de Miami.

No era fan de los aviones, pero de los barcos mucho menos…

El mareo que llevaba encima lo demostraba, pegada a la barandilla del barco, por si terminaba vomitando para que fuese directo al mar o, simplemente, porque me daba más seguridad que estar metida en uno de los pequeños camarotes que nos dejaban.

Sin duda, era una mujer de lo más quisquillosa para viajar.

Zev se acercó a mí, con su impecable chulería y una vestimenta más digna de pesca, apoyándose en la barandilla con una mano en el bolsillo y otra sobre la barandilla. Ni siquiera lo miré, pero podía notar sus ojos fijos en mí.

—Aún me pregunto cómo fuiste capaz de salir de España y tomar un avión hacia Chicago. Hay al menos catorce horas en el aire —comentó Zev, intrigado.

Yo, sin ser capaz de hablar, negué con la cabeza totalmente descompuesta.

—Creo que te vendrá mejor entrar y quedarte sentada en un sitio —sugirió mi marido.

—¿Cuánto durará este viaje?

Lo miré fugazmente antes de volver a posar la vista en el mar, alejándonos de la ciudad de Chicago mientras que mi estómago empezaba a removerse totalmente.

—Más o menos una semana.

—Joder… —contesté.

Zev sonrió delicadamente y luego noté su enorme mano posándose sobre el centro de mi espalda, acariciándola suavemente, lo cual me ayudó un poco.

—Qué suerte tienes de no marearte —espeté, con un tono de asco impresionante.

A él pareció divertirle, porque lanzó una carcajada por todo lo alto mientras que el barco parecía moverse un poco más.

—¿Crees que ir en un barco pesquero es mejor?

Zev, todavía acariciando mi espalda, asintió mientras se acercaba un poco más a mí.

Minutos antes de zarpar nos había dado a cada uno móviles plegables prehistóricos, como el que tenía Zev. Tendríamos que cambiar de número cada doce días y procurar que las llamadas durasen mucho menos de cuatro minutos. También debíamos dejar de lado nuestros móviles de última generación, apagados y en nuestros pisos.

Sabía que debía alejarme de mis estudios, de lo que me gustaba, pero era eso o acabar en un ataúd. Y lo último que quería era eso. Los estudios podían esperar, solo me quedaban unos pocos meses para acabar y podía retomarlos más adelante. Y el mejor camino era aquel, tenía la corazonada de que era la mejor opción.

—Ginevra sabe muy bien sobre esto y este barco es nuestra mejor opción para poder salir de Chicago sin que nos detecten las Smirnova.

—Espero que todo salga bien… Que ellos estén bien —respondí, refiriéndome a Angela y Rocky.

—Lo estarán. Confía en mí.

El sol se había puesto hacía rato, dejando una hermosa vista con la ciudad de fondo tiñéndose de ese color tan hermoso del atardecer. Tanto Zev como yo escuchamos la puerta de una de las habitaciones que el dueño del barco nos había asignado cerrándose con fuerza y, al girarnos ambos, vimos a Luna saliendo de una de esas habitaciones con el cabello algo revuelto, la ropa no muy bien puesta y un rostro de que había estado disfrutando.

Cuando Luna nos miró, pareció sorprenderse, pero luego se esfumó corriendo hacia el cuarto que tenía para ella sola unos metros más allá.

—¿Ese no es el cuarto de Ian y Benjamin? —le pregunté a Zev, tras fijarme bien.

—Sí —contestó él, sin dudarlo.

—¿Con quién crees que lo hizo?

Zev me contestó más rápido que nunca.

—Estoy seguro que se acostó con los dos a la vez.

Abrí los ojos por completo y, cuando me giré para mirarlo, le dije:

—¿Con los dos? —Negué rápidamente y contesté. —No lo creo.

Pero cuando miré el cuarto, elevé la ceja y empecé a pensar que quizás sí. Negué y, cuando sentí una fuerte sacudida del mar, mi estómago no lo aguantó más y terminé agachando la cabeza para vomitar sobre el lugar en el que estaba, con Zev ayudándome en ese momento tan vulnerable.

***

Miami era mucho mejor de lo que lo pintaban en todos lados.

A pesar de encontrarnos en plena mitad de febrero, no hacía tanto frío comparado con Chicago, por lo que podíamos tener ropa algo primaveral en ese mes del año.

Ginevra nos había dejado todo preparado para nuestra estancia en Miami. Una furgoneta para movernos por el lugar los cinco y un apartamento bastante grande donde cada uno tenía su habitación, con vistas al mar. Incluso tenía preparado todo lo que nos hiciera falta. Era como si Ginevra se portase como una madre para Zev y, aunque al principio él no se llevase nada bien con ella, con el paso del tiempo las cosas fueron cambiando poco a poco. Y me alegraba mucho por mi marido.

Me encontraba sentada en el asiento del copiloto mientras que Zev conducía por las calles llenas de palmeras y personas caminando en bañador.

Empezaba a anochecer, por lo que todas las luces de las discotecas, clubes, bares y demás estaban encendidas con aquellas famosas luces de neón. Incluso después de casi una semana en el mar, ahora me encontraba mucho mejor de los mareos del barco. Podría decir que estuve así como tres días, pero luego mi estómago se fue

acostumbrando poco a poco al mar y a las sacudidas de este en el barco.

Tampoco podía quejarme, porque Zev conseguía hacerme olvidar todas las noches que nos encontrábamos en un maldito barco gracias a esa lengua tan habilidosa que poseía. Y menuda lengua.

Cuando miré hacia el espejo retrovisor, pude ver al trío discusiones sentados muy pegados y, alguna que otra incomodidad entre todos. Quizás podría decir que había hasta cierta tensión sexual entre los tres. Al final iba a resultar que era él quien tenía la razón.

—Mañana es sábado, deberíamos intentar ya lo de esa discoteca —sugirió Luna, de brazos cruzados, mientras que podía ver cómo Ian y Benjamin la observaban de reojo en algún momento.

Pero no los miraba a ellos. Sabía muy bien disimular y ya la empezaba a conocer mucho mejor de lo que esperaba.

—Es muy temprano y quiero saber que ella está totalmente a salvo si va sola a esa discoteca —habló seriamente Zev, sin desviar su mirada de la carretera.

—Puedo meterme de infiltrada allí. No es mi primera vez —contestó mi guardaespaldas femenina.

Pero Ian le llevó la contraria.

—Puede ser peligroso para ti también si actúas sola.

Luna, en ese momento, lo miró con cara de pocos amigos mientras que Benjamin permanecía en silencio, mirando las vistas de Miami.

—¿Quién me lo dice? ¿El detective o el cavernícola?

—Mira, cuarto menguante, no me estés sacando de mis casillas.

—¿Yo? Al menos yo sé lo que es solo un rato y ya —espetó Luna, haciendo que Zev y yo nos mirásemos unos segundos.

Benjamin seguía sin decir nada, tan solo elevó las cejas igual de sorprendido que nosotros y trató de alejarse un poco, pegándose más a la ventana, como si aquello no fuese con él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que iré sola y tú te quedarás aquí, en la furgoneta, vigilando las cámaras que Benjamin pinche de la discoteca —replicó Luna con una voz enojada.

Para tratar de calmar los ánimos, quise decir algo.

—Lo primero será ver nuestra primera noche en Miami. Ya luego mañana veremos qué sucederá, ¿vale?

Ninguno dijo nada más, es más, hasta pude escuchar cómo Luna le decía a Benjamin si podía cambiarle el sitio hasta que llegásemos al apartamento que poseía Ginevra en Miami. Pero no escuché nada más. Se notaba la tensión sexual entre ellos.

Hasta que Zev rompió el silencio con una de sus pullas, cómo no.

—Ni que hubieseis follado para hablaros así.

Abrí los ojos por completo mientras que Zev trataba de ocultar una sonrisa chulesca de su boca, consiguiendo poner en entredicho aquellas palabras hacia aquella pareja que juré, estaba mucho más sorprendida que nosotros.

Se quedaron unos segundos callados hasta que ambos, a la vez, empezaron a tirarse los trastos a la cabeza.

—¡En mi maldita vida me acostaría con ese señor!

—¡¿Con esta?! Tendría que estar ciego para eso.

Ambos empezaron a decir cosas a la vez, por lo que apenas se les podía entender y decidí poner música para calmar el ambiente mientras que Ian y Luna parecían una pareja de amantes que se odiaban y luego se acostaban.

Suspiré cuando se hizo el silencio y luego miré a mi marido mientras todos los demás trataban de ignorarse mutuamente.

—¿Eres idiota? —pregunté en un hilo de voz, para que solo él pudiera escucharme.

—Me gusta disfrutar del espectáculo, ricitos —contestó Zev, girando hacia lo que sería nuestro próximo hogar durante un tiempo.

No sabíamos por cuánto, pero viviríamos los cinco en el mismo lugar y solo esperaba que entre Ian y Luna las cosas fuesen a mejor y no a peor.

***

Arrastrando la única maleta que había decidido llevar al viaje, observé con impresión aquel increíble piso de dos plantas que Ginevra poseía en una de las mejores zonas de Miami. Y, sin duda, era un piso de lo más moderno, cómodo y a la vez lujoso.

Me imaginé que quizás sería uno de los nidos de amor que Sally y Ginevra tenían a escondidas, pero preferí no decirle nada a mi marido. Por la mirada que estaba poniendo, también se lo estaba imaginando. Pero tan solo nos adentramos en el piso mientras las tres personas que nos acompañaban admiraban el lugar, para nada acostumbrados a vivir en un sitio así.

Zev era el que estaba totalmente acostumbrado. Y yo porque había vivido en la mansión y luego en el apartamento de Zev, pero toda mi vida había vivido en lugares diminutos y sin nada de lujo, que pese a

ello se convirtieron en mi hogar. Y, aunque sonase extraño, echaba de menos esos momentos.

—Wow… Sin duda esto sí es un piso y no el de Zev en Chicago —exclamó Ian, para fastidiar a su mejor amigo.

Y, a juzgar por la mirada que le estaba dedicando Zev, parecía que iban a entrar en conflicto muy pronto.

El salón era enorme, con un equipo de música de última generación, una televisión con más de sesenta pulgadas y donde se compartía también una impresionante cocina que haría las delicias de cualquiera a quien le gustase cocinar.

Luego, había algunos pasillos que se dirigían hacia algún cuarto y una escalera de madera que dirigía hacia la planta de arriba, donde me imaginé que habría más cuartos.

Todos dejamos nuestras cosas en cada rincón del enorme piso y luego nos pusimos a cenar juntos gracias a unas pizzas que Benjamin había pedido de una pizzería que había a la vuelta de la esquina y que habíamos visto. Todos, sentados en aquel sofá enorme, empezamos a charlar sobre lo que podríamos hacer. Y, aunque Zev no estaba para nada de acuerdo con que entrase sola a aquella discoteca, también sabía que era mi deber, lo que mi padre había dicho.

Debía buscar el "rojo"… ¿A qué se referiría mi padre con eso?

—¿Estás bien? —Me preguntó Zev al ver que había dejado de involucrarme en la conversación.

Entonces, mientras Luna e Ian seguían discutiendo, Benjamin seguía disfrutando de su pizza, yo observé a Zev y asentí.

—Tan solo son dudas de lo que me ha ocultado mi padre toda mi vida…

Zev, mostrando un poco su sonrisa, se acercó a mí.

—Lo lograremos —me aseguró.

Asentí y cuando acabamos Zev se metió a ducharse en el baño que teníamos dentro de nuestro cuarto en la planta de arriba, mientras que yo decidí bajar a por un vaso de agua.

Luna e Ian tenían sus cuartos en la planta baja, mientras que a Benjamin le había tocado en la parte de arriba, más alejado que nosotros.

Cuando llegué a la cocina y me serví un vaso de agua, no pude evitar escuchar a dos personas hablando.

—Te odio. No sabes cuánto, Ian Santos. Eres un incordio de persona.

Arrugué mi frente y empecé a caminar hacia allí, cuando escuché al aludido replicar:

—Al menos no hago como si nada hubiese pasado entre nosotros aquella noche en el barco.

—Eso fue un simple desliz que no volverá a suceder —contestó Luna —. Somos como el agua y el aceite, así que ni pierdas el tiempo conmigo.

Cuando me acerqué, lo que vi me sorprendió.

Ian la tomó de la mano y la arrastró hacia él, dándole tremendo beso, aplastándola en la pared sin escapatoria, pero Luna parecía no quejarse en lo absoluto. Luego se separaron, mirándose con hambre. Acto seguido, Luna lo empujó y él la levantó del suelo para luego llevarla a una de las habitaciones que los separaban.

Tan rápido como lo vi, subí las escaleras, descubriendo ahora sí lo que había sucedido y no lo que decía Zev de que había sido con los

dos a la vez.

Una vez llegué al cuarto que compartía con Zev, cerré la puerta y me adentré para dejar el vaso de agua en la mesita de noche y ahí fue cuando escuché unos pasos saliendo del baño.

—Dejas muy pocas cosas a la imaginación con ese pijama, ricitos —comentó, con aquel acento italiano que me volvía completamente loca.

Cuando me giré, Zev y su impresionante cuerpo musculado estaban a escasos metros de mí, con una toalla que apenas tapaba su desnudez. Pero ya que la primera vez que nos conocimos lo había visto sin nada, él tiró la toalla hacia algún lugar de nuestro cuarto y se quedó ahí, con aquella sonrisa chulesca.

La enorme ventana que teníamos en ese cuarto, con tan solo la luz de la calle y la luna iluminándonos, era lo que impedía que estuviésemos a oscuras. Al observar mi pijama, que consistía en un simple suéter negro con el nombre de un grupo de rock que me quedaba como cuatro tallas más grande y que dejaba mis piernas totalmente desnudas, me hacía pensar que tampoco era para tanto.

—Ni que estuviese para que me hagas todas las perversidades que tengas en mente, Grimaldi. Es un simple suéter que compré en rebajas hace años —respondí, volviendo a girarme para arreglar la cama.

Y ahí pude notar que mi marido estaba muy cerca de mí, pegando su cuerpo a mi espalda y ahí, oh, sí…Ahí noté cómo su muy buen amigo estaba apuntando directamente hacia mí. Me mordí el labio al notarlo pinchando mi muslo interno. Su mano empezó a acariciarme en la parte baja de mi vientre y noté su aliento en mi cuello.

Joder, cucaracha… No me dejas ni una noche de tranquilidad.

Porque como él siguiese así, íbamos a acabar en la cama.

—*Sei qui per questo e altro ancora, tesoro…*

Jooooder, ese acento italiano.

—Si continúas por ahí, vas a acabar sin dormir durante toda la noche, cucaracha.

Sus labios se posaron sobre mi cuello desnudo, empezando a recorrerlo con su lengua, para luego parar cerca de mi oído. Me mordió delicadamente el lóbulo de mi oreja, haciéndome temblar y luego murmuró, con tono erótico:

—Eso es lo que pretendo.

Su mano empezó a meterse bajo de mi suéter y empezó a ascender lentamente, subiendo por mi vientre, ascendiendo mucho más hasta llegar a mi pecho derecho y recorriendo con su pulgar juguetón mi pezón ya duro.

Mientras, con su otra mano subía por encima de mi suéter hasta llegar a mi cuello y ahí, ponerme la maldita mano de collar, a sabiendas de que era totalmente mi debilidad. Mientras tanto, su lengua seguía recorriendo mi cuello, calentándome cada vez más y más.

Solté un delicado gemido mientras empezaba a notarme algo mojada por culpa de ese engreído.

—Quiero jugar, ricitos… Y el juego consiste en taparte los ojos, atarte las muñecas y hacerte todo lo que tengo pensado —murmuró, volviendo a colocar su lengua en mi cuello para detenerse y murmurar: —¿Te apetece?

Asentí.

—Hazme lo que quieras, cucaracha.

Se alejó de mí y de inmediato noté su ausencia, pero enseguida añadió:

—Quédate donde estás. Por nada del mundo te gires. —Escuché varios pasos por el cuarto y dijo: —Quiero que sea una sorpresa.

Cuando escuché que estuvo trasteando algunas cosas en el cajón, volvió a acercarse a mí y, esta vez sí, me quitó el único pijama que llevaba, que consistía en aquel suéter viejo. Lo dejó por algún lugar del cuarto y luego, sin decirme nada, vi cómo ponía algo frente a mis ojos, lo que creí que sería alguna de sus famosas corbatas que solía utilizar muy poco.

Asombrada por ello, me dejé hacer todo lo que él tenía planeado, deseosa de más.

Cuando hizo un buen nudo en aquella venda, me dio la vuelta, me tomó las manos y las cruzó, colocando lo que me imaginé que sería otra corbata, haciendo un muy buen nudo en ella y atándome las manos.

—Esto es lo que siempre has querido, Grimaldi —contesté con cierto tono divertido, mostrando mi sonrisa, pero mi marido no dijo nada.

Tan solo sentí su aliento sobre mi mejilla, pero apenas podía ver absolutamente nada. Aquello me tenía totalmente excitada y, en cuanto noté sus labios sobre mi mejilla, no hizo nada. Tan solo lo rozó, bajando delicadamente hasta mi cuello para luego seguir bajando.

Sus labios juguetearon un poco con mis pezones, mordisqueándolos delicadamente y haciendo que mi sexo tuviese una conexión increíble con esa zona. Traté de evitar gemir, hasta que noté que él se había arrodillado ante mí. Sus manos se posaron sobre mis bragas, empezando a bajarlas delicadamente hasta tirarlas por algún lugar recóndito de aquel cuarto algo desconocido para ambos.

Cuando volví a sentir su aliento en mi mejilla, se acercó a mi oído y ordenó, con un tono que me hizo arder más:

—Acuéstate en la cama y ábrete de piernas.

No lo hice esperar.

Como pude, con las manos atadas, me senté totalmente expuesta ante él y luego me acosté sobre ella, colocando mis pies sobre la cama y abriéndome como él me había indicado.

Mostrándome totalmente vulnerable ante él, no supe cuánto tiempo estuve de aquella manera, hasta que sentí sus manos recorriendo mis tobillos y tiró de mí hasta que pude notar cómo mi trasero se chocaba contra su duro torso.

—Ojalá pudieras ver lo que veo yo, reina —susurró él, con aquel erótico tono de voz.

No dije nada. Tan solo estaba expectante mientras sentía que empezaba a mojarme por el idiota de mi marido y las habilidades que poseía.

Sabía que se había arrodillado, lo que no sabía era lo que tenía en mente para hacer conmigo ese idiota. Y me tenía totalmente expectante. Necesitaba tenerlo ya dentro de mí, lo demás me daba igual. Pero conociendo a Zev, él querría ir despacio, hacerme sufrir como él ya estaba acostumbrado y lo demás vendría poco a poco.

Volvió a colocar sus manos sobre mis tobillos, mis pies sobre sus duros hombros y sentí su aliento en mi intimidad tan expuesta. Suspiré enseguida, sin poder evitarlo porque con tan solo eso ya me estaba poniendo a prueba.

Sus manos recorrieron la parte externa de mis muslos, subiendo por mis caderas para luego bajar por mi sexo. Su pulgar empezó a

juguetear con mi clítoris y no ayudó en lo absoluto lo que dijo a continuación:

—Pienso conseguir que esta noche todos los presentes te oigan para que sepan quién te hace gritar así, *ricciolino*.

Noté cómo su nariz empezaba a jugar por encima de mi intimidad, jugueteando como si nada, para luego darme un lengüetazo que me dejó sudando.

Colocando sus enormes manos sobre las mías, levantó mis brazos, con las manos atadas, hasta por encima de mi cabeza, para así tener mejor acceso a mi cuerpo totalmente expuesto. Subió sus manos hasta mis pechos y las rodeó, encajándolas totalmente y luego, en ese mismo momento, empezó a lamerme suavemente, de un modo que me hizo sentir fastidiosamente bien, aunque también me hiciera sufrir. Un suave gemido se me escapó sin querer, pero no iba a dejar que él me hiciera gritar. No iba a tenerlo fácil, tenía que trabajárselo y supe, en ese momento, que él sabía mi objetivo.

—Puedes aguantarte todo lo que quieras, pero solo conseguirás que me emplee más a fondo para que grites mi nombre —murmuró, sensual.

Me olvidé de todo cuando Zev me mordisqueó para luego succionar con aquella boca sobre mi delicado clítoris y, sin poder moverme, estando a ciegas, con las manos atadas, solo pude morderme el labio mientras que él seguía haciéndome maldades abajo.

Antes de que siguiera con su tortura, recorrió mi cuerpo con aquellas caricias, hasta volver a mis pechos, con su cabeza enterrada entre mis piernas. Con sus pulgares, empezó a hacer círculos sobre mis pezones duros, provocando que mi espalda empezara a arquearse, pero seguía sin lanzar fuertes gemidos como él deseaba.

—No podrás aguantar mucho más, nena.

Y entonces, presionó su lengua en el mismo centro tan expuesto que tenía. Mis pies se aferraron tanto a sus hombros que podría decir que estaba dejándole huella. Pero se lo merecía por hacerme aguantar tanto. Y, en ese jodido momento, sin utilizar sus manos en mi intimidad, empezó a meter su lengua en mi interior, sin importar nada más, mostrándome las ganas que me tenía.

Empecé a mover mi pecho con violencia mientras que él continuaba lamiéndome con ganas, jugando conmigo sobre mis pezones y disfrutando del espectáculo. Porque sabía que, aunque yo no podía verlo por la venda, él estaba disfrutando todo aquello. Empecé a gemir de forma inconsciente, pero fue progresivo. Poco a poco empecé a subir de decibelios mientras que él seguía, paraba y volvía a seguir, intensificando lo que vendría muy pronto.

No obstante, lo peor vino cuando empezó a succionar y ya ahí me perdió por completo. Una fuerte sacudida empezó desde mi estómago y acabé corriéndome en la boca de mi marido, pegando un fuerte grito que juré que se podría escuchar en cualquier parte del enorme piso.

Acabé totalmente agotada, con las piernas temblorosas y la boca de Zev empezó a subir sobre mi vientre hasta llegar a mis pechos, volviéndolos a besar con vehemencia. Al llegar a mis labios, colocó su mano sobre mi barbilla y murmuró:

—Esto es solo el principio, señora Grimaldi.

Me tomó de las manos, ayudándome a ponerme de pie y me hizo caminar sin poder ver absolutamente nada.

¿Qué pensaba hacer ahora? Me tenía totalmente intrigada, pero mis piernas estaban temblorosas por el maravilloso orgasmo que me había dado.

—Necesito recuperarme antes, señor Grimaldi —contesté coqueta.

Pero su pulgar se posó sobre mis labios y empezó a jugar con ellos como más deseaba.

—Arrodíllate.

Me mordí el labio y me pareció entender que él dijo un insulto en italiano, pero no supe cuál fue.

Tan solo hice caso a lo que me había dicho y me arrodillé frente a él, con las manos atadas, los ojos vendados y sabiendo lo que vendría a continuación. Y sabía que iba a hacerlo sufrir como me lo había hecho a mí hacía unos minutos.

—Abre la boca.

Sonriente, hice lo que me pidió y, a los pocos segundos, noté cómo introducía la punta de su miembro entre mis labios, pero me dejó toda la libertad para que hiciera lo que yo deseara.

Sin poder mover las manos, empecé a jugar con la punta con mi lengua, saboreando el sabor de Zev entre mis labios. Un largo suspiro resonó por el cuarto cuando me separé un poco.

—Si te portas bien, no te haré esperar tanto como me lo hiciste tú a mí, cucaracha —solté, satisfecha.

—Sí, señora.

Por su voz, parecía desesperado, necesitaba aquello tanto como yo y volví a colocarla en mi boca, esta vez empezando a metérmela un poco más, succionando mientras que escuchaba la voz de Zev profiriendo maldiciones en voz baja. Sabía que estaba disfrutando, aunque no pudiese verlo y yo, a mi vez, también estaba disfrutando de hacerle aquello para fastidiarlo. Volví a separarme y jugueteé en su punta, consiguiendo que él siguiera de aquella manera.

—No seas mala…

—No sabes lo mala que puedo llegar a ser, Grimaldi.

Y, sin más, me la metí por completo, succionando para luego empezar a hacer movimientos con mi cuello. Sabía que él estaba sufriendo y hasta colocó su mano libre sobre mi nuca, animándome a ir más y más rápido.

Quería saborearlo por completo, pero en un momento dado, él dijo:

—Basta, necesito esto ya.

Se alejó de mí, me levantó del suelo, colocando mis manos atadas sobre sus hombros, sin tener más escapatoria y luego me levantó del suelo. Colocando mis piernas cruzadas entre sus caderas, noté cómo el frío cristal de la enorme ventana contrastaba con lo caliente que me encontraba en ese momento. Y cualquiera que pudiese vernos desde fuera tendría unas vistas increíbles de mi espalda y trasero pegado a ese cristal. Pero me daba igual.

De una, entró por completo en mi interior y empezó a dar unas fuertes embestidas que me volvieron completamente loca. Hacía un mes que había vuelto a tomar la píldora anticonceptiva, por lo que él se había apresurado y ambos necesitábamos aquello. Lo necesitábamos realmente.

Entrando y saliendo de mí, me tenía totalmente expuesta, sin poder moverme, tan solo podía sujetarme a su cabello como me dejaba aquello que me había atado a las muñecas. Continuó moviéndose con violencia, duro como a ambos nos gustaba.

Empecé a gemir, sin poder decir ni una sola palabra, notando cómo el sudor recorría parte de mi piel, cómo el cabello caía sobre mis mejillas y cómo Zev me murmuraba cosas en italiano que no era capaz de descifrar porque estaba en otro mundo ya. En el maravilloso mundo donde ese hombre era capaz de teletransportarme.

Sabía que no iba a aguantar mucho más como otras veces. Había conseguido calentarme, como yo lo había conseguido con él.

Volviendo a susurrarme cosas en el oído que yo, sinceramente, ni era capaz de escuchar porque estaba más pendiente del increíble orgasmo que estaba a punto de asomar, dio tres embestidas más y terminé derrumbándome sobre él, mientras que Zev gemía en voz alta mi nombre, para acabar de una vez, dejándome totalmente agotada.

Me llevó a la cama, quitándome las ataduras, la venda y acostándose a mi lado, para luego taparme con la manta. Abriendo lentamente los ojos, pude ver la sonrisa que me dedicó, mirándome con el cabello totalmente desordenado por mi culpa.

—Dulces sueños, ricitos —murmuró.

Y, quedándome abrazada a él, acabé en los brazos de Morfeo, sin ser capaz de escuchar nada más.

CATORCE | LA DAMA

«No me gustaba verla metiéndose en lugares así. Mucho menos cuando me imaginaba que lo que habría detrás sería algo mucho más oscuro de lo que todos creíamos». Zev Grimaldi.

OLIVIA GRIMALDI

Las manos de Luna viajaban por parte de mi cuerpo, metiéndose debajo de mi vestido para luego ascender hacia el diafragma, por debajo de mis pechos. Me colocó el micro de una forma magistral para que nadie lo notase. Y podría jurar que era el micrófono más diminuto que había visto en mi vida.

Mientras Luna hacía su trabajo, pude notar las miradas de Ian y Benjamin, que no perdían detalle de cómo Luna trataba de colocarme dicho micro en esa zona tan escondida. Sabía qué expresión tendrían, con la boca algo entreabierta ante el hecho de que dos mujeres estuviesen en una posición así. Ambas los ignoramos olímpicamente.

—¿No tenías que irte ya a la discoteca, Benjamin? —cuestionó Zev, con cierto tono duro para luego dirigirse hacia su mejor amigo—. Ian…

—Claro, claro —se apresuró a contestar este, captándolo al vuelo.

—Mierda. Con este vestido me cuesta colocárselo, señora Grimaldi —se excusó Luna.

Mientras, me percaté de que Zev se adentraba en la furgoneta llena de cámaras y camuflada en una de una marca de telefonía.

—Creo que se lo puedo colocar yo, Luna —intervino y noté que tenía el mismo tono que con los otros dos.

En mitad de un aparcamiento en la parte trasera de la discoteca, con el sonido de la música muy de fondo en mitad de Miami, cerca de la playa, los cinco nos encontrábamos en aquella furgoneta camuflada. Benjamin estaba marchándose, vestido de *barman*, pues se infiltraría en la discoteca minutos antes que nosotras. Luna también estaba vestida de camarera y tenía que marcharse ya antes de que la gente sospechase. Mientras que yo iba ataviada en un impecable vestido rojo de discoteca para poder ser lo suficientemente llamativa como las otras mujeres que también vestirían de forma similar a mí. Mi vestido era casi diminuto, podía verse más piernas que falda, consejo que me había dado Luna horas antes en el apartamento de Ginevra.

En cambio, Zev parecía tener el entrecejo hundido debido a que parecía no gustarle que fuese sola a la discoteca con un vestido tan llamativo para los hombres.

—Claro, señor. Me iré de camuflaje en la discoteca. No te olvides de ponerte esto y escóndelo con tu cabello, ¿vale? —me recordó Luna, empezando a alejarse, mientras le daba el micro a mi marido y este se sentaba frente a mí, dispuesto a hacer el trabajo de Luna.

—Entendido.

—La palabra clave es "tigre". No lo olvides —murmuró para luego marcharse, sin dirigirle ni una sola mirada a Ian, pero yo sabía que anoche ambos habían tenido una noche pasional como la que tuvimos Zev y yo.

Aunque lo de anoche fue pura maravilla y ya estaba deseando volver a repetirlo con el idiota de Zev, que se había levantado aquella mañana en Miami con una sonrisa enorme, tan chulesco como siempre.

Ahora que era de noche, mi misión era descubrir qué era el "rojo" que tan intrigada me tenía.

Luna se marchó, cerrando la puerta de la furgoneta que habíamos alquilado aquel día y de inmediato Zev empezaba a meterme mano bajo el vestido, más habilidoso que Luna y, con rapidez, llegó hacia mi diafragma, rozando con sus largos dedos mis pechos cubiertos con un sostén delicado y luego pegó el micro, asegurándose de que no se me caía.

La cercanía con él era increíble y la necesidad de estar haciéndolo en ese momento no era mínima. Lo peor era que apenas había dejado de mirarme en todo el proceso, disfrutando del momento tanto como yo.

—¿Quieres jugar nuevamente, Grimaldi?

—¿Delante de Ian? Me gusta tenerte para mí solo, señora Grimaldi. Tenlo claro para futuros momentos —contestó con cierto tono juguetón.

Cuando miré delicadamente a Ian, en quien no había reparado antes, este parecía estar sonrojado, tratando de no mirar hacia nosotros.

—Creo que deberíais hablar de esas cosas más tarde, cuando no haya gente aquí.

Reí, divertida. Todavía sentía la habilidosa mano de Zev debajo de mi vestido y, con rapidez, empecé a retirarla de esa zona.

—Creo que ya está bien puesto.

La sonrisa chulesca de Zev se mostró por todo lo alto.

—Me aseguraba de que todo estuviese en su sitio.

—Está todo tal cual lo tocaste anoche —le susurré al oído, con una voz seductora que hizo que Zev se mordiese el labio al escucharme.

Ahora sí, sin que Ian nos hubiese escuchado, me acerqué a los labios de mi marido, colocando mis manos en sus mejillas y murmuré:

—Nos vemos después.

Le dejé un casto beso en los labios para luego levantarme, pero él colocó sus manos sobre mis caderas, para volver a dejarme caer en aquel asiento que tenía frente a él y colocó su mano en mi nuca.

—¿Qué mierda de beso es ese? —espetó.

Su boca devoró la mía con ímpetu, metiendo su lengua en la mía y moviéndola de aquella manera que tan loca me volvía y cuando noté cómo su lengua tocaba mi paladar, tuve que aguantar un gemido debido a que teníamos espectadores cerca.

Cuando se separó, dejándome embobada, me miró de aquella manera tan suya, con los ojos algo entrecerrados, clavados en los míos y con más seriedad de lo normal.

—Vuelve de una pieza —suplicó.

Algo aturdida por ese beso, asentí y me coloqué el pinganillo transparente en mi oído, camuflándose con mi cabello largo y rizado para luego empezar a caminar por la furgoneta y abrirla, no sin antes dedicarle una última mirada a mi marido, que parecía mucho más pálido de lo normal.

Sabía que estaba nervioso, mucho más que yo y que si salía de esa furgoneta, todos en esa discoteca sabrían quién era. Yo sería su mujer pero, para bien o para mal, no era tan conocida fuera de Chicago, a pesar de lo que me había pasado con Mattia. Así que eso me daba un plus para poder camuflarme entre la gente.

Gracias a Zev, había vuelto con mi tratamiento para la hemofilia, sabía que era pesado pero también podría ayudarme para futuras

complicaciones que tuviese como la última vez.

Tras mostrarle una de mis mejores sonrisas, cerré la puerta de la furgoneta y empecé a caminar por aquel aparcamiento algo oscuro con algunas farolas encendidas. Caminé hacia la parte externa de la discoteca, llena de gente y mucho ruido y música.

El olor a playa me inundaba las fosas nasales mientras que las palmeras se movían suavemente a causa del viento que hacía esa noche.

Desde ahí, miré al enorme portero que había en la entrada de la discoteca *Paradise,* repleta de gente esperando para entrar.

Estaba nerviosa. Era la primera vez que me adentraba en un lugar como ese de incógnito, sola y teniendo cuidado de por dónde pisaba. Miami era un lugar desconocido para mí y aquello me aterraba. Estábamos muy lejos de Chicago, el hogar donde me había acostumbrado a vivir durante muchos años.

Suspiré, tratando de calmarme y recordándome que estaba haciendo esto para descubrir quién era. Era hora de seguir adelante, ser más fuerte y no mirar atrás, tratar de olvidar todas las cosas malas que me habían pasado, incluyendo lo de Mattia.

—Nombre y edad —espetó, cortante, el hombre tan alto que parecía un mueble y que estaba en la entrada.

Teniendo que elevar mi cuello para poder mirarlo, respondí:

—Olivia Grimaldi, veinticuatro años.

El portero de la discoteca se quedó mirándome.

La calle estaba cerca de la playa, con imponentes palmeras que decoraban el lugar, que era muy famoso en Miami. Las mujeres que estaban a mi espalda charlaban entre ellas, deseando entrar a la

discoteca y casi podía notar que alguna hasta me empujaba, en su afán de ser las primeras en entrar.

Sabía que ayudaba mucho el tema de la vestimenta, ir lo más ligera posible de ropa para que el portero nos dejase entrar. Cosa que les costaba mucho más a los hombres. Quizás a muchas aquello les funcionaba, pero a mí no me hizo falta, pese a llevar un vestido rojo llamativo y bastante ceñido a mi cuerpo, dejando ver más carne que tela.

El portero me observó de arriba abajo, sorprendido por el apellido que le acababa de dar, para luego ponerme una pulsera rosa en mi muñeca derecha y permitirme el paso para entrar hacia aquella enorme discoteca que Zev tendría que envidiar y bastante.

Sin saber qué demonios hacía allí o cómo me había atrevido a entrar yo sola, escuché la música más alta de lo normal, mientras en el centro muchas personas se encontraban bailando al son de una canción de reguetón y otras simplemente estaban sentadas en asientos cómodos, bebiendo y charlando.

Frente a todo aquel bullicio, traté de mirar desde la zona alta todo el panorama. Tenía que encontrar lo que mi padre había escrito en la carta, que sería mi próxima pista para descubrir quién era realmente.

No había visto nada rojo de momento, pero tampoco sabía qué era lo que buscaba.

—Deberías acercarte a un tío y ligar con él —susurró Ian en mi oído, mientras escuchaba a alguien gruñendo de fondo—. Quizás así consigas entrar.

Zev no tardó en contestar, con tono gutural:

—Como un hombre se atreva a tocarte lo dejaré sin lengua.

Elevé la ceja, aun sabiendo que Zev no estaba para nada de acuerdo con que entrase sola a ese lugar.

—Me las sé apañar, cariño —ironicé, al tiempo en que caminaba por el lugar, mezclándome con la gente.

Llevaba una mini cámara en un botón decorativo de mi vestido impecable rojo, mientras que en mi oído derecho llevaba un pinganillo para escuchar lo que me decían mis guardaespaldas, mi marido y el inspector Ian Santos.

Nerviosa, miré la cantidad de gente que había, asombrada por lo enorme que era aquella discoteca y seguí buscando pistas para encontrar el rojo.

¿A qué se refería mi padre con eso? ¿Era algún objeto o una persona?

Cuando continué caminando, me choqué con Luna sin querer, que fingió ser una desconocida.

—Discúlpeme, señorita.

Me pasó un papel en mano y continuó colocando copas en las mesas aledañas. Al abrir el papel, vi que ponía lo siguiente:

«Ve a la zona VIP».

Observando el lugar, pude ver un sitio mucho más glamuroso, lleno de guardaespaldas a su alrededor y donde nadie podía acercarse. Dentro había tres mujeres y la que estaba en el centro sentada tenía el cabello totalmente rojo. Ni pelirrojo, ni nada… Rojo. Su vestido de color negro hacía que llamara mucho más la atención y, por encima de la música, anuncié:

—Creo que ya he encontrado el rojo.

—Lo vemos, Olivia. Pero hay muchos guardaespaldas, debes distraerlos y adentrarte en ese lugar.

Fruncí el ceño, mirando hacia todos lados y pregunté:

—¿Y cómo los distraigo?

—Yo me ocupo —contestó Luna, caminando por los alrededores y visualizándola con disimulo.

En ese momento, vi cómo aquella mujer de cabello totalmente rojo se acercaba a la rubia que tenía a su lado y, para mi sorpresa, empezó a comerle la boca con ganas en ese momento, mientras la otra mujer, de cabello oscuro y corto, las observaba con las mismas ganas.

Elevando la ceja por ello, traté de no ser tan obvia mirándolas. Cuando se cansó de besar a la rubia, se giró para hacer lo mismo con la otra joven que tenía a su lado.

—Creo que se lo está pasando muy bien —observé—. No sé si será buena idea molestarla.

—Trata de ligar con ella. Quizás así lo consigas —propuso Ian.

—Ni se te ocurra —espetó un Zev bastante celoso.

—Por favor, es solo para la misión… También podrías besarla.

—No va a hacer tal cosa.

Sabiendo que ninguno de los dos me miraba, rodé los ojos mientras negaba con la cabeza y me acerqué a la pista de baile.

—Creo que sé cómo hacerlo, así que no me estéis hablando mientras trato de atraer su atención.

Contoneando las caderas, empecé a caminar mientras escuchaba unos gritos provenientes de fondo de la discoteca y vi a una Luna saliendo como si nada hubiese pasado.

Entonces dos hombres empezaron a pegarse mientras que los tres guardaespaldas de aquella mujer se fueron hacia el tumulto, tratando de alejar a aquellos hombres de su clienta. Y ahí fue cuando vi mi oportunidad.

Mientras ella estaba disfrutando de la compañía femenina, me acerqué peligrosamente, quedándome de pie a dos metros de ella y, cuando la mujer de cabello totalmente rojo me miró, con esos ojos tan claros, la voz de Ian sonó en mi pinganillo.

—Sé quién es… —anunció—. Es Marta Reyes. De la familia Reyes de Miami… Son los dueños de esta ciudad y la única hija, Marta, la de cabello rojo, es la heredera de ese clan. —Tratando de parecer que no tenía nada en el oído hablándome, continué mirando a esa mujer que me observaba de arriba abajo, como si me estuviese aprobando. —Estuve investigándola, pero siempre era escurridiza. Tendrá unos treinta años y es la mujer más adinerada de este estado.

La tal Marta Reyes dejó su bebida a un lado, para cruzar con sus largas piernas y su rostro, que parecía el de una modelo, no dejaba de observarme con intriga.

—¿Te quieres apuntar, cariño? Hay sitio para una más.

Podía escuchar el sonido de la respiración de mi marido en mi oído, pero lo ignoré.

—¿Eres Marta Reyes?

Me pareció escuchar una risa saliendo del fondo de su garganta antes de que me mirara con aquella sonrisa que me recordaba tanto a la de Zev cuando lo conocí.

Sus ojos, totalmente claros, me miraban con aquella intriga, volviendo su vista hacia mi cuerpo en un repaso completo.

—Debes de ser la única de Miami que no sepa quién soy… Me imagino que no eres de aquí —murmuró. —¿De dónde eres, hermosa?

Y supe que lo que diría podría marcar la diferencia de descubrir quién era mi padre y qué me había estado ocultando.

—Vengo de Chicago, aunque soy española —contesté mientras los guardaespaldas todavía seguían tratando de separar a aquellos hombres—. Me llamo Olivia Lara.

Al decir mi apellido de soltera, lo único que conseguí fue que le cambiara el rostro a esa modelo. De mirarme con ganas de hacerme maldades, a adoptar una expresión totalmente seria, como si fuese alguien importante en esa discoteca, incluso más que ella. Arrugando mi frente, traté de mantener la calma porque no sabía qué era lo que vendría a continuación.

Tal fue su impresión que su bebida, que había tomado para beber, casi cayó al suelo. Dejando de lado a las dos mujeres que había a su lado, depositó su bebida nuevamente en la mesa y se levantó, observándome como si hubiese visto un fantasma.

Podría decir que hasta intentó hacer un gesto que al final decidió no hacer, no supe cuál fue exactamente porque ni siquiera lo empezó, pero cuando vinieron sus guardaespaldas, me pusieron la mano en mis antebrazos para empezar a echarme.

—¡Parad! Ni se os ocurra tocarla —ordenó la tal Marta.

—Pero jefa…

—Deberíais arrodillaros ante ella, no echarla como agua sucia. —Marta caminó hacia mi lado para colocar su mano en mi espalda

baja y guiarme lejos de aquella pista. —Venga conmigo, señorita Lara.

Me guió hacia un lugar más alejado dentro de la propia discoteca, subiendo unas escaleras y alejándonos de sus guardaespaldas. Podría jurar que mi marido maldecía en voz alta, pero lo ignoré, ya que estaba totalmente nerviosa por lo que podría encontrar. Ella era la primera pista, el rojo que decía mi padre en la carta que encontré. El rojo era ella y nadie más.

Al llegar hacia un enorme pasillo, donde había varias puertas cerradas, me guio hacia la última puerta que había frente al final del pasillo, lejos de todo el mundanal ruido de aquel lugar. Cuando llegamos a esa zona, ella abrió la puerta, haciendo un gesto para que entrase.

Al meternos dentro, Reyes cerró la puerta y luego se giró para mirarme. Su cuerpo, esbelto con aquel vestido oscuro, resaltaba todas las curvas que poseía. Me quedé quieta, nerviosa por lo que podría escuchar de mi padre.

Mirándome de arriba abajo, se cruzó de brazos para murmurar:

—Nunca pensé que la hija de Marcelo estaría tan buena que desearía follarla. —Se mordió el labio inferior y luego contestó—. Pon tu bolso en esa mesa y ponte frente al espejo.

—¿Por qué? —pregunté, sin entender nada.

—Hazlo. No te lo pienso repetir —replicó, con una voz seria.

Me acerqué a la mesa, dejando mi pequeño bolso, y luego me dirigí hacia el espejo que había cerca de su escritorio. Marta se acercó a mí peligrosamente, me obligó a abrirme de piernas y a extender los brazos. Y ya sabía qué era lo que pretendía.

Solo esperaba que no descubriese que llevaba cámaras y un maldito micro.

Sus manos empezaron a posarse por varias zonas de mi cuerpo, tratando de ver si había algún arma o algo que la pusiera en peligro. Pero yo no dejaba de pensar en que podría descubrir que estaba grabando aquella conversación.

Así que traté de usar el humor para evitar desgracias.

—Te recuerdo que estoy felizmente casada.

Lanzó una risa descarada en respuesta.

—Sí, con Zev Grimaldi. Todo el mundo lo sabe. —Continuó bajando hacia mis piernas, de una en una, consiguiendo levantarme un poco la falda para luego volver a subir y continuar tocando mis pechos—. No había visto tu foto cuando rodó por todos lados, cuando el cabrón de Mattia hizo lo que hizo. —Ya me estaba tocando las narices tanto toqueteo y estaba a punto de girarme y encararme con ella, cuando dijo—. Pero menudo monumento eres, nena.

Ian y Zev tendrían que estar teniendo unas vistas interesantes desde la cámara en la que se me veía frente al espejo.

—No sabes cuánto te envidio ahora mismo, Olivia —soltó Ian y se escuchó un quejido, como si Zev le hubiese pegado un bofetón.

Apostaba a que esto no le estaba gustando para nada.

—Limpia —dijo, nada más terminar.

En cuanto Marta se giró, me quité el pinganillo y lo metí dentro de mi sostén por si terminaba descubriéndolo si levantaba mi cabello. Y así no tenía que estar escuchando a Zev quejándose por el otro lado.

—¿Que hago aquí? ¿Por qué mi padre dijo que buscase el rojo en esta discoteca, cuando claramente eres tú?

—Primero que nada, guapa… —Se puso frente a su escritorio, colocando sus manos sobre la mesa antes de continuar. —Tu padre te ha ocultado algo muy, muy grande que ni te esperas.

Empezó a rebuscar cosas en los cajones de aquel escritorio mientras que yo observaba cada gesto que hacía.

Detrás de ella se encontraba un enorme ventanal donde se podía ver la ciudad de Miami, llena de luces en la noche.

Mientras ella seguía con su labor, mi miedo a que la verdad fuese algo totalmente desagradable aumentó.

—Dime que mi padre no era un líder mafioso en Italia… Eso sí que no podría digerirlo.

Ella empezó a reírse.

Casi tanto que tuvo que sentarse en su pedazo de trono mientras se tocaba el estómago. ¿Acaso era un payaso que hacía gracia? Con cara de mosqueo, la seguí mirando mientras ella trataba de calmarse.

—Por supuesto que no… Tu padre no se tomaría muchas molestias en ocultar tu verdadero pasado si fuese un simple líder de una familia mafiosa.

Continuó rebuscando cosas hasta que encontró algo.

Levantándose de su trono, caminó hacia un cuadro hecho a mano de ella y un hombre que parecía veinte años más mayor, imaginándome que sería su padre, el patriarca de los Reyes en Miami.

—Ni siquiera el nombre y apellido de tu padre son los verdaderos.

Aquello me cambió totalmente el rostro.

—¿Qué? ¿No se llamaba Marcelo Berruti?

Negó.

—No, pero no soy quién para decirte cómo se llamaba. Y cuanto menos tiempo pases aquí, mejor para mi hermoso culo.

Rebuscó una caja dentro de su caja fuerte y cuando la sacó, miró la hora.

—¿Por qué tanta prisa? —Mi pregunta parecía estúpida a juzgar por la cara que puso.

—Nena, las Smirnova te estarán buscando. Si has recibido esa caja de tu padre, es porque estás en verdadero peligro y tu padre quiere salvarte, aunque esté muerto —respondió brusca, con las manos en las caderas—. Le debía una bien grande a tu padre, me salvó la vida no una, ni dos, sino tres veces. Y si hago esto es porque fue el mejor hombre que la tierra ha tenido. No se merecía el final que tuvo, ni mucho menos lo que arrastró por culpa de su familia… Tu familia. Y ahora estás tú pagando por culpa de algo que los de tu propia sangre hicieron en el pasado. Pero créeme que lo mejor que puedes hacer ahora es seguir esas malditas pistas —habló contundente mientras caminaba con aquella caja entre sus manos.

—¿No me vas a decir quién fue y quién mierda soy yo? —pregunté, cabreada—. Pues vaya mierda de pista, guapa.

Era evidente que a Marta parecía gustarle mi forma de hablar.

—No… Debes ceñirte al plan de tu padre.

Me puso la caja entre las manos.

Sin decirme nada, la señaló con sus ojos para que la abriese.

Y, tan rápido como la sostuve, fue como si algo hubiese hecho clic en mi interior.

Aquella mujer me estaba diciendo que mi padre no pertenecía a ninguna familia en Italia, ni mucho menos estaba metido en negocios parecidos a los de la familia de mi marido. Pero, entonces… ¿Qué era lo que ocultaba mi padre? ¿Quién era para que me estuviese protegiendo sin estar y haberlo planeado absolutamente todo desde antes de morir?

Nerviosa, observé aquella caja y, aguantando la respiración, empecé a abrirla lentamente. Tenía miedo de encontrar alguna imagen turbia, algún objeto doloroso o cualquier mierda que la mafia fuese capaz de hacer. Pero, al abrirla, la sorpresa me invadió.

Dentro había una tarjeta escrita a mano con una dirección desconocida y, al lado, una llave con un llavero totalmente extraño de color azul marino. Sin entender absolutamente nada, me giré hacia aquella mujer que tenía sus ojos clavados en mí.

Sabía que no entendía nada.

—Ve a esa dirección y utiliza esa llave. Ahora quiero que te largues de mi discoteca, y cuando te dirijas a esa dirección, esfúmate de mi ciudad —exigió, con un tono de líder—. Espero no tener que verte en mi vida. Y no lo tomes como si me cayeses mal, sino porque como volvamos a vernos, tanto tú como yo acabaremos muy mal por las Smirnova.

Sí, entendía a qué se refería.

Asentí, para luego susurrarle:

—Gracias, Reyes.

—Marta —aclaró rápidamente—. Eres la hija de Marcelo y, aunque no conocieras realmente a tu padre, solo puedo decirte que no es lo

que tú crees. No fue mala persona. Trató de salvarte y ojalá yo tuviese un padre como el que tuviste tú, Olivia.

Con aquellas palabras, la tranquilidad se instaló en mi pecho unos segundos para luego despedirme de ella.

—Adiós, Marta.

Una vez estuve frente a la puerta, tomé el pomo para abrirla cuando ella me detuvo.

—Olivia, protégete. —Al girarme, asentí y con una sonrisa, Marta concluyó: —Y ahora lárgate de mi vista.

Sonreí, largándome de aquella discoteca y volviendo a colocarme el pinganillo para decir:

—Estoy saliendo, ya tengo todo.

—Nos vemos en la furgoneta —fue Luna quien contestó.

En cuanto salí de la discoteca, llegando hacia los aparcamientos traseros y acercándome a la furgoneta, un Zev totalmente enfadado me salió al paso.

—¿Cómo mierdas haces tal cosa? Tenías que quedarte donde Benjamin y Luna te viesen —me reprendió.

—¿Y qué hago si ella me dijo que era más seguro así? —respondí, ya acostumbrada a nuestras discusiones.

—¿Y quitarte el pinganillo?

Suspiré, estábamos en mitad del aparcamiento con tan solo una simple farola iluminándonos.

—Por seguridad. Zev, ¿de verdad vamos a discutir por esto?

Se le notaba totalmente angustiado y preocupado, pero al ver que tenía razón, asintió y trató de relajarse. Se acercó a mí rápidamente y me abrazo con cariño, totalmente preocupado. Escuché cómo disfrutaba de oler mi cabello y yo le devolví el abrazo, disfrutando de su cercanía siempre que teníamos la oportunidad.

—¿Qué tienes? —inquirió, en cuanto se separó de mí.

Le enseñé la llave que tenía guardada en mi bolso.

—Una llave y una dirección. Hay que ir cuanto antes, porque cuanto más tiempo estemos en Miami, más rápido nos rastrearán esas mujeres sanguinarias —concluí, consiguiendo que Zev asintiese conforme.

Y todos nos dirigimos en ese preciso momento hacia aquella dirección que no quedaba muy lejos de aquella discoteca.

QUINCE | TRAMPA

«Cada vez esto se tornaba en algo mucho más turbio de lo que me imaginaba. Ahora que me habían aclarado una duda, miles de interrogantes más se arremolinaron en mi mente… ¿Quién era realmente mi padre?» —Olivia Grimaldi.

IRINA SMIRNOVA

La rabia que sentía justo en el centro del estómago ardía como si tuviese puro fuego dentro.

Mis hijas y yo habíamos llegado al centro de Chicago y no nos iríamos sin encontrar a la susodicha, a quien llevábamos buscando desde hacía tiempo. No iba a dejar que los Dupont tuviesen descendencia y lo haría de una manera totalmente secreta para que nadie más supiese que Olivia Lara existía.

Nos dirigíamos todas a la mansión Rinaldi, en un lujoso coche que nos llevaría hacia nuestro destino, en pleno Chicago. Y esperaba salir de allí contenta, no me apetecía tener que charlar de manera desagradable con ninguno de los de allí. Si algo había aprendido era a no tener amistades nunca y eso se lo había enseñado a mis hijas. En este negocio, nadie debía ser tu aliado, por mucho que te debiera cosas.

Una vez llegamos a ese lugar, sin fijarme demasiado, le dije al chófer que esperara en el coche, mientras que mis hijas y yo nos bajábamos de allí. La única que iba a asistir a la reunión secreta era mi hija mayor; Anastasia, la que llevaría las riendas de la familia en un futuro próximo. Necesitaba que ella tuviese todo claro antes de dejar que se convirtiera en la matriarca de las Smirnova. Las demás se quedarían en la zona de invitados.

Cuando descendimos de la imponente limusina negra como la noche, me acerqué a mi hija mayor, mi diamante en bruto, cuya belleza solo era opacada por su astucia letal. Con voz firme como el acero templado, le indiqué:

—Anastasia, tú me acompañarás.

—Perfecto, madre —respondió, con una confianza inquebrantable.

Con la noche de Chicago cayendo sobre nosotras, la miré. Recorrí su esbelta figura con la mirada, enfundada en ese traje de sastre que la hacía resaltar como una rosa roja en un campo de espinas. Con una ceja enarcada como una interrogante afilada, pregunté:

—¿Estás bien protegida?

La sonrisa aviesa que curvó sus labios fue suficiente respuesta. Como una pantera al acecho, replicó:

—Hasta lo que no me hace falta proteger.

Asentí, orgullosa de la fiera a la que había criado. Con un gesto dominante, me dirigí al resto de mis hijas, todas adultas ya.

—Vamos. Vosotras os quedaréis fuera, esperando en la zona de invitados. —Todas ellas asistieron, eran hijas de padres distintos—. Atentas por si escucháis algo, ¿vale? De aquí no me iré sin saber el paradero de esa joven.

Mi palabra era ley y todas mis hijas lo sabían. Nadie cuestionaba a la matriarca Smirnova.

Una vez dentro, nos recibió uno de los trabajadores de aquella mansión. No dijimos nada, tan solo examinamos el lugar amplio, lleno de lujos obscenos y poco agradables. A los pocos segundos llegó el dueño de aquella impecable mansión.

—Señoras Smirnova, las estábamos esperando —saludó Alonzo, con un asentimiento respetuoso.

Cansada de todo aquello, empecé a caminar hacia el despacho de Alonzo, pues sabía dónde se encontraba, dejando atrás al propio Rinaldi, con mi hija a mi lado. Odiaba esas muestras de respeto tan falsas como el propio Rinaldi. De no ser porque podría ser útil de alguna manera para encontrar a aquella joven, ya habría conseguido hacerlo desaparecer del mapa.

—Déjate de formalidades, Alonzo. Entremos ya directo al asunto. No estoy para perder el tiempo.

Ingresamos al despacho como leonas en su propia guarida. Ahí, el patético de Akkerman se encontraba hundido en un sillón, con un vaso de whisky en la mano como si fuera su única compañía.

—¿Un whisky, Smirnova? —preguntó este último.

—El whisky es para solitarios; tú deberías tomar un vino de los más caros, Josh —espeté con desdén y las cejas enarcadas.

—Donde haya un buen whisky... —respondió, con desinterés.

Mis ojos se entrecerraron con furia contenida.

Cuando ambos idiotas se colocaron uno junto al otro, frente aquella tontería de despacho demasiado remilgado para nuestros gustos, entré de lleno en materia.

—¿Cómo se os pudo escapar Olivia Lara? Ineptos y estúpidos —bramé, con una voz más dura de lo normal—. Cómo se nota que sois hombres. En nuestra familia las mujeres somos las que llevamos los pantalones. Y de hombres como vosotros me habría ocupado yo directamente.

Ellos cambiaron su semblante, sabía a lo que me refería. Por eso me llamaban la viuda negra después de haber tenido tres maridos distintos.

La voz de Anastasia resonó como un látigo.

—Creo que mi madre quiere decir que los negocios no se dejan escapar a la primera oportunidad, señores. A nosotras nunca se nos ha escapado nada y los hombres solo estorban. Teníamos un trato, llenaros de oro a cambio de ella. Y no habéis cumplido vuestra palabra.

Una de mis cejas se elevó como un arco mortífero. Akkerman tragó saliva, amedrentado.

—Lo sentimos... El marido de Olivia llegó a tiempo y la salvó antes de que pudiéramos conseguirlo.

Casi reí ante su estupidez.

—No nos sirve —escupí, con desprecio.

—La encontraremos —prometió Alonzo, que no sabía cumplir sus promesas.

Mis labios se curvaron en una mueca burlona.

—Ya no nos hace falta. Nos habéis demostrado que no servís para ser patriarcas. —Mi acto de desprecio fue tal que conocía a Alonzo como para saber que su mandíbula estaba siendo demasiado apretada en ese instante—. Nosotras nos encargaremos. Tengo un equipo rastreando por tierra, mar y aire y no hay lugar en el que Olivia Lara pueda esconderse de nosotras.

De pronto, la puerta se abrió con un estruendo y entró Vittoria, la única hija, joven y esbelta, tan hermosa como nadie. No se parecía en nada a sus padres, salvo en el cabello rubio, aunque con los años

la madre de Vittoria se lo había ido tiñendo de distintos colores oscuros. La furia emanaba de ella, desbordándose como un torrente embravecido. Todas las miradas se clavaron en ella y por un instante, admiré el fuego indomable que ardía en sus ojos. Esa chispa era exactamente lo que necesitábamos. Serviría mejor que su propio padre.

Pero Vittoria no era como sus padres, no se movía en esos ambientes. La había estado investigando, así que era inservible.

La escena continuó desenvolviéndose ante mí, pero mi atención se centró en Vittoria y en Dax Sikora, su guardaespaldas, un espécimen masculino tan peligroso como fascinante con esos tatuajes que lo cubrían como un mapa de cicatrices y valentía. Era alto, muy alto, con un cuerpo atlético que desataría la envidia de los hombres más rudos. Su cabello corto, con ciertas cicatrices en el lado izquierdo por arriba de su oreja, le daba un punto más rudo todavía. Y, a pesar de todo, el muy cabrón estaba de muy buen ver. No pegaba para nada frente a la joven Vittoria, que parecía un ángel frente a un demonio como Dax.

—¡Eres un estúpido! ¿Cómo te atreves a hacerme eso? —espetó, enfurecida.

Alonzo, a quien se le veía avergonzado de que su propia hija le llamase la atención frente a nosotras, intervino.

—Vittoria…

—Fuiste tú, ¿verdad? Le dijiste cosas a Zack… Ahora por tu culpa se ha esfumado… —continuó reprochándole, enrabietada.

No sabía quién sería ese tal Zack, pero me imaginé que sería algún novio de ella. Y conociendo a su padre, que quería sacar dinero a costa de su hija buscándole algún matrimonio arreglado, me hacía ver que sí, tenía que ser algún novio.

—Ese joven no te convenía, jovencita.

—Tengo casi veintidós malditos años, Alonzo. Sé lo que me conviene y lo que no —respondió, elevando su voz mientras Alonzo me miraba avergonzado.

—Lárgate. Hablaremos más tarde tú y yo seriamente por tu insolencia ahora mismo.

—No pienso largarme de aquí hasta que arregles lo que destrozaste —respondió Vittoria.

La tensión en el ambiente era tan densa que podía cortarse con un cuchillo. La mirada desafiante de Vittoria parecía hacer arder el aire a su paso. Sus ojos echaban chispas mientras enfrentaba a su padre con esa fiereza que tanto admiraba. Dax Sikora se mantenía en un discreto segundo plano, pero su sola presencia ejercía una fuerza gravitacional, atrayendo todas las miradas hacia su fornido cuerpo cubierto de intrincados tatuajes.

—Dax Sikora, llévese a mi hija de aquí y que no vuelva a entrar. Voy a tener que hablar seriamente con ella después de esta reunión— ordenó Alonzo, con voz dura.

—Sí, señor Rinaldi—asintió Dax con un leve cabeceo.

Antes de que Vittoria pudiera protestar, el guardaespaldas la tomó en brazos con una facilidad que dejaba en evidencia su fuerza bruta bajo esa fachada serena. Por un instante, creí percibir un leve rubor en las mejillas de la joven ante la repentina cercanía de ese monumental espécimen masculino.

—¡Déjame, Dax!—Vittoria se revolvía como una fiera enjaulada, negándose a ceder.

Dax la sacó del despacho con la misma delicadeza con la que se maneja un explosivo inestable. Una vez en el pasillo, pude escuchar

los ecos de su acalorada discusión aun después de cerrarse la puerta.

—Discúlpenme, señoras. Mi hija está en esa edad...—Alonzo esbozó una mueca paciente, como resignado.

Mis ojos se entrecerraron con desdén ante su debilidad.

—¿Con veintiún años? Déjame decirte que tu hija tiene más agallas que vosotros dos juntos. Y espero que un día sea ella la jefa de esta familia, porque como sigas aquí Alonzo, los Rinaldi no seréis nada.

Las palabras brotaron de mis labios como dagas afiladas, desafiantes. Con un gesto altivo, me giré hacia mi hija.

—Vámonos, Anastasia.

Ella asintió, leyendo mi mente con esa conexión que solo madre e hija pueden compartir. Enderezamos la espalda y caminamos hacia la salida con la elegancia de dos reinas abandonando aquel lugar de ineptos.

—Ni se molesten en acompañarnos a la salida, sabemos dónde está —declaré, sin girarme siquiera.

En el pasillo, la escena entre Vittoria y Dax continuaba desarrollándose. La joven prácticamente vibraba con una energía indomable que amenazaba con desbordarse en cualquier momento.

—¿Por qué me has sacado de allí? — le espetó al guardaespaldas, desafiante.

Dax la observó con una mezcla de exasperación y algo más... ¿fascinación, quizás? Una chispa peligrosa ardía en sus ojos al responder:

—Por tu seguridad.

—No me estés diciendo estupideces —se burló Vittoria con desdén.

Dax dio un paso hacia ella, acortando la distancia entre sus cuerpos. Una corriente eléctrica pareció cruzar entre ambos cuando la encaró con renovada intensidad.

—Ya sabes lo que pasa si enfadas a Rinaldi y no pienso permitir que ocurra lo de la última vez.

Vittoria palideció levemente, aunque su mirada no flaqueó.

—Pero Zack...

Escuchar el nombre de aquel hombre en los labios de aquella mujer parecía fastidiarle y mucho a su guardaespaldas. ¿Celos, quizás?

—Olvídate de Zack. Es un vendido. —La voz de Dax sonó cruda, desprovista de rodeos. —Hombres hay muchos y ese tío es un estúpido por hacerte eso… Mereces que se arrodillen ante ti, no que sean fáciles de comprar.

Intercedí antes de que las cosas se salieran más de control.

—¿A dónde vamos, Irina?

Anastasia me miró con su característica astucia brillando en sus ojos.

—A la mansión Grimaldi.

Pasamos junto a Dax y Vittoria, que seguían sumidos en su confrontación, dejando atrás el caos por un momento. La verdadera tormenta aún estaba por desatarse y nosotras estaríamos ahí, firmes como rocas, para encauzar su fuerza destructiva en la dirección que más nos conviniera.

***

ZEV GRIMALDI

La noche caía sobre Miami como un manto oscuro y amenazante. Mientras Ian conducía la furgoneta por las calles atestadas, no podía evitar sentir una creciente inquietud revolviéndose en mi interior. Las pistas que el padre de Olivia nos había dejado eran como un laberinto sin fin, llevándonos de un lado a otro como completos idiotas.

Estaba muy preocupado por Olivia, la cual estaba sentada a mi lado.

—No me gusta esta serie de "pistas" que tu padre te dejó cuando vivía —le dije a mi esposa, con el ceño fruncido.

Sabía que el legado de su padre era un misterio que pocas personas conocían y que Olivia era la más perjudicada en todo aquello. La preocupación me carcomía, pero también entendía que seguir esas pistas era nuestra única opción para despistar a las temibles Smirnova. Y haría lo posible para poder alejarla de cualquier tipo de peligro.

Olivia, con su hermoso vestido realzando su belleza, tomó mi mano entre las suyas y me dedicó una mirada cargada de confianza.

—Todo saldrá bien —aseguró, con una determinación que me reconfortó.

Su tacto me hacía arder por dentro con aquella atracción que solo ambos teníamos, mezclada con el amor que sentíamos. Necesitaba quitarle aquel maldito vestido con los dientes y hundirme en ella por horas y horas. Pero por desgracia no había tiempo para ello, aunque ambos lo deseásemos.

Cuando llegamos al discreto edificio, Ian aparcó la furgoneta a una distancia prudencial. Olivia y yo bajamos de la furgoneta y caminamos como reyes hacia las escaleras, nuestros pasos resonando con autoridad. La tomé de la mano y subimos los

peldaños en silencio, hasta encontrarnos frente a la puerta indicada en la tercera planta.

—Déjame entrar a mí primero. No me fío... —advertí, con cautela.

Olivia asintió, comprendiendo mis reservas. Pero justo cuando se disponía a introducir la llave, un estruendo resonó al final del pasillo. Alguien había disparado. Sin pensarlo dos veces, la empujé al suelo para protegerla, mi corazón empezó a latir con violencia ante el recuerdo de aquella vez que estuve a punto de perderla.

Fue entonces cuando vi cómo un hombre, con la cara tapada, bajaba el arma y empezaba a correr escaleras abajo.

—Quédate aquí. Toma, por si lo necesitas. —Le tendí un arma, confiando en sus habilidades para defenderse.

—Pero tú... —comenzó a protestar, su mirada estaba cargada de temor.

—No te muevas —le ordené con firmeza, antes de echar a correr en busca de nuestro atacante.

Lo perseguí, bajando por las escaleras lo más rápido que pude y lo vi corriendo a través de los callejones oscuros, hasta que logró subir a un vehículo, lo que me hizo perder la oportunidad de seguirlo. En un último intento desesperado, se giró para dispararme y creí que sería mi fin. Ahí empecé a pensar en mi hermana, en mi madre, en Rocky… Pero sobre todo en mi esposa Olivia, con aquellos ojos verdes tan llamativos con los que me hipnotizaba cada vez que la miraba. Creí que sería mi fin, ya que el arma se la había entregado a mi esposa. Fue entonces cuando un estruendo diferente rasgó el aire y el brazo de mi asaltante se sacudió con violencia. Al darme la vuelta, me encontré con la figura esbelta de Olivia empuñando un arma, sus ojos refulgiendo con una determinación que me dejó sin aliento.

Y no podía estar más enamorado de esa mujer.

El coche escapó, pero yo solo tenía ojos para la mujer que acababa de salvarme la vida. Como aquella vez en mitad de la carretera, cuando podía haberse marchado con el coche y dejarme allí como le ordené y me ignoró olímpicamente. Nunca olvidaré las increíbles patadas que le daba a aquel hombre, que podía haberme matado y me salvó. Ya eran varias las veces en que esa mujer me había salvado la vida y saber que se ponía en peligro por ayudarme me excitaba y me aterrorizaba al mismo tiempo.

—Nunca haces caso de lo que se te dice, ricitos.

Su increíble sonrisa se hizo ver al instante.

—Si piensas que te voy a dejar solo, estás muy equivocado, cucaracha —dijo, con una sonrisa desafiante.

Y en ese momento, supe que haría cualquier cosa por protegerla, sin importar el costo.

Me acerqué a Olivia y la abracé con cariño, con mucha desesperación, mezclada con aquella pasión inaudita que ambos poseíamos cuando estábamos juntos.

—¿Quiénes serían? ¿Puede ser algún guardaespaldas de Mattia o de esas tal Smirnova? —Me preguntó inocentemente.

—No lo sé, pero la respuesta no nos va a gustar —respondí, con enojo.

Tomándola de la mano, regresamos al edificio y esta vez fui yo quien abrió la puerta del piso franco. Pero lo que más me sorprendió fue lo que había allí esperándonos. Allí, sentado en un sillón amarillo, se encontraba alguien a quien reconocí al instante. Alguien a quien conocía de toda la vida… Alguien que nunca creí que se encontraría en esa situación.

Lucas, el asesor personal mi padre.

—¿Lucas? —exclamamos al unísono, con la sorpresa apoderándose de nosotros.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, cauteloso.

El hombre, con su cabello blanco pulcramente peinado, nos observó con una mezcla de tristeza y resignación.

—Señor y señora Grimaldi… —Miró a Olivia antes de continuar: —Soy tu siguiente pista, Olivia —reveló, con voz cansada—. Tu padre me ayudó en vida y esta es mi manera de devolvérselo.

—Pero... —Olivia frunció el ceño, confundida.

Lucas tenía la vista fija en mí, como para explicarme qué hacía allí y supe que lo que me diría no me iba a gustar en lo absoluto.

—Tu padre Giulio es un hombre sin escrúpulos. Me arrebató a mi familia porque quise escapar con ellas y ahora estoy totalmente solo en esta vida. —Sus ojos se ensombrecieron antes de dirigirse hacia Olivia—. En cambio, tu padre Marcelo me ayudó en todo y le debo mil cosas. Así que soy tu siguiente pista.

Se levantó y miró a Olivia con intensidad.

—Tengo miles de dudas —murmuró ella, abrumada.

—Que tu padre te responderá mediante estas pistas. —Lucas sacudió la cabeza con pesar. —Continúa, Olivia. Lo sabrás pronto.

Yo estaba completamente perdido en aquel rompecabezas.

—¿Otra caja? —preguntó una incrédula Olivia.

—Ábrelo.

Obedeciendo, mi esposa descubrió otra llave con un llavero en forma de puzle y una dirección apuntada donde ponía Las Vegas.

—Debes ir allí y abrir esa caja fuerte en ese banco. Pero una cosa más, Olivia... No tires ni una sola llave. Pronto te hará falta —le advirtió Lucas.

Entonces, decidí hablar yo.

—Si Giulio lo averigua...

Lucas, con aquella seriedad que mostraba siempre y tan erguido, contestó:

—Ya me da igual. Me arrebató todo lo que amaba. —Su voz se quebró por un instante—. Y Zev, ten cuidado con Giulio... Es más peligroso de lo que crees. Y el trato que hizo con Olivia va mucho más allá de simples intereses económicos como os hizo creer en un inicio —murmuró, dejándonos atónitos por lo que decía. —Ahora marchaos. Este piso será destruido en los próximos treinta minutos.

—¿Quiénes eran aquellos que nos seguían? —inquirí, ansioso por obtener respuestas.

—Quizás trabajadores de las Smirnova. Deben de tener mil ojos. Ahora ellos investigarán este piso, de ahí que deba desaparecer cualquier pista que haya aquí dentro. Adiós y no reveléis nada de lo que hemos hablado aquí a nadie.

Asentimos y tomé la mano de mi esposa, aún abrumada por todo lo que estaba viviendo.

Salimos apresuradamente y subimos a la furgoneta, escapando de aquel lugar plagado de peligros e incógnitas. Una vez a salvo, examiné la nueva llave con recelo.

—¿Qué son esas llaves? —murmuró, frustrada.

—¿Quizás otra llave cuando se junten? —sugirió Luna, con cautela, al examinarla.

—Lo averiguaremos... —respondí, tratando de tranquilizar a Olivia con una mirada cargada de determinación—. Somos un equipo.

Cualquiera que fuese el misterio que su padre había dejado tras de sí, estaba decidido a ayudar a Olivia a desentrañarlo, a pesar de que no me gustaba por dónde iba todo aquello, sin importar las consecuencias. Protegería a Olivia a toda costa, aun si eso significaba desafiar a las mismas Smirnova. Después de todo, ella era mi mundo entero y no descansaría hasta encontrar las respuestas que tanto anhelaba.

DIECISÉIS | NOCHE DOLOROSA

«Nunca creí que amaría a alguien como amo a Olivia y cualquier cosa mala que le ocurriese, sentía que me pasaba a mí. Haría lo que fuese para protegerla. Todo lo que fuera necesario, aunque ella terminase odiándome algún día» —Zev Grimaldi.

OLIVIA GRIMALDI

Las luces de neón de Las Vegas me cegaban mientras contemplaba la ciudad desde la ventana del hotel. Después de días conduciendo, por fin habíamos llegado a nuestro siguiente destino en esa cacería de pistas que mi padre había orquestado desde la tumba.

Me sentía nerviosa, ansiosa por descubrir qué más tenía preparado para mí. Se escuchaba el estruendoso ruido de los motores de carreras afuera. Una gran competición de coches se desarrollaba esa noche y los autos se preparaban en la línea de salida. Desde mi ventana, podía vislumbrar un pequeño sector de la inmensa pista que atravesaba el desierto.

Nunca había estado en Las Vegas, pero parecía un caos, ya que se había cerrado la pista al tráfico para que los coches de carreras pudiesen tener el acceso totalmente libre. Así que todo estaba cerrado al público.

Estaba enfadada con mi padre, que parecía no tener fin con ese largo camino de pistas que no me llevaban a nada. ¿De qué me servían las malditas llaves? ¿Por qué nadie me decía nada? ¿Quién cojones era mi padre? ¿Quién era yo realmente? ¿Por qué las Smirnova me buscaban para vengarse?

Negué, mientras observaba la pista desde la ventana de aquel hotel.

Ya estaba deseando volver a mi vida de antes, a la universidad para acabarla, estar con Angela y Rocky nuevamente… Suspiré, cansada de todo.

—¿Cómo llevas todo esto? —La voz de Luna me sacó de mis pensamientos.

Al girarme para encararla con una mueca de tristeza, pude ver que parecía preocupada por mí. Aún recordaba el día que salí del hospital después del secuestro de Mattia y ella me abrazó triste y llena de miedos por no haber podido hacer algo más cuando desaparecí.

Ella no tenía la culpa, pero se veía que se preocupaba por mí, a pesar de que era mi guardaespaldas.

Entonces decidí sincerarme con ella.

—Es complicado... —Mi enfado no parecía notarse, aunque por dentro estaba hecha una porquería—. ¿Cómo te sentirías tú si descubres que tu padre no es la persona que creías que era? Que encima te envía pistas una vez muerto y que perteneces a una familia que ni siquiera sé qué mierda de negocios tenía... Parece burlarse de ti desde la tumba enviándote pistas que no te llevan a nada…

Luna escuchó atentamente las palabras que le decía, analizándolas. Su seriedad seguía ahí, aunque ya no era tan borde como las primeras veces que nos conocimos. Parecía que todo iba mejorando poco a poco en nuestra relación.

No por ello dejaba de pensar en lo enfadada que estaba con mi padre, que me había mentido hasta con su verdadero nombre.

Me había decepcionado y cada día notaba peor mi pecho, como si tuviese un peso extra que no le contaba a Zev, o no me atrevía a contarle. Vivir esta experiencia lejos de Chicago, tener que huir

porque unas sanguinarias mujeres querían asesinarme sin que supiera siquiera la razón… Alejarme de la familia a la que por fin había encontrado y que se preocupaba por mí… era demasiado. Deseaba llorar, hacerme bola en una esquina y no salir durante días. Pero no podía hacer eso… Simplemente no podía, porque así tardaría más y no lograría salir de esta y estaba deseando volver a ver a Angela y a Rocky… Los echaba verdaderamente de menos, aunque solo habían pasado casi tres semanas desde que nos habíamos marchado. Tres semanas eternas.

—Horrible —admitió Luna, con pesar.

Ambas reímos sin ganas unos segundos. La tensión era demasiada y reía para no terminar llorando.

—Todo irá bien, Olivia —trató de reconfortarme.

Me callé, pensando en mi padre y en todo lo que había descubierto hasta ahora. No quería seguir hablando del tema. Al girarme de nuevo, noté la mirada inquisitiva de Luna.

—¿Qué hay entre Ian y tú? —Solté de pronto.

—¿Qué? —Me miró desconcertada.

—Se nota a lo lejos... Al principio creí que te habías marcado un trío con Benjamín e Ian. Pero veo que no fue así —repliqué, con las manos en las caderas.

Soltó una risita ahogada ante mi descaro.

—Bueno... Con Benjamin tuve una noche loca hace unos meses y no me llenó del todo. Con Ian todo es diferente... Es solo para pasar el rato.

Asentí, comprendiendo. Ella era dueña y señora de su propia vida, aunque no pude evitar pensar en que alguno de los dos saldría

herido si seguían con esos juegos. Tenía experiencia en relaciones con derecho a roce y nunca salían bien. En mi caso salí dañada cuando el estúpido de mi ex griego me hizo lo que me hizo, pero sabiendo que Ian era viudo, como me contó una noche Zev, y que llevaba años sin tener nada con nadie, no hacía falta ser muy inteligente para saber quién podría salir dañado de esa pareja. Luna parecía mucho más fuerte y se veía que no le gustaban las relaciones, pero quizás ella también saldría perjudicada por ello.

En ese momento, la puerta se abrió y mi atractivo esposo entró, cortando nuestra conversación. Zev lucía impecable con su traje elegante, resaltando sus tatuajes en el cuello y esa pequeña cicatriz junto a su ojo, que lo hacía aún más atractivo. Su cabello corto estaba perfectamente peinado y su expresión era una mezcla de decisión y nerviosismo.

—¿Vamos? —preguntó, con su voz grave que hacía vibrar mi cuerpo.

Dios, ese hombre me volvía loca. Incluso después de tantos meses juntos, su atractivo seguía dejándome sin aliento, enfundado en ese atuendo de gala que lo hacía ver aún más apuesto e imponente. Tragué saliva, recordando mantener la compostura.

A ver por cuánto tiempo.

—Vamos —asentí, tomando su mano.

—Recuerden que habrá mucha gente por la carrera. Tengan mil ojos. Nosotros estaremos cerca, vestidos de paisano. Pero no podremos entrar al banco. —Nos recordó Luna—. No pasen más de diez minutos dentro o entraremos de forma poco elegante.

Asentimos, sabiendo a qué se refería.

El banco estaba cerrado, pero Zev tenía sus influencias y había conseguido que lo abrieran ese día solo para nosotros.

Al salir del hotel, el estruendo de la multitud nos golpeó con fuerza. Era asfixiante toda la gente que había alrededor del circuito, el ruido de los motores nos dejaba casi sordos y eso que estábamos mucho más lejos por los anillos de seguridad para que nadie se pegase al lugar.

Con la mano de Zev apretando la mía, avanzamos entre el mar de gente, tomados de la mano, sintiendo los oídos arder por el ruido ensordecedor. No logré divisar a nuestros guardaespaldas en ningún momento durante el recorrido hacia el banco. Pero sabía que estaban ahí.

—Soy Zev Grimaldi, vengo con mi esposa —anunció mi marido ante el guardia de seguridad, cuando nos quedemos frente a ese hombre en las puertas del banco.

Un hombre trajeado nos guió entonces hacia el área donde se resguardaban las cajas de seguridad. Mi corazón latía con violencia ante la expectativa de lo que encontraríamos. Zev apretó mi mano con suavidad, para infundirme valor.

Todo era pura elegancia. Podría decirse que el lugar estaba tan impecable que en mi vida había visto un banco como aquel, aunque también nos encontrábamos en Las Vegas, la ciudad del pecado. Carraspeando, seguimos a ese hombre, hasta que entramos a un pasillo, donde se encontraban lo que parecían pequeñas taquillas por todo el lugar. Eran cajas fuertes de otras personas que guardaban cosas importantes en ese lugar y pagaban un dinero por guardarlas. En mi caso, no sabía qué era lo que mi padre había dejado en ese sitio.

El hombre me guio hacia una caja con el número ochenta y siete grabados y me dijo:

—Esta es su caja, señora Grimaldi.

El hombre, con su llave, sacó la caja de allí y la puso sobre una mesa, donde había una cortina para que hubiese intimidad para Zev y para mí. Después nos dejó solos.

Miré a Zev con ojos implorantes y la caja a escasos metros de mí.

—¿Y si veo algo que no me gusta de mi padre?

Su mirada se suavizó y acarició mi mejilla con ternura.

—Hemos llegado hasta aquí por voluntad de tu padre, Olivia. Vamos a seguir hacia adelante. Estoy seguro de que no habrá nada que temer.

Estaba dudosa. Ya no sabía qué esperar de mi propio padre.

Todas esas horas de entrenamiento, todas esas charlas extrañas, cómo mi madre discutía con mi padre porque no me contaba todo. En ese momento no lo entendía, pero ahora sí. Ahora lo entendía todo. Pero no sabía a qué me estaba enfrentando, aunque intuía que aquello era demasiada molestia para algo que no me haría daño. Definitivamente, fuera lo que fuera, sí iba a hacerme daño.

Aunque no fuese tan grave… Iba a dolerme y no sabía a qué enfrentarme.

Asentí, reuniendo mi valentía, y abrí la caja. Sin embargo, lo que había dentro me sorprendió mucho más de lo que esperaba.

Dentro, un pequeño peluche en forma de osito me recibió. Contuve el aliento, reconociéndolo al instante. Me trajo recuerdos de mi infancia.

—¿Lo reconoces? —inquirió Zev, con suavidad.

Sin palabras, tomé el peluche entre mis manos, sorprendida al notar que aún conservaba el olor de mi pasado. Parecía que llevaba

muchos años encerrado ahí y no había perdido el aroma que tanto anhelaba.

Una lágrima traicionera cayó por mi mejilla y la limpié enfadada, tan rápido como pude.

—Sí... Nunca me separé de él. Pero lo perdí en uno de los largos viajes que hicimos y nunca lo volví a recuperar... Me lo regaló mi padrino Sebastian...

Sebastian… Ese hombre que era buen amigo de mi padre, que venía a visitarme siempre y me traía golosinas. Siempre estaba para las buenas y para las malas. Pero un día se esfumó… Desapareció y en el fondo adiviné por qué. Siempre había estado metido en sus juegos de casino, estaba obsesionado con ello. Siempre lo supe, aunque mi padre me decía lo contrario.

Acaricié la suave tela con nostalgia. Detrás del peluche, una nota con una dirección llamó mi atención.

—Pone algo detrás... Una dirección —le expliqué a Zev—. Creo que es un casino.

Suspiré con resignación. Una vez más, nos veíamos empujados a seguir el rastro de mi difunto padre, buscando respuestas entre los misterios que nos deparaba Las Vegas.

***

Las luces brillantes del casino danzaban como luciérnagas en la noche, pero dentro reinaba un bullicio ensordecedor. Cientos de personas apiñadas en las mesas de juego y las máquinas tragamonedas, riendo, maldiciendo y apostando sus fortunas en una noche de codiciosa emoción. A través del espeso ambiente y el tintineo incesante de las fichas, enfoqué mi mirada en busca de Sebastian.

Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que lo vi, cuando yo era pequeña. Recordaba sus brazos fornidos envolviéndome en un abrazo de oso, el aroma almizclado de su *aftershave* y la risa cantarina que se desbordaba desde su enorme pecho. Era el padrino que todos desearíamos tener, con esos ojos vivaces que siempre parecían guardar un secreto. Pero, para lo bueno y para lo malo, siempre estaba ahí.

Nunca olvidaré lo mucho que lloré cuando no volví a verlo, lo enfadada que estuve y que la única que estuvo a mi lado, apoyándome en ese mal momento, fue mi madre. Siempre fue mi madre. Quizás fuese cómplice del secreto de mi padre, pero era la única que siempre me decía las cosas sin filtros. Siempre.

Zev caminaba a mi lado, con su mano posada en la parte baja de mi espalda desnuda en un gesto protector. Recorrí su perfil de líneas angulosas y mandíbula cuadrada con la mirada. A pesar de su aspecto rudo e intimidante, me sentía más segura a su lado que en ningún otro lugar. Quizás siempre lo supe, aunque al principio no quería admitirlo. Siempre me sentía más segura a su lado.

—¿Cómo lo encontraremos entre todo este gentío? —preguntó, por encima del sonido de las tragamonedas.

Me encogí de hombros y una leve sonrisa curvó la comisura de mis labios.

—Ese zorro siempre ha tenido debilidad por el juego. Solo tenemos que buscar la mesa de póker más ruidosa —contesté divertida.

Al empezar a caminar por todo el lugar, sentí la mirada de las personas clavada en nosotros.

¿Quizás Zev Grimaldi era tan célebre que hasta en Las Vegas lo conocían?

Aquello no me gustó en absoluto y menos la manera en que algunos hombres me miraban.

—¿Por qué nos miran tanto?

Zev lo tuvo claro.

—Envidia. Los hombres quieren ser yo y las mujeres tú, o al revés. No me extraña que Reyes te estuviese tirando los tejos el otro día. He de admitir que me puse celoso.

Reí, para nada sorprendida por ello.

—No te pongas celoso, Grimaldi. Luego el que me va a follar serás tú y nadie más.

Sus labios se acercaron a mi oído con sensualidad.

—Eso tenlo por seguro y con ese vestido más todavía…

Me mordí el labio al imaginarme la de guarradas que podría hacerle a ese hombre, hasta que me quedé totalmente petrificada.

Mi corazón latía a mil por hora. Hacía más de quince años que no veía a Sebastian y ahora volvería a verlo, a enfrentarme a él después de que me dejase tirada y ni siquiera se despidiese cuando se marchó. Ni siquiera recordaba la de noches que estuve llorando porque fue la primera persona que me importaba que me abandonó. Siempre me habían dejado de lado y nunca me acostumbraría a la sensación.

No tardamos en divisar la mesa de fieltro verde con un tumulto de hombres de rostros enrojecidos y puños cerrados, algunos con puros humeantes colgando de las comisuras de sus bocas. Y en medio de toda esa fetidez y tensión, ahí estaba Sebastian, con un montón de fichas amontonadas frente a él.

A pesar de los años transcurridos, pude reconocer su lustrosa cabellera rubia salpicada de hebras plateadas. Su expresión era impasible mientras barajaba las cartas con innegable destreza, listo para volver a apostar. Sus ojos, de un azul eléctrico, parecían dos guardias listos para actuar.

El nerviosismo empezó a inundarme. Mi padrino estaba ahí, mi segundo padre, el que me había dejado de lado hacía muchos años.

—Es él —murmuré, conteniéndome de correr a abrazarlo. Sabía que debía ser cauta, estaba enfadada con él.

No por ello significaba que no estuviese decepcionada de que me hubiera dejado sin despedirse de mí para seguir obsesionado con los juegos.

—Me sentaré y jugaré al póker.

Zev pareció casi sorprendido por ello.

—¿También sabes jugar?

Me limité a sonreír por toda respuesta. Zev asintió y frotó mis omóplatos desnudos en un gesto reconfortante.

—Ve con cuidado. No sabemos si está involucrado en esto o no.

Asentí y tragué saliva para reunir valor. Con estudiada lentitud, sacudí mis caderas enfundadas en satén bermellón mientras me dirigía hacia la mesa de juego. Todas las miradas masculinas se clavaron en mí; algunas descaradas, otras furtivas. Podía sentir sus ojos recorriéndome de arriba abajo como si fuera un exquisito manjar. Sonreí para mis adentros, sabiendo que Zev probablemente estaría echando humo por esas miradas lascivas hacia su esposa.

—¿Puedo unirme, caballeros? —ronroneé con voz melosa, deslizándome en el único asiento vacío de la mesa.

Un coro de asentimientos masculinos y algún que otro silbido obsceno fue mi respuesta. Sebastian alzó la vista hacia mí y, por un instante, su imperturbable fachada se tornó en una mueca de desconcierto. Me estudió largamente, entrecerrando esos ojos de depredador, como intentando ubicar mi rostro en sus recuerdos.

Finalmente, un atisbo de reconocimiento brilló en sus iris azules. Un leve cabeceo fue todo el saludo que obtuve de él por el momento. No me sorprendió, Sebastian siempre había sido un hombre parco en palabras innecesarias.

Noté la silueta de Zev apoyándose en una de las columnas, a unos siete metros de la mesa, observando la escena y protegiéndome desde allí.

Empezamos la ronda, mientras algunos de ellos hablaban sobre la carrera de hoy y lo molesto que era para la ciudad cortar carreteras.

—No me gusta la Fórmula 1. Tan solo es un malgasto de dinero.

—Pues yo lo disfruto y más el ruido del motor.

Las rondas de póker transcurrieron entre apuestas audaces, gritos ahogados de triunfo y maldiciones murmuradas por los perdedores. Para mi deleite, descubrí que los años de jugar al póker con mi padre no habían sido en vano. Lograba leer los gestos de mis oponentes como un libro abierto y eso me daba cierta ventaja. Gané varias manos seguidas hasta que llegó el momento decisivo.

Con un movimiento limpio, dejé caer mis cartas sobre la estera verde, revelando la escalera de corazones que me daba la victoria. Un silencio atónito se extendió por la mesa cuando barrí las fichas hacia mí con una sonrisa ladina.

—Disculpa pero... me recuerdas a alguien. —La voz de Sebastian casi fue un susurro.

No respondí, simplemente tomé el pequeño peluche de felpa que llevaba conmigo en un bolso y lo deslicé sobre la mesa hacia donde él estaba sentado. Lo empujé con la punta de los dedos hasta que quedó justo frente a él. Nuestras miradas se encontraron por una fracción de segundo antes de que me levantara y comenzara a alejarme con Zev pisándome los talones.

Cuando estuve al lado de mi marido, este descruzó los brazos con una media sonrisa.

—¿Le das el peluche y te vas? Ni la mejor de las matriarcas hace tal cosa —bromeó Zev por lo bajo, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Espera y verás —repliqué, con un guiño cómplice.

La mirada lasciva de mi marido me recorrió el cuerpo lentamente y podía notar lo excitado que estaba.

Quizás era por el lugar, pero también sentía lo mismo y verlo con esa camisa remangada, solo me hacía desear rompérsela para tenerlo desnudo ante mí y hacerle todas las cosas que tenía en mente. Me calentaba tan solo con mirarme y eso me hacía desearlo todavía más.

—No sé si podré esperar a llegar al hotel… —murmuró él.

—¿En qué piensas? —le pregunté, intrigada.

—En cuántos hijos podría hacerte —replicó, con la ceja enarcada y la vista posada en mis voluminosos pechos.

Reí ante sus ocurrencias.

Apenas habíamos dado unos cuantos pasos cuando la voz de Sebastian rompió el barullo del casino.

—¿Olivia? —Su voz me dejó totalmente mal—. No puedo creerlo…

Me giré de inmediato para verlo prácticamente saltar de su asiento y abrirse paso entre la gente hasta donde yo estaba. En cuestión de segundos me envolvió en uno de sus famosos abrazos de oso, tan apretado que temí que me rompiera las costillas. Pero no me importó, se sentía tan malditamente bien después de tantos años... Era como mi segundo padre, pero estaba muy enfadada con ese hombre.

—Lo siento, pequeña... Lo siento mucho —Sebastian casi sollozaba contra mi cabello—. Siento lo de tu padre, siento haberte dejado de lado, siento desaparecer cuando más me necesitabas...

El muy cabrón consiguió que se desbordaran en mi interior las emociones que había tratado de reprimir desde hacía semanas. Las lágrimas me escocieron en los ojos al recordar aquellos días negros tras la muerte de papá o el abandono de Sebastian un tiempo antes. Una parte de mí aún guardaba rencor por ese doloroso desarraigo, pero al mismo tiempo lo había extrañado como a nadie en el mundo y ahora finalmente lo volvía a tener frente a mí.

—Sebastian... —Fue lo único que atiné a musitar, con voz ahogada.

Él se separó un poco de mí, las gruesas líneas en su rostro cuarteadas debido a la culpa y el remordimiento. Pude ver que sostenía el pequeño oso de felpa como un tesoro invaluable entre sus enormes manazas.

—Fuiste la hija que nunca tuve y te dejé de lado. —Se lamentó, negando con la cabeza—. Cuando me fui, tenía este peluche en mi maleta. Años después, se lo di a tu padre antes de que entrara a la cárcel. Me imagino que esto es parte de su plan...

Asentí, enjugándome las lágrimas con determinación. No podía derrumbarme ahora, no cuando finalmente habíamos encontrado una de las piezas del rompecabezas de mi padre.

—Las Smirnova nos están buscando —le confesé a Sebastian, con voz temblorosa—. Y mi padre me ha dejado una serie de pistas... Creo que las llaves tienen algo que ver, pero no sé a dónde me llevarán.

Sebastian asintió lentamente, su expresión tornándose grave. Sentí su cálida mano envolver la mía en un gesto tranquilizador.

—Sunam lo sabe. Él te dirá a dónde debes ir —aseguró, como si nada.

Rebuscó en el interior de su chaqueta de cuero desgastado y extrajo un pequeño sobre amarillento. Lo deslizó sobre mi palma abierta con delicadeza.

—He estado esperándote una semana desde que me llegó el aviso de la primera pista por parte de Marta Reyes. Es otra de las llaves y la última. Ahora debes esperar la llamada de Sunam.

Decepcionada por no saber nada más, miré el sobre y asentí.

—Gracias —musité, sintiendo que ese sobre contenía mucho más que una simple llave. Era como si cargara con el peso de todas las incógnitas enterradas durante años.

El rostro de Sebastian se ensombreció aún más mientras tomaba mis hombros con firmeza, clavando sus ojos de un azul eléctrico en los míos.

—Una vez sepas lo que es, busca un lugar alejado de todo. Donde las Smirnova no puedan encontrarte. —Me advirtió con tono sepulcral—. ¿Él es tu marido? —Hizo un leve gesto hacia donde Zev nos observaba a unos metros.

Asentí, súbitamente temblando al sentir una intranquilidad indescriptible. Sebastian enfocó su mirada acerada en Zev.

—Cuídala, protégela... Nunca se cansarán de perseguirla, pero si encontráis un lugar recóndito del mundo, os aseguro que Olivia podrá tener una vida tranquila al fin.

Un nudo se formó en mi garganta al darme cuenta de que mi vida, tal y como la conocía, se había terminado para siempre en ese preciso momento. Tenían razón, nada volvería a ser lo mismo.

—Tu vida ya no volverá a ser la misma, Oli... Quizás nunca lo fue —masculló Sebastian con pesar, como si leyera mis pensamientos.

Las lágrimas ardieron en mis ojos, pero luché por contenerlas. Necesitaba respuestas, no enigmas.

—Por favor, Sebastian... ¿Qué me estáis escondiendo? —imploré, con un hilo de voz.

Él negó lentamente, con un atisbo de dolor cruzando sus facciones curtidas.

—No puedo decírtelo, pero te prometo que esta es la última llave —juró con la mano en el pecho—. A partir de ahora, todo será cosa de Sunam. Todo lo encontrarás en el lugar donde viviste el inicio de tu vida.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver el lugar donde crecí? —cuestioné, desconcertada.

Sebastian se pasó una mano por su cabello grisáceo, con los ojos vidriosos llenos de una emoción contenida.

—Porque cuando te lo cuente, tu vida correrá auténtico peligro.

No pude contener más el llanto. Me arrojé hacia él y lo abracé con todas mis fuerzas, aferrándome a su pecho como un bálsamo contra el miedo que comenzaba a apoderarse de mí. Sebastian me envolvió

en esos brazos fornidos y protectores que tan bien recordaba de mi pasado.

—Te he echado mucho de menos, Seba. —Sollocé contra su camisa.

Pude sentir el temblor de su cuerpo cuando me respondió, con voz enronquecida:

—Y yo a ti, Oli... Pero nuestras vidas volverán a separarse y, si no nos volvemos a ver, será lo mejor para ti... Para tu seguridad.

Asentí en medio del abrazo, sabiendo que decía la verdad, por mucho que me doliera. De pronto, Sebastian se puso rígido y un movimiento brusco hizo que me separara de él, justo a tiempo para verlo tambalearse hacia atrás con una expresión de infinito desconcierto en su rostro.

Un sonido sordo, como un globo reventándose, estremeció el aire y entonces... La sangre. Un grotesco chorro rojo oscuro brotó del pecho de Sebastian mientras su cuerpo se desplomaba pesadamente sobre mí. El cálido líquido viscoso me salpicó por completo, empapando mi vestido y anegando mis fosas nasales por ese olor tan fuerte a hierro.

Todo se volvió confuso a mi alrededor. Gritos desgarradores, llantos, gente empujándose en una frenética estampida por huir del casino. Yo simplemente yacía inmóvil, con la figura inerte de Sebastian sobre mi regazo y su sangre tiñendo todo a mi paso de un rojo oscuro, coagulándose lentamente.

—¡Olivia! —La voz distante de Zev fue como un cabo al que aferrarme para no naufragar en aquel mar de horror.

Apenas podía moverme, apenas podía decir nada. Estaba petrificada.

Lo vi abrirse paso a codazos entre la multitud enloquecida que, en menos de un segundo, ya estaba huyendo por todos lados, y hasta

me empujaban. Zev había estado a mi lado, pero la gente lo empezó a separar de mí hasta llegar a mi lado. Sin miramientos me arrancó de debajo del cadáver de Sebastian y me puso en pie de un tirón. Mis piernas apenas me sostenían y mi mente era un remolino de imágenes dantescas que no lograba asimilar.

—¡Vámonos! —bramó Zev, con los dientes apretados, tirando de mí por los pasillos atestados del casino, rumbo a la salida de emergencia.

Una vez fuera, el aire gélido de la noche me golpeó el rostro con una bofetada helada, despejando un poco la neblina roja que había nublado mi cerebro. Zev seguía arrastrándome a la fuerza por el estacionamiento, con los chillidos de neumáticos quemándose y el estruendo de los motores acelerados al huir como un rugido ensordecedor a nuestro alrededor.

En algún punto, algo dentro de mí pareció simplemente apagarse, como un interruptor de emergencia. Ya no escuchaba nada, no sentía nada, no veía nada más que un océano de oscuridad devorándome. Lo último que recordé fueron los fuertes brazos de Zev sacudiéndome antes de que todo se desvaneciera en la nada.

***

El sonido de lo que parecía un viejo reloj de pared se clavaba en mis sienes como un martillazo incesante que solo acentuaba el zumbido atronador instalado en mi cabeza. Parpadeé varias veces, intentando enfocar la mirada en aquel lugar desconocido, pero las sombras parecían girar voraces a mi alrededor.

Luchando por incorporarme en aquella superficie mullida, finalmente pude reconocer que me encontraba sobre un sofá bastante cómodo. Una manta roja de lana suave me cubría hasta la cintura, aunque no lograba entender cómo había llegado hasta allí. Lo último que recordaba con nitidez era la sangre... La cálida sangre de Sebastian

empapándome por completo mientras su cuerpo inerte se desplomaba sobre mí.

Un escalofrío me hizo temblar de la cabeza a los pies al revivir esa escena dantesca. Aparté la manta de un manotazo, presa del pánico, ansiando confirmar que aquel líquido espeso ya no me cubría la piel. Por suerte, no había rastros de ella, solo mi cuerpo enfundado en la camisa desabotonada de Zev y mis braguitas de encaje.

Estaba limpia, aunque la culpa y el horror permanecían inmutables como una losa de plomo sobre mi pecho, dificultando mi respiración. Me hice un ovillo en un rincón del sofá, abrazando mis rodillas contra el pecho y dejé que las lágrimas fluyeran sin control, sacudiendo mi cuerpo en silenciosos sollozos.

No supe cuánto tiempo transcurrió hasta que la áspera voz de Zev trazó un hilo de consciencia al que aferrarme en medio de mi dolor.

—Liv...

Alcé los ojos enrojecidos para encontrarlo arrodillado frente a mí, su torso desnudo tenuemente iluminado por las llamas de la chimenea. El aroma a leña quemada y perfume masculino fue como un ancla hacia la realidad.

—Ya pasó. Estás conmigo… Estás a salvo. —Me susurraba Zev mientras yo trataba de aceptar la triste realidad de lo que había sucedido.

Sus tatuajes estaban mucho más brillantes que nunca y estaba impecable, con su cabello corto despeinado y algo rizado, como ya acostumbraba a verlo. Pero mi mente no podía dejar de pensar en otra cosa.

—Lo han matado... —Gemí con voz ronca, empezando a llorar—. Apenas lo había vuelto a encontrar y esas personas lo asesinaron de esa manera tan cruel... Me han arrebatado a otro ser querido…

Las palabras se ahogaban en mi garganta mientras los sollozos me sacudían sin control. Zev me envolvió en la fortaleza de sus brazos musculosos y me atrajo contra su pecho, amándome como nunca.

No podía dejar de pensar en las cosas que me había dicho antes de salir en aquel barco. Cuando discutimos aquella noche en nuestro cuarto y él estaba enfadado porque no quería que siguiera esas pistas. Ahora veía que él tenía toda la razón del mundo y yo simplemente fui una idiota.

—Tenías razón... Tenías razón, tenías razón... —Gemí, entre hipidos desconsolados—. Debí haberme quedado en Chicago contigo en el apartamento. Así no le habría pasado nada a Sebastian. No estaría metida en esta mierda de pistas, como si mi padre se estuviese burlando de mí.

Zev acariciaba mi cabello con sus largos dedos, dejándome desahogarme ante la marea de emociones que me embargaba. Sabía que nada de lo que pudiera decir en ese momento lograría aliviar el agudo filo del dolor, así que simplemente me abrazaba; paciente, reconfortante.

—No se está burlando de ti —murmuró contra mi sien después de algunos minutos.

Negué frenéticamente, separándome un poco de él. El fuego líquido en su mirada oscura me quemó al encontrar su rostro.

—¡¿Y por qué cojones no me dice lo que me estuvo escondiendo?! —Estallé, con rabia—. ¡Estoy harta de esto! Quiero mi vida como antes, volver a la universidad, estar contigo, no vivir estas situaciones límite... Abrazar a Angela y a Rocky... Solo quiero eso.

La impotencia me ahogaba, escapándose en un torrente de ira caliente que Zev simplemente permitía que descargara sobre él.

Permaneció inmóvil, como una roca, mientras yo continuaba despotricando entre lágrimas.

—¿Por qué siempre me ocurre lo peor? A todo el que se junta conmigo le ocurre algo... ¿Y si te pasa a ti? ¿O a Angela? —Aquello último me dejó mucho peor de lo que ya estaba—. Oh no… No, no, no… No lo soportaría.

Sus labios se curvaron en una sonrisa triste y ladeó la cabeza, acariciando mi mejilla húmeda.

—Soy una cucaracha, por mucho que me pisen no me pasará nada. Y a Angela no le ocurrirá nunca nada.

Negué como una niña y escondí mi cabeza entre mis rodillas encogidas. El sonido amortiguado de mi llanto fue lo único que se escuchó por unos minutos, hasta que su voz grave rompió el silencio.

—Sé que esto es muy, muy duro para ti —murmuró Zev, con la mirada fija en mis ojos verdes—. Pero ahora que estamos aquí no nos vamos a echar atrás... —contestó con la voz pastosa—. Estamos alejados de la ciudad de Las Vegas, vamos a esperar aquí la llamada de Sunam y nos iremos a ese lugar con esas llaves. Y después volveremos a Chicago y encontraremos una solución juntos.

No dije nada, pero no quería seguir con aquello. Quería tirar las malditas llaves a la primera basura que encontrase, o al mismo mar para que nadie las encontrase y así mi padre supiera desde donde se encontrase qué me parecía lo que él me había estado haciendo. Pero entonces Sebastian habría muerto en vano, por nada. Eso no podía permitirlo…

Ya no sabía qué hacer.

—Mi padre solo parece reírse de mí en la tumba.

Zev seguía acariciándome mientras que yo apenas sabía qué decir.

—No lo está haciendo.

—¿Y entonces? ¿Por qué me ha estado ocultando algo que es "tan importante"? ¿De qué se trata?

Zev guardó silenció y me observó con aquellos ojos que me tenían enamorada, pero que en ese momento parecieron tornarse bastante oscuros. Me miró, con sus labios entreabiertos, como si desease decirme algo, pero tras segundos pensándolo, volvió a cerrar su boca como si nada. No le di importancia, pero quizás es que no quería verme de aquella manera, sufriendo y prefería ahorrarse las cosas que quería decirme.

Se limitó a negar con la cabeza.

—Sé que estás enfadada con tu padre… Puedo llegar a entenderlo. Pero él tan solo quería protegerte —musitó.

¿Protegerme? ¿Era eso acaso proteger a alguien, ocultándole una información tan importante como aquella? ¿O simplemente estupidez humana?

—Si realmente hubiera querido protegerme, debió habérmelo dicho para saber a qué atenerme. No sé a qué mierda viene tanto secretismo —contesté, furiosa.

Zev parecía afectado, como yo. Sabía que no quería verme así, triste, como en un eterno bucle sin fin, pero no podía hacer otra cosa. Me sentía así, como si cayese una y otra vez en el mismo pozo, pero nunca llegaba al final. No sabía si había algo malo o bueno al fondo del pozo, tan solo caía y caía sin saber a qué atenerme, ni lo que estaba ocurriendo. Por eso me habían secuestrado meses atrás, por eso me había pasado todo aquello y sospechaba que más personas lo sabían.

Zev me abrazó con amor.

—Yo estaré a tu lado siempre.

Apenas podía moverme cuando le dije:

—Tengo miedo, Zev…

—Somos un equipo, Liv… No vas a estar sola en esto nunca.

Me besó en la sien para luego colocar su frente sobre la mía.

Apenas pensaba con claridad, pero mi cuerpo no dejaba de temblar, de pensar en la maldita escena una y otra vez. Nunca creí presenciar una escena así de alguien a quien quería, a quien apreciaba, a pesar de que me hubiese dejado de lado por sus vicios. No se merecía acabar así, nadie lo merecía.

—¿Dónde están Luna, Benjamin e Ian? —pregunté, tratando de pensar en otra cosa en ese momento para no caer en el mismo bucle.

—A partir de ahora, nosotros dos iremos solos. Si nos vamos a otro continente, estaremos más a salvo con menos personas a nuestro lado. Pasaremos más desapercibidos —me informó, sin separarse de mí.

Tenía razón, aunque no sabía si los dos solos podríamos protegernos si ocurría cualquier cosa. Confiaba en él, sabía que estaba segura con Zev y él también podía sentirse seguro a mi lado. Ambos hacíamos buen equipo y haríamos lo posible para salvarnos mutuamente.

—¿Ya se han marchado?

Negó.

—No. Cuando te desmayaste, les dije que recogieran tus cosas y las dejaran en un punto junto con las mías. Ahora estamos en una casa que compré hace años cuando quería alejarme de todo —repuso, observándome con aquellos ojos tan negros que amaba. —Estamos en un pequeño pueblo, alejado de Las Vegas. En coche se llega bien, estuvimos unas horas en carretera. Te quité ese vestido, te limpié y dejé que descansases en el sofá. Vamos a estar unos días aquí ambos, hasta que te recuperes. Llame o no Sunam.

Era en momentos como aquel que no dejaba de pensar qué haría sin ese hombre. Todo esto se hubiese estampado en mi cara y me sería difícil, sobre todo si no tenía a nadie en mi vida a quien considerar familia. Ahora todo era muy distinto, aunque fuesen personas con dudosa reputación, darían la vida por mí. Y amaba a Zev como nunca había amado a nadie.

Por eso le di las gracias.

—Gracias, por estar siempre ahí…

Su rostro lucía alicaído y ausente. Me observaba, me escuchaba, pero lo sentía distante, como si su mente estuviese en otro lugar. Podía entenderlo, en pocos meses habíamos vivido muchas más cosas malas que buenas. Pero quería que él también supiese que estaría ahí siempre.

—Angela te echa mucho de menos —murmuró él, acariciándome las mejillas con sus pulgares.

—Joder… Yo también. Ya quiero volver a verla —contesté, sin poder dejar de pensar en ella.

Cerrando mis ojos, deseé poder tener un futuro con ellos, todos juntos viviendo en el mismo lugar, disfrutando de la vida, aburriéndonos del día a día y teniendo una vida de lo más monótona. Quería vivir una vida distinta, volver a dibujar como tanto anhelaba y dejar atrás toda esta aventura.

Fue ahí cuando el sonido del móvil prehistórico de Zev sonó.

—Justo está llamando. ¿Quieres hablar con ella cuando termine yo?

Miré el móvil de él y asentí, deseando escuchar la voz de Angela.

—Sí, por favor.

Se levantó del suelo y empezó a hablar. Zev parecía feliz de que su hermana estuviese al otro lado del teléfono. Me imaginé que apenas habría dormido esa noche, por eso Zev le echó la bronca de que no se acostara a deshoras, pero por lo que podía entrever, ella no podía dormir hasta no hablar con él. Se veía que echaba mucho de menos a su hermana y quería mantenerla alejada de todo aquello.

Ojalá algún día Angela tuviese tantos amigos que no pudiera contarlos con los dedos de sus dos manos. Ojalá tuviese una vida tranquila como una pequeña de su edad. Ojalá ella no se preocupase por cosas triviales como una persona adulta.

—¿Quieres hablar con Olivia? —preguntó él y me senté mejor en el sofá.

Zev tuvo que separar el móvil de su oído porque se escuchaban los gritos de la pequeña de fondo, emocionada.

Sonreí al escucharla tan feliz. Zev me entregó el móvil.

—Toma.

—Hola, Angela—la saludé, tras colocarme el móvil en la oreja.

—Oli, te echo mucho de menos. ¿Cuándo vuelves?

Sonreí, sintiéndome mucho mejor. Y es que Angela parecía la mejor terapia que existía, como Rocky. Ambos eran para mí la mejor vitamina.

—Muy pronto, cariño. Pronto volveremos. ¿Cómo estás tú? ¿Y Rocky?

—Echándote mucho de menos, pero nos hacemos compañía —respondió. —Mi amigo Adam ha estado viniendo a la mansión y lo hemos pasado genial jugando con Rocky. Todavía no se ha alejado de mí, es buena señal, ¿no?

Se la notaba algo preocupada y la entendía totalmente.

Sentía que era como su otra hermana o alguien más cercano a ella. Angela siempre me hacía preguntas que a veces la preocupaban pero no le decía a su hermano mayor, quizás porque tenía más confianza conmigo por ser una mujer. Angela se había criado sin una madre y era doloroso saberlo. Yo al menos supe lo que era el cariño de una madre, pero ella no pudo saberlo.

Quería que fuese feliz y sabía que algún día lo lograría.

—El verdadero amigo estará siempre ahí, Angela.

Por la mirada que me dedicó Zev, sabía que no le gustaba mucho escuchar lo de ese amigo de su hermana. Pero a él le debía de dar exactamente igual.

—Por favor, ¿puedo vivir con vosotros cuando volváis?

Aquella pregunta me dolió mucho más que ninguna otra.

Lo habíamos intentado miles de veces y, hasta hacía poco, antes de subir al barco, también lo intentamos con Giulio. Pero él siempre decía que no. Giulio siempre había tenido algo oscuro que no me gustaba, aunque al principio me engañó haciéndome creer que quería que tuviese una relación real con Zev, al final todo parecía puro teatro para poder tener beneficios conmigo.

Ahora que todo iba mucho más en serio, él solo decía que antes de que llegara mayo ambos habríamos firmado el divorcio. Y eso no iba a suceder.

—¿No quieres quedarte con Giulio? —pregunté, porque tampoco quería decirle todo lo que habíamos intentado Zev y yo para que Angela pudiera vivir con nosotros en el piso.

—Es mi papá, pero siempre está ocupado en su trabajo. Apenas tiene tiempo para mí. Con vosotros siempre estoy feliz.

No quería prometerle nada, porque no me fiaba de Giulio y tenía miedo de que no me dejase volver a ver a Angela después o ser su profesora de clases particulares. Así que tenía que mover ficha por otro lado.

—Haremos lo posible, Angela… Te prometo que algún día viviremos los cuatro juntos.

—¡Siii! —exclamó, emocionada.

Tras eso, nos despedimos dándole las buenas noches, para luego colgar y entregarle el móvil a Zev.

—Angela quiere irse a vivir con nosotros —lo puse al tanto, aunque por su cara era evidente que ya lo sabía.

—Con Giulio será difícil, Olivia.

—No me cansaré de luchar por ella.

Él asintió y sabía que pensaba lo mismo que yo. Estábamos pensando exactamente igual y queríamos que Angela estuviese con nosotros para que no se sintiese sola nunca más.

Fue ahí cuando lo volvieron a llamar y él contestó.

Yo me dediqué a examinar la casa. No era lujosa, pero tampoco muy pobre y parecía un hogar. Quise saber más cosas y lo cierto era que aquella casa era hermosa, aunque solo podía ver la zona del salón gracias a la luz de las llamas de la chimenea, porque el resto estaba a oscuras.

Zev empezó a hablar y me llamó la atención que a cada rato dijese que sí a todo, para luego decir que lo entendía y colgar al final. Sin comprender nada, lo miré y él soltó un suspiro antes de girarse y mirarme a los ojos.

—¿Quién era?

Sin tardar ni un segundo más, contestó:

—Sunam. Quiere que vayamos a tu casa.

—¿Chicago? —quise saber, sin entender nada.

Zev negó.

—No. A Ayllón, en España.

DIECISIETE | CONFESIONES

«No quería perderla y sabía que acabaría haciéndolo debido a mi ignorancia cuando la conocí» —Zev Grimaldi.

OLIVIA GRIMALDI

Nunca creí que volvería a pisar Segovia, mucho menos que regresaría a España y conduciría por las carreteras en las que tantas horas de mi vida llegué a pasar junto con mis padres.

Aquí no hacía mucho frío, estábamos a principios de marzo y parecía haber una ola de calor en un mes donde no era lo normal. También era cierto que el cambio climático cada año estaba más intensificado y el ser humano era el responsable de todo ello.

Estaba hecha un manojo de nervios después de lo que había vivido en Las Vegas, lugar que esperaba no volver a pisar nunca después de lo que habíamos vivido allí. Después de presenciar en directo la muerte de un ser querido para mí.

Era muy reciente, apenas habían pasado dos días y mi mente repetía en bucle el rostro de Sebastian cuando le dispararon por la espalda. Sabía quiénes habían sido, pero no me atrevía a pronunciar su apellido en mi mente.

Zev estaba a mi lado y observaba los lugares del noroeste de Segovia mientras conducía un coche que habíamos alquilado hacía unas horas, desde que nuestro avión había aterrizado. Nos dirigíamos a un municipio de Ayllón, donde yo me había criado, donde viví parte de mi vida y donde disfruté de mis padres durante años, aunque no todos los que habría deseado. Mi marido me había cuidado durante aquellos dos días que nos habíamos quedado en aquella casa que él tenía, no muy lejos de la ciudad del pecado.

Había velado por mí pese a que yo todavía era incapaz de mediar una sola palabra después de lo que presencié. No dejaba de pensar en cuánto habría sufrido Sebastian y en lo poco que pude hablar con él, en el poco tiempo que me dio para decirle que había sido un hombre increíble.

A pesar de que ir en avión suponía llamar la atención de aquellas mujeres, lo hicimos porque el tiempo no estaba a nuestro favor. Trataríamos de estar lo más alejados posible de todo y pasar desapercibidos como pudiéramos. No sería fácil, pero podríamos conseguirlo. Despistarlas era el objetivo.

Mi preocupación porque a Zev y Angela les ocurriese algo se incrementaba cada día más y especialmente después de lo que había sucedido hacía dos días. No dejaba de darle vueltas y eso no era bueno para lo que había vivido en Portugal, algo que también estaba reviviendo nuevamente. Todo se juntaba y lo único que sentía era enfado porque mi padre me ocultase todo aquello.

Zev llevaba rato sin dejar de mirarme con preocupación. Sabía muy bien que estaba igual que yo, aunque él trataba de ocultarlo, pero lo notaba extraño. Quizás tenía miedo de que me ocurriese algo como cuando acabé en el hospital. Pero estando juntos no nos ocurriría nada.

—Estoy bien, Zev —mentí.

Sabía que mi rostro y mi actitud trasmitían todo lo contrario. Zev era mi marido, me conocía bastante bien, ¿cómo no iba a saber que mentía cuando mi rostro decía lo contrario?

—No lo estás… Esto te está matando y odio que estés así… —respondió, siendo totalmente transparente conmigo. No aparté la mirada de la carretera mientras lo escuchaba—. Estoy seguro de que cuando descubras lo que te escondía tu padre, posiblemente no seas la misma persona que antes.

Tenía razón, por lo que asentí.

—No lo sé…

Tan solo continué conduciendo hacia el pequeño pueblo donde vivía en mi pasado con mis padres, dirigiéndome hacia mi casa de la infancia.

Tenía muchas incógnitas y muchos miedos respecto a lo que descubriría. Quizás mis respuestas estuviesen ahí o tal vez sería Sunam quien me explicaría absolutamente todo. Mis manos parecían de gelatina.

—¿Echas de menos tu hogar, donde vivías con tus padres?

La pregunta de Zev me pilló por sorpresa. Eran las tres de la tarde y el sol daba de lleno en el coche. Lo miré fugazmente antes de volver la vista hacia la carretera.

—Me trae buenos recuerdos.

—¿Como cuáles?

Notaba la mirada de mi marido sobre mí mientras giraba para dirigirme hacia mi pueblo, el cual parecía estar tal cual lo dejé aquel día, un día antes de irme a estudiar un corto tiempo a Portugal, donde me costó aprender el idioma y de hecho lo tenía bastante oxidado.

—Casi todos son con mi madre… Mi padre a veces se pasaba semanas fuera del país, haciendo quién sabe qué… —murmuré, observando las calles—. Nos tirábamos las noches viendo películas, charlando, disfrutando del día… No era solo mi madre, sino también mi mejor amiga. —Sonreí orgullosa de ella.

Pero la tristeza de que por fumar se fuese más rápido de este mundo fue uno de los muchos motivos para enfadarme, por

arrebatarme a una de las personas que más quería.

—La echas mucho de menos.

Zev no dijo nada, pero su mano se posó sobre la mía, que descansaba sobre el cambio de marchas y la acarició con cariño.

Bajé la velocidad al doblar una calle, acercándome a la que fue mi casa y, sin dejar de mirar hacia la carretera, contesté con un hilo de voz:

—Mucho.

Llegamos a un lugar lleno de verde, casas algo antiguas pero bien cuidadas y personas totalmente simpáticas por la calle. En una calle, vi mi casa, llena de ladrillos y una entrada perfecta, donde daban ganas de quedarse.

—Esa era mi casa. Aún sigue siéndolo, pero llevo años sin pisarla.

Aparqué el coche de alquiler frente a la entrada.

Seguía estando hermosa, aunque la había dejado de lado durante muchos años. Quemaba todavía pensar en la última vez que cerré aquella puerta, pero más todavía lo hacía pensar en lo dolida que estuve cuando mi madre murió y decidí seguir adelante con mi vida. Tuve que dejar ese lugar por todos los recuerdos que me traía.

Ambos nos bajamos del coche y Zev se ocupó de las maletas, que solo eran dos.

Empecé a buscar la llave y la encontré debajo de la maceta, pegada con cinta. Zev parecía sorprendido.

—¿Escondes la llave debajo de una maceta? Un truco muy viejo.

Sonreí, pero el gesto no llegó a mis ojos.

—Pero funciona —contesté.

Abrí la puerta y, cuando volví a ver mi casa, muchas imágenes llenas de recuerdos me vinieron como flashes. Con todo lleno de polvo, pero tal cual lo había dejado, fue como si pudiera verme a mí misma abrazando a mi madre. Entristecida, entré caminando con pasos lentos y escuchando los zapatos de mi marido detrás.

—Hace años que no vengo aquí, así que no hay nada limpio —comenté, percibiendo el olor a polvo.

—Olivia, no me tienes que decir nada —murmuró, pero no me giré para mirarlo. Estaba bastante afectada de estar ahí—. Eso no me importa.

Escuché cómo cerró la puerta y cómo dejaba las maletas en lo que me imaginaba que era una esquina. Me acerqué al salón tan rústico, que estaba tal cual. Para cuando me giré, vi a mi marido mirando fotos mías de cuando era pequeña.

El muy cabrón tenía una sonrisa de oreja a oreja de esas chulescas que solía esbozar.

—Se veía que eras peleona, como ahora que pareces un grano en el culo.

—Ja, ja —me mofé, con las cejas enarcadas.

Me acerqué a aquellas fotos y miré una de ellas, en la que estábamos mi madre, mi padre y yo juntos. Y qué recuerdos de aquel día.

—Esta es de las pocas que mi padre se dejó sacar. La recuerdo bien. Fue un año antes de que lo metieran en la cárcel… —El recuerdo del pasado parecía una daga clavándose en mi estómago—. Tengo muchas más fotos con mi madre.

Él no dijo nada, solo sentía sus ojos oscuros sobre mí.

—Ven, te enseño la casa —le ofrecí, con una sonrisa.

Haciendo un tour por toda mi casa, Zev parecía tener bastante interés por mi antiguo cuarto. Observó algunos pósteres que aún seguían pegados, algún que otro premio que tenía guardado y libros viejos que estaban acumulando polvo. Parecía gustarle saber qué cosas me gustaban y descubrir más de la antigua Olivia. Tras aquello, nos acercamos al jardín y vi que todo estaba tal cual, aunque con la hierba mucho más crecida, todo algo más descuidado y más crecido.

Mi árbol favorito seguía ahí, más grande que antes. Mi saco de boxeo estaba a un lado, al igual que mis cosas de entrenamiento personal, que había dejado de lado cuando mi padre murió y Sunam se marchó. Me acerqué a aquel árbol, para luego tocarlo con cariño y cerrar los ojos al sentir lo robusto que era y los recuerdos que se amontonaban en mi mente.

Noté a Zev tras de mí.

—Este era mi árbol favorito —inicié la conversación, sin dejar de mirar aquel árbol—. Siempre me sentaba debajo para leer, o para esconderme… Cuando estaba triste me ponía aquí a llorar para que nadie me viese, hasta que venía mi madre y me preguntaba qué me ocurría… Siempre estaba ahí para lo bueno y para lo malo.

Me senté allí, colocando mi espalda sobre el árbol y cerrando los ojos. Fue ahí cuando Zev se sentó a mi lado, bajo aquel árbol y no dijo nada. Tan solo me dejó unos minutos tranquila, dejando que pusiera mis ideas en orden.

Hasta que rompió su silencio.

—Te prometo que vas a volver a tener una vida tranquila, mucho más tranquila.

Decidí no contestar. No estaba de humor para pensar en mi vida a futuro. No veía un futuro con esas mujeres sanguinarias a mis espaldas, buscando mi rastro. No sabía ni qué sería de mí más adelante o qué podría hacer yo para ello. Tan solo acaricié el collar de mi madre con amor, el que había encontrado Zev después de tanto tiempo perdido. Suspiré mientras mis miedos cada vez salían más y más a la luz.

Las horas fueron pasando y, en ese momento, ambos nos encontrábamos haciendo la cena aquella noche. Yo estaba en la isla de la cocina picando verduras y mi marido haciendo comida italiana tras limpiar un poco por encima la casa los dos juntos. Cada día me sorprendía lo bien que nos llevábamos, haciéndonos bromas mutuamente, picándonos y mostrando que podríamos tener una vida normal juntos.

No podía dejar de pensar en la luna de miel que pasamos en aquel rancho y en lo felices que seríamos allí, junto con Angela y Rocky. Y quién sabe, quizás con algún hijo que tuviésemos juntos. Pero cada día veía mucho más lejos esa posibilidad.

Después de lo sucedido en Las Vegas, e incluso antes, a Zev lo notaba extraño, más distante y serio. Pensaba que era normal y que quizás se debería a todo lo que estábamos viviendo, o quizás porque él me había dicho antes de salir de Chicago que no era buena idea. Pero Zev me dijo hacía dos días que la mejor opción era seguir aquellas pistas, así que seguramente sería simple preocupación.

—¿Cuándo te dijo Sunam que venía? —pregunté.

—Mañana por la noche.

Suspiré.

—Se me hará eterno… No sé para qué es. Para otra no, porque están todas.

Noté las enormes y cálidas manos de Zev colocándose sobre mis caderas al tiempo en que posaba el mentón sobre mi hombro, enterrando su cabeza en mi cuello.

—Todo se solucionará. Pronto volveremos a Chicago y voy a ponerte más protección.

—No hará falta.

—No hay discusión —contestó él, besando mi cuello y haciéndome cosquillas.

Después de cenar y estar un buen rato juntos, estábamos en la cama tras haber estado haciendo el amor en mi viejo cuarto. Nos encontrábamos totalmente desnudos en mi antigua cama y no paraba de mirar hacia un punto fijo de mi cuarto, donde se hallaban las tres llaves descansando sobre el escritorio. Las manos de Zev estaban sobre mi cuerpo, abrazándome en la posición de la cuchara. Estaba durmiendo y lo escuchaba respirar. Estaba totalmente descansado y relajado y no quería despertarlo, aunque yo era incapaz de pegar ojo aquella noche.

Decidí levantarme, con sumo cuidado de no mover a Zev y tomar la camiseta que él había tirado por algún lugar de mi cuarto. Observando el cuerpo atlético de mi marido desnudo, con tan solo una sábana tapándolo un poco por debajo de la cintura, bajé al salón tras tomar las llaves y las empecé a analizar.

Sabía que el problema estaba en los llaveros, no en las mismas llaves, así que empecé a unirlas, hasta que conseguí dejar una sola y empecé a pensar para qué sería o qué abriría. Era otra llave más y eso fue lo que me extrañó. Pero lo que más me llamó la atención fue la frase que había detrás: *Omnia vincit amor.*

Sin pensarlo dos veces, subí al despacho de mi padre, donde siempre se pasaba horas y horas encerrado, sin que nadie supiera lo

que estaba haciendo. Abrí la puerta en aquella madrugada y me metí allí. Parecía tan extraño que estuviese todo tal cual lo había dejado… El sitio era pequeño y parecía más el cuarto de un universitario lleno de libros y papeles que de un hombre adulto. Pero los libros eran sobre antiguos reinados, historia europea. También había libros ficticios de mafia o de historia antigua. Parecía que todo tenía una relación, pero no lograba hallarla. Ahí, en el cajón de su escritorio, vi una forma de llave extraña y, de pronto, me percaté de que era la llave que junté.

Sin hacer nada más, abrí la llave y vi que encajaba a la perfección. Al abrirla, me sorprendí al encontrar un anillo extraño, cubierto de oro y que parecía tener un valor incalculable. Pero quizás era falso y era una muy buena imitación. Dejé el anillo sobre la mesa y saqué otro objeto que había dentro del cajón, lo que parecía ser el diario de mi padre. Sobre él, había un papel pegado con un clic.

«En este diario encontrarás todas las respuestas a tus dudas. El anillo es para que vivas el resto de tu vida sin preocuparte por el dinero. Vale millones, pero eso no se lo digas a nadie».

ND.

¿ND? ¿Qué demonios era eso? ¿Por qué mi padre firmaba de esa manera?

Me guardé el anillo, asombrada por su valor, metiéndolo en mi mochila y luego miré el diario con las manos temblorosas.

¿Así que esta era la diferencia de seguir siendo inocente sin saber quién era a saberlo? Leer esto significaba que pronto descubriría quién era, no me cabía duda… Pero, ¿por qué tantos viajes y tantas llaves para descubrirlo? ¿Tanto miedo tenía de que la gente lo leyese?

Tomé el diario, pero no me atreví a leerlo.

***

A la mañana siguiente, con el ruido del televisor de fondo, que me había costado poder encender después de tanto tiempo sin hacerlo, sentada en el sofá y con el diario de mi padre descansando sobre la mesa que había frente al sofá, continuaba viendo la televisión sin verla. Llevaba cuatro horas con ese diario ahí y era incapaz de leerlo, no podía… Simplemente, no podía. Sabía que todas mis dudas se resolverían si lo hacía, pero estaba enfadada con mi padre, no sabía si podría soportar lo que descubriría.

Fue entonces cuando un soñoliento Zev bajó sin camisa, solo con los pantalones de pijama puestos, frotándose los ojos. Me vio al bajar las escaleras y empezó a caminar hacia mí con el cabello más que despeinado.

—¿Cuánto llevas ahí? Quería despertarme a tu lado.

Estaba bastante desganada, seria y juré que se me notaba bastante en la cara.

—Llevo toda la noche aquí, mirando ese diario y pensando si debería leerlo o no.

En ese momento miré a Zev, quien parecía que había visto a un fantasma. Permaneció totalmente quieto y despejado después del sueño, mirando aquel diario. Fruncí el ceño, sin comprender por qué se comportaba de esa manera últimamente.

—¿El diario de tu padre? Puede tener todas las respuestas a tus dudas.

Lo sabía, pero no le respondí. No me encontraba bien para ello.

—¿No vas a leerlo?

—No —contesté, sumamente enfadada con mi padre.

—¿Por qué?

Lancé un fuerte suspiro que se escuchó por todo el salón y puse el silenciador a la televisión. Al mirar a Zev, tan solo sentía que no me apetecía leer ese diario por todo lo que habíamos estado viviendo.

—Porque estoy decepcionada con mi padre. No me contó nunca la verdad y ahora quiere que lo lea.

La respuesta de mi marido me desconcertó.

—Te estaba protegiendo.

Reí por lo bajo al escucharlo y negué en repetidas ocasiones, mientras miraba hacia el diario. Un diario bastante viejo, pero cuidado, lleno de escritos y que sabía que tenía cosas de valor dentro. Pero, ¿de qué me servía?

—Las cosas se cuentan, Zev —respondí y le pregunté. —¿Cómo te sentirías si yo supiese algo de tu pasado que llevas tiempo sin saber? De pronto te viene gente diciendo que lo sabe pero no te lo cuenta, ¿estarías decepcionado conmigo por no confesártelo antes?

Zev se lo pensó unos segundos antes de contestar.

—Si estabas protegiéndome, lo entendería.

Volví a negar, cabreada.

—Esto no es proteger. Es ir a ciegas a una muerte segura. —Mi respuesta pareció afectarle y mucho a mi marido, quien ni siquiera parpadeó mientras me seguía mirando. —Proteger es cuando alguien corre peligro y haces lo posible para ayudar a esa persona, hombro con hombro. No ocultándole algo.

—¿Odias a tu padre? —me preguntó entonces.

Fruncí el ceño y negué mientras pensaba en la pregunta.

¿Odiarlo? No… Lo quería. Era mi padre. Siempre me daba buenos consejos y era un gran padre, a su manera. Pero que me ocultase algo que me hacía correr peligro… Sí, eso sí que me decepcionaba de él. Odiar y estar decepcionado con una persona eran dos cosas muy distintas.

—Odiar es una palabra horrenda. Solo estoy decepcionada, enfadada y cansada—respondí. —No sé si podré perdonarlo algún día… —Me quedé callada y cuando lo volví a mirar, la luz de la bombilla de mi cerebro se encendió—. Dime una cosa… cuando vi a la familia búlgara, me percaté de que estaban muy unidos con Giulio… ¿Él sabe también de mi pasado?

—No lo sé, posiblemente —contestó, tras permanecer callado unos segundos.

—No me mientas, Zev.

—Quizás… No lo sé —balbuceó y aquello me extrañó.

¿Zev Grimaldi balbuceando? Algo no iba bien… Había algo que no me estaba contando y no me estaba gustando nada por dónde iba este camino. Tan solo lo ignoré, tomé el diario para mirarlo unos segundos y luego volverlo a tirar sobre la mesa. Me tapé el rostro con las manos y negué rápidamente, sacudiendo mi cabeza, cansada… Muy cansada.

—No soporto más esto… Quiero irme lejos, muy lejos y no saber nada de nada.

Zev, muy callado, se sentó en la mesa cerca de mí y lo noté mucho más extraño que nunca.

¿Estaba ocultándome algo y no lo sabía? ¿Acaso era…?

—¿Qué te ocurre?

Él se quedó unos largos segundos callado hasta que finalmente habló.

—Ese diario te dirá la verdad… Pero hay algo que me pesa dentro. No puedo escondértelo más, aunque sé que me vas a odiar para el resto de tu vida.

—¿De qué hablas, Zev?

Volvió a callarse y me empezaba a temer lo peor. Recordé lo que nos dijimos cuando nos conocimos sobre la fidelidad mutua.

—¿Has estado con otras en nuestro matrimonio?

Aquello pareció asquearle, porque cambió su rostro, arrugándolo como nunca. Y negó, tranquilizándome.

—No, por supuesto que no. No he vuelto a estar con nadie más, solo contigo. —Suspiré por ello, hasta que lo que me dijo me hizo quedarme callada—. Pero lo que te contaré hará que me odies.

Silencio y silencio.

Aquella mañana parecía trágica. No entendía el motivo, pero había algo en el ambiente que empezaba a cambiar, como una carga pesada que era agobiante. Y no entendía por qué, pero intuía que lo que Zev me estaba ocultando no me iba a gustar. Para nada.

Empezó a rascarse la nuca con fuerza antes de comenzar hablar.

—Cuando Giulio me dijo que me casaría, no quería saber nada del tema. Pero me pasó el informe y era un informe muy, muy detallado, Olivia. —Me miró y juré que me estaba justificando algo—. Decía lo que viviste en tu pasado, lo de Portugal, qué estudiabas… Pero había muchas más páginas de las necesarias para un informe.

Ya no me estaba gustando por dónde iba mi marido. Por eso mismo, tan solo le pregunté:

—¿A dónde quieres ir a parar?

Miró el diario y luego a mí. Juré que mi corazón dejó de latir unos segundos antes de que Zev continuase hablando.

Las agujas del reloj parecieron pararse y mis ojos apenas eran capaces de pestañear al mirarlo. Algo en el centro de mi estómago no estaba bien y sabía que era por lo que estaba a punto de decirme Zev.

—Esas páginas eran sobre el secreto de tu padre. Sobre tu familia por parte de él… Sobre quién eres realmente.

Me quedé totalmente sin habla, sin poder mediar ni una sola palabra.

Escuchar las palabras de mi marido diciéndome que todo este tiempo sabía sobre mi pasado y que me lo había estado ocultando era mucho más doloroso que haber estado viviendo lo que habíamos vivido durante el último mes.

Tan solo lo miré, sin ser capaz de hablar y solo deseé que hubiese un buen motivo para que él hubiera hecho aquello. Uno de los grandes.

—Quizás fue eso lo que me hizo querer casarme contigo, no por otra cosa, sino por el tema de negocios… —susurró y aquello me dolió—. Al principio estaba poco interesado, pero cuando vi tu foto las cosas fueron cambiando. Eso fue antes, el idiota que era antes de conocerte.

—¿Sabes todo…? —logré preguntar, en un hilo de voz.

Y sin dejar de mirarme, asintió.

—Sí.

Ya ni hablé.

Era incapaz de hacerlo, más cuando la persona que amaba y que creía que contaba conmigo para todo sabía mucho más de mi pasado que yo o cualquier otra persona. Eso era doloroso, que estuviese ocultándome cosas que a mí se me escapaban, que llevara meses sabiéndolo y que no hubiera sido capaz de decirme absolutamente nada.

—Tu padre no se llamaba Marcelo Berruti, sino Niels Dupont —comenzó, aclarándome una duda que me dejó totalmente quieta, petrificada—. De ahí cómo firmaba en aquella carta con la ND… Y no era un hombre de la mafia ni nada… Pero su familia, los Dupont… —Se quedó callado unos segundos para mirarme.

Todavía no era capaz de asimilar todo aquello en una simple mañana, con el diario de mi padre descansando sobre la mesa del salón.

Zev no dejaba de mirarme y no sabía por qué, pero presentía que lo que me iba a contar no me iba a gustar absolutamente nada.

—Olivia, por tu sangre corre sangre real… Perteneces a una familia de monarcas, duques, príncipes… Los Dupont fueron una familia muy poderosa en Europa, que se juntaba también con mafias y hacía cosas muy dudosas, pero eran más poderosos que nadie —me contó, sin dejar de mirarme. —Tu padre, Niels, fue un duque, el cuarto hermano, el último de los reyes de un país impronunciable. Todo empezó cuando tu padre estudiaba en su primer año de universidad… Tu abuelo, el rey, mandó a un clan para quitar de en medio a unas personas de una familia contraria, porque eran un verdadero peligro. Se equivocaron de familia y dieron con las Smirnova… Las mujeres de esa familia eran mucho más poderosas y empezaron un baile de sangre entre ellos.

Con los ojos empezando a nublárseme, fui incapaz de moverme del sofá.

Tan solo era capaz de escuchar la palabra «real», «reyes», «duque…». ¿Qué demonios era todo esto? ¿Por eso Marta Reyes había dicho que debían arrodillarse ante mí?

Todo el cuerpo empezó a temblarme y esperaba no desmayarme antes de tiempo.

—Todo se vino abajo cuando empezaron por los reyes, luego por los hermanos de tu padre y luego por familias con sangre real. Acabaron con todos, hasta que solo quedó tu padre. Niels escapó, hizo su carrera con otro nombre en Italia, no quería saber nada de su familia. Nunca quiso ser duque, ni rey, nada… Odiaba los negocios de su familia. Entonces conoció a tu madre y años después te tuvieron a ti. Las Smirnova descubrieron todo, les buscaron e hicieron lo posible por borrar el apellido Dupont del mapa. Pero no lo consiguieron. De ahí que tu padre acabase en la cárcel y al poco, muerto —añadió, con un hilo de voz—. Cuanto menos supieras, menos idea tendrías de lo que realmente fue tu familia y menos te buscarían… Pero tu padre tenía un plan por si algo sucedía.

Seguía sin poder hablar.

Sin embargo, él todavía no había terminado.

—Ese diario seguro que te dice todo esto de forma mucho más completa. Te prometo que no lo hice por dinero, ni por nada… Me fui enamorando de ti, siempre he estado enamorado de ti —aseguró, con los ojos tristes—. Por ti dejaría todo y me iría al rancho sin un dólar, trabajaría desde cero y lucharíamos por vivir juntos.

Simplemente no pude pensar en eso. Tan solo pensaba en todo lo que me decía.

—Esto… ser descendiente de los Dupont… Te convierte en la monarca de ese reinado, Olivia…

Me quedé paralizada, muda. Volví a mirar el diario.

Pero Zev… Zev parecía mucho más afectado y preocupado que yo.

—Lo siento, Liv… Por favor, lo siento por no contártelo antes.

No escuché nada.

Mis manos temblaban. No dejaba de pensar en las barbaridades que habían hecho personas de mi misma sangre y lo asquerosa que me sentía.

—Por favor, dime algo… —me suplicó, al ver que no pronunciaba palabra.

Cuando fui capaz de mirarlo, mis ojos ya eran un mar de lágrimas acumulándose hasta terminar cayendo como cascadas por mis mejillas.

Con la voz totalmente afónica, logré hablar.

—¿Todo este tiempo, lo has sabido? Por eso no querías que siguiera las pistas —murmuré con un hilo de voz—. Giulio… Puedo entenderlo de Giulio pero… ¿tú?

Él no hizo ningún gesto, pero se le notaba desesperado.

—No sabía cómo decírtelo.

—Estas pistas nos la hubiésemos ahorrado de contármelo antes —contesté, elevando mi voz ronca. —Liv…

Se le veía realmente afectado y sus ojos empezaron a teñirse de rojo mientras yo me levantaba del sofá, buscando aire, buscando un sitio donde no me sintiese de esa manera.

—Soy una maldita… —Apenas podía nombrarlo en voz alta. Parecía una maldita broma—. Heredera al trono… ¿Y me dices que no te interesaba? Soy una pieza clave según todos, hasta tu padre lo decía, Zev.

Zev era incapaz de mirar hacia otro lado, empezando a levantarse del sofá para acercarse a mí, pero lo frené. No quería que se acercase para nada a mí.

—¡Joder! ¡Tu padre lleva diciendo todo este tiempo que era mucho más importante de lo que me imaginaba y me dices que no te interesaba económicamente! Esto era la pieza que faltaba para que la empresa de tu padre, vuestro imperio, prosperase. ¿Un Grimaldi casado con una Dupont? —pregunté, llorando por descubrir que me había estado ocultando algo tan importante como aquello—. Eso era una bomba en ese asqueroso mundo. Lo llevas sabiendo todo este tiempo y, aun así, ni cuando nos casamos, ni cuando empezaste a sentir cosas por mí, ni cuando volvimos a casa tras estar secuestrada, me lo dijiste…

Y Zev solo fue capaz de decirme:

—Lo siento…

«Lo siento». Un simple lo siento que no me creí en lo absoluto.

—¿Esperaste hasta ahora en esta casa, con el diario de mi padre delante para decírmelo? ¿Acaso me lo ibas a contar algún maldito día?

Se quedó callado.

Y yo llorando por la decepción de descubrir aquello en un momento como ese y no antes.

Estaba totalmente rota tras descubrir que la familia de la que venía mi padre eran unos sanguinarios, poderosos por pertenecer a reyes de un país que ni sabía de su existencia y que habían hecho mucho daño a muchas personas. Estaba rota y podía escuchar cómo mi corazón empezaba a romperse en pedazos. Levanté la mirada hacia Zev, las lágrimas me impedían verlo, pero pude discernir cómo empezaba a llorar, con sus lágrimas saliendo de sus ojos oscuros ahora totalmente brillantes y tristes. Pero me estaba dando mi espacio… Mi maldito espacio.

—Hemos estado en peligro, Zev… Te has puesto en peligro por mí… —Decidí callarme con ello mientras que Zev hacía gestos con sus labios, como cuando estaba totalmente triste y aguantaba las lágrimas—. Solo buscan a las personas con mi apellido, el Dupont, ¿verdad?

Estaba decepcionada con mi marido, pero lo amaba… Y si esto era verdad, si solo me buscaban a mí por tener el apellido Dupont, era la única solución que había. La única.

—Sí… —susurró.

Pensé en Angela y me quedé tranquila si no la buscaban a ella. Por eso Zev estaba seguro de que a su hermana no le ocurriría nada. Solo me buscaban a mí. No les interesaba nadie más. Y eso me alivió.

—Por eso has estado tan tranquilo de que a tu hermana no le ocurriría nada, ¿verdad? —pregunté y él no hizo ningún gesto—. Lo has sabido siempre… Y me duele que mi marido, la persona a la que amo, no me lo haya dicho… Puedo entender que al principio no. No nos conocíamos, pero llevamos meses juntos, Zev. Estamos en marzo joder, hemos vivido muchas situaciones, has tenido tiempo de contármelo y has decidido esperar al día de hoy para ser sincero…

Ahora era Zev quien no hablaba.

Y entonces, encontré la solución perfecta. Era lo mejor, aunque Angela me odiase, aunque Zev creyese que no lo amaba cuando lo amaba más que a nadie… Era lo mejor.

Esas mujeres solo me buscaban a mí… Solo a mí, a nadie más. Y cuanto más cerca estuviesen Zev o Angela de mí más peligro correrían. La mejor opción era seguir yo por mi camino y que ellos estuviesen alejados de mí para que no les ocurriese absolutamente nada. Nada por mi culpa, por tener el apellido Dupont, aunque no lo tuviese legalmente.

Zev no dejaba de analizarme y parecía totalmente destrozado, roto por contarme aquella verdad.

—Lo único de lo que me alegro es de que Angela y tu estéis a salvo —repuse. —Que no estéis en el punto de mira y haré lo posible para que siga siendo así. Pero yo… Yo soy el problema.

—Olivia, no digas eso —me suplicó.

Lo frené rápidamente.

—Recoge tus cosas y vete de aquí.

—¿Qué?

Señalé su maleta.

—Que recojas todo y te vayas. Tu hermana te necesita. Yo iré más adelante a recoger a Rocky.

Él negó rápidamente.

—No voy a dejarte sola.

—No te lo pienso repetir. Vete ahora mismo, Grimaldi —espeté.

Sabía que no estaba de broma y esto no era un simple enfado.

Necesitaba que se alejase de mí, de esa casa, para que aquellas mujeres me buscasen solo a mí y dejasen a los Grimaldi tranquilos. Era la mejor opción. Y esperaría con Sunam para saber qué podría hacer para luchar.

—Olivia, lo siento…

—Tienes media hora para irte. —Me dirigí hacia la salida y, sin girarme, sin atreverme a mirarlo, añadí: —Cuando vuelva espero no encontrarte aquí.

Y sin decir nada más, cerré la puerta para empezar a vagar por las calles de mi pueblo, tratando de calmarme, tratando de poner en orden todo y de poder aceptar lo que Zev me había dicho.

Lloré totalmente desconsolada por lo que tenía en mente. No tenía otra opción más que seguir sola a partir de ahora para que a él no le ocurriese absolutamente nada. Para que ni Angela ni Zev sufriesen las consecuencias de mi apellido. Sobre todo por Angela… Lo hacía por ellos, aunque Angela me odiase después de ello.

DIECIOCHO | MARKOVIĆ

«La única manera de protegerlos a ellos es alejándome» — Olivia Grimaldi.

DELIA MARKOVIĆ

Caminé hacia el despacho de Stefan Valkov, contoneando las caderas con el escotado vestido negro que había decidido que debía ponerme aquel día.

Tenía una cita con un hombre al que había conocido hacía pocos días y esta noche pensaba quitarme ese vestido para disfrutar un poco de la noche de Chicago, lo único que esperaba era que ese hombre supiese darlo todo. Y me daba igual el estúpido del hijo de Stefan y sus tonterías.

Al muy idiota parecía molestarle que disfrutase de estar soltera y anoche tuve una discusión sin sentido con ese estúpido de Nikola. Y las ganas de estrangularlo no eran pocas. Apreté mis puños de tan solo pensarlo y negué mientras me dirigía al despacho del patriarca de los Valkov.

Ya tenía ganas de marcharme de Chicago y volver a Bulgaria, pero había algo que nos quedaba por hacer y ese algo era Olivia Lara. Aquella mujer estaba en verdadero peligro y no tenía ni idea de la escala que tenía todo aquello. Zev Grimaldi la debía de amar mucho para estar a su lado en esos momentos y no temerle a la muerte, porque las Smirnova no iban a reparar en daños si hacía falta quitar de en medio a alguien que estuviese estorbando.

Abrí la puerta con rapidez, descubriendo que el viejo estaba leyendo una revista rosa de chismes, la cual guardó rápidamente y me miró

con un tremendo enfado que hizo que sonriese al descubrir su secreto.

—¿Ocupado? ¿Quién ha roto con quién ahora? —bromeé.

—¡Señorita Malković! ¿No sabe que debe tocar antes de entrar? ¿O es estúpida? —me contestó de manera cariñosa, como siempre.

Lo cierto es que entre los Valkov y mi familia, siempre nos tratábamos como el agua y el aceite. Estábamos destinados a estar siempre separados, pero ciertas cosas del pasado nos hicieron tener que juntarnos ahora por el bien de la joven Olivia.

Cerré la puerta y me crucé de brazos, con mi cabello rubio suelto mientras observaba a ese hombre que seguía mirándome de aquella manera tan enojada.

—Así es más divertido, Valkov. —Caminé hacia él y observé todo su despacho—. ¿El estúpido de su hijo no está por aquí?

El hombre se había comprado un piso bastante elegante en los pocos meses que estábamos aquí para todo lo que estábamos haciendo. Asentí, observando el lugar mientras me cruzaba de brazos.

—Se largó para hablar con Giulio Grimaldi. Por lo visto anoche estuvieron las Smirnova reuniéndose con él. Quiero saberlo todo de esa reunión —contestó, levantándose de su asiento, tomando su bastón y empezando a caminar hacia mí—. ¿Por fin te has animado a salir con mi hijo?

En ese momento me estaba echando el cabello rubio hacia un lado con un movimiento de mano, cuando lo miré tan rápido que se escuchó mi cuello al girar. Elevando la ceja y poniendo cara de asco, negué rápidamente.

—¿Yo? ¿Con tu hijo? Ni aunque me salvase del infierno —contesté. —Prefiero tener un romance tóxico con el diablo.

Pareció que mi frase le hizo reír, pero yo rememoré entonces sus palabras y caí en la cuenta de algo.

—Espera… ¿Giulio recibió anoche a las Smirnova? ¿Con Angela en esa mansión? —Cuando vi que el hombre asintió, pregunté. —¿Es idiota? Esas mujeres no deberían ni acercarse a Angela.

—Lo sé, pero Giulio es un maldito cabrón del que nadie tiene que fiarse —respondió, metiéndose una de sus manos en el bolsillo. Suspiró. —Al menos sabemos que a esas sanguinarias no les interesa la familia Grimaldi. Quizás el único que está en peligro es Zev, pero la que peligra realmente es Olivia.

—De igual manera, habrá que hacerle una visita a ese idiota de Grimaldi para que sepa que esas reuniones con ella no deberían celebrarse cuando Angela esté presente. Aunque esté en su cuarto y no sepa qué ocurre —repliqué, enfadada.

Odiaba a Giulio Grimaldi. Y todas las cosas que había hecho, sobre todo, las que no se contaban, eran de lo peor.

Giulio Grimaldi era un hombre con muchos secretos, sobre todo las cosas tan crueles que había hecho. Pero era consciente de lo bien que sabía manipular y mentir. Podía hacerte creer que eras su mejor amigo con un chasquido de dedos, para luego demostrarte que podría cortarte en pedazos en pocos minutos. Ese hombre podía romperte en poco tiempo o dejarte sin nada con tan solo pestañear.

Sabía muy bien cómo manejarse en ese ambiente, al contrario que su hijo, que se parecía totalmente a su madre, aunque se hubiese convertido en un hombre oscuro. Dentro había un Zev distinto y se sabía que había creado un muro por culpa de su propio padre. Creo que en mi vida lo había oído nombrar a Giulio como "padre". Se notaba la lejanía que había entre Zev y Giulio y me imaginaba que

las cosas no iban a terminar bien entre ellos como siguieran estirando más la cuerda. Hasta que un día se rompiese.

—Nikola fue para ver qué descubría. No me fío para nada de Giulio y no sé por qué me da que va a delatar a su propio hijo para que Olivia muera muy pronto. Y debemos impedírselo.

—¿Por qué se tomaría tantas molestias Giulio para eso?

Stefan se echó a reír antes de negar con la cabeza, divertido.

—¿De verdad lo preguntas? ¿Quién es la idiota aquí?

—Oh, disculpe don «lo sé todo». Usted es el que más tiempo lleva en este tema, antes que nosotros. —Mi voz sonaba bastante cabreada mientras que podía escuchar ruido de fondo en el piso.

Escuché las voces al otro lado de la puerta antes de que todo sucediera. Capté una mezcla de idiomas que se colaban por las rendijas como un presagio de tormenta. Por el rabillo del ojo, observé cómo el rostro del anciano Stefan Valkov se tensaba en una mueca. Con una agilidad impropia de sus años, retiró el cabo de su bastón de madera, revelando una delgada y afilada cuchilla que sobresalía de él como la lengua viperina de una serpiente.

—Quédate donde estás, Delia —masculló con voz rasposa, girándose hacia mí.

Mis dedos ya se cerraban alrededor de la culata de mi arma, acariciando su fría superficie de metal como un amante leal.

—¿Son ellas? —inquirí, aunque la respuesta era innecesaria.

Si esas eran las voces de las Smirnova, significaba que la mierda había alcanzado lo más profundo del ventilador. Éramos los segundos en su lista negra de enemigos, solo por detrás de los

Dupont. Nada bueno podría salir de ese encuentro fortuito en aquel preciso instante. Mal augurio.

Si salíamos con vida de esa, sería un milagro.

Un estruendo resonó en mis oídos cuando la puerta se abrió de par en par. La alta figura de Irina Smirnova se recortó contra la luz del pasillo, una sonrisa felina curvando sus labios rojos cual carmín. Lancé una mirada asesina hacia aquella mujer de mediana edad cuya belleza etérea no lograba ocultar el alma podrida que tanto temían las familias de la *Bratva.*

—Por fin nos encontramos, Stefan Valkov. —Su voz era grave, aterciopelada, cargada de un acento ruso tan espeso como la melaza—. Y veo que estás muy bien acompañado con la señorita Malkovic. ¿Qué diría tu padre si descubriese que no vuelves viva a Bulgaria?

Me limité a permanecer en silencio, sintiendo mis músculos tensarse como los de una fiera a punto de saltar sobre su presa. La hija mayor de Irina, Anastasia, apareció tras ella con un porte más hosco, si cabía. Una auténtica digna heredera del reinado de terror de su madre.

Tragué saliva con esfuerzo, percibiendo el sudor frío deslizándose entre mis omóplatos. Estábamos en el pequeño despacho privado del anciano Valkov, acorralados como ratones a merced de esas hienas rastreadoras de las Smirnova.

—¿Qué haces aquí, Irina? —La voz de Valkov sonaba más firme de lo que su apariencia sugería.

La rusa rio suavemente, una risa que era todo menos divertida, más bien un presagio lúgubre.

—No tienes muy buenos guardaespaldas. —Se mofó Anastasia, con desdén—. Culpa mía, les puse algo en su bebida.

—¿Dónde está Olivia Dupont, Stefan? —Lo interrogó bruscamente Irina—. Mis hombres les perdieron la pista a ella y a su marido Zev Grimaldi hace días en Las Vegas.

Mis puños se crisparon con renovada fuerza alrededor de la *Beretta.*

—¿Giulio Grimaldi os dijo dónde nos encontrábamos? —Escupí con rabia, incapaz de contener mi lengua afilada.

No podía creerme que ese hombre estuviera vendiendo a su hijo y su nuera con aquellas sanguinarias. No me lo podía creer.

Entonces Irina sonrió, una mueca lobuna y cruel que me puso los vellos de punta.

—Giulio es nuestro gran amigo... —ronroneó con deleite—. Nos debe una bien grande y está demostrando ser un mejor trabajador que cualquiera de las otras familias. No pensé que expondría hasta a su propio hijo, pero lo ha hecho.

—Cabrón... —mascullé entre dientes, notando la bilis ascendiendo por mi garganta.

—O nos lo decís o terminaréis aquí mismo. —La voz de Anastasia sonó amenazadora.

El anciano Valkov negó lentamente con la cabeza, con su mirada de hierro fija en las dos mujeres que nos tenían acorralados.

—Adelante —las desafió con voz ronca.

En una exhalación, Anastasia levantó su arma y apuntó directamente a Valkov. Antes de que mi mente lo procesara, mi propio cuerpo actuó por instinto. Me arrojé hacia el anciano, derribándolo con mi peso justo cuando el disparo detonaba en un estruendo atronador.

Un grito desgarrador brotó de mis labios cuando la bala me alcanzó, atravesando la carne de mi hombro e incrustándose como una flecha ardiente bajo mi piel. Caí al suelo junto a Valkov, mi sangre comenzando a manchar las baldosas de aquel suelo demasiado impecable, ahora impregnado de escarlata.

—¿Qué mierda haces, Delia? —La voz de Stefan sonó ligeramente alterada—. Somos enemigos desde hace años.

Apreté los dientes con fuerza mientras me incorporaba, apuntando mi arma con la mano buena hacia Anastasia.

—Si dejo que te mueras, tu hijo no me lo perdonará en su vida —gruñí, antes de apretar el gatillo dos veces.

Los gritos de Anastasia al recibir los impactos en ambas rodillas fueron música para mis oídos. Irina la arrastró lejos de allí a toda prisa, disparando a discreción, convirtiendo el lugar en una lluvia de muerte y destrucción.

—Ya está, se han i… —No acabé la frase al ver a Stefan.

Cuando finalmente pude arrastrarme hasta Valkov, un charco carmesí se extendía en torno a su cuerpo inmóvil como una flor fatídica de pétalos rojos. Miles de impactos lo habían alcanzado... Estaba muriendo.

—No… No, no… —gemí, intentando hacer presión sobre sus heridas para detener la hemorragia.

Pero el anciano me detuvo con un leve gesto de su mano temblorosa. Nuestras miradas se encontraron mientras la vida se le escapaba en un hilo de sangre por la comisura de sus labios agrietados.

—No abandones nunca a mi hijo —suplicó, con un hilo de voz.

Negué frenéticamente, aplicando un torniquete improvisado en su muslo para contener la hemorragia. Pero había dos más y poca tela para poder cubrir las heridas.

—Tú no te vas a ningún lado, viejo. Te morirás cuando ya estés mucho más viejo y estés leyendo todo el día esas estúpidas revistas —respondí, al borde de un ataque de nervios.

Sus ojos azules, opacos por la inminente cercanía de la muerte, me traspasaron con una última chispa de lucidez.

—Cuida de mi hijo Nikola, por favor.

—Voy a cuidarlo, pero tú lo vas a ver —espeté, negándome a aceptar lo inevitable.

Pero las lágrimas que habían comenzado a brotar de sus ojos eran señal inequívoca de que no había vuelta atrás. Acunó mi mejilla en su palma, fría como el mármol.

—Gracias, Delia...

Y simplemente expiró su último aliento, abandonándome y sus manos cayeron hacia el suelo.

Traté de aguantar más tapándole las heridas, pero ya era demasiado tarde y lo único que pude hacer fue cerrarle los ojos, antes de caminar hacia la pared, apoyar mi espalda en ella y mirar mi hombro herido. Estaba perdiendo mucha más sangre de la que me imaginaba y todo empezaba a darme vueltas. No tenía nada para poder taponar la herida, todo estaba en Stefan.

Fue ahí cuando escuché varios gritos provenientes de la puerta del despacho y ahí Nikola Valkov empezó a correr al ver la escena. Miró primero a su padre y luego a mí.

Y, con lágrimas en los ojos, lo único que pude decirle fue:

—No pude hacer nada para protegerlo —susurré, en un hilo de voz —. Lo… siento.

Se arrodilló ante mí, mientras que yo apenas podía mantenerme despierta, empezando a cerrar los ojos, para luego notar las manos de Nikola sobre mis mejillas.

***

OLIVIA GRIMALDI

El motor del coche ronroneaba suavemente mientras Sunam conducía por las calles de Chicago. Yo miraba por la ventanilla, totalmente distraída, observando cómo los edificios y las personas pasaban borrosos, como un sueño del que no lograba despertar. Mi corazón latía con una mezcla de anticipación y temor mientras nos acercábamos a la mansión Grimaldi, saliendo de la ciudad de Chicago para entrar por aquella carretera alejada de la ciudad.

¿Quién me hubiese dicho a mí hacía meses que iba a estar en esa tesitura? Que me costaría marcharme y dejar a Zev y Angela… Y era mucho más doloroso de lo que me imaginaba. Mucho más… Pero debía protegerlos.

El descubrimiento de la verdad sobre mi pasado había sido como un terremoto que sacudió los cimientos de mi existencia. Me sentía traicionada por Zev, el hombre que juró amarme y protegerme, pero que me había ocultado información crucial sobre mi propia vida. La rabia y el dolor se mezclaban en mi interior como una tormenta implacable. Pero, en el fondo, lo comprendía.

Sí, comprendía que él tan solo quería protegerme, al igual que yo quería hacer ahora con él y su hermana.

—Sunam. —Rompí el silencio que reinaba en el coche—. ¿Crees que es correcto alejarme de Zev y Angela?

Mi antiguo entrenador de *Muay Thai* me miró de reojo, sus ojos oscuros y penetrantes reflejando una sabiduría que iba más allá de los años.

Después de salir de España junto con Sunam, lo llamé a él para poder marcharme de allí y continuar con lo que me había dicho mi padre en el diario para poder derrotar a esas sanguinarias, a esas malas personas de las Smirnova.

—Esa es una decisión que solo tú puedes tomar, Olivia —respondió, con voz grave—. Pero debes tener en cuenta que acercarte a los Grimaldi puede ser peligroso, especialmente para Angela, si las Smirnova siguen tras tu pista.

Sus palabras cayeron sobre mí como una losa. Angela, la dulce e inocente hermana pequeña de Zev, se había convertido en una parte fundamental de mi vida. La idea de ponerla en peligro me aterrorizaba.

—No quiero lastimarla —murmuré, más para mí misma que para Sunam.

—A veces, el amor significa tomar decisiones difíciles —respondió él, con una sabiduría que parecía emanar de cada poro de su piel curtida por los años.

El resto del viaje transcurrió en silencio, con cada uno sumido en sus propios pensamientos. Cuando finalmente llegamos a la imponente mansión Grimaldi, sentí que mi corazón se detenía por un instante.

Tantos recuerdos, tantos momentos vividos… Traté de hacer mi mayor esfuerzo para no llorar delante de mi entrenador, del que fue mi amigo en mi adolescencia, al que llegué a considerar como un hermano.

Pero lo que me llamó la atención fue la figura que estaba de pie, frente a la puerta de la mansión abierta, como si me estuviese esperando desde hacía horas.

Habían pasado dos días desde que nos marchamos, desde que Zev se fuese de aquella vieja casa como yo le había dicho. Y parecía que llevaba sin dormir todo ese tiempo, como yo.

Zev estaba de pie en la entrada, su figura alta e imponente recortada contra la luz del atardecer. Nuestras miradas se encontraron y pude ver el dolor y el arrepentimiento grabados en sus ojos negros. Por un momento, sentí que mi resolución flaqueaba, pero me obligué a mantenerme firme.

Bajé del coche con piernas temblorosas, consciente de que cada paso que daba me acercaba a una despedida que me desgarraba el alma. Zev avanzó hacia mí, su rostro era una máscara de emociones contenidas.

—Olivia... —comenzó, pero levanté una mano para detenerlo.

—Ahora no, Zev —dije, con voz quebrada—. No puedo hablar contigo en este momento.

Vi cómo el dolor se reflejaba en su rostro, pero no podía permitirme ceder. No ahora, cuando tenía que ser fuerte por Angela y por él.

Entré en la mansión, mis pasos resonaron en el silencio sepulcral que parecía haber descendido sobre la casa. Encontré a Angela en la sala de estar, con sus ojos grandes y expectantes fijos en mí. Recorrí con dificultad todos aquellos metros que nos separaban y cada mirada que me dedicaba ella me dolía. Quería que fuésemos una familia, que ella viviese con Zev y conmigo y que fuese feliz, por fin… Pero esta vida era muy dura y difícil, sobre todo para alguien como Angela, tan pequeña y rodeada de crueldad. Me arrodillé frente a ella, tomando sus pequeñas manos entre las mías.

—Angela, cariño —comencé, luchando por mantener la compostura —, tengo que decirte algo importante.

Angela me miró con una mezcla de curiosidad y temor, como si intuyera que algo no estaba bien.

—¿Qué pasa, Oli? —preguntó, con voz temblorosa.

Sabía que no era tonta, que viendo así de mal a su hermano se daba cuenta de que las cosas no iban bien entre nosotros. Y sabía que le había prometido a Angela que no me separaría de ella, pero no me quedaba otra opción… La vida me estaba guiando por un camino y debía seguir ese camino para protegerlos.

Tomé una respiración profunda, preparándome para romper su corazón y el mío en el proceso.

—Tengo que irme por un tiempo, Angela. Y me llevaré a Rocky conmigo.

Vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas y su labio inferior empezó a temblar mientras procesaba mis palabras.

—Pero... ¿por qué? —sollozó—. ¿Ya no nos quieres?

Mierda…

Sentí que mi corazón se partía en mil pedazos. Atraje a Angela hacia mí, abrazándola con fuerza.

—Por supuesto que os quiero, cariño. Os amo más que a nada en el mundo, pero hay algunas cosas que tengo que resolver y necesito hacerlo lejos por un tiempo.

—¡No! —gritó Angela, apartándose de mí con brusquedad—. ¡No quiero que te vayas! ¡Prometiste que te quedarías con nosotros!

—Lo sé, mi amor, lo sé —dije, las lágrimas corriendo libremente por mis mejillas—. Y te prometo que volveré. Es solo por un corto tiempo. Muy corto…

Pero Angela ya no escuchaba. Con un sollozo desgarrador, se levantó y corrió hacia las escaleras, hacia su habitación, dejándome arrodillada en el suelo, sintiéndome como la peor persona del mundo.

Zev se acercó, su presencia fue una mezcla de consuelo y tormento. Pero lo último que quería era hablar con él, pues seguía enfadada por no decirme la verdad desde antes de emprender el viaje, podríamos haber buscado una solución juntos… Sabía que este enfado se me quitaría algún día, pero no ahora… Aún no.

—Olivia, por favor, déjame explicarte —suplicó—. Sé que cometí un error al ocultarte la verdad, pero lo hice para protegerte.

Negué con la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos.

—No puedo hacer esto ahora, Zev. Necesito tiempo para procesarlo todo.

Me levanté con las piernas temblorosas, dirigiéndome hacia la puerta. Rocky, mi fiel compañero, me seguía con la cabeza gacha, como si entendiera la gravedad de la situación.

Lo que más me dolía era que Angela estuviese desilusionada conmigo, no soportaba pensar que podría odiarme a partir de ahora. Y no volvería a pegar ojo hasta no volver con ella.

Si todo salía bien, si las Smirnova no me quitaban de en medio, volvería con ella y con Zev, si él lo deseaba.

Justo cuando estaba a punto de salir para subirme a aquel coche en el que Sunam me estaba esperando, escuché el sonido de pasos apresurados. Me giré para ver a Angela corriendo hacia mí, con sus

mejillas manchadas de lágrimas, pero con una determinación férrea en sus ojos. Entre sus manos había un objeto que siempre llevaba consigo y del que nunca se separaba.

—Toma —dijo, extendiendo hacia mí su peluche favorito, desgastado por el tiempo—. Quiero que te lo lleves.

La miré sorprendida, consciente del significado de ese gesto. Ese peluche era el tesoro más preciado de Angela, su compañero en las noches de tormenta y su confidente en los momentos de tristeza.

—Angela, no puedo aceptarlo —dije, con voz temblorosa—. Es tu favorito.

—Por eso quiero que lo tengas —insistió ella—, para que recuerdes que tienes que devolverlo. Y para eso, tienes que volver.

Tomé el peluche con manos temblorosas, abrazándolo contra mi pecho como si fuera el objeto más precioso del mundo.

—Te prometo que lo cuidaré con mi vida —aseguré, inclinándome para besar la frente de Angela—. Y te juro que volveré.

Angela asintió solemnemente, antes de darse la vuelta y correr de nuevo hacia la casa, dejándome con el corazón destrozado pero con una promesa que ardía en mi pecho.

Me giré hacia Zev una última vez, nuestras miradas encontrándose en un momento de entendimiento silencioso. Vi el dolor en sus ojos, el arrepentimiento, el amor que aún brillaba a pesar de todo. Por un instante, estuve tentada de correr hacia él, de perderme en sus brazos y olvidar todo lo demás.

Pero no podía. No ahora.

Con un último vistazo a la mansión que había sido mi hogar, subí al coche donde Sunam me esperaba. Rocky saltó al asiento trasero,

acomodándose con un suspiro triste.

Mientras el coche se alejaba, vi a Zev y Angela en el espejo retrovisor, sus figuras haciéndose cada vez más pequeñas hasta desaparecer en la distancia. Sentí que una parte de mí se quedaba con ellos, pero sabía que era necesario.

—¿Lista para volver a entrenar? —preguntó Sunam, rompiendo el silencio que se había instalado en el coche.

Asentí, limpiándome las últimas lágrimas con determinación.

—Sí. Necesito ser más fuerte, más rápida, más lista. No dejaré que las Smirnova me arrebaten lo que amo.

Sunam sonrió, un destello de orgullo brillando en sus ojos.

—Ese es el espíritu... Te llevaré a un lugar seguro donde podremos entrenar sin interrupciones.

Con aquella frase de Sunam en el aire, pregunté:

—¿A dónde vamos? —La curiosidad superaba momentáneamente a mi tristeza.

—A un lugar seguro, donde podrás renacer de tus cenizas —respondió, enigmáticamente—. Un lugar donde te convertirás en la versión más fuerte de ti misma. Y no vas a estar sola.

Mientras el coche se alejaba de la mansión, dejando atrás todo lo que conocía y amaba, sentí una mezcla de miedo y determinación creciendo en mi interior. No sabía lo que me deparaba el futuro, pero estaba decidida a enfrentarlo con todas mis fuerzas.

Apreté el peluche de Angela contra mi pecho, su suave textura era un recordatorio constante de la promesa que había hecho. Volvería; fuerte, más sabia, más preparada para proteger a quienes amaba.

El camino se extendía ante nosotros, largo e incierto. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, sentí que tenía un propósito claro. Me convertiría en la guerrera que necesitaba ser para enfrentar a las Smirnova y recuperar el control de mi vida.

Mientras el sol se ponía en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos rojizos y dorados, cerré los ojos y me permití soñar con el día en que volvería a casa, con tener la fuerza necesaria para proteger a mi familia y enfrentar cualquier amenaza que se interpusiera en nuestro camino.

El viaje apenas comenzaba, pero ya sentía que cada kilómetro que nos alejaba de Chicago me acercaba un paso más a la verdad, a la fuerza y a la mujer en la que necesitaba convertirme.

Con Sunam a mi lado y Rocky como fiel compañero de vida, me aventuré hacia lo desconocido, lista para enfrentar cualquier desafío que el destino pusiera en mi camino. Porque ahora sabía que, sin importar lo difícil que fuera, tenía algo por lo que luchar, algo por lo que volver.

Y eso, más que nada, me daba la fuerza para seguir adelante.

—Os prometo que volveré… —susurré en voz muy baja.

DIECINUEVE | PROTEGERTE

«No podía firmar aquello, dolía de tan solo leerlo y tenerlo frente a mí… Pero no iba a dejar de luchar por Olivia» —Zev Grimaldi.

OLIVIA GRIMALDI

El olor a tierra húmeda impregnaba mis fosas nasales mientras Sunam me daba una buena paliza en el entrenamiento de hoy, tanto así que terminé llena de barro, agotada y con agujetas en todo el maldito cuerpo.

No recordaba que el *Muay Thai* fuese tan duro, ni que me costase tanto. La base la entendía a la perfección y la recordaba al dedillo, pero a la hora de ponerlo en práctica contra alguien que era un experto, que entrenaba día a día… ya era otra historia.

Lo miré con cara de enfado mientras me levantaba del suelo, con mi ropa de entrenamiento totalmente impregnada de barro mientras estábamos rodeado de árboles, con la cabaña no muy lejos, donde viviría las próximas semanas para prepararme antes de la llegada de aquellas mujeres tan peligrosas.

Con un agotamiento que ya no sentía normal, me preparé para la siguiente ronda y, en cuanto Sunam vino corriendo hacia mí, traté de mover la pierna. Pero antes de conseguir darle una patada en la cara, él la agarró con su brazo, pegándola a su cuerpo, y me levantó del suelo, haciéndome girar sobre mí misma y provocando que terminara nuevamente en el suelo con un fuerte golpe en la espalda.

—Jo… der… —Logré pronunciar, en un hilo de voz, al notar que me fallaba todo.

Escuché unos pasos viniendo hacia mí y vi a mi entrenador mirándome desde arriba, mientras yo trataba de recobrar el maldito aliento.

Empezaba a caer la tarde y con ello la luz solar. Quedaban unos minutos más para que pudiésemos seguir entrenando, pero pronto deberíamos acabar y meternos en el gimnasio que había creado en aquella cabaña de dos plantas para poder prepararme.

Y por si no fuese poco lo que me estaba esforzando, después de años sin entrenar, sin tener un entrenamiento exhaustivo de defensa y ataque, va y mi entrenador me suelta:

—Tu mente no está despejada, Olivia.

Será…

Llevaba levantada desde las cuatro de la mañana para salir a correr, dejándome los pulmones, empezar a entrenar durante horas por la mañana, tener una dieta específica de deportista y luego entrenar más horas por la tarde para luego meterme en el gimnasio… ¿Que no estaba despejada?

No obstante, me tomé unos minutos antes de sentarme en el maldito suelo en mitad de la naturaleza y, al mirarlo, supe que tenía razón. No dejaba de pensar en Angela, en Zev… No podía dejar de pensar en ellos ni un solo minuto.

—¿Cómo voy a despejarla si no paro de pensar en ellos?

Sunam se colocó de puntillas y parecía que ni había entrenado. Su camiseta estaba totalmente limpia de sudor, mientras que la mía parecía chorros de agua mezclada con barro. Estaba hecha un asco y prefería no mirarme al espejo, porque mi cabello rizado envuelto en una trenza me hacía parecer un león.

Recordaba lo duro que era como entrenador Sunam para hacerme una buena luchadora, para saber defenderme a la perfección. Nunca lo olvidaría, pero no recordaba que fuese tanto. Quizás me hacía mayor para estas cosas.

—¿Quieres volver con ellos? ¿Quieres tener una vida tranquila al lado de Zev y Angela? —Sus preguntas me hicieron asentir rápidamente —. Pues consigue liberar tu mente y obtendrás todo eso mucho antes de lo que piensas. Le prometí a tu padre que te ayudaría cuando más te hiciera falta y lo voy a cumplir, aunque me cueste la vida.

No dije nada, solo pensaba en el diario que había estado leyendo de mi padre, donde había escrito absolutamente todo y más detallado de lo que me había dicho Zev.

Zev…

No dejaba de pensar una y otra vez en la conversación, en nuestra última conversación y no era la de la mansión, sino en la casa de mis padres en España. Me sentía totalmente fuera de lugar. El hombre al que amaba me había estado ocultando una información tan importante como aquella, me había visto sufrir, llorar, desesperarme, decirle en voz alta que odiaba a mi padre por no contarme la verdad desde el principio… Y él lo sabía todo. Aquello me dolió y estaba enfadada con él, pero no lo odiaba; lo amaba. En situaciones normales, estaría enfadada con él un tiempo y, poco a poco, hablándolo, lo aclararíamos y lo perdonaría.

Pero esta no era una situación normal, sino la maldita realidad en la que me había visto envuelta y, por desgracia, para que todo saliera bien y ninguno de ellos resultara dañado, lo mejor era alejarme y marcharme lejos para protegerlos. Ya había pasado una maldita semana desde la despedida con Angela y no había nada que me doliera más que todo aquello. Pero no me quedaba de otra.

Su peluche era un constante recordatorio de la promesa que le hice y la cumpliría, aunque me costase demasiado. Aunque las Smirnova vinieran antes a por mí. La cumpliría, por Angela… Y por Zev.

—Para mí eres como una hermana. Todos los hermanos no hace falta que sean de sangre y voy a protegerte. —Sunam trataba de hacer que me levantara, de conseguir quitarme ese peso de encima en el entrenamiento y quizás lo estaba logrando—. Así que muévete y lucha por ellos.

Me levanté totalmente agotada y volvimos a empezar. Uno frente al otro, en mitad de aquel lugar. Sunam vino corriendo hacia mí y no pensé, solo dejé que mi cuerpo actuase. En cuanto vino, no levanté la pierna como antes para que no me agarrase con el brazo, sino que me hice a un lado, para ahora sí darle una patada. Empezamos una lucha intensa y conseguí que aquella vez a Sunam le costase más.

Conseguí agacharme, hacer que se tambalease en el suelo tras ponerle mi pierna detrás de las suyas y, cuando lo tiré al suelo, no me levanté hasta asegurarme de que se había rendido. Y en ningún momento le di la espalda.

Estaba enfadada con esas mujeres sanguinarias y quería que me dejasen en paz a mí y a mi familia. Y haría lo imposible para conseguir ser feliz. Costase lo que costase.

En la mirada de Sunam se reflejaba lo orgulloso de mí que estaba.

—Esa es la Olivia que quiero ver.

Sonreí, pero no demasiado. No estaba de humor después de todo lo que estaba viviendo.

—Por favor, ¿no podía ser un sitio más elegante que una cabaña en medio del bosque? —preguntó una voz femenina que conocía desde hacía no muchos meses.

Al girarme, vi que la mafia búlgara caminaba hacia nosotros.

Delia, tan rubia y atractiva como siempre, llevaba el brazo sujeto y parecía tener una herida en el hombro, lo cual me sorprendió. A su lado, Nikola, el joven de una edad similar a Delia, caminaba con un semblante mucho más serio que otras veces en que lo había visto, con su cabello rubio suelto. Parecían una pareja de modelos caminando por un bosque como aquel, pero con la diferencia de que esta vez no parecían odiarse como otras veces.

Era más, Nikola estaba más pegado a ella, como si la hubiese estado cuidando. De hecho, parecía mucho más protector que nunca con ella.

—¿Delia? ¿Qué cojones te ha pasado? —pregunté, alarmada.

La aludida me mostró aquella sonrisa tan digna de ella y, como si nada le hubiese pasado, tan elegante con su ropa, le restó importancia.

—Las cabronas de las Smirnova, vinieron al departamento de Stefan Valkov y hubo una pelea… —Miró fugazmente al compañero tan atractivo que estaba a su lado y luego se centró en mí, para decirme en voz baja—: Asesinaron a Stefan delante de mí, me hirieron y yo le disparé a las rodillas de la hija mayor para tener una menos en el combate.

Me quedé muda, demasiado sorprendida por lo que estaba escuchando.

¿Stefan? ¿Aquel hombre mayor?

Miré a Nikola, ya que acababa de morir su padre de la manera más dura posible.

—Joder… Nikola, lo siento mucho… —En parte, me sentía culpable por la herencia que me habían dejado de aquella familia de la que no quería saber nada —. Delia…

Delia negó rápidamente al verme tan preocupada y Nikola intervino.

—No tienes la culpa, Olivia. Esto es una pelea constante que hemos tenido con esa familia desde hace años. —Se quedó callado unos minutos mientras el sol empezaba a esconderse y murmuró. —Lo peor es saber que Giulio les ha estado dando información de dónde ibais Zev y tú durante el viaje, traicionándote a ti, pero sobre todo a Zev, que ha hecho todo lo posible para salvarte.

Me quedé de piedra al saber la verdad. Giulio, que nunca me llegó a caer bien del todo porque sentía que escondía algo… Siempre mostrando sonrisas falsas y ahora, en los últimos meses, esa máscara que tenía puesta se le estaba cayendo. Y encima, había traicionado a su propio hijo, importándole bien poco su protección. No pude evitar apenarme por Angela y desear poder llevármela de aquella mansión y que fuese feliz de una vez.

—¿Giulio? —cuestioné. —Ese viejo…

—Creo que ese viejo quiso que te casaras falsamente con Zev porque sabía de tu pasado y quiere algo tuyo. Quizás vengarse de algo que Zev no sabe —dijo una voz femenina distinta.

Al girar mi cabeza encontré a la mujer de cabello pelirrojo que siempre estaba ahí, para lo bueno y para lo malo. Que ayudó a Zev a encontrarme, que nos ayudó a salir sin levantar sospechas de Chicago. Con esa elegancia que Ginevra tenía al caminar, se acercó a nosotros, con mirada fija en mí.

Me alegré de verla después de tanto tiempo y deseé abrazarla, pero después de lo que había pasado con Zev, de la última conversación que tuve con él tres días atrás por teléfono… No sabía si Ginevra me odiaba.

—Antes de que esto se torne en una conversación familiar, te diré Olivia que Nikola y yo vamos a estar aquí, contigo en la cabaña, ayudándote en tu preparación. —Delia se dirigió a mí. —Yo te ayudaré a portar armas y Nikola te enseñará a ser fría ante las Smirnova. Ellas quieren hablar contigo antes de nada. Creo que si puedes jugar con su mente lograrás muchas más cosas que ninguno. Y vamos a protegerte, junto con tu guardaespaldas.

—¿Luna también viene?

Ella asintió y fue Nikola quien contestó.

—Sí. Pensamos que es mejor que una mujer te ayude a entrenarte, ya que estás enfrentándote a una familia de mujeres. No te preocupes, Luna no les dirá nada a los Grimaldi.

—Quiero a Zev y a Angela fuera de esto. Es lo único que les pido.

Ambos asintieron.

—Lo obtendrás. Ninguno de ellos se meterá en esto —aseveró Delia y ambos se marcharon a la cabaña.

Sunam se alejó tras dedicarme una sonrisa, para dejarme a solas con Ginevra.

Ambas nos quedamos calladas, mirándonos en mitad del bosque, a unos metros de la cabaña.

Ginevra iba tan bien vestida con ese traje de negocios y yo, en cambio, como si me estuviese revolcando en el barro, toda destrozada y machacada de tanto entrenamiento.

—Sé que Zev me debe de estar odiando porque le haya pedido que firme los papeles del divorcio… —murmuré, recordando la

conversación que tuve con él, que duró apenas unos minutos y en la que Zev apenas dijo una sola palabra.

Me sentía mal, pero necesitaba esto. Y si no me distanciaba de él así, las Smirnova lo buscarían para hacerle daño.

Y creo que mi mirada transmitía la tristeza que llevaba dentro y el vacío de mi alma, porque Ginevra suavizó su mirada.

—No te odia. Piensa que tiene toda la culpa y se culpa por ocultarte esa información. —Dio unos pasos hacia mí para responderme. —Pero no es por eso por lo que vengo, Olivia… Sé lo que pretendes y no pienso dejar que lo hagas sola. Es un riesgo.

No contesté al principio, sino después. No paraba de pensar en ellos y tenía miedo de que les ocurriese algo. No quería divorciarme de Zev, pero no me quedaba de otra… Lo hacía por ellos.

—Lo hago por Angela y por Zev.

Ella asintió.

—Lo sé. No sé hasta qué punto son capaces las Smirnova de tratar de encontrarte, pero si yo fuera tú… Haría lo mismo.

Sus palabras me impactaron.

Llevaba todos esos días sintiéndome como una mierda por hacerle eso a Zev, pero sobre todo a Angela… Tanto que creí que Ginevra estaría en total desacuerdo conmigo, que me miraría mal por hacerle daño a Zev pidiéndole el divorcio.

Trataba de ser fuerte ante ella y miré los anillos, tanto de boda, como de compromiso, los cuales había puesto amarrados junto al collar de mi madre en el cuello.

Pero me costaba ser fuerte.

—Amo a Zev como nunca he amado a un hombre… Pero esto no va con él.

Ante mi respuesta, Ginevra negó.

—No, pero él te ama. Y haría cualquier cosa por protegerte.

—No le digas esto, Ginevra —le pedí.

Contuve la respiración, esperando que ella realmente guardase este secreto hasta que las cosas mejorasen. Pero su silencio fue tan prolongado que me hizo dudar.

—No se lo diré… —repuso al fin, consiguiendo que suspirara, sacando todo el aire que estaba guardando—. Al menos de momento.

—Ginevra…

—Olivia, voy a estar contigo aquí, junto con ellos —contestó mientras caía la luz del sol en aquel bosque, alejado de Chicago—. Voy a ayudarte a protegerte de ellas, sea como sea. Porque ten por seguro que hasta que no acaben contigo no dejarán de intentarlo. Sin embargo, si creamos un plan podremos con ello.

Ginevra me tomó las manos destrozadas del entrenamiento, con una calidez que me reconfortó. Me sentí como cuando mi madre siempre estaba ahí cuando peor me encontraba. Y nunca sustituiría a mi madre, ella siempre sería la que me dio la vida, la que me apoyó en todo lo malo, pero Ginevra estaba ahí ahora, dándome ese apoyo que me faltaba desde hacía años y ya no me sentía sola, a pesar de mis errores.

—¿No me odias por divorciarme de Zev?

La arruga de su entrecejo salió a la luz y parecía como si le hubiese dado una apuñalada. Negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a odiarte? —preguntó, desconcertada—. Te considero como la hija que nunca tuve —contestó y aquello hizo que alguna lágrima saliera de mis ojos por la emoción, pero hice lo posible para no llorar más—. Voy a ir contigo mañana a acompañarte para que firmes los papeles. Tendrás que verte con Zev, pero sabes que no será fácil. Mantente firme y lo lograrás. Sin embargo, le estás haciendo daño, al igual que a ti misma…

Tenía razón.

No quería hacerlo, pero debía.

—Lo amo… —susurré.

Y creo que ella sabía que esta era la mejor forma de salir de esta, por Angela.

—Además, os casasteis por un matrimonio concertado, ¿no? Quizás sea cosa del destino y sea necesario para dar el siguiente paso. —Aquello me dejó desconcertada.

—¿Cómo lo sabes? —inquirí, aunque a juzgar por su mirada supe quién se lo había dicho.

Sus manos se posaron sobre mis mejillas, limpiándome las lágrimas sin importarle mancharse las manos de barro.

—Zev me lo contó hace dos días, vino a decirme que le pediste el divorcio.

Cerré los ojos en cuanto escuché la palabra divorcio.

—Para la próxima quiero ser la madrina de boda.

Abriendo los ojos como nunca, miré a Ginevra sin entender absolutamente nada.

—¿Qué?

Ginevra parecía divertida en ese punto de la conversación.

—¿Te crees que Zev y tú no os vais a volver a casar cuando toda esta tormenta haya pasado? Quiero ser tu madrina de boda y punto. —Me tomó la mano para que fuésemos a la cabaña y añadió: —He estado mirando ya vestidos, así que no hace falta que me digas qué color debo ponerme. El azul me sienta bien.

Y entonces yo, que no me encontraba de humor para nada, reí por lo que estaba diciendo Ginevra y negué con la cabeza mientras nos metíamos en la cabaña junto con los demás, que ya estaban hablando sobre dónde dormir cada uno.

No estaba dispuesta a divorciarme de Zev, pero debíamos hacerlo y esperaba que algún día él lo comprendiese y no me odiase.

Solo esperaba que lo entendiera… Algún día.

***

El amanecer se coló por las rendijas de la cabaña como un ladrón sigiloso, robándome los últimos vestigios de un sueño que ya no me pertenecía. Abrí los ojos con pesadez a un mundo que parecía haberse desvanecido durante la noche, dejando solo los restos de una vida que una vez fue mía. El techo de madera sobre mi cabeza era un recordatorio constante de dónde estaba y, más importante aún, de dónde no estaba.

No estaba en casa. No estaba con Zev.

El pensamiento cayó sobre mí como un balde de agua fría, aplastando cualquier deseo de levantarme. ¿Cómo podía enfrentarme a este día, sabiendo lo que me esperaba? Los papeles del divorcio eran como espadas suspendidas sobre mi cabeza, listas para cortar el último hilo que me unía a la vida que había construido.

Me hundí más profundamente en las sábanas, deseando que pudieran envolverme por completo y hacerme desaparecer. Cerré los ojos con fuerza, invocando recuerdos de tiempos más felices como si fueran un escudo contra la cruel realidad.

Zev…

Su nombre era un suspiro en mi mente, un eco de risas compartidas y promesas susurradas en la oscuridad. Recordé la primera vez que me miró, sus ojos oscuros como pozos profundos en los que podría ahogarme felizmente. Recordé la calidez de su mano sobre la mía en cada momento que me hacía falta, incluso cuando no nos llevábamos bien al principio de nuestra relación, la seguridad de sus brazos a mi alrededor... Cada recuerdo era una puñalada de dolor dulce, recordándome todo lo que estaba a punto de perder.

Las lágrimas comenzaron a fluir, silenciosas al principio, luego en sollozos que sacudieron todo mi cuerpo. Eran como un río desbordado, arrastrando consigo los restos de mi corazón roto. ¿Cómo podía hacer esto? ¿Cómo podía alejarme del hombre al que amaba, del hombre que me había protegido incluso de mi propio pasado?

Pero sabía la respuesta: lo hacía por él. Por Angela. Por la familia que habíamos formado y que ahora tenía que destruir para salvar. Las Smirnova eran como sombras amenazantes en los bordes de mi visión, siempre presentes, siempre peligrosas; sigilosas como minutos antes de una fuerte tormenta. Y yo era el imán que atraía su ira.

Las odiaba.

El sonido de la puerta abriéndose me sobresaltó, arrancándome de mis pensamientos sombríos. Escuché voces en el fondo, un murmullo de actividad que parecía tan ajeno a mi dolor. Sabía que se trataba de Delia y Sunam discutiendo a saber por qué. A Nikola

se le escuchaba de vez en cuando. Mantuve los ojos cerrados, fingiendo dormir, deseando que quien fuera se marchara y me dejara con mi miseria.

—Olivia. —La voz de Ginevra cortó el silencio como un cuchillo—. Es hora de levantarse.

Abrí los ojos lentamente, enfrentándome a la realidad. Ginevra siempre había sido una mujer a la que admiraba, a pesar de los obstáculos que tuvo que superar. Pero hoy, incluso su presencia era un recordatorio doloroso de lo que estaba a punto de hacer.

—No puedo —susurré, mi voz ronca por el llanto, a sabiendas de que la idea del divorcio era mía—. Por favor, Ginevra, déjame sola.

Sus ojos se suavizaron y, por un momento, vi el reflejo de mi propio dolor en ellos. Ella sabía. Sabía por qué estaba haciendo esto, sabía el precio que estaba pagando por proteger a los que amaba. Y aun así, estaba aquí, obligándome a enfrentar lo inevitable.

—Debes hacerlo, cariño —repuso suavemente, sentándose en el borde de la cama. Su mano encontró la mía, un ancla en medio de la tormenta de mis emociones—. Sé que duele, pero es necesario.

Me incorporé lentamente, cada movimiento una batalla contra la gravedad y contra mi propio corazón. Ginevra me envolvió en sus brazos y por un momento me permití ser débil y lloré en su hombro como una niña perdida. Lloré después de haber estado aguantando tantos días.

Quizás era porque estaba totalmente mal, perdida en ese momento, donde tendría que enfrentarme a algo doloroso en ese día tan complicado.

Pero ella no me juzgó.

—Estamos trazando un plan —susurró en mi oído—, para mantenerte a salvo de las Smirnova. Pero necesitamos tiempo, y esto... esto nos dará ese tiempo.

Supuse que estarían levantados mucho antes que yo, ya que Sunam me había dado la mañana libre para poder asistir al juzgado.

Sus palabras eran como un bálsamo y un veneno al mismo tiempo. La esperanza de un futuro libre de amenazas se mezclaba con el dolor agudo de la separación inminente. Asentí contra su hombro, incapaz de formar palabras.

Con gentileza, Ginevra me ayudó a levantarme. Mis piernas temblaban como si hubiera olvidado cómo caminar, como si cada paso me alejara más de la vida que conocía. Me vestí mecánicamente, mis dedos torpes con los botones y cierres. Cada prenda se sentía como una armadura, protegiéndome del mundo exterior, pero también encerrando mi dolor.

El viaje en coche fue un borrón de paisajes que no reconocí y pensamientos que no quería enfrentar. Ginevra condujo en silencio, respetando mi espacio. Las calles de Chicago pasaban como fotogramas de una película en la que yo era una mera espectadora, desconectada de mi propia vida.

Cuando llegamos al juzgado, mi corazón comenzó a latir con fuerza, como si quisiera escapar de mi pecho antes de que pudiera entrar en ese edificio. Era una estructura imponente, fría y gris, tan diferente de la calidez del hogar que había compartido con Zev. Parecía burlarse de mí, un monumento a los finales y las promesas rotas.

Lo peor fue cuando vi su Ferrari aparcado cerca del coche de Ginevra.

Clac. Era otra pieza rota de mi corazón.

Ginevra aparcó y apagó el motor. Por un momento, nos quedamos sentadas en silencio, el sonido del reloj del coche marcando los segundos que me separaban de lo inevitable.

—Estaré aquí —aseguró Ginevra finalmente, su voz suave pero firme —. Pase lo que pase, recuerda por qué lo estás haciendo.

Asentí, incapaz de hablar. Las palabras se habían convertido en piedras en mi garganta, pesadas e imposibles de tragar. Con un último apretón de manos, salí del coche.

Cada paso hacia la entrada del juzgado era como caminar sobre cristales rotos. El dolor era agudo, penetrante, recordándome con cada movimiento lo que estaba a punto de perder. Las puertas se abrieron ante mí, un abismo que amenazaba con tragarme entera.

Ginevra se quedó atrás. Estaba sola ahora, frente a la puerta que me separaba de Zev y de la vida que habíamos construido juntos en muy poco tiempo.

Tomé una respiración profunda, el aire frío del pasillo llenando mis pulmones como si fuera el último aliento antes de sumergirme en aguas profundas y oscuras. Mi mano tembló al alcanzar el pomo de la puerta, cada movimiento era una lucha contra el deseo de dar media vuelta y huir.

La puerta se abrió con un chirrido que sonó como un lamento en mis oídos. Y allí estaba él.

Zev.

Verlo fue como recibir un golpe en el pecho. Estaba sentado, con la cabeza entre las manos, una imagen de derrota que nunca había asociado con él. Cuando levantó la mirada, el dolor en sus ojos era un espejo del mío propio.

La barba de varios días sombreaba su rostro, algo que no solía tener, siempre tan bien afeitado. Solo cuando estuve en el hospital fue cuando lo vi así de derrotado, sinónimo de noches sin dormir y días de angustia. Sus ojos, normalmente brillantes y llenos de vida, estaban apagados y rodeados de círculos oscuros. Era la viva imagen de un hombre que lo había perdido todo.

Y yo era la causa de su dolor.

Me quedé congelada en el umbral, incapaz de avanzar, incapaz de retroceder. El tiempo pareció detenerse, suspendido en ese momento de reconocimiento mutuo, de dolor compartido.

¿Cómo habíamos llegado a esto? ¿Cómo el amor que nos había unido se había convertido en esta fuerza que ahora nos separaba?

Las palabras se agolpaban en mi garganta, un torrente de explicaciones, súplicas y confesiones que amenazaba con desbordarme. Pero no podía decir nada. No podía arriesgarme a que mi resolución se desmoronara, no cuando su vida y la de su hermana estaban en juego. Así que me quedé allí, en el umbral de nuestro final, mirando al hombre al que amaba más que a mi propia vida, sabiendo que estaba a punto de romperle el corazón para salvarlo.

«Si tan solo supieras por qué lo hago».

Y en ese momento, comprendí que el amor a veces no se trata de estar juntos, sino de tener la fuerza para separarse cuando es necesario. Incluso si eso significa destrozar tu propio corazón en el proceso.

***

ZEV GRIMALDI

El tiempo se había convertido en un enemigo implacable, cada segundo era un recordatorio cruel de lo que estaba a punto de perder. Sentado en aquella fría sala del juzgado, me sentía como un náufrago a la deriva, perdido en un mar de arrepentimientos. El peso de la culpa me aplastaba, una losa invisible que me hundía más y más en las profundidades de mi propia miseria.

Mis manos, esas mismas manos que una vez acariciaron con ternura el rostro de Olivia, ahora temblaban incontrolablemente. Las miré, preguntándome cómo era posible que pudieran sostener un bolígrafo cuando apenas podían sostener los pedazos rotos de mi corazón.

El silencio de la sala era ensordecedor, roto solo por el horrible sonido del reloj en la pared. Cada segundo que pasaba era un paso más hacia el abismo, hacia un futuro sin ella. ¿Cómo habíamos llegado a esto? Las decisiones que tomé, las verdades que oculté, todo en nombre del amor y la protección, ahora se alzaban ante mí como un muro infranqueable entre Olivia y yo.

Cerré los ojos, intentando escapar por un momento de la realidad que me rodeaba. Pero incluso en la oscuridad de mis párpados cerrados, su rostro aparecía, una visión dolorosa y hermosa a la vez. Recordé la primera vez que la vi, sentada en aquel despacho y con cara de pocos amigos. Recordé nuestro primer beso en aquella gala con ella enfundada en aquel vestido rojo, la forma en que el tiempo pareció detenerse, como si el universo entero contuviera el aliento ante la perfección de ese momento.

Y ahora, aquí estaba yo, a punto de perderlo todo.

El sonido de la puerta al abrirse me arrancó de mis recuerdos. Levanté la mirada y allí estaba ella. Olivia. Mi corazón dio un vuelco doloroso en mi pecho, como si intentara escapar, correr hacia ella y nunca dejarla ir.

Pero la mujer que entró en la sala no era la Olivia que recordaba. Esta Olivia era una sombra, un fantasma de la mujer vibrante y llena

de vida que había sido mi esposa. Sus ojos, antes chispeantes de alegría, ahora estaban apagados, rodeados de círculos oscuros que hablaban de noches sin dormir, como yo. Su postura, normalmente erguida y confiada, ahora estaba encorvada, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros.

Y yo era el responsable de esa transformación.

Me sentía un jodido idiota.

Nuestras miradas se encontraron y por un momento, el mundo se detuvo. Vi en sus ojos un torbellino de emociones que pasaban por tristeza, dolor, y algo más... ¿ira? La idea de que Olivia pudiera estar enfadada conmigo era como un puñal retorciéndose en mi corazón. Quería levantarme, correr hacia ella, tomarla en mis brazos y rogarle que me perdonara, arrodillarme ante ella y disculparme. Sin embargo, me quedé clavado en mi asiento, paralizado por el miedo y la culpa.

Olivia avanzó lentamente hacia la mesa, cada paso parecía costarle un esfuerzo monumental. Se sentó frente a mí y fue entonces cuando su aroma me golpeó como una ola. Era el mismo perfume que siempre había usado, ese que para mí siempre había significado hogar. Ese aroma despertó una avalancha de recuerdos: mañanas en la cama, risas compartidas, noches de pasión... Cada recuerdo era una puñalada de dolor dulce, recordándome todo lo que estaba a punto de perder.

El abogado, un hombre de rostro serio y ojos compasivos, se aclaró la garganta, rompiendo el tenso silencio que se había instalado entre nosotros. Sacó unos papeles de su maletín y los colocó frente a nosotros. Los papeles del divorcio. Tan simples, tan inocuos en apariencia y, sin embargo, tenían el poder de destruir todo lo que habíamos construido juntos.

—Señor y señora Grimaldi —dijo el abogado, su voz profesional y distante—. Estos son los documentos de divorcio que han solicitado.

Por favor, tómense su tiempo para revisarlos antes de firmar.

Tomé los papeles con manos temblorosas, las palabras bailando ante mis ojos como si estuvieran escritas en un idioma que no podía comprender.

Miré a Olivia, buscando desesperadamente alguna señal, alguna indicación de que ella sentía lo mismo que yo. Pero su rostro era una máscara impenetrable, sus ojos permanecían fijos en los papeles frente a ella. La distancia entre nosotros, apenas unos centímetros en la mesa, se sentía como un abismo infranqueable.

Quería decir algo, cualquier cosa para romper ese silencio sofocante. Las palabras se agolpaban en mi garganta, una mezcla de disculpas, súplicas y declaraciones de amor. Pero cuando abrí la boca, no salió nada. ¿Qué podía decir que no hubiera dicho ya? ¿Qué palabras podrían borrar el daño que había causado?

El abogado le entregó a Olivia el bolígrafo y fue como si estuviera entregando el arma con la que iba a ejecutar nuestro amor. Vi cómo Olivia tomaba el suyo, su mano temblando ligeramente. Por un momento, un destello de esperanza se encendió en mi pecho. ¿Estaba dudando? ¿Sentía ella también que esto era un error?

Observé, conteniendo la respiración, cómo Olivia acercaba el bolígrafo al papel. Parecía que cada movimiento le costaba un esfuerzo sobrehumano. Mi corazón latía con fuerza, una mezcla de esperanza y terror. Parte de mí quería gritar, suplicarle que se detuviera, que me diera otra oportunidad. Pero otra parte, la parte que sabía que le había fallado, que le había ocultado la verdad, me mantuvo en silencio.

Y entonces, con un movimiento fluido, Olivia firmó.

El sonido del bolígrafo contra el papel fue como un disparo en la quietud de la sala. Sentí como si algo dentro de mí se rompiera, un

dolor agudo y penetrante que me dejó sin aliento. Era real, estaba sucediendo. Olivia había firmado.

Ahora era mi turno. Tomé el bolígrafo, su peso en mi mano parecía multiplicarse por mil. Miré a Olivia, buscando sus ojos, necesitando desesperadamente una conexión, una última oportunidad.

—Olivia —dije, mi voz sonó ronca y quebrada—. Lo siento. Lo siento tanto. Nunca quise ocultarte nada. Solo quería protegerte. Por favor, dame otra oportunidad. Podemos arreglar esto. Podemos...

Mis palabras se desvanecieron cuando vi que Olivia no me miraba. Sus ojos estaban fijos en sus manos, que descansaban sobre la mesa. ¿Era vergüenza lo que veía en su postura? ¿O simplemente no podía soportar mirarme?

Con el corazón destrozado, firmé los papeles. Cada trazo del bolígrafo se sentía como si estuviera cortando los hilos que nos unían. Cuando terminé, dejé caer el bolígrafo como si me quemara.

Al final, el cabrón de mi padre tenía razón… Iba a vernos separados antes de mayo. Seguro que estaría divirtiéndose en su maldito despacho de la mansión.

El abogado recogió los documentos, murmurando algo sobre procesarlos y que estaríamos oficialmente divorciados. Pero apenas registré sus palabras. Todo mi ser estaba concentrado en Olivia, que se había levantado de la silla.

No sin antes dejar los dos anillos, el de compromiso y el de boda, cerca de mí.

La vi recoger su bolso con movimientos mecánicos, como si estuviera funcionando en piloto automático. Quería decir algo, hacer algo, cualquier cosa para detener aquel momento. Sin embargo, me quedé paralizado, incapaz de moverme, incapaz de hablar.

Olivia se dirigió hacia la puerta, y cada paso que daba era como un puñal en mi corazón. Justo antes de salir, se detuvo por un momento. Por un segundo, pensé que se daría la vuelta, que me miraría una última vez. Pero no lo hizo. Con un movimiento suave, abrió la puerta y salió.

Y así, sin más, se había ido.

Me quedé solo en la sala, el silencio cayendo sobre mí como una losa. El olor de su perfume aún flotaba en el aire, un recordatorio cruel de lo que acababa de perder. Me hundí en la silla, sintiendo como si el mundo entero se hubiera desmoronado a mi alrededor.

¿Cómo había llegado a este punto? La ironía era amarga y, en mi intento de protegerla, la había alejado de mí.

Pero al mantener ese secreto, yo también la había traicionado. Había subestimado su fuerza, su capacidad para enfrentar la verdad. Y ahora estaba pagando el precio.

Me levanté lentamente, mis piernas temblando como si hubiera envejecido décadas en cuestión de minutos. Caminé hacia la ventana, mirando el mundo exterior que seguía girando, ajeno a mi dolor. La gente en la calle continuaba con sus vidas, riendo, hablando, viviendo. ¿Cómo podían?

Apoyé la frente contra el frío cristal, cerrando los ojos. Un sollozo se escapó de mi garganta, el sonido salió áspero y extraño en el silencio de la sala. Las lágrimas que había estado conteniendo finalmente se derramaron, calientes y amargas contra mi piel. Lloré por lo que había perdido, por lo que podría haber sido, por los errores que había cometido. Pero, sobre todo, lloré por Olivia. Por el dolor que le había causado, por la confianza que había traicionado. Porque a pesar de todo, a pesar de que acababa de firmar nuestro divorcio, la amaba más que nunca.

El sonido de la puerta abriéndose me sobresaltó. Por un momento, mi corazón saltó con esperanza. ¿Olivia? ¿Había vuelto?

Pero era solo el abogado, con una expresión de simpatía en su rostro cansado.

—Señor Grimaldi —me interpeló suavemente—, lo siento, pero necesito cerrar la sala.

Asentí mecánicamente, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano. Recogí mi chaqueta, sintiendo como si estuviera recogiendo los pedazos rotos de mi vida. Guardé los anillos como oro en paño y antes de salir, me detuve en la puerta, mirando hacia atrás una última vez. La sala estaba vacía, pero para mí estaba llena de fantasmas. Fantasmas de promesas rotas, de sueños desvanecidos, de un futuro que ya no existía.

Salí al pasillo, el ruido y el movimiento del juzgado formaba un contraste chocante con la quietud de la sala que acababa de dejar. Me sentía como un extraño en mi propia piel, como si el hombre que había entrado en esa sala ya no existiera.

Mientras caminaba hacia la salida, cada paso era un esfuerzo monumental. El peso de lo que acababa de suceder me aplastaba, haciendo que incluso respirar fuera doloroso. La gente pasaba a mi lado, sus voces eran como un murmullo ininteligible en mis oídos.

Afuera, el sol brillaba con una crueldad despiadada. El aire fresco golpeó mi rostro, y por un momento, me sentí desorientado.

Mis pies me llevaron automáticamente hacia mi coche, pero me detuve antes de llegar. No podía irme, todavía no. Necesitaba un momento más, un último intento desesperado de aferrarme a lo que acababa de perder.

Olivia se había ido y, con ella, una parte de mí.

Me senté en esa mierda de coche, que por todos lados gritaba su nombre y sentí que me faltaba una parte de mí, la más importante, porque Olivia se había llevado mi corazón. Un corazón que no creí que tuviese. Y ella me demostró que sí.

Pero dentro del mar de tormenta que sentía en el pecho, me prometí que este no sería el final. Que no iba a rendirme y que la protegería como le prometí que haría hasta el final de mis días.

Porque aquel no era el final de nuestra historia. Era solo el comienzo.

VEINTE | PASIÓN DESCONTROLADA

«Eran mi familia y, como tal, los protegería de cualquier manera» —Olivia Lara.

OLIVIA LARA

El sudor corría por mi frente mientras esquivaba otro golpe de Luna. Tres semanas de entrenamiento intensivo habían mejorado mis reflejos, pero Luna seguía siendo una oponente formidable. Su puño pasó rozando mi mejilla y aproveché la oportunidad para contraatacar con una patada baja.

—Bien, Olivia —me felicitó Luna, bloqueando mi patada con facilidad —, estás mejorando. Pero recuerda que en una pelea real tu oponente no se contendrá.

Asentí, recuperando el aliento.

—Lo sé. Es solo que... es difícil imaginar que realmente tendré que usar estas técnicas algún día.

Luna me miró con una mezcla de compasión y determinación en sus ojos.

—Espero que nunca tengas que hacerlo. Pero si llega el momento, estarás preparada.

Desde el otro lado del gimnasio improvisado en aquel bosque en el cual convivíamos todos juntos, Sunam observaba nuestra sesión de entrenamiento con ojos críticos. Su presencia era reconfortante e intimidante a la vez. Sabía que, bajo su mirada atenta, cada movimiento que hacía estaba siendo evaluado y analizado.

Lo conocía muy bien.

—Tu postura ha mejorado —comentó Sunam, acercándose a nosotras—. Pero aún telegrafías demasiado tus movimientos. Un oponente experimentado podrá leer tus intenciones antes de que ataques.

Suspiré, frustrada conmigo misma.

—Lo siento. Es que... hay tantas cosas en las que pensar al mismo tiempo… La postura, el equilibrio, anticipar los movimientos del oponente... Han pasado años desde que no entreno, Sunam.

Sunam asintió y su expresión se suavizó ligeramente.

—Es normal. El combate no es solo físico, es mental. Con el tiempo, estos movimientos se volverán instintivos. Por ahora, concéntrate en...

Sus palabras fueron interrumpidas por el sonido de la puerta al abrirse. Ginevra entró con su imponente presencia en la habitación que era un gimnasio con un pequeño lugar donde entrenar lucha. Había algo en su expresión, una tensión en sus ojos, que me puso inmediatamente en alerta.

—Olivia —dijo Ginevra, su voz controlada pero con un toque de urgencia—, necesito hablar contigo. En privado, si es posible.

Miré a Luna y Sunam, quienes asintieron, comprensivos.

—Tomaremos un descanso —propuso Luna, recogiendo sus cosas—. Sunam, ¿quieres practicar algunos movimientos mientras tanto?

Sunam asintió y ambos se alejaron, dándonos espacio a Ginevra y a mí.

Me acerqué a Ginevra, la preocupación creciendo en mi pecho.

—¿Qué sucede, Ginevra? ¿Está todo bien?

Ella miró a su alrededor, asegurándose de que estábamos solas antes de hablar.

—Tengo noticias, Olivia. Noticias sobre... Sally.

El nombre cayó entre nosotras como una piedra en un estanque tranquilo, enviando ondas de tensión a través del aire. Sally, el amor perdido de Ginevra, una herida que nunca había sanado completamente.

De tan solo imaginármelo, no podía dejar de pensar en Zev y en si ya estaría al tanto de cualquier noticia de ella, ya que era su madre.

—¿Qué tipo de noticias? —pregunté con cautela, temiendo la respuesta.

Ginevra tomó una respiración profunda antes de continuar.

—Tengo pruebas. Pruebas de su asesinato.

Sentí que el aire abandonaba mis pulmones.

—¿Cómo...?

—Tenías razón… A Akkerman no le estaba gustando nada lo que Sally hacía en privado —dijo Ginevra, su voz tensa estaba cargada de emociones contenidas—. A él le parecía bastante atractiva Sally y ella se estaba dejando ver demasiado por lo que estaba investigando. La prueba que tengo es un vídeo de ella caminando hacia el hotel en el que íbamos a quedar esa noche y un hombre siguiéndola tras bajarse de un coche que le pertenecía a Akkerman. Esos vídeos se borraron, pero un amigo los pudo conseguir.

Me quedé en silencio por un momento, procesando la información. Parte de mí quería ofrecer consuelo, mientras que la otra quería hacer preguntas, buscar más detalles. Pero mi mente estaba

nublada, dividida entre el shock de esa revelación y los pensamientos persistentes de mi propio dolor, el divorcio que aún pesaba sobre mí como una sombra.

—Ginevra, yo... Si necesitas mi ayuda, solo tienes que pedirla —dije finalmente, las palabras saliendo automáticamente.

Ginevra me miró con una mezcla de gratitud y preocupación.

—No, Olivia. Agradezco tu oferta, pero no. Tú tienes que concentrarte en tu propia seguridad, en tu entrenamiento. Las Smirnova siguen ahí fuera y necesitas estar preparada.

Asentí distraídamente, mi mente aún dando vueltas.

—Sí, tienes razón. Es solo que... es mucho para procesar.

Y era cierto. No solo por el tema de Sally, ya que sospechaba de Akkerman y su fraudulenta empresa, sino por lo que había pasado en los últimos meses, con lo de Mattia, las pistas, el saber la verdad de mi pasado, ser consciente de que me perseguían unas sanguinarias y, sobre todo, el divorcio con el hombre al que amaba.

Eran muchas cosas y poco tiempo.

Cuando estaba así, llegaba por la noche a casa y me acostaba en la cama con Zev, olvidándome de todo lo demás. Ahora me iba a la cama completamente sola, sumida en mis pensamientos más oscuros, los fantasmas que revoloteaban en mi interior.

Lo echaba jodidamente de menos. Muchos más de lo que en mi vida me había imaginado.

Y en la mirada de Ginevra vi comprensión.

En ese momento, Delia entró en la habitación, tan elegante como siempre, ya sin el cabestrillo en su brazo, pero todavía adolorida por

la herida de bala que recibió en su hombro. Su presencia siempre era bienvenida. Nos miró a ambas, captando la tensión en el aire.

—¿Akkerman contratando a un tipo para asesinar a la madre de Zev? —preguntó, contoneando las caderas y acercándose con cautela.

Ginevra negó con la cabeza.

—Esto es una conversación privada, Marković.

Sin embargo, empezaba a conocer mejor a Delia e intuía que eso no le importaría en lo más mínimo. Así fue. Se acercó a nosotras, mostrando su voluminoso pecho embutido en ese vestido y soltó:

—Esas conversaciones son las más interesantes.

Preferí no decir absolutamente nada, solo escuchar a ambas mujeres, las cuales parecían tener sus grandes diferencias y debían trabajar, a pesar de todo, codo con codo para ayudarme. Aquello me hacía sentir mal porque me estaban ayudando por cosas que la familia de mi padre había hecho en el pasado. Y eso me hacía sentir culpable.

—El caso de Sally salió en todos los noticieros —respondió Ginevra, con cierto rostro triste al rememorar aquel escenario del pasado.

—Lo sé, la noticia saltó por todas las familias del mundo —respondió Delia—. Y tu familia fue la más sospechosa de todas.

La sombra apareció en los ojos de Ginevra, a quien no le gustó esa mirada acusatoria.

—En mi vida se me ocurriría hacerle daño a Sally.

Delia sonrió de aquella manera tan suya y negó con la cabeza.

—Cualquier familia que tenga la mínima experiencia, sabe que tu familia no fue. Pero desde ya te digo que por muchas pruebas que encuentres, no creo que a Akkerman le diese tiempo a matar a Sally.

Aquello dejó totalmente destrozada a Ginevra, la cual se había pasado más de un mes y medio buscando pruebas que incriminaran al susodicho.

Ginevra frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices? Las pruebas apuntan claramente en esa dirección.

Delia se movió incómoda, como si estuviera a punto de decir algo que sabía que no nos gustaría oír.

—Bueno, si estamos hablando de motivos... —Nos miró a ambas para luego responder. —Honestamente, suena más como algo que haría Giulio Grimaldi.

El nombre cayó sobre nosotras como una bomba. Giulio Grimaldi, el padre de Zev, el hombre que había estado en el centro de tantos conflictos. El que decía haber amado a su esposa. Sí, hubo un tiempo que sospeché de él, pero luego esa idea se fue extinguiendo con el tiempo. Ahora ya no estaba segura de absolutamente nada.

Y más si Giulio vendió a su propio hijo diciéndole a las Smirnova adónde íbamos, poniendo en peligro a Zev y a Angela.

—¿Giulio? —repetí, en un susurro. —Explícate.

Delia suspiró profundamente antes de continuar.

—Pensadlo: si se tratara solo de negocios turbios, un empresario podría haber encontrado otras formas de silenciar a Sally. Pero un asesinato... Eso suena más a una cuestión personal. Y si hablamos de motivos personales, después de que su marido la pillara con otra

persona… —respondió. —Hemos trabajado codo con codo con Giulio y no hay hombre más rencoroso y vengativo que él.

—Estás insinuando que fue por celos —adivinó Ginevra, con voz tensa.

Delia asintió lentamente.

—Exactamente.

Sentí que mi cabeza daba vueltas con esta nueva información. ¿Giulio? Sí, era algo que me esperaba de él. Pero sin pruebas…

Tampoco sabíamos si había sido algo premeditado, si también estaba Akkerman en el asunto o si Sally estuvo en el momento y el lugar incorrecto.

—Pero... ¿qué pruebas hay de esto? —pregunté, tratando de mantener la calma y la objetividad.

Delia se volvió hacia mí, sus ojos estaban llenos de una mezcla de compasión y determinación.

—No tengo pruebas concretas, Olivia. Solo... años de conocer a Giulio, de ver cómo opera. Su obsesión por el control no era un secreto en ciertos círculos. Y si descubrió que Ginevra amaba a Sally...

¿Cómo Delia sabía eso? Ginevra solo me lo había contado a mí. A no ser que eso no fuese un secreto.

Ginevra tenía la misma mirada que yo.

—Podría haber actuado por celos —completé la frase, sintiendo un escalofrío recorrer mi espalda.

Ginevra se había quedado en silencio, su rostro era una máscara de emociones contenidas. Cuando finalmente habló, su voz era apenas

un susurro.

—Me lo imaginé. Siempre me lo imaginé.

—Puede que ambas cosas estén relacionadas —insinuó Delia suavemente—. Tal vez Sally descubrió algo sobre Giulio durante su investigación y todos sabemos que Giulio y Akkerman fueron aliados en el pasado. Tal vez encontró algo que él no quería que saliera a la luz.

El silencio cayó sobre nosotras, pesado y cargado de implicaciones. Mi mente daba vueltas, tratando de procesar toda esta nueva información. Giulio, el padre de Zev, posiblemente implicado en un asesinato por celos.

—Necesito descansar un rato, perdonadme —dije finalmente, con voz temblorosa. Aún no estaba para nada bien después del divorcio y apenas pegaba ojo por las noches. Lo último que quería era meterme más problemas en la mente.

Ginevra asintió, su rostro una mezcla de emociones contradictorias.

—Lo entiendo, Olivia. Tómate el tiempo que necesites. Pero recuerda que tu seguridad sigue siendo la prioridad. No podemos perder de vista la amenaza de las Smirnova.

Asentí mecánicamente, agradecida por el recordatorio pero aún abrumada por todo. Me alejé unos pasos, necesitando espacio para respirar, para pensar.

Mientras Ginevra y Delia continuaban su discusión en voz baja, me encontré mirando por la ventana, observando el mundo exterior que parecía tan ajeno a los oscuros secretos y conspiraciones que acabábamos de desenterrar en aquella cabaña, en mitad del bosque, a kilómetros de distancia de Chicago.

Muy, muy lejos de Zev y Angela.

¿Cómo había llegado mi vida a ese punto? Hacía solo unas semanas, mi mayor preocupación era mi matrimonio con Zev, nuestro amor, recuperarme de las heridas que Mattia había dejado en mí. Ahora, estaba en medio de una red de mentiras, secretos y posibles asesinatos. Y Zev... ¿qué pensaría él si supiera lo que acabábamos de descubrir sobre su padre?

Escuchando cómo el viento soplaba tras la ventana en aquel bosque, el sonido de pasos acercándose me sacó de mis pensamientos. Era Luna y su expresión reflejaba preocupación.

—Olivia —me llamó suavemente—. ¿Estás bien? Pareces... perturbada.

Intenté sonreír, pero estaba segura de que salió más como una mueca.

—Estoy... tratando de ser fuerte, Luna… De continuar mi vida.

Luna asintió, comprensiva.

—Lo entiendo. Pero recuerda, sea lo que sea que esté pasando, no estás sola en esto. Estamos aquí para ti, para protegerte y ayudarte en lo que necesites. No solo soy tu guardaespaldas.

Sus palabras me reconfortaron más de lo que esperaba. Tomé una respiración profunda, sintiendo cómo parte de la tensión abandonaba mis hombros.

—Gracias, Luna. Realmente lo aprecio.

Ella sonrió levemente.

—¿Quieres continuar con el entrenamiento? A veces, un poco de actividad física puede ayudar a aclarar la mente.

Consideré su oferta por un momento. Parte de mí quería esconderse, rumiar sobre toda esta nueva información y meterme en la cama a llorar durante horas por estar tan lejos de Zev. Pero otra parte, la parte que había estado creciendo y fortaleciéndose durante aquellas semanas de entrenamiento, sabía que Luna tenía razón.

—Sí —dije finalmente, con más firmeza en mi voz—. Volvamos al entrenamiento.

Mientras seguía a Luna de vuelta al área de entrenamiento, eché un último vistazo a Ginevra y Delia, aún sumidas en su intensa discusión. Fuera lo que fuera que descubrieran, sabía que tendría que estar preparada. No solo física, sino también mentalmente.

El entrenamiento continuó, cada golpe, cada bloqueo, cada movimiento una afirmación de mi determinación. No sabía lo que el futuro me deparaba, pero estaba decidida a enfrentarlo con toda la fuerza que pudiera reunir.

—Concéntrate, Olivia —La voz de Luna me sacó de mis pensamientos—. Tu mente está en otra parte.

Sacudí la cabeza, tratando de despejarla.

—Lo siento, Luna.

Luna detuvo el entrenamiento, mirándome con una mezcla de preocupación y comprensión.

—Recuerda que en una situación real no tendrás el lujo de distraerte. Tus pensamientos pueden ser tu peor enemigo en una pelea.

Asentí, sabiendo que tenía razón.

—¿Cómo lo haces, Luna? ¿Cómo mantienes la mente clara cuando hay tanto en juego?

La aludida sonrió levemente.

—Años de práctica, Olivia. Y la comprensión de que, a veces, pensar demasiado puede ser tan peligroso como no pensar en absoluto. En el calor del momento, tienes que confiar en tu entrenamiento, en tus instintos.

Sus palabras calaron en mí. Pero, ¿cómo podía confiar en mis instintos cuando todo mi mundo parecía estar de cabeza?

—Luna —la llamé, mi voz más baja de lo que pretendía—. ¿Crees que alguna vez volveré a tener una vida normal? ¿Sin tener que mirar constantemente por encima del hombro, sin tener que aprender a defenderme de amenazas invisibles?

Ella me miró por un largo momento antes de responder.

—La normalidad, Olivia, es relativa. Lo que era normal para ti hace un mes, puede no serlo ahora. Y lo que es normal ahora, puede cambiar mañana. La clave no es buscar la normalidad, sino adaptarse a los cambios.

Suspiré profundamente.

Luna colocó una mano reconfortante sobre mi hombro.

—Es natural extrañar lo que teníamos, Olivia. Pero recuerda por qué estás haciendo esto, por qué todos estamos aquí, ayudándote. Es para que puedas tener un futuro, sea cual sea la forma que tome ese futuro.

Asentí, sintiendo una nueva determinación crecer dentro de mí.

—Tienes razón. No puedo cambiar el pasado, pero puedo prepararme para el futuro. Cualquiera que sea.

—Exactamente —corroboró Luna, con una sonrisa de aprobación—. Ahora, ¿lista para continuar?

—Lista —respondí, poniéndome en posición de combate.

***

DELIA MARKOVIĆ

Retiré con cierta molestia la gasa que tenía pegada en la zona de la herida. Necesitaba cambiarla tras haberme dado una ducha larga.

Me observaba desde el espejo de mi diminuto cuarto, entre aquellas cuatro paredes cubiertas de madera, con una hermosa ventana donde podía ver el exterior, con unas vistas increíbles del bosque y aquel lago que estaba a más de cincuenta metros de distancia. El amanecer se podía ver a la perfección mientras los pájaros se escondían en sus árboles para descansar para el siguiente día.

El olor a pino inundaba todo el lugar y, aunque era reacia a estar allí, tenía que admitir que había ido acostumbrándome a estar en un lugar tan tranquilo como ese.

Con tan solo una toalla envuelta en mi cuerpo desnudo, terminé de retirar aquella gasa, la tiré en la papelera que tenía cerca de mí y me examiné la herida de bala desde el espejo. La cual sería un maldito y constante pensamiento de que era una cicatriz del día en el que murió Stefan por mi culpa.

No paraba de pensar en que podría haber hecho algo más, que quizás estaría aquí con todos nosotros dándonos órdenes y leyendo aquellas revistas rosas de chismes que tanto le gustaban. Ahora se había convertido en cenizas.

Suspiré con tristeza, mientras trataba de no hacerme sentir mucho más culpable de lo que ya me sentía. Pero lo que peor llevaba era que Nikola estaba pasando su peor momento y había perdido a su

padre. Desde que me desperté en aquel hospital, él no se había separado de mí, pero de igual forma…

Me sentía tan culpable que podía sentir las sombras de mi mirada en el espejo.

Rocé con cuidado la cicatriz todavía bastante reciente y sentí que me dolía un poco. Quizás porque era muy nuevo. Negué con la cabeza, cuando de pronto la puerta de mi cuarto se abrió y mi rostro de enfado se dirigió hacia el idiota arrogante y pijo que la había abierto.

—i¿Eres idiota, Valkov?!

Nikola, con su cabello suelto, tan rubio como el oro, me miró a los ojos. Independientemente de que estuviese semidesnuda tan solo envuelta en una toalla, se metió dentro de mi cuarto, cerró la puerta y caminó hacia mí.

En ningún momento bajó su mirada hacia mi cuerpo, hacia la toalla rosa que llevaba puesta, ignorando mis piernas totalmente expuestas y el hecho de que se podía ver un poco más de mis pechos de lo que nadie se imaginaba. Tan solo caminó sin dejar de mirarme, para luego posar la vista en la cicatriz demasiado reciente que tenía y que estaba al descubierto.

—Ya te dije la última vez que me llamases para colocarte la gasa, Delia. —Me miró de manera fría, pero podía ver angustia en sus ojos, tan azules como el cielo.

Carraspeé, notándome algo nerviosa ante su presencia. Y aquella tensión sexual que siempre teníamos parecía hacerse cada vez más fuerte a medida que más tiempo pasábamos en Chicago y ahora más en esa maldita cabaña.

—Sé colocarme una maldita gasa por mi cuenta.

Me giré, dándole la espalda y tratando de ignorarlo, pero él seguía detrás de mí.

Cuando traté de colocarme la gasa, él me la arrebató, con aquella altura muy superior a la mía y eso que yo era una mujer más alta de la media. Acto seguido, se acercó a mí, demasiado. Mucho más de lo que sería recomendable. Nikola, que era un hombre de muy pocas palabras, no me dijo nada y yo me alejé, enfadada. No estaba de humor para nuestros jueguecitos.

—Estoy desnuda, Nikola. —Sujeté con fuerza mi toalla, como si me fuese la vida en ello.

—Tú me has visto más veces desnudo, Delia y no me he quejado en ninguna de ellas.

En aquello tenía razón y desde la primera vez, no había dejado de soñar eróticamente con poder poseerlo para mí sola. Porque ese hombre, aunque tratase de negarlo, me volvía completamente loca y necesitaba follármelo en algún momento de mi vida.

Traté de ser distante, pero él se acercó a mí para empezar a colocarme la gasa, colocando sus desnudos dedos sobre mi piel delicada. Aquello me hizo temblar y apostaría que él lo notó por la mirada que había puesto.

—¿En qué piensa esa cabeza tuya?

Y ahí estaba la maldita pregunta.

Por si fuesen pocas las ganas que le tenía, ahora quería indagar en qué era lo que estaba pensando.

Aparté la mirada, incapaz de dejar de pensar en lo que le prometí a Stefan, en que ya no volvería a verlo y en lo que había perdido Nikola. Por mi culpa.

Y se lo expresé en palabras.

—En que, por mi culpa, tu padre no está aquí.

Esa arruga que yo tanto decía odiar, apareció nuevamente en su entrecejo por mi respuesta.

—No fue tu culpa, Delia. —Su voz, tan grave como el sonido de un motor, me hizo clavar mis ojos sobre los suyos.

—Podría haber reaccionado antes y no lo hice.

Nikola terminó de colocarme la gasa, se acercó mucho más a mí con aquella altura tan descomunal que tenía y respondió:

—Stefan, a pesar de las rivalidades de nuestras familias, te admiraba. Decía que ya era hora de que una mujer tuviese los pantalones en los Marković —murmuró, sorprendiéndome por lo que me estaba diciendo. —Siempre has tenido grandes talentos de defensa y encima, con un vestido de gala puesto. A veces, cometemos errores o nos despistamos… Delia, ni se te ocurra pensar en esa estupidez de que fue tu culpa.

Ignoré sus palabras. No podía dejar de pensar en la lucha que tuvimos aquel día en su despacho y en cómo cayó desplomado, para luego ver que estaba herido y yo no pude hacer nada para salvarlo.

—Lo fue.

Bajé la mirada, ocultando mis ojos tras mis largas pestañas.

—No fue tu culpa. Esas Smirnova siempre han estado detrás de nosotros, pero no pueden ir a Bulgaria porque saben que les caería el peso de la ley. Siempre nos han odiado.

—Pero… murió…

Era incapaz de mirarlo directamente. Me sentía avergonzada y creía que él me odiaba, no de aquella manera en que nos odiábamos, sino de la forma en la que no quería volver a saber nada más de mí. Había perdido a su padre y yo estaba delante. Podría haber hecho algo más y no lo conseguí… No lo conseguí.

Su mano se posó bajo mi barbilla para obligarme a levantar la cabeza y que lo mirase directamente a los ojos y ese roce, esos dedos sobre mi piel, me quemaron e hicieron que lo deseara todavía más.

Pero lo que vi en sus ojos, totalmente angustiados a pesar de su seriedad, me sorprendió mucho más que ninguna otra cosa.

—Y yo a ti casi te pierdo también —respondió, con una voz mucho más fuerte que antes—. Estuve cinco malditas horas para que los médicos me dijesen algo. Dos días deseando que despertases y otros dos sin separarme de ti allí. Noches sin dejar de pensar en todo este tiempo que hemos sido enemigos y no hemos hablado como era debido.

Fruncí el ceño, sin entender a lo que se refería y me percaté de que me estaba mirando…no; admirándome de un modo que me puso nerviosa, ya que sus ojos viajaban hasta mis labios con avidez para luego volver a perderse en mi mirada. No ayudaba que yo también bajase mi mirada hacia los labios de ese hombre y desease saborearlos de todas las formas posibles. Primero besándolos, luego sintiéndolos en mis pechos y luego haciéndome maldades entre mis piernas.

No, no ayudaba en lo absoluto.

Porque si por mi fuera, no saldríamos de aquel cuarto en dos malditos días.

—Somos enemigos, Nik. ¿De qué cojones quieres hablar? —cuestioné, enfadada.

Pero él parecía estar mucho más enfadado por mi respuesta.

—No te hagas la tonta, porque lo sabes a la perfección.

—No sé de qué… —empecé a decir, sin entender nada. Sin embargo, él no me dejó acabar la frase.

Nikola estampó sus labios sobre los míos, pegándome en aquel mueble que había frente al espejo donde estaban el resto de gasas y yo estuve a punto de perder el equilibrio, si no fuera porque Nikola me sujetó firmemente con sus enormes manos. Sentí sus labios sobre los míos y fue mil veces mejor de como me lo imaginaba. No ayudaba en lo absoluto el hecho de que pudiera sentir su duro cuerpo esculpido por el gimnasio presionándose contra el mío.

Coloqué mi mano sana sobre su cabello rubio, uniéndolo para poder sentir mucho mejor aquel sedoso pelo que poseía. Apoyé el brazo que tenía herido sobre su duro torso. Pero él no se quedaba atrás, colocando sus enormes manos sobre mis glúteos, apretujándolos a su antojo y hasta podría decir que tenía una obsesión con mi trasero escondida, al igual que yo lo tenía con su miembro.

La toalla empezó a resbalarse de mi cuerpo desnudo, acabando en el maldito suelo de madera y él ayudó en ese proceso para poder tenerme totalmente expuesta y a su merced.

Y me puse más cachonda por ello de lo que debía.

Me levantó del suelo, colocándome sobre aquel mueble, sentando mis glúteos desnudos cerca de aquellas gasas mientras que Nikola se acomodaba entre mis piernas hasta que sentí su dureza en mi sexo desnudo.

Solté un largo gemido en cuanto él me dejó, para luego volver a colocar sus labios sobre los míos, comiéndome la boca con más ímpetu, deseoso de ir a más, metiendo su lengua en mi boca y

buscando la mía para danzar juntas. Necesitaba tocarlo, sentirlo más, mucho más y poder ir de una vez a esa parte que ambos parecíamos haber estado deseando culminar durante muchos años.

Él se separó apenas, para quitarse aquella camiseta que llevaba puesta, dejándome ver sus abdominales totalmente trabajados y esos pectorales esculpidos por los mismos dioses. Su cabello estaba suelto y salvaje, llegando por debajo de sus hombros y esos ojos azules que no paraban de mirarme una y otra vez.

Al fin nos dejamos llevar por la pasión descontrolada que ambos llevábamos escondiendo muchos años.

—Joder, Delia —musitó y me mordí el labio, excitada.

Volvió a estampar sus labios sobre los míos y empezó a restregar su miembro erecto tras aquellos pantalones entre mis piernas, de tal manera que noté cómo mi clítoris se sentía hinchado y excitado por ese jodido hombre al que tenía para mí sola en ese momento.

De arriba abajo, él empezó a restregarse, notando ambos las ganas que nos teníamos y continuando mientras empezaba a notar cómo el placer llegaba cada vez a más, mientras mis pechos voluminosos se aplastaban contra sus duros pectorales.

—Nikola… —gemí mientras continuaba con su tortuoso movimiento, hasta que conseguimos llegar al final; yo me corrí en sus pantalones vaqueros y él se detuvo, apoyando su frente contra la mía.

Suspiramos ambos y en ese momento me di cuenta de que necesitaba mucho más de él. Mucho más que simplemente frotarnos. Necesitaba todo. Y cuando decía todo, era jodidamente todo.

—A esto me refiero —respondió Nikola, algo molesto.

Se agachó, dejándome con ganas de más y dándome la toalla rosa para que me la pusiera. Se llevó consigo su camiseta y se largó, sin decirme nada más.

Cerró la puerta, dejándome totalmente sola en mi cuarto, cachonda y desnuda, sin hacer nada más.

El muy capullo.

VEINTIUNO | CENA CON LOS AKKERMAN

«Nunca pensé que el amor pudiera doler tanto» —Zev Grimaldi.

OLIVIA LARA

Delia parecía amar demasiado el maquillaje, utilizando mil estilos y paletas para maquillarme. Lo cual me estaba irritando bastante porque estaba tardando una eternidad.

Mientras Ginevra leía una revista, algo aburrida y Luna miraba un partido de fútbol en la televisión, los dos únicos hombres que estaban ahí me observaban tras el espejo como si fuese alguien extraño con maquillaje.

Las miradas que le dedicaba a Delia eran fulminantes, sobre todo cuando intentaba meterme aquel lápiz en la línea del ojo, molestándome como nunca y me quejé.

—Ay, estate quieta. Te mueves más que una compresa sin alas —respondió, volviendo a sujetarme de la barbilla.

—No estoy acostumbrada a parecer una persona totalmente distinta con el maquillaje.

Ella me miró antes de volver a utilizar aquel maldito lápiz.

—Debes parecer una mujer felizmente divorciada, un terremoto, explosiva y llena de vida. No la amargada, deprimida y antipática en la que te has convertido durante estas últimas cuatro semanas —espetó.

Negué con la cabeza mientras volvía a colocarme el lápiz nuevamente, molestándome.

—¿Es necesario lo de esa cena, Ginevra? ¿No crees que será peligroso? —preguntó Luna, desde el sofá del salón de aquella cabaña tan grande.

Desde aquí podía escuchar el sonido de las hojas de la revista que estaba leyendo al pasar y, aunque no podía ver su expresión, ya que Delia parecía amenazarme con aquel lápiz, sí escuché su réplica.

—Josh Akkerman ha estado ayudando a las Smirnova a encontrar a Olivia. Así que será nuestra ancla para poder encontrarlas e ir dos pasos por delante de ellas —respondió con voz firme.

Lo cual me recordó que me encontraría con el hombre que pretendía comprarme como si fuera mercancía cuando estaba secuestrada por el estúpido de Mattia y no quería nada de aquello. Lo último que quería era enfrentarme a ese hombre, aunque las ganas de darle una patada en su trasero de millonario no faltaban.

Cuando Delia acabó, me miré en el espejo y casi me caigo de culo al verme.

—Divina —me alabó una satisfecha Delia, mientras me observaba como si ella fuese la artista.

Me acerqué mucho más al espejo y pude escuchar un gruñido de Rocky al verme. Al girarme hacia mi mejor amigo, vi que hasta él no podía verme.

Sunam casi se mea de la risa y la mirada que le dediqué fue más que obvia.

—Continúa y con los tacones puestos te daré una buena patada, Sunam —solté, casi como una amenaza.

Él levantó las manos en señal de rendición, pero aquella sonrisita seguía ahí.

Me levanté, deseando tomar una servilleta y quitarme un poco de maquillaje, pero la mano de Delia me hizo parar.

—Ni se te ocurra, nena. Ahora ve a tu cuarto y ponte aquel vestido que te presté —murmuró, guiñándome un ojo.

Suspiré, caminando junto con mi mejor amigo hacia mi cuarto y cuando me encerré allí, mirando el vestido que estaba extendido sobre mi diminuta cama, miré a Rocky. Este echaba de menos a Angela y a Zev, pero juraba que entendía y mucho lo que estaba pasando y me apoyaba.

Cada semana lo enviaba junto con Luna a la mansión Grimaldi para que estuviese unas horas con Angela y a veces le enviaba un papel enrollado en el collar para que la pequeña pudiese verlo. Siempre eran dibujos, pero al día siguiente tenía pensado enviarle algo más. Aunque sabía que Angela me odiaba, lucharía por ella y esperaba que algún día pudiese entenderme.

—Mañana volverás a ver a Angela, Rocky —murmuré, caminando hacia el vestido.

Empecé a quitarme la ropa, para luego ponerme aquel vestido plateado demasiado llamativo, donde mis pechos parecían embutidos y con el que sabía que Akkerman terminaría mirando más abajo de mis ojos. No quería eso, pero parecía que Delia pretendía conseguir información y conocía muy bien a los hombres.

Su teoría era que a los hombres como Akkerman solo les hacía falta una mujer vistosa para que le diesen toda la información que hacía falta. Y hasta ella misma había probado esa teoría. Yo tan solo quería acabar con todo aquello, estar segura de que ya no corría ningún peligro para poder volver con Angela y Zev. Si es que me volvían a aceptar nuevamente.

Una vez me puse aquel vestido, escuché un dulce ladrido de Rocky, acercándose a mí para que lo acariciara y vaya si lo hice.

—Siento mucho todo esto, Rocky…

Él parecía entenderme porque su respuesta fue levantarse para que me acercase a él y, en cuanto lo hice, me lamió la mejilla izquierda como tan acostumbrada estaba y me encantaba. Seguramente Delia se enfadaría conmigo por borrar un poco el maquillaje, pero Rocky era mi ancla, mi mejor amigo y siempre me apoyaba.

—Te prometo que todo esto acabará pronto y seremos una gran familia —le aseguré, acariciando su extenso pelaje. Le sonreí y él movió la cola, alegre.

Tan pronto como me puse aquellos tacones de vértigo, salimos del cuarto. Rocky empezó a correr por toda la cabaña, sabía que era feliz en lugares naturales y me pregunté si adoraría aquel rancho al que me llevó Zev para nuestra luna de miel.

Un dolor en el pecho me atravesó, como cada vez que pensaba en él.

Todos los hombres me observaron, asombrados. Las mujeres no se quedaron atrás y Delia parecía una hermana mayor orgullosa de que estuviese vestida de aquella manera. Y yo no sabía si ella se había pasado poniéndome aquella cantidad de maquillaje y aquel vestido o es que realmente me veía mucho más atractiva que nunca.

—Ahora sí pareces una mujer recién divorciada, cariño —exclamó Delia, con sus brazos cruzados—. Así que contonea esas caderas y cómete el mundo, porque vas a arrasar.

Aquella frase, a pesar de que no estaba de humor desde hacía semanas, me hizo sonreír cuando se acercó Luna y me entregó un

móvil prehistórico, como el que Zev siempre llevaba. Aquellos recuerdos me entristecieron mucho más.

—Llévate esto. Es imposible que te detecten. Si tienes problemas, llámame e iré rápidamente a por ti. No dejes que una llamada supere los diez minutos, así que utilízala bien —me indicó ella, más que preocupada por mí.

Asentí rápidamente y la abracé con cariño mientras Ginevra me esperaba ya en la puerta, donde entraba algo de fresco al empezar la tarde.

—Vamos, nos esperan cuatro horas de viaje —me apremió.

Iríamos solas.

Al principio creí que sería una mala idea, pero si el plan de Ginevra y Nikola iba a la perfección, todo esto iba a ser lo mejor para todos nosotros.

Mi cuerpo parecía más esbelto que hacía un mes, todo gracias al entrenamiento diario y parecía ser más ágil con todo.

Caminando hacia el todoterreno de Ginevra, Delia se acercó a mí y me tendió un arma, algo con lo que ya contaba y tenía preparado un lugar para guardarla. La tomé, agradecida, la coloqué en el muslo interior de mi pierna derecha y gracias a la falda larga del vestido, ni se notaba.

—Ya sabes cómo sujetarla. Te he enseñado bien —respondió, guiñándome un ojo.

Durante el largo camino hacia Chicago, más precisamente hacia aquel restaurante de lujo que Ginevra había reservado para tener una cena formal con Akkerman, yo trataba de no pensar en las experiencias vividas en esa ciudad. Hacía cuatro semanas que apenas lo pisaba, la última vez fue cuando firmamos los papeles del

divorcio y ahora, que ya oficialmente nos habíamos divorciado, lo haría de nuevo. Triste, pensé si Zev ya estaría buscándose a otras mujeres o si me odiaba… o si me echaría de menos.

—Akkerman no se espera que vaya contigo, lo cual es un punto a nuestro favor —murmuró. —Recuerda no seguirle tanto la corriente. Trata de hacerle preguntas algo incómodas y quizás consigamos información sobre esas Smirnova —concluyó Ginevra.

Asentí.

Realmente la estaba escuchando, pero mi mente se iba al pasado, a mis recuerdos con Zev.

—Zev te echa de menos —añadió, como si me hubiese leído la mente.

La miré fugazmente antes de volver mi mirada hacia la ciudad de Chicago y sentir aquella espina clavada en mi pecho.

—Le estoy haciendo daño.

Mi confesión fue tan solo una muestra de lo que realmente sentía.

—Lo estás protegiendo, tanto a él como a Angela.

No hice ningún gesto, pero mi tristeza se reflejaba en mi rostro.

—Ojalá la vida no fuese tan difícil.

Ginevra salió de la autopista para dirigirse hacia el centro de la ciudad mientras nos librábamos del atasco que había mucho más adelante. Estar tantas semanas en la cabaña, donde solo se respiraba paz y tranquilidad, era una gran demostración de dónde quería vivir realmente. En un lugar tranquilo, sin ruido externo, donde poder disfrutar de la naturaleza. Y esa ciudad no era lo que buscaba.

Sí quizás para estar un periodo de tiempo, pero nada más.

—Pronto volverás a verlo.

Negué con la cabeza mientras ella me decía todo aquello.

Suspiré y entonces me entró la duda. Al mirarla, tan bien vestida como yo para la cena con el mal personificado llamado Josh Akkerman, le pregunté:

—¿Alguna vez te viste en esta tesitura con Sally?

El sonido de los coches y de la suave melodía de música que salía de la radio, fue lo único que se escuchaba mientras pasábamos por debajo de un pequeño túnel.

La mirada que puso Ginevra mientras conducía su lujoso coche me demostró que hablar del amor de su vida, por muchos años que pasaran, siempre iba a doler. Y aunque no sabía lo que era ese dolor de perder a ese amor romántico tan trágicamente como ella, sí podía sentir lo doloroso que era.

—Tres veces —contestó, apretando sus manos en el volante—. Tres malditas veces… Todo por mi marido y por Giulio. Si bien nunca creí que Giulio sospechase de todo aquello, sí tenía miedo de que a ella le ocurriese algo siendo la mujer de un hombre de la mafia. —La tristeza en su mirada fue lo que más me llamó la atención y no quería ni imaginarme el dolor de pasar por eso tres veces. Yo lo había hecho una dolía y demasiado para ser verdad—. Una de esas veces estuvimos seis meses sin vernos, ni hablarnos… Por su protección.

Seis meses…

No podía imaginarme estar seis meses así. Ya esas cuatro semanas me parecían eternas, no quería ni imaginarme todo aquel tiempo. Suspiré antes de hablar.

—Siento mucho eso, Ginevra.

Sabía a ciencia cierta que ella estaba pensando en Sally, no hacía falta ser experta o conocerla demasiado. Sabía que pensaba en ella porque ahora mismo tenía la misma cara que yo tras dejar a Zev, para alejarme de él por su protección.

—¿Sabes lo que pienso? Que cuando se encuentra a la persona con la que encajas, hay que luchar por ella. Y eso no significa siempre tratar de estar a su lado, sino que muchas veces también es buscar su bienestar y protección —susurró. —En este negocio nada es bueno y tengo la esperanza de que tú guíes a Zev y Angela para que puedan vivir una vida totalmente alejada de esto. Sé que tú serás su estrella.

Sus palabras me tocaron en lo más hondo de mi ser. Y es que llevaba tiempo pensando en una vida tranquila, alejada de todo lo malo, junto con Angela, Rocky y Zev.

Ginevra encontró un aparcamiento cerca del restaurante donde estacionar su impresionante coche, tan cómodo y elegante por dentro y nos bajamos con aquellos vestidos tan llamativos que todos los transeúntes se giraron a mirarnos. Sobre todo a mí, que no paraba de recibir miradas furtivas de hombres que me observaban de arriba abajo como si fuese la mujer más bella que habían visto. Tampoco me consideraba para tanto, la gran mayoría era obra del maquillaje tan excesivo que me había puesto Delia y el vestido tan revelador que me había hecho ponerme.

Delia, todo lo contrario, estaba encantada con la atención recibida.

El restaurante se alzaba ante nosotras como una fortaleza de secretos y mentiras. Mientras Ginevra y yo nos acercábamos a la entrada, sentí que me adentraba en la boca del lobo.

—Ya sabes cómo manejarte en este ambiente. Recuerda lo que te he dicho —dijo Ginevra, su voz firme como el acero.

Mi corazón latía con la fuerza de un tambor.

—¿Cómo estás tú? Vas a enfrentarte a un sospechoso que pudo haber matado a Sally —inquirí, la preocupación tiñendo mis palabras.

Ginevra, quien por fuera parecía ser una roca en medio de la tormenta y en sus ojos no vi ni una pizca de la tristeza que vi en el coche. Como si supiese manejarse en un ambiente tormentoso y oscuro lleno de piedras afiladas. Sabía que llevaba años en ese ambiente y debía manejarse mucho mejor que ninguna otra persona, sobre todo siendo una mujer de negocios.

—En este negocio debes llevarte bien con el mismo diablo. Tengo pruebas, pero no he roto lazos con él porque, ante cualquier movimiento en falso, se echará todo a perder. Dolerá, pero podré manejarlo.

Entramos al restaurante, donde el aire se notaba algo cargado de tensión y no sabía si era por mí o porque Ginevra estaba peor que yo. Entonces vi a Akkerman, aquel señor que tanto asco me daba, examinando su carta de vinos. Su sonrisa se ensanchó al ver a Ginevra. Era como ver el mismo rayo de sol en un día nublado, pero se desvaneció como la niebla matutina al posar sus ojos sobre los míos.

—Querido, ¿cómo te encuentras? —preguntó Ginevra, como si nada hubiese pasado.

Su voz sonó dulce como la miel, pero con un trasfondo afilado como una navaja.

El silencio de Akkerman fue ensordecedor, como si el tiempo se hubiera detenido.

—Oh, espero que no te importe. He traído a mi socia, Olivia Lara, aunque la conoces a la perfección —continuó Ginevra, sus palabras estaban cargadas de cierto significado oculto.

Akkerman, como despertando de un trance, finalmente habló:

—¿Lara?

Sí, sabía a qué se debía esa pregunta y me dolía mucho más tener que responderla. Pero tenía que fingir que no me importaba, tenía que fingir que todo estaba bien y que era la divorciada más feliz del mundo, aunque por dentro me estuviese muriendo.

—Me acabo de divorciar —respondí, notando que las palabras que salían de mi boca sabían a ceniza.

—¿De Zev? —preguntó, incrédulo.

—¿De quién si no, Akkerman? —repliqué, con una voz tan fría como el hielo.

Akkerman carraspeó.

—Claro, claro… Siéntense, por favor —dijo, haciendo señas hacia las sillas como si fueran los tronos de un reino maldito.

Una vez sentadas, Ginevra tomó las riendas de la conversación.

—El negocio de las cremas va perfecto, ¿no cree?

—Muy bien —contestó Akkerman con una voz tensa como una cuerda de violín a punto de romperse.

—Pero estamos aquí por otro tema —continuó Ginevra, allanando el terreno. De repente, una voz familiar cortó el aire como un cuchillo. Cuando creí que no volvería a escucharla, ahí estaba, acercándose a mí como un pirata deseando destruirte.

—Disculpen la tardanza, los guardaespaldas no querían dejarme bajar hasta que todo estuviese bien.

Mi corazón se detuvo. Hayley apareció ante mis ojos y el mundo pareció detenerse. Nuestras miradas se encontraron y el silencio entre nosotras fue tan denso que se podría cortar con un cuchillo.

Sentí la mirada de Ginevra sobre mí, como un ancla que me mantenía firme en medio de la tormenta emocional que amenazaba con arrastrarme. Respiré hondo y traté de mantener la calma.

—Hayley… Cuánto tiempo sin verte. ¿Dejaste la universidad? —pregunté, haciéndome la tonta.

—Olivia, yo… —Comenzó Hayley, pero las palabras parecían haberse atascado en su garganta, sin esperarse en lo más mínimo tener que verme allí.

Estaba segura de que se había corrido la voz de que me había ido de Chicago y eso hizo que Hayley saliese de su escondite. Lo que me preguntaba era dónde demonios había quedado aquello de la supuesta boda entre Mattia y ella.

Pero al ver a Akkerman, y conociendo a Hayley, estaba segura de que había dejado a Mattia para irse con el más rico, aunque de edad mucho más avanzada.

—¿Tu nueva futura esposa, Akkerman? —aventuré, mi voz salió tan dulce como el veneno.

Delia debería sentirse muy orgullosa de mí.

—Sí, la mimo mucho —respondió él, con sus palabras cargadas de un orgullo que me revolvió el estómago.

Hayley sonrió de una manera que parecía ser un puñal directo a mi corazón. Era la misma sonrisa que solía darme cuando hablaba de sus sueños de encontrar a un hombre rico que la mantuviera. Un sueño que yo nunca había compartido, pero que ahora veía realizado ante mis ojos.

La atmósfera cambió bruscamente cuando Ginevra lanzó su pregunta como una bomba:

—¿Dónde están las Smirnova, Akkerman?

Sí, directa al grano como me gustaba.

El rostro de Josh Akkerman fue un maravilloso poema, el cual palideció como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué? No se de qué…

Pero Ginevra fue mucho más rápida, tan implacable como siempre y sacó un as bajo la manga. Colocó sobre la mesa, delante de aquella extraña pareja, una foto muy comprometedora de Akkerman y una mujer joven, cuyo rostro no se distinguía bien pero sabía que era la propia Hayley. No obstante, al que más se veía era a Akkerman y aquello… Vaya, aquello no le iba a gustar a sus socios de negocios.

—Creo que esto a la prensa le puede gustar, aunque a sus socios y proveedores no tanto…

—¿De dónde lo has sacado? —farfulló él, con una voz temblorosa como una hoja en el viento.

—Es lo que pasa cuando en el siglo veintiuno se hacen cosas adultas delante de cámaras y en la misma calle —respondí, reconociendo con un dolor agudo que la mujer de la foto era Hayley.

Si bien no me gustaban esa serie de cosas, Akkerman también jugaba en el mismo juego y Ginevra tenía mucha más experiencia

que yo. Una experiencia que esperaba no alcanzar en mi vida.

La traición de Hayley al dejarme a mi suerte para que me secuestrasen y traicionándome como si nada, era lo que más me dolía. Era como un puñal que me retorcía el pecho una y otra vez. Pero la conocía como para saber que ella no amaba a Akkerman, en cambio el dinero… El dinero siempre había sido su verdadero amor y siempre me lo había demostrado.

Por dinero rompió nuestra amistad.

—¿Qué es lo que queréis para que podáis eliminar esas fotos? —preguntó Akkerman, con bastante desesperación, aunque bajo una manta de seriedad.

—Información sobre las Smirnova. ¿Por qué trabajas para ellas? ¿Qué sabes? ¿Quiénes son sus aliados? Todo, Akkerman —exigió una Ginevra que estaba en su salsa. Y ahora entendía esa reputación que ella sola se había ganado en Chicago.

—Por favor, díselo. —Hayley le suplicó, desesperada.

Akkerman nos miró alternativamente, desesperado, antes de finalmente ceder.

—Vale… Pero borrarás esas fotos.

—Prometido —aseguró mi acompañante.

Lo que siguió fue como abrir la maldita caja de Pandora. Cada palabra de Akkerman era una revelación más dolorosa que la anterior y no sabía si era peor saber la verdad o haber permanecido en la ignorancia.

—Llevamos hablándole de Olivia Lara a esa familia durante meses, desde que se supo que se iba a casar con Zev Grimaldi —confesó. —

Alonzo también está metido en el ajo. —Me miró fugazmente para luego soltar—: Pero Giulio también.

Giulio…

El padre de Zev, el hombre que siempre me había mostrado sonrisas y que, al principio, solo quería que Zev y yo nos uniéramos en matrimonio y que fuese duradero. Y resultó que estaba metido en todo esto desde siempre y aquello me dejó totalmente patidifusa, al igual que a Ginevra.

—Maldito cabrón… —murmuré, con la rabia hirviendo en mis venas.

Pero eso no fue todo y Akkerman continuó soltando más datos que me dejaron helada.

—Giulio fue el cabecilla del plan… Yo tan solo me uní porque tenemos lazos, alianzas, al igual que Alonzo. —Negó, sin parpadear ni una sola vez—. Giulio se puede decir que es el que quiere verte destruida.

Me quedé muda, tratando de procesar todo aquello, pero Ginevra no se quedaba atrás.

—¿Por qué? No me conoce… Antes no me conocía —atiné a decir.

La risa amarga de Akkerman me hizo ponerme mucho más nerviosa.

—¿Por qué crees que, de todas las profesoras particulares, te eligió a ti para su hija? —cuestionó, contando algo que casi nadie sabía, solo unas pocas personas—. Porque Giulio llevaba años buscando a la hija de Niels Dupont, tu padre. Y cuando te encontró, le salió a pedir de boca el saber que vivías en la misma ciudad que él. No le hizo falta mover un maldito dedo para encontrarte.

Y entonces la pregunta salió de los labios de Ginevra, quien sabía todo esto gracias al diario de mi padre y que había dejado a todos

los que vivíamos en la cabaña que lo leyeran.

—¿Por qué? ¿Los Dupont también tienen una deuda con los Grimaldi?

Akkerman negó rápidamente.

—Con los Grimaldi no, querida. Con Giulio. —Soltó de golpe—. Pero no sé el qué, solo te puedo decir que él es el que tuvo todo este plan y se aprovechó de su hijo para ello. Cuando Mattia hizo lo que hizo, él se alegró y hasta me dio el resto del dinero para poder hacer aquel negocio antes de que tu querido ex marido te encontrase —me confesó —. No se esperaba que Zev terminase enamorándose de ti de verdad.

Aquello me enfadó tanto que Ginevra tuvo que calmarme.

—Maldito Giulio…

Por eso no quería que Angela se fuera con nosotros, porque era un maldito plan desde el principio.

Pero la joya de la corona la soltó justo al final.

—Las Smirnova ahora están reunidas con Giulio, no en su mansión, porque Zev está viviendo allí un tiempo. Aunque no sé el motivo. —Miró a Ginevra y yo me enfoqué en mis dedos libres de anillos, sabiendo por qué Zev estaba viviendo en aquella mansión y todo era mi culpa—. Se fueron a un bar que tengo y cuando ellos se reúnen, se pasan más de tres horas hablando sobre ti. —Los ojos de Akkerman me analizaron antes de concluir. —Has tenido al enemigo pegado a ti y ni te has dado de cuenta, Lara.

No fui capaz de alegar nada. Todo se tornó en silencio, exceptuando por el ruido de fondo de vasos y tenedores y comensales charlando.

No fui capaz de pronunciar palabra tras ser consciente de que Zev tenía al enemigo en su propia casa y ese era su padre. Entendía por qué nunca lo llamaba padre, pero dudaba que Zev sospechara que Giulio fuese capaz de hacer tal barbaridad.

—¿Ellas quieren algo más de Olivia? —cuestionó Ginevra, preocupada por mí.

Sabía que se refería a las Smirnova y Akkerman dudó un poco antes de negar.

—Solo verla muerta. Pero… —Enmudeció como si recordase algo que se le hubiese escapado y arrugó su frente—. Creo que quieren charlar contigo antes… Sobre un… No sé, creo que una joya que vale millones y la quieren.

La joya… El anillo.

El anillo que me dio mi padre, que valía millones y que yo tenía por si me hacía falta para vivir lejos de allí. Esa joya que tenía escondida en un lugar muy seguro y que nadie encontraría. Pero mi cara de póquer fue tan perfecta que nadie se percató de ello. Porque solo yo sabía que existía aquella joya. Ni siquiera Zev estaba al tanto, porque no me había dado tiempo a decírselo.

—No sé de qué joya me estás hablando.

Akkerman se encogió de hombros como si le importase bien poco.

—¿Y yo qué sé? Solo sé que ellas están obsesionadas con esa joya. No me preguntes el motivo. Pero estoy seguro de que charlaréis "tranquilamente" para poder encontrar esa joya. —Me observó unos segundos más y terminó. —Luego harán lo que quieran contigo.

Ginevra, quien parecía haber tenido suficiente con todo, se levantó de la silla.

—Vámonos, Olivia.

Cuando finalmente nos levantamos para irnos, me volví hacia Hayley llena de dolor y decepción y pensando en cada palabra que tenía que decirle.

—Las verdaderas amigas no se traicionan como hiciste tú, así que espero que encuentres esa felicidad que tanto ansiabas por traicionarme a mí.

Salimos del restaurante, no sin que antes pudiera deleitarme con el rostro de desconcierto y seriedad que puso la que fuese mi mejor amiga por años desde que llegué a Chicago.

La revelación de que todo había sido un maldito plan de Giulio quemaba en mi mente como ácido y no podía dejar de darle vueltas.

—Es que yo lo mato —clamé, con rabia.

—No es el momento. —Me advirtió Ginevra, su voz siendo un bálsamo para mi ira.

—Pero… ¿lo has oído? Fue un maldito plan que ni Zev sabía —insistí.

—Lo sé, Olivia, pero esta no es la solución. Recuerda el plan. Al menos tenemos ventaja. —Me recordó ella, convirtiéndose en la voz de la razón en medio de mi tormenta emocional.

—Bien… —cedí finalmente, no muy conforme, sintiendo el peso de todas las revelaciones sobre mis hombros.

Nos dirigimos de vuelta a la cabaña en una larga travesía de unas horas en coche, cada paso alejándonos del restaurante pero acercándonos a un futuro incierto. Mi mente era un torbellino de pensamientos, cada uno más oscuro que el anterior. El camino que se extendía ante mí estaba lleno de sombras y peligros, pero por

primera vez desde que todo esto comenzó, sentí que teníamos una pequeña ventaja.

Una luz tenue en el eterno túnel por el que estaba pasando.

***

ZEV GRIMALDI

El despacho de mi padre siempre me había parecido repulsivo, pero ese día se sentía como una prisión. Las paredes revestidas de madera oscura parecían cerrarse a mi alrededor, sofocándome con cada respiración. El olor me revolvía el estómago y no soportaba tener de fondo las vistas de Chicago, mucho menos ese día.

Giulio Grimaldi, mi padre, se erguía detrás de su imponente escritorio, su figura proyectando una sombra larga. Sus ojos, del mismo tono oscuro que los míos, me miraban con una mezcla de decepción y algo que no pude descifrar. ¿Era lástima? ¿O quizás una satisfacción retorcida?

Lo conocía tan bien que sabía que me miraba como burlándose de mí, pero lo disfrazaba de otra manera, así era como conseguía engañar a todos los demás. A absolutamente a todos. Hasta a sus propios hijos.

—Zev —comenzó, su voz grave llenando la habitación—. Han pasado cuatro semanas desde que firmaste los papeles del divorcio. ¿Cuánto tiempo más planeas quedarte encerrado en esta mansión, lamentándote por esa mujer? Tienes una vida increíble en Chicago, con un apartamento elegante. Fóllate a otra mujer y se te pasará.

Sentí que la ira se encendía en mi pecho, una llama que amenazaba con consumirme por completo. ¿Cómo se atrevía a hablar así de Olivia? ¿Cómo podía reducir nuestro amor, nuestro matrimonio, a algo tan efímero?

—Su nombre es Olivia, Giulio —respondí, mi voz sonó tensa por el esfuerzo de mantener la calma—. Ni se te ocurra tratarla de esa manera, como si hubiese sido alguien fugaz en mi vida. Ella ha sido la única mujer de la que me he enamorado y cualquier otra no va a borrar eso. Ya no habrá otra mujer.

Mi padre soltó una risa seca, el sonido salió áspero y sin humor. Se sirvió un vaso de whisky, el líquido ámbar brillando bajo la luz tenue de la lámpara de escritorio.

—Enamorado —repitió, saboreando la palabra como si fuera algo desagradable—. Hijo mío, lo que necesitas procesar es que esa mujer nunca fue adecuada para ti. Para nosotros.

Cerré los puños, clavándome las uñas en las palmas de mis manos. El dolor era bienvenido, un ancla a la realidad cuando sentía que podría perderme en la tormenta de emociones que rugía dentro de mí.

Una maldita tempestad oscura.

—No hables así de ella —gruñí. —No la conoces. No sabes nada de lo que teníamos.

Mi padre tomó un sorbo de su whisky, sus ojos nunca se apartaron de los míos.

—Oh, pero la conozco, Zev. La conozco mejor de lo que crees. Sabía desde el principio que no era más que una desesperada que necesitaba dinero. Y yo quería su pasado…

Aquello último me enfureció todavía más.

—Siempre tan estúpido y ambicioso. Un asqueroso Grimaldi… Nunca en mi vida me ha gustado esa mierda de apellido —solté, mi voz temblaba ligeramente—. Te aprovechaste de Olivia y encima de mí.

Mi padre suspiró, como si estuviera tratando con un terco. Se acercó a mí, colocando una mano sobre mi hombro. El gesto, que debería haber sido reconfortante, se sentía como un peso insoportable.

—Hijo —empezó a decir y su voz se suavizó un poco—. Sé que es difícil de aceptar, pero es la verdad. Olivia Lara no era buena para ti, ni lo será en su vida. El divorcio es lo mejor que podía pasarte. Es una oportunidad de liberarte de su influencia, de volver a ser el hombre que estabas destinado a ser.

Sentí que algo dentro de mí se rompía. La calma que había estado manteniendo a duras penas se evaporó en un instante. Me aparté bruscamente de su toque, mis ojos ardiendo con furia apenas contenida.

¿Como era posible que hubiera mostrado una cara antes del secuestro de Olivia y ahora fuera otro hombre totalmente distinto?

—¿Cómo te atreves? —rugí.

Mi padre retrocedió, sorprendido por mi arrebato. Por un momento, vi un destello de algo en sus ojos. ¿Culpa? ¿Arrepentimiento? Pero desapareció tan rápido como había llegado, reemplazado por una dureza que conocía demasiado bien.

—Contrólate, Zev —espetó, su voz fría como el hielo—. No puedes defender a un cadáver.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago, dejándome sin aliento.

—Voy a protegerla.

Mi padre volvió a su escritorio, apoyándose pesadamente contra él. Por un momento, pareció envejecer varios años de golpe ante mis ojos.

—Con las Smirnova no la podrás defender bien… Están buscando a Olivia. Y cuando la encuentren...

No terminó la frase. No necesitaba hacerlo. El miedo se apoderó de mí, frío y paralizante. Las Smirnova. El nombre evocaba imágenes de violencia y venganza, de promesas de sangre hechas en susurros en la oscuridad.

—Por encima de mí —respondí firme, con rostro totalmente serio y mostrando mi verdadera cara en ese negocio de mierda.

Mi padre me miró con algo parecido a la compasión.

—No puedes protegerla, hijo. No de ellas. Lo mejor que puedes hacer es alejarte, dejar que el divorcio sea tu escudo.

Quería gritar, quería romper algo, quería hacer que el mundo entendiera que no podía simplemente dejar de amar a Olivia. Así de fácil no se dejaba de amar a alguien.

Y haría arder el mundo de quien deseara hacerle el más mínimo daño a Olivia.

Sin embargo, las palabras se atascaron en mi garganta. En su lugar, me di la vuelta y salí del despacho, cerrando la puerta con tanta fuerza que los cuadros en las paredes temblaron.

El pasillo fuera del despacho se extendía ante mí, largo y silencioso. Las pinturas de los cuadros le daban un toque más siniestro a aquel lugar.

Mis pasos resonaban en el suelo mientras me alejaba del despacho de mi padre. Necesitaba aire, necesitaba espacio, necesitaba algo que no fuera el peso sofocante de las expectativas familiares y el dolor de la pérdida.

Estaba tan perdido en mis pensamientos que casi no noté el sonido de patas corriendo sobre el suelo pulido. Fue el ladrido alegre lo que finalmente captó mi atención. Levanté la mirada justo a tiempo para ver a Rocky, el perro de Olivia, corriendo hacia mí con la lengua fuera y la cola meneándose furiosamente.

El corazón se me encogió al verlo. Verlo ahora, sin Olivia, era como un recordatorio físico de todo lo que había perdido. Me recordaba tanto a ella que dolía.

Detrás de Rocky venía Ginevra, su figura elegante moviéndose con gracia a pesar de su edad. Sus ojos se encontraron con los míos y vi en ellos una mezcla de compasión y algo más que no supe descifrar.

Me quedé sorprendido al verla, ya que tenía prohibido pisar suelo Grimaldi. Sin embargo, después de encontrar pistas y pruebas de que los Mancini no tenían absoluta culpa, a Giulio no le quedaba más remedio que quedarse callado. Pero aun así…

A Ginevra parecía importarle lo más mínimo lo que Giulio Grimaldi diría y aunque yo estaba aliándome con ella, Giulio jamás vería con buenos ojos esto.

—Zev —dijo suavemente, su voz cálida y reconfortante—, deberías probar a salir de una vez de esta mansión.

—Ginevra… No deberías estar aquí.

Ella elevó la ceja y miró hacia el despacho de mi padre, que no saldría porque tendría una reunión pronto.

—Eres el hijo de la mujer a la que amé. No respondes a las llamadas, no sales de este lugar… Tenía que venir.

Antes de que pudiera responder, un grito de alegría llenó el pasillo.

—¡Rocky!

Mi hermana pequeña, Angela, apareció corriendo por el pasillo, su cabello volando detrás de ella. Se lanzó hacia Rocky, abrazando al perro con toda la fuerza de sus brazos.

—Te extrañé —dijo, con sus grandes ojos.

Sentí que mi corazón se apretaba aún más.

Ahí me llamó la atención algo que Rocky tenía en su collar. Un papel doblado como un papiro que hizo que Angela lo tomase y lo abriese. Arrugué la frente mientras miraba ese pequeño papel, con la mirada de Ginevra sobre mí.

—¡Mira lo que tengo! —exclamó, tras desplegar el papel con cuidado —. Es un dibujo de Olivia. Dibujó a mi peluche favorito. El que le di.

Sentí que el aire abandonaba mis pulmones. Con manos temblorosas, tomé el papel que Angela me ofrecía. Era, efectivamente, un dibujo del peluche favorito de Angela. Estaba hecho con trazos suaves y cariñosos, capturando perfectamente la expresión dulce del juguete. Pero lo que me robó el aliento fue la frase escrita en la parte inferior del dibujo.

«Lo estoy cuidando muy bien, Angela. Tu peluche ya quiere verte».

La caligrafía de Olivia, elegante y fluida, era inconfundible. Sentí que las lágrimas amenazaban con derramarse de mis ojos. ¿Cuándo había hecho este dibujo? ¿Por qué se lo había enviado a Angela? ¿Le habría enviado más?

Levanté la mirada, buscando a Ginevra. Ella me observaba con una expresión indescifrable, sus ojos llenos de una sabiduría que parecía abarcar siglos.

—Ginevra —murmuré. —¿Qué significa esto?

Ella se acercó, colocando una mano gentil sobre mi brazo.

—Primero, vámonos fuera. Debo irme a hacer algunas cosas lejos de Chicago —repuso. Una vez fuera de la mansión y con Angela jugando con Rocky, Ginevra me contestó:

—Significa, Zev, que las cosas no siempre son lo que parecen. — Olivia no te odia. Está enfadada, sí… Pronto entenderás todo.

Sus palabras eran como un bálsamo para mi alma herida, pero al mismo tiempo, avivando un fuego de confusión y angustia en mi pecho. ¿Qué quería decir con que pronto entendería todo? ¿Qué estaba pasando realmente?

—No entiendo —expresé, la frustración tiñendo mi voz—. Si no me odia, ¿por qué se fue? ¿Por qué firmó los papeles del divorcio? ¿Por qué...?

Mi voz se quebró, incapaz de continuar.

Ginevra suspiró, con sus ojos llenos de una tristeza antigua.

—Oh, Zev… el amor a veces nos hace tomar decisiones difíciles. Decisiones que pueden parecer equivocadas a los ojos de los demás, pero que en nuestros corazones sabemos que son necesarias… — contestó mientras sus ojos azules me observaban de aquella manera tan maternal—. Tu madre y yo tomamos decisiones que no nos gustaban para proteger a la otra persona, por amor.

Sacudí la cabeza, negándome a aceptar sus palabras crípticas.

—Pero yo la amo, Ginevra. La amo más que a nada en este mundo. ¿Cómo puede ser necesario alejarse de alguien a quien amas?

Ginevra me miró fijamente, sus ojos penetrando en los míos como si pudiera ver directamente en mi alma.

—A veces, Zev, el amor significa sacrificio. Significa anteponer la seguridad y la felicidad del otro por encima de la propia. Olivia... Ella está haciendo lo que cree que es mejor para todos.

Sus palabras me golpearon con la fuerza de una revelación. De repente, todo pareció encajar. La tristeza en los ojos de Olivia cuando firmó los papeles, la forma en que evitó mirarme, su repentina desaparición... ¿Podría ser que ella estuviera tratando de protegerme? ¿De protegernos a todos?

—Las Smirnova —susurré, el nombre dejando un sabor amargo en mi boca—. Ella se fue por las Smirnova, ¿verdad?

Ginevra no respondió directamente, pero la mirada en sus ojos fue toda la confirmación que necesitaba.

Sentí que una nueva determinación crecía dentro de mí, reemplazando la desesperación que me había consumido durante semanas. Si Olivia se había ido para protegernos, entonces era mi turno de protegerla a ella, como siempre lo había hecho y siempre haría.

—Tengo que encontrarla —dije y mi voz salió firme por primera vez en días—. Tengo que traerla de vuelta, mantenerla a salvo.

Ginevra sonrió. Fue una sonrisa triste pero llena de orgullo.

—Ah, ahora lo entiendes… —respondió, como si estuviese perdido—. Zev, ella tiene miedo de que os pase algo a ti y a Angela. Sobre todo a Angela.

—Pero… Se va a arriesgar ella sola, joder… Angela está bien protegida y puedo llevármela muy lejos. Conozco un sitio donde estará bien protegida —hablé alto y claro—. Pero las Smirnova, por la cuenta que les trae, no querrán hacerle nada a una familia fuera de Europa.

—Lo sé… Pero Olivia ya tiene demasiados problemas como para preocuparse por más —respondió y aquello me preocupó.

Asentí, entendiendo la gravedad de la situación.

—Soy consciente de ello, pero no puedo quedarme de brazos cruzados mientras Olivia está en peligro.

Ginevra negó rápidamente.

—Zev, ella está en buenas manos. En las mejores. —Aclaró, lo que paradójicamente me dejó con miles de dudas—. Estamos trazando un plan para evitar desgracias y alejar a esas mujeres. Pero ahora no puedo decirte donde está ella. Serías una distracción.

Y por un largo rato estuve a punto de arrodillarme como aquella vez en su despacho.

—Ginevra, por favor —supliqué.

—Zev, confía en mí. La verás pronto, pero por ahora no.

Angela, la cual creí que estaría jugando con Rocky, apareció tras la puerta, mostrándonos que había estado escuchando nuestra conversación en silencio.

—¿Olivia está en problemas? ¿Podemos ayudarla?

Miré a mi hermana, sintiendo una oleada de amor y protección hacia ella. Angela adoraba a Olivia y saber que estaba preocupada por ella me partía el corazón. Se había pasado horas llorando en su cuarto tras la marcha de Olivia y no supe cómo consolarla porque me sentía igual que ella.

Me arrodillé frente a Angela, tomando sus manos entre las mías.

—Sí, Angela. Olivia necesita nuestra ayuda. Pero no te preocupes, ¿de acuerdo? Yo me encargaré de todo.

Angela asintió solemnemente, sus ojos brillando con una confianza inquebrantable en mí.

—No estoy enfadada con ella… Aunque ella piensa que sí… —susurró triste—. Estaba enfadada ese día, pero sabía que por algo se fue. Por algo se marchó.

—Ginevra, necesito que me mantengas informado de todo. Absolutamente todo —le supliqué, tras ponerme en pie con dificultad.

Y ella asintió, antes de alejarse y dejar que Rocky estuviese unas horas con Angela, hasta que viniera Luna para recogerlo.

Y deseé saber dónde estaba ella… Porque cuando la encontrase, iba a explicarme muchas cosas cara a cara.

Pero, sobre todo, le demostraría a la perfección que un simple papel de mierda no iba a destruir lo que habíamos construido en poco tiempo.

VEINTIDÓS | LLAMADA A LAS 2

«Necesitaba verlo, pero escuchar su voz y saber que estaba mal… Sabía el daño que le había hecho y no podría perdonármelo» —Olivia Lara.

ZEV GRIMALDI

El alcohol bajaba por mi garganta, quemándome por completo y disfrutando de la sensación porque me ayudaba a ahogar mis penas y a olvidarme por un momento de todo lo que estaba pasando mientras trataba de no pensar por una maldita vez en todo lo que habíamos vivido Olivia y yo.

Dejé la botella de cerveza junto con las demás mientras le pedía al camarero otra nueva.

Era la una de la madrugada, o tal vez las dos. Sin importarme nada, tomé la nueva botella y le di un buen trago antes de dejarla sobre la mesa y mirar el lugar no tan abarrotado de gente.

La canción que tenían puesta me hacía desear romper el disco y tirarlo lejos. Pero ya empezaba a no tener demasiado equilibro y lo más probable era que hiciera el idiota.

Noté una fuerte palmada en toda la espalda casi me hizo escupir mis pulmones por la boca y, al mirar de quién se trataba, me encontré con que Ian me observaba con rostro divertido.

—¿Qué? ¿Bebiendo para olvidarla?

Suspiré nada más escucharlo y traté de ignorarlo.

Continué bebiendo mientras que Ian se sentaba a mi lado, estaba seguro de que tras un largo día de trabajo, porque llevaba esa

camisa blanca y pantalones elegantes que solía ponerse para trabajar en la comisaría.

No lo miré en ningún momento, pero sabía que sus ojos estaban clavados en los míos.

—Zev Grimaldi… Nunca te había visto tan hecho mierda como este mes —murmuró, fijándose en el camarero que estaba en barra limpiando vasos—. ¿Cuánto hace que no pisas la discoteca?

—Desde antes de salir de Chicago a recorrer parte del país con… — No pude ni siquiera decir su nombre.

Quemaba tan solo de recordarlo.

No podía dejar de pensar en lo que estaría sufriendo ella sola y Ginevra no me decía ni una maldita palabra para saber dónde se encontraba, para ir a hablar con ella y decirle que la amaba, que no hiciera eso ella sola… Que era un maldito peligro.

No miré a Ian, pero seguía notando sus ojos fijos en mí. Desde el espejo que teníamos frente a nosotros junto con todas las botellas, vi cómo el detective levantaba la mano para pedir una cerveza y el hombre se la dio enseguida.

—¿Crees que encerrarte aquí y emborracharte te hará olvidarla?

Negué rápidamente.

—No quiero olvidarla, tan solo quiero ahogar las penas un rato para que no duela tanto —murmuré, arrastrando las palabras.

Ian se quedó un rato callado para beber un buen sorbo de su botella antes de hablar, sin mirarme.

—Supongo que Ginevra te lo habrá contado todo o parte del plan.

Ahí sí que lo miré y mis ojos, inyectados en sangre a causa del alcohol, lo taladraron con furia.

—¿Lo sabías todo, cabrón de mierda?

Ian me miró con una sonrisa divertida que a mí solo me dio ganas de partirle la mandíbula.

—Siempre es bueno que alguien de la policía esté de vuestro lado… —Se interrumpió porque sabía, por la mirada que le estaba dedicando, que estaba a punto de darle un puñetazo, así que se apresuró a decir: —Zev, ella te ama con locura, de lo contrario no estaría haciendo esto… Puedes enfadarte conmigo todo lo que quieras, pero el plan era que no lo supieras hasta que Olivia no estuviera avanzando en su entrenamiento.

—¡¿Pero qué entrenamiento, Ian?! ¡¿Acaso va a enfrentarse ella sola a esas mujeres?! —grité, notando lo mucho que había bebido al arrastrar las palabras.

Ian elevó la ceja y me quitó la botella, retirándola hacia un lado, para luego colocar la palma de su mano en mi hombro, dándome pequeñas palmadas. Suspiré, cada vez más cabreado, mientras él trataba de calmarme.

—No, ya lo sabrás cuando llegue el momento. Por ahora tan solo sigue quedándote al margen. Cuando Ginevra y la mafia búlgara lo quieran, podrás ir a verla.

Apreté los puños con fuerza, sin poder dejar de pensar en el peligro que podría correr ella y de tan solo pensarlo, ya me estaban dando náuseas.

—¿Como ha dado este salto tan drástico, Ian? —Clavé mis ojos sobre los suyos y podía notar cómo mis lágrimas estaban amenazando con salir de su escondite—. Hace apenas unas semanas lo estábamos haciendo en su antigua casa, tan enamorados y bien, y

ahora me ha hecho firmar los papeles de divorcio para protegerme, tanto a mi como a Angela…

Observé triste las botellas vacías que se acumulaban en la barra antes de que el camarero empezara a retirarlas para limpiar esa zona.

Podía notar la compañía de Ian a mi lado mientras que yo tan solo estaba siendo un bulto pesado borracho, el cual no sabía ni dónde caerse muerto. Suspiré, porque la echaba mucho de menos, teniendo todavía el anillo de casado que ella me había puesto y no me había vuelto a quitar después de la boda que tuvimos en noviembre.

Empecé a darle vueltas mientras no paraba de pensar en mis votos, en lo nervioso que me sentía ese día y en el deseo que tenía de que aquella boda fuese real. Me habría gustado casarme con ella en un lugar íntimo, lleno de naturaleza, con tan solo cinco o diez invitados, todos ellos amigos importantes nuestros y disfrutar de una noche todos juntos, sobre todo con ella. Realmente deseé poder volver a casarme con Olivia y esta vez que todo fuese real, una boda que recordásemos durante el resto de nuestra vida.

Y aquello me dio una gran idea.

—Al menos dime cómo está… —le pedí.

—No creo que sea buena idea, Zev —contestó, seriamente.

Cuando lo miré, supuse que estaba hecho una mierda, por la barba de días que tenía, mi cabello corto un poco más largo por haberlo descuidado y unas ojeras que daban hasta pena. Lo sabía, me había visto, pero necesitaba retorcerme en mi mierda hasta poder continuar.

—Me lo debes, por ocultarme dónde está ella —espeté, con un tono bastante duro.

Ian suspiró y negó con la cabeza.

Se tomó su tiempo antes de contestarme.

—Está igual que tú, con la diferencia de que ella sí que se ducha —apostilló, mirándome con la nariz arrugada.

Aquello último lo ignoré, me daba igual, tan solo de pensar que Olivia estaba sufriendo igual o más que yo me hacía sentir miserable. Porque yo al menos sabía esto, al menos sabía lo que pensaba Angela… Pero ella… Olivia…

Estaba seguro de que Olivia pensaba que Angela la odiaba, al igual que creía que yo estaría enfadado y dolido. La conocía tan bien que sabía lo que pensaba y estaba seguro de que apenas dormía como yo.

Durante todas aquellas semanas había hablado con mi hermana para que no se enfadase con Olivia. Pero ahora que sabía la verdad del motivo por el que me había dejado, le explicaba que Olivia nos necesitaba más que nunca y ella lo entendía muy bien.

Suspiré mientras trataba de pensar con más claridad.

Fui a abrir la boca para decir algo, cuando mi móvil prehistórico, tal y como lo llamaba Olivia, empezó a sonar. Suspiré al ver el nombre de Giulio en la pantalla.

—¿Diga? —contesté, con desgana.

No logré decir una palabra porque la voz dura y más fuerte de lo habitual de Giulio me interrumpió.

—¡¿Qué mierda te pasa?! ¡¿Cómo se te ocurre siquiera poner en venta lo que más dinero nos está dando?! —gritó tanto por teléfono

que tuve que alejármelo un rato de la oreja antes de volver a pegarlo.

Suspiré mientras sentía la mirada de mi mejor amigo sobre mí.

No tenía otra cosa que hacer el hombre que quería dejarme todo su pasado criminal a mí que llamarme por una decisión que tomé yo mismo. Era algo que quería hacer desde hacía mucho tiempo.

Eso formaba parte de mi pasado y no quería saber nada más de todo aquello. Era hora de seguir adelante si quería ser mejor persona y poder volver con Olivia.

—Hola a ti también.

—No estoy para bromas, Zev. Mis socios me han dicho que tú, mi hijo y heredero de los Grimaldi, ha puesto en venta la maldita discoteca que nos da la mayor fuente de ingresos —bramó, tan alto como para que Ian, que estaba a mi lado, pudiese escucharlo tranquilamente—. ¡¿En qué cojones estabas pensando para hacer algo así?!

En mi futuro y mi bienestar.

—No quiero esa discoteca ya —respondí, sin darle ni el más mínimo detalle—. Es parte de mi pasado, antes de conocerla a ella —susurré.

Pero él volvió a levantar la voz.

—¡No puedes hacer esto por una mujer! ¡¿No lo entiendes?!

Si Giulio estaba tan cabreado era que estaba haciendo las cosas bien e iba a seguir por ese mismo camino. Ese pasado antes de conocerla, de hombre fácil, de tener un negocio turbio, de no mostrarme como yo era realmente… se había acabado.

En algún punto de mi vida supe que se había acabado desde que me enamoré de ella. Desde que empecé a conocerla, aunque al principio no nos soportábamos. Era parte de nuestra historia y la amaba. Tenía un plan para ello e iba a cumplirlo.

—La discoteca se va a vender —respondí. —Si la quieres para ti, pídeles a tus queridísimos aliados que te la compren. Porque yo quiero dejar esta maldita vida, Giulio. Es algo que tenía que haber hecho hace muchos, muchos años.

—¡Tú no vas a…!

Colgué, apagué mi móvil y lo dejé sobre la mesa, importándome una porquería todo lo que acabábamos de "hablar".

Agradecía que Ian me diera unos minutos para poder calmarme, porque siempre que Giulio me hablaba, me hervía la sangre y no soportaba tener que escucharlo. Odiaba esa vida y quería ser distinto, no ser el Zev Grimaldi al que todos temían y siempre dejaban de lado por miedo a su familia.

Quería ser el Zev que le había mostrado a Olivia en el rancho, quería demostrarle que podía ser mejor persona y dejar atrás aquella vida, también por mi madre, por Angela… Y lucharía por conseguirlo.

—¿Has puesto en venta la discoteca *Lussuria*? —preguntó Ian, antes de tomar otro sorbo de su botella.

Sonriendo ante su pregunta, miré hacia el espejo que teníamos frente a nosotros y asentí, feliz.

—Sí.

Ian sonrió orgulloso y me dio unas palmadas en el hombro.

Fue entonces cuando recordé la conversación que estábamos manteniendo antes de que Giulio nos interrumpiera, lo que me había

estado ocultando durante semanas, mientras que yo sufría por firmar el maldito divorcio. Mientras me tiraba noches en vela, mirando hacia el lado contrario de la cama, tan vacía como mi alma en ese momento.

—Por favor… Déjame hablar con ella. Creo que cambió de número —le supliqué a Ian, tras recordar la infinidad de veces que la llamé después de dejarle su espacio personal por unos pocos días—. Tan solo quiero oír su voz.

Pero el rostro de Ian me demostraba lo contrario.

—La dejarás peor de lo que está.

Una pequeña parte de mí se alegró de que ella se sintiera igual que yo, porque eso significaba que me amaba, que quería estar a mi lado. Pero luego desperté y me sentí horriblemente mal por alegrarme en ese efímero instante. Quería que ella estuviese feliz y bien, lejos del peligro. Necesitaba saber que estaba sonriendo a pesar de todo y que fuese feliz, conmigo o sin mí.

No obstante, el saber que ella estaba haciendo esto por nosotros me hacía querer acercarme más, protegerla más y estar juntos, como un equipo. Como el equipo que hacíamos siempre.

Y lucharía por ella.

Ian tenía razón, suspiré triste y me tapé el rostro con las manos, notando cómo el pecho me ardía por dentro por contener las lágrimas.

—Le han cambiado el teléfono móvil, ahora tiene uno prehistórico como el tuyo y las llamadas no pueden durar más de diez minutos —me dijo, tras un largo suspiro, haciendo que levantara la vista hacia él —. Solo los de la operación sabemos cuál es… —Me miró con cara de circunstancias, como si supiera que lo que estaba a punto de hacer estaba mal y sacó su móvil moderno para tendérmelo en la

mano—. Toma mi móvil y habla con ella. Solo cinco malditos minutos y no empeores las cosas, Grimaldi.

Mi corazón volvió a latir después de tanto tiempo y juré que la alegría se instaló en mi rostro.

Por fin hablaría con ella después de tantas semanas, después de verla por última vez firmando los papeles del divorcio y de haber estado soñando despierto con ella, porque sueño no tenía. Se había esfumado con Olivia.

—No me llames por ese apellido… No lo quiero —respondí, al tiempo en que él marcaba el número.

—Toma. —Me tendió el móvil y yo lo coloqué en la oreja—. Luna me va a matar… —susurró.

—Muchas gracias, amigo.

Sonaron tres tonos, hasta que en el cuarto contestó y casi muero al escuchar su voz nuevamente. Totalmente apagada, sin vida, como si le hubiesen arrebatado una parte de su alma, como a mí.

—¿Hola? ¿Ian, pasó algo? —inquirió, dejándome totalmente callado por escuchar su maravillosa voz, aunque desearía que estuviese feliz, poder escuchar ese tono divertido, sarcástico y, a veces, malhumorado de su voz—. Son las dos de la madrugada.

Nunca, en mis casi treinta años, creí que me ocurriría esto. Que me quedaría totalmente callado, sin poder ser capaz de decir ni una sola palabra ante la mujer de la que me había enamorado.

Fui incapaz de pronunciar una mísera palabra, solo me deleité con el sonido de su voz. Sin embargo, había tristeza en ella, aunque tratase de evitarlo. La conocía mucho más de lo que ella nunca sabría. Y algo se rompió dentro de mí al saber que estaba sufriendo como yo.

Deseaba rastrear ese maldito móvil, tomar el coche y buscarla, tardase lo que tardase. Quería abrazarla, sentirla, dejar que ella se enfadase conmigo, me empujase, me pidiera a gritos que me alejase de ella… Y yo no lo haría, porque sabía que estaba haciendo esto por nosotros.

—¿Ian? —Volvió a hablar y estuve a punto de flaquear.

—Olivia… —murmuré, con tono tembloroso —. Joder, tu voz…

No puede hablar más, se me notaba que había estado bebiendo, pero necesitaba tener esta conversación con ella.

Tardó varios segundos en responderme y cuando lo hizo había sorpresa en su voz.

—¿Zev? ¿Cómo…? —Se quedó callada nuevamente, carraspeando como si le doliese escucharme—. ¿Ian está contigo?

No miré a mi amigo, pero sabía que estaba pendiente de mi respuesta. No iba a decirle que sabía por qué se había divorciado de mí, por su seguridad, hasta que lo hablásemos cara a cara.

—Sí… Me dejó hablar contigo. —Temí que me colgase, así que me apresuré a añadir: —Por favor, escúchame…

—Zev, no lo hagas más difícil de lo que ya es. —Suspiró y noté cómo su voz empezaba a temblar.

Pero necesita decírselo, que supiese que estaba enamorado de ella, que había sido un estúpido. Quizás el alcohol me había hecho llamarla, pero necesitaba explicárselo.

—Te amo.

Olivia se quedó un rato en silencio hasta que pronunció mi nombre con un hilo de voz.

—Zev…

No quería que estuviese triste, no por mi culpa y estaba sola. Bueno, no sola realmente, ya que estaban todos con ella, pero sabía que se sentía sola y a veces eso era mucho peor. Deseaba estar a su lado, abrazarla y susurrarle que no me iría de su lado. Que lo haríamos juntos, como un equipo.

Sin embargo, si Sunam y Ginevra hacían las cosas bien y el plan salía a la perfección, estaría a kilómetros de distancia, a las afueras de Chicago.

—Te amo, te amo, te amo… —susurré arrastrando las palabras y, por ese instante, ella tenía que saber que había bebido—. Este mes ha sido el más doloroso de mi vida y en lo único que pienso es en lo fría que está la cama sin ti.

La había dejado sin palabras, lo sabía.

Pero necesitaba oírla, aunque me insultase, aunque solo susurrase mi nombre. Necesitaba escucharla.

—Por favor, háblame… —supliqué. —Tan solo quiero escuchar tu voz. —Pero ella no era capaz de pronunciar ni una sola palabra y la comprendía muy bien—. Sé que metí la pata aquella vez… Que tenía que habértelo contado, pero entiéndeme… Lo hice por ti, para protegerte… Y creo que cometí un gran error por ello, porque tendría que habértelo dicho antes.

—Zev, deja eso, por favor… Sigue con tu vida, solamente eso… —susurró y negué con la cabeza.

—Irrumpes en mi vida, me enamoro de ti y quiero hasta tener hijos contigo… ¿Y ahora me dices que siga con mi vida como si nada? —Sentía un fuerte nudo en la garganta y un agujero en mi interior que no sería capaz de llenar hasta que no la tuviese cerca—. Señorita Lara… Eres un poco cruel.

—Zev, por favor… No me hagas esto…

—Una mujer cruel a la que amo y besaría el suelo por el que pisa… —continué, sin poder detenerme. —Y esperaré por ti todo el tiempo que sea necesario. Una mujer cruel que quiero que me ate a la cama, me dibuje desnudo y me haga todas las perversidades que desea. Una mujer increíble que es capaz de cualquier cosa por proteger lo que ama.

Escuché un pequeño sollozo tras el teléfono, señal inequívoca de que la había hecho llorar y me sentí mal. Me sentí mal, pero la bebida me había hecho hacer lo que no debía, que era llamarla.

—No llores por mi culpa, ricitos… Cada noche, cuando me voy a dormir o intento hacerlo… No dejo de pensar en ti, en tu cuerpo, en tus labios… Sobre todo en esos ojazos verdes que quiero que me miren… —confesé, con sinceridad—. Echo de menos tu mal humor y nuestras discusiones de pareja, porque cuando lo solucionábamos, cuando nos reconciliábamos… Joder, era como tocar el mismo cielo.

—Por favor…

Negué al escuchar sus súplicas y decidí acabar la conversación.

—Te voy a esperar, Olivia. Pero no te duermas en los laureles, porque tengo ganas de demostrarte a mi manera cuánto te amo — respondí con una sonrisa y juraría por lo que más amaba, que ella sonrió.

Sentí que lo hizo y eso me dio veinte años de vida.

Y colgué, por más que me dolía dejar de escucharla.

Le devolví el móvil a mi amigo.

—Espero que en pocos días me digáis dónde se encuentra, para hablar con ella —espeté.

Ian negó con la cabeza, mostrándome que no tenía ese poder.

—La jefa es Ginevra y luego está Nikola. Habla con ellos y convéncelos de que es lo mejor.

Asentí mientras ambos continuábamos ahí juntos, sin decirnos nada, solo haciéndonos compañía a pesar del mal momento en el que me encontraba, en el que tan solo quería volver a verla, tocarla, abrazarla… Era duro, pero lo lograríamos, juntos lo lograríamos.

Porque aunque estuviésemos a kilómetros de distancia, ambos estábamos unidos y esto nos haría mucho más fuertes como pareja.

***

NIKOLA VALKOV

El sudor resbalaba por mi frente como gotas de lluvia sobre un cristal empañado mientras golpeaba el saco de boxeo con una fuerza que nacía más de la frustración que del entrenamiento.

El gimnasio de la cabaña se había convertido en mi refugio, un lugar donde podía descargar toda la tensión acumulada en los últimos días e incluso años. Cada golpe era un intento de borrar de mi mente la imagen de Delia, sus ojos azules como el océano en calma, su cabello dorado como el mismo oro.

El recuerdo del beso que habíamos compartido en su habitación días atrás ardía en mi cuerpo como una brasa. Sus labios, suaves como pétalos de rosa, se fundieron con los míos en un instante de pasión que parecía sacado de un sueño. Pero la realidad era mucho más compleja que esos segundos robados al tiempo.

Años de enemistad no podían borrarse con un simple beso, por muy intenso que fuera. O al menos eso era lo que mi lado racional intentaba decirme, mientras que mi corazón latía con la fuerza cada vez que pensaba en ella.

Me daban igual todos aquellos años, todos los enfrentamientos, las discusiones, los conflictos… Siempre había tenido claros mis sentimientos por ella, pero pensé que Delia no y por eso estaba tan enfadado aquel día en su cuarto, tras compartir aquel jodido beso.

El disparo que Delia había recibido semanas atrás había sido como un puñal en mi propio pecho. Verla vulnerable, al borde del abismo, había despertado en mí una preocupación que iba más allá de cualquier rencor pasado. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que los sentimientos que llevaba años reprimiendo eran más fuertes que cualquier enemistad.

Sin embargo, Delia parecía ajena a todo eso. O quizás, y esa idea me atormentaba aún más, simplemente no le importaba. Después de aquel beso, me había marchado furioso, incapaz de soportar la idea de que ella no pudiera ver lo que yo sentía, lo que siempre había sentido por ella.

Un golpe particularmente fuerte hizo temblar el saco de boxeo. La rabia y la frustración se mezclaban en mi interior como una tormenta perfecta, en mitad de aquel bosque, en la cabaña… Donde no había nadie más salvo naturaleza.

—¡Nikola!

Su voz cortó el aire como un relámpago, sobresaltándome. Me giré para encontrarme con Delia en la entrada del gimnasio. Sus ojos, normalmente serenos y chulescos, ahora ardían con una furia que conocía bien.

—¿Qué quieres, Delia? —pregunté, intentando que mi voz sonara indiferente mientras me secaba el sudor con una toalla.

—¿Cómo pudisteis dejar que Zev llamara a Olivia? —espetó ella, acercándose con pasos firmes—. ¿Es que no te das cuenta de lo que has hecho? ¡Ahora está más triste que nunca! Y odio ver a alguien así.

Suspiré, pasándome una mano por el pelo.

Estaba igual de enfadado con ella, desde que Olivia había recibido la llamada de Zev desde el móvil de Ian, Olivia había bajado bastante su rendimiento y lo poco que dormía anteriormente había disminuido.

—No fue decisión mía, Delia. Fue Ian quien le dio el teléfono a Zev. Sabes que no puedo controlar todo lo que hace ese idiota —contesté, sin pensarlo.

—¡Pero tú eres el responsable! —me recriminó, golpeando mi pecho con su dedo índice—. Al igual que Ginevra. Se supone que estamos aquí para proteger a Olivia, ¡no para hundirla más! Bastante duro es para ella alejarse de los que más ama.

La cercanía de Delia me estaba afectando más de lo que quería admitir. El aroma de su perfume, una mezcla de jazmín y vainilla, inundaba mis sentidos, nublando mi juicio.

—¿Crees que no lo sé? —respondí, alzando también la voz—. ¡Estoy haciendo todo lo que puedo! Pero no puedo estar pendiente de todos a la vez. Tengo que ocuparme de trazar un plan para mantenerla a salvo, para mantenernos a salvo, mantener a raya a las Smirnova, vigilar los alrededores y encima lidiar contigo y tus constantes reproches.

Delia entrecerró los ojos, un gesto que siempre había precedido a nuestras peores discusiones.

—¿Lidiar conmigo? ¿Es eso lo que haces, Nikola? Porque a mí me parece que lo único que haces es huir.

Golpe bajo.

Sus palabras me golpearon con más fuerza que cualquier puñetazo.

—¿Huir? ¿De qué diablos estás hablando?

—Oh, no te hagas el tonto —espetó ella, su voz cargada de sarcasmo. —Sabes perfectamente a qué me refiero. Me besaste y luego te marchaste como un cobarde. Me dejaste con ganas de más y simplemente te fuiste. ¿Por qué?

El corazón me dio un vuelco. No esperaba que ella sacara el tema del beso así, de forma tan directa. Aunque era de esperar viniendo de Delia Marković. Ella siempre, siempre era directa. La miré fijamente, intentando descifrar qué se escondía detrás de esas palabras. ¿Acaso ella también había sentido algo?

—¿Quieres saber por qué me fui? —pregunté, dando un paso hacia ella. La tensión entre nosotros era palpable, como electricidad estática en el aire antes de una tormenta—. Me fui porque estoy harto, Delia. Harto de que no te des cuenta de lo que siento por ti.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos. Por un momento, el silencio se apoderó del gimnasio, roto solo por el sonido de nuestras respiraciones agitadas.

Notaba cómo su cuerpo reaccionaba ante el mío y eso que ni siquiera la había tocado en ese momento. Pero el solo hecho de desear tocarla, sentirla y hundirme en ella después de años y años guardando todo esto… sí, era como estar en el maldito cielo.

—¿Lo que sientes por mí? —repitió ella, su voz era apenas un susurro.

—Sí, maldita sea —exclamé, dejando que toda la frustración acumulada saliera a borbotones—. Llevo años sintiendo algo por ti, Delia. Años intentando ocultarlo, convenciéndome a mí mismo de que te odiaba porque era más fácil que admitir la verdad. —Mi mente empezó a dar vueltas, mientras que ella bajó su mirada hacia mis pectorales y luego volvió a posarla en mis ojos—. Cuando te dispararon, sentí que el mundo se detenía. Me di cuenta de que no podía seguir negando lo que siento.

Delia me miraba fijamente, sus ojos azules escrutando cada centímetro de mi rostro como si buscara algún signo de engaño.

—Nikola, yo...

No pudo terminar la frase. En un movimiento rápido como el ataque de una serpiente, Delia cerró la distancia entre nosotros y capturó mis labios con los suyos. El beso me pilló por sorpresa, pero mi cuerpo reaccionó instintivamente y rodeé su cintura con mis brazos para acercarla más a mí. Años de tensión sexual y emocional liberándose de golpe como un dique que por fin cede ante la presión del agua.

Sus manos viajaban por mi torso resbaladizo y mi cabello, envuelto en un moño, con algunos mechones de cabello sobre mis ojos, me impedía ver a la hermosa diosa que tenía frente a mí.

Sus labios se movían contra los míos con urgencia, como si quisiera devorarme. Mis manos recorrían su espalda, memorizando cada curva, cada músculo. El sabor de su boca era adictivo, una mezcla de menta y Delia que me embriagaba más que cualquier licor.

Perdí la noción del tiempo mientras nos besábamos. Podrían haber pasado segundos o siglos, no lo sabía ni me importaba. Todo mi universo se había reducido a Delia, a la sensación de su cuerpo presionado contra el mío, al sonido de sus pequeños gemidos ahogados por nuestros besos.

El fuerte empujón de Delia me hizo tambalearme hasta caer sobre la silla que tenía a escasos centímetros de mí y su cuerpo se colocó sobre el mío, saboreando más, notando las ganas que nos teníamos desde hacía años.

Mis labios abandonaron su boca para trazar un camino de besos por su mandíbula hasta su cuello y Delia parecía disfrutar, echando la cabeza hacia atrás, dándome mejor acceso con sus manos enredadas en mi pelo, tirando ligeramente.

—Nikola —suspiró ella, mi nombre en sus labios sonó como la más dulce de las melodías.

Y aquello me excitó aún más de lo que ya estaba.

Deseaba sentirla de una maldita vez, romperle ese vestidito que solía ponerse como sus miles de otros modelos y, sin preguntarle siquiera porque sabía que se compraría más, se lo rompí, descubriendo que no llevaba nada debajo.

—Que alguien me ayude contigo, Delia —susurré, metiendo la mano debajo de su falda rota y metiéndole el dedo en el centro de su sexo.

Estaba a punto de volver a capturar sus labios cuando un ladrido agudo nos sobresaltó a ambos. Nos separamos de golpe, jadeantes y con las mejillas sonrojadas, para encontrarnos con el perro de Olivia, Rocky, sentado en la entrada del gimnasio, mirándonos con curiosidad.

—Maldita sea —murmuré, apoyando mi frente contra la de Delia—. Creo que deberíamos apellidarlo «Oportuno».

Delia soltó una risita, un sonido que hizo que mi corazón diera un vuelco.

—Supongo que es su manera de proteger nuestra reputación —bromeó ella.

La miré a los ojos, perdiéndome en ese azul que tanto me fascinaba. Sin poder contenerme, deposité un suave beso en la punta de su nariz.

—Lo mejor que me ha pasado en la vida fue conocerte —susurré, las palabras saliendo directamente de mi corazón sin pasar por el filtro de mi cerebro.

Vi cómo sus ojos se humedecían ligeramente ante mis palabras.

—Nikola —murmuró ella, acariciando mi mejilla con una ternura que contrastaba con la pasión de momentos antes—. Esto no me quita las ganas de vengarme de ti.

Solté un suspiro, apoyando mi mejilla en su mano.

—Bajemos las armas y véngate como es debido en la cama… Me dejaré hacer cualquier cosa por ti.

Delia negó con la cabeza, una sonrisa se posó en sus labios.

—¿Y ahora qué? —preguntó, consciente de que este momento de felicidad era solo un oasis en medio de la tormenta que nos rodeaba —. Tenemos que proteger a Olivia, trazar un plan para mantenerla a salvo. ¿Cómo lo haremos si está de esa manera?

Delia se mordió el labio, un gesto que siempre me había parecido excitante.

—Pienso que va siendo hora de que Zev entre en el plan… Ayer lo hablé con Ginevra. Las Smirnova ya están alejándose nuevamente, buscando a Olivia en dirección contraria, lo que nos haría ganar tiempo para alejar a Angela de esta ciudad y protegerla en otro sitio —razoné.

—El problema está en hablar con el traidor de Giulio… —alegó ella.

Otro ladrido de Rocky nos recordó que no estábamos solos. Delia soltó una risita.

—Creo que será mejor que me marche. Voy a ver cómo está Olivia.

Sonreí mientras la miraba bajándose de mí.

—Habrá que hacerle una visita no muy amistosa a Giulio —sugerí mientras trataba de que no se me viese el pedazo de tienda de campaña que me había dejado Delia.

***

OLIVIA LARA

El fuego se movía en la chimenea, proyectando sombras en las paredes de madera de la cabaña. Afuera, la lluvia caía con fuerza, golpeando el lugar con un ritmo constante que normalmente me habría resultado relajante. Pero en ese momento nada podía calmar la tormenta que rugía en mi interior.

Sunam, mi entrenador personal y ahora uno de mis protectores más cercanos, estaba sentado frente a mí, su rostro serio iluminado por el resplandor del fuego. Acabábamos de repasar el plan de seguridad por enésima vez, pero yo apenas había prestado atención. Mi mente estaba en otro lugar, con otra persona.

La cabaña estaba vacía. Nikola y Delia se habían ido a hablar con Giulio y no vendrían hasta el día siguiente, Luna acompañaba a Ginevra a investigar dónde estaban las Smirnova, por lo que tardarían un día en volver y Sunam se había quedado conmigo para protegerme en la cabaña, por si pasaba cualquier cosa.

Zev…

Su nombre era como una herida abierta en mi corazón, un dolor constante que me recordaba todo lo que había perdido, todo lo que había sacrificado.

—Olivia. —La voz de Sunam me sacó de mis pensamientos—. ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

Parpadeé, intentando concentrarme. Pero no podía… Simplemente no podía.

—Lo siento, Sunam. Estaba... distraída.

Él suspiró, pasándose una mano por el pelo corto.

—Entiendo que estés preocupada, pero necesito que te concentres. Tu seguridad es lo más importante ahora.

Asentí, sintiéndome culpable. Sunam y los demás estaban arriesgando sus vidas para protegerme y yo ni siquiera podía prestar atención a un simple plan de seguridad.

—Tienes razón —dije, enderezándome en el sofá—, lo siento. Continúa, por favor.

Sunam me miró por un momento, como si estuviera decidiendo si creerme o no. Finalmente, asintió.

—Voy a salir a recoger más leña. No debería llevarme más de media hora, pero quiero que estés alerta. Cierra la puerta con llave después de que me vaya y no la abras a menos que escuches la contraseña, ¿entendido?

—Entendido —respondí, intentando sonar más segura de lo que me sentía.

Sunam se levantó, colocándose una chaqueta impermeable.

—Recuerda, Olivia: ante cualquier ruido sospechoso, cualquier cosa que te haga sentir incómoda, usa el arma que te dio Delia. No dudes.

Asentí de nuevo, sintiendo el peso del pequeño revólver que llevaba oculto en el bolsillo de mi sudadera. Nunca me había gustado la idea de las armas, pero en los últimos meses había aprendido que a veces eran necesarias para sobrevivir.

Sunam se dirigió hacia la puerta, deteniéndose un momento antes de salir.

—Volveré pronto, mantente a salvo.

Y con eso, se fue, dejándome sola en la cabaña con mis pensamientos y mis miedos.

El silencio que siguió a su partida fue ensordecedor. Me levanté, caminando inquieta por la sala.

Cerré los ojos, intentando contener las lágrimas que amenazaban con derramarse. ¿Cómo habíamos llegado a esto? Hacía apenas unos meses, mi vida era tan diferente. Estaba casada con Zev, enamorándome cada día más de él, a pesar de que nuestro matrimonio había comenzado como un acuerdo de conveniencia. Teníamos un futuro juntos.

Y entonces, todo se derrumbó.

Tomé la decisión más difícil de mi vida; alejarme de Zev. Divorciarme de él para mantenerlo a salvo, para protegerlo a él y a Angela. Porque si algo les pasara por mi culpa, jamás me lo perdonaría.

Y ahora, aquí estaba; escondida en una cabaña en medio de la nada, rodeada de aliados pero sintiéndome más sola que nunca.

El recuerdo de la llamada telefónica de hacía dos días me golpeó con fuerza. La voz de Zev, arrastrada por el alcohol pero aun así tan familiar, tan querida… había sonado tan herido, tan perdido. Y yo, incapaz de decirle la verdad, tuve que escuchar en silencio cómo el hombre que amaba creía que lo odiaba.

«Te esperaré», había dicho él y luego aquella frase justo antes de colgar. Esas palabras habían estado dando vueltas en mi cabeza desde entonces. ¿Qué quería decir? ¿Acaso él...? ¿Lo sabía? ¿Ian le había dicho que todo esto, el divorcio, el separarme de él… era para protegerlo?

Un trueno retumbó en el exterior, sobresaltándome. Me acerqué a la ventana, observando la tormenta que azotaba el bosque. Las gotas de lluvia golpeaban el cristal con fuerza, como si quisieran entrar. Por un momento, me pareció ver una sombra moverse entre los árboles y mi corazón se aceleró.

Una sombra…

Estaba sola…

No, no, no…

—Cálmate, Olivia. —Me dije a mí misma—. Solo es tu imaginación. Llevas semanas sin tener un sueño reparador, es normal.

Pero entonces lo escuché. Un golpe en la puerta.

Mi cuerpo se tensó instantáneamente. ¿Sería Sunam? No, era demasiado pronto. Además, él tenía la llave y una contraseña. ¿Entonces quién...?

El miedo se apoderó de mí. ¿Me habían encontrado? ¿Eran ellas, las mujeres que querían acabar conmigo?

Otro golpe, más fuerte esta vez.

Con el corazón latiendo desbocado en mi pecho, me acerqué lentamente a la puerta. Mi mano se deslizó dentro del bolsillo de mi sudadera, aferrando el revólver. Las palabras de Sunam resonaron en mi mente: «No dudes».

Olvidé todo, la contraseña de Sunam, mantenerme en calma. Todo…

Tomé una respiración profunda, intentando calmar mis nervios. Podía sentir el sudor frío en mi frente, el temblor en mis manos. Pero tenía que ser fuerte. Tenía que enfrentar lo que fuera que estuviera al otro lado de esa puerta.

Con un movimiento rápido, la abrí de golpe, levantando el arma frente a mí.

Y entonces, el mundo se detuvo.

Un Zev totalmente empapado por la lluvia estaba tras la puerta, mirándome como si fuese el mismo ángel que había llegado a su vida.

Mi Zev.

Empapado hasta los huesos, con una barba de varios días y ojeras profundas, pero inconfundiblemente él. Sus ojos, esos ojos que tantas veces me habían mirado con amor, ahora reflejaban una mezcla de sorpresa, alivio y algo más... Dado que ni siquiera se sorprendió por verme apuntándolo con el arma, me imaginé que se lo esperaba.

El arma cayó de mis manos temblorosas, rebotando inofensivamente en el suelo de madera. Sentí como si todo el aire hubiera abandonado mis pulmones. Mi mente se quedó en blanco, incapaz de procesar lo que estaba viendo.

Zev dio un paso adelante, adentrándose en la luz que emanaba de la cabaña. Pude ver entonces que su rostro estaba tan descompuesto como me sentía yo. Había dolor en sus facciones, cansancio, pero también una determinación feroz que conocía bien.

Nos quedamos así, mirándonos el uno al otro, separados por apenas unos centímetros que se sentían como un abismo. La lluvia seguía cayendo a nuestro alrededor, pero en ese momento podría haber estado nevando fuego y no me habría dado cuenta.

Y joder… cuánto lo había echado de menos.

Apenas podía decir una sola palabra y supe que él estaba igual que yo, pero… ¿qué hacía aquí? ¿Quién le había dicho dónde me encontraba? No podía saber que me había alejado de él para protegerlo, porque entonces él se quedaría a mi lado y eso sería peor para ambos…

Mis lágrimas amenazaban por salir y no me ayudaba en nada verlo tan lleno de ilusión tras días intensos de tormenta en su interior.

Finalmente, cuando el silencio se hizo insoportable, cuando la tensión entre nosotros amenazaba con ahogarme, solo pude susurrar una palabra. Su nombre. La única palabra que importaba en ese momento.

—Zev…

Y él sonrió… Sonrió.

—Liv…

Y así, con esa simple palabra cargada de mil emociones, el mundo volvió a ponerse en movimiento. La tormenta rugía a nuestro alrededor, pero una tormenta aún más poderosa se desataba en mi interior.

Porque Zev estaba aquí. Había venido por mí.

Y nada volvería a ser lo mismo.

VEINTITRÉS | TORMENTA EN LA CABAÑA

«Su rostro… Sus ojos… Por fin volvía a verla después de tanto tiempo» —Zev Grimaldi.

ZEV GRIMALDI

Lejos de la fuerte lluvia, mis ojos no dejaban de mirar hacia esa joven de veinticuatro años que alguna vez fue mi esposa. La cual ahora me observaba como si no se esperase mi presencia, imaginándose lo peor. Y no quise ni saber lo mal que lo estaría pasando para abrir la puerta apuntando con un arma hacia la persona que estuviese al otro lado.

Sus ojos, tan verdes como nunca, me observaban con temor, alegría y esperanza. Una mezcla de emociones difíciles de descifrar y cuánto la había echado de menos. Su cabello estaba mucho más largo que la última vez, con aquellos rizos tan perfectos, aunque algo despeinada.

Por fuera estaba mejor y más presentable que yo, pero por dentro sabía que estaba tanto o más vacía que yo en estas últimas semanas.

—No deberías estar aquí. —Su voz sonaba amenazadora y dura, pero me percaté de cómo temblaba—. Vete.

No contesté, la tenía frente a mí después de tanto tiempo sin verla, sin tenerla a mi lado. Necesitaba abrazarla, besarla, hablar con ella y demostrarle que la amaba. Pero sabía que Olivia no me dejaría porque pensaba que estaba en peligro.

Quizás era verdad, pero a mí me daba igual que estuviese en peligro si ella estaba a salvo. Y respecto a Angela… siempre me aseguraría de su protección.

—Vete, Zev… —susurró, pero al ver que no me movía, gritó: —¡Vete, joder!

Aun así, seguí sin moverme ni un puñetero milímetro. Porque de ahí no me movería hasta aclarar las cosas con ella.

Agradecí que Ginevra me hubiera dado la dirección después de un día tratando de suplicar porque me dejase verla y ahora, que después de tanto tiempo sin verla, no iba a marcharme sin más. Lo quería todo, todo de ella.

—No pienso moverme de aquí —dejé claro, con una voz neutra, aunque por dentro estaba muriéndome por besarla—. He estado en carretera más de cuatro horas, sin dormir un maldito mes, sabiendo lo que estás sufriendo y deseando verte y no pienso mover ni un maldito pie fuera de aquí.

Sus ojos verdes estaban más brillantes de lo normal, señal inequívoca de que estaba a punto de llorar y era lo último que quería. Pero ambos necesitábamos hablarlo. Ambos necesitábamos tocarnos, sentirnos y amarnos a nuestra manera.

Lo necesitábamos y ahora que la tenía a un maldito metro, sabía que ella también sentía lo mismo que yo.

Y joder, cuánto la amaba.

—No lo entiendes, joder… —respondió con sus dientes apretados, mientras empezaba a dar pasos hacia atrás, como si temiese dar un paso en falso y romper lo que había planeado todo este último mes.

—Sí, lo entiendo —rebatí, entrando en la cabaña, cerrando la puerta con los seguros y dando pasos hacia ella, mojando totalmente el

suelo de madera por lo empapado que estaba de la lluvia.

Ella miró alarmada hacia la puerta y luego observó cómo mi cabello oscuro y corto estaba goteando por la lluvia.

Yo no pude evitar admirarla; iba vestida con ropa de calle, con unos pantalones vaqueros simples y un jersey bastante apretado que marcaba sus voluminosos pechos. Carraspeé y volví a mirar sus ojos porque ambos necesitábamos hablar antes. Y no iba a irme hasta que tuviésemos esa conversación.

—Sunam… —susurró.

—He hablado con él. Le he pedido que se dé una vuelta con el coche unas horas —le confesé, pues necesitaba tener intimidad con ella. —Tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

Pero Olivia negó, tocando su cabello con nerviosismo. La conocía tan bien…

—No pienso repetírtelo.

Ante su respuesta, di un paso más y le contesté:

—Y yo tampoco.

—Zev…

Apreté mi mandíbula mientras volvía a acercarme a ella, cuando tras la puerta entreabierta que había a escasos metros de la espalda de Olivia vi sus pertenencias; esa maleta y sus materiales de dibujo. Tenía que ser su cuarto. Estaba muy seguro, sobre todo al ver que el cuadro que estaba pintando era mío, lo que me sorprendió en demasía. Ella siguió la trayectoria de mi mirada y pareció avergonzarse por haberme estado dibujando. Se apresuró a cerrar la puerta y se quedó ahí, mirándome sin saber qué hacer.

—Sé por qué te alejaste, por qué firmaste los papeles del divorcio… —inicié, con la voz fallándome—. Al principio pensé que me odiabas por no decirte absolutamente nada sobre los Dupont, pensé que me odiabas por ocultarte tu pasado y que estabas enfadada conmigo y lo comprendía. Estabas en tu derecho… Pero ahora sé por qué me echaste de tu vida.

La vi tragando saliva y cómo su labio inferior temblaba ligeramente.

Quería tocarla, besarla y decirle que todo saldría bien. Que juntos lo lograríamos. Odiaba verla de esa manera y tan solo quería que estuviese totalmente a salvo.

—Estás arriesgando tu vida por salvarnos tanto a mí como a Angela y eso demuestra realmente lo que sientes… Pero no pienso dejar que hagas esto tú sola. —Negué, no estaba dispuesto a permitir que arriesgase su vida sola.

—Ellas pueden haberte seguido —susurró, con un terror más que evidente en su rostro.

Negué, dando otro paso hacia ella, pero Olivia no podía retroceder más, ya que su espalda estaba pegada contra la puerta cerrada de su cuarto.

Me había encargado de que nadie me siguiera, sobre todo porque vine de la forma más sutil que ni ella se creería. Y la ropa que llevaba se notaba, porque iba vestido como un leñador.

—Vendí el Ferrari. Le pedí a Ian que me consiguiera un coche que pasara desapercibido y he puesto en venta la discoteca. No la quiero. —Fui totalmente sincero con mi explicación.

—¿Qué…? Pero… Zev, esas cosas te gustaban.

Negué rápidamente, en desacuerdo.

—No, nunca me gustó ni el Ferrari ni la discoteca. Pero ahora eso da igual. Tú y yo vamos a hablar y me da igual lo demás.

Sacudió su cabeza, temerosa, cuando su mirada se quedó perdida y el miedo se reflejó en su expresión.

—Angela… No la has dejado sola, dime que no lo has hecho —inquirió, nerviosa.

Negué. Nunca haría tal cosa.

—Está con Ginevra y Luna mientras Giulio está distraído hablando con los búlgaros.

Delia y Nikola habían ido a la mansión Grimaldi para tener una charla con Giulio que desconocía. Nadie me había dicho nada sobre por qué estaban tan enfadados con Giulio. Pero podía imaginarme ciertas cosas porque conocía a ese hombre demasiado. Y por eso iba a llevarme a Angela lejos, muy lejos de él.

—Estáis en peligro. Me he divorciado de ti para que estuvieseis a salvo. Zev, márchate ya —me suplicó.

Pero no iba a hacer tal cosa.

Cuando vi que sus lágrimas empezaron a caer, me derrumbé. Me acerqué rápidamente a ella y la abracé. La abracé como si fuese la última vez, pero a la vez como si fuese nuestra primera vez. La abracé como nunca había hecho y quise hacer siempre. Y si todo se solucionaba, lo haría.

Y sentirla, poder olerla nuevamente, tener su cabello rizado rozando mi mejilla… Joder, se sentía tan jodidamente bien…

Era como volver del infierno para irme al mismo cielo.

—Angela está bien protegida —la tranquilicé, mientras ella empezaba a hipar en mi cuello. —Ginevra y yo hemos hablado y la voy a ayudar a hacer sus maletas para mañana llevarla al rancho Artemisa. Es una fortaleza y nadie podrá pisar ese lugar.

Entonces Olivia me abrazó, colocando sus manos tras mi ancha espalda y notar cómo ella me tocaba fue lo mejor que podía sentir en la vida. No quise que ese momento acabase y eso que solo estuvimos un maldito mes separados, pero se sintió como un año entero.

Pasamos muchos minutos así, callados, mientras que Olivia lloraba en mi cuello y yo la acariciaba, demostrándole que estaba ahí y no me iba a ir a ninguna parte. Nunca me iría de su lado.

—¿Y tú? —inquirió, al cabo.

Sonreí.

—Yo estaré a tu lado.

Ella negó, pesarosa.

—No. Tienes que irte con Angela, ¿quién si no la va a cuidar?

Lo tenía todo planeado y había dos personas en mi vida que eran como mis propios abuelos. Ellos me criaron a mí y a Angela, aunque ella no se acordase.

—Marta y Oliver, los cuidadores del rancho. Ellos son como unos abuelos para mí y ya he hablado con ellos. Nos están esperando.

Aquello último hizo que Olivia se separase de mí con sus ojos totalmente rojos, llenos de lágrimas y mirándome con su entrecejo arrugado.

—¿Nos?

No retiré mis manos de su cuerpo, bajándolas hasta llegar a sus manos temblorosas y tocarla como era debido.

—Te vendrás conmigo.

Aquello pareció alarmarla.

—No puedo. Tengo que estar aquí. Las Smirnova pueden sorprendernos.

Negué repetidas veces. Sabía que no iba a ser tarea fácil, pero lo más difícil lo había pasado, que era encontrarla. Y ahora no iba a rendirme. Lucharía por ella hasta el final.

—¿Recuerdas el rancho? ¿Lo a salvo que estábamos allí? Olivia, las Smirnova nunca pararán.

Olivia parecía temerosa por ello.

—Zev, tengo que hacer esto.

Enfadado por lo que me estaba diciendo, varias imágenes de una pesadilla recurrente que tenía se acoplaron en mi mente nuevamente. En ellas, Olivia estaba tirada ensangrentada en el suelo por culpa de esas mujeres. Y temía que mis peores pesadillas se hicieran realidad.

—¡Pero van a matarte si continúas! —exploté.

Olivia se alejó rápidamente de mí, retirando sus manos para que dejase de tocarla y empezó a caminar hacia la puerta de entrada.

—Ginevra y los demás están haciendo un plan conmigo y lo lograremos.

Sabía que tenía razón, pero temía perderla.

—Lo sé.

—¿Cuánto hace que sabes todo esto? —cuestionó, más calmada.

Sin moverme del lugar, mientras algún trueno sonaba y un rayo iluminaba toda la estancia, respondí:

—Desde hace muy poco. A las pocas semanas de firmar, Ginevra vino a la mansión y me lo contó todo —confesé. —Pero no quiero que hagas esto y menos tú sola.

Y explotó.

Explotó todo lo que tenía dentro de ella, guardándoselo como ya acostumbraba a hacer. Y odiaba verla así, más todavía si yo era el culpable de ello, pero sabía que estaba sufriendo, como lo estaba haciendo yo todo este último mes.

Mientras ella negaba, yo volvía a acercarme a ella, pero Olivia volvió a dar dos pasos hacia atrás.

—Todavía estoy enfadada contigo por no contarme la verdad… —susurró y mis hombros cayeron al escuchar aquello—. Pero no te odio y llevo todo este tiempo pensando que tú me odiabas a mí por pedirte el divorcio. Ni siquiera pude mirarte a la cara la tarde que firmamos… Pensé que me odiabas… —Saber aquella confesión me hizo darme patadas mentales, queriendo volver atrás para haber hecho las cosas mejor—. Ese enfado, el no contármelo, eso no es motivo de divorcio para mí, Zev… Pero el saber la verdad me hizo pensar que todo esto es muy peligroso para vosotros y no quiero eso. No quiero…

La ignoré.

Recorrí la distancia que nos separaba y volví a abrazarla, sintiéndola de verdad, notando su piel contra la mía, aunque tuviésemos ropa, y era lo que necesitábamos.

Ella me devolvió el abrazo y fue como ir al mismo cielo.

—No vas a hacerlo sola —respondí, con dureza.

—No me voy contigo al rancho. No puedo… —susurró.

—Pues ambos… como un equipo.

Ella negó, mientras sorbía por la nariz sin alejarse de mí.

—Es peligroso para ti.

—Y para ti también, pero cuantos más seamos, mejor —repuse, convencido —. Angela estará a salvo en el rancho con ellos y tú y yo lucharemos juntos antes de rehacer nuestra vida fuera de Chicago… Lejos de aquí.

Cuando la miré, noté que Olivia no estaba convencida.

—No.

—¿No qué? —contesté enfadado.

—No me gusta la idea. Me alegro de verte, Zev. Pero te vas a marchar, te irás al rancho y cuidarás de ella por mí —replicó, dándome la espalda—. No tendría mi conciencia tranquila si te arrastro por los pecados que cometió mi familia.

Ella empezó a quitar el seguro de la puerta, pero la frené rápidamente.

Un rayo iluminó el lugar mientras Olivia seguía sin moverse, dándome la espalda y no lo soporté más.

Le di la vuelta, aplastándola contra la puerta y estampé mis labios sobre los suyos, deseoso después de tanto tiempo.

Y joder, eran tan suaves como los recordaba.

Nuestras lenguas no tardaron en empezar a bailar entre ellas mientras nuestras manos parecían algo tímidas después de semanas sin notarnos, sin estar juntos. Pero necesitábamos tanto de esto que todo lo demás pasaba a un maldito segundo plano. Y teníamos aquella cabaña para nosotros solos.

Nos separamos tan solo unos milímetros para mirarnos a los ojos y supe que Olivia quería lo mismo que yo y volvimos a fundir nuestros labios. Colocando mi mano sobre su cuello la besé con más apuro, casi chocando nuestros dientes por la desesperación que ambos teníamos en ese momento de poder sentirnos, de poder estar juntos como antes.

—No… pienso… dejarte… en la… vida —respondí, entre besos.

Me agaché sin dejar de besarla y la levanté del suelo, llevándomela hacia su cuarto mientras seguíamos besándonos tan desesperados como nunca. Cuando abrí la puerta como pude, nuestros cuerpos empezaron a chocarse contra objetos que Olivia tenía sobre su cuarto, cayendo estos al suelo con un estruendo. Pero nos daba exactamente igual.

Una lámpara cayó, rompiéndose junto con varios libros que cayeron al suelo y ambos seguimos ignorándolos.

Me acerqué a la pared, aprisionándola contra esta y mi cuerpo y volví a colocar mi mano sobre su cuello, lo cual parecía gustarle y yo tan solo necesitaba enterrarme en ella de una maldita vez.

La miré, tratando de grabar su rostro en mi memoria para el resto de mi vida, cuando coloqué mi boca sobre su cuello, chupándolo mientras mi miembro duro empezaba a restregarse contra sus pantalones.

—Zev… —gimió Olivia, mientras me despeinaba con gusto—. Necesito protegerte.

Negué cuando levanté la cabeza y la miré, clavando mis ojos oscuros sobre los verdes de ella.

—Y yo te necesito viva, señorita Lara.

Estampé nuevamente mis labios sobre los suyos mientras la volvía a loca a mi manera.

Sentimos que nuestras ropas empezaban a sobrar y no se cómo, pero conseguimos quitarnos mutuamente la ropa en menos de cuatro minutos, acabando en su diminuta cama mientras la tormenta parecía estar en su apogeo, pero en ese cuarto solo escuchábamos nuestras respiraciones agitadas, nuestros gemidos y las ganas que nos teníamos.

Cuando la tuve totalmente desnuda bajo mi cuerpo, me detuve para poder mirar su bello cuerpo totalmente expuesto, cómo sus pechos estaban totalmente esbeltos y esperando a ser devorados por mí. Con gusto la complacería.

Colocando mis labios sobre uno de sus pezones, succioné, consiguiendo que ella gimiese en alto mientras que empezaba a sentir la desesperación por tenerla, por poder enterrarme dentro de ella de una maldita vez.

Pero entonces, escuché un pequeño sollozo por su parte que me hizo detenerme de inmediato para mimarla y hablar con ella. Ella me observaba, rozándome como si no se creyese que estaba ahí, a su lado.

—Estoy haciendo esto por ti y tú tan solo lo ignoras —espetó, enfadada de pronto. Coloqué mis manos a cada lado de sus mejillas y negué.

—No lo ignoro. Quiero estar a tu lado, para lo bueno y para lo malo y no vas a tomar esa decisión tú sola —le dejé claro —. Ya has

tomado la decisión de alejarte de mí creyendo que así estaría a salvo… Pero así no funcionan las cosas, Olivia. Esta decisión se toma mutuamente y no pienso dejarte sola… Pienso luchar contigo hasta mi último aliento.

Ella tragó saliva y, cuando creí que iba a echarme la bronca, que me diría idiota o cualquier otro calificativo, me tomó por sorpresa al ahuecar mi rostro entre sus manos para arrastrarme hacia sus labios, besándome con más ganas que nunca. Fue tan intenso que tuve que separarme para tomar un poco de aire.

—No sabes cuánto te he echado de menos, Liv —susurré, tras recuperar el aliento.

—Te amo, Zev… Lo siento por alejarte de mí… Pero entiéndeme —se disculpó, con lágrimas en los ojos.

Asentí por ello.

—Te entiendo, pero no comparto lo que piensas.

Ella sonrió.

Me sentí el hombre más feliz del mundo cuando la vi sonriendo y supe lo que significaba.

Volvió a arrastrarme hacia sus labios para besarme, todavía acostada sobre su cama, con su cabello rizado esparcido por toda la cama.

—Sigo enfadada contigo.

Sonreí al notar que su tono de voz estaba más animado.

—Lo sé.

Interrumpió el beso para luego separarse de mí con una media sonrisa.

—Y no se me va a quitar rápido…—me susurró al oído.

Sabía qué respuesta estaba esperando de mi parte y si ella deseaba que se lo dijese de rodillas, lo haría. Todo lo que ella me pidiese. Porque era mi reina.

—Tendré que ganármelo entonces —concedí.

—No me hagas esperar más, cucaracha.

Tiré de ella más cerca, abriendo sus piernas y guiando mi miembro hacia su entrada. La embestí mientras Olivia apretaba sus piernas sobre mis glúteos. Volví a pegar mi cuerpo contra el suyo, notando sus pechos aplastados sobre mi torso y era la mejor sensación.

Entré y salí de ella, una y otra vez, mientras ambos empezábamos a gemir con fuerza, sintiendo que nuestros cuerpos encajaban como la más perfecta pieza, como si estuviésemos destinados a estar juntos. Pero el destino quería jugar con nosotros. Yo tan solo quería compartir mi vida al lado de la mujer que estaba debajo de mí en ese momento. Solo con ella.

—Mírame, Liv… —le pedí, mientras continuaba con mi movimiento de caderas, una y otra y otra vez.

No me pasó desapercibido el hecho de que empezábamos a estar al borde del clímax mucho más rápido que otras veces. Quizás por la desesperación que nuestros cuerpos tenían, las ganas de estar juntos o todo lo que habíamos pasado, el caso es que Olivia se corrió mirándome sin siquiera pestañear, mientras continuaba moviéndome dentro de ella.

Cuando yo la seguí, derramándome en su interior, terminé desplomándome sobre Olivia, teniendo cuidado de no aplastarla y acabando totalmente agotado, como nunca antes.

Joder…

—Lo siento, Zev… —susurró cuando no la vi.

Al levantar mi cabeza de su cuello la vi llena de miedos mientras me acariciaba la espalda conmigo todavía dentro de ella. Negué rápidamente, peinando su cabello ahora despeinado por mi culpa y acariciando su hermoso rostro.

—Quiero verte sonreír, ser feliz como siempre y no verte derramar ni una sola lágrima más.

—Va a ser difícil mientras tengamos esta vida —expresó.

Salí de ella, me acosté a su lado y la atraje hacia mí, mientras que ella colocaba una pierna sobre mi cadera y yo rodeaba su cintura.

—Lucharemos por dejar todo esto atrás —respondí, seguro.

Olivia pegó su cabeza a mi torso, cuando recordó algo que la hizo mirarme con temor.

—Espera… Giulio… Él no dejará…

—De Giulio me encargo yo, ¿vale? —La corté rápidamente, determinado.

Y Olivia confió en mí.

Volvió a pegarse a mi torso y, temerosa, se abrió a mí.

—Estoy muerta de miedo, Zev…

Me acosté sobre la cama, arrastrando a Olivia sobre mí de manera que quedó acostada sobre mi cuerpo. No quería separarme de ella ni un maldito centímetro. Empecé a acariciar su espalda desnuda mientras la tormenta continuaba en el exterior.

—Te he demostrado que haría arder el mundo por ti… Y pienso seguir haciéndolo mientras viva —contesté seriamente, sin dejar de tocarla—. Pero ambos vamos a estar juntos mientras nos amemos.

Noté cómo Olivia se apretaba más contra mí y sonreía, satisfecha con lo que acababa de decirle.

—He estado como la mierda estas semanas… Pero tú… Has llevado una losa enorme sola y no quiero que eso vuelva a pasar —admití, mientras Olivia tenía su rostro escondido sobre mi torso—. Quiero que estés a mi lado siempre y me dejes compartir esa losa, Olivia.

Entonces, en aquella cama, en la intimidad de aquella cabaña en mitad de la tormenta, ella me miró levantando su cabeza, ambos totalmente desnudos y supimos que aquello solo era el inicio de nuestra historia. Que no nos íbamos a volver a separar de aquella manera y que juntos éramos mucho más fuertes.

Lo demás daba igual. Lograríamos superar cualquier obstáculo. Y por fin, después de tanto tiempo, nos quedamos dormidos, abrazados como los perfectos amantes y me sentí el hombre más feliz de la tierra a su lado.

***

VITTORIA RINALDI

Observé la herida que me había hecho yo misma hacía unas horas en la universidad por ser tan idiota y torpe que me tropezaba continuamente. Suspiré mientras, tras salir de la ducha con el cabello un poco mojado, me observaba en el espejo que tenía en mi cuarto, frente a mi cama, la herida que tenía por un lado del costado, cerca del estómago. Era una línea fina de unos quince centímetros que parecía más un arañazo.

Era lo que tenía tener como pasatiempo cuidar un hermoso jardín y que las propias flores te arañasen con sus espinas.

Me toqué la herida e hice un gesto de dolor, pero no era para tanto.

El hermoso vestido que me tendría que haber puesto hacía quince minutos descansaba sobre mi enorme cama mientras que yo seguía con el diminuto pijama puesto, el cual consistía en un pantalón bastante corto, que enseñaba mucha más carne que nada y un suéter de tiras que dejaba parte de mi vientre plano al descubierto. Me lo ponía en mi intimidad, en ese cuarto donde nadie tenía que verme. Odiaba enseñar mucho, apenas solía mostrar mi piel cuando salía. Sentía que me faltaba algo y no estaba cómoda con ropa mucho más ligera.

Volví a suspirar, tratando de alargar la salida para evitar tener que ir. Era jueves y tan solo quería quedarme en ese cuarto sin hacer nada, no tener que ir a una asquerosa gala para que Alonzo ganase votantes para las futuras elecciones.

Negué, sabiendo que el hombre que decía ser mi padre y solo estaba empeñado en buscarme un marido no iba a salir a ningún lado y podía alargar aquello.

De pronto, la puerta de mi cuarto, donde nadie debía entrar, se abrió de par en par y vi asomar el cuerpo robusto de mi guardaespaldas.

—¿Ya está preparada, señorita Rinal…?

—¡Eres idiota! —grité, tapándome con la toalla que tenía cerca para que no me viese de esa manera.

Enfadada y con la cara roja, le eché una mirada asesina a Dax mientras que este permanecía con esa expresión estoica, como si nada fuese con él. Pero percibí algo diferente en él en ese momento. Algo que no entendí.

Se quedó mudo, petrificado, de pie en mitad de la puerta mientras me observaba con aquel pijama.

—¿No… sabes… llamar? —pregunté, con los dientes muy apretados mientras que él continuaba mirándome.

—Discúlpeme, señorita.

Suspiré, soplando para apartarme un mechón de cabello rubio que tenía en medio de mis ojos.

—Pensé que habíamos superado esa época en la que me llamabas de usted.

Dax tan solo me echó una mirada directa hacia los ojos, pero no sonrió. Nunca sonreía. De pronto, sus ojos cambiaron y apareció esa mirada de preocupación que solía mostrarme algunas veces. Tan rápido como abrió la puerta, la cerró y caminó recto hacia mí, haciendo que retrocediera varios pasos, pero no llegué demasiado lejos.

—¿Quién cojones te ha hecho eso? —inquirió, con aquella voz grave.

Sin entender nada, seguí la dirección de su mirada y, cuando reparé en la herida de la espina de rosa que me había hecho hacía un rato, entendí. La toalla no me había tapado todo y ese trozo de piel sí se lo estaba mostrando a Dax.

—Oh, no es nada. Iba a ponerme una…

Dax se arrodilló ante mí, tirando de la toalla hasta que cayó al suelo. Sus manos se posaron en mis estrechas caderas con firmeza y pegó su rostro tanto que casi pude notar su aliento acariciando esa zona. Tragué saliva, tan nerviosa por tener a ese jodido hombre tan cerca de mí y tocándome que podría haberme desmayado en ese momento.

—¿Qué…? —Mi temblor de voz volvió al notar las manos grandes y callosas de Dax sobre mi piel tersa y suave. —… haces?

Sus ojos, tan intensos como de costumbre y rebosantes de peligro analizaron la herida, una simple herida que me había hecho por ser tan patosa como desastrosa. Cuando alzó la cabeza para mirarme, todavía arrodillado frente a mí, ese cuerpo tan grande y musculado frente al mío; tan delicado y simple, totalmente soso, me hizo ponerme mucho más nerviosa.

—¿Quién… te… lo… ha… hecho? —cuestionó muy lentamente, con su mandíbula apretada.

Negué, tragando saliva al tenerlo tan cerca.

—Sabes que soy muy torpe. Me lo hice cuidando el jardín de la señora Guzmán. Estaba colocando unas cajas en un lugar alto, se me levantó el suéter y justo había unas rosas debajo. Las espinas demostraron cuánto me querían —expliqué, tirando de humor para disimular mi nerviosismo.

Noté que se relajaba al contarle que me lo había hecho yo misma y di un paso hacia atrás para no estar tan pegada a él, porque como siguiera de esa manera terminaría con un colapso por culpa de ese hombre. Pero Dax colocó con más firmeza sus largos dedos en torno a mis caderas y me atrajo hacia sí. Tomó el botiquín de primeros auxilios y empezó a vendarme esa zona con delicadeza.

Carraspeé con nerviosismo y miré hacia la puerta que mi propio guardaespaldas había cerrado antes de entrar.

—Es rara la vez que no te veo con alguna herida del jardín de esa mujer o de otro lado… Aún recuerdo cuando te torciste el tobillo al bajar de la escalera de la universidad —contestó, sin mirarme.

—Me falló el tobillo.

—Es lo que tiene cuando no practicas deporte —apostilló, con ironía.

—No comparto tu idea —murmuré, mirando hacia otro lado con cierto enfado.

Volví a bajar la mirada hacia él mientras hacía su labor y tragué costosamente saliva por tener a ese hombre de rodillas frente a mí.

No era el hombre perfecto, para nada. A muchas mujeres les gustaban los chicos malos, de esos que tienen piercings, tatuajes y parecen sacados de una novela. Sin embargo, Dax no era el típico chico malo.

Era el hombre.

Cada poro de su piel gritaba peligro, sus ojos azules demostraban que había vivido muchas más vidas de las que nadie podría vivir. Todo su cuerpo estaba tatuado, exceptuando su rostro. Su cabello estaba demasiado corto y había zonas donde tenía cicatrices, incluso recordaba alguna vez que lo había llegado a ver sin camisa, con ese cuerpo tan musculado que poseía y su espalda era un completo mapa de cicatrices. Un hombre robusto que no le temía a nada ni a nadie.

Ese era Dax Sikora.

Y trataba de no tocarlo nunca, porque la única vez que lo hice… La única… Juré que las bragas terminarían cayéndoseme sin que él hiciera absolutamente nada. La electricidad, esa sensación y ese picor que me hizo sentir, no lo había sentido nunca en mi vida por ningún otro hombre, ni siquiera con mi único novio.

Podría decirse que me atraía y bastante, pero era realista y Dax no buscaba una mujer como yo. Era un romance prohibido, pero aunque no lo fuera, Dax jamás se fijaría en mí de esa manera. Nunca lo haría. Éramos como el agua y el aceite, como el fuego y el hielo. Yo era bastante inocente, nunca había hecho nada con nadie, con Zack llegué a hacer algunas cosas, pero nunca llegamos a más. Nunca me atrajo de esa manera y no sentí que quisiera perder mi

virginidad con Zack, pese a que estaba enamorada de él. Era extraño de explicar. Yo era rubia, tenía los ojos azules y todos me decían que parecía una muñeca. Dax y yo no pegábamos para nada y para colmo estaba la diferencia de edad; yo tenía veintiún años y él treinta. Éramos polos opuestos.

Sí, a Dax Sikora le pegaba otro tipo de mujer que gritase peligro como él… Yo tan solo era una simple joven que en su vida había tenido nada de experiencias, más allá que un simple beso…

Pero seguía enfadada con él.

—La próxima vez asegúrate de tocar la maldita puerta.

—Ni que estuvieses desnuda —contestó, irónico.

—No me gustaría que mi guardaespaldas me sorprendiera estando desnuda sobre un universitario en mi cama y haciendo diabluras —me tiré un farol, cruzándome de brazos.

Él dejó de mover sus manos sobre el arañazo, se levantó de su sitio y me miró con cara de pocos amigos. Yo no aparté la vista en aquel particular duelo de miradas. Aunque sabía que eso no iba a pasar en esta maldita mansión, y menos si no tenía confianza con un hombre, quería ver la cara que ponía Dax. Y vaya si disfruté con su cara de asombro.

—Como te descubra con un hombre en esta cama, te aseguro que a ese tío le faltarán kilómetros para correr —siseó.

Dejó de mirarme a los ojos para posarlos en otra zona de mi cuerpo. No entendí demasiado bien hacia dónde estaba mirando y, cuando bajé la mirada, vi que mis pezones, encima en ese momento duros porque tenía algo de frío, estaban transparentandose en mi diminuto suéter blanco.

Tan rápido como me di cuenta, me tapé con mis brazos y Dax carraspeó, nervioso y me dio la espalda.

Empezó a caminar apresuradamente hacia la puerta y, sin siquiera molestarse en mirarme, susurró con aquella voz carrasposa:

—Estaré en el salón esperándote.

Sin decirme nada más, ni mirarme siquiera, cerró la puerta, dejándome sola, aún con la sensación de sus dedos sobre mi piel, con las bragas mojadas y totalmente agitada por su culpa.

Dax, Dax… ¿Por qué pierdo el control solo contigo?

VEINTICUATRO | GIULIO GRIMALDI

«No podía creerlo… Todo esto… Parecía que estaba viviendo una maldita pesadilla» —Olivia Lara.

OLIVIA LARA

El peluche de Angela descansaba sobre mi brazo mientras nos dirigíamos hacia la mansión Grimaldi, haciéndome temblar de tan solo pensar que volvería a ver a Angela después de tantas semanas. Sobre todo, después de saber que había estado triste por mi culpa. Y tan solo deseé que se alegrase de verme, que no me odiase.

Quería volver a verla después de tanto tiempo y después de estar Zev y yo hablando juntos toda la noche a pesar de la tormenta, ahora nos encontrábamos de camino por las calles de Chicago, pasando desapercibidos en un coche que no era el estilo de Zev. Al menos, del Zev que era el heredero de la mafia.

Lo miré unos segundos, pensando si era el momento de contarle lo que había descubierto, de lo que Delia y Nikola me habían contado tras leer el informe de Giulio hacía tan solo dos días. Pero apenas habíamos vuelto juntos y después de lo que vivimos… No sabía si era el momento para decírselo.

—Ella no te odia —respondió Zev, como si me hubiera leído la mente.

Pero me conocía tan bien que sabía casi todo de mí.

—Hace meses, una noche, le prometí a Angela que nunca me iría de su lado. —Recordé aquella noche como si fuese ayer y suspiré antes de concluir: —Que siempre estaría ahí. Pero rompí mi promesa y me tiene que odiar…

Dejé de mirarlo para observar el peluche, el cual le dije que le devolvería cuando las cosas fuesen cambiando. Si bien las Smirnova seguían por ahí, el plan había evolucionado e íbamos a llevarnos lejos a Angela para que estuviese a salvo.

Suspiré mientras observaba el cielo nublado de Chicago.

—Ella no te odia —repitió Zev, mientras que yo continuaba dándole vueltas a todo.

Acerqué el peluche más a mí y, sin mirarlo, pregunté;

—¿Como estás tan seguro?

La música que sonaba de fondo en el coche, una suave y dulce melodía, ayudaba a relajarme un poco, pero no tanto. Mientras, notaba la mirada de Zev de vez en cuando posada en mí, pero no me atrevía a mirarlo. No después de la vergüenza de haberlo dejado solo, de haberme divorciado de él y de que ahora volvíamos a estar juntos.

Habíamos estado hablando durante toda la noche después de haberlo hecho en mi cama de la cabaña, después de descansar un rato durmiendo juntos. Habíamos hablado y él me había dicho que no tenía que avergonzarme de nada, pero no era tan fácil.

—Porque después del divorcio estuve días tratando de decirle a Angela que volverías, que no se enfadase contigo. Y cuando Ginevra vino a contármelo todo, ella estuvo escuchando y se preocupó por ti.

Saber aquello me dolió mucho más de lo que creía.

—No… No quiero que se preocupe por mí.

—Todos nos preocupamos por ti, pero has estado tan acostumbrada a estar sola, que sientes que sigues estándolo. Y no lo estás, Olivia. Ahora tienes una gran familia a tu lado —aseguró Zev.

Sonreí, nerviosa porque volvería a ver a Angela y tenía mil dudas de su reacción. ¿Me dejaría abrazarla?, ¿volvería a sonreírme?, ¿me aceptaría después de todo?

Mi corazón latía con fuerza mientras el coche de Zev se detenía frente a la imponente mansión Grimaldi. Apreté el peluche de Angela contra mi pecho, buscando consuelo en su suave textura. Los recuerdos inundaron mi mente; momentos felices, instantes de dolor y secretos oscuros que acechaban en cada rincón de aquel lugar al que una vez llamé hogar.

Zev apagó el motor y se giró hacia mí, sus ojos brillando con una intensidad que no había visto en semanas. Su barba de varios días me empezaba a gustar pese a no estar acostumbrada a verla, enmarcaba una sonrisa cálida que hizo que mi corazón se saltara un latido.

—¿Estás seguro de que no quieres que vaya contigo cuando hables con Giulio? —pregunté con la preocupación tiñendo mi voz.

Él negó con la cabeza y su expresión se tornó seria.

—No, necesito tener esta conversación a solas con él. Sé cómo manejarlo. Ya has sufrido demasiado estas últimas semanas, Olivia.

Sus palabras, aunque bien intencionadas, no lograron disipar la inquietud que se arremolinaba en mi estómago y más conociendo lo desconfiada que estaba de Giulio y lo que no le había contado a Zev. Él tomó mi mano, besándola suavemente antes de salir del coche y rodearlo para ayudarme a bajar.

—Este coche es mil veces más cómodo que el Ferrari —comenté, tratando de aligerar el ambiente.

Zev sonrió y, por un momento, pude ver al hombre del que me había enamorado, no al heredero de un imperio. Su mirada era más

intensa, más brillante, y su barba... Dios, estaba tan perfecto con barba. Después de pasar toda la noche juntos, reconciliándonos y redescubriéndonos, ahora nos enfrentábamos a la realidad que nos esperaba dentro de esos muros.

Ginevra, discreta como siempre, bajó de otro coche cercano, manteniéndose a una distancia prudente. Luna, mi guardaespaldas de confianza y a la que empezaba a considerar una amiga, se acercó a nosotros.

—Tardaremos un rato, Luna —dijo Zev, con voz firme—. Quédate en la puerta junto con Benjamin y asegúrate de que todo esté en orden.

—Sí, señor Grimaldi —respondió Luna y no pude evitar notar la mueca de fastidio que cruzó el rostro de Zev al escuchar su apellido.

—¿Ocurre algo? —pregunté, mientras nos dirigíamos hacia la entrada.

—Solo es que ya no soporto ese apellido —murmuró y pude sentir el peso de sus palabras, la carga que llevaba sobre sus hombros.

Y lo comprendía.

Entramos en la mansión y el aire parecía cargado de tensión. Estaba todo tal cual lo dejé, tampoco había pasado mucho tiempo, pero desde los viajes había olvidado casi cómo era ese lugar de enorme. De repente, un movimiento en la escalera captó mi atención. Era Angela. Mi corazón se encogió al ver su expresión; una mezcla de enfado y alivio. Creí que no quería verme, que se daría la vuelta, que me dejaría allí… Y la entendería si lo hacía.

Pero, en lugar de eso, sus ojos se posaron en el peluche que sostenía y, antes de que pudiera reaccionar, bajó corriendo y se lanzó a mis brazos.

El impacto casi me hizo perder el equilibrio y Zev tuvo que acercarse para ayudarme a mantenerme en pie. Angela se aferraba a mí con todas sus fuerzas, como si temiera que fuera a desvanecerme en cualquier momento.

—Has vuelto... —susurró contra mi pecho—. Sabía que volverías, Oli.

La abracé con fuerza, sintiendo cómo las lágrimas comenzaban a formarse en mis ojos. Y parecía que mis palabras amenazaban con no salir.

—Lo siento tanto, Angela —murmuré, acariciando su cabello.

—No vuelvas a separarte de mí —suplicó ella y asentí, incapaz de contener las lágrimas que ahora rodaban por mis mejillas.

—Te prometo que siempre estaré aquí —le aseguré, entregándole su peluche. Ella lo tomó, con una sonrisa enorme y volvió a abrazarme con fuerza.

Miré a Zev, que nos observaba con una sonrisa que iluminaba toda su cara. Por un momento, parecíamos una familia feliz, como si los peligros y las amenazas que nos rodeaban no existieran.

Sin embargo, la burbuja se rompió con la voz de Giulio.

—Olivia Lara. —Cuando giré mi cabeza y me separé un poco de Angela, la figura de Giulio estaba al fondo de aquel pasillo—. Bienvenida de nuevo a la mansión Grimaldi.

Su tono, aparentemente cordial, ocultaba un filo que me hizo estremecer. Conocía demasiado bien a este hombre, sabía de lo que era capaz. Las revelaciones sobre sus tratos con las Smirnova resonaban en mi mente, alimentando mi desconfianza.

—Giulio —respondí secamente.

Sentí cómo Angela se tensaba y se escondía detrás de mí, aferrándose a mi ropa. Su reacción me sorprendió y me preocupó a partes iguales.

—¿Podemos hablar? —preguntó Giulio, con su mirada fija en mí.

Zev dio un paso adelante, dispuesto a acompañarme, pero Giulio lo detuvo con un gesto.

—A solas. Como en los viejos tiempos, señorita Lara.

—No vayas —me rogó Angela, apretando mi mano.

Su miedo era palpable y me desconcertó.

—Angela, todo irá bien. Es tu padre. —Intenté tranquilizarla.

—No me fío de él... —continuó Angela y un escalofrío recorrió mi espalda.

Miré a Zev, tratando de comunicarle sin palabras mi preocupación.

—Llévala a su cuarto —le pedí en voz baja.

—Voy a acompañarte —insistió Zev, ya que la preocupación era evidente en su rostro.

—Tú hazme caso —insistí, aunque una parte de mí deseaba tenerlo a mi lado.

Zev asintió a regañadientes, pero pude ver que no estaba convencido. Mientras caminaba hacia el despacho siguiendo a Giulio, sentí una opresión en el pecho, como si algo terrible estuviera a punto de suceder.

Entré en el despacho y Giulio cerró la puerta tras de sí. El clic del pestillo sonó como una sentencia.

—¿Quiere un café? Sé que el té no le gusta —me ofreció, volviendo con las formalidades y me ofreció con una sonrisa que no llegaba a sus ojos. De esas totalmente falsas que demostraban la verdadera persona que era Giulio y de quien al principio desconfiaba demasiado. Todo lo que mintió y que nos hizo creer después… Tan solo era una serpiente dispuesta a envenenar a cualquiera.

Negué con la cabeza, manteniendo mi guardia alta.

—No te voy a mentir —comenzó Giulio, dejando caer la máscara de cortesía—, creí que ya estarías muerta.

Sus palabras me golpearon como un puño, pero me mantuve impasible.

—Gracias por sus ánimos. ¿Qué quiere?

Cuando se giró, algo cambió en sus ojos. Odio quizás… Sí, esa era la mirada que siempre me había dedicado y nunca me había dado cuenta hasta ahora.

—Saber qué estás haciendo aquí. No eres bienvenida ya en esta mansión, Lara.

—No se preocupe —respondí, con toda la calma que pude reunir—. Me iré cuanto antes y no volverá a verme.

—Eso espero. Porque he trabajado mucho para conseguir que esas mujeres estén detrás suyo.

La rabia bullía en mi interior. Así era Giulio Grimaldi y todos nos creímos el cuento del viudo enamorado. Cuando todo era una maldita falacia.

—Eres un maldito cabrón.

—Lo sé —admitió, sin el menor atisbo de remordimiento—. Oh... ¿Te creías que te iba a aceptar? ¿Que tan solo quería que te casaras con mi hijo para los negocios y quizás enamorarte de él de verdad? —Soltó una de esas risas venenosas que apuñalaban por completo—. Olivia, aún no sabes cómo funcionan estos negocios.

—Sigo preguntándome qué es lo que ganas con mi muerte —repliqué, tratando de mantener la calma—. ¿Dinero? ¿Salvar tu estúpida empresa?

Recordaba la empresa que estaba al borde del cierre y ahora mismo mi mente era un puro caos incapaz de procesar todo lo que estaba viviendo en los últimos meses, sobre todo, los últimos días.

—No. No te mentiré, gano dinero... Pero no es eso.

Lo dijo como si nada el muy desgraciado.

—¿Me lo contarás? —Elevé la ceja, con el corazón latiéndome al borde de la taquicardia, mientras que Giulio parecía estar totalmente tranquilo.

Tardó lo suyo y, cuando me miró a los ojos, algo cambió. Algo muy drástico que me dejó petrificada en mi lugar.

—Julianne Boss —dijo, y por un momento, vi un destello de algo parecido a la humanidad en sus ojos.

Pero ya no me creía nada de ese hombre.

—¿Quién? —pregunté, desconcertada por el giro de la conversación.

Y lo que me contó después me dejó peor.

—La única mujer a la que he amado en toda mi vida —comenzó Giulio, su voz teñida de una emoción que nunca antes le había escuchado—. Fue mi mejor amiga desde que tuve uso de razón, me

enamoré de ella desde mucho antes y empezamos una relación adolescente... Con veinte quería arrodillarme para pedirle matrimonio... Pero, por desgracia, tu queridísimo abuelo contrató a unos sicarios para asesinar a la hija de un mafioso.

Me quedé en silencio, procesando la información que me acababa de dar.

Él negó, mientras no dejaba de pensar y darle vueltas a todo en su mente.

—Julianne no era hija de nadie de ese ámbito... —continuó Giulio, con la amargura evidente en su voz—. Pero se parecía mucho a esa joven y se equivocaron. Me arrebataron lo que más amé en mi maldita vida y pienso vengarme por ello.

Me quedé totalmente petrificada al descubrir sus motivaciones.

—¿Y contratas a unas mujeres sanguinarias por algo que hizo un familiar mío al que ni conocí ni sabía de su existencia? —pregunté, tratando de conectar los puntos.

—Esas mujeres no han sido capaces de encontrarte. Me han demostrado que no sirven demasiado.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

Y entonces lo entendí.

—¿Y vas a hacerlo tú?

Sus ojos no abandonaron los míos, pero me demostró todo lo que estaba maquinando en esa retorcida mente suya.

—Sí.

Traté de mantener la calma, pero necesitaba confrontarlo con otra verdad que había descubierto.

—Tú mataste a Sally.

Aquello lo descolocó por completo.

—¿Por qué piensas eso? —Su voz me demostraba que no se fiaba de mí, su tono era neutral, pero sus ojos reflejaron un destello de sorpresa.

Y entonces negué mientras trataba de darle vueltas a todo lo que me habían dicho días antes de que Zev volviese a mi vida. Y me iba a costar mucho contárselo cuando saliéramos de esa mansión.

—No te mentiré —comencé, reuniendo todo mi coraje—, siempre he sospechado de ti en muchos aspectos, entre ellos el caso de Sally. Cómo te hacías la víctima, cómo fingías hablar por teléfono cuando el caso "volvía" a abrirse... Ginevra estuvo investigando algo que hacía Sally a escondidas y tú lo descubriste. Decidiste aprovechar y hablar con tu amigo Akkerman para que fuese él quien diese la orden. Lo que no te esperabas era que alguien lo descubriera.

—¿Por qué iba a matar a mi propia mujer? —preguntó, pero su tono ya no era de desafío, sino de curiosidad.

—Sé que sabías que Sally y Ginevra tenían una relación —continué, observando cada reacción en su rostro—. Lo sabías muy bien, desde hacía mucho más tiempo del que pensabas.

—¿Por eso? ¿Por celos? —Se burló Giulio—. Supe que ella estuvo en una relación con Ginevra, pero eso me daba igual. Te recuerdo que la mujer de mi vida era Julianne.

Y ahí viene todo lo escondido. Todo lo que Giulio no había contado, lo que había guardado a buen recaudo. Lo que investigaron los búlgaros y Delia me contó con todo lujo de detalles. Sobre todo, cuando Ginevra me confesó algo que me dejó totalmente de piedra.

—Sí, pero lo que te dolió fue saber que Zev y Angela no son tus hijos —solté, dando un golpe de efecto con aquella verdad demoledora.

El silencio que siguió a mis palabras fue ensordecedor. Vi cómo la máscara de Giulio se desmoronaba, revelando una mezcla de shock y furia.

—¿Cómo sabes eso? —cuestionó finalmente, su voz apenas un susurro.

—Hay informes de que tú eres estéril —expliqué, manteniendo mi voz firme a pesar del miedo que crecía en mi interior—. Pero fue tiempo después que lo descubriste, justo el mismo año en el que Sally apareció en aquel cubo de basura. Informes que tiene en su poder la mafia búlgara y lo han sabido todo este tiempo. ¿Miento?

Giulio permaneció en silencio, pero su mirada lo decía todo.

—Tu padre amenazó a Sally —continué, las piezas del rompecabezas encajando finalmente—. Le dijo que si no tenía un hijo, un heredero, su familia acabaría muy mal… Por lo que Sally se realizó una inseminación artificial al ver que no se quedaba embarazada de ti. Zev no es realmente el heredero de los Grimaldi, porque no tienes a nadie de tu misma sangre.

Hice una pausa, observando cómo Giulio digería cada palabra.

—Angela nació también del mismo modo, pero con un factor nuevo. La ciencia ha mejorado, por lo que permite que dos mujeres puedan tener una maternidad compartida. Una aporta el óvulo y la otra lo gesta en su vientre, junto con un donante para que pueda hacerse dicha gestación... —Y concluí: —De ahí que Angela se parezca tanto a Ginevra. De ahí esos dibujos de ella con Sally y Ginevra.

Y ahí, al fin, Giulio Grimaldi me mostró su cara más oscura, sin máscaras.

—Sally me había mentido todo ese tiempo —murmuró, más para sí mismo que para mí—. Y lo descubrí cuando Akkerman la investigó porque estaba metiéndose donde no la llamaban. A mí me daba igual, pero cuando supe que no podría tener ningún heredero... Eso sí que no iba a permitirlo.

—Deberías pudrirte en la cárcel y no salir nunca de ella —escupí, la repulsión era más que evidente en mi voz.

Me di la vuelta, dispuesta a marcharme, cuando sentí un fuerte empujón en mi espalda. Giulio me había atacado por sorpresa. Luché contra él, pero un golpe en mi cabeza me desorientó. Sentí sus manos alrededor de mi cuello, levantándome del suelo. El aire escapaba de mis pulmones y la desesperación se apoderó de mí.

—Dale saludos a Sally de mi parte —gruñó Giulio, apretando con más fuerza.

Mi visión comenzaba a nublarse cuando escuché un estruendo. La puerta se abrió de golpe y Zev entró en tromba, embistiendo a su padre y liberándome de su agarre.

Caí al suelo, tosiendo y jadeando, tratando desesperadamente de recuperar el aliento. A través de mi visión borrosa, vi a Zev y Giulio enzarzados en una lucha brutal. Giulio sacó un arma, pero Zev logró desviarla. Un disparo resonó en la habitación y, por un terrible momento, temí lo peor.

Sin embargo, fue Giulio quien cayó, una mancha roja expandiéndose en su pecho. Zev se tambaleó hacia atrás, sosteniendo su hombro sangrante.

Cuando miramos a Giulio, este no se movió, señal inequívoca de que estaba muerto y miré a Zev, que estaba herido de bala y me asusté.

—¡Zev! —grité, arrastrándome hacia él mientras caía al suelo.

Sus ojos estaban inyectados en sangre mientras me miraba y logró pronunciar unas palabras.

—¿Eso es cierto? —preguntó, con su voz débil pero urgente. Así que lo había escuchado todo…

—Sí... —admití, presionando su herida para detener el sangrado.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace dos días... —respondí, con las lágrimas nublando mi visión—. Cuando Delia nos dio la información que su padre había guardado. Resiste, te pondrás bien.

Pero a él parecía no importarle su herida, se apoderó de un mechón de mi cabello y lo colocó detrás de mi oreja.

—Estás a salvo, Liv… —murmuró, para luego añadir: —Te amo.

Sus ojos se cerraron, dejándome totalmente petrificada, temerosa de que todos mis miedos por perderlo se hicieran realidad.

—Zev…

Susurré su nombre con lágrimas en los ojos.

***

ZEV GRIMALDI

La conciencia regresó a mí como una ola perezosa, lamiendo las orillas de mi mente adormecida. Los recuerdos se agitaban como hojas en un hermoso bosque. Mi cuerpo se sentía como un barco anclado en aguas turbulentas, cada movimiento provocaba oleadas de dolor que se estrellaban contra los acantilados de mi cordura.

Abrí los ojos lentamente, parpadeando ante la luz dorada que inundaba la habitación. El sol de la tarde se colaba por las ventanas como un intruso bienvenido, dejando todo con un resplandor cálido y acogedor. Por un momento, me sentí desorientado, como un viajero que despierta en una tierra extraña.

Pero entonces la vi.

Olivia.

Dormía en el sofá junto a mi cama y su rostro era una mezcla de paz y preocupación. Parecía cansada. Verla allí, tan cerca y tan real, hizo que mi corazón diera un vuelco. Los últimos días se desplegaron en mi mente como un tapiz intrincado y doloroso.

El disparo. La sangre. La revelación que sacudió los cimientos de mi existencia. No era hijo de Giulio. Las palabras resonaban en mi cabeza como un eco interminable, una verdad que aún no lograba asimilar del todo.

No era hijo de Giulio… No llevaba sangre de los Grimaldi en mis venas.

Cerré los ojos, dejando que los recuerdos fluyeran como un río desbordado. Ginevra apareciendo como una sombra protectora, trayendo consigo a un médico de confianza. Olivia, mi ancla en la tormenta, negándose a separarse de mi lado ni por un instante. Angela, manteniéndose al margen, sus ojos grandes y asustados la última vez que la vi.

Y luego, el viaje. Días que se fundieron unos con otros mientras avanzábamos hacia el rancho, nuestro refugio prometido. La caravana se movía como una bestia perezosa a través de paisajes cambiantes y yo flotaba entre la consciencia y la oscuridad, atrapado en un limbo de dolor y confusión. Era más seguro viajar por carretera que por avión, de ahí que tardásemos días en llegar. Pero me cuidaron tan bien que ni me importó.

Ahora, finalmente, estábamos aquí. En el rancho. Nuestro sueño hecho realidad en medio de circunstancias que jamás habríamos imaginado.

—Liv —susurré, con la voz ronca como si hubiera tragado arena del desierto.

Ella se despertó al instante, sus ojos encontraron los míos con una mezcla de alivio y preocupación. Se movió hacia mí con la gracia de un gato, sentándose en el borde de la cama.

—Zev —murmuró, su voz cargada de emociones contenidas—. Lo siento tanto. Todo esto... yo...

Levanté una mano, ignorando el dolor que el movimiento me provocó, para silenciarla suavemente.

—No —dije, sorprendido por la firmeza de mi propia voz—. No te disculpes. Si te soy sincero, me alegro de no ser hijo de Giulio.

No habíamos hablado de ese tema en todo el viaje, con Benjamin y Luna acompañándonos junto con Ginevra y Angela.

Sus ojos se abrieron con sorpresa y pude ver cómo luchaba por encontrar las palabras adecuadas.

—Yo... Lo supe solo dos días antes de que vinieras a buscarme —confesó finalmente—. No quería soltártelo así, de esa manera tan brusca. Pero las circunstancias...

—Las circunstancias tienen la costumbre de burlarse de nuestros planes —completé por ella, sintiendo cómo una sonrisa tiraba de las comisuras de mis labios—. Si lo hubiera sabido antes, quizás las cosas habrían sido diferentes. Mejores, incluso.

Olivia asintió, sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas.

—Ya eres perfecto, Zev.

Pero no le respondí, porque me había convertido en un monstruo por la vida que había elegido. Y quería cambiarlo.

—Necesitas ducharte —dijo de repente, cambiando de tema con sutileza.

—Puedo hacerlo solo —protesté débilmente, pero incluso mientras las palabras salían de mi boca sabía que era una mentira.

Una sonrisa traviesa iluminó su rostro.

—¿Recuerdas cuando yo estaba herida y tú me ayudaste? —preguntó y los recuerdos de aquellos momentos íntimos y tiernos inundaron mi mente—. Ahora es mi turno de devolverte el favor.

Antes de que pudiera protestar más, Olivia ya me estaba ayudando a levantarme. Mis piernas se sentían como gelatina y cada movimiento enviaba punzadas de dolor a través de mi cuerpo. Pero tenerla tan cerca, sentir su fuerza y su determinación, era como un bálsamo para mi alma herida.

Me guio hasta el baño que teníamos dentro del cuarto que compartimos en nuestra luna de miel con una paciencia increíble y la firmeza de un sargento. Sus manos, suaves pero seguras, me ayudaron a desvestirme, cada toque era una caricia que encendía chispas en mi piel a pesar del dolor.

—Esto me recuerda a aquel día juntos —murmuré mientras ella me ayudaba a entrar en la bañera—. Aunque los papeles estaban invertidos.

Olivia sonrió, sus ojos brillando con amor y picardía.

—La vida tiene una forma curiosa de dar vueltas, ¿no crees?

El agua caliente me envolvió como un abrazo, aliviando el dolor y la tensión acumulada. Olivia se unió a mí en la bañera, su cuerpo encajaba perfectamente contra el mío, como piezas de un rompecabezas destinadas a estar juntas.

Cerré los ojos, a gusto por tener a Olivia en mi espalda, tomando la esponja para ayudarme en la zona donde no podía mover demasiado el brazo y yo tan solo disfrutaba de ese momento como si fuese una joya única.

—Te amo —susurró contra mi oído, sus palabras son un eco de los latidos de mi corazón—. Más de lo que jamás creí posible amar a alguien.

En ese momento, a pesar del dolor, a pesar de las revelaciones que habían sacudido mi mundo, me sentí el hombre más feliz del planeta. Éramos como dos náufragos que finalmente habían encontrado su isla, un refugio en medio de la tormenta que era nuestra vida.

—Tengo una conversación pendiente con Ginevra —dije después de un rato, recordando de repente todos los cabos sueltos que aún quedaban por atar.

Olivia asintió, sus dedos trazando patrones en mi piel.

—Ella también está aquí, en el rancho. Tendrás tiempo de sobra para hablar con ella.

Dejé escapar un suspiro, sintiendo cómo el peso de mi apellido se cernía sobre mí como una sombra.

—Ya no soporto el apellido Grimaldi —confesé. —Cada vez que lo escucho, es como si me clavaran un puñal.

—Siempre puedes cambiártelo —sugirió Olivia, con suavidad—. Un nuevo comienzo. Dejar atrás todo lo que ese apellido representa.

La idea se plantó en mi mente como una semilla y pude sentir cómo echaba raíces rápidamente. Un nuevo nombre. Una nueva identidad. La oportunidad de ser simplemente yo mismo, sin el peso de las expectativas y los pecados de la familia Grimaldi.

—Quizás tengas razón —murmuré, dejando que la idea creciera y floreciera en mi mente.

Nos quedamos en silencio por un rato, disfrutando de la cercanía y el calor del agua. Olivia me lavó con ternura, sus manos gentiles sobre mis heridas, tanto las visibles como las invisibles. Era un acto de amor tan puro y desinteresado que sentí cómo las lágrimas se agolpaban en mis ojos.

—¿Como se lo decimos a Angela? — Sabía que ella se refería a Giulio.

Aún no se lo habíamos contado, pero lo haríamos juntos, poco a poco.

—Vamos a ir poco a poco, pero se lo diremos juntos… Aunque será duro… No quise hacerlo, pero él… —me interrumpí, abatido y ella me abrazó con amor, colocando sus brazos sobre mi pecho.

—Giulio iba a matarte, Zev.

Asentí y quise pensar en otra cosa. No era momento de pensar en lo que pasó o pudo pasar. Si no hubiera entrado antes él la habría matado. Hubiese matado a la mujer de mi vida y eso era lo que más me dolía.

—¿Cómo pude tener tanta suerte? —pregunté en voz baja, más para mí mismo que para ella.

Olivia me miró, con sus ojos llenos de una emoción que no pude descifrar del todo.

—No es suerte, Zev. Es amor. Puro y simple.

Salimos de la bañera cuando el agua comenzó a enfriarse. Olivia me ayudó a secarme y vestirme, cada movimiento era una danza sincronizada que hablaba de la intimidad y la confianza que habíamos construido.

De vuelta en la cama, me sentí agotado pero extrañamente en paz. Olivia se sentó a mi lado y entrelazó sus dedos con los míos.

—Descansa —dijo con suavidad—. Estaré aquí cuando despiertes.

Cerré los ojos, dejando que el sueño me envolviera como una manta cálida. Los últimos días habían sido como una tormenta devastadora, arrancando de raíz todo lo que creía saber sobre mí mismo y mi vida. Pero allí, en ese rancho, con Olivia a mi lado, sentía que finalmente había encontrado un puerto seguro.

El futuro aún era incierto, un lienzo en blanco esperando ser pintado. Tendría que enfrentar a Ginevra, desentrañar los secretos que aún quedaban ocultos, decidir qué hacer con el imperio Grimaldi, que ya no sentía como mío. Y sobre todo, estaban las Smirnova… Las temidas Smirnova. Pero por ahora, en este momento, todo lo que importaba era el aquí y el ahora.

Mientras me sumergía en el sueño, sentí los labios de Olivia rozar mi frente, un gesto tan tierno que me hizo derretirme.

—Descansa, mi cucaracha. —La escuché susurrar. —Estaré aquí, cuidándote, siempre.

Y así, con el sol de la tarde pintando sombras doradas en la habitación y el amor de Olivia envolviéndome como un escudo protector, me dejé llevar por el sueño y por el eco de su voz.

VEINTICINCO | NUEVAS OPORTUNIDADES

«Era hora de seguir hacia adelante y poder ser feliz de una vez» — Zev Grimaldi.

ZEV GRIMALDI

El dolor en mi brazo era un recordatorio constante de todo lo que había sucedido, pero esa mañana, al salir al porche del rancho, sentí que respiraba por primera vez en mucho tiempo. El aire fresco llenó mis pulmones, trayendo consigo el aroma a hierba recién cortada y libertad.

Mis ojos se posaron inmediatamente en Olivia, que jugaba con Angela en el campo. Verlas reír y correr tras el balón de fútbol hizo que mi corazón se hinchara de un amor que nunca creí posible sentir. Olivia, con su cabello suelto ondeando al viento y su sonrisa radiante, era la imagen misma de la felicidad que siempre había anhelado.

Me apoyé en la barandilla del porche, disfrutando de la vista y permitiéndome, por un momento, imaginar un futuro donde escenas como esta fueran nuestra normalidad. Un futuro lejos de la violencia y las mentiras que habían definido mi vida hasta ahora.

—Creo que hay muchas cosas que tengo que contarte y tú quieres saberlas. —La voz de Ginevra me sacó de mis pensamientos. Se acercó con dos tazas de café humeante en las manos.

—Estás en lo correcto —respondí, aceptando la que me tendió.

El aroma del café me reconfortó, un pequeño placer en medio de la tormenta de emociones que sentía.

Nos dirigimos hacia los asientos del porche, el crujido de la madera bajo nuestros pies sonando frente a una conversación que cambiaría mi vida para siempre. Me senté, sintiendo el peso de las palabras no dichas entre nosotros.

Ginevra tomó un sorbo de su café antes de comenzar. Sus ojos estaban fijos en Olivia y Angela en el campo, ajenas a todo lo que íbamos a hablar.

—Sally me contó que Giulio no era tu padre al poco tiempo de conocernos. Me lo confesó estando borracha una noche en mi apartamento de Miami.

Sus palabras cayeron sobre mí como un balde de agua fría. Aunque ya lo sabía, escucharlo de nuevo, en este contexto, hizo que la realidad de mi situación me golpeara con renovada fuerza. Permanecí en silencio, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—No odies a tu madre por ocultarte algo así... —continuó Ginevra, su voz suave pero firme—. Lo hizo por vuestra seguridad.

Sentí cómo la ira y el dolor se mezclaban en mi pecho.

—Pero nunca dijo nada. —Logré decir finalmente—. Ni siquiera me dejó una carta escrita...

—Sí lo hizo. —Me interrumpió Ginevra.

La miré, totalmente petrificado. ¿Una carta? ¿Mi madre había intentado decirme la verdad después de todo?

—Pero Giulio la quemó dos semanas antes de que... ya sabes —susurró con la voz quebrada y la tristeza era evidente en su voz—. Ella la guardó en un cajón de su casa y me lo dijo. Que si pasaba cualquier cosa te la diera, pero ese día, cuando me la fue a entregar, la carta estaba quemándose en la chimenea y Giulio era mucho más agresivo con ella que nunca. Cuántas veces intenté frenar todo aquello...

Cerré los ojos, tratando de procesar esa nueva información. La imagen de mi madre, asustada y desesperada, intentando

protegerme hasta el final, me partió el corazón.

—Angela... —aventuré, en un hilo de voz. —¿Es cierto que es tu hija?

Ginevra asintió lentamente.

—Sí... Fue decisión de tu madre hace casi nueve años... Nuestro objetivo era marcharnos, contigo y con Angela, irnos lejos de allí y contártelo todo. Pero sucedió lo más horrendo que podría pasar.

El recuerdo de Olivia, casi sin vida en las manos de Giulio, me golpeó con fuerza. Su rostro enrojecido por la falta de aire por culpa de ese cabrón… Suspiré.

—Casi mata a Olivia... —dije, la rabia y el miedo mezclándose en mi voz—. Casi lo hace con sus propias manos y pensar que yo era como él... Joder, si a Olivia le ocurriese algo por mi culpa...

Me lamenté y no dejé de mirar cómo Olivia disfrutaba de ese momento con Angela, corriendo por todo el lugar y jugando a ese partido de fútbol entre dos personas.

—No —me interrumpió Ginevra, con firmeza—, estará bien. Vamos a quedarnos en este rancho hasta que te recuperes y luego volveremos, dejando a Angela con Marta y Oliver aquí, donde estará mucho más protegida. Concluiremos el plan contra las Smirnova y volveréis aquí, pasando desapercibidos. Este estado es el más seguro, donde nadie puede traspasarlo. Pero eso incluye dejarlo todo atrás, Zev.

Su advertencia era evidente, pero eso no me importaba. Ya lo estaba dejando todo atrás, vendiendo la discoteca y el Ferrari para poder ser el hombre que siempre quise ser, en ese lugar.

Miré hacia el campo, donde Olivia seguía jugando con Angela. La decisión ya estaba tomada en mi corazón antes incluso de que las

palabras salieran de mi boca.

—Estoy dispuesto a hacerlo por ella.

—Bien —aprobó Ginevra y pude sentir un cambio en su tono—, porque quería darte algo.

Levanté una ceja, intrigado. Ginevra se quitó un anillo que siempre llevaba en su dedo y me lo entregó. Lo tomé con cuidado, examinándolo. Era un anillo de compromiso, elegante y delicado, con un valor sentimental evidente en cada detalle.

—Me lo regaló tu madre... —explicó, con la voz cargada de emoción —. Es de compromiso y era nuestra muestra para unirnos cuando nos alejásemos de Giulio y mi marido... Y ahora quiero que se lo des tú a Olivia. Creo que sabrás darle un buen uso.

Miré el anillo, sintiendo su peso en mi mano. No era solo un anillo; era una promesa, un futuro, una oportunidad de hacer las cosas bien. Sonreí, imaginando cómo se vería en el dedo de Olivia.

Mis ojos se desviaron hacia Angela, que ahora corría alrededor de Olivia, riendo sin preocupaciones.

—¿Se lo dirás a Angela? —pregunté, consciente de lo mucho que esa verdad podría afectar a mi hermana.

—Todo a su debido tiempo, Zev —repuso Ginevra, con suavidad—. Lo que importa es que está bien, ahora está bien lejos de Giulio.

Asentí, comprendiendo la sabiduría en sus palabras. Volvimos a quedarnos en silencio, observando a Olivia y Angela jugar en el campo. El sol seguía ascendiendo en el cielo, bañando el rancho en una luz cada vez más intensa, como si el mismo universo estuviera celebrando ese nuevo comienzo.

Ginevra se levantó poco después, dejándome solo con mis pensamientos y el anillo en mi mano. Lo contemplé una vez más, sintiendo el peso de su historia y el potencial de su futuro. Cuando levanté la vista, mis ojos se encontraron con los de Olivia en la distancia.

En ese momento, mientras la veía sonreír bajo el sol de la mañana, supe con certeza que estaba listo para dar el siguiente paso. Estaba listo para dejar atrás el apellido Grimaldi, el mundo de violencia y mentiras en el que había crecido. Estaba listo para construir algo nuevo, algo hermoso y verdadero, con Olivia a mi lado.

El rancho, con sus amplios campos y su aire limpio, se sentía como un nuevo comienzo, una nueva oportunidad. Un lugar donde podríamos sanar, crecer y, finalmente, ser felices. Mientras guardaba el anillo en mi bolsillo, sentí una emoción que no había experimentado en mucho tiempo. Y era la esperanza.

***

OLIVIA LARA

El sonido de los cascos de los caballos resonaba por el camino de tierra cubierto de árboles llenando de vida aquel lugar en aquel atardecer. Me estaba enamorando de ese lugar, tanto como nunca lo había hecho antes.

La otra vez que estuve con Zev, vi algunas zonas de los alrededores, pero eso… Eso era otro mundo mucho más hermoso del que en mi vida había visto.

Hércules, el caballo con el que estaba paseando, parecía desear pasear por cada extensión de terreno. Zev estaba a mi lado con el brazo algo inmovilizado mientras Artemisa iba con él. No quería que saliese de ese rancho y más después de tener aquella herida de bala. Si bien no era peligroso para él, sí que quería que estuviese bien y reposara hasta que se recuperase del todo.

De ahí que tuviésemos una discusión de las nuestras acerca de si era buena idea o no que él saliese a montar. Y ahora ambos estábamos paseando por los alrededores de aquel lugar, algo alejados del rancho mientras que disfrutábamos del aire fresco, con el sol dándonos de lleno. No dejaba de darle vueltas a lo que había sucedido en muy pocos días. A todo lo que estaba cambiando mi vida desde que conocí a Zev aquel mes de septiembre, hacía apenas siete meses. Y en ese momento no podía disfrutar del paseo por ese mismo motivo. Porque quería tener una vida estable y ahora nos quedaban las Smirnova…

—Estás preocupada… —adivinó Zev, provocando que me girara para mirarlo.

Se había afeitado aquella mañana la barba y volvía a ser el Zev que conocía, pero era tan atractivo con o sin ella que de ambas formas me gustaba. Su ropa ya no era elegante como la de heredero un de la mafia, sino de un hombre que se dedicaba al rancho, con su camisa remangada a cuadros y unos vaqueros irresistibles.

Y me encantaba ese Zev.

—Las cosas han dado un giro bastante drástico… Me apena Angela y lo que tiene que vivir —me sinceré. Continuamos con el paseo, hasta que él dijo:

—Ahora estará mucho mejor. Y tú y yo vamos a luchar juntos en Chicago contra las Smirnova.

Negué por ello, temerosa de cómo podrían acabar las malditas cosas allí. A veces me sorprendía lo fuerte que parecía Zev y, de no ser porque lo conocía, parecía que mantenía muy bien sus emociones. Pero lo conocía y sabía que por dentro estaba muerto de miedo como yo.

—No sé cómo…

—Ahora no pienses en ello. Vamos a disfrutar de este momento que nos brinda la vida —me aconsejó él.

Asentí sonriente por lo que me decía, pues aunque fuesen pocos días lo que nos quedásemos ahí, tenía razón. Debíamos vivir el presente, porque no sabía qué podría ocurrir en el futuro. Y en ese momento tan solo quería recuperar el tiempo perdido con él en las últimas semanas.

Llegamos a un enorme lago hermoso, rodeado de árboles altos por todo el lugar y donde las montañas se veían a lo lejos. El sol amenazaba con esconderse tras esas montañas tan esbeltas y la tarde seguía cayendo, dejándome totalmente enamorada de ese lugar que parecía de ensueño. Me quedé muda, admirando las vistas, hasta que por el rabillo del ojo vi a Zev bajando costosamente del caballo y me apresuré a ayudarlo.

—Cucaracha, deberías tener más cuidado —respondí seriamente.

Sin embargo, la forma que tenía de llamarlo lo hizo sonreír, viendo un brillo en sus ojos que era imposible no distinguir.

—Ricitos, yo siempre tengo cuidado. —Me guiñó un ojo mientras el viento parecía despeinarlo un poco, dejándolo mucho más guapo que nunca.

Robusto y con esa ropa… Sí, era totalmente el hombre que me encantaba ver y no ese Zev que se había visto obligado a ejercer un trabajo que no amaba. Se notaba que amaba ese lugar y sacaba a relucir al verdadero Zev, con esa chispa de chulería que me fascinaba.

—Permíteme dudarlo —cuestioné, divertida.

Me acerqué al lago caminando con aquellas botas y una ropa similar a la que llevaba Zev. Me agaché para poder tocar el agua con mis

manos y estaba totalmente fría. Pero estaba tan hermoso el lugar que me daban ganas de meterme en el agua y olvidarme de todo.

El sol hacía brillar el lago como si hubiese estrellas flotando en el agua. Sonriente, tan solo logré exclamar:

—Guau…

—¿Te gusta? —preguntó Zev, a mis espaldas—. Siempre ha sido mi lugar seguro, donde me quedaba horas cuando me preocupaba algo… Antes de que llegaras tú a mi vida.

Sin poder hablar, sonreí por lo último que acababa de decir.

—Me encanta… Debe ser un lugar increíble para ponerme a dibujar con mis lienzos —observé, risueña.

De repente, no dejé de imaginarme cómo sería pasar el día ahí mismo, los lugares que todavía no conocía de ese sitio donde podría vivir eternamente. Era un lugar tan hermoso que mi imaginación volaba y lograba sacar la vena artística que parecía haberse escondido después de lo de Mattia, hacía ya meses. Y todo lo que vino después me bloqueó, impidiéndome dibujar como hacía antes. Suspiré, deseosa de poder grabar esa imagen en mi mente y poder dibujarlo en el cuarto de Zev, donde había puesto mi caballete. Ya que, según Zev, le ayudaba a recuperarse antes si me veía dibujar con la ropa que solía ponerme para pintar.

Sonreí, feliz y logré olvidarme de todo por primera vez en mucho tiempo.

Quise decirle algo, por lo que me levanté del suelo y me giré para mirar a Zev a los ojos, pero lo que vi me dejó más petrificada de lo que en mi vida me había sentido.

Zev tenía una rodilla en el suelo y estaba frente a mí, con un anillo entre sus dedos de su mano derecha, donde no tenía la herida. Me

quedé muda, sorprendida por lo que estaba viendo, cuando pensé que no volvería a verlo así y que en mi vida él me daría tal sorpresa. No cuando había firmado los papeles del divorcio y lo había hecho sufrir durante semanas por mi maldita culpa. Y ahí estaba él, esperando mi respuesta. Sin embargo, lo que más me sorprendió fue el anillo, un anillo que no conocía y que no era el que él me había comprado y que costaba millones, lo me hacía sentir mal cada vez que salía con él puesto. No… Este era mucho más delicado, simple, pero hermoso y lo mejor era que esta vez no había sido falso como la primera. Y aquello, el ver que todo fue real, fue lo que me emocionó.

—Zev, ¿qué haces? —pregunté como una estúpida, mientras que él elevaba su ceja ante mi frase.

—¿No es obvio? —Sonrió de aquella manera y susurró: —No soy el hombre más romántico… Ni mucho menos soy un ángel. He cometido muchos errores en mi vida, entre ellos cómo me comportaba contigo cuando comenzamos. Luego el ocultarte la verdad, lo idiota que he sido… —hablaba sin retirar sus ojos negros de los míos, mientras el aire nos despeinaba un poco y el sonido de la naturaleza le daba ese toque perfecto para ambos—. Pero sigues ahí y, si bien soy un monstruo y he cometido muchos errores en mi vida, me gustaría demostrarte que puedo cambiar, poco a poco y demostrarte el hombre que realmente soy…

Apenas sabía qué decir. Quería decirle mil cosas, muchas y poder responderle. Pero no podía. Mis palabras no salían de mi boca, ni conseguía hacer un solo gesto y solo podía decir estupideces. Quizás porque era la primera vez que alguien me pedía que me casara con él y que no era falso, sino real.

Real…

Era real…

Las lágrimas empezaron a salir de mis ojos sin control y ni siquiera me di cuenta.

—Zev, tu herida… —Me preocupé por él.

Zev negó.

—Da igual eso —contestó y sus ojos se tornaron más oscuros que de costumbre, yo solo entreabrí los labios sin poder evitar demostrarle la sorpresa que me había causado—. Quiero verte desnuda cada noche, sentirte cada momento que pueda y mirar esos ojos cada día… Lo quiero todo contigo y escuchar tu voz… Quiero que te enfades conmigo, que nos disculpemos después y nos reconciliemos como solo nosotros sabemos. Quiero compartir mi vida contigo y que me cuentes todos tus problemas y hacerte feliz de todas las formas posibles —declaró, sin apenas temblar ni un poco su voz y luego me preguntó. —Olivia Lara, *mi vuoi sposare?*

Otra vez ese acento italiano. Encima otra vez enamorándome de ese hombre del que creí que no podría estar más enamorada. Y que me lo preguntase en su idioma natal, en italiano… fue la guinda del pastel. No hacía falta saber italiano para saber que me acababa de pedir que me casara con él y eso, eso fue lo que hizo que esa pedida fuese aún más única de lo que en mi vida creía.

No supe por cuánto tiempo estuve callada, pero lo notaba por cómo él empezaba a ponerse más nervioso y, cuando pude reaccionar, susurré en un hilo de voz:

—Sí.

Me arrodillé frente a él, colocando mis manos en cada lado de sus mejillas y lo besé. Lo besé demostrándole que lo amaba y que haría cualquier cosa por verlo bien. Me divorcié de él para que estuviese protegido e hice lo posible para que él estuviese bien a pesar de las circunstancias.

Y en mitad de aquel hermoso lugar, con el sol empezando a esconderse, ambos nos demostramos nuestro amor en ese beso tan significativo.

***

—Creo que en mi vida te he visto tan nerviosa.

Ginevra me miraba, tratando de ver que mi vestido iba perfecto.

Estábamos dentro del coche de Ginevra, éramos las únicas que estábamos fuera de la pequeña iglesia mientras los demás esperaban dentro. Habían pasado tan solo veinticuatro horas desde que Zev me pidiese matrimonio y ahora estábamos a punto de casarnos por segunda vez. Aunque no sabía si la primera vez contaba, ya que fue una boda falsa por negocios.

Ahora en el fondo siempre fue real. Y saber que me estaba esperando dentro me hacía ponerme muy nerviosa.

Con el collar de mi madre colgado en mi cuello, el anillo que le había regalado Sally a Ginevra en mi dedo anular y un vestido de lo más simple, con mi cabello rizado totalmente suelto, me sentí yo misma y no a una Olivia que no era.

Era yo y estaba en el día de mi boda con el hombre al que amaba.

—En mi vida he estado tan nerviosa —respondí, mirando la pequeña iglesia a escasos metros.

Ginevra llevaba el fabuloso vestido azul que me dijo que se iba a poner y que le quedaba como anillo al dedo. Era mi madrina de boda y la que me acompañaría hasta el altar, donde se encontraría Zev y el cura que nos casaría, ya que la primera vez fue por lo civil. Carraspeé mientras que Ginevra me tranquilizaba.

—Ya te casaste con él una vez, Olivia.

Sí, era tal fácil decirlo…

—Pero esta es la primera vez que es real. Me voy a casar con él porque nos queremos, no porque haya negocios de por medio —le contesté, feliz.

Ella sonrió y asintió, para luego darme un consejo.

—Tan solo sé tú misma y disfrútalo. Yo estaré a vuestro lado.

Se bajó del coche y yo hice lo mismo después de meditarlo unos largos minutos. Todos me estaban esperando y en la puerta de la Iglesia vi asomándose a una Delia bastante chismosa que me observaba de arriba abajo y me guiñaba un ojo.

Suspiré aún más nerviosa.

Con Ginevra a mi lado, empezamos a subir los pocos escalones de la Iglesia hasta llegar a la puerta, viendo a todos los invitados que se encontraban allí, que eran muchos menos que nuestra primera boda. Pero con la gran diferencia de que esta vez eran nuestros amigos, personas que nos importaban y que conocíamos.

Luna, Benjamin, Sunam, Delia y Nikola estaban sentados juntos y se levantaron al verme. Angela, junto a Marta y Oliver estaba por otro lado, con una Angela bastante inquieta y Rocky a su lado. Ian estaba de pie, al lado de Zev, ya que era su padrino de bodas y Zev… Zev estaba tan perfecto o más que nunca.

Su traje consistía en un chaleco y camisa remangada con pantalones y todo era de color blanco. Pero es que el blanco le quedaba como un guante. Me mordí el labio, nerviosa al verlo y él me sonrió como nunca lo había visto. Su reacción fue totalmente contraria a la que tuvo cuando nos casamos la primera vez, ya que supe que esa reacción era porque no quería casarse conmigo falsamente. Ahora,

sin embargo, todo era real y tuve que repetírmelo varias veces para créermelo.

—Vamos, nena, te está esperando tu futuro marido —me animó Ginevra, al ver que me había quedado plantada allí.

Estaba completamente atractivo; con su cabello rebelde algo peinado, pero no tanto y un traje de novio perfecto. Se retorcía las manos con nerviosismo y sentí alivio al ver que no era la única. Su mirada era totalmente cálida, llena de amor, deseoso de tenerme cerca y poder tomar mis manos entre las suyas. Y yo lo deseaba mucho.

Carraspeando mientras todos me observaban, gente que conocía, con la que había compartido momentos únicos, que sentía que debían estar allí y nadie más… Logré llegar al altar junto con Ginevra, que me sujetó el ramo de flores.

Cuando estuve frente a él, Zev se mordió el labio delicadamente y luego me tomó las manos. Sabía que ya estaba mejor de su hombro, pero no estaba conforme con que hubiera decidido quitarse el cabestrillo. Sin embargo, él decía que quería estar sin ese lastre para casarse conmigo.

—*Sei bello,* Liv —murmuró, con aquella voz grave.

—Cuando queráis, podemos comenzar —nos indicó amablemente el sacerdote, a lo que asentimos.

Zev me observó durante unos segundos y, con tan solo una mirada, ambos pudimos comunicarnos sin decir absolutamente nada.

Estaba hecha un manojo de nervios, más que nuestra primera vez. Con la diferencia de que esta era la verdadera. Nos rodeaba la naturaleza, en aquella pequeña iglesia perfecta no muy alejada del rancho en el que vivíamos Zev, Angela y yo. A Zev se le veía feliz, más cercano que nunca y sus muros empezaban a caer poco a poco.

—Queridos amigos aquí presentes, nos hemos reunido hoy para unir a este hombre y a esta mujer en sagrado matrimonio —comenzó.

Solo teníamos ojos el uno para el otro mientras la ceremonia daba inicio. Entrelazando su mano con la mía, me sonrió con cariño mientras escuchábamos el sermón.

—Zev, ¿recibe usted a Olivia para ser su esposa, para vivir juntos en matrimonio, para amarla, respetarla, consolarla y cuidarla, en la salud y en la enfermedad, guardándole fidelidad, durante el tiempo que duren sus vidas?

Zev, sin soltarme la mano, contestó contundente:

—Sí, quiero.

El hombre se dirigió a mí y repitió la pregunta.

—Olivia, ¿recibe usted a Zev para ser su esposo, para vivir juntos en matrimonio, para amarlo, honrarlo, consolarlo y cuidarlo, en la salud y en la enfermedad, guardándole fidelidad, durante el tiempo que duren sus vidas?

Sin pensarlo mucho, asentí y respondí:

—Sí, quiero.

Ambos nos lo habíamos demostrado el tiempo que duró nuestro matrimonio y ahora no iba a ser distinto. Confiaba en él, mucho.

Zev se giró hacia mí, tomando ambas manos y, clavando sus ojos sobre los míos, pronunció sus votos.

—Yo, Zev, te recibo a ti Olivia para ser mi esposa, para tenerte y protegerte de hoy en adelante, para bien y para mal, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarte y cuidarte hasta que la muerte nos separe. —El amor se filtraba en

cada palabra que pronunciaba. Sentí una hermosa calidez en mi pecho mientras decía esas palabras. Creía en él, confiaba en Zev… Mi futuro marido.

—Yo, Olivia, te recibo a ti Zev, para ser mi esposo, para tenerte y protegerte de hoy en adelante, para bien y para mal, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarte y cuidarte hasta que la muerte nos separe.

Zev sonrió tanto en ese instante que me contagió.

—¿Tienes los anillos?

Nerviosa, observé a Zev sacar los anillos de su bolsillo, mirándome a los ojos mientras notaba cómo los presentes estaban atentos a todo. Zev me tomó la mano y anillo en mano, me miró a los ojos.

—Yo te coloco esta alianza como señal y promesa de nuestro amor constante y fidelidad duradera —respondió, ahora sí, colocándome el anillo de matrimonio en el dedo anular.

Tomé el anillo que Zev le había entregado al cura y lo miré, tan nerviosa que hasta me temblaban las manos.

Tratando de tomarle la mano a mi esposo, carraspeé, hasta que Zev me acarició con delicadeza mi mano mientras me observaba.

—Recuerda que *ti amo, ricciolino* —susurró.

Sin duda, nunca me cansaría de escucharle decirme esas hermosas palabras en italiano y esperaba que nunca perdiera la costumbre. Ya con el anillo preparado para colocárselo, repetí las mismas palabras que Zev había dicho previamente:

—Yo te coloco esta alianza como señal y promesa de nuestro amor constante y fidelidad duradera.

—Os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia —proclamó el cura.

Sonreí cuando Zev me tomó por sorpresa de las mejillas y me besó de aquella manera tan única mientras todos nuestros amigos aplaudían felizmente por nosotros, en la intimidad, sin que nadie nos obligase a casarnos, siendo felices y tomando nuestras propias decisiones.

Pero sobre todo más unidos que nunca.

Cuando nos separamos, todos empezaron a acercarse a nosotros, sobre todo Angela, a quien Zev colocó en medio de nosotros, mientras Oliver era el que nos sacaba la foto con Rocky a mi lado, con su lengua fuera y feliz, muy feliz.

Sonreí como nunca mientras mostrábamos esa felicidad frente a la cámara, para luego ver cómo Angela corría tras Rocky y Oliver aprovechó para sacarnos una foto a Zev y a mí solos, en aquella iglesia mientras que él me besaba en la mejilla. Esa imagen quedó inmortalizada para siempre y mostré esa felicidad que tenía delante de todos. Después de todo el sufrimiento que habíamos tenido, ahora nos casábamos de verdad.

Entonces Zev se acercó a mi oído y susurró:

—Ahora, oficialmente, soy tuyo al completo.

VEINTISÉIS | LUZ ANTES DE LA OSCURIDAD

«Sabía lo que deparaba esto. Quería vivirlo al máximo, disfrutarlo con todos… Porque no sabía qué podría pasar después y quién saldría perjudicado» —Olivia Lara.

OLIVIA LARA

—Bueno, ahora que volvemos a estar casados y quieres cambiarte el apellido, lo correcto sería que llevases el de mi madre; Zev Lara — contesté divertida mientras todos disfrutaban en aquel momento de la celebración.

A Zev parecía divertirle, pero estaba segura de que no quería pensar en esas cosas en nuestra celebración de bodas.

—Ya lo pensaremos en otro momento. Ahora solo quiero disfrutar de esto contigo, Olivia.

El sol de Kansas se hundía en el horizonte, pintando el cielo con tonos de oro y rosa mientras Zev y yo nos encontrábamos rodeados de nuestros seres queridos en la hermosa casa rural que habíamos elegido para celebrar nuestra boda y cuyos dueños eran Marta y Oliver cuando no tenían que cuidar del rancho Artemisa.

El aire estaba impregnado de risas, música suave y el aroma de las flores silvestres que decoraban las mesas.

Mi corazón latía con una felicidad que apenas podía contener. Después de semanas de separación, de un divorcio doloroso y del constante peligro que representaban las Smirnova, por fin estábamos allí, verdaderamente casados. El vestido de novia que llevaba puesto se sentía como una segunda piel, suave y etéreo, un

símbolo tangible de nuestro nuevo comienzo. Zev se inclinó hacia mí, sus labios rozaron mi oído mientras susurraba:

—No puedo esperar para llegar al rancho y quitarte ese vestido yo mismo. —Su voz era como miel cálida, enviando escalofríos por mi columna.

Solté una risita, sintiendo el rubor subir a mis mejillas de tal modo que juraría que cualquiera podría percatarse.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te hace pensar que te lo voy a permitir tan fácilmente, Zev? —bromeé, disfrutando de aquel nuevo juego entre nosotros.

Sus ojos brillaron con diversión y deseo.

—Oh, tengo mis métodos, señora Lara —respondió, con su tono juguetón pero cargado de promesas.

Estaba a punto de responder cuando Marta y Oliver se acercaron a nosotros. Sus rostros estaban iluminados por sonrisas cálidas y, sorprendentemente, a pesar de lo poco que los conocía, sentía que podía confiar en ellos como si fueran los abuelos que nunca llegué a conocer.

—Es hora del primer baile —anunció Marta, con emoción.

—¿Baile? —pregunté, casi horrorizada, acordándome de la otra boda falsa y vergüenza que pasé.

Zev tomó mi mano, sus dedos entrelazándose con los míos como si hubieran sido hechos para encajar perfectamente.

Me guio hasta el centro de la pista de baile, un suelo de piedra rodeado de guirnaldas que brillaban suavemente bajo el cielo estrellado de Kansas. La música comenzó a sonar, una melodía suave y romántica que parecía flotar en el aire nocturno.

Zev me atrajo hacia sí, posando una mano en mi cintura mientras que con la otra sostenía la mía contra su pecho. Comenzamos a movernos al ritmo de la música con nuestros cuerpos en perfecta sincronía, lo que hizo que casi me derritiera en ese mismo instante por lo bien que me sentía al lado de ese hombre que ahora era mío por completo. El mundo a nuestro alrededor pareció desvanecerse, hasta que solo quedamos nosotros dos, moviéndonos bajo las estrellas.

—*Sei la mia anima gemella, il mio tutto* —susurró Zev en italiano, su aliento cálido contra mi piel.

Mi italiano aún era rudimentario, pero entendí lo suficiente para que mi corazón se hinchara de amor al saber que me había dicho: «Eres mi alma gemela, mi todo».

—*Ti amo, Zev* —respondí, las palabras salieron de mis labios con una naturalidad que me sorprendió.

Bailamos hasta que la música se desvaneció, nuestros cuerpos aún meciéndose suavemente incluso después de que la última nota se hubiera desvanecido en la noche.

Cuando nos separamos, fui inmediatamente atrapada por Delia, que lucía una sonrisa brillante y ojos chispeantes.

—¡Mírate! —exclamó, tomando mis manos entre las suyas—. Radiante no alcanza a describirte. La felicidad te sienta bien, Olivia.

La sonrisa de modelo que poseía Delia me hacía hasta pensar que esa mujer debía tener al sexo masculino y femenino haciendo cola por salir con ella. En las últimas semanas me hizo sentir bien y no tan sola como estaba, junto con Luna, a quienes estaba empezando a considerar mis amigas, a pesar del momento y de las circunstancias.

Luna no esperó ni un segundo más para acercarse a mí y felicitarme en persona con la misma sonrisa que Delia.

Sonreí, sintiendo una oleada de afecto por esa mujer que se había convertido en una amiga tan cercana.

—Gracias, Delia y Luna. Me siento... completa.

Y en parte era cierto. Por fin me sentía completa, aunque era difícil de explicar.

—Se nota —coincidió Delia—. Y no te preocupes por las Smirnova. Todo saldrá bien, pero esta no es noche para hablar de eso. Esta noche es para celebrar con la familia.

Antes de que pudiera responder, sentí un tirón en mi vestido. Bajé la mirada para encontrarme con los grandes ojos de Angela.

—Olivia —dijo Angela, con una voz llena de emoción contenida—, estoy tan feliz de que hayas vuelto a ser de la familia. Siempre te he considerado como una hermana.

Sonreí, enternecida.

Me agaché para estar a su nivel, mi corazón derritiéndose ante su sinceridad.

—Yo también estoy feliz, Angela. Muy, muy feliz… Aunque sigo teniendo una espinita por lo que pasó… Por alejarme.

Angela arrugó su frente y negó con la cabeza, abrazándome con cariño y casi haciéndome hasta un poco de daño por la fuerza que parecía tener.

—Estaba enfadada contigo, pero estás aquí. Sabía que volverías, si no, no te hubiese dejado mi peluche favorito.

Entonces, cuando nos separamos, vi algo en su mirada, algo que la hizo dudar por un momento, antes de preguntar en voz baja:

—¿Es cierto que Ginevra es mi madre? —Soltó de golpe, dejándome más K.O que un boxeador—. ¿Lo es, Oli?

La pregunta me tomó por sorpresa y por un momento me quedé sin palabras. Miré hacia donde estaba Ginevra, charlando animadamente con Zev. Los segundos parecieron estirarse mientras consideraba cómo responder.

Algún día tendría que saberlo, aunque no sabía si era correcto que se lo dijera yo. Pero tampoco quería mentirle, ni ocultarle nada. Aún estaba pendiente el tema de Giulio, que deberíamos explicarle poco a poco más temprano que tarde.

Finalmente, volví mi atención a Angela y asentí suavemente.

—Sí, cariño. Ginevra es tu madre —confirmé en voz baja.

Los ojos de Angela se iluminaron y, sin decir una palabra más, salió corriendo hacia Ginevra, envolviéndola en un abrazo que tomó a la mujer por sorpresa. Vi cómo Ginevra miraba a Angela con confusión, para luego buscar mi mirada. Le di un pequeño asentimiento y me percaté de cómo la comprensión y la emoción inundaban su rostro.

Zev se acercó a mí, rodeando mi cintura con su brazo.

—Creo que va siendo hora de irnos al rancho —murmuró, su voz sonó ronca de deseo. Me miró el escote que me hacía el vestido y, sin retirar la mirada de ahí, añadió: —No aguanto más las ganas de quitarte ese vestido.

Sentí un escalofrío de anticipación recorrer mi cuerpo.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —respondí, ansiosa.

Nos despedimos de nuestros invitados entre abrazos, besos y buenos deseos.

Sabiendo que podía irme tranquila porque Angela se quedaría en buenas manos, mientras que los demás parecían querer seguir con la fiesta en otro lado, quizás en algún bar del pueblo más cercano que había por esta zona, empezamos a caminar juntos de la mano hacia la camioneta de Zev.

Sin embargo, mientras nos alejábamos por el camino de tierra, con el cielo estrellado sobre nosotros y el aire fresco de la noche entrando por las ventanillas abiertas, no pude evitar pensar que prefería mil veces esta versión de Zev, este hombre sencillo y auténtico que había descubierto lejos de la opulencia y las expectativas de su antigua vida.

El trayecto hacia el rancho fue un viaje a través de un paisaje de ensueño. Los árboles se alzaban a ambos lados del camino, sus siluetas recortadas contra el cielo nocturno. La naturaleza nos rodeaba, salvaje y hermosa, sin el menor rastro de la civilización que habíamos dejado atrás. El cielo era un espectáculo en sí mismo, un manto de terciopelo negro salpicado de diamantes brillantes. Sin la contaminación lumínica de la ciudad, las estrellas parecían más cercanas, más brillantes, como si quisieran ser testigos de nuestra felicidad.

Era el lugar perfecto, tranquilo y en el que poder refugiarse cuando todo se desmoronaba.

Un lugar donde nadie te conocía, donde poder empezar de cero.

Fue en ese momento en el que la vieja camioneta empezó a emitir ciertos ruidos extraños, como si se quisiera parar en cualquier momento, pero contra todo pronóstico continuó, aunque el sonido persistió.

—No es el Ferrari —bromeó Zev, aunque parecía algo preocupado por el viejo trasto.

—Me encanta este coche. Es más tú —aseguré, divertida.

Aunque no lo miré, podía notar los ojos oscuros de mi marido sobre mí.

—¿Por qué es viejo y está hecho una mierda como yo en este momento?

Giré mi rostro para contemplarlo y, en efecto, me estaba mirando de esa manera que me hacía desear quitarle la maldita ropa y hacerle cualquier tipo de perversión ahí mismo, sin importar dónde nos encontrásemos.

—Porque demuestra lo que es. Es acogedor y sé que siempre estará ahí. El Ferrari no era así —contesté, volviendo mi mirada hacia la ventanilla del coche. Pero por el espejo podía ver que él seguía echándome pequeños vistazos.

Fue ahí cuando sentí los largos dedos de mi marido sobre mi mano y la tomó mientras continuábamos por ese camino, por esa carretera solitaria, enamorándonos más después de todo lo que habíamos pasado juntos y lo que nos quedaba por vivir.

—¿Has pensado alguna vez en tener una galería de arte?

La pregunta me tomó por sorpresa.

—Sí, siempre lo pensé, pero es costoso y no es fácil atraer a artistas —admití, resignada.

—A mí me encantaría ver tus obras expuestas algún día —repuso, sin soltarme la mano, con una hermosa sonrisa en sus labios que me dejó totalmente enamorada.

Cuando finalmente llegamos al rancho, mi corazón latía con anticipación. Zev detuvo la camioneta y rodeó el vehículo para abrirme la puerta. Estaba a punto de bajar cuando, de repente, sentí sus brazos a mi alrededor y me encontré siendo levantada en el aire para que mi cuerpo quedase sobre el hombro de mi marido, con el culo en pompa, cerca del rostro del idiota de Zev.

—¡Zev! —exclamé, pero me ignoró olímpicamente. Sorprendida y un poco asustada, exclamé: —Tu hombro...

Él soltó una risa suave, con sus manos disfrutando de mi trasero cubierto con el vestido blanco, dejándome más caliente que al principio.

—Este es mi hombro sano, cariño. No te preocupes, puedo llevarte sin problemas.

Me relajé, aunque no mucho porque era una posición incómoda y deseé estamparle los cinco dedos en su glúteo derecho bien definido, pero me lo ahorré porque a saber qué castigo iba a darme. Aunque pensándolo bien… No era tan mala idea. Permitiéndome disfrutar del momento, Zev me llevó hasta la puerta del rancho, donde se detuvo por un momento.

—Bienvenida a casa, señora Lara —dijo suavemente, antes de cruzar el umbral conmigo sobre su hombro.

El interior del rancho estaba iluminado por la suave luz de velas, creando una atmósfera íntima y romántica. Zev me bajó suavemente, pero mantuvo sus brazos alrededor de mi cintura, manteniéndome cerca.

—Te amo, Olivia —susurró, con su frente apoyada contra la mía—. Más de lo que jamás creí posible amar a alguien.

—Y yo te amo a ti, Zev —respondí, con la voz cargada de emoción—. Con todo mi corazón.

Nuestros labios se encontraron en un beso tierno que rápidamente se volvió apasionado. Las manos de Zev encontraron el cierre de mi vestido, temblé de anticipación al sentir sus dedos sobre mi piel desnuda y sentí cómo lo bajaba lentamente, con sus dedos dejando un rastro de fuego sobre esa piel.

Di gracias porque Rocky se encontrara con Ginevra y compañía y no aquí, viendo el espectáculo que ambos íbamos a darles a las paredes del rancho.

Mientras el vestido caía al suelo, formando un charco de seda blanca a mis pies, no pude evitar pensar en todo lo que habíamos pasado para llegar a ese momento. Las mentiras, los peligros, las separaciones... Todo parecía un sueño lejano ahora.

Allí, en los brazos de Zev, en este rancho que se había convertido en nuestro refugio, me sentía segura, amada y, por primera vez en mucho tiempo, verdaderamente en casa. El futuro aún era incierto, con las amenazas de las Smirnova aún acechando en las sombras, pero en aquel momento nada de eso importaba.

Aquella noche era nuestra, un nuevo comienzo, una promesa de amor eterno sellada bajo el cielo estrellado de Kansas. Y mientras Zev me llevaba en brazos hacia nuestra habitación, supe con certeza que, pasara lo que pasara, enfrentaríamos juntos cualquier desafío que la vida nos presentara.

Porque ahora éramos uno, unidos no solo por un anillo o un papel, sino por un amor que había sobrevivido a las pruebas más duras y había resurgido más fuerte que nunca. Y ese amor, estaba segura, sería nuestra fuerza y nuestro refugio en los días venideros.

—Estás pensando mucho… Y te necesito bien despejada para lo que vamos a hacer —susurró Zev, mientras metía su mano debajo de mi sujetador, rozando con delicadeza mi pecho izquierdo.

—Quizás me estás aburriendo, cucaracha —respondí juguetona.

Entonces, Zev enarcó una ceja y me miró con esa mirada tan chulesca típica suya que amaba y no quería que la cambiase en la vida.

—No debiste decir eso, ricitos —me advirtió, pícaro.

Sin darme tiempo a nada, me dio la vuelta mientras él se sentaba en el sofá, aún bien vestido de novio el muy idiota y me sentó sobre su regazo, mientras empezaba a bajar con muy poca delicadeza mis bragas.

Con su enorme mano tocándome las nalgas, empezó a hacer ciertos movimientos en ciertas zonas que me arrancaron un suspiro y, sin esperármelo, me dio la primera nalgada que me dejó más caliente de lo habitual, luego me dio otra y murmuró:

—Adoro cómo se te encogen las nalgas cuando te hago esto.

—Te gusta fastidiarme.

Me dio otra.

—Y a ti joderme, ricitos —contestó, con ese tono que me encantaba.

Me tomó, abrazándome yo a él mientras que Zev empezaba a subir las escaleras del rancho, llegando a nuestra habitación para luego acostarme con delicadeza sobre la cama. Sin más preámbulos, empecé a desabotonar los botones de su camisa para quitársela de una vez, dejándome ver ese espléndido cuerpo que poseía, aún con la venda sobre su hombro.

Con delicadeza, lo rocé para luego notar cómo sus labios se posaban sobre mi mejilla y me dejaba un delicado beso que me hizo suspirar. Con su ayuda, conseguí quitarle de una vez los pantalones, hasta que se liberó de aquella tela y, sin hacerme esperar más, se colocó

sobre mí y entró de una mientras empezaba a moverse ágilmente en mi interior.

Gemí mientras que él continuaba con sus movimientos de caderas, entrando y saliendo, frotándose como me encantaba y haciéndome susurrar cosas sin sentido mientras que notaba su mirada fija en mí. El sudor empezó a empaparnos mientras que ambos hacíamos lo nuestro en aquella cama, en aquel lugar en el rancho, solos y amándonos como no lo hacíamos desde hacía meses.

Tan solo disfruté del momento antes de que las cosas empeorasen.

VEINTISIETE | REUNIÓN SECRETA

«Nunca olvidaré el miedo que tuve de perderla… Y hoy sentí ese miedo triplicado» —Zev Grimaldi.

OLIVIA LARA

El sol de la mañana se colaba por las ventanas de nuestra habitación en el rancho, bañando todo con una luz dorada que parecía burlarse de mi estado de ánimo.

Mis ojos recorrieron cada rincón, cada detalle del espacio que Zev y yo habíamos compartido como recién casados, tratando de grabar cada imagen en mi memoria, sobre todo con Angela y Rocky. El aroma a madera y a las flores frescas que Zev me había traído esa mañana aún flotaba en el aire, como un recordatorio agridulce de la felicidad que habíamos encontrado allí.

Con un suspiro, cerré la maleta que había estado empacando. El sonido del cierre parecía sellar no solo la maleta, sino también ese capítulo de nuestra vida. Me giré para mirar por última vez la habitación, sintiendo cómo el peso de la incertidumbre se asentaba en mi pecho. ¿Cuándo volveríamos? ¿Volveríamos siquiera?

Suspiré de tan solo pensarlo y traté de no darle demasiadas vueltas a todo ello.

Salí de la habitación, arrastrando la maleta conmigo como si fuera el ancla que me mantenía atada a la realidad. Bajando las escaleras, pude ver el espacio tan familiar que habíamos compartido todos y deseé volver a repetirlo todos los días de mi vida y disfrutar de esa felicidad siempre. Pero en el porche, la escena que me recibió hizo que mi corazón se encogiera. Zev estaba abrazando a Angela, quien se aferraba a él como si su vida dependiera de ello. Ella, al verme,

corrió hacia mí con los ojos llenos de lágrimas, dejando de lado a su hermano mayor.

—¡No te vayas, Olivia! —suplicó, abrazándose a mi cintura—. Por favor, no os vayáis.

Me agaché para estar a su altura, acariciando su cabello con ternura.

—Angela, cariño, solo serán unos pocos días. Volveremos antes de que te des cuenta —prometí, rezando internamente para que mis palabras fueran ciertas.

—¿Lo prometes? —preguntó, con aquellos grandes ojos buscando la verdad en los míos.

Y cómo dolía no poder decirle la verdad, porque lo último que quería era que sufriese.

—Lo prometo —respondí, sellando mi promesa con un abrazo. Rocky, mi fiel compañero de vida, que nunca me ha dejado sola y había estado en las buenas y en las malas, se acercó con un ladrido suave, como si entendiera la gravedad de la situación. Me volví hacia él, acariciando su pelaje con cariño y no quise separarme de su lado.

—Cuida de Angela por mí, ¿de acuerdo, Rocky? —dije, recibiendo un ladrido afirmativo como respuesta.

Me lamió toda la mejilla antes de volver a abrazarlo, notando su pelaje suave entre mis dedos. Me costó una barbaridad alejarme de él y cuando lo hice vi cómo mi perro me observaba de aquella manera y se quedó ahí, al lado de Angela.

Marta y Oliver también se acercaron para despedirse. Sus rostros arrugados mostraban preocupación, pero también una determinación que me reconfortó.

—Cuidaremos bien de Angela y Rocky —aseguró Marta, apretando mi mano con fuerza—. Ustedes cuídense mucho allá fuera.

—Lo haremos —prometí, sintiendo un nudo en la garganta.

Zev se acercó a mí, rodeando mi cintura con su brazo. Su presencia era como un ancla, manteniéndome firme en medio de la tormenta emocional que amenazaba con arrastrarme.

—Es hora de irnos —anunció, con su voz teñida de una mezcla de determinación y tristeza.

Asentí, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Con una última mirada al rancho y a todos los seres queridos que dejábamos atrás, subimos al coche. El motor cobró vida, y comenzamos nuestro viaje hacia Chicago, dejando atrás nuestro refugio, nuestro pedazo de paraíso.

Con nosotros iba Ginevra, mientras que en el otro coche iban todos los demás para acompañarnos y estar juntos como un equipo.

El viaje a Chicago fue como atravesar un limbo, un espacio entre la paz que habíamos encontrado en el rancho y los peligros que nos esperaban. Los días se fundieron unos con otros mientras nos instalábamos en la cabaña a las afueras de la ciudad, trazando planes y estrategias.

Una tarde, mientras revisábamos los detalles de nuestro plan por enésima vez, noté que Zev no parecía convencido. Lo vi alejarse para hablar en voz baja con Delia y Nikola, sus rostros serios y preocupados. Quise acercarme, pero en ese momento, Ginevra se aproximó a mí.

—¿Te encuentras bien, Olivia? —preguntó, inquisitiva—. Te veo un poco pálida.

Forcé una sonrisa, tratando de ignorar la sensación de malestar que me había estado acompañando durante los últimos días.

—Estoy bien, son solo los nervios por todo esto —mentí.

Ginevra no pareció muy convencida, pero no insistió. En su lugar, cambió de tema.

—Necesitamos reunirnos con Akkerman. Ese viejo idiota que si por mí fuera… —masculló, en voz baja—. Pero es nuestra mejor oportunidad para descubrir dónde se esconden las Smirnova.

Asentí, sintiendo cómo la ansiedad se arremolinaba en mi estómago ante la mención de las mujeres que habían estado cazándonos.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Observé a mi marido hablando acaloradamente con Nikola, Ian y Delia en el despacho de Sunam, pero sin poder escuchar absolutamente nada desde mi posición. Quise saber de qué estaban hablando y, cuando Ian me vio mirando la escena, cerró la puerta como si aquello no fuese conmigo.

Fruncí el ceño, extrañada.

—Tú y yo iremos solas. Es menos probable que sospechen si estamos solo nosotras dos —resolvió y yo la miré para asentir.

La idea de enfrentarnos a Akkerman sin el respaldo de mis guardaespaldas me ponía nerviosa, pero sabía que era necesario.

—De acuerdo —accedí finalmente.

Sin más, asentí para luego empezar a caminar hacia la sala de entrenamiento, donde Luna me esperaba para una nueva sesión que me dejaría tumbada en la lona.

***

A la mañana siguiente, mientras nos preparábamos para partir, observé los coches aparcados que había frente a la cabaña, listos para un largo viaje de unas cuatro horas aproximadamente rumbo a Chicago.

Habían pasado unos días después de la despedida con Angela. Días desde que nos marchamos de nuestro lugar seguro para estar en Chicago, en constante peligro por lo que sucedería.

El plan era hablar con Akkerman para poder sonsacarle dónde se encontraban las Smirnova. Según Delia, lo mejor que podíamos hacer era hablar con la matriarca de la familia y defendernos si así era necesario. Porque según sus fuentes, esa mujer quería algo muy valioso que, supuestamente, yo tenía. No sabía si eso era cierto, si realmente ella quería una reunión conmigo para después matarme o matarme directamente. No obstante, a juzgar por lo que había demostrado en todo aquel tiempo, tenía pinta de que iba a acabar mal. Pero si no lo hacíamos, seguirían buscándonos hasta el fin de nuestros días. Y no pensaba dejar que eso sucediese. Iba a acabar lo que los Dupont empezaron, pero yo no era como ellos. Jamás sería una Dupont.

Era una Lara y siempre lo sería. El apellido de mi madre, que mi padre tanto quería que llevase, siempre sería parte de mi esencia. Siempre.

Vi cómo Delia se ponía a discutir con un Nikola que parecía bastante serio, incluso se le notaba enfadado, pero como Delia era Delia, ella parecía ignorarlo como si fuese un trozo de pared en ese momento.

Ian parecía preocupado por Luna, quien era más fría que el hielo y se notaba, mientras que Benjamin estaba tranquilo dentro de la tormenta en la que nos íbamos a sumergir.

En el coche ya estaba esperando Ginevra, quien iba a ir de copiloto para dejarme conducir a mí y estaba apoyada en el coche mientras sus gafas de sol descansaban sobre su cabeza, esperándome.

Empecé a caminar, saliendo de la cabaña donde Sunam se quedaría, cuando Zev se acercó a mí.

—Liv —me llamó, haciendo que me girara.

Me tomó por sorpresa cuando, sin decir una palabra, me envolvió en un abrazo tan fuerte que casi me dejó sin aliento.

Su cuerpo alto y robusto, todo lo contrario al mío, se acomodó mientras que yo no podía quejarme en lo absoluto. En mitad de la naturaleza, en medio de un problema mortal para ambos donde nos sumergiríamos en un lugar del que no sabríamos si saldríamos ilesos, el abrazo de mi marido se sintió como lo mejor que me había pasado en años.

Tan solo dejé que mis manos se acomodasen en su ancha espalda, recorriéndolo como lo había hecho infinidad de veces antes, para luego pegar mi cabeza en su pecho y enterrarme en él.

Pero lo que más noté fueron sus brazos, tensos y sin dejarme nada de espacio porque parecía tenerle miedo a lo que se avecinaba. Al igual que a mí me daba miedo perderlo y no volver a verlo nunca.

—Vuelve de una pieza, ¿me oyes? —murmuró, contra mi cabello—. Esta noche volveremos a la cabaña juntos para reunirnos la próxima semana con Angela y Rocky. Te lo prometo.

Me aferré a él, inhalando su aroma familiar, dejando que su presencia me llenara de fuerza y no quise separarme de él en ningún maldito momento de ese corto tiempo que nos quedaba antes de afrontar una realidad dura… Muy dura.

—Lo haré —prometí. —Te amo, Zev.

—Y yo a ti, más que a nada en este mundo —aseguró, para luego estampar sus labios sobre los míos.

Me besó con una intensidad que hablaba de todos sus miedos y esperanzas, de todos los besos que nos habíamos dado, rememorando nuestro primer beso en mitad de la fiesta de compromiso, hacía meses y delante de todos. Cuando supuestamente nos odiábamos y no queríamos saber nada del otro, ese primer beso fue lo que marcó un antes y un después.

Y todo lo que vino después era historia.

Nos separamos a regañadientes y mientras me alejaba con Ginevra, subiéndome al coche, sentí el peso de la mirada de Zev sobre mí. Sabía que, a pesar de nuestro plan, él y los demás nos seguirían de cerca, listos para intervenir si algo salía mal.

Conduje por la pista desierta alejándonos de aquella cabaña, en mitad de la nada, para sumergirnos en la autopista durante unas horas. Ya en la ciudad, Ginevra y yo nos metimos por las calles bulliciosas, mezclándonos con la multitud. El contraste entre la paz de la cabaña, donde entrenaba día y noche frente el caos urbano era abrumador.

No podía dejar de pensar en todo lo que había dejado atrás y deseé quedarme ahí eternamente.

Pero la realidad se estaba burlando de mí, porque quería que pasara primero un gran obstáculo en el que podía dejar mi vida atrás, o la de Zev y no sabía si volvería a repetir aquellos días en el rancho.

Traté de no pensar en ello mientras aún sentía el beso de Zev en mis labios.

Frené frente a un semáforo en rojo, en una calle poco transitada de Chicago, mientras que se escuchaba una suave melodía de fondo en

el coche. Por el espejo retrovisor divisé los dos coches conducidos por Delia y por Luna un poco más atrasados que nosotros, debido al tráfico. Nos estábamos acercando a la torre de Akkerman y me estaba poniendo de lo más nerviosa ante lo que podría encontrarme.

—¿Sabes? —comenzó Ginevra de repente con su voz suave pero cargada de emoción—, nunca había visto a Zev tan feliz.

La miré sorprendida, sin esperarme ese giro en la conversación.

Sus palabras me calentaron el corazón, trayendo a la superficie recuerdos de aquellos primeros días, cuando todo era complicado y nuevo entre Zev y yo, pese a que todo era una farsa al principio. Pero era desde ese punto en el que me hacía preguntarme cuando empezó a ser real lo nuestro.

¿Quizás en la fiesta de compromiso? ¿Cuando salimos de la mansión Rinaldi? ¿O cuando empezaba a preocuparse por mí?

Ni siquiera yo lo tenía claro, pero eso ya no importaba.

—Él también me ha hecho muy feliz —admití, con dulzura—, aunque no ha sido un camino de rosas.

—Nada lo es… Nosotros vinimos a la vida a sufrir y a…

De repente, el mundo a nuestro alrededor estalló en caos. El sonido de un disparo rompiendo el cristal del coche rasgó el aire y sentí cómo algo cálido y húmedo salpicaba mi rostro. Por un terrible momento, pensé que me habían disparado, pero no sentía dolor. Tan solo solté el volante mientras me tocaba el rostro cubierto de un líquido carmesí.

Al girarme lentamente, el corazón empezó a latirme con fuerza en mis oídos. Y entonces la vi.

Ginevra yacía a mi lado, con su rostro caído a un lado, inmóvil con un charco de sangre extendiéndose bajo su cabeza. El mundo parecía detenerse mientras que yo no podía dejar de mirar lo que acababa de pasar.

—¡Ginevra! —grité, sacudiéndola suavemente—. ¡Ginevra, por favor, despierta!

Traté de sacudirla, pero era imposible. Su cabello pelirrojo estaba totalmente pegajoso por el líquido que salía de su cabeza y yo no podía dejar de pensar en cómo ayudarla, como si tuviese la esperanza de que siguiera viva.

Pero en el fondo, sabía que era demasiado tarde. Sus ojos, antes tan vivaces, ahora miraban al vacío, sin vida. Las lágrimas nublaron mi visión mientras la realidad de lo que había sucedido me golpeaba con fuerza.

Y me quedé totalmente en shock, sin poder moverme, sin poder reaccionar, ni siquiera fui capaz de levantarme o preparar mi arma, aun sabiendo que eso significaba que las Smirnova estaban allí.

El chirrido de un coche apareció frente al semáforo, parándose frente a mi coche y ahí se bajaron dos hombres vestidos de negro con armas en las manos. Aun así fui incapaz de moverme, de poder reaccionar mientras mi rostro miraba a una Ginevra sin vida.

Cuando vi a uno de esos dos hombres mientras se desataba el caos, con personas bajándose del coche, corriendo por todos los lados de la carretera y con coches estampándose entre ellos, sentí que ese era mi final, que acabaría igual que ella. Me quedé sin aire al ver cómo ese hombre se acercaba con su arma en la mano.

Rompió el cristal con su codo, provocando que escondiese mi rostro entre mis brazos.

—Olivia Dupont, la matriarca quiere verte y no quiere que te retrases —me ordenó, con una voz muy grave.

Lo miré, pero fui incapaz de decir absolutamente nada.

Al ver que no me movía, empezó a desesperarse mientras miraba hacia su lado derecho, como si hubiese gente yendo a por él y colocó su arma en mi cuello, provocándome un escalofrío.

—O vas o acabarás como tu amiguita Mancini —me amenazó, sacando una tarjeta y tirándomela sobre mi regazo—. Recibirás una llamada en las próximas tres horas. Asegúrate de responder al tercer tono —concluyó para luego empezar a correr al ver que alguien disparaba.

Ambos se subieron al coche y huyeron del lugar mientras que yo observaba sin poder reaccionar ante la escena que tenía ante mí. Miré a Ginevra, que no se movía y luego la tarjeta, donde ponía una dirección.

Con las manos temblorosas, tomé aquella dirección que me resultó familiar, pero sin poder pensar con claridad en ese momento. Carraspeé y cerré los ojos mientras empezaba a respirar con más dificultad por lo que acababa de pasar.

—¡OLIVIA!

Alguien estaba gritando mi nombre, pero era incapaz de escuchar con claridad lo que ocurría a mi alrededor. Era incapaz de saber qué estaba sucediendo porque mi mente parecía estar bloqueándolo todo.

—¡¡OLIVIA!!

Hasta que noté que la puerta del coche se abría y unas manos cálidas y familiares me tomaron del rostro.

—Mírame, por favor… —suplicó Zev, quien empezó a mirarme a los ojos y al charco de sangre que tenía en mi rostro —. Otra vez no, otra vez no…

Apenas pude hablar, pero el rostro de Zev lo decía absolutamente todo. Parecía temer que tuviese alguna herida de bala, que me hubiesen disparado o cualquier cosa, hasta que escuché la puerta del copiloto abrirse y Delia habló:

—Está muerta.

Zev blasfemó en italiano para luego centrarse en mí.

—Liv, por favor… Dime algo. ¿Te han disparado? —cuestionó totalmente angustiado, con sus manos temblorosas sobre mis mejillas.

—Está en shock, ¿no lo ves? Hay que sacarla de aquí ya —respondió Delia, mientras que los demás guardaespaldas se unían, junto con el sonido de las sirenas de policía.

Zev me desabrochó el cinturón mientras yo tan solo lo miraba a los ojos, desenfocada. Quería hablar, pero no podía y mis ojos lo demostraban totalmente.

Volvió a tomarme del rostro y me susurró:

—Vas a estar bien. Te lo prometo.

Me tomó en brazos y me dejé llevar como un peso muerto. Dejé de pensar, tan solo me centré en cerrar los ojos y sentir la calidez de mi marido antes de que me depositara en los asientos traseros del coche en el que estaba junto con Luna y Benjamin, para luego sentir que le costaba horrores separarse de mí. En cuanto lo hizo, rodeó el coche y se sentó a mi lado, abrazándome mientras que yo era incapaz de decir nada, tan solo miraba el coche en el que viajaba

con Ginevra. Delia, Nikola e Ian se quedaron frente al coche para poder llevarse el cuerpo de Ginevra.

Mis lágrimas empezaron a caer sin previo aviso mientras Zev me estrechaba contra su duro pecho.

***

Bajo la ducha, miraba el suelo lleno de sangre que caía por mi cuerpo y empezaba a mezclarse con el agua, desapareciendo por el desagüe. Me abrazaba a mí misma mientras trataba de recomponerme y pensar con claridad sin que la imagen de Ginevra me viniera a la mente y, sobre todo, por ese final tan horrendo que acababa de tener.

No pude dejar de pensarlo una y otra vez. Era imposible bloquear esas imágenes de mi cabeza, totalmente imposible cuando a una persona que era importante en tu vida le ocurría algo tan cruel y despiadado como ese final.

Mis lágrimas empezaron a caer mientras no dejaba de pensar en el sonido de aquel disparo atravesando el cristal e impactando en Ginevra. Lloré bajo el chorro de la ducha, aun sabiendo que nadie me escucharía en ese apartamento, pero necesitaba desahogarme antes de poder enfrentarme nuevamente a la cruel vida que me esperaba ahí fuera.

Ginevra, una persona a la que consideraba de la familia, que me había ayudado siempre, incluso cuando apenas me conocía…

Me encogí, desnuda bajo aquella ducha que ya conocía casi a la perfección mientras escuchaba de fondo las voces de mis guardaespaldas y de los búlgaros. Nos encontrábamos en el apartamento al que Zev y yo nos mudamos tras nuestra primera boda. ¿Qué haría si a Zev le ocurría lo mismo?

Por favor… No quería ni pensarlo. No podía soportarlo… No podría soportar que otra persona más se fuera de mi vida. Mis padres, mi padrino, Ginevra… No… Otro más no.

No escuché la puerta del baño abrirse porque estaba bajo la ducha, llorando como nunca, cuando sentí que entraba frío de la mampara porque alguien la había abierto y unos brazos reconfortantes me envolvieron, con un duro pecho aplastándose en mi espalda.

Sabía exactamente de quién se trataba, de la persona a la que temía perder y Zev tan solo me abrazó, en silencio, mientras que el agua nos empapaba a ambos. Sobre todo a Zev, quien parecía no haberse molestado en quitarse la ropa.

—Tú no tienes la culpa de nada —dijo esas palabras que necesitaba escuchar.

Porque, aunque yo no había hecho nada, me sentía culpable de arrastrar a todas esas personas a una muerte casi segura. Y traté de aguantar las lágrimas, pero cuanto más pensaba, más salían.

—No puedo evitarlo…

Zev enterró el rostro en mi cuello mientras me daba pequeños besos en esa zona.

Les había contado a todos lo que había sucedido, que recibiría una llamada de las Smirnova para citarme en el lugar acordado. Pero todos sabían en el estado en que me encontraba y necesitaba un rato, por pequeño que fuese, para poder procesar todo lo que me estaba pasando.

—Todos sabemos dónde nos metemos. No es tu culpa, Liv. Las Smirnova son una gran amenaza para todos nosotros incluso sin ti y si no hacemos algo ya, se convertirán en un problema todavía más grave —aseguró, tratando de tranquilizarme.

Y confiaba en sus palabras. Sabía que tenía toda la razón, pero en ese momento me resultaba imposible pensar en otra cosa.

—Vamos, no estés tanto tiempo bajo el agua —me instó Zev.

Pero apenas podía moverme.

—Mi cuerpo apenas puede reaccionar, Zev.

—¿Para qué estoy yo aquí? —murmuró en mi oído.

Me tomó de las manos y me ayudó a salir de la ducha. Acto seguido, tomó la toalla que estaba colgada y empezó a secarme con ella, empezando por mi cabello, siguiendo por mis hombros y bajando hasta quedar de rodillas. Se tomó todo su tiempo, para luego empezar a secarme mejor el cabello mojado que tenía.

Tras eso, me vistió como aquella vez que estuve herida y había salido del hospital y me cuidó en todo momento.

Cuando acabó, me miró desde el espejo, ambos contemplamos nuestro reflejo y vi por primera vez en ese día su rostro reflejó angustia. Se le veía mucho más preocupado que nunca y susurró:

—Me asusté mucho al verte cubierta de sangre.

Carraspeé al verlo y supe que Zev tenía que haberlo pasado horrible al saber que Ginevra había muerto y creer que me habían disparado a mí y que no reaccionaba.

—Al ver que todo se iba a la mierda y que tú no bajabas del coche, supe que algo no iba bien. Y la marea de gente corriendo en dirección contraria solo hizo que me pusiera en lo peor porque no conseguía alcanzarte por los empujones —respondió, enfadado—. Pero cuando te vi cubierta de sangre, con ese hombre apuntándote…

Su voz se quebró y yo me giré para encararlo.

Coloqué mis manos sobre sus mejillas para acariciarlo con dulzura, para demostrarle que bajo aquella tormenta, aquella tempestad que nos amenazaba a ambos, había algo de calma.

Bajo aquellas sombras de la tormenta, ambos seguiríamos juntos pasara lo que pasara. Y no iba a dejarlo nunca, bajo ningún concepto. Lo amaba y así sería siempre.

No hacía falta decirlo, porque nuestros gestos lo demostraban.

Y lo besé con amor, sin saber si sería nuestra última vez, nuestra primera, o lo que fuese. Pero quería demostrarle que lo amaba con ese gesto tan simple.

Él apoyó sus manos sobre mis caderas y me atrajo hacia sí, con su ropa mojada por la ducha. Cerré los ojos un instante y sentí que nuestros cuerpos ardían juntos, que iríamos hasta el fin del mundo de la mano para poder salir de allí a la vez. Aunque temía que eso no sucediese. Pero nuestros cuerpos, nuestras bocas, hablaban por sí solas y tan solo deseé que el tiempo se detuviese para vivir mucho más a su lado. Aquellos casi diez meses juntos me habían parecido pocos, muy pocos para una vida entera.

Nuestras lenguas se encontraron para continuar con nuestro camino de pasión en ese espacio diminuto, aunque para ambos era como un maldito cuatro de julio.

—Si pudiese elegir el lugar más seguro del mundo, serías tú —le confesé cuando nos separamos, consiguiendo que Zev sonriese por primera vez en esos días.

Y volvió a besarme como si no hubiese un mañana. Como si esa tarde no nos fuésemos a enfrentar al apocalipsis juntos.

Continuamos con nuestro momento, cuando varios toques fuertes sonaron desde la puerta del baño, interrumpiéndonos.

—¿Habéis terminado de restregaros? —preguntó una Delia a quien se le notaba que estaba cabreada con Nikola—. Porque esto es importante.

Ambos salimos pocos segundos después de la mano y llegamos al salón, donde todos estaban reunidos, exceptuando a Ginevra y me invadió un vacío enorme en mi pecho al darme cuenta.

Delia tenía las manos en sus caderas mientras Luna permanecía de brazos cruzados.

—¿Qué ocurre?

—No creo que las Smirnova estén solas en esto, aparte de Akkerman y compañía —Nikola compartió sus sospechas y me miró como si tuviese que tener cuidado con las palabras que diría.

—¿Lo dices por la dirección en la que será la reunión? —cuestioné.

Tanto Delia como Nikola se miraron y asintieron.

—Sí, también me extrañó que fuese en el casino Mancini —intervino Zev.

El casino de Ginevra llevaba años siendo dirigido por Mattia, pero era imposible que él estuviese presente por lo que pasó la última vez, que huyó de la ciudad y se fue a otro estado muy, muy lejos.

—Sí, justo donde toda esta mierda empezó, ¿no es casualidad? —dijo Delia—. Las Smirnova quieren ver a Olivia caída, derrumbada. Por eso atacaron, para afligirla más y ahora quieren que vaya al casino donde estuvo retenida muchos días —razonó la rubia y me quedé callada, sopesándolo.

Notaba cómo Zev empezaba a tensarse mientras yo escuchaba las palabras de los búlgaros.

—Mattia no puede aparecer.

Nikola negó con la cabeza.

—Yo creo que sí. Es su última carta antes de poder disfrutar del último baile. Y quiere enfrentarse a Zev como siempre lo ha deseado… Por eso hay que ir con pies de plomo, Olivia. Y queremos que ambos no os despistéis por las cartas que están jugando esas mujeres.

Fue ahí cuando el móvil sonó y alguien contestó la llamada al tercer tono.

Luna asintió tras un seco «vale» y colgó.

Todos la miramos como si tuviese el secreto mejor guardado de la historia. Y entonces habló:

—Tenemos veinticinco minutos para aparecer allí, así que tenemos que marcharnos ya.

VEINTIOCHO | LA JOYA

«Todo era un caos… Un horrendo caos del que dudaba poder salir intacta» —Olivia Lara.

OLIVIA LARA

El metal frío de la furgoneta se convirtió en mi prisión temporal, un recordatorio de lo que había vivido hacía meses en aquel casino que estaba a escasos metros de mí y que pensé que nunca volvería a pisar. Mis dedos trazaban patrones invisibles sobre la superficie lisa, como si pudiera borrar los recuerdos que se aferraban a mi mente con la tenacidad de una enredadera venenosa.

El aire dentro del vehículo se volvía cada vez más denso, cargado con la tensión de lo que estaba por venir. Mis compañeros de equipo se movían a mi alrededor como sombras inquietas, pero yo estaba atrapada en mi propio mundo de pesadillas, solo que despierta.

Mattia.

Su nombre era como un susurro helado en mi nuca. Rubio, atractivo y letal como una serpiente. Había desaparecido como la niebla al amanecer, huyendo de la ira de Zev y los demás que trataban de protegerme. Pero el casino, nuestro destino inminente, era el escenario de mis peores recuerdos y temía que él estuviera allí, esperando entre las sombras como un depredador paciente.

Los días de mi secuestro se reproducían en mi mente como una película gastada. El hambre royendo mis entrañas, la desesperación creciendo como una planta marchita en mi pecho, la incertidumbre de si volvería a ver a Zev... Zev, mi ancla en este mar turbulento de emociones.

Y por si eso fuera poco, el saber que ahí dentro se encontrarían las Smirnova y no sabía si saldríamos vivos de ahí era lo que me estaba comiendo por dentro.

Como si pudiera leer mis pensamientos, su mano encontró la mía en la penumbra de la furgoneta. Sus dedos se entrelazaron con los míos, fuertes y seguros, como un faro en la tormenta de mis miedos.

—Olivia —murmuró, su voz era un bálsamo para mis nervios crispados—. No tienes que hacer esto, aún puedes volver al rancho.

Giré mi rostro hacia él, encontrando sus ojos en la penumbra. Eran pozos profundos de preocupación y amor, un espejo de mis propias emociones. El plan no le gustaba, lo sabía. El miedo de perderme era un monstruo que lo devoraba por dentro, tan feroz como el que me atormentaba a mí. El mismo sentimiento que sentía yo por él y no quería que fuese Zev el que estuviese conmigo en ese momento, pero él mismo así lo quiso.

—Estaré bien —aseguré, mi voz salió más firme de lo que me sentía —. Pero tú tampoco tienes por qué estar aquí… —Mis palabras eran un escudo frágil contra la realidad que nos esperaba, pero era todo lo que teníamos.

—No pienso dejarte sola. Somos un equipo, Liv —susurró con aquella voz ahora algo carrasposa por lo que estábamos viviendo.

Delia, hermosa y letal como una rosa con espinas, se inclinó hacia nosotros. Su cabello rubio brillaba como un halo en la oscuridad de la furgoneta.

—Iré con ella y con Luna —declaró, su tono no dejaba lugar a discusiones—. Los demás se quedarán fuera de la reunión.

El plan estaba trazado, las piezas en su lugar. Solo quedaba dar el paso hacia lo desconocido.

Cuando las puertas de la furgoneta se abrieron, el aire fresco de la noche me golpeó como una bofetada, despertándome de mi trance. Hacía apenas cuatro horas desde que a Ginevra le habían arrebatado la vida y aquello tan solo era una mochila más sobre mi espalda, ya adolorida por todo lo que estaba sujetando.

El casino se alzaba frente a nosotros, un coloso de luces y promesas vacías. Para los transeúntes, era un palacio de diversión y fortuna; para mí, era la boca del infierno.

Mis pasos resonaban en el pavimento mientras avanzábamos hacia la entrada. Cada paso era un latido, cada latido una cuenta regresiva hacia lo inevitable. La gente a nuestro alrededor reía, bebía y disfrutaba de la noche, ajena al drama que se desarrollaba ante sus ojos.

«Qué irónico», pensé al ver que ninguno de ellos sabía la verdadera naturaleza de quienes dirigían aquel imperio de placer y vicio.

Los guardaespaldas nos recibieron con rostros impasibles, estatuas vivientes en trajes negros. Nos guiaron a través del laberinto de máquinas tragamonedas y mesas de juego, un bosque de luces parpadeantes y sonidos tintineantes. Subimos pisos, dejando atrás el bullicio del casino, adentrándonos en el corazón oscuro del edificio.

En un pasillo silencioso y elegante, nos detuvieron.

—Solo tres pueden entrar a la reunión —anunció uno de ellos, su voz tan fría como sus ojos—. ¿Quiénes serán?

Sentí la tensión aumentar a mi alrededor, como si el aire mismo se hubiera solidificado. Zev dio un paso adelante, su cuerpo una barrera protectora entre el mundo y yo. Pero antes de que pudiera hablar, Delia tomó el control.

—Nosotras tres —declaró, señalándonos a Luna, a mí y a ella misma.

Su voz no dejaba lugar a dudas o discusiones.

Vi la lucha en los ojos de Zev, el deseo de protegerme luchando contra la necesidad de seguir el plan. Finalmente, asintió, aunque cada músculo de su cuerpo gritaba su desacuerdo. Me besó, un beso rápido y desesperado, cargado de todas las palabras que no podía decir.

—Ten cuidado —susurró contra mis labios, con sus ojos ardiendo con una mezcla de amor y miedo.

—Lo tendré —prometí, deseando poder hacer más para aliviar su preocupación.

Nos separamos y fue como arrancar una parte de mí misma. Cada paso que me alejaba de Zev era un pequeño desgarro en mi corazón. Luna y Delia me flanqueaban, sus presencias sólidas y reconfortantes a mi lado.

El despacho al que nos condujeron era una obra maestra de lujo y opulencia. Candelabros de cristal colgaban del techo, derramando una luz dorada sobre muebles de madera oscura y tapicería de cuero. Pero toda esa belleza palidecía ante la presencia que dominaba la habitación.

Irina Smirnova estaba sentada detrás de un imponente escritorio de caoba, como una reina en su trono. Su cabello estaba recogido en un moño impecable, su rostro era una máscara de líneas elegantes y arrugas de experiencia. Sus ojos, del color del acero, nos atravesaron como cuchillos cuando entramos.

A su lado, como damas en la corte de una reina malvada, estaban dos de sus hijas. Jóvenes, hermosas y mortales, juraría que tendrían entre los veintidós y veintiséis años. Eran versiones más jóvenes de

su madre, con la misma frialdad en sus ojos y la misma gracia letal en sus movimientos.

La tensión en la habitación era palpable, una presa que respiraba y se retorcía entre nosotras. Los ojos de Irina se posaron en Delia y pude ver cómo se oscurecían con una furia apenas contenida.

—Veo que has tenido el descaro de presentarte aquí, zorra —dijo Irina, su voz suave pero cargada de veneno—. Después del... regalo que le hiciste a mi hija mayor.

Delia no se inmutó ante la amenaza velada, es más, incluso mostró una sonrisa como si nada. Se mantuvo erguida, con su barbilla alzada en señal de desafío.

—Cariño, tu hija me dejó malherida —contraatacó, con calma—. Y si te crees que me molesta que me llames zorra, estás muy equivocada —continuó como si nada, mostrando su sonrisa ante la dama que se imponía ante nosotras—. Me defendí. Las consecuencias son suyas, tan solo suyas. Espero que no se haya hecho mucha pupita —bromeó, mostrando un poco sus dientes por la sonrisa que esbozó. El silencio que siguió fue como el ojo de una tormenta, una calma engañosa antes de que se desatara el caos. Podía sentir la furia de Irina creciendo, una olla a presión a punto de estallar.

Pero en vez de reinar el caos en un lugar como aquel, Irina decidió bajar los humos y continuar con su plan, mientras que yo estaba nerviosa porque me hiciera algo en ese momento.

—Siéntense —ordenó finalmente, señalando las sillas frente a su escritorio.

Obedecimos, con movimientos cautelosos, como si estuviéramos en una jaula con un león hambriento. Luna se sentó a mi derecha, su presencia era una roca sólida de calma como la persona fría que era. Delia tomó el asiento a mi izquierda, su postura relajada pero alerta, como un felino listo para saltar.

Irina nos estudió por un momento, evaluándonos con frialdad, como si se esperase que tomásemos una decisión más apresurada que ella. Finalmente, su mirada se posó en mí y sentí como si me hubieran sumergido en agua helada.

Por primera vez, los ojos de Irina Smirnov se clavaron en mí como dagas de hielo, su mirada penetrante escudriñando cada centímetro de mi ser. El silencio en la habitación era tan denso que podría haberse cortado con un cuchillo y yo sentía que cada latido de mi corazón resonaba como un tambor de guerra.

—Olivia Dupont —pronunció finalmente, con una voz que parecía llenar toda la estancia. —La heredera de los Dupont. He esperado este momento durante mucho tiempo. Y no pensaba que fueses tan escurridiza —murmuró. —Al menos a los Dupont conseguí darles caza mucho más rápido.

Tragué saliva, intentando que mi voz no temblara.

Sabía que no merecía la pena gastar saliva con gente como ella para decirle que mi apellido era Lara, siempre Lara y no Dupont. Porque nunca lo sería.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —escupí.

Una sonrisa cruel se dibujó en sus labios, como una grieta en una máscara de hielo.

—Quiero ofrecerte una oportunidad, querida. La oportunidad de que seas libre y pagues lo que los Dupont me deben.

Sus palabras me golpearon como una ola helada.

¿Libertad? ¿De qué estaba hablando?

—Todo lo que tienes que hacer… es decirme dónde está el anillo más preciado de los Dupont. Dímelo, y te dejaré ir. Sin daño, sin persecución. Serás libre y podrás vivir una vida pacífica sin el temor de que nadie te siga.

¿Anillo? ¿Qué…?

El anillo… Joder.

De repente, un recuerdo brilló en mi mente como un relámpago en la oscuridad. El cajón de mi padre, el diario, sus palabras escritas con tinta de secretos. El anillo que tanto valía y que podría servirme para vivir el resto de mi vida y sobrarme lo suficiente para mis bisnietos. Ese maldito anillo que escondí y ni siquiera Zev sabía de su existencia.

Pero al ver que no le decía nada, supe que Irina estaba mucho más desesperada por conocer dónde se encontraba ese anillo que ninguna otra cosa.

—Este anillo es muy valioso, Olivia —susurró, mientras que yo no dejaba de mirarla—. Vale millones y tu padre no era tan idiota como para no dejártelo en herencia.

Mi corazón se aceleró, pero mantuve mi rostro impasible.

—No sé de qué está hablando —mentí, con voz sorprendentemente firme.

La sonrisa de Irina se desvaneció como la niebla en el bosque. Sus ojos se endurecieron, convirtiéndose en dos trozos de granito.

—No juegues conmigo, Dupont —siseó. —Sé que lo sabes. Dímelo, o las consecuencias serán... desagradables.

La amenaza pendía en el aire como una espada de Damocles, pero algo dentro de mí se endureció. Podía notar la mirada de Delia y

Luna sobre mí, pero yo traté de mantener una verdadera cara de póker.

—Aunque lo supiera… —dije con mi voz baja pero firme—. ¿Qué garantía tengo de que no me matará de todos modos? Este juego suyo no tiene final feliz para mí, por mucho que me mienta a la cara diciéndome que así será.

Los ojos de Irina brillaron con una furia apenas contenida, como relámpagos en una tormenta a punto de estallar.

—Además… —añadí sin parpadear siquiera—. ¿No ha tenido ya suficiente venganza? Después de tantas amenazas, peligros e intentos, viene ahora con toda su cara dura para decirme que me dará libertad por un anillo… —Mostré una pequeña sonrisa por ello, mientras veía cómo se ponía cada vez más furiosa—. Por mí, con toda mi educación, puede meterse su oferta por donde le quepa.

Delia se quedó totalmente helada mientras que por el rabillo del ojo podía ver cómo Luna trataba de aguantar una carcajada ante mis palabras. Y no supe cómo conseguí reunir el valor de decírselo, sobre todo por cómo me estaba haciendo la vida imposible a mí y a mi familia. Sobre todo por lo que le hizo a Ginevra.

Irina abrió la boca para responder, pero en ese momento el sonido de disparos atravesó el aire como si sonase por el pasillo y tan solo me vino el nombre de Zev a la mente.

Todo sucedió en un instante. Vi el brillo metálico de un arma en la mano de Irina, apuntando directamente a mi corazón. Pero antes de que pudiera parpadear, Luna se movió como un rayo. Algo voló de su mano, golpeando a Irina y haciéndola tambalearse.

—¡Corre! —gritó Luna, con su voz cortando el caos como un cuchillo.

Pero no me moví, solo sentí cómo Luna me empujaba, hasta que acabé deslizándome por el suelo tan resbaladizo de aquel despacho.

Delia y Luna sacaron sus armas y todo empeoró.

El pasillo fuera de la oficina era un caos de gritos y disparos. El aire olía a pólvora y miedo. Delia vino a por mí, levantándome del suelo mientras que las tres salíamos corriendo como si el mismo infierno nos persiguiera, y tal vez así era.

***

ZEV GRIMALDI

El caos estalló a mi alrededor como la misma tempestad. Los guardaespaldas, que hacía unos momentos eran estatuas silenciosas, se habían convertido en depredadores sedientos de sangre. Sus armas brillaban bajo las luces del casino, como promesas metálicas de muerte.

Era una maldita trampa y lo sabía.

Joder, ¡lo sabía!

Mi mente no dejó de pensar en Olivia y deseé meterme en aquel despacho. Mi cuerpo se movió por instinto, años de entrenamiento tomando el control. Esquivé, golpeé, disparé. Cada movimiento era un baile mortal, cada respiración podía ser la última.

Y entonces lo vi. Todo se detuvo en cuanto por el salón vi al hombre que me fastidió la vida, que casi me arrebata lo que más amaba y al que no iba a dejar escapar esta vez.

—Mattia —gruñí, con la mandíbula apretada mientras observaba cómo ese rubio psicópata me contemplaba con una sonrisa cínica.

—Hola, Zev… —respondió, jocoso—. Por lo que sé, Olivia está por aquí… No sabes cuánto me apena no haber tenido tan buena puntería aquella tarde.

Aquel era el hombre que había secuestrado a Olivia, que la había hecho sufrir. El odio ardió en mi pecho como un incendio furioso, consumiendo todo lo demás. Y todo lo que tenía dentro, las ganas de vengarme por lo que la hizo sufrir, fue más que suficiente para mí.

Nuestras miradas se cruzaron a través del caos y vi el reconocimiento en sus ojos. Sabía que yo había jurado matarlo y podía ver la determinación en su rostro.

Sin pensarlo, me lancé hacia él. El mundo a nuestro alrededor se desvaneció, reducido a aquel momento, a esa confrontación inevitable.

Nos encontramos en una sala lateral, lejos del fragor principal de la batalla. Mattia era rápido, pero yo estaba impulsado por algo más que simple adrenalina. Cada golpe que lanzaba estaba cargado con la furia de lo que le había hecho a Olivia, cada movimiento era una promesa de venganza.

Pero él no se quedaba atrás. Lo que sí sabía era que Mattia no iba a salir huyendo como el cobarde que era como la última vez. Iba a pagar por lo que hizo, era una promesa.

***

OLIVIA LARA

Corrimos por los pasillos del casino como si estuviésemos encerradas en un laberinto, con el sonido de los disparos y los gritos persiguiéndonos como una sombra. Mi corazón latía tan fuerte que temía que se me saliera del pecho.

De repente, llegamos a una sala y mi mundo se detuvo. Allí, en medio del caos, estaba Zev. Agradecí que todavía siguiera vivo, pero no estaba solo. Luchaba contra Mattia, el hombre que me había secuestrado y había poblado mis pesadillas durante semanas.

—¡Zev! —grité, con una voz quebrada por el miedo y la desesperación.

Él me miró, sus ojos estaban llenos de amor y determinación.

—¡Huye, Olivia! —gritó. —¡Sálvate!

Eso no iba a suceder. Éramos un equipo y no iba a abandonarlo cuando más me necesitaba, mucho menos a todo el equipo que estaba allí conmigo. Esto era por mi culpa y no iba a dejar que nadie más sufriese las consecuencias de lo que ocurrió por culpa de mis antepasados.

El infierno nos había alcanzado. Delia se enfrentó a Irina como si hubiese algo entre ellas sin resolver. Sus movimientos eran tan fluidos como mortales y la admiré en ese momento. Luna se enzarzó en una pelea feroz con una de las hijas de Irina.

Y yo...

Yo me encontré cara a cara con la hija más joven de Irina, una chica no mucho mayor que yo, juraría que tendría entre veintidós o veintitrés años, pero sus ojos parecían los de una asesina, brillando con una mezcla de odio y algo más que no pude identificar.

Sabía que debía demostrar lo que Sunam, Delia y Luna me habían enseñado. Debía mostrar mis armas ahora, que era mi cuerpo. Debía defenderme; por mí, por ellos, por el futuro.

—No te escaparás —siseó, lanzándose hacia mí.

Nuestros cuerpos chocaron en una danza mortal de puños y, sobre todo, de piernas. Cada golpe, cada patada, era un recordatorio de lo que estaba en juego. Mi vida, mi futuro, todo pendía de un hilo tan fino como el filo de una navaja.

Aquello parecía el mismo infierno y lo peor era que nadie nos podría ayudar.

Luchamos durante lo que pareció una eternidad, nuestros cuerpos moviéndose en una coreografía brutal. El sudor me nublaba la visión y el sabor metálico de la sangre llenaba mi boca. Estaba totalmente cansada.

En ese momento Luna consiguió lanzarle algo que no supe ver, pero que la dejó en el suelo unos largos segundos.

Y entonces, en un instante de claridad entre la niebla del combate, lo vi. Zev, acorralado por Mattia. Vi el brillo de determinación en sus ojos, la decisión inquebrantable.

—¡No! ¡ZEV! —grité, pero mi voz se perdió en el caos.

Zev activó algo, y de repente, el mundo se desató en un infierno de fuego y escombros. Hubo una explosión que sacudió el lugar, arrastrándonos hasta acabar en el suelo y cuando el polvo se asentó, Zev y Mattia habían desaparecido. En su lugar, había charcos de sangre y cosas que me hicieron querer vomitar.

El dolor que sentí en ese momento fue más allá de lo físico. Era como si me hubieran arrancado el corazón del pecho. Las lágrimas corrían por mi rostro, mezclándose con el sudor y la sangre.

Sabía lo que significaba. Ya no volvería a ver a Zev.

Estaba tumbada en el suelo, casi derrotada cuando escuche una conversación de Luna, hablando por una radio a mi lado.

—Aquí la agente Luna Vega. Número de placa 8415. Tenemos un 10-33 en el Casino Mancini. Repito, 10-33, el oficial necesita ayuda. Múltiples 10-32 en progreso y 10-41. Solicitamos refuerzos inmediatos —empezó a hablar de una forma que no entendía en lo

absoluto, pero supe sin lugar a dudas que no era la persona que había creído en todo aquel tiempo.

No dejé de mirarla mientras continuaba hablando por radio cuando respondieron.

—Aquí Charlie, entendido. Los refuerzos están en camino.

Observé a Luna para cuando esta acabó la conversación y, al mirarme, pareció mostrarme un rostro distinto, más cálido, como si me pidiese perdón con la mirada por no contarme lo que había escondido todo ese tiempo. De pronto, la hija de Irina le disparó a Luna en el brazo para luego centrarse en mí, con su arma apuntando directamente a mi cabeza.

—¡Luna!

Grité, pero la hija de Irina me arrastró por el lugar, hasta dejarme en un sitio donde apenas nadie veía nada.

Ya no me importaba. En ese momento no me importaba lo que podría sucederme, pero mi mente no dejaba de pensar en que debía volver al rancho, porque lo prometí. Pero sin Zev… Zev… Mis lágrimas no caían por el momento en el que me encontraba, en el caos en que toda la planta estaba sumida hasta que empezamos a escuchar las sirenas de ambulancias, policías y hasta bomberos.

Apoyó su arma en mi cabeza y cerré los ojos, sabiendo que no tenía escapatoria. Deseaba tenerla, pero no podía.

Pero entonces, algo cambió. Bajó ligeramente el arma, para mi sorpresa y dijo unas palabras que me dejaron de piedra:

—No te preocupes. —Su voz era sorprendentemente suave—. Tendrás por fin esa libertad que nunca te han dado, porque siempre has tenido una diana en la espalda.

Antes de que pudiera procesar sus palabras, cuando creía que me iba a salvar la vida, disparó.

Sentí un dolor agudo en mi oreja, la sangre caliente corriendo por mi cuello y luego sí bajó el arma. Al rozarme el oído izquierdo, miré a esa mujer de una edad similar a la mía, tan rubia como ninguna.

—¿Por qué? —Logré preguntar, en un hilo de voz. —Tu madre quiere que acabes el trabajo.

Pero ella negó.

—Tu padre me salvó la vida una vez —me confesó, con sus ojos llenos de una emoción que no pude descifrar—. Ahora estamos en paz.

Abrió una compuerta que había al lado, como si hubiese un túnel secreto que me llevaba hacia la puerta de salida y mis ojos se abrieron de par en par, todavía confusa.

—Sé que ahora todo será complicado sin tu marido. Pero debes esconderte unos días hasta que te den por muerta y así nadie más volverá a molestarte. Cuando eso pase, podrás largarte lejos de Chicago y vivir una vida pacífica y aburrida —respondió. —Luna y Delia te ayudarán en el proceso y se encargarán de lo demás.

—¿Esto fue idea de Luna y Delia?

Pero ella negó.

—No, digamos que a cierto guardaespaldas tuyo también le debía algo.

Benjamin…

Ella no me sonrió, pero parecía impaciente por que me marchase.

Desde mi posición vi a Irina caer al suelo, inerte. Las llamas empezaron a devorar parte de ese lugar y Benjamin apareció en mi vista.

—Gracias, Kateryna —le susurró a la chica, con un tono cálido que jamás le había oído.

—Ten cuidado, te quiero de una pieza —le respondió la joven rubia.

Sentí unos brazos fuertes levantarme.

Benjamin me llevó en brazos, corriendo hacia aquel túnel lleno de escaleras. Miré por última vez a la hija de Irina, nuestras miradas encontrándose en un momento de entendimiento silencioso.

Luego, lo siguiente que registré fue que estábamos en la furgoneta. Nikola y Delia estaban allí, heridos pero vivos. Ian y Luna se habían quedado, ya que debían hablar con la policía porque Luna estaba infiltrada y yo aún no podía asimilar todo lo que me había pasado en ese maldito día.

—¿Donde está Zev? —pregunté, en un momento en que sentí una pequeña esperanza de que pudiese volver.

Pero Delia se acercó a mí, al tiempo en que Benjamin empezaba a conducir lejos de Chicago.

Nikola observó a Delia con un rostro consternado y juré que estaba pensando lo mismo que Delia.

—Olivia… —comenzó a decir. —Lo siento…

Miré a Delia sin poder creerla, sin poder creerme lo que me estaba diciendo y negué con la cabeza.

Cuando quise decir algo, las lágrimas empezaron a caer y Delia me abrazó con cariño mientras la furgoneta se alejaba a toda velocidad,

el dolor de la pérdida me golpeó con toda su fuerza. Zev se había ido. Mi amor, mi ancla, mi futuro. Las lágrimas corrían libremente por mi rostro y dejé que el dolor me consumiera.

El casino, una vez un palacio de luces y promesas, ahora era como un imperio en ruinas, donde todos los policías empezaban a entrar al edificio para detener a las personas que se habían encargado de hacer el mal. Y me pregunté si alguna vez volvería a sentirme completa de nuevo, después de tantas pérdidas.

Miré el anillo, tanto el de compromiso como el de boda, incapaz de asimilar que no volvería ver a Zev…

VEINTINUEVE | ROTA

«Creía que no volvería a encontrar una familia, pero no me había dado cuenta de que ya estaba rodeada de ella» —Olivia Lara.

Dos semanas después

OLIVIA LARA

Encerrada en el baño de aquella cabaña donde me había aislado durante muchos días, tomé con las manos temblorosas el test de embarazo que Delia me había comprado dos días atrás.

Sin poder evitar tenerle miedo a lo que pudiera revelar aquel test, a tener que enfrentar lo que vendría yo sola en el futuro tan incierto en el que me tocaría vivir, suspiré mientras aún seguía con los ojos cerrados. No supe por cuánto tiempo estuve así, pero cada vez que los cerraba veía a Zev por todas partes. Y sentía un gran vacío en mi interior que era imposible de mitigar. Apenas había llorado la muerte de Zev. Quizás porque me había bloqueado, quizás porque habían pasado muchas cosas aquel día, quizás porque casi pierdo la vida… Pero aquello último me daba exactamente igual. El saber que no volvería a ver a Zev me hacía sentir mucho más rota de lo que ya estaba. Solo me quedaban los recuerdos que habíamos vivido. Y me parecían tan pocos en tan poco tiempo…

Suspiré, abriendo los ojos para mirar aquel test de embarazo cuando mi corazón se detuvo por unos instantes.

Dos líneas…

Las dos líneas que significaban que era positivo, que estaba embarazada de Zev y esa criatura nunca conocería a su padre. Con

las manos aún más temblorosas, dejé a un lado el test y me senté en el suelo, abrazándome a mí misma.

Debería haber sido una noticia positiva, más porque iba a ser madre con la persona que amaba… Pero todo lo que había pasado en los últimos meses, lo de Ginevra… Mi Zev…

Cerré los ojos cuando alguien tocó a la puerta y lo último que quería era enfrentarme a otra persona lamentándose por lo que había pasado y dándome el pésame. Y estaba bastante antipática cada vez que me hablaban del tema.

—¿Qué? —gruñí, tratando de evitar que las lágrimas salieran en ese momento.

—Soy la más guapa de Bulgaria, así que entraré y me da igual que no estés lista —respondió Delia, quien había estado soportando mi mal humor desde aquel jodido día.

Escuché la puerta del baño chirriar mientras se abría y el sonido de unos tacones puntiagudos. Ni siquiera la miré, pero sabía que estaba vestida de negro.

No dije nada, tampoco dejé de ser una borde, pero volví a escuchar esos tacones acercándose al lavamanos del baño donde había dejado el test que ella misma me había comprado.

—¿Has terminado de hacer las maletas? —cuestionó Delia y yo solo asentí—. Luna y Benjamin vendrán a buscarte en dos horas. Viajaréis en furgoneta durante una semana hasta llegar a Kansas, el avión no es seguro aún mientras sea reciente lo de las Smirnova.

Volví asentir, con la vista clavada en el suelo, como si fuese lo más interesante que había visto en mi vida.

Fue ahí cuando Delia se puso de rodillas con aquellos taconazos enormes con los que caminaba como si fuese lo más sencillo del

mundo y tomó mis rodillas mientras el sonido de los pájaros fuera de la cabaña continuaba escuchándose. Era como si la vida siguiera a pesar de todo lo malo y así era, pero yo no quería escuchar nada alegre durante mucho tiempo. No lo soportaba y me hacía sentir mal. Tan solo quería ponerme los auriculares y poner la música lo más alta posible para aislarme de todo cuanto me rodeaba.

—¿Cómo fue el entierro? —pregunté, con un hilo de voz, como si estuviese a punto de quebrarme.

—Ginevra quiso que la enterrásemos junto a Sally y… Zev. Está cerca de sus madres.

Fue escuchar aquello y, por primera vez, las lágrimas empezaron a salir y carraspeé mientras que Delia seguía teniendo sus manos sobre mis rodillas.

—El muy engreído me deja embarazada y se muere —solté, enfadada y Delia tan solo negó con la cabeza.

—Ahora tienes que preocuparte por Angela, Rocky y ese bebé, Olivia.

No respondí.

Quería estar allí con ellos, con todos ellos, pero supuestamente debía hacerme pasar por muerta. Supuestamente estaba muerta ante los ojos de las demás familias. Incluso había salido la noticia en televisión, junto con una foto de Zev y mía. Di gracias a que Angela no sabía absolutamente nada, ya que Delia había estado hablando con los cuidadores del rancho durante todos aquellos días para mantenerla alejada de la televisión y Kansas era un lugar donde se podía pasar muy desapercibido.

Suspiré mientras la rabia me comía por dentro por desear poder estar allí y despedirme de ambos.

—Ahora eres la tutora legal de Angela y vas a ser madre. Marta te ayudará en todo ese progreso y estará siempre a tu lado junto con Oliver —susurró.

—Pero lo que quiero nadie me lo devolverá —protesté, con amargura, refiriéndome a Zev.

Delia asintió, comprensiva.

—Nada es fácil en esta vida… Pero date tiempo. No vas a estar sola nunca.

Me quedé callada unos largos minutos para luego mirarla a los ojos, perfectamente maquillados.

—¿A Zev le hubiese gustado la noticia del bebé?

—Estaría comprando ya la cuna —aseguró ella, con una sonrisa.

Reí delicadamente mientras que Delia me abrazaba con cariño y yo me dejé llevar por el contacto. Fue largo, aunque no supe cuánto tiempo estuvimos así. Solo supe que quería que el tiempo pasara y que ese dolor, esa agonía que sentía, empezara a desaparecer.

—Acaba tus estudios, vende tus cuadros, sigue pintando y haciendo arte, pon una galería… Pero vive la vida. Ahora eres libre. Nunca lo has sido, Olivia… —murmuró. —Ni cuando vivías con tus padres lo eras porque, incluso sin tú saberlo, las Smirnova te buscaban. Pero ahora, con la matriarca muerta, nadie te buscará. Pasarán meses antes de que experimentes realmente esa libertad y ese peso que te has quitado de encima.

Y, mientras escuchaba eso, no pude evitar preguntarle lo que me carcomía por dentro.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Quién? —inquirió una desconcertada Delia.

—Zev. —Me apresuré a responder. —¿Por qué hizo eso aun teniendo ventaja?

Delia no me contestó, tan solo sacudió sus hombros, pesarosa.

Me ayudó a levantarme del suelo con pesadez. Una vez de pie, miré el test que seguía descansando sobre el lavamanos y toqué mi vientre todavía plano. Todo era tan reciente y ahora iba a ser madre y viuda. Apreté la mandíbula.

—Zev siempre te ha amado. Aunque lo hiciera de una manera especial… La primera vez que lo vi en persona fue cuando fui a la mansión Grimaldi para ayudar en tu búsqueda y deberías haber visto lo angustiado y mal que estaba —me confesó —. Siempre te demostró con sus gestos lo que sentía por ti… No lo olvides nunca, Olivia. Recuerda esta conversación en el futuro.

Aquello me dejó dudosa.

—¿No volveré a verte ni a ti ni a Nikola?

Delia suspiró mientras abría la puerta el baño y salíamos hacia mi cuarto.

Sunam estaba en su escritorio, escribiendo a mano y nos miró a ambas unos segundos mientras que Delia le decía con la mirada que no se preocupase. Cuando entramos a mi cuarto y ella cerró la puerta, vio las maletas y mis materiales de dibujo ahí, en el suelo.

Y aquello me desarmó, porque no podía dejar de pensar en el día que él tomó por primera vez aquellos materiales de dibujo y los tiró al suelo como si de basura se tratara y me enfadé con él… Daría lo que fuese por volver a repetir ese momento.

—Nikola y yo volveremos a Bulgaria tras asegurarnos de que las familias de aquí crean que estás muerta. Una vez allí volveremos a nuestra vida normal —respondió. —Pero si la vida es larga, quién sabe si volveremos a vernos, Olivia. De todas formas, tendrás noticias nuestras mediante carta. Te daré una serie de pautas y reglas para que puedas recibir esas cartas sin que nadie sospeche —aclaró.

Me senté en mi cama y luego toqué los anillos que descansaban en mi dedo anular, sin poder evitar pensar en Zev cada segundo de mi maldito tiempo.

—Estaré por aquí cuando te vengan a buscar Luna y Benjamin, pero creo que necesitas ahora tu espacio antes de compartirlo con dos personas durante días en un largo viaje.

La llamé antes de que ella se marchase de mi cuarto.

—Delia.

Ella se giró para mirarme, esperando que le dijese algo más.

—Gracias por todo.

Ella sonrió, guiñándome un ojo, cuando se quedó dudosa al tratar de salir de mi cuarto.

—Todo a su debido tiempo, Olivia. Tú tan solo haz lo que te he dicho. Vive tu vida y continúa con tu carrera… Sé que tienes ese anillo que te heredó tu padre. Utilízalo para lo que necesites —me aconsejó. —El tiempo te dará las respuestas que te hagan falta…

Asentí cuando vi que cerró la puerta y me quedé totalmente sola con mis pensamientos en ese instante. Y por primera vez, me derrumbé por completo por no volver a Zev.

***

El sol se alzaba perezosamente sobre el horizonte, tiñendo el cielo de tonos rosados y anaranjados que parecían burlarse de mi dolor. Salí de la cabaña con pasos pesados, como si mis pies estuvieran hechos de plomo. Habían pasado dos semanas desde que mi mundo se había hecho añicos, pero el tiempo parecía haberse detenido para mí.

Apenas unas horas antes, habían enterrado a Zev, mi marido, mi alma gemela. Y yo, atrapada en esa farsa de fingir mi muerte, no pude estar presente para despedirme. El pensamiento me carcomía por dentro como un veneno.

Luna apareció a mi lado, su brazo en el cabestrillo, un recordatorio del infierno que habíamos vivido. Su presencia era como un bálsamo, silencioso pero reconfortante. Me ayudó a bajar los escalones de la cabaña, con movimientos cuidadosos y medidos.

Benjamin estaba junto a la furgoneta, cargando las últimas maletas. Nuestro hogar temporal sobre ruedas para los próximos días. El viaje por carretera hasta Kansas sería largo, pero era nuestra única opción segura. El cielo, antes mi aliado, ahora se había convertido en un peligro potencial.

Delia, Nikola e Ian estaban allí, sus rostros reflejaban una mezcla de preocupación y tristeza. Verlos me provocó una punzada de dolor. Eran un recordatorio de todo lo que estaba dejando atrás, de la vida que había construido y que ahora se desmoronaba como un castillo de naipes frente a mis ojos.

La familia que había creado.

El sonido de los pájaros continuaba martirizándome la cabeza. Quería gritar, llorar, desgarrarme el pecho para liberar el dolor que me ahogaba, pero las lágrimas se negaban a brotar, aunque estuve como una hora sin parar de hacerlo hacía un rato y apostaba que se

me notaba por mis ojos hinchados y por la mirada de pena que todos me dedicaban.

Coloqué mis manos sobre mi vientre, donde una vida crecía dentro de mí, un pequeño milagro en medio de tanto caos y destrucción. Pero ese conocimiento, en lugar de alegrarme, solo añadía peso a mi ya sobrecargado corazón.

Sabía que necesitaba tiempo, porque era una noticia estupenda, pero habían pasado tantas cosas malas que dolía en ese instante. Solo en ese instante.

Me acerqué a Delia, la única que conocía mi secreto, fundiéndonos en un abrazo y ella me susurró al oído:

—Tu secreto está a salvo conmigo. Cuando estés lista para compartirlo, tú tan solo dímelo a través del método que te dije. — Sus palabras eran como un ancla en medio de la tormenta, ofreciéndome un pequeño consuelo.

Nikola fue el siguiente. Siempre distante y frío, pero en ese momento vi un destello de comprensión en sus ojos. Me abrazó, su cuerpo rígido relajándose por un instante.

—Zev siempre te amó —murmuró, su voz apenas audible. Esas palabras, tan simples y a la vez tan poderosas, abrieron una grieta en mi armadura emocional.

Otra vez…

Iba a derrumbarme como siguieran diciéndome algo más sobre Zev o Ginevra.

Ian me esperaba, con los ojos llenos de una tristeza que reflejaba la mía.

Todos habían podido estar en el entierro, menos yo… su propia esposa.

—Nunca había visto a Zev enamorado —comentó, con una voz ronca por la emoción—. Hasta que apareció en la comisaría aquel día, suplicándome que lo ayudara a encontrarte después del secuestro. —Su confesión fue como un puñal clavado en mi corazón, recordándome todo lo que había perdido.

Que no siguieran, por favor…

Sunam, mi entrenador, me dio un último abrazo. Su fuerza silenciosa había sido mi apoyo durante tantos momentos difíciles, y ahora, en ese momento de despedida, sentí que me transmitía toda esa fuerza para el camino que tenía por delante.

Di gracias por que no me dijese nada, también era cierto que me entendía y me conocía y sabía que como siguieran acabaría derrumbándome en ese momento. Subí a la furgoneta, pero antes de cerrar la puerta, eché una última mirada a mis compañeros, a mi familia elegida. Sabía que pasaría mucho tiempo antes de volver a verlos, si es que alguna vez lo hacía. La cabaña, que había sido nuestro refugio, ahora parecía un monumento a todo lo que habíamos perdido.

Benjamin puso en marcha el vehículo y nos alejamos en dirección contraria a Chicago, rumbo a Kansas, el rancho, una nueva vida. Luna se sentó a mi lado.

—Olivia —comenzó Luna, cargada de remordimiento—. Necesito disculparme. Te mentí, te oculté que era policía. Mi misión era sacar a la luz los trapos sucios de Giulio y los Rinaldi, pero todo se complicó con las Smirnova—. Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Y luego... luego empecé a sentir un lazo de amistad contigo. Ya no era solo una misión, eras mi amiga.

La miré, viendo la sinceridad en sus ojos.

—Voy a estar a tu lado en Kansas —continuó. —He dejado todo atrás. Me compré una casa allí, no muy lejos del rancho, en un pueblo cercano. No estarás sola.

Quería agradecerle, decirle que entendía, que no la culpaba… pero las palabras se atascaban en mi garganta.

—No es tu culpa, Luna —logré decir finalmente—. Era tu trabajo y te agradezco todo lo que has hecho. Pero ahora... no puedo hablar de esto. No puedo hablar de... —Me rompí y ella lo comprendió.

Luna asintió, entendiendo, tomó mi mano para darme fuerzas y el resto del viaje transcurrió en un silencio cómodo, cada una perdida en sus propios pensamientos.

Los días pasaron como en un sueño borroso. El paisaje cambiaba fuera de las ventanas de la furgoneta, pero yo apenas lo notaba. Mi mente estaba atrapada en un bucle interminable de recuerdos y preguntas sin respuesta.

Finalmente, llegamos al rancho.

Benjamin nos ayudó a Luna y a mí a bajar el equipaje frente a la entrada. Luna, que se quedaría en Kansas pero no en el rancho, se despidió de Benjamin con un abrazo cariñoso.

—¿Qué harás ahora? —le pregunté a Benjamin, apenas en un susurro.

Él me miró con unos ojos llenos de una determinación que no había visto antes.

—Lo que hace tiempo que tenía que hacer —respondió enigmáticamente.

Sin que Luna pudiera escucharnos, me acerqué más a él.

—¿Es por la hija de las Smirnova? —pregunté en voz baja, recordando a la mujer que me había ayudado a escapar. Benjamin asintió, confirmando mis sospechas.

Luna se despidió de Benjamin con otro abrazo y luego vimos cómo se alejaba en la furgoneta, llevándose consigo otro pedazo de nuestra vida anterior.

—¿Qué ha pasado con Ian? —le pregunté a Luna, notando la tristeza en sus ojos cuando mencioné su nombre.

Ella suspiró, mirando hacia el horizonte.

—Necesito tiempo —respondió. —Tiempo para descubrirme a mí misma, sin ser policía. Estar al lado de otro policía no me ayudaría ahora. —Hizo una pausa y vi un destello de emoción en sus ojos—. Pero lo amo. Estoy enamorada de él e Ian lo sabe. Es... complicado.

Asentí, comprendiendo perfectamente lo complicado que podía ser el amor.

Entramos al rancho y allí estaban Marta y Oliver, esperándonos. Habían estado cuidando de Angela como si fueran sus abuelos y la gratitud que sentí hacia ellos en ese momento fue abrumadora.

Marta me abrazó con fuerza y sentí cómo su mano rozaba mi vientre discretamente.

—Te vamos a ayudar en todo —me susurró al oído.

Oliver asintió, repitiendo la promesa de su esposa.

—¿Angela lo sabe? —pregunté de lo único que me preocupaba en ese momento—. ¿Sabe lo de su hermano?

Ambos negaron con la cabeza.

—No —respondió Marta suavemente—, no se lo hemos dicho.

De repente, un ladrido familiar rompió el silencio. Rocky, mi fiel amigo, mi familia, el que me había acompañado tantos años, apareció corriendo, su cola moviéndose frenéticamente de alegría al verme. Me arrodillé para abrazarlo, sintiendo cómo su pelaje suave y su amor incondicional me reconfortaban.

—Te he echado tanto de menos, Rocky —respondí, mientras él ladraba en mi rostro y sonreí, por fin sonreí después de tantos días tristes, pero no por mucho tiempo. Porque el recordatorio constante de que Zev se había ido y no volvería a verlo ni a escuchar su voz seguía ahí.

Y entonces, como un rayo de sol atravesando las nubes más oscuras, escuché la voz de la pequeña.

—¡Olivia! —gritó una Angela llena de alegría y emoción.

La vi corriendo hacia mí, con su cabello oscuro ondeando detrás de ella y sus ojos brillantes de felicidad. En ese momento, todo lo demás desapareció. El dolor, la pérdida, el miedo, todo se desvaneció ante la visión de esa niña que tanto significaba para mí.

Abrí mis brazos y ella se lanzó hacia mí. La abracé con fuerza, sintiendo cómo sus pequeños brazos se aferraban a mi cuello. Su risa, tan natural, fue como un bálsamo para mi alma herida.

En ese abrazo, en ese momento perfecto, sentí que tal vez, solo tal vez, podría encontrar la fuerza para seguir adelante. El futuro era incierto, lleno de desafíos y peligros, pero mientras sostenía a Angela en mis brazos, con el sol de Kansas sobre mi piel y el aroma familiar del rancho a mi alrededor, sentí un destello de esperanza.

La vida continuaba, a pesar del dolor y la pérdida, y yo, Olivia Lara, tendría que encontrar la manera de continuar con ella. Por mi familia, por mis amigos, por Zev y por mí misma.

Sobre todo, por mí misma.

TREINTA | ARTEMISA

«Había encontrado la paz que hacía años que no tenía. Y solo quería que así siguiera siendo» —Olivia Lara.

Siete meses después

OLIVIA LARA

El suave viento de Kansas despeinaba un poco mi cabello suelto. Podía sentir el hermoso olor de aquella naturaleza en la que me encontraba rodeada, en aquel rancho a las tres de la tarde. Gracias al sombrero que tenía puesto y que era de Zev, del cual ahora me había adueñado, conseguía no despeinarme demasiado.

Acaricié el sombrero con cariño, recordándolo mientras que Artemisa parecía mover la cabeza ante lo que tenía en mi mano.

—¿Qué? ¿No te convence? —le pregunté a la yegua, que estaba mirando el dibujo que estaba haciendo.

Me levanté con algo de dificultad de mi asiento y me acerqué a Artemisa, la cual ya me tenía la confianza suficiente como para dejarme tocarla. Giré mi cuaderno de dibujo para mostrarle la página donde la estaba dibujando a lápiz y ella hizo un sonido que me arrancó una risa del fondo de mi garganta.

—¿No?

Ella negó con la cabeza mientras el viento movía su cabello.

—Quizás… —Miré el dibujo que me estaba quedando espectacular y le cuestioné. —¿Una nariz más pronunciada?

Ella negó nuevamente, haciendo que sus narices se moviesen y demostrándome que eso era lo que no quería.

Reí por lo alto mientras sujetaba el sombrero de Zev con amor.

—Mm… Pues no sé… —Dudosa, arrugué mi frente cuando ya supe lo que quería—. ¡Ah! Tú lo que quieres es tener el cabello más largo, ¿verdad?

Entonces, Artemisa movió la cabeza de manera afirmativa y reí mientras volvía a sacar mi lápiz de dibujo y hacía unos suaves trazados. Me concentré mientras observaba el dibujo que estaba disfrutando hacer mientras que escuchaba a Artemisa a un metro de mí.

Siete meses.

Siete meses habían pasado desde el último suceso estresante. Desde la muerte de Ginevra… Desde que Zev me dejó. Y cada día era doloroso, pero ahora podía recordarlo sin soltar tantas lágrimas como antes, aunque por las noches aún miraba por la ventana de nuestro dormitorio de aquel rancho y tenía la esperanza de que volviese, de que todo aquello fuese una maniobra de él para salvarnos, para terminar de arreglar las cosas que habían quedado expuestas.

Tenía la esperanza de que lo vería entrando por aquella puerta, donde estaban las letras en grande del rancho «Artemisa» y caminaba con paso decidido mientras que yo, tras abrazarlo, le gritaba y le exigía que me explicara por qué había hecho eso y había fingido su muerte. Pero no pasó y no iba a pasar. Ni siquiera podía visitar su tumba porque estaba a muchos kilómetros de Chicago y porque supuestamente Olivia ya no debía existir. Kansas era mi lugar seguro, así lo había demostrado durante todos aquellos meses y estaba feliz dentro de lo que cabía. Aunque me faltaban las personas a las que más quería.

Angela ahora estaba bajo mi tutela y, aunque me costó días poder ir diciéndole poco a poco lo que le ocurrió a Zev, con el tiempo pudo hacer una vida como una persona de su edad, yendo al colegio y conociendo amigos sin el temor de que nadie, ningún padre, se involucrase en la vida de sus hijos creyendo que era la hija de un hombre como Giulio. Habíamos empezado de cero y Angela ahora era feliz. Aunque nos hacían mucha falta Zev y Ginevra.

Suspiré mientras continuaba plasmando los trazos del cabello de Artemisa bajo aquel sol del lugar.

No volví a contactar con Delia y era normal. Debían pasar más meses antes de que volviésemos a contactar, al menos por carta y el embarazo ya estaba bastante avanzado. Daba las gracias por tener la ayuda de Marta y Oliver, pero sobre todo de Marta, porque estaba ahí hasta en mis peores momentos.

Toqué con dulzura mi vientre ya pronunciado, ya sabía el sexo del bebé desde hacía un tiempo. Suspiré, deseando haberle contado al menos a Zev que iba a ser padre, como ya me había comentado alguna vez que deseaba serlo.

Artemisa relinchó, como deseando saber el resultado y me eché a reír.

—Tranquila, al artista no puedes meterle prisa. Me faltan los detalles —respondí, acariciándola en su hocico y consiguiendo que se quedase quieta mientras parecía gustarle mi roce.

En cuanto a mi carrera, conseguí acabarla hacía dos meses y oficialmente ya me había licenciado. Podía dedicarme a montar una galería de arte como deseaba y seguir pintando y vendiendo algún cuadro. Pero ahora no era el momento, más porque el embarazo no lo estaba llevando bien y en poco tiempo tendría a mi primer bebé, después quería disfrutar la maternidad antes de meterme de lleno en un negocio.

Sin embargo, aunque sentía un vacío en mi interior por la falta de Zev, por no tenerlo aquí y que él fuese feliz después de todo lo que había sufrido en su vida, yo seguí el consejo de Delia y continué con la mía, en aquel rancho, haciendo lo que me gustaba, rodeada de naturaleza y animales.

Entonces, cuando acabé de pintar, giré mi libreta de dibujo y le enseñé el resultado.

—¿Ahora? ¿Qué te parece? —pregunté, divertida.

Artemisa empezó a hacer ruidos sonoros y a mover sus largas patas, hasta terminar quedándose en sus cuartos traseros por unos segundos antes de volver al suelo y mover su cabeza de manera afirmativa.

Solté una carcajada mientras tocaba mi vientre mirando aquel dibujo.

Llevaba un vestido largo y cómodo junto con unas botas al más estilo Kansas.

Levanté la mirada de mi libreta cuando vi a Artemisa algo distinta, como si estuviese más nerviosa y empezó a moverse de un modo que me inquietó.

—Artemisa, ¿qué ocurre?

Estábamos al aire libre, tras la valla circular que había frente al rancho. Oliver había sacado a pasear a Hércules, Marta había ido a hacer unas compras en el pueblo más cercano y Ángela estaba jugando con Rocky en algún lugar de la casa. Al ver que empezaba a moverse por todo el espacio y luego miraba hacia la puerta, giré mi cabeza y, sin poder evitarlo, mi cuaderno de dibujo y mi lápiz resbalaron entre mis manos, cayendo al suelo lleno de hierba.

Como si todo sucediera en cámara lenta, con el viento en mi contra y sintiendo que el mundo se detenía en ese momento, me giré y vi aquellos ojos negros que contemplé por primera vez en aquel despacho tan caro de la mansión Grimaldi, mientras su mirada en aquel entonces parecía de odio. Ahora, esos mismos ojos me miraban con amor, deseo, felicidad y… cuando aquellos ojos negros empezaron a bajar, su boca se entreabrió y vi aquella sorpresa que siempre deseé ver en su rostro.

Sin que las palabras salieran de mi boca, sin poder reaccionar ante lo que estaba viendo, ese hombre del que me había enamorado locamente, con el que me había casado dos veces y del que iba a tener un bebé, me observaba bajo aquella puerta donde ponía «Artemisa».

No sabía ni cómo reaccionar, ni si iría corriendo hacia él o directamente le gritaría, pero estaba bloqueada. Ni siquiera sabía si eso era un maldito sueño o una pesadilla. Él empezó a caminar lentamente hacia mí, como si temiese ponerme más nerviosa de lo que ya estaba y que entrase en pánico en cualquier momento, pero sus manos estaban deseosas de abrazarme, de tocarme, de demostrarme que él estaba aquí y estaba vivo. El muy idiota, estúpido, cabrón estaba frente a mí y no sabía si era real o un efecto del embarazo que me hacía alucinar, pero temía la respuesta. La temía realmente.

Él continuó caminando hacia mí y me percaté de que en su hombro sujetaba una mochila enorme y su otra mano estaba libre. Llevaba el pelo algo más largo y barba de unos días, pero aun así estaba muy irresistible. Podría decirse que estaba un poco más delgado, pero seguía teniendo esa musculatura e incluso más. Quizás se había metido de lleno en el gimnasio más que nunca, pero seguía sin creerme que estuviera ahí. Seguía sin creérmelo.

Apenas era capaz de articular nada, ni siquiera sabía cómo caminar, parecía que mi mente lo había olvidado y lo único que podía

escuchar era a Artemisa totalmente feliz de ver a su dueño de vuelta después de tanto tiempo.

Cuando nuestros cuerpos estuvieron a tan solo dos metros de distancia, la sonrisa de Zev se ensanchó un poco, con unos ojos brillantes y algo rojos, como si hubiese deseado este momento desde hacía meses. Casi tanto como yo.

—Ese es mi sombrero, vaquera —susurró, con aquella voz que me derretía.

Sin embargo, en ese momento fui incapaz de reaccionar. Era incapaz de hacer absolutamente nada.

Cuando era lo que más habría deseado, pero… Lo había visto morir, viví su entierro… Me habían dicho todos que lo habían enterrado cerca de sus madres y yo… yo me lo creí como una estúpida de mierda. Todos me habían mentido a la cara, incluido mi marido, cuya muerte lloré durante meses y ahora… Ahora estaba frente a mí.

Sentía una mezcla extraña de felicidad, entusiasmo y enfado.

—Dime algo, por favor…—suplicó, al ver que no respondía.

Lo miré y logré reaccionar; di tres pasos hacia él, hasta que nuestros cuerpos estuvieran lo suficientemente cerca como para que mi vientre redondo rozara el suyo plano. Levanté mi mano izquierda y la posé sobre su mejilla, rozando su mandíbula, la cual ahora tenía bastante barba. Quería tocarlo, asegurarme de que aquello era real, que estaba pasando de verdad. Y sentí esa electricidad en la yema de mis dedos que tenía con él siempre que nos tocábamos. La sentí después de tantos meses sola, abrazada a mí misma y durmiendo con una camiseta vieja de Zev para sentirme más cerca de él. Y ahora estaba ahí, observándome de esa manera llena de desesperación con una arruga en su entrecejo.

—Te vi morir… —susurré, con la voz temblorosa—. Te vi. ¿Cómo…? —Empecé a negar para luego alejarme de él dando dos pasos hacia atrás, sin comprender absolutamente nada—. No, no, no… Esto debe de ser un sueño del que voy a despertar y me pondré mucho peor que nunca…

Escuché los zapatos de Zev caminando sobre aquella hierba húmeda y se acercó a mí, a la vez que me daba mi propio espacio.

—No es ningún sueño, Liv.

Negué mientras volvía a mirarlo a los ojos, sin entender absolutamente nada.

Estaba tan atónita que ni siquiera las palabras salían de mis labios. No podía hablar, apenas moverme y empecé a sentir que la herida que tenía en el corazón, el cual estaba roto, empezaba a dar señales de vida y no sabía si por el enfado al saber que me había mentido o porque volvía a estar conmigo. Porque estaba vivo.

Quería gritar, decirle que lo amaba, pero el bofetón que me dio la vida en ese momento me impedía hacer eso.

—Zev… Te vi morir allí, joder… ¿No sabes lo que me costó decirle a Angela lo que te sucedió a ti y a Ginevra? —le recriminé, mientras Zev me observaba como si él también estuviese tan dañado como yo —. Por culpa de que tenía que fingir estar muerta no pude estar presente en tu entierro.

—No quería que fueras tampoco —respondió él rápidamente—. Era todo falso y no quería que lo pasaras peor. Aquello me dejó con miles de dudas más.

—¿Qué…?

—Sé que ahora me odias y estás furiosa conmigo —se apresuró a decirme —, pero era necesario hacerle creer a todo el mundo que

había muerto para que ni las Smirnova ni ninguna otra mafia continuara haciéndonos la vida imposible.

Entonces el nombre salió de mis labios como reacción ante lo que mi mente estaba pensando.

—Ginevra…

A Zev se le oscureció la vista y negó con la cabeza.

No, eso no fue actuado, su muerte había sido real, tan real como la vida misma. Y aquello me apenó completamente.

—Ella… Sabía lo del plan que hicimos Delia, Nikola e Ian, pero…

Se le quebró la voz mientras que las hormonas me tenían totalmente alborotada y, dándole la espalda, empecé a llorar por lo que estaba viviendo en ese momento. Por el reencuentro con mi marido, al cual creía muerto y por recordar a Ginevra. Negué con la cabeza mientras que Zev caminaba nuevamente hacia mí y trataba de tocarme. Al final se lo permití. Sentirlo fue como ponerle una tirita a una herida y lo agradecí completamente.

—Lo siento —susurró un Zev que estaba igual de destrozado que yo y se le notaba en su rostro.

Se notaba que había pasado un eterno tormento durante todos aquellos meses, como si el no vernos a Angela ni a mí y hacernos creer que ya no lo volveríamos a ver le doliese mucho más.

Pero las dudas, el enfado, la decepción de saber que me habían mentido todos… Aquello seguía ahí.

Cuando las lágrimas cesaron él observó mi vientre y, aunque era más que obvio, musitó:

—¿Estás…?

—Déjame recomponerme, joder…

Mi enfado habló por mí.

Lo retiré, empezando a caminar por el lugar mientras que era incapaz de mirarlo a la cara en ese momento. Cuando me giré, volví a ver a Zev ahí, de pie, vivo como llevaba deseándolo desde hacía tiempo. Y cuánto deseaba abrazarlo.

—¿Me estás diciendo que fingiste tu muerte y me lo hiciste creer?

Él asintió.

—Sí…

—¿Por qué? ¿No confiabas en mí para decírmelo? —cuestioné, incrédula. —Hubiésemos sufrido menos.

—Era más seguro para ti así —respondió. —Créeme, no quería hacerte eso, Olivia. Y ahora no lo verás, pero fue lo mejor.

Tal vez por los nervios, el momento, el calor o todo acumulado, pero empecé a sentirme algo mal. Quizás por el embarazo, pero Zev se asustó. Levanté mi mano para decirle que estaba bien, cuando empecé a sentir unas fuertes patadas de mi bebé en mi vientre que me hicieron posar las manos en mi estómago tan rápido como lo sentí. Sentí varias patadas y cuando quise darme cuenta, ya Zev estaba pegado a mí, colocando sus manos sobre las mías, asustado.

—¡Joder, Liv! —gritó, como si temiese haberme provocado el parto en ese momento, pero sabía que eso no era así—. Voy a llevarte a un médico, hay uno a veinte minutos de aquí. Si te llevo rápido…

—Estoy bien, solo han sido varias patadas del bebé.

Él resopló del susto.

En menos de dos segundos, Zev estaba arrodillado frente a mí, sobre la hierba mojada que Oliver se había encargado de cuidar y negué rápidamente con la cabeza.

—¿Qué haces? Levántate, Zev. La hierba está mojada y no quiero que te pongas enfermo.

Pero mi marido era un idiota que me ignoró por completo en ese momento.

—Déjame explicártelo todo, pero por favor… No levantes un muro frente a nosotros. Por favor, Olivia.

Apreté la mandíbula y le hice un gesto para que se levantase. Cuando estuvo frente a mí, mirándome con temor a que me alejase de él, no pude aguantarlo más.

Lo abracé como si fuese mi talismán, como algo que había perdido y había vuelto a encontrar después de tanto tiempo, cayendo así mi sombrero sobre la hierba. Lo abracé como si me fuese la vida en ello y lo que me permitía mi vientre. Zev, sorprendido, no tardó mucho en devolverme el abrazo y empezar a respirar con tranquilidad, como si hubiese estado aguantando la respiración desde que nos habíamos reencontrado.

Bajo el sol de Kansas, en aquel rancho que tanto nos encantaba y donde teníamos toda la paz necesaria, ambos nos abrazamos. Unos antiguos amantes que llevaban meses sin verse y que iban a ser padres muy pronto. Suspiré al sonreír y conseguí que mis lágrimas empezaran a resbalar por mis mejillas por tenerlo totalmente cerca, poder tocarlo, olerlo, sentirlo.

Todo.

Zev estaba vivo y esta vez todo iba a ser distinto, nuestra vida sería distinta y mil veces mejor.

Sentí sus manos sobre mi espalda y cómo olía mi cabello rizado, como si estuviese en casa. Como si yo fuese su casa. Sus manos empezaron a temblar y noté cómo Zev enterraba su rostro en mi cuello, agachándose lo máximo que podía para poder hacer eso. Y ahí empecé a notar cómo mi cuello se humedecía por lo que me imaginaba que serían sus lágrimas cayendo sobre mi piel.

Cuando me separé de Zev, lo encontré con los ojos enrojecidos y traté de recomponerme.

—Artemisa está deseando que la saludes. Estaré esperándote en el porche de casa.

Le di la espalda, tratando de procesar todo lo sucedido y buscar un soplo de aire fresco, para poder llevar esa conversación con mi marido. Toqué el anillo de casada y el de prometida que llevaba y caminé hacia el porche de casa, sentándome en la silla del comedor que teníamos para almorzar o cenar alguna que otra vez frente a la naturaleza en ese espacio abierto.

Ahí fue cuando vi a Zev saludando a Artemisa, quien se mostraba feliz de verle. Así estaba yo en el fondo, pero necesitaba recomponerme, más ahora con el embarazo y él parecía tener mucho más cuidado conmigo por ese mismo motivo. Cuando se giró para caminar hacia mí, se le veía nervioso y desde luego observaba mi vientre más que abultado. Y me pregunté si Delia se había guardado ese secreto durante tanto tiempo, si ni siquiera se lo había dicho a Zev en esa ausencia.

Luna lo sabía desde hacía unos meses, después de que se mudase a un pueblo cercano de mi rancho, que estaba a bastantes minutos en coche y había sido una gran ayuda para mí, pero Zev parecía haberse llevado una sorpresa al verme. Una sorpresa que lo había hecho feliz. Se sentó en la silla que tenía al lado y, tras un largo rato en silencio, decidí hablar:

—El día de tu entierro supe que estaba embarazada.

Zev me observó, abriendo los ojos por completo de la sorpresa.

—¿Lo sabía alguien más? —inquirió.

Asentí.

—Delia.

Hizo un gesto con la boca que me hizo reír pero que a él no le hacía ni pizca gracia.

—¡Joder! Si… —gritó, mirando hacia algún lugar del rancho—. Si ella me lo hubiese dicho no habría aparecido de sopetón y te lo habría dicho poco a poco para no darte este susto —se lamentó, totalmente angustiado.

Entonces coloqué mi mano sobre la suya, la cual descansaba sobre la mesa del comedor del porche y lo tranquilicé.

—Estoy bien.

Él negó.

—No… Fui un idiota. No quería preocuparte, pero…

—Zev… Mírame —respondí y cuando lo hizo, continué: —Estoy muy feliz de que estés aquí conmigo, de que hayas vuelto. Es lo que más he deseado y Angela también. Pero debes entender que tenga dudas y que esté enfadada porque fuese todo un secreto. Tan solo dame unos minutos y déjame recomponerme, pero me lo vas a contar absolutamente todo.

Él asintió y, cuando vi que observaba mi vientre, como si deseara tocarlo, tomé esa misma mano y la puse sobre mi estómago redondo. Zev abrió mucho más sus ojos y empezó a tocar ese vientre, totalmente feliz por la noticia que acababa de descubrir.

—Vamos a ser padres… —musitó, feliz.

Asentí.

—Llevaba meses pensando si estarías feliz o no.

Él me miró como si estuviese loca.

—¿Qué? Soy el hombre más feliz del mundo ahora mismo —exclamó y sabía que era cierto.

Enarqué una ceja y decidí gastarle una broma.

—No me has preguntado si es tuyo.

Zev se quedó totalmente pálido mientras me observaba y luego empecé a reír por ello.

Aquello parecía no hacerle gracia, pero a mi sí.

—No me hagas esas bromas. Sé que es mío —respondió. —¿Ha sido mucho trabajo para ti llevar el rancho estando embarazada? Si lo hubiese sabido habría venido mucho antes. Hubiese trabajado día y noche y te habría acompañado a las citas médicas y…

Al ver que empezaba a hablar atropelladamente, traté de frenarlo:

—Zev…

—Podría darte masajes en los pies.

—Zev…

—Y podría…

—Zev, escúchame —lo frené, riendo—. Marta y Oliver han sido como unos padres para mí ayudándome en todo. Han estado aquí siempre

que lo he necesitado y he ido acompañada por Marta a las citas con la ginecóloga. He estado muy bien cuidada.

La tristeza en su rostro se hizo evidente.

—Pero me habría gustado ser yo el que hubiera estado ahí, cuidándote.

Levanté mi mano nuevamente y toqué su rostro, viendo cómo él cerraba sus ojos como si sintiese cada toque mío como algo que era parte de sí mismo. Disfruté ese momento como nunca y deseé probar nuevamente esos labios, pero necesitábamos hablar.

—Nunca es tarde —aseguré.

—¿Sabes si es niña o niño? —me preguntó, emocionado.

Y sonreí.

—Primero dime qué es lo que ha pasado, de principio a fin.

Zev asintió, mientras que los minutos pasaban y tan solo podía mirarlo, sintiéndome eufórica al tenerlo junto a mí por fin después de tantos meses, de lo que luchamos para estar aquí, de sufrir, de un divorcio, de dos bodas… Y muchas cosas más. Habían sucedido tantas cosas en poco tiempo que era incapaz de pensar en nada que no fuese la paz. Y es que ahora vivíamos en un sitio donde estábamos rodeados de monotonía, aburrimiento, paz, tranquilidad y felicidad. Y eso era lo que quería.

—Nikola me dijo que el plan era fingir mi muerte con un juego de humo y cosas que Ian encontró —comenzó a hablar, dejando que lo escuchase—. Cuando vi a Mattia, me hirvió la sangre por lo que te había hecho y empezamos a pelear. Conocía ese lugar porque estuve alguna vez en una reunión con Ginevra, cuando nos llevábamos mal tiempo atrás. Justo había una puerta que me llevaba a un túnel subterráneo y puse aquella distracción. Mattia se buscó su propia

muerte él solo. Fue la oportunidad perfecta para hacerles creer a todos que había muerto.

—Pensé que habías sido tú… —respondí, con la mirada perdida.

Él negó con la cabeza para acercarse a mí y tomar mi rostro con amor.

—Estoy aquí, por y para ti.

No supe por cuánto tiempo estuvimos así, hasta que respondí a su anterior pregunta:

—Es una niña.

Sus ojos empezaron a brillar con más intensidad a causa de la emoción y alguna lágrima empezó a caer. Su sonrisa se ensanchó y luego, sin yo esperármelo, se levantó para colocarse frente a mí, de rodillas, para tocar mi vientre y dejar varios besos sobre mi estómago.

—Hola, pequeña… —susurró. —No me conoces porque he estado ausente, pero soy tu padre… —murmuró consiguiendo que me derritiese por completo—. Acabo de saber que seré padre y ya estoy deseando verte la carita… —Entonces Zev me miró a los ojos con ese amor que tanto me había demostrado durante mucho tiempo y añadió, risueño: —Creo que vas a sacar el mal genio de tu madre.

—Oye —protesté, indignada.

—Y sin conocerte, ya te quiero —confesó.

Sonreí, sintiendo que mi corazón se había recompuesto en poco rato después de meses teniéndolo roto en pedazos.

—Nunca te he imaginado como padre —bromeé.

—¿Cómo se llamará? —cuestionó mi marido.

—Todavía no lo sé —admití.

—Encontraremos el nombre juntos, porque… podré estar presente en la vida de nuestra hija, ¿verdad? —preguntó temeroso, todavía sin levantarse del suelo de madera.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza ante las estupideces que decía ese hombre al que tanto amaba.

—Mira que eres idiota, cucaracha —contesté, haciéndolo reír—. Por supuesto. Te amo, eres mi marido y aunque seas un idiota y ahora esté enfadada contigo, te quiero en mi vida, siempre.

Y por fin, lo besé con amor y él me correspondió con la misma entrega después de tanto tiempo sin vernos, después de tanto tiempo creyendo que no volvería a verlo nunca más… creyendo que no volvería a escuchar esa voz con ese acento italiano.

—He cambiado mi apellido —me contó él.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál llevas ahora?

—Zev Lara Hepburn —proclamó, con orgullo y una sonrisa enorme.

Sus ojos brillaron y supongo que fue por la cara que puse. Había sustituido el apellido de Giulio por el mío, por el apellido de mi madre; Lara.

Sonreí, encantada y no hizo falta responderle absolutamente nada, porque mi expresión lo decía todo.

—Y quiero que mi hermana también se apellide así. No quiero saber nada más del apellido Grimaldi.

Asentí, de acuerdo con él, dándole un casto beso en los labios.

—Voy a llamar a Angela —dije, tan pronto como nos separamos.

Con la ayuda de Zev, me levanté de la silla y vi lo nervioso que estaba al mencionar el nombre de su hermana. Me acerqué a la puerta de la casa para llamarla.

—¡Angela! ¿Puedes bajar?

Un buen rato después, escuché los zapatos de Angela bajando las escaleras de madera para luego verla con un dibujo entre las manos y un rostro triste.

—Oli… Me quedé sin el color azul, ¿tienes…? —Pero las palabras quedaron en el aire en cuanto vio a su hermano.

Su reacción fue exacta a la mía.

Se quedó muda, mirándolo como para discernir si era real o no, luego me miró a mí y se percató de la sonrisa que tenía en ese momento, por lo que al comprenderlo empezó a correr hacia él, a la vez que se la notaba enfadada. Pero a medio camino se le pasó y su enfado se esfumó. Admiré su inocencia, ya que me costaría un poco más.

Zev la levantó del suelo, girando con ella en brazos, hasta que la bajó nuevamente.

—Estás aquí —exclamó la pequeña.

—Sí, estoy aquí y no pienso irme nunca más.

En ese momento, me sentí mal por Ginevra y por Sally, quienes no tuvieron ese final, pero sé que vivieron grandes momentos juntas. Y aunque la vida era injusta, todos terminaban pagando las consecuencias de sus actos. Al mirar a Zev y recordar todo lo que sufrimos durante meses, ver que ahora estábamos a salvo en un lugar seguro, alejado de todos y donde nadie podría encontrarnos, pude ver esa felicidad en el rostro de mi marido.

Pero pronto se sumó otro integrante más de la familia; Rocky, que empezó a correr con la lengua fuera mientras se tiraba encima de Zev, feliz de tenerlo cerca nuevamente. Y yo tan solo reí mientras me tocaba el estómago.

Poco después, tanto Angela como Rocky empezaron a jugar en el espacio abierto del rancho cuando Zev se acercó a mí, zalamero.

—¿Qué haremos esta noche? ¿Dormiré en el sofá o me ganaré el derecho de poder estar a tu lado?

—Aún tengo que pensármelo —me hice la dura, aunque estaba encantada con la hermosa escena que tenía ante mí.

***

Ni en mis mejores sueños habría imaginado que estaría así, con Zev en el baño que teníamos en nuestro cuarto de aquel rancho mientras que yo me cambiaba de ropa.

Tomé una camiseta vieja de mi marido, la cual era completamente negra, exceptuando el logotipo de los *Rolling Stones* que estaba algo borroso por tantos años de uso. Me lo terminé de colocar para luego soltarme el cabello de la coleta que me había hecho para la cena de aquella noche. Al dejar que mi cabello rizado se asentara empecé a caminar hacia la ventana de aquel cuarto, donde solía admirar las hermosas vistas del rancho. Me fascinaba ese lugar y desde que me había venido a vivir aquí, no había dejado de pintar, sobre todo yendo al lugar secreto en el que Zev me había pedido matrimonio por segunda vez, en aquel hermoso lago.

No dejaba de pensar en la escena que tuvo lugar cuando llegaron Oliver y Marta, asombrados al ver a Zev. Parecían como unos abuelos jóvenes para él, abrazándolo, sobre todo con Marta llorando a mares por verlo sano y salvo. La cena que hicimos fue increíble, perfecta, aunque yo apenas pude comer por las náuseas del

embarazo. Y eso que lo de las náuseas matutinas era tan falso como el que lo escribió. Porque desde que tenía poco tiempo de embarazo, no podía comer cualquier cosa sin terminar vomitando y solo unas pocas comidas me sentaban bien. Ni siquiera podía oler el café sin poner cara de asco.

Fue una tarde muy intensa en la que Angela apenas se alejaba de Zev y Rocky parecía mucho más feliz que nunca, como yo. Y, aunque en el fondo estaba enfadada porque me hubieran ocultado tal cosa por tanto tiempo, mi felicidad era tan plena que no recordaba la última vez que me había sentido así. Y ahora que me encontraba aquí, sabiendo que Zev estaba vivo, a mi lado… Tenía muchas esperanzas. Sabía que podríamos formar juntos la familia que habíamos soñado. Pero, quizás porque era muy pronto después de tanto tiempo, aún no podía creérmelo.

Sin más, empecé a caminar hacia la puerta del baño que estaba abierta y ahí lo vi, tan solo con un pantalón deportivo puesto que le colgaba por sus caderas, dándome una vista excelente. Sin duda, había hecho mucho más ejercicio que nunca y sus abdominales estaban mucho más marcados que meses atrás, pero su cuerpo parecía un poco más flaco que antes y esperaba que se recuperase. Al ponerme en el lugar de Zev me imaginaba que hacer eso no debía de ser nada fácil y si fuese él, apenas podría comer o dormir tranquila.

Él me miró sonriente para luego continuar afeitándose la barba. Aunque aún le faltaba un buen corte de cabello, era tan guapo y tan perfecto que aún sentía que no era real.

—Estás más delgado que antes… —le dije, preocupada.

Él me miró unos segundos, con la mitad de la espuma en el rostro.

—No ha sido fácil pasar estos meses separado de vosotras… y saber que te sentirías culpable por algo que no era real me tenía más

angustiado todavía —respondió. —Encerrarme horas en el gimnasio era lo único que me ayudaba a no pensar tanto.

Suspiré, sin poder dejar de mirarlo y solo esperé que pronto se recuperase, como yo.

—Olivia, no te preocupes por mí. Con unas cuantas cenas y almuerzos más como los que prepara Oliver ya habré recuperado el peso de antes —me aseguró. —Tienes el mismo rostro que yo cuando te vi totalmente pálida y con kilos de menos cuando te saqué de aquel casino tras una semana secuestrada —susurró, con una mirada oscura al recordar aquello.

—Eso es pasado.

—Aún sigo teniendo pesadillas pensando que no voy a encontrarte —se sinceró.

Sacudí la cabeza mientras lo miraba y algo nuevo me llamó la atención. Un nuevo tatuaje que él se había hecho en su pectoral izquierdo, donde estaba el nombre de Angela y el mío, cosa que nunca creí ver. En su costado derecho tenía los nombres de sus caballos, su perro, al que había perdido hacía unos años y el de Rocky. Sorprendida por ello, lo miré y él me pilló *in fraganti*, regalándome esa sonrisa chulesca que tanto me encantaba de él. Cuando acabó, quitándose el resto de la espuma de su rostro, apagó la luz del baño y se acercó a mí.

—Estás hermosa —murmuró Zev.

—Y tú pareces que sobreviviste a un ataque *zombie* —respondí, haciéndolo reír por primera vez en ese día. Esa era mi intención, tirar de humor para aligerar el peso que llevaba sobre sus hombros. Ambos lo necesitábamos, pero especialmente él.

Me maravillé con esa hermosa risa que llevaba meses deseando volver a escuchar y creí que no lo volvería a hacer.

Una vez cerca de mí, su expresión cambió y tomó mi rostro entre sus manos.

—No ha habido noche que no haya pensado en ti, en dormir a tu lado, abrazado a ti y poder despertarme viéndote —confesó.

Y deseé que eso sucediese siempre, para siempre.

—Ahora puedes —respondí.

Zev analizó la ropa que llevaba y un brillo intenso iluminó sus ojos.

—Te queda perfecto ese suéter.

—Lo he utilizado como pijama cada noche, junto con tres suéteres más tuyos —confesé, entre risas.

Pero mi rostro cambió al ver lo cerca que estaba de mí, después de sentirme sola durante tanto tiempo, creyendo que no lo volvería a encontrar. Sería repetitiva, pero apenas podía creerme que él estuviera ahí y menos hacerme a la idea de que estaba vivo y podíamos vivir nuestra vida como deseábamos…

Necesitaba digerir todo lo que me había contado Zev y volver acostumbrarme a él, aunque sabía que no me costaría trabajo.

—No dejo de pensar en lo que has sufrido durante todos estos meses, estando embarazada y creyendo que criarías sola a nuestra hija —se lamentó él.

—No he estado sola. —Mi susurro se fue desvaneciendo.

Y él me leyó la mirada.

—Pero no es lo mismo.

Mi labio inferior empezó a temblar y estaba cansada de estar tan sensible, pero había experimentado demasiadas emociones de golpe y eso me pasaba factura. Él lo notó y no se alejó ni un milímetro de mí, lo cual me reconfortó.

—Admito que he estado aterrada todo este tiempo. Y creer que no volvería a verte…

Sin más, me abrazó sin preguntarme cuánto lo deseaba. Cuánto deseaba que ese hombre me abrazara de esa manera, con esos brazos fuertes que gritaban "hogar". Lo amé, lo amaba y lo seguiría amando. Quería una vida a su lado, era lo que más deseaba.

Estaba a mi lado, abrazándome y, junto a él, el tiempo parecía detenerse. Todo era perfecto.

Lloré en su pecho mientras me estrechaba entre sus brazos con ese amor que nos habíamos demostrado muchas veces y que nos seguiríamos demostrando durante mucho, mucho tiempo más.

—Te prometo que me esforzaré para que me perdones por haberte hecho creer que estaba muerto —me juró él.

—Ahora solo quiero que me abraces toda la noche —le pedí, abrazándolo más fuerte.

No lo miraba, pero podía sentir que él sonreía, ahora con mucha más dulzura, mientras me sentía totalmente en mi hogar entre sus brazos.

—Eso no tienes ni que pedírmelo, ricitos.

Me quedé callada, tan solo quería disfrutar de ese momento y que fuera eterno, junto a mi marido, el padre de mi hija… el hombre al que amaba.

—Te amo, Liv —declaró Zev y noté cómo su corazón corría igual que él mío, latiendo de la misma forma; como si fuésemos uno.

Y sí, nuestro inicio de relación no fue la más ideal, ni la más perfecta, mucho menos todo lo que sucedió después, pero era nuestra historia. Solo era el preludio de nuestra historia y quería seguir viviendo y compartiendo muchos más capítulos con Zev.

EPÍLOGO

«Nunca había sido tan feliz como hasta ahora y disfrutaba cada día de estar rodeado de las personas a las que más quería» — Zev Lara.

Dos años después

OLIVIA LARA

La luz de la luna se filtraba a través de los amplios ventanales de la galería, bañando las obras de arte con una luz hermosa que, mezclada con las luces encendidas de aquel lugar a esa hora de la noche, parecía darles vida propia.

Me encontraba de pie frente a un cuadro particularmente intrigante, mi vestido negro ceñido reflejando la elegancia del evento. A mi alrededor, el murmullo de conversaciones y el tintineo de copas de champán llenaban el aire, creando una atmósfera de sofisticada expectación.

Dos personas adineradas, coleccionistas de arte reconocidos en la ciudad, estaban a mi lado con sus ojos fijos en el lienzo frente a nosotros. El cuadro, una explosión de colores y formas abstractas, parecía contar una historia diferente a cada persona que lo miraba.

—¿Qué cree usted que representa, señora Lara? —preguntó uno de ellos, con una voz cargada de curiosidad.

Sonreí, dejando que mis ojos recorrieran cada pincelada del cuadro.

—El arte es subjetivo —comencé, con mi voz suave pero segura—. Para mí, este cuadro habla de transformación. Veo el caos inicial, representado por esos trazos oscuros y agitados en la parte inferior, que poco a poco se va transformando en algo más ordenado y

luminoso en la parte superior. Es como si el artista quisiera mostrarnos el viaje de la oscuridad a la luz, del caos al orden.

Los coleccionistas asintieron, sus rostros mostrando una mezcla de comprensión y admiración. Pero antes de que pudieran responder, una voz dulce y clara se alzó a mi lado.

—Yo creo que es como un lugar mágico —dijo Angela, con su rostro iluminado por la emoción—. Esas manchas de color son como flores que crecen en todas direcciones. Es como si pudieras entrar en el cuadro y perderte en un mundo de colores y formas.

Me giré para mirarla y mi corazón se hinchó de orgullo. En esos dos años, Angela había crecido no solo en estatura, sino también en confianza y creatividad. Su interés por el arte, que había florecido junto con el mío, era una fuente constante de alegría y asombro.

Quizás era porque le estaba enseñando a dibujar como lo hacía yo y poco a poco ella estaba encontrando su estilo propio, pero desde que vivíamos en un lugar lleno de paz, en aquel rancho rodeado de naturaleza, nuestra creatividad había crecido considerablemente.

Los coleccionistas miraron a Angela con sorpresa y deleite.

—Qué interpretación tan maravillosa, jovencita —la felicitó uno de ellos, claramente impresionado.

Sonreí, colocando una mano sobre el hombro de Angela.

—Ella tiene un don para ver la magia en el arte —dije, con afecto.

Estaba orgullosa de todo lo que había conseguido Angela en esos dos años, viviendo la vida que ella merecía, yendo a una escuela donde no se la señalaba, teniendo muchas amigas y disfrutando mucho del rancho junto con Rocky, mi fiel compañero de vida para siempre, pues sabía que Rocky tendría a alguien más con quien jugar a medida que creciera.

Marta y Oliver nos ayudaban y estaban para lo bueno y para lo malo. Eran como de la familia y estábamos felices de que ellos estuviesen en nuestras vidas.

Era la inauguración de mi galería, aquella galería que llevaba años teniendo en mente y que Zev me había metido en la cabeza hacía tiempo. Nunca pensé pasar noches en vela por la ilusión de crear mi propia galería y estar rodeada de artistas. También seguía pintando, mucho más que nunca e incluso había llegado a vender algunos cuadros.

Ahora, aquella noche de viernes rodeada de artistas, coleccionistas y amigos del pueblo, con Angela como mi ayudante, todos celebrábamos aquella noche en la Galería Gala, en recuerdo de mi madre.

De repente, un alboroto alegre interrumpió nuestra conversación. Una pequeña figura vestida de rosa pasó corriendo entre la multitud, sus risas llenando la galería de una alegría contagiosa. Zev corría detrás de ella y su rostro era una mezcla de diversión y preocupación.

Y por lo que veía, al final se había puesto aquel vestido tan llamativo. Mi pequeña amaba el rosa y no sabía a quién había salido en eso, pero toda su habitación era del mismo color.

—¡Gala, cuidado! —exclamó Zev, esquivando hábilmente a los invitados mientras perseguía a nuestra hija de dos años.

Ella no paraba quieta y corría por todos lados como si aquello fuese un parque de diversiones.

No pude evitar sonreír al ver la escena. Gala, con su energía inagotable y su curiosidad sin límites, era un torbellino de alegría que iluminaba nuestras vidas. Corrió directamente hacia mí con sus bracitos extendidos y su voz clara gritando:

—¡Mami!

Me agaché para recibirla, levantándola en mis brazos y acercándola a mí con cuidado.

—Hola, mi amor —saludé, besando su mejilla sonrosada—. ¿Te estás portando bien con papá?

Miré de reojo a mi marido, que tenía el cabello revuelto y parecía que el deporte que hacía diariamente no se notaba cuando se trataba de Gala, que era incansable. Gala asintió enérgicamente y sus rizos oscuros rebotaron con el movimiento. Zev llegó a nuestro lado, con la respiración ligeramente agitada y su traje impecable ligeramente desarreglado por la persecución.

—Es demasiado rápida para tener solo dos años —farfulló, pasándose una mano por el cabello.

Reí suavemente, bajando a Gala al suelo. Inmediatamente, Angela y ella se tomaron de la mano y comenzaron a corretear por la galería, sus risas mezclándose con el murmullo de la fiesta.

Zev se acercó a mí, con sus ojos brillando con amor y orgullo. Me dio un suave pico en los labios.

—Felicidades, ricitos —me halagó. —Lo has logrado. Tu propia galería de arte.

Sentí que mi corazón se hinchaba de felicidad.

—Gracias a mi cucaracha —respondí, entrelazando mis dedos con los suyos.

Zev arqueó una ceja y una sonrisa juguetona asomó a sus labios.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es esa cucaracha?

Fingí pensarlo por un momento.

—Oh, ya sabes, el otro marido que tengo —bromeé, riendo ante su expresión fingidamente ofendida.

Mientras observábamos a Gala y Angela correr entre las obras de arte, mi mente viajó a los últimos dos años. Habían sido un torbellino de emociones, desafíos y alegrías.

El día del parto de Gala fue uno de los más aterradores y hermosos de mi vida. Las complicaciones surgieron de repente, como una tormenta en un día soleado. Recuerdo el dolor, el miedo, las voces urgentes de los médicos y, sobre todo, recuerdo la mano de Zev aferrada a la mía, sus ojos llenos de terror y determinación.

Estuve a punto de morir en el parto de mi primera hija y Zev no paraba de repetirme que luchase.

Cuando desperté, horas después, lo primero que vi fue el rostro de Zev. Estaba sentado junto a mi cama, sus ojos rodeados de ojeras profundas y un rostro marcado por la angustia y el alivio. En sus brazos sostenía un pequeño bulto envuelto en una manta rosa.

La sonrisa con la que me recibió fue digna de enmarcar y cuando me enseñó a nuestra hija, fue el mejor día de mi vida. Es indescriptible el momento en el que ves la carita de alguien a quien has tenido en el vientre durante muchos meses, que ha sido una creación tuya. Fue lo mejor que me ha pasado sin lugar a dudas.

En ese momento, mirando a nuestra hija recién nacida, supe cuál sería su nombre. Si bien ambos tuvimos varias dudas sobre el nombre, al final decidí llamarla Gala, como mi madre. Zev estuvo de acuerdo conmigo enseguida, con unos ojos brillando por las lágrimas contenidas y repitiendo el nombre para luego decirme que era perfecto para nuestra hija.

Los primeros meses fueron un desafío; noches sin dormir, preocupaciones constantes y la sensación abrumadora de ser responsables de una vida tan pequeña y frágil. Pero también fueron meses llenos de momentos mágicos. La primera sonrisa de Gala, su primera risa, la forma en que sus pequeños dedos se aferraban a los nuestros…

Angela se adaptó a su papel de tía y hermana con una gracia y un amor que me sorprendieron. Desde el primer momento, adoró a Gala. La vi crecer no solo en estatura, sino en madurez y compasión. Verlas juntas, Angela leyéndole cuentos a Gala o enseñándole a dibujar, llenaba mi corazón de una alegría indescriptible.

Zev, por su parte, se sumergió en la paternidad con una dedicación que me dejó sin aliento. Cada noche, mientras nos preparábamos para dormir en nuestra habitación del rancho, compartía sus miedos conmigo.

«¿Y si no soy un buen padre?», susurraba en la oscuridad, su voz cargada de vulnerabilidad. «¿Y si cometo los mismos errores que Giulio?».

Yo tomaba su rostro entre mis manos, mirándolo a los ojos y le decía que era un padre maravilloso y que se notaba por cómo se preocupaba cada día. Que nunca cometería los mismos errores que ese señor y que nuestro presente era solo nuestro y de nadie más.

Con el tiempo, vi cómo esos miedos se iban disipando, reemplazados por una confianza tranquila. Zev se convirtió en el padre que siempre había deseado ser: paciente, amoroso y siempre presente.

La idea de la galería de arte nació durante esos primeros meses con Gala, porque aunque estaba segura de que quería primero disfrutar de mis primeros años de maternidad junto con Zev, la idea de dicha galería no se iba de mi mente. Entre cambios de pañales y momentos nocturnos, comencé a soñar con un espacio propio donde pudiera compartir mi pasión por el arte con el mundo, a imaginarme

cómo sería dicho lugar arquitectónicamente. Zev me apoyó incondicionalmente, ayudándome a planificar, a buscar el local perfecto y a contactar con artistas.

Y gracias al anillo de nuestro primer compromiso y a la joya que mi padre me había dado, teníamos más que suficiente para vivir toda una vida y heredarlo a la futura generación de nuestra sangre y me sobraría para montar dicha galería de arte.

«Galería Gala».

Así fue como decidí nombrarla mientras tenía a nuestra hija en brazos para dormirla.

La llamé así principalmente por mi madre, pero también por mi hija.

Los meses pasaron volando, cada día trayendo nuevos desafíos y alegrías. Vi a Gala dar sus primeros pasos, escuché sus primeras palabras… la vi crecer con su personalidad formándose día a día, una mezcla perfecta de Zev y yo. Aunque Zev decía que se parecía mucho más a mí.

No sabía a qué se refería…

Ahora, de pie en mi galería recién inaugurada, rodeada de arte y de las personas a las que más amaba en el mundo, sentí una oleada de gratitud tan intensa que casi me dejó sin aliento. Habíamos pasado por tanto, habíamos superado tantos obstáculos y aquí estábamos; más fuertes y más unidos que nunca.

En cambio, Luna había decidido quedarse a vivir siempre en aquel pueblo, cerca de nuestro rancho y también me ayudó y mucho en nuestra crianza junto con Marta y Oliver. Y ahora se encontraba aquí, conmigo, en aquella inauguración.

Si bien Ian y ella querían algo juntos, algo pasó entre ellos que la relación no avanzó. Quizás fue porque Ian no quería dejar la policía,

aunque lo prometieron para vivir una vida más tranquila, e Ian le mintió a Luna con que lo dejaría y al final no lo hizo. De modo que Luna, aunque era muy reservada, había empezado a salir con un hombre bastante apuesto, que poseía un rancho a las afueras de ese pueblo y al que Marta y Oliver conocían como el soltero de oro.

Decían que era un hombre increíble, aunque tuvo una esposa que terminó abandonándolo después de tener a su primer hijo. Así estaba, criando a un hijo él solo. A pesar de que Luna veía que ese hombre no estaba interesado en relaciones más serias porque quería cuidar de su rancho y de su hijo, algo empezó a surgir entre ellos y ahora tanto Luna como Diego –así se llamaba– estaban ahí, en una tercera cita.

Sonreí por ella, contenta de que pasara página con un hombre como Ian, que le había dado muchas noches llenas de lágrimas. Quizás hubo mucho amor por parte de ambos, pero a veces las relaciones no funcionaban.

Zev me rodeó con sus brazos, atrayéndome hacia sí.

—¿En qué piensas? —murmuró en mi oído.

Apoyé mi cabeza en su hombro, observando a ambas niñas jugar entre las obras de arte.

—En lo afortunada que soy —respondí. —En lo perfecto que es todo esto.

Sentí su sonrisa contra mi cabello.

—Te lo mereces todo —dijo. —Después de tanto luchar, estamos aquí, todos juntos. *Ti amo, Liv…*

Sonreí por ello, por el amor que nos teníamos, por cómo éramos juntos, por lo que estábamos construyendo y lo que seguiríamos haciendo.

Por eso y por más le dije:

—Te amo, Zev.

En ese momento, rodeada del arte que amaba y de la familia que había construido, supe que había encontrado mi lugar en el mundo. La vida no era perfecta, aún teníamos desafíos por delante, pero juntos podíamos enfrentar cualquier cosa.

La galería Gala era más que un sueño hecho realidad. Era un símbolo de nuestro amor, de nuestra fortaleza, de nuestra capacidad para crear belleza incluso en los momentos más oscuros. Era un legado que les dejaríamos a nuestras hijas, un recordatorio de que con amor, determinación y un poco de magia, cualquier cosa es posible.

Entonces, Zev observó una pequeña sección que había sido idea de un amigo que se dedicaba al arte y que había visto mis obras. Era una sección que Zev no conocía y cuando se acercó a ver aquel cuadro, vi algo en sus ojos que lo hizo sonreír.

—Ese cuadro está expuesto, pero no está en venta… Solo estará aquí un tiempo —comenté, sonriente al ver que Zev no paraba de mirarlo. Su barba de cuatro días bien recordada y cuidada lo hacía ver mucho más atractivo y maduro que nunca. A sus casi treinta y un años, Zev estaba mucho más irresistible que nunca.

—Son… Sally y Ginevra en aquella foto que vimos de ambas en el lago —respondió él.

Y sonreí, recordando cuántas noches estuve pintando aquel cuadro en mi cuarto privado del rancho, donde podía estar algún rato sola con mis propios pensamientos y Zev respetaba ese espacio, como yo respetaba el suyo cuando le hacía falta.

Y sin duda, para mí era el mejor cuadro que había pintado, junto al del perro fallecido de Zev, que le había regalado para uno de sus cumpleaños.

Ambas posaban juntas y felices mientras el fondo del bosque con aquel lago era lo más llamativo del cuadro.

—Incluso en este cuadro se ve el amor que hubo entre ellas… A ambas les gustaría tenerlo, sin duda —aseguró y me acerqué a él mientras lo abrazaba.

No podía dejar de pensar en Nikola y Delia, pues había recibido recientemente noticias de ambos, aunque no me especificaban si habían decidido estar juntos o no. Entre ambos había mucho misterio, mucho más del que podía imaginarme. Pero al menos las cosas estaban más calmadas en Bulgaria.

Mientras la noche avanzaba y la inauguración continuaba su curso, me permití disfrutar plenamente del momento. La risa de Gala, la sonrisa orgullosa de Angela, el amor en los ojos de Zev… Cada detalle se grabó en mi memoria; un cuadro más hermoso que cualquiera que pudiera colgar en las paredes de mi galería.

Este era nuestro final, pero también era solo el comienzo. El lienzo de nuestras vidas estaba aún por completarse, y juntos, pintaríamos una obra maestra.

FIN